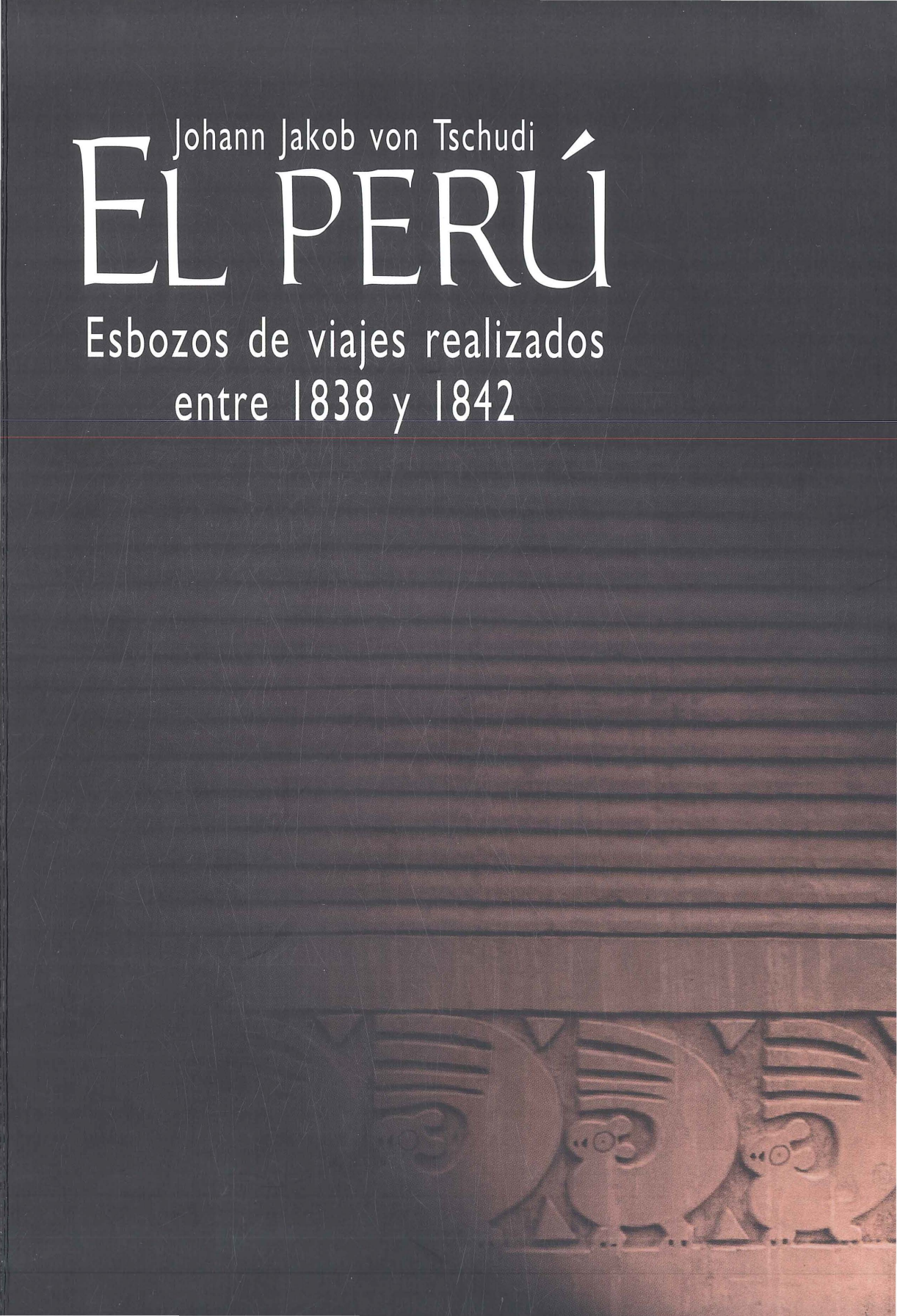
Johann Jakob von Tschudi

EL PERÚ

Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842



Johann Jakob von Tschudi

Johann Jakob von Tschudi (1818-1889) dejó un legado sumamente rico de observaciones sobre el Perú, acumuladas en una estadía fortuita de cuatro años y plasmados en una veintena de artículos y siete libros, casi en su totalidad publicados en idioma alemán. En ellos, trata de manera exhaustiva sobre la fauna del Perú, la antropología física de sus habitantes, su historia reciente y antigua, su arqueología y la lingüística y literatura quechuas. Su libro *Peru. Reiseskizzen aus den Jahren 1838-1842*, publicado en 1846, vio traducciones poco fieles al inglés y una muy incompleta al castellano en 1966. La versión completa que se ofrece aquí es la primera que respeta la publicación original en su totalidad y, por eso mismo, es la primera que permite una evaluación apropiada de su contenido para lectores que no dominan el idioma natal de su autor.

El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842 es mucho más que un relato de viajes. Es un diagnóstico crítico del Perú en sus inicios como Estado moderno y un cuadro sinóptico de sus condiciones económicas, sociales, políticas, históricas, geográficas, etnográficas, lingüísticas y arqueológicas. Se percibe el espíritu comparatista y holístico de Alexander von Humboldt, a quien Tschudi admiraba e, inclusive, emulaba. En este sentido, no parece exagerado considerar esta obra como "*Essai politique du Pérou*", a la manera de los trabajos que hiciera Humboldt respecto a otros países latinoamericanos.

JOHANN JAKOB VON TSCHUDI
EL PERÚ. ESBOZOS DE VIAJES REALIZADOS ENTRE 1838 Y 1842

JOHANN JAKOB VON TSCHUDI
EL PERÚ. ESBOZOS DE VIAJES REALIZADOS ENTRE 1838 Y 1842

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE
PETER KAULICKE

Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2003

Título original: *Peru. Reiseskizze n aus den Jahren 1838-1842.*
St. Gallen: Scheitlin und Zollikofer.

Perú. Esbozos de viajes realizados entre los años 1838 y 1842.

Primera edición en castellano: julio 2003

Tiraje: 500 ejemplares

©2003 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Cercado, Lima – Perú
Telefax: 330-7405; 330-7410; 330-7411
Email: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Iván Larco
Corrección de estilo: José Carlos Macavilca
Cuidado de la edición y traducción: Peter Kaulicke

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-581-9
Hecho el Depósito Legal N.° 1501052003-3134

Impreso en Perú – Printed in Peru

Índice

Prólogo XIII

Introducción XVII

PRIMER TOMO

Prólogo 5

Primer capítulo
Viaje por mar. — Llegada a la isla Chiloé. — Desembarque. — Los caracaras. —Punta Arena. — Maniobra fingida. — Cabalgata. — Ubicación de la isla. — Clima. — Agricultura. — Ganadería. — Habitantes. — Bahía. — San Carlos. — Palacio. —Suciedad. — Pobreza. — Arado. — Botes de vela. — Contrabando. — Ausencia de moral. — Zoología. — Partida. — Terremoto. 11

Segundo capítulo
Valparaíso. — Alrededores. — Bahía. — Panorama de la ciudad. — Faro. — Aduana. — Bolsa. — Posadas. — Guerra con la confederación. — Primera expedición. — Armamento para la segunda expedición. — Embarcación de las tropas. — Clausura del puerto. — Fiesta de julio. — Campo de desembarque. — Policía. — Serenos. — Prisión. — Comercio. — Clubes. — Capital. — Zoología. — Salida. 23

Tercer capítulo
Juan Fernández. — Viaje al Callao. — Marinero al mar. — Llegada al Callao. — Bahía. — Isla San Lorenzo. — Levantamientos y hundimientos de la costa. — La ciudad sumergida. — El Callao. — El muelle. — La fortaleza. — Sitio por los españoles. — El General Rodil. — Sitio por los chilenos. — Colocolo. — Esmeralda. — Asalto. — Corsarios. — La batalla naval de Casma. — Balneario. — Zoología. — Pájaro niño. — Aves marinas. — Aves de tierra. — Anfibios. — Peces. — El camino a Lima. — Un oficial chileno. — Legua. — Alameda. 33

Cuarto capítulo
Fragmento de la historia más reciente del Perú. — La confederación. — Santa Cruz. — Orbegoso. — Revolución del 29 de julio. — El desembar-

que de los chilenos. — Nieto. — La batalla del Rímac. — La toma de Lima. — Gamarra. — Decretos. — Don Manuel de la Guarda. — Misa fúnebre. — Terremoto. — Los presidentes. — Xenofobia. — El camino a Chorrillos. — La entrada de Santa Cruz a Lima. — La batalla de Yungay. — Huida. — Revoluciones en el sur. — El embarque de Santa Cruz. — El general Braun. — La entrada de Gamarra. — La causa de las revoluciones. — Los oficiales. — Los soldados. — La infantería. — La caballería. — Las rabonas. — Maltratos. 49

Quinto capítulo

Lima. — Ubicación. — Tamaño. — Calles. — Casas. — Iglesias. — Monasterios. — San Pedro. — Los jesuitas. — Monasterios de monjas. — Beaterios. Hospitales. — San Andrés. — Orfanato. — Panteón. — Plaza Mayor. — Palacio de gobierno. — Pizarro. — Cabildo. — Portales. — Pozos. — Plazuela de la Inquisición. — Universidad. — Biblioteca Nacional. — Museo de Historia Natural y de Antigüedades. — Academia de Bellas Artes. — Casa de la Moneda. — Teatro. — Coliseo de pelea de gallos. — Juego de pelota. — Puente. — Muralla de la ciudad. — Santa Catalina. — Casernas. 63

Sexto capítulo

Los habitantes de Lima. — El número de los habitantes. — La disminución de la población. — El censo de 1836. — Criollos blancos. — Hombres. — Juegos. — Educación. — Mujeres. — Saya y manto. — La vida doméstica. — La vanidad. — La afición por las golosinas. — Las beatas. — Doña Francisca Zubiaga. — Doña Manuela Navago. — Los indios. — Los esclavos. — Los bozales. — Los negros criollos libertos. — Las negras. — Lista de mezclas raciales. — Los mestizos. — Los mulatos. — Las palanganas. — Los zambos. — Los chinos. — Los extranjeros. — La lengua. 85

Sétimo capítulo

Educación. — Nodrizas. — Escuelas primarias. — Colegios. — Universidades. — El otorgamiento de grados académicos. — Monjes. — Santo Toribio. — Santa Rosa. — Procesiones. — Oraciones. — Noche buena. — Inocentes. — Carnavales. — Paseos. — Baños públicos. — Hielo. — Equitación. — Montura. — Caballos. — Caballos de paso. — Cuidado. — Mulas. — Lotería. — Comida. — Bebidas. — Picanterías. — Cafeterías. — Mercado. — Puchero de flores. — «Teralla». 111

Octavo capítulo

La corrida de toros. — La Plaza de Acho. — Los preparativos. — Los capeadores. – Las suertes. — Las espadas. — Los rejoneadores. — Los desjarretadores. — La lanzada. — Los mojarreros. — Un toro ensillado. — El deterioro de la corrida de toros. — El valor de la misma. 133

Noveno capítulo

Ubicación geográfica de Lima. — Su altura. — Su temperatura. — Su clima. — Las enfermedades. — Tablas estadísticas de las muertes y de los nacimientos. — Los terremotos. — El valle de Lima. — El río. — Los pozos. — Los cultivos. — El algodón. — El azúcar. — El maíz. — Los cereales. — Los tubérculos. — Las leguminosas. — La col. — Los condimentos. — La alfalfa. — El olivo. — Las frutas. — La chirimoya. — La palta, los plátanos y otras frutas. 143

Décimo capítulo

Asaltantes. — León. — Rayo. — Los montoneros. — Magdalena. — Miraflores. — Chorrillos. — Los balnearios. — Surco. — Ate. — Lurín. — El templo de Pachacámac. 165

Undécimo capítulo

El viajar por la costa. — Travesía a Huacho. — Desembarque. — Canoas. — Colección de peces. — Habitantes. — El cura Requena. — Sepelios. — Robo de ataúdes. — El cementerio. — Bichos. — Huaura. — Malaria. — Luhmayo. — Quipico. — Paramanca. — Salinas. — Gritalobos. — Chancay. — Piques. — Alrededores. — Pasamayo. — Espejismos. — Piedras Gordas. — Palo seco. 173

Duodécimo capítulo

La costa al sur de Lima. — Chilca. — Tejido de paja. — Yauyos. — Pisco. — Puerto. — Camino a Ica. — La vid. — Aguardiente. — Vino. — Botijas. — Odres. — Maltrato de animales. — Fiesta de carnavales. — La fuerza de un negro. — Cuyes. — Salamanqueja. — Haciendas de algodón. — Quebrada de Huaitará. — Huano. 187

Décimo tercer capítulo

Retrospectiva de la costa del Perú. — Los ríos. — Las planicies arenosas. — Peligros. — Los médanos. — Los vientos. — El verano. — El invierno. — Las garúas. — Las lomas. — Los mamíferos. — Las aves. — Los anfibios. 197

SEGUNDO TOMO

Primer capítulo

El viajar por la sierra. — El camino a Chaclacayo. — Santa Inés. — Mediciones barométricas de altura. — San Pedro de Mama. — La quebrada de San Jerónimo. — Levantamientos curiosos de cadenas de colinas en tiempos recientes. — La verruga. — La uta. — Surco. — El herrar de los caballos. — Los tambos. — San Juan de Matucana. — Datura. — Tonga. — Tambo de Viso. — Los puentes. — San Mateo. — Cacray. — Chicla. — Acchahuari. — El efecto de la veta sobre los caballos. — Cashapalca. — Antarangra. — Los abras en la sierra. — La divisoria de aguas. — Huascacocha. — Morococha. — Tuctu. — Pachachaca. — Piedra parada. — Yauli. — La fundición

de metales. — Los manantiales minerales. — Los mineros portugueses. — Saco. — Oroya. — Puentes colgantes. — Los huaros. 211

Segundo capítulo
La diferencia entre Cordillera y los Andes. — La importancia de los Andes. — Las cadenas montañosas. — Las alturas de cerros y abras. — El límite de la nieve. — Las lagunas. — Los metales. — El panorama de la cordillera. — Las rocas. — El efecto de la presión disminuida del aire. — Las inflamaciones oculares. — Las tempestades. — El cóndor. — Las marcas de roca de los indios. 243

Tercer capítulo
La puna. — La temperatura. — El efecto de los vientos. — Las corrientes de aire. — La vegetación. — La maca. — Los animales. — La alpaca. — El huanacu. — La vicuña. — El chacu. — Las aves. — La ganadería. — Los ovejeros. — Las viviendas. — Los pueblos en la puna. — El camino del inca y las estaciones. 257

Capítulo cuarto
Cerro de Pasco. — Las minas. — Los mineros. — La amalgamación. — El rendimiento de las minas. — La vida en Cerro de Pasco. — Los dueños de las minas. — Los indios. — La riqueza de plata en el Perú. — El carácter reservado de los indígenas. — La laguna de Chinchaycocha. — La batalla de Junín. — Indios asaltantes. 277

Capítulo quinto
Veinticuatro horas en la puna severa del Perú. — Un cuadro de viaje. 295

Capítulo sexto
La sierra. — El clima. — Los caminos. — Los habitantes. — Los comerciantes. — Los mestizos. — La agricultura. — Los frutos cultivados. — La habilidad manual de los indios. — La hospitalidad de los serranos. — La vida social en la alta sociedad. — Las fiestas de los indios. — La preparación de la chicha. — Los bailes. — Las corridas de toros. — Las ceremonias eclesiásticas. — La requisición de los indios. — Los mensajeros. — La venta de mulas. — Las características constructivas en pueblos y ciudades. — El convento de Ocopa. — La Ceja de la Montaña. 303

Capítulo sétimo
El camino hacia la selva. — Las barbacoas. — La vegetación. — Las cañadas. — El deslizamiento de las mulas. — Los habitantes. — Las plantaciones. — El trato de los indios. — La recolección de la quinina. — Los indios errantes. — Los indios bravos. —Los cashibos. — Sarayacu. — Las costumbres de los indios bravos. — La vestimenta. — Las armas. — Las viviendas. — La religión. — La fisionomía. — Los mamíferos. — Las

aves. — Los anfibios. — La mordedura de las serpientes. — Huaco. — Los insectos. — Las plantas. — La vida de un naturalista en la selva. 325

Capítulo octavo
Palca. — Maraynioc. — La montaña de San Carlos de Vitoc. — Los pueblos. — La frontera. — Los habitantes. — El alcalde. — La hacienda de Pacchapata. — La coca. — Su cultivo. — Su efecto. — Su utilidad. — Blasio Tomán. — Los animales. — El carbúnculo. — Los chunchos. — Sus costumbres. — La historia de las misiones en el Cerro de la Sal. — Juan Santos Atahualpa. — Los monjes franciscanos. — El despoblamiento de Vitoc. 375

Capítulo noveno
El indio peruano. — Su relación con los blancos en las épocas diferentes. — Opresiones por parte de los españoles. — Los repartimientos. — La mita. — La revolución de Túpac Amaru. — Su ejecución. — La guerra de liberación. — El odio a los blancos. — El futuro del Perú. — El carácter de los indios. — Su música. — Su vestimenta. — Sus supersticiones. — Las diferencias entre los indios. — Su edad. — Los habitantes primordiales del Perú. — La disminución de la población. — Observaciones sobre la historia. 397

Capítulo décimo
El idioma. — Los dialectos. — La corrupción. — Muestras del quechua. — La poesía. — El quipu. — Inscripciones. — Las antigüedades. — Los acueductos. — Las fortalezas. — Las aldeas. — Las viviendas. — Ídolos y enseres domésticos. — Las momias. 421

Glosario 437

Indice onomástico 443

Indice toponímico 447

Prólogo

El suizo Johann Jakob von Tschudi (1818-1889) es reconocido como un peruanista eminente que, gracias a su estadía en el Perú entre los años 1838 y 1842, despliega una enorme producción de obras científicas dedicadas a los aspectos más diversos; entre los que domina la zoología, la lingüística, historia, arqueología y otros, antes de que éstos se conviertan en disciplinas científicas. Su fama en el Perú, sin embargo, se basa más en referencias indirectas que en el conocimiento de estos trabajos, ya que casi todos aparecen en alemán. Su único libro publicado en castellano, que tiene como coautor al peruano Mariano de Rivero y Ustáriz, le valió críticas inmerecidas, debido a malentendidos del contexto en que se produjo.

Por ello pareció conveniente cambiar esta situación. Este cambio se produjo en el marco de un convenio entre la Pontificia Universidad Católica del Perú y la Universidad de Friburgo en Suiza, por el cual se organizaron dos coloquios: uno en Friburgo, en 1998, con la participación de Rodolfo Cerrón-Palomino y Peter Kaulicke. Kaulicke organizó luego un segundo evento, llevado a cabo en Lima, en 1999. En este coloquio participaron especialistas eminentes en la materia como Estuardo Núñez, Santiago Antúnez de Mayolo, Antonio Brack y Sonia Guillén; Philippe Béarez, un ictiológo francés; Jane Wheeler, una especialista en camélidos sudamericanos; así como Pedro Ramírez de la Universidad de Friburgo y Ferdinand Villiger, un conocido investigador suizo, radicado en Lima; completaron el panel junto con el suscrito. Uno de los efectos más resaltantes fue la convicción unánime de que las traducciones de las obras de Tschudi eran necesarias. El Embajador de Suiza, el señor Eric Martín, y la doctora Liliana Regalado, Decana de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú, hicieron suyo este reclamo y propusieron la formación de un grupo de trabajo que se constituyó a fines del mismo año, cuya tarea consistía en desarrollar un proyecto llamado *Traducción y Edición de las Obras Peruanistas de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889).*

Como primer fruto salieron las actas del simposio —o los trabajos respectivos que fueron entregados para la publicación— bajo el título de coloquio *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1898)*, editada por el suscrito, en 2001. En el 2000, el suscrito se encontraba en

Europa, donde pudo aprovechar para viajar nuevamente a Suiza y participar en un evento sobre americanistas suizos, llevado a cabo en la ciudad natal de Tschudi, en Glarus. Al finalizar pudo visitar la sede de la Fundación Pro Helvetia, donde una conversación con la Sra. Benz-Steffen llevó a la aceptación de una ayuda financiera para la traducción de *Peru. Reiseskizzen aus den Jahren 1838-1842*, publicado en 1846. Gracias a este apoyo se puede cumplir ahora con otra tarea propuesta en el plan del proyecto referido.

Es de esperar que esta traducción completa, la primera en idioma castellano, encuentre una acogida favorable del público y confirme la alta estima de la que goza este científico suizo en los ámbitos científicos del Perú. Es de esperar también que se pueda cumplir en el futuro con las otras tareas propuestas en cuanto a otras traducciones y ediciones de las obras principales de Tschudi.

El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842 es un inicio feliz, ya que esta obra es la síntesis de su estadía, de importancia fundamental para la vida y la obra de Tschudi. Es un documento sumamente rico en datos, organizados en una red compleja, que proporciona un diagnóstico autorizado sobre los inicios convulsivos de la República en su contexto social, económico y natural, de parte de un observador culto no comprometido. Su estilo es incisivo, a veces irónico, pero las más veces sereno. Prefiere el dato conciso en vez de abundantes palabras de explicación. Sus apreciaciones suelen ser fundadas, pues se basan en la observación directa y desinteresada. Este estilo, comprensiblemente, se opone al florido y, a menudo, ampuloso, que caracteriza a otras obras de la época. No esconde su opinión, pese a que es consciente de que, con ello, puede herir susceptibilidades.

Es posible que aún hoy en día algunos peruanos se muestren irritados por algunas de sus apreciaciones poco halagadoras. Pero esta actitud nace de su férrea honestidad y de un profundo apego a la justicia y a los derechos humanos, tantas veces pisoteados en su tiempo. Su crítica no es demoledora sino que pretende señalar los defectos con el fin de poder remediarlos. Nace de un profundo amor al Perú, que confiesa en muchas cartas a amigos y parientes, pero prefiere que sus sentimientos personales no transciendan en sus trabajos publicados, como tampoco las muchas dificultades que tuvo que superar en el Perú.

El trabajo que se presenta, fruto de una ocupación prolongada del científico suizo, no hubiera sido posible sin el apoyo de muchas personas que quisiera nombrar a continuación. Quisiera ya disculparme si me hubiera olvidado de alguien involuntariamente.

Mi primer acercamiento fue una conversación con el periodista suizo Richard Bauer, quien me sugirió recuperar a Tschudi del olvido inmerecido. También me envió material sobre y de Tschudi que había recogido durante

varios años. Agradezco también al señor Martin Strub, ex Primer Secretario de la Embajada de Suiza en Lima, quien mostró mucho interés y voluntad de apoyo a mi esposa y a mí. Él ayudó a poder realizar el mencionado coloquio sobre Tschudi en Lima. El señor embajador Eric Martín acogió entusiastamente el proyecto, tanto del coloquio como de la traducción de esta edición y sigue interesado en proyectos relacionados. Su apoyo —y el de su ahora también ex Primer Secretario de la Embajada, el señor Benedict Gubler— fue decisivo para obtener el apoyo económico de la Fundación Pro Helvetia, de Zurich. Quisiera también destacar la ayuda constante y desinteresada de la señora Ana Llosa de la misma embajada.

Tengo muchas razones para agradecer a muchas personas en Suiza, como al doctor Pedro Ramírez y su esposa, quienes me acogieron en Friburgo, me proporcionaron material de Tschudi y me regalaron mucho de su tiempo en largas conversaciones en Friburgo y en Lima. También al doctor José Hurtado Pozo de la Universidad de Friburgo por su invitación a Friburgo y por su interés en intensificar los vínculos con la Universidad Católica. El convenio vigente entre ambas universidades se debe a su iniciativa. Quisiera dar las gracias también al doctor Jürg Davatz, el curador del *Freulerpalast* en Näfels, donde se encuentra mucho material de Tschudi. Tuvo la gentileza de cedernos copias de ellas, publicadas en las actas del coloquio (Kaulicke [ed.] 2001; para referencias, véase introducción). El doctor Alexandre Chevalier, de la Universidad de Geneva, me invitó a un evento llamado *Going back to the sources of Swiss americanism* (13 a 15 de octubre de 2000), en Glarus, la ciudad natal de Tschudi, donde pude presentar una ponencia sobre su hijo ilustre. También me facilitó material bibliográfico.

De forma muy especial quisiera dar las gracias a la señora Erica Benz-Steffen de la Fundación Pro Helvetia, de Zurich. En una breve conversación se convenció de la necesidad de apoyar el trabajo de la traducción que le planteé, lo que hizo posible su realización.

En la Pontificia Universidad Católica mis agradecimientos tienen que comenzar por la doctora Liliana Regalado de Hurtado, Decana de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Ella mostró especial interés en las iniciativas ya mencionadas en torno a Tschudi y ayudó en muchos aspectos para que pudiera realizarse lo que se hizo hasta ahora. El doctor Rodolfo Cerrón-Palomino no solo fue mi compañero en Friburgo, sino consejero en muchos aspectos relacionados con su especialidad: la lingüística, o más precisamente, el estudio de la lingüística andina. Fuera de estos aportes muy importantes, me hizo el favor de corregir buena parte del manuscrito original de este libro, en particular los pasajes relacionados a asuntos lingüísticos. Otro colega más joven, Juan Luis Orrego, también

corrigió este mismo manuscrito, deteniéndose en los datos históricos. Asimismo, Rafael Sánchez-Concha, otro colega historiador, colaboró con nosotros. La doctora Patricia Harman se encargó con mucha eficiencia de la organización del coloquio, realizado en el Centro Cultural de la PUCP, los días 12 y 13 de octubre de 1999, así como lo ha hecho en una serie de otros eventos posteriores en los que pudimos trabajar juntos.

Mención especial también para el Fondo Editorial. El licenciado Dante Antonioli —que siempre me ha apoyado en mis proyectos de publicación—, la licenciada Estrella Guerra y, en el último período, los señores Mario Naranjo y Oscar Hidalgo me brindaron su apoyo en los diferentes aspectos relacionados con la edición del texto. El señor José Carlos Macavilca se encargó de la corrección del texto original. También confeccionó un glosario y se encargó de los índices.

Los doctores Philippe Béarez y Remy Bruckert, de París, merecen mis agradecimientos muy especiales, ya que se encargaron del difícil trabajo de actualizar los múltiples términos taxonómicos de Tschudi; hoy, en su mayoría, obsoletos. Con ello ofrecen información actualizada que podría ser útil para biólogos modernos interesados en los Andes.

Finalmente, *last but not least*, quisiera agradecer profundamente el apoyo de mi familia y, muy particularmente, de mi esposa Iris, quien es la responsable de haberme dedicado a Tschudi, pese a no tratarse de un tema predilecto mío, ya que sus aportes en la arqueología no son prioritarios. Con mucho entusiasmo reunió material, hizo contactos, ayudó en la organización del evento en Lima y en muchos otros aspectos, de modo que lo logrado se debe a ella.

Es evidente que las personas mencionadas no son responsables de cualquier error que contenga esta publicación. Asumo esta responsabilidad plenamente.

PETER KAULICKE

Marzo de 2003

Introducción

Johann Jakob von Tschudi —o Juan de Tschudi o aun Juan Diego de Tschudi, en sus versiones castellanizadas— suele ser considerado como un viajero, como partícipe de una larga lista de escritores que se ocupan del Perú (luego de haberlo visitado) a partir del siglo XVI (véase Cieza de León, *Crónica del Perú*, publicada en 1553 [Cieza de León: 1984] y Núñez: 1986). Este término —cuyo significado cambia con el tiempo— adquiere, en la actualidad, un sentido algo frívolo, ligado a la industria del turismo. El acto de viajar se reduce a una estadía más o menos prolongada en una cápsula (el avión), en la que la relación espacio / tiempo se comprime (varias horas por miles de kilómetros) y se desliga del espacio familiar (varios kilómetros sobre la superficie terrestre). El viajar, por tanto, se reduce a un traslado casi inconsciente de un lugar conocido a otro por conocer, por más apartado que éste sea. Este afán de conocimiento también es limitado, ya que suele reducirse a un encuentro breve, destinado a satisfacer la curiosidad de enfrentarse con un «otro» exótico, cuya diferencia, marcada por la distancia tanto espacial como (supuestamente) cultural, constituye una atracción poderosa, que suele solidificar la identidad propia.

Es evidente que Tschudi no padece de este síndrome moderno, pero la obra que presentamos a continuación tiene como subtítulo: *Esbozos de viajes entre 1838 y 1842* y —como veremos— el viajar constituye en ella un tema recurrente. Tschudi, sin embargo, es enfático en subrayar que no intenta presentar un libro de viajes en el sentido de un relato «ameno» de sus aventuras en la costa, la sierra y la selva del Perú (véase el prólogo de la obra presentada). Al contrario; todo ello le parece ser superfluo en extremo y constituiría una actitud no digna de un científico, como él se considera con plena justificación. ¿Cómo se resuelve esta contradicción aparente? La respuesta a esta pregunta ocupará, en esta introducción, uno de los temas centrales, pero quisiéramos adelantar algunas observaciones.

En la Europa central de los siglos XVIII y XIX —pero también antes y hasta en la actualidad— los jóvenes que estaban por llegar a su estado de adultez abandonaban sus hogares con el fin de adquirir conocimientos en la profesión elegida (usualmente el ser artesanos), trabajando como aprendices con maestros en otras ciudades y pasando de maestro en maestro hasta convertirse en oficiales y, luego, en maestros ellos mismos gracias a la experiencia acumulada. Este proceso implica un estado algo «nómade», en forma de

obreros caminantes, cuyo objetivo era ganar tanto experiencia como una firme identidad propia. En el idioma alemán, esta experiencia se expresa con el término *Erfahrung*, un sustantivo que contiene el verbo *fahren* que significa 'andar, ir, caminar, viajar con o sin vehículo apropiado, por tierra y por mar'. El viajar, por tanto, resulta requisito indispensable para la formación de la persona o —con otras palabras— la confrontación con el «otro» con el fin de definir el «yo». Esta *Erfahrung* no se limita a los artesanos, sino que incluye también a los científicos. Tanto Humboldt como Tschudi (y muchos otros), emprendieron un viaje central, preparándolo con viajes menores por su patria o por los países vecinos de Europa; para Humboldt es su famoso viaje a las «Regiones Equinocciales del Nuevo Continente» (1799 a 1805, iniciado a la edad de 30 años), su experiencia mayor y —en el sentido literal— seminal, en cuanto a sus publicaciones, extraordinariamente numerosas durante toda su larga existencia. En este tiempo visita una serie de países; solo pasa por el Perú por un lapso de cinco meses (véase Núñez y Petersen: 2002). Tschudi, en cambio, se concentra casi exclusivamente en el Perú, al que llega cuando no contaba aún con veinte años de edad y en el que permanece unos cuatro años. Indudablemente, esta estadía lo formará de por vida, pese a otro viaje aun mucho mayor que lo llevará a Brasil, Argentina, Bolivia, Chile y el Perú, nuevamente, entre 1857 y 1858 (véase adelante).

En esta perspectiva el viajar —y, en especial, un viaje central y formador— adquiere una importancia más trascendental, que expresa bien un pasaje que se traduce a continuación. Está incluido en el primer tomo del *Cosmos*, el *magnum opus* de Humboldt, que Tschudi conoce, pues cita esta obra en el libro que presentamos. Es también el lema de toda la obra de Humboldt en el importante libro de Ette (2002):

> «Lo que en un ámbito reducido, el de nuestra cercanía, permanece sin explicación, suele aclararse a menudo por observaciones llevadas a cabo en las regiones más alejadas. Formaciones de animales y plantas que parecían desconectadas, se vinculan con partes intermedias o formas transitorias recientemente descubiertas. Al espíritu penetrante del estudioso de la naturaleza se le está presentando paulatinamente una concatenación general que no sigue una sencilla dirección lineal, sino que se parece a un tejido entrelazado en forma de red, según la formación superior o la atrofia de ciertos órganos, y según la vacilación múltiple en la preponderancia relativa de las partes» (Humboldt: 1845, 33).

Esta cita condensa varias ideas, en las cuales el hombre y sus obras no están excluidos. En primer lugar se percibe el afán globalizador —en la interpretación de Ette (2002)— como muestra de un *Weltbewußtsein* (conciencia del mundo); así como la interconexión de lo conocido con lo

desconocido, del «yo» con el «otro». En estas interconexiones, los caminos se convierten en arterias de una especie de organismo —nada menos que el *cosmos* en la percepción de Humboldt—, cuyos elementos constituyentes requieren de un estudio pormenorizado para poder decidir su lugar y su función dentro del mismo. Tanto como los ríos y las plantas en sus ciclos de crecimiento, los caminos no siguen direcciones «lineales» sino que forman una red «entrelazada». Esto implica también que el pensamiento y la metodología científica de Humboldt se basan en lo transdisciplinario, en el «viajar» entre varias disciplinas, las cuales, en el tiempo de Humboldt, no existían aún. Es por ello equivocado tratar de «encasillarlo» en una sola o suponer que existan cambios de preferencias en diferentes etapas de su vida. Debido a ello se le considera

> como uno de los fundadores de la geografía moderna y de los estudios americanos (sobre todo de la América precolombina), como uno de los investigadores más destacados de la climatología y de la geología, de la antropología y de la botánica, de la fitogeografía y de la economía, de la historiografía, estadística y cartografía; también se ha comprendido su importancia como precursor de una nueva pintura paisajística y de una mentalidad ecológica, como abogado de los derechos humanos y de la idea de la tolerancia[...] asimismo se ha entendido su modernidad y su actualidad en calidad de filósofo y escritor (Ette: 1999, 4).

Muchas de estas calificaciones también valen para Tschudi, solo que en su caso, sus méritos se limitan al ámbito del Perú, como veremos más adelante. En consecuencia, el calificativo «viajero» o «naturalista», si bien común en el tiempo de Tschudi y Humboldt, se presta a malentendidos. Antes de discutir estos aspectos conviene presentar a Tschudi y a su obra.

JOHANN JAKOB VON TSCHUDI (1818-1889): su vida y su obra

Todos los datos biográficos disponibles de Tschudi se deben al trabajo de Paul-Emile Schazmann, quien publicó su obra *Jean-Jacques de Tschudi. Explorateur, médicin, diplomate* en Zurich, en 1955; la edición en alemán sigue, por la misma editorial, al año siguiente. El propio Tschudi evita constante y categóricamente cada referencia a su vida. No se le conoce la existencia de un diario (aunque Tschudi se refiere a su existencia en el prólogo de la presente edición) y —como ya se mencionó— *El Perú* tampoco es un relato cronológico de sus viajes; por lo que resulta difícil y poco productivo el tratar de usarlo con el fin de esclarecer las circunstancias de su vida durante su estadía en el Perú. El trabajo de Schazmann tiene el mérito de haber usado la cuantiosa correspondencia de Tschudi con familiares,

amigos y colegas; así como la oficial de su desempeño como diplomático, que se encuentra en diferentes lugares de Suiza, especificada algo someramente en las referencias al final y en sus agradecimientos en el prólogo del libro (Schazmann 1955: 195-200, 1956: 7, 11, 195-199). Lamentablemente, ninguna de estas cartas está disponible en su transcripción —ni mucho menos traducción— completa, por lo que sería sumamente importante emprender esta tarea con el fin de llegar a una apreciación más científica. El libro de Schazmann no tiene estos propósitos, se limita a esbozar y glorificar la vida y los méritos de «uno de los más grandes *Auslandschweizer* [suizos en el extranjero]» (Schazmann 1956:7). Aparentemente existen cartas de Tschudi también en el Perú, como la correspondencia con Mariano de Rivero (Ugarte y Ugarte 1962/3), y deben existir otros documentos respectivos.

Tschudi nace en Glarus, la capital del cantón del mismo nombre, en la Suiza oriental, cerca de Zurich, el 25 de julio de 1818. Glarus es una pequeña ciudad en una región típicamente alpina, aunque algo apartada. Cuando tiene siete años su padre muere, por lo que la madre se ve obligada a cuidar de sus cuatro hijos. Tschudi desarrolla tempranamente un intenso interés en la imponente naturaleza de su lugar natal, al observarla detenidamente en largas caminatas. A los 15 años su madre le envía a Zurich, con el fin de completar su formación. Allí recibe su instrucción de profesores dotados. A semejanza de Humboldt no parece haber evocado la impresión de un joven demasiado inteligente, pero se le concede buena voluntad para el estudio. También como Humboldt parece haber desarrollado desde temprana edad, una cierta aversión a las tertulias sociales, prefiriendo el estudio solitario, lo cual preocupa a su madre. Cuando ingresa a la Universidad de Zurich puede escoger las materias que le interesan: la ornitología, la botánica y la geología, así como la medicina. Es una época de grandes cambios en las ciencias, de los que Zurich no está excluida. Se discute y admira las obras de Cuvier, Humboldt y Agassiz; y el propio Tschudi se entusiasma por sus experiencias nuevas en geología, paleontología, zoología y botánica. Lee también crónicas del siglo XVI como la de Clavijero y se interesa vivamente por los conquistadores españoles y las costumbres de la población autóctona. En 1837 termina con sus estudios y se traslada a Neuchâtel y se incorpora en el grupo de estudio dirigido por Jean Louis Rodolphe Agassiz (1807-1873). En una carta a Alfred Escher, su amigo más cercano, escribe: «He dedicado mi vida y mi trabajo a las ciencias y sacrificaré todas mis fuerzas a ellas, aun a costa de mis sentimientos, que reprimiré para que finalmente la razón pueda lograr su victoria por medio de mucho esfuerzo». Sus estudios de la zoología se basan en observaciones propias de los animales que le interesan; en particular los lagartos, tanto vivos como fósiles.

Gracias a estos trabajos recibe la atención de Paul Coulon, un comerciante rico de Neuchâtel que había fundado un museo de historia natural en la misma ciudad. Su proyecto de equipar su museo con animales de otros países toma forma al asociarse con otro comerciante de Ginebra, que había alquilado un barco con el fin de vender productos de la industria de su ciudad en un viaje alrededor del mundo y que acepta la presencia de un naturalista en este viaje. Se escoge a Tschudi, quien acepta después de haber llevado a cabo viajes de estudios en Leiden y París. Puede terminar su tesis y recibe su grado de doctor en filosofía poco antes de salir a su gran viaje.

Este viaje —y también el libro de Tschudi que se presenta a continuación— se inicia el 27 de febrero de 1838. Llegado a Valparaíso, Tschudi advierte ya la situación convulsiva del cruento enfrentamiento bélico entre los dos estados modernos, Chile y Perú, creados desde hacía menos de dos décadas, en el cual se ve involucrado directamente al llegar al Callao. El barco es detenido y confiscado finalmente por los peruanos. Tschudi, ocupado con sus estudios y observaciones por tierra, se entera demasiado tarde de la salida del barco y se ve forzado a permanecer en Lima, sin dinero y sin cartas de recomendación, en una de las ciudades más caras del mundo. Trata de sobrevivir valiéndose de sus conocimientos de medicina adquiridos en cursos de la Universidad de Zurich y practica en Lima, donde ayuda a la mujer de un comerciante alemán, proveniente de Hamburgo (¿será la mujer de Heinrich Witt [véase Witt 1987, 1992]?). Pero no se olvida de su misión de Neuchâtel. Ahorra algo de dinero, pero se enferma y tiene que curarse por sus propios medios. Nuevamente recibe ayuda de una dama limeña, cuyo nombre Schazmann (¿o Tschudi?) no revela, cuyas hijas fueron tratadas por el último y, al recuperarse, conoce a Eduard Klee, un joven marino que acepta acompañarlo en sus viajes proyectados.

Con dinero prestado prepara una expedición, parte de Lima el 14 de marzo de 1839 y sube a las cordilleras por la ruta que Tschudi describe en la segunda parte de su libro. Después de llegar a las cumbres baja a La Oroya, sigue hasta Jauja y pasa a Chuquipiti, regresa a Jauja y tiene que apresurarse a ayudar a su acompañante Klee, quien se había enfermado en Tarma, pero no lo encuentra ya que había bajado a la montaña para terminar de curarse. Emprende el viaje hacia Vitoc solo, donde encuentra a su compañero. Juntos deciden adentrarse en la selva, pese a los consejos adversos de los vitoqueños. En esta estadía —no especificada en el libro de Schazmann—, Tschudi tiene tiempo para reflexiones que comunica a su hermano Friedrich. En una de estas cartas llega a la conclusión de que los sistemas vigentes de la naturaleza son incompletos, como un cuerpo sin alma viva. Solo con estudiar cuerpos muertos no se puede encontrar las leyes de la vida, por lo que desarrolla el proyecto de escribir un tratado sobre la filosofía de la fisiología

animal comparada. También sueña con seguir por la selva hacia el poniente para, finalmente, llegar al Océano Atlántico en 1845. Pero algunos problemas le obligan a regresar a Lima y despedirse de Klee. A fines de 1839 se encuentra nuevamente en la sierra, se vuelve a enfermar y se cura a la usanza de los serranos. En Tarma puede curar a un hacendado rico, quien le recompensa con 1600 francos. A fines de 1840 regresa a Lima y recibe dinero de Coulon, que apenas le alcanza para el viaje de regreso pero no para enviar su voluminosa colección; otros envíos previos ya habían llegado a Suiza. Prepara el embalaje, luego de haber recibido otros 600 táleres de su madre. Ahora puede dedicarse a estudiar la costa al norte de Lima, cuya descripción aparece en el undécimo capítulo del primer tomo de su libro. De regreso a Lima conoce al Barón Leopold von Winterfeld, un geólogo alemán bien acomodado, quien le cuenta de Humboldt y le aconseja tomarlo de ejemplo.

El 20 de octubre de 1841 se encuentra nuevamente en la sierra, subiendo por la cuenca del río Chillón, esta vez para visitar las minas de Cerro de Pasco (véase el cuarto capítulo de la segunda parte del libro). En Cerro de Pasco recibe la noticia de que el Barón von Winterfeld está muriéndose en un lugar no especificado de la sierra. Tschudi acude a su ayuda inmediatamente y se percata de que solo el traslado a la costa puede salvarlo. De esta manera le salva la vida, pues se cura después de un mes y medio.

En febrero de 1842 regresa nuevamente a Tarma y en el viaje se da cuenta que no ha acabado sus ambiciosos planes. Escribe a su amigo Escher que está decidido a terminar con las siguientes tareas antes de regresar a Suiza:

1. Elaborar un mapa geográfico preciso del Perú.
2. Realizar una descripción histórica, geográfica y estadística del Perú.
3. Escribir un relato de sus viajes.
4. Elaborar un mapa geográfico de las cordilleras que aún no existe, pues Humboldt solo pudo esbozarlo.
5. Establecer colecciones completas de todos los animales y plantas del Perú.
6. Escribir una obra sobre la fauna del Perú con un tomo de láminas.
7. Escribir una obra sobre las plantas del Perú.
8. Escribir un estudio filosófico sobre anatomía y fisiología comparada, como ya quedó mencionado.

Pero pronto tiene el presentimiento de la posibilidad de una muerte prematura. Pese a ello, se prepara para emprender un gran viaje que le iba a llevar a las Montañas Rocallosas, Astoria, California, las Islas Aleutianas y Siberia, de donde iba a regresar a Europa.

En mayo de 1842 vuelve nuevamente a Tarma, con el fin de emprender investigaciones arqueológicas y zoológicas en la sierra y la montaña. Pero,

poco después de iniciar el viaje, le ataca una fiebre tan violenta (véase prólogo de su libro) que apenas puede regresar a Tarma, donde se le complica su enfermedad hasta tal punto que un monje le iba a dar la extremaunción y le prepara su tumba. Pero logra restablecerse lentamente, es salvado por el general Otero que tiene su casa cerca de Tarma, cuando ya todo estaba preparado para su sepelio. Después de dos meses de enfermedad regresa a Lima, cubierto de heridas abiertas en todo el cuerpo. Esta experiencia y cartas de Coulon y de Agassiz, quienes reclaman su regreso, deciden que el tiempo de abandonar el Perú ha llegado.

El 24 de agosto de 1842 Tschudi se embarca en el Callao y llega a Burdeos el 1 de enero de 1843.

Es bienvenido por sus colegas, ya que sus comunicaciones —y sobre todo sus colecciones— le han hecho fama. Pero no tiene tiempo de descansar, ya que sus colecciones esperan su estudio. En octubre de 1843 viaja a Berlín, donde clasifica los animales y los cráneos humanos encontrados por él. Es allí donde conoce a Alexander von Humboldt, en ese entonces un anciano de 75 años. Después de un primer encuentro poco fructífero, Humboldt lo invita nuevamente y Tschudi reconoce toda su enorme grandeza científica. En los museos de Berlín examina unas 200 especies de su material obtenido en el Perú y las compara con descripciones previamente publicadas. También controla personalmente los dibujos para su gran obra sobre la fauna peruana. El mismo Tschudi es un dibujante muy bueno (véase dibujos a lápiz de su propia mano en Kaulicke [ed.] 2001, figs. 11-17). En estos años puede publicar un adelanto de su obra (Tschudi 1843), así como varios artículos sobre sus estudios de cráneos humanos, encontrados por él en el Perú (1844 a, b, c). Estos trabajos se basan en la metodología comparada de aves y mamíferos y apuntan hacia la definición de «razas» existentes con anterioridad a los incas (véase noveno capítulo del segundo libro de *El Perú* y más adelante). Estas publicaciones lo convierten en un científico aceptado y reclamado. Su intenso trabajo le cansa y le deprime hasta cierto punto, ya que se queja de nunca ser capaz de lograr el estilo elegante de Humboldt. Para ello le falta, según su propia opinión, la fantasía y el dote poético, pero prefiere la exactitud y la objetividad de sus investigaciones. Gracias a sus contactos estrechos y la estima de Humboldt, éste le regala todos sus manuscritos sobre zoología, así como más de veinte de sus dibujos, cuya precisión y exactitud asombran al joven suizo y le revelan lo adelantado de las observaciones de Humboldt. Algunos de estos dibujos y la correspondencia de Humboldt a Tschudi fueron ubicados por Schazmann y pertenecen a un descendiente de Tschudi.

En el mismo año de 1844 salen las primeras entregas de su gran obra *Untersuchungen über die Fauna Peruana auf einer Reise in Peru während der Jahre 1838-1842* [Investigaciones sobre la fauna peruana en un viaje por

el Perú durante los años 1838-1842] (Tschudi 1844-1846), en cinco tomos de un total de 723 páginas de texto con 67 litografías polícromas (véase algunos ejemplos en Kaulicke [ed.] 2001, figs. 2-4, 18-20). El Rey de Prusia, Federico Guillermo IV, le entrega una medalla en reconocimiento de sus méritos. Ese año, lleno de trabajos intensos y visitas a Hamburgo, Bremen y Gottinga, termina con la aceptación de su tesis doctoral en medicina, en la universidad de Würzburg, el 28 de diciembre de 1844.

De Würzburg se traslada a Viena, donde estudia las famosas colecciones de aves de Brasil y conoce a Stephan Endlicher, el director de los jardines botánicos de la ciudad (véase la dedicatoria de Tschudi en el libro que presentamos), y estima altamente su excelente calificación científica —su interés vasto y diverso en códices bizantinos y latinos, gramática del chino y, sobre todo, en botánica—, así como su ayuda en sus investigaciones. En 1845 termina con la *Fauna Peruana*, que se recibe con muchos elogios; entre otros, de Humboldt, quien acepta la corrección que Tschudi hace de algunas de sus observaciones referentes a los camélidos. El 24 de enero de 1847, Humboldt le escribe que el rey de Prusia le ha otorgado otra orden, quizá gracias a su intervención.

Tschudi decide residir en Viena por la excelencia de sus bibliotecas y sus colecciones, especialmente concernientes al Perú y las Américas en general. En 1848 se convierte en testigo de la revolución y escribe un tratado sobre estos eventos y sus causas (Tschudi 1849). Las consecuencias para Tschudi son su retiro a una finca —el *Jakobshof*— cerca de Edlitz, en Baja Austria, donde practica como médico y se casa con Ottilie Schnorr von Carolsfeld. Pero esta vida en el campo no le satisface, se agrava su nostalgia por el Perú y anhela su regreso a los Andes. Por otro lado, muestra su versatilidad en un trabajo sobre consumidores de venenos (Tschudi 1851), a raíz de un comentado juicio público de un caso de supuesto asesinato por dosis mortales de arsénico. Tschudi se vale de sus experiencias en el uso de coca y mercurio en el Perú, así como de arsénico en pequeñas dosis, que pueden tener consecuencias fatales por su abuso. Su artículo causa una sensación entre médicos y juristas.

Pero ya está trabajando en otro proyecto de una obra mayor, la única en idioma castellano, en la que figura como coautor el peruano Mariano de Rivero y Ustárriz, que sale en Viena —con 328 páginas de texto y 58 láminas— en 1851. Los primeros ejemplares se envían al Congreso del Perú. Este trabajo, sin embargo, es motivo de malentendidos posteriores —en el texto del propio Schazmann se entiende como si toda la obra se debiese a Tschudi, mientras que los peruanos sostienen que el verdadero autor es el peruano (para una discusión detallada, véase Kaulicke 2001b, 2003)—. Pero Tschudi —quien se encarga de todos los trabajos de la edición e invierte su propio dinero en ella— ya está trabajando en otra obra sobre el quechua, que sale dos años

después (Tschudi 1853). En 1851 nace su primer hijo: Hugo. Pero pese a sus éxitos de escritor y de médico, se siente cansado. El 22 de febrero de 1852, le escribe a su hermano Friedrich: «Eso de escribir es una cosa precaria y, francamente, ya me está hartando, pues hace años que no me deja tiempo para respirar». Nuevamente le atrae la idea de volver al Perú y, efectivamente, se le presenta la oportunidad de viajar nuevamente a América, esta vez al Brasil.

De este viaje existen numerosas cartas publicadas en un periódico de Augsburgo y en revistas científicas, y culminan en otra obra grande en cinco tomos, *Reisen durch Südamerika* [Viajes por Sudamérica] (Tschudi 1866-1869; para las otras publicaciones referentes, véase Kaulicke 2001a: 54-56). Esta vez se trata expresamente de sus viajes y, por el volumen y la cantidad de sus dibujos, se acerca a los trabajos respectivos de Humboldt. Después de Brasil, pasa por Argentina, atraviesa las cordilleras en invierno, ingresa a Chile y, después de veinte años de ausencia vuelve a Lima, adonde llega en el mes de noviembre de 1858. Por un lado, le sorprende la construcción de muchos edificios nuevos y la cantidad mucho mayor de productos europeos que se venden en las tiendas y que se impone la moda del gusto francés. Por otro lado, nota los progresos en técnicas y ciencias. En particular entabla contactos con Antonio Raimondi (según Luis Felipe Villacorta se encuentran cartas de Tschudi a Raimondi en el archivo de este último, comunicación personal). Luego pasa por Guayaquil y atraviesa el istmo de Panamá con el ferrocarril, recientemente establecido. El 1 de enero de 1859 llega a Southampton.

Una consecuencia de su viaje a Brasil es la constatación de una situación sumamente precaria de los colonos europeos en este país. Escribe varios tratados sobre el tema para el gobierno suizo (véase Kaulicke 2001a: 55-56), con recomendaciones concretas para su mejoramiento. Tienen el efecto de que se le ofrece un cargo diplomático, pero Tschudi no acepta de inmediato, ya que es consciente de la complejidad del caso, que no solamente concierne a los suizos sino también a otros europeos. Se aceptan sus condiciones y el 13 de febrero de 1860 se le nombra ministro. El 13 de mayo del mismo año, llega a Río de Janeiro. Pese a grandes dificultades Tschudi logra la firma de un convenio con el emperador brasileño, el 13 de agosto de 1861, que es ratificado por el Consejo Federal de Berna, el 13 de diciembre del mismo año, cuando Tschudi ya se encuentra nuevamente en su finca. En 1866 se le nombra ministro en Viena. En su nueva faceta de diplomático, sin embargo, no se olvida de sus trabajos científicos. El pintor Johann Moritz Rugendas, que le había entregado varias láminas para la publicación de *Antigüedades Peruanas*, así como un texto en quechua (publicado en 1853); encuentra otro manuscrito del mismo texto en 1858. Tschudi decide publicarlo y traducirlo; sale en 1875 (Tschudi 1875). Mientras tanto se complica su posición

de diplomático, debido a malentendidos y acusaciones injustificadas por lo que presenta su renuncia, que se acepta en 1882.

En su vejez, ya a la edad de 65 años y con una salud perjudicada, se concentra más en problemas que le han interesado anteriormente: la historia de los indios con anterioridad a los incas, su origen y su civilización. En una introducción de más de cien páginas a otro aporte fundamental —el *Organismus der Khetšua-Sprache* (Tschudi 1884)—, se ocupa extensamente del tema (véase Kaulicke 2001b).

En 1884 tiene la satisfacción de que su hijo logra obtener un puesto en el Museo de Arte de Berna; más tarde se le nombra Director de la Galería Nacional de Berlín. Tiene que recibir los anuncios de la muerte de su mejor amigo, Alfred Escher, en 1882. En 1886 muere su hermano Friedrich, después de una enfermedad larga y penosa; al año siguiente le sigue su otro hermano: Iván. El 8 de agosto de 1889, fallece Johann Jakob von Tschudi. Dos años más tarde sale su última obra: *Culturhistorische und sprachliche Beiträge zur Kenntniss des alten Peru*, en Viena (Tschudi 1891). Este trabajo fue traducido al castellano en 1918 y, nuevamente, en 1985 (véase Kaulicke 2001b: 58).

Este relato bio-bibliográfico, basado en el libro de Schazmann, nos presenta —quizá algo idealizadamente— la vida de un hombre lleno de energía, con intereses diversos, que se centran en la comprensión de una realidad compleja, ejemplificada por el Perú actual, histórico y prehistórico; y, finalmente, su futuro, así como su importancia para Europa. Lo último es la razón por haber escrito casi todas sus obras en alemán, lo cual tiene como consecuencia un conocimiento poco preciso de sus alcances en la América hispanohablante. Pero el afán de Schazmann no era producir una obra dirigida a historiadores o científicos de las disciplinas tocadas por los estudios de Tschudi. Su interés se centra en recuperar a un *Auslandschweizer* (véase atrás) para sus compatriotas, poco familiarizados con los logros de un hombre casi desconocido en su propio país. Este interés, sin embargo, tiene como consecuencia la información resumida y poco precisa en muchos aspectos que merecerían su discusión. Pese a haber dedicado once capítulos a su estadía en el Perú, el lapso de tiempo cubierto por el libro que presentamos, muchos detalles permanecen ignorados. No se tiene una cronología completa de sus actividades en el Perú, entre 1838 y 1842. Se desconoce igualmente qué tipo de relación tenía con qué científico peruano en este mismo período. Tampoco se sabe mucho de los contactos con otros miembros de la sociedad limeña y los residentes extranjeros, y no queda claro en qué se basa concretamente su descripción detallada de Lima que abunda en detalles. Es muy probable que las cartas, a las que tenía acceso Schazmann, contengan información mucho más precisa.

Pero Schazmann tiene otro mérito, que consiste en proveer información algo más completa de los trabajos posteriores de Tschudi, durante los cuatro años entre su regreso y la publicación de *El Perú*. Particularmente interesante es su contacto estrecho con Humboldt que se inicia, a más tardar, con su encuentro con el barón von Winterfeldt, discípulo de este último, en el Perú, en 1841.

Otro problema se presenta por la bibliografía de Tschudi, ya que todos los trabajos que versan sobre él —el de Schazmann incluido— pecan por contentarse con la indicación de sus obras más importantes, a menudo sin citar sus fuentes debidamente (las cartas consultadas incluidas). En mi trabajo del 2001 (Kaulicke 2001a: 50-60), he compilado listas diferentes con el fin de obtener una bibliografía razonablemente completa. El resultado, sin embargo, con casi toda seguridad, es insuficiente. Este trabajo, por tanto, queda por hacer como una de las tantas *desiderata* acerca de Tschudi.

PERU. REISESKIZZEN AUS DEN JAHREN 1938-1842

El libro, cuya traducción ofrecemos a continuación, se imprimió en la editorial Scheitlin y Zollikofer de Sankt Gallen, en 1846. Se trata de una empresa dirigida por el segundo esposo de la madre de Tschudi, donde se publican también otras obras, sobre todo la *Fauna Peruana*. Sale en dos tomos de 346 páginas en trece capítulos y de 402 páginas con diez capítulos, respectivamente. El segundo tomo está adornado con trece dibujos, de la pluma del mismo autor. Casi inmediatamente este libro se traduce al inglés, en Londres y Nueva York, cuyo título ya deja entrever un cierto afán interpretativo de los traductores: *Travels in Peru during the years 1838-1842, on the Coast, in the Sierra, across the Cordilleras and the Andes into the Primeval Forests*; con lo cual queda claro que se presenta un relato de viajes, tipificación que Tschudi rechaza categóricamente desde el inicio (véase atrás).

Ochenta años después, se publica el libro versión castellana cuyo título reza *Testimonio del Perú 1838-1842* (Tschudi 1966). No solamente difiere en el título, sino también en la composición, ya que consiste de siete partes (El Callao, Cuadro histórico, Lima, Alrededores de Lima, La Costa, La Sierra y La Montaña), basadas en nueve de los trece capítulos del primer tomo (capítulos tres al once) y solo cinco de los diez del segundo (capítulos uno, cuatro al siete). Aun los subtítulos, indicados por el propio Tschudi, reciben un tratamiento libre. Como ejemplo servirán los del sexto capítulo del primer tomo (compárese con los subtítulos respectivos en esta edición): «Lima (continuación). — Sus habitantes. — Estadística demográfica. — El censo de 1836. — Mosaico de razas. — Los criollos blancos: comodones y sibaritas pero liberales y francos. — Afi-

ción al juego. — Educación. — La mujer limeña. — Saya y manto. — Perfil amoroso de "la tapada": un disfraz para la intriga. — Vida doméstica. — Vanidad de vanidades[...] — Afeite y aderezos. — El gusto por los dulces. — Los indios: apenas cinco mil, "activos y abnegados". — Los negros: diez mil, la mitad esclavos. — Cofrades y aguadores. — Los mestizos: artesanos y mercachifles; los mulatos: médicos, barberos y sacamuelas. — ¡Ah, las mulatas! — Los extranjeros: chapetones, italianos, franceses[...] — "Serio como un alemán." — La dicción.». A menudo párrafos enteros se omiten; el largo capítulo octavo del segundo tomo (páginas 201-290 en la edición original, compárese esta edición) se reduce a apenas 14 páginas en la traducción de 1966. De los trece dibujos de la edición original se presentan solo dos, uno de los cuales (Tschudi 1966: 174) no aparece en el original de 1846. En cambio, abunda en ilustraciones de la época de las manos de otros pintores o fotógrafos. Finalmente, los pasajes, escogidos para su traducción, no siempre se caracterizan por una versión castellana fiel sino que se contentan con una aproximación al sentido original que no siempre se logra. Por esta razón, esta edición de 1966 no fue mayormente consultada. La traducción presentada pretende ser completa y fiel al original. Solo se suprimieron las notas al margen del texto que son traducciones al inglés de los subtítulos de cada capítulo, así como la versión inglesa de los índices de ambos tomos. Finalmente se omitió también un análisis químico de muestras de guano que Tschudi ofrece como *postscriptum* en la página 333 del primer tomo, al final del duodécimo capítulo.

La estructura de la obra

En su prólogo, Tschudi explica el plan de su trabajo: el primer tomo se centra en una descripción de Lima, dejando en claro un tratamiento algo severo de su situación, comparándola con la vida de una planta tropical que languidece después de un crecimiento frondoso, víctima de su propios vicios y de condiciones políticas adversas. La segunda parte trata del interior del país, presentado en una síntesis general a la que se agrega una «historia del Perú autóctono» en los últimos dos capítulos. Pese a no haber conocido y recorrido todo el Perú, su título indica que el contenido del libro reclama un valor generalizador.

Como ya se mencionó, cada capítulo, de extensión variada —entre 12 y 36 páginas en el primer tomo del original y entre 14 y 90 páginas en el segundo— cuenta con una relación de subtítulos breves que varían entre 12 y 31 tópicos por capítulo en el primero y entre 13 y 55 en el segundo. Esto da un total de 326 tópicos en 346 páginas, por tanto, poco más de una página por

tema. Algunos de ellos se tocan muy brevemente y no suele haber nexos elaborados entre uno y el siguiente. Son, por ende, bocetos o esbozos, como reza el subtítulo del libro.

En el primer libro, estos temas se dejan subdividir en varias categorías que se relacionan con viajes, con lugares, con datos geográficos, datos económicos, sociológicos, históricos, geológicos y zoológicos.

Los temas relacionados con viajes aparecen en los capítulos 1-4, 7, 10 y 13, por lo que es evidente que son recurrentes y que Tschudi les concede una importancia especial. El primer capítulo se inicia con el viaje por barco desde Le Havre hasta Chiloé. El autor no se detiene en presentar los motivos de este viaje ni describir las preparaciones previas. Su función, en consecuencia, es establecer el vínculo entre Europa y Sudamérica como una ruta común, usada también por los demás europeos que emprenden este viaje por diferentes motivos. Describe el desembarque en la isla Chiloé, sus movimientos por tierra a caballo con el fin de obtener información científica y su salida, nuevamente por barco. En el segundo capítulo trata de su viaje a Valparaíso pero, en este caso, incluye datos sobre las acciones bélicas contra el Perú, ocurridas en el pasado reciente, i.e. el uso de las rutas marítimas, normalmente de interés comercial, por el interés militar. Tschudi sigue esta misma ruta, con lo cual se involucra en las acciones bélicas. En el siguiente capítulo siguen las expediciones por tierra y por mar, desde una perspectiva histórica, seguida parcialmente por Tschudi, quien se convierte en testigo ocular de varias de estas acciones. En los capítulos siguientes sigue una descripción detallada de Lima; el capítulo cinco es una especie de recorrido por Lima, por tanto otra vez ligado a movimientos en el espacio, esta vez más restringidos, con el fin de presentar edificios importantes y las características urbanas de la capital. En la segunda parte del capítulo siete el viajar se presenta en su versión de esparcimiento, lo cual le da la ocasión a Tschudi de describir los medios de transporte; en particular los caballos y las mulas, los cuales juegan un papel importante en las corridas de toros en el capítulo ocho. En el capítulo diez Tschudi se dirige a los alrededores de Lima, que recorre a caballo también; mientras que, en los dos capítulos siguientes, once y doce, nuevamente se sirve de barcos para visitar la costa al norte de Lima y, luego, la del sur. Hasta el último capítulo —trece— contiene una noción acerca de los peligros de viajar por el desierto, que a menudo termina con consecuencias fatales.

El viajar, en consecuencia, constituye una especie de red arterial que conecta los lugares geográficos y cuyo corazón es Lima. Sirve, en primer lugar, a fines comerciales, militares y, luego, a desplazamientos individuales. Las inclemencias de la naturaleza, por tierra y por mar, exigen una preparación adecuada del viajero y de sus medios de transporte, por lo cual Tschudi

ofrece observaciones puntuales sobre el tema. Pero no solamente se trata de la naturaleza, el propio hombre dificulta la comunicación, sobre todo en forma de asaltantes atrevidos y desalmados.

El segundo punto, en cantidad de temas aun más numeroso que los datos sobre caminos, medios de comunicación y aspectos relacionados, son los tópicos relacionados con lo que podría llamarse «datos sociológicos». Tschudi presta mucha atención a las condiciones de vida de los habitantes en aldeas, en el campo y, sobre todo, en Lima. Se detiene en la infraestructura, en las instalaciones como la aduana, la sede de los gobiernos locales y regionales, las prisiones, los monasterios, iglesias, plazas, etc., y los diferentes aspectos de sus habitantes, sus actividades comerciales, su grado de instrucción, sus inclinaciones (nocivas o menos nocivas) y los diferentes estratos sociales. En estas observaciones Tschudi no trata de disminuir las deficiencias sino, al contrario, se detiene en ellas y no deja de expresar vivamente su indignación en cuanto a una serie de aspectos. En primer lugar le indigna el trato inhumano que reciben los estratos inferiores de la sociedad, principalmente los indios. Presenta casos con el fin de escandalizar a los europeos y hacerles ver que hasta los europeos participan en estos actos, motivados por la explotación abusiva. Esta acusación de crueldades casi inimaginables que, como Tschudi sabe, se deben a diferentes razones y tienen un trasfondo histórico, muestra que el autor se entiende como defensor de los derechos humanos. Al acusarlos trata de llamar a una conciencia y, como consecuencia, a un mejoramiento de una situación que es nociva para el desarrollo del país, en el cual Tschudi está muy interesado.

Reconoce aspectos relacionados con delitos como asaltos, contrabando, esclavitud y trabajo forzado, como excesos que son contraproducentes para el desarrollo del comercio y de la economía en general.

Un último tema es la suciedad, causa de enfermedades y una especie de metáfora para la falta de humanidad, así como el exceso en bebidas alcohólicas en los estratos inferiores de la sociedad y un general entusiasmo para las diversiones «vanas» y otras que incitan la brutalidad, como la gran afición a las corridas de gallos y de toros. Tschudi es consciente también que estos excesos contribuyen al freno del desarrollo y los denuncia, con el fin de crear un cambio para mejorar la educación y mejorar la situación socioeconómica del país.

Estas observaciones desfavorables no son novedosas. Ya Humboldt se expresa con palabras poco halagadoras de la Lima que conoció en 1802, lo cual suscitó reacciones algo irritadas por medio de los historiadores modernos (véase Hampe 1999). Poco después otro viajero alemán, Eduard Poeppig (1798-1868) llega a observaciones parecidas (véase Núñez 1989: 310). Tschudi, quien vive cuatro años en esta ciudad, especifica implacablemente las razo-

nes que llevan a estas conclusiones, con lo cual confirma las afirmaciones de sus colegas.

Los datos históricos se concentran en un análisis de la historia más reciente, presentada en los capítulos dos, tres y cuatro y, en forma algo más dispersa, en datos acerca de la colonia, como parte de las descripciones de Lima. En la parte final de la primera parte (capítulos diez y once), agrega algunos datos sobre la historia antigua con las descripciones de Pachacamac y Paramonga.

Los temas económicos aparecen algo más relegados en el primer tomo, a juzgar por los subtítulos de cada capítulo, pero datos respectivos aparecen con más frecuencia, aunque se concentran en las provincias de Lima, cuyos productos llegan al mercado descrito en el capítulo siete. Son las haciendas provinciales las que producen los víveres para la capital. En el capítulo nueve Tschudi describe detalladamente las cualidades de las plantas cultivadas; en el capítulo doce se dedica a la viticultura, al algodón y a las cualidades excelentes del guano. Pero Tschudi también se da cuenta de la poca eficiencia en la tecnología usada, que no permite una producción eficaz.

Las observaciones sobre geografía, geología y zoología aparecen con poca frecuencia, si se toma en consideración que Tschudi suele ser clasificado como un naturalista. Los datos acerca de los animales se limitan a las últimas partes de los capítulos uno, dos y, sobre todo, tres; en el capítulo once se describen a los bichos que torturan con sus huestes a los humanos y les causan enfermedades; mientras que el último capítulo está enteramente dedicado a la caracterización de la naturaleza costeña que Tschudi publica anteriormente en su *Fauna Peruana*. Pese a ello, la geografía, la zoología y la geología son esenciales, ya que forman en su totalidad el trasfondo y las condiciones básicas a los cuales la sociedad tiene que adaptarse. A menudo esta naturaleza se muestra implacable, con un clima extremo, humedad reducida y, sobre todo, altamente destructiva en forma de terremotos terribles que flagelan Lima y sus alrededores en diferentes momentos de su historia, y cuyos efectos Tschudi describe con mucho detalle.

El segundo libro, dedicado a la sierra y la montaña es algo más largo, 402 páginas por 346 del primero, pero tiene solo diez capítulos y 192 subtítulos, lo cual significa que los capítulos son más largos y los temas se tratan más exhaustivamente. Si sometemos el texto al mismo esquema usado en el primer tomo, resulta lo siguiente.

El viajar ya no ocupa tanto espacio, sino está concentrado en los capítulos uno y siete que son las descripciones detalladas del camino desde Lima a la sierra y desde la sierra hasta la selva. Cumple, sin embargo, con el mismo propósito. Al igual que el largo viaje por mar que conecta Europa con Lima, el camino central a la sierra conecta el interior del país con la capital. Lo largo y difícil del camino se enfatiza con la descripción de 21 estaciones

que termina en La Oroya. Supera, como Tschudi lo anota al inicio, todas las dificultades (ya extremas) de los caminos de la costa, dadas las condiciones naturales extremadamente exigentes. El camino a la selva, en cambio, no tiene inicio claramente señalado ni una meta ubicada. Sus dificultades son otras, en las que la naturaleza domina sobre la «civilización». Por más que Tschudi se adentra se siente también más solitario, hasta que se mantiene completamente aislado, expuesto a la merced de la naturaleza. Es, por tanto, un viaje que distancia a la cultura humana y la sociedad, las que predominan en la costa y, particularmente, en Lima, a señales cada vez más débiles de la presencia de vida humana. Hasta la sierra es tratada en forma general, sin mención a ciudades, pueblos o aldeas particulares, como Tschudi lo hace para la costa. Es también un viaje hacia un pasado generalizado, hacia hombres que aún viven en un estado casi primigenio. Por otro lado, estos caminos son nuevamente arterias que vinculan escasamente con Lima, permiten el ingreso de expediciones militares pero, frecuentemente, no facilitan la comunicación vital con la capital, debido a su mantenimiento y sus medios de transporte deficientes, que impiden o dificultan el desarrollo socioeconómico del interior. El capítulo cinco, cuyo único subtítulo reza «cuadro de viaje», desconcierta algo por su inserción aparentemente desconectada con el tema general y su ausencia de subtítulos; se lo discute más en adelante.

El tema sociológico nuevamente es de importancia central y se puede tratar en tres secciones. La primera es la influencia más o menos directa de la capital con todos sus excesos ya discutidos en la primera parte: suciedad, criminalidad, excesos de bebidas alcohólicas y de la coca, maltrato de los obreros por parte de los dueños de las minas, los hacendados y los militares, a los que se suman enfermedades (capítulos uno hasta cuatro). El capítulo seis se dedica enteramente a los serranos. Pese a que las familias más acomodadas tratan de enfatizar su origen europeo o su condición de mestizos, predomina el componente indio. Tschudi reconoce muchos rasgos positivos como la hospitalidad y la sociabilidad más sana, pese a excesos en bebidas alcohólicas en ocasiones festivas y a la brutalidad ostentada en las corridas de toros. En la montaña, finalmente, diferencia claramente entre los hacendados, los indios «civilizados» y los indios «bravos», y reconoce las tensiones entre ellos. Su etnografía detallada de los indios «bravos» es sorprendente en la enorme cantidad de datos compilados; Tschudi no comete el error de compartir las opiniones altamente negativas de los lugareños, quienes odian y temen a los «incivilizados». Más bien lo «incivilizado» lo reconoce en los colonos de la montaña, como lo especifica en la ridiculización de un personaje que sirve de autoridad y el trato indigno que recibe después de su muerte por sus compañeros, cegados por el alcohol y la avari-

cia. También percibe claramente que las tensiones con los indios de la selva y las poblaciones de colonos se deben básicamente al maltrato que sufren de estos últimos, parecido al maltrato que reciben los indios de los mestizos o criollos.

El tema económico que no resalta tanto en su descripción de la costa, adquiere una importancia mayor en la segunda parte. En primer lugar se ocupa detalladamente de la minería, la fuente de riqueza sin la cual Lima no podría sobrevivir y ofrece una descripción detallada de la situación en Cerro de Pasco, de las vetas altamente productivas, pero explotadas con medios deficientes, así como de las condiciones infrahumanas de los mineros indios y su perversión en seres casi inhumanos. Este tratado de la minería es sumamente valioso, tanto como documento contemporáneo como por sus referencias frecuentes de datos históricos relacionados. Asimismo, reconoce el potencial de la puna en cuanto al cultivo de la maca (quizá Tschudi sea el primero que la menciona), a la ganadería de los camélidos: la llama y la alpaca (Tschudi aun especula que el guanaco puede servir de bestia de carga), así como la caza. Tschudi ofrece una descripción muy detallada del chaco y no se olvida de sus orígenes prehispánicos, así como de otros animales que sirven para el sustento de los habitantes de la puna y para el intercambio en forma de carne seca y de la fibra.

La sierra, a diferencia de las zonas altas, es una zona altamente favorecida por la naturaleza y produce una gran cantidad de productos agrícolas, cuyo beneficio económico Tschudi reconoce en toda su relevancia. Llega a proponer que la quinua se introduzca en Europa debido a sus cualidades nutritivas, pese a una cierta aversión a muchos de los platos que los indios preparan con este cultígeno. No se olvida tampoco de la gran habilidad de los indios para la artesanía y reconoce una cierta regionalización en productos de este tipo. Pese a esta alta productividad los indios venden poco y, en vez de ello, compran productos europeos de mala calidad, en cuya venta se especializan los criollos.

La montaña es otra zona de gran importancia económica, gracias a otros productos agrícolas, pero sobre todo por la quinina y la coca. Tschudi ofrece todo un tratado detallado de esta última planta, en la cual reconoce sus efectos nocivos debido al consumo excesivo pero altamente positivos en su uso mesurado, hasta tal punto que comparte la opinión de que su importación a Europa sería de gran beneficio. Igualmente se detiene en otras plantas medicinales, en cuya venta se especializan algunos indios. Otras frutas, como la piña, son codiciadas en Lima, pero suelen llegar en mal estado debido a problemas de transporte.

En general, por tanto, el interior del país, en sus zonas de puna, sierra y montaña, ofrece un alto grado en diversidad de productos, de los que la capital solo se beneficia en parte, debido a los caminos malos, las condi-

ciones climáticas adversas y la deficiente producción y distribución por parte de los productores, a los que se suma la delincuencia y el abuso.

El tema histórico de la segunda parte se centra en la parte final, los capítulos ocho y nueve. A diferencia de los conflictos tratados en la primera parte que tienen una faceta internacional (en los que no falta la participación de europeos y se centran en Lima, de la cual se extienden a otras partes del país), los conflictos históricos de la segunda parte se centran en los colonos o criollos serranos con la población indígena. Tschudi no deja dudas acerca de sus simpatías hacia los indios. Presenta el desarrollo de las acciones, explica las causas de las sublevaciones y se concentra en la de Juan Santos Atahualpa (capítulo ocho) y la de Túpac Amaru (capítulo nueve). Aun llega a pronosticar que los indios tendrán un día el éxito anhelado y serán capaces de gobernar el país.

Cerca del inicio (capítulo tres), en cambio, retoma el tema ya comenzado en la parte final de la primera parte, acerca de los vestigios prehispánicos. Describe los caminos incaicos y sus estaciones, contrastándolos con el mal estado de los caminos actuales y retoma el tema de la historia de la población autóctona en los últimos capítulos (nueve y diez). Se descubre en su faceta de historiador, al reclamar la necesidad de análisis históricos más científicos y menos distorsionados por intereses políticos en cuanto a la historia de la colonia y la del pasado reciente. En cuanto al pasado más remoto, en cambio, ve la necesidad de concentrarse en los vestigios materiales, tanto antropológicos como arqueológicos, así como lingüísticos. Se descubre también como excavador de vestigios materiales, o mejor como arqueólogo *avant la lettre*, los que usa para reconstruir la estructura poblacional preincaica en tribus caracterizadas por deformaciones craneanas y por características lingüísticas compartidas.

La parte de las ciencias naturales se conforma con el resto de la composición. Es mucho más extensa que en la primera parte y muestra un desarrollo desde los Andes y las Cordilleras, los que Tschudi separa claramente, con sus fenómenos geológicos, climatológicos, mediciones frecuentes de alturas de diferentes puntos, así como la vegetación. Todos estos fenómenos cambian con la altura y con la distancia con la costa, y pasan de lo estéril y caliente de las quebradas costeñas a la esterilidad imponente y amenazadora de las alturas de la cordillera pasando por el clima benigno de la sierra, para terminar en la exuberancia sobrecogedora de la selva. Animales y plantas crecen en cantidad de especies y de individuos para culminar en la selva. Son benignos para los hombres o amenazas terribles y pueden producir, al igual que ciertos fenómenos climáticos, enfermedades altamente penosas. El tamaño excesivo del sétimo capítulo, en comparación con los demás de esta segunda parte, se debe básicamente a la exaltación de Tschudi en su afán de escribir todo lo que observa, pero solo para determinar que la abun-

dancia es tal que le es imposible remitir todo lo que le ofrece la naturaleza en la selva, donde vive por un tiempo prolongado (véase atrás).

Esta interpretación de la estructura de la obra presentada de Tschudi no pretende ser una discusión exhaustiva. Tschudi abunda tanto en datos que cada tema y sus interrelaciones en las diferentes partes de la obra se caracterizan por ser tan densos y complejos que requerirían un tratamiento mucho más exhaustivo, el cual excede largamente los propósitos de esta introducción. Pero resaltan algunas conclusiones básicas. En primer lugar, Tschudi trata su tema desde una perspectiva global. *El Perú* es una especie de microcosmos complejo que está interrelacionado en todos sus elementos fundamentales. Esta complejidad resulta de su alta biodiversidad y diversidad cultural y social, interconectada por una red frágil de conexiones artificiales que suelen perderse en las periferias, las inmensidades de la selva. La interrelación naturaleza-sociedad es dinámica, ya que ambas se constituyen por elementos positivos y altamente negativos. Tschudi parece estar consciente de la dificultad de un dominio técnico que resulta en una tan baja productividad de los recursos naturales que no satisface las demandas del país. La protección contra enfermedades de diversas índoles y contra los efectos devastadores como los terremotos es ineficiente y hasta inexistente. Pero la preocupación de Tschudi se concentra en las calidades humanas deficientes de la sociedad. La injusticia, basada en la desigualdad de los derechos humanos entre los diferentes estratos, crea tensiones que impiden un desarrollo social y económico satisfactorio, sino crean conflictos contraproducentes que benefician a pocos y destruyen a la mayoría, causando más víctimas que los desastres naturales. Por tanto, Tschudi se empeña no solo en señalar estos defectos y sus consecuencias sino que busca también soluciones. Estas soluciones se deben entender, en su opinión, ante un nivel global, incluyendo a Europa. El Perú no es una realidad desligada del resto del mundo sino forma parte del mismo, por lo cual su bienestar también resulta en el bienestar de otras partes del mundo.

En esta posición se muestra cercano a Humboldt, como lo explica bien Ette en su libro reciente (2002), en el cual el autor reconoce una conciencia del mundo en Humboldt, cuyas perspectivas globales tienen vigencia aún hoy en día, como propuesta más allá de las perspectivas puntuales que rigen en la actualidad. Tschudi también es «nómade» científico, al vincular los diferentes aspectos de la sociedad y la naturaleza para convertirlos en una red interconectada donde todos los aspectos adquieren una perspectiva que pretende ser explicativa desde su totalidad. Como hemos visto, Tschudi es exhaustivo en grado extremo en proporcionar datos abundantes y diferenciados y los entrelaza en el análisis de una sociedad en sus contornos culturales y naturales, en su pasado y en su futuro. Por ello, parece que Tschudi ha tratado de emular algo que Humboldt escribió sobre otros países pero que

no logró hacer en el caso del Perú: escribir un *Essai politique du Pérou*. También parece corresponder al cumplimiento de parte del plan que Tschudi comunica a su amigo Escher en 1842: escribir una descripción histórica, geográfica y estadística del Perú (véase atrás).

El «yo» de Tschudi y la observación participativa

Como ya quedó mencionado, Tschudi es enfático en subrayar la necesidad de reservarse sus experiencias personales durante su estadía en el Perú, con el fin de no distraer al lector de lo que le parece más importante, lo cual expresa tanto en el prólogo de su libro como en cartas enviadas a amigos o parientes (véase atrás). Esto se cumple de una manera quizá algo exagerada en el capítulo siete de la segunda parte, su tratado extenso sobre la selva, donde aparece, casi como apéndice, «la vida de un naturalista en la selva». La forma impersonal del subtítulo se mantiene en el uso constante de verbos reflexivos o la voz pasiva del texto con el fin de evitar la primera persona —el «yo»— a toda costa. Tanto en el castellano como en el alemán original esta forma de relato resulta inusual. Aun el dibujo que acompaña el texto, de mano del propio Tschudi, muestra a los dos personajes involucrados, reducidos en tamaño y ambos con la cara dirigida en dirección opuesta al observador, de modo que resulta difícil sino imposible decidir quién de ellos es el autor. Esta actitud difiere de la de Humboldt, quien —como posteriormente Tschudi— se adentra en la selva con un compañero, Aimé Bonpland, pero no tiene escrúpulos en esconder su participación como agente principal. Esta misma técnica aparece en otro dibujo del tercer capítulo, en el cual se aprecia un jinete que tiene que ser el propio Tschudi, que voltea su cabeza hacia los habitantes de una choza en la puna. Un tercer dibujo, en el primer capítulo, también basado en una experiencia propia, muestra el funcionamiento de un *huaro*. Según el texto, la persona en el primer plano es un indio, la que cuelga de la soga probablemente no es Tschudi, ya que éste asegura que siempre trató de evitar este tipo de transporte. Finalmente, el resto de los dibujos no muestran personajes sino objetos arqueológicos, la mayoría de ellos obtenidos por el autor, lo cual refleja una relación más sutil con el «yo».

Los pasajes que se refieren a los animales de cada región, que se inicia ya en la isla Chiloé, siempre aparecen al final de los capítulos respectivos y, en el caso de la primera parte, en el último capítulo, al final de la primera parte. Al tomar en consideración que el estudio de estos animales constituyó la meta originalmente impuesta, este ordenamiento puede verse nuevamente como afán de posponer sus intereses personales a lugares menos expuestos.

Pero esto no significa que el uso del «yo» se elimine por completo, al contrario, aparece con cierta constancia en ambas partes. Lo que, a primera

vista, podría tomarse por anécdotas amenas para aligerar un texto algo pesado por su densidad, parece tener otro propósito. Con ello Tschudi se presenta como testigo ocular en afirmaciones que, en la opinión de él, requieren de pruebas convincentes. Su presencia, entonces, documentada en un «yo» contundente, le proporciona autoridad al texto.

Existe, sin embargo, una excepción desconcertante de este uso. En el capítulo cinco de la segunda parte aparece lo que el subtítulo denomina «cuadro de viaje». También el título principal de este capítulo difiere del resto, así como la omisión de otros subtítulos. Todo este recurso literario de un texto concentrado en el «yo», parece contradecir los propósitos del autor como una posible concesión a los supuestos gustos de sus lectores. Extraña además su ubicación central en esta segunda parte (el quinto de diez capítulos). Tal ubicación indica que Tschudi le concede una importancia particular a su contenido. Si rechazamos la idea de una especie de incongruencia voluntaria o involuntaria, sería conveniente indagar si existe otro ejemplo en su obra que sirva de comparación. Efectivamente, hay un capítulo en la primera parte que trata de un tema en particular, en vez de la acostumbrada multitud de datos interconectados de una manera más suelta y compleja. Se trata del capítulo ocho, también en una ubicación central, que ofrece la descripción viva de una corrida de toros. Una posible relación entre ambos no parece existir a primera vista. Al contrario, los dos capítulos parecen concentrarse en oposiciones. En la corrida de toros se trata de un ritual social, aceptado generalmente, que goza de la predilección de la mayor parte de los limeños; mientras que en el otro existe básicamente un solo individuo que se encuentra con otro individuo muerto y —al inicio y al final— con unos pocos indios que prestan apoyo al primero. El actor principal en estas escenas es la naturaleza, con la que se enfrenta el viajero en una lucha desigual y brutal, destinada a que sucumba el «yo» al poder impactante de los fenómenos naturales. La corrida de toros se concentra en un enfrentamiento entre hombres y un animal, que tiene como finalidad la muerte infligida con la mayor brutalidad, apoyada por un público ansioso de sangre. Parece que Tschudi intenta transmitir un mensaje a través de estos relatos que no concuerda necesariamente con la moraleja que presenta al final de ellos: en el caso de las corridas de toros reconoce que estos espectáculos tienen una justificación social, al distraer de los problemas más inmediatos que aquejan a la población, por lo que recomienda menos brutalidad ostentada con el fin de evitar una brutalización social generalizada que Tschudi reconoce en muchos aspectos de la sociedad limeña. El relato del protagonista de la puna sirve para reflexionar sobre lo efímero de la suerte y de la existencia humana.

En el fondo es la confrontación de la sociedad y sus integrantes con la naturaleza y la desigualdad inmanente en este encuentro. La sociedad limeña

habita un paisaje completamente culturizado, en el cual la naturaleza se encuentra en una periferia que recibe poca atención del centro. Hasta los animales que son los protagonistas «naturales» son productos de la intervención humana. Tschudi enfatiza el rol benéfico del caballo en muchas ocasiones: una mula también le salva de un final fatal al pagar con su propia muerte. El toro también es crucial para la procreación del ganado vacuno de mayor importancia comercial en beneficio de la sociedad limeña. Su sacrificio, por tanto, es una victoria solo aparente sobre una naturaleza que no se puede dominar. Ésta, en forma de terremotos terribles, recuerda su presencia a los limeños en eventos que cuestan la desaparición del paisaje cultural y social y la muerte de miles de los ocupantes de la capital. Es una especie de autoengaño, el fantasma de un dominio que no existe.

En el caso del individuo que está a merced de las fuerzas de la naturaleza, desatadas en un ambiente prácticamente carente de modificaciones humanas, la situación cambia dramáticamente. Este individuo «civilizado», y además familiarizado hasta cierto punto con los peligros que le acechan —Tschudi ha crecido en un ambiente alpino—, es víctima indefensa como el muerto que, sin embargo, es víctima de la agresión humana. Es, finalmente, también la ayuda de los indios que circunstancialmente pasan cerca de su guarida, gracias a la cual se salva.

En consecuencia, se trata de la dialéctica entre hombre y naturaleza, que se expresa en estos dos ejemplos contrapuestos que también aparecen en muchas otras partes del libro de Tschudi y que dramatizan, en sus ubicaciones centrales, la relación entre hombre y naturaleza cuya solución es central para la perpetuación de la sociedad.

Antropología física – racismo – indigenismo

Quisiera tocar un último punto que, entre otros, puede incomodar a algunos lectores de esta obra de Tschudi. Se trata de su apreciación del problema racial, en un ámbito ciertamente anterior al reconocimiento de la genética como factor decisivo de la variabilidad fenotípica que se expresa en el concepto de «raza», que, si bien es válido, suele ser distorsionado por factores sociales ajenos a una discusión científicamente aceptable.

En el sexto capítulo de la primera parte Tschudi se ocupa de los habitantes de Lima, quienes lo dejan asombrado por la presencia de una gran gama de razas «puras» y «un ejército variopinto» de híbridos. Desde el inicio deja muy en claro que los híbridos son también híbridos mentales, que suelen heredar las características negativas de sus padres, lo cual les ubica lejos de las razas «puras». Estas razas puras son los criollos blancos que, pese a sus vicios heredados de los españoles europeos, destacan por sus virtudes, aun-

que más las mujeres que los hombres. Los indios, según Tschudi, se diferencian en costeños y serranos; ambos se encuentran en desventaja racial frente a los blancos. En la escala racial los negros ocupan el escalón más bajo, su capacidad mental poco desarrollada se debe a diferencias en el cráneo que imposibilita el desarrollo libre del cerebro. Esta desventaja les acerca a las formas animales y se manifiesta en el afán de imitación, muy desarrollado en los monos.

En el caso de los híbridos Tschudi es consciente de un trasfondo social que origina un espíritu de casta, un racismo —expresado en odio y desprecio— presente en varias direcciones y en diferentes niveles sociales reales e imaginados. No deja de observar rasgos positivos en mestizos y mulatos, pero enfatiza su aversión absoluta contra los zambos y, en menor grado, contra los chinos (como término de híbridos).

Esta aversión violenta contra los negros probablemente es una «herencia» de su maestro Agassiz, quien ostenta una repugnancia casi física contra los negros y sostiene que las razas «coloradas» se caracterizan por una mente infantil y débil (citado en Wolpoff y Caspari 1997: 88, 90).

Estas apreciaciones negativas parten de la convicción de que la mezcla racial es nociva en sí, aunque se revierte en potencialmente positiva en la de una raza superior —como la blanca— con otra de menor valía (compárese la expresión «mejorar la raza», muy popular aún en el Perú actual); por ende, un principio eugenista que ha llevado a excesos en su vulgarización (como v.g. entre los nazis de la Segunda Guerra Mundial), pero que tiene aspectos positivos aceptados por la genética moderna.

En la segunda parte, sin embargo, Tschudi matiza más, al ocuparse casi exclusivamente del «indio», tratando de entender su posición, así como sus características sociales e intelectuales y su relación con otras razas. Reconoce que las características desventajosas del indio no son «genéticamente» determinadas, sino resultado de siglos de opresión y de maltrato, así como de una mezcla que se inicia con el gobierno de los incas. Ya en la primera parte Tschudi se queja de que los indios fueron engañados en las guerras de liberación, ya que su suerte no cambió sino que empeoró aún más.

Las diferencias raciales nítidas, aún observables en los indios «bravos» de la selva, también se perciben en las características craneanas de las poblaciones preincaicas —en buena parte patologías culturales, como las deformaciones— que Tschudi estudia y define en base a especimenes encontrados por el mismo autor. Éstas se dejan separar geográficamente en «tribus», cuya área de distribución concuerda con los idiomas hablados en tiempo de los incas. Esto significa que existían razas —Tschudi las llama «tribus», o naciones de acuerdo al uso de los cronistas, más o menos en el sentido de «etnias» en la actualidad— las que, gracias a su pureza, podían contribuir a la formación asombrosa del «gobierno» de los incas. Es,

por tanto, el estudio de este estado preincaico, el que permitiría una clara apreciación del indio en toda su capacidad. Por estas razones Tschudi se ocupa del estudio antropológico de los grupos selváticos por un lado y de la arqueología por el otro. El racismo extremo de parte de los criollos, en la profecía de Tschudi, llevaría un día a una sublevación exitosa, aunque compara (sospechosamente) este posible gobierno indio con el intento exitoso de una república de negros, refiriéndose a Haití, donde un esclavo negro, François Dominique Toussaint Louverture (1743-1803), lideró una guerra contra los franceses que llevó a la independencia del país, en 1804.

No cabe duda que Tschudi desarrolla facetas de indigenista ante un conjunto confuso de conceptos precientíficos mezclados con prejuicios sociales y religiosos, herencia de los españoles que llegan en el siglo XVI y que se perpetúan consolidándose en la época colonial. Este conjunto desconcierta hoy en día, pero no se puede negar que Tschudi trata de ser justo en estas apreciaciones, sobre todo concernientes a la población autóctona a la que se niega el derecho de gobernarse según sus propios principios políticos e ideológicos. Nuevamente se manifiesta su faceta de defensor de los derechos humanos, un tema que no ha perdido su actualidad.

Sin tratar de profundizar el tema —ciertamente muy complejo, aun en su acepción actual— cabe anotar que aún hoy los conceptos que se basan en conocimientos deficientes de la genética y la herencia humana se mezclan con supuestas evaluaciones sociales, que enfatizan indebidamente aspectos tanto negativos como positivos dentro de una problemática que se basa en definiciones deficientes de identidades. Si bien se rechaza normalmente el término «raza» aplicado al hombre (aunque sigue vigente en relación a aspectos fenotípicos de especies animales con una distribución espacial definible o en sus formas domésticas), es indiscutible que el racismo sigue presente en el Perú de la actualidad (véase Callirgos 1993 y Manrique 1999), pese a su afán de ignorarlo; y aun en la forma del indigenismo, ya que éste se basa en una apreciación o una idealización por otros («no indígenas») con el fin de reivindicar a los indígenas, quienes, a su vez, mantienen sus prejuicios sociales, no tan diferentes a los de inicios del siglo XIX.

La presente edición

La traducción de *Peru Reiseskizzen* es —como quedó mencionado— la primera versión completa en el idioma castellano. También trata de respetar la forma original en lo posible, con la excepción de algunas omisiones menores

que no afectan la obra. La ortografía de términos castellanos —a veces algo distorsionada por el propio autor o por errores de imprenta— fue corregida sin anotaciones específicas. Los topónimos, nombres comunes, apelativos o epítetos de origen español o quechua que el autor consigna —sean estos palabras simples o sintagmas— y que en el texto original han sido resaltados de manera diversa (utilizando comillas en algunos casos o alargando tipográficamente la palabra en otros) han sido puestos todos entre comillas. Asimismo, van entre comillas los nombres de embarcaciones. Por otro lado, se han reservado las comillas simples para aquellos casos en los cuales se consigna el significado o traducción de un término o frase.

El propio Tschudi usa algunas anotaciones en su texto, en forma de notas a pie de página, indicadas por uno o varios asteriscos en el texto de la misma página. Todas estas notas fueron respetadas. Parecía, sin embargo, necesario ampliar este aparato de notas en algunos de los casos. Estas ampliaciones se concentran en la corrección de los abundantes términos taxonómicos, muchos de los cuales son obsoletos hoy en día. En estos casos se da la versión correcta y actual y se anota el término correcto en otra nota de pie señalada por corchetes que encierran las letras B/B, por Philippe Béarez y Remy Bruckert, expertos franceses en la materia.

En algunos casos era necesario corregir algunos datos referentes a la historia. Estas correcciones u observaciones aparecen en otras notas, también en corchetes que encierran la letra O, por Juan Luis Orrego, historiador de la PUCP. Finalmente, he considerado como necesario aportar algunas correcciones u observaciones también; en este caso los corchetes encierran la letra K.

Estos cambios obligaron a insertar las anotaciones de Tschudi dentro de este aparato crecido, indicadas en corchetes con la letra T. También era necesario recurrir a otro sistema en cuanto a su señalización en el texto. Se ha optado por usar subíndices de números arábigos corridos para cada capítulo en vez de los asteriscos del original. Las notas de pie, como en la obra original, aparecen en la página correspondiente. Con ello, no se ha querido presentar un aparato de notas que sea exhaustivo. Tal proyecto hubiera requerido un espacio excesivo, más dirigido al especialista que al público en general, al que se dirige la presente publicación.

Por esta razón, también se incluye un glosario de términos menos familiares. Para el uso de ambos —tanto interesados como especialistas—, la obra termina con dos índices: uno onomástico y otro toponímico.

REFERENCIAS CITADAS[1]

CALLIRGOS, J. C.
1993 *El racismo. La cuestión del otro (y de uno).* Lima: DESCO.

CIEZA DE LEÓN, P.
1984 [1553] *Crónica del Perú.* Primera Parte (introducción de F. Pease). Colección de Clásicos Peruanos. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Academia Nacional de Historia.

ETTE, O.
1999 «Humboldt y el proyecto moderno». En: *Humboldt* 126. Bonn: Inter Naciones, 1999. 2-5.
2002 *Weltbewußtsein. Alexander von Humboldt und das unvollendete Projekt einer anderen Moderne.* Weilerswist Velbrück Wissenschaft.

HAMPE, T.
1999 «El virreinato de Perú en los ojos de Humboldt». En: *Humboldt* 126. Bonn: Inter Naciones, 1999. 102-105.

HUMBOLDT, A. von
1845 *Kosmos. Entwurf einer physischen Weltbeschreibung.* Tomo I. Stuttgart: Cotta Verlag.

KAULICKE, P.
2001a «La vigencia de Johann Jacob von Tschudi». En: Kaulicke, P. (ed.). *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889).* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 29-62.
2001b «Visiones del pasado de Johann Jacob von Tschudi». En: Kaulicke, P. (ed.). *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889).* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. 77-95

1 Con el fin de evitar malentendidos, las citas a continuación no pretenden ser exhaustivas ni de las obras de Tschudi (véase Kaulicke 2001a) ni de la literatura secundaria.

2001 *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

2003 «Visiones del pasado de Johan Jakob von Tschudi». *Bulletin de la Société suisse des Américanistes* 66-67 (2003-2003), 77-84.

MANRIQUE, N.

1999 *La piel y la pluma. Escritos sobre literatura, etnicidad y racismo*. Lima: CIDIAG.

NÚÑEZ, E.

1968 *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú. Apuntes documentales con algunos desarrollos histórico-biográficos*. Lima: CONCYTEC.

NÚÑEZ, E. y G. PETERSEN

2002 *Alexander von Humboldt en el Perú. Diario de viaje y otros escritos*. Lima: Banco Central de Reserva e Instituto Goethe.

RIVERO y USTÁRIZ, M. de y J. D. de TSCHUDI

1851 *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta Imperial de la Corte.

SCHAZMANN, P.-E.

1955 *J. J. de Tschudi. Explorateur, médecin, diplomate*. Zurich: Verlag Mensch und Arbeit.

1956 *Johann Jakob von Tschudi. Forscher, Arzt, Diplomat*. Zürich: Verlag Mensch und Arbeit.

TSCHUDI, J. J. von

1843 «Diagnosen einiger neuer peruanischer Vögel». *Archiv für Naturgeschichte* 9, 9. 385-390. Berlín.

1844a «Über die Ureinwohner Perus». *Müller's Archiv für Anatomie, Physiologie und wissenschaftliche Medizin*. 98-109. Berlin.

1844b «On the Ancient Peruvians». *Edinburgh New Philosophical Journal* 37 (4). 249-255.

1844c «Über die geographische Verbreitung der Ureinwohner Perus». *Monatsberichte der Gesellschaft für Erdkunde in Berlin*. 267-271. Berlín.

1844- 1845 *Untersuchungen über die Fauna Peruana auf einer Reise in Peru während der Jahre 1838-1842*. Sankt Gallen: Verlag Scheitlin und Zollikofer. 5 tomos.

1846 *Peru. Reiseskizzen aus den Jahren 1838-1842*. Sankt Gallen: Verlag Scheitlin und Zollikofer. 2 tomos.

1849 *Die Oktobertage 1848. Eine historische Monographie der Revolution mit Dokumenten belegt.* Baden: Verlagsbuchhandlung.
1851 «Ueber die Giftesser». *Wiener Medicinische Wochenschrift* 1. 453-455. Viena.
1853 *Die Kechua-Sprache.* Viena: Kaiserlich-Köngliche Staatsdruckerei.
1866-1869 *Reisen durch Südamerika.* Leipzig: Verlag Brockhaus. 5 tomos.
1875 *Ollanta. Ein altperuanisches Drama, aus der Kechuasprache, übersetzt und commentiert von J. J. von Tschudi.* Viena: Verlag K.Gerold's Sohn.
1884 *Organismus der Ketšua-Sprache.* Leipzig: Brockhaus.
1891 *Culturhistorische und sprachliche Beiträge zur Kenntniss des alten Peru.* Viena: Denkschriften der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften in Wien 39.
1966 *Testimonio del Perú 1838-1842.* Lima: Consejo Económico Consultivo Suiza-Perú.

UGARTE y UGARTE, E.L.
1962/3 «Cartas de Johann Jacob von Tschudi a Mariano Eduardo de Rivero (1847-1857)». *Revista Universitaria* 50. 227-367. Arequipa.

WITT, Heinrich
1987 *Diario y Observaciones sobre el Perú (1824-1890).* Selección y prólogo: P. Macera. Selección y traducción: K. Garland de Montero. Lima: COFIDE.
1992 *Diario 1824-1890. Un testimonio personal sobre el Perú del Siglo XIX, I (1824-1842).* Lima: Banco Mercantil.

WOLPOFF, M. y R. CASPARI
1997 *Race and Human Evolution.* New York: Simon & Schuster.

Primer tomo

Dedicado a mi amigo Stephan Endlicher

Prólogo

El título de este libro aclara que no pretendo ofrecer una descripción completa de mis viajes. En vez de ello contiene citas de mi diario, mis recuerdos y observaciones, los que no he ordenado cronológicamente ya que tuve que visitar repetidamente las mismas regiones durante mis viajes dedicados a la zoología y la historia del Perú. Permanecí por mucho tiempo en un circuito de pocas millas y, en otras ocasiones, tuve que recorrer distancias enormes con tanta velocidad que apenas me alcanzó para contemplar lo que vi de pasada. El lector se convencerá de que no me condujo el afán de producir otra picaresca novela de viajes del tipo que ya «enriquece» este género literario con tantas obras efímeras y huecas. Con el fin de ganar más espacio para una presentación objetiva de nuestro tema, suprimí mayormente este interés puramente subjetivo y personal. La atracción inmediata que quizá hubiera causado, está reemplazada por la observación fiel. Como me limito a ofrecer lo que obtuve por criterio propio, esta presentación reclama la confianza más estricta.

Con la excepción de los primeros dos capítulos, dedicados a una breve estadía en la isla Chiloé y en Chile, la primera parte describe la costa peruana y sus habitantes.

Dedico mucho espacio a la capital: Lima. Es una de las más antiguas, más grandes y más interesantes de las ciudades fundadas por los españoles en la costa occidental de América del Sur. Fue sede de virreyes, quienes gozaban de poderes equivalentes a los reyes de su patria y gobernaban una extensa y muy rica parte de América del Sur. Con su crecimiento rápido, en pleno auge de su historia, en poder, lujo e importancia mercantil y política, representa a tantas ciudades coloniales españoles. Puede comparársela a las plantas tropicales que crecen en la más exuberante abundancia, florecen, pero pronto languidecen, sucumbiendo a su propia volubilidad, ya que en el fondo, carecen de un centro moral de su existencia. Si bien no se puede negar la importancia que Lima tuvo en la época de la tan luchada liberación, se ha dedicado apenas a la formación pura de sus condiciones morales. Su independencia resultó en cadenas aun más pesadas que aquellas de la tiranía española. Como toda su existencia llevaba el sello de lo artificial, sucumbió rápidamente a la decadencia hasta tal punto que ahora solo subsiste como un esqueleto descolorido de su floreciente abundancia de antaño. Solo

hay que estudiar los datos de fundaciones de instituciones públicas, que indican el apresurado desarrollo desnaturalizado de estas ciudades y sacar las consecuencias para su existencia trágica.

La segunda parte contiene la descripción del interior del país. En ésta hago un relato de la región de la sierra occidental, de la majestuosa cadena de las cordilleras, de las inmensas mesetas altoandinas, de los valles serranos más profundos y de la selva que se extiende al pie oriental de los Andes, para finalizar con un esbozo resumido de la historia del Perú autóctono. En estas narraciones he omitido una enumeración prolija de todos los lugares que visité. Solo voy a relatar algunos viajes y resumir lo que ofrecen las otras regiones que recorrí por poseer un carácter parecido, en lo general.

No pude recorrer el Perú en toda su extensión. Lamento, en particular, que no logré visitar la históricamente tan importante ciudad del Cuzco y las montañas de Urubamba. Cuando me preparé para un viaje proyectado para varios años a inicios de 1842, en el cual quería investigar detalladamente todas las provincias del Perú, me enfermé de una fiebre violenta cuando me encontraba en las cordilleras. Agravada por las condiciones muy adversas, esta enfermedad casi me causó la muerte. Como requería un prolongado descanso físico y mental para mi convalecencia, lo que no me era posible en el Perú, decidí buscarlo en el mar. Para ello me embarqué el 24 de agosto de 1842 rumbo a Europa, para llegar ahí el 6 de enero de 1843, después de una ausencia de cinco años.

He publicado el resultado científico de mi viaje en mis *Untersuchungen über die Fauna peruana* y en revistas especializadas. En la presente obra traté de satisfacer las demandas del público culto hacia un viajero quien ha visitado un país que aún se mantiene poco conocido.

1 de setiembre de 1845

Primer capítulo

Viaje por mar. — Llegada a la isla Chiloé. — Desembarque. — Los caracaras. —Punta Arena. — Maniobra fingida. — Cabalgata. — Ubicación de la isla. — Clima. — Agricultura. — Ganadería. — Habitantes. — Bahía. — San Carlos. — Palacio. —Suciedad. — Pobreza. — Arado. — Botes de vela. — Contrabando. — Ausencia de moral. — Zoología. — Partida. — Terremoto. 11

Segundo capítulo

Valparaíso. — Alrededores. — Bahía. — Panorama de la ciudad. — Faro. — Aduana. — Bolsa. — Posadas. — Guerra con la confederación. — Primera expedición. — Armamento para la segunda expedición. — Embarcación de las tropas. — Clausura del puerto. — Fiesta de julio. — Campo de desembarque. — Policía. — Serenos. — Prisión. — Comercio. — Clubes. — Capital. — Zoología. — Salida. 23

Tercer capítulo

Juan Fernández. — Viaje al Callao. — Marinero al mar. — Llegada al Callao. — Bahía. — Isla San Lorenzo. — Levantamientos y hundimientos de la costa. — La ciudad sumergida. — El Callao. — El muelle. — La fortaleza. — Sitio por los españoles. — El General Rodil. — Sitio por los chilenos. — Colocolo. — Esmeralda. — Asalto. — Corsarios. — La batalla naval de Casma. — Balneario. — Zoología. — Pájaro niño. — Aves marinas. — Aves de tierra. — Anfibios. — Peces. — El camino a Lima. — Un oficial chileno. — Legua. — Alameda. 33

Cuarto capítulo

Fragmento de la historia más reciente del Perú. — La confederación. — Santa Cruz. — Orbegoso. — Revolución del 29 de julio. — El desembarque de los chilenos. — Nieto. — La batalla del Rímac. — La toma de Lima. — Gamarra. — Decretos. — Don Manuel de la Guarda. — Misa fúnebre. — Terremoto. — Los presidentes. — Xenofobia. — El camino a Chorrillos. — La entrada de Santa Cruz a Lima. — La batalla de Yungay. — Huida. — Revoluciones en el

sur. — El embarque de Santa Cruz. — El general Braun. — La entrada de Gamarra. — La causa de las revoluciones. — Los oficiales. — Los soldados. — La infantería. — La caballería. — Las rabonas. — Maltratos. 49

Quinto capítulo

Lima. — Ubicación. — Tamaño. — Calles. — Casas. — Iglesias. — Monasterios. — San Pedro. — Los jesuitas. — Monasterios de monjas. — Beaterios. Hospitales. — San Andrés. — Orfanato. — Panteón. — Plaza Mayor. — Palacio de gobierno. — Pizarro. — Cabildo. — Portales. — Pozos. — Plazuela de la Inquisición. — Universidad. — Biblioteca Nacional. — Museo de Historia Natural y de Antigüedades. — Academia de Bellas Artes. — Casa de la Moneda. — Teatro. — Coliseo de pelea de gallos. — Juego de pelota. — Puente. — Muralla de la ciudad. — Santa Catalina. — Casernas. 63

Sexto capítulo

Los habitantes de Lima. — El número de los habitantes. — La disminución de la población. — El censo de 1836. — Criollos blancos. — Hombres. — Juegos. —Educación. — Mujeres. — Saya y manto. — La vida doméstica. — La vanidad. — La afición por las golosinas. — Las beatas. — Doña Francisca Zubiaga. — Doña Manuela Navajo. — Los indios. — Los esclavos. — Los bozales. — Los negros criollos libertos. — Las negras. — Lista de mezclas raciales. — Los mestizos. — Los mulatos. — Las palanganas. — Los zambos. — Los chinos. — Los extranjeros. — La lengua. 85

Sétimo capítulo

Educación. — Nodrizas. — Escuelas primarias. — Colegios. — Universidades. — El otorgamiento de grados académicos. — Monjes. — Santo Toribio. — Santa Rosa. — Procesiones. — Oraciones. — Noche buena. — Inocentes. — Carnavales. — Paseos. — Baños públicos. — Hielo. — Equitación. — Montura. — Caballos. — Caballos de paso. — Cuidado. — Mulas. — Lotería. — Comida. — Bebidas. — Picanterías. — Cafeterías. — Mercado. — Puchero de flores. — «Teralla». 111

Octavo capítulo

La corrida de toros. — La Plaza de Acho. — Los preparativos. — Los capeadores. – Las suertes. — Las espadas. — Los rejoneadores. — Los desjarretadores. — La lanzada. — Los mojarreros. — Un toro ensillado. — El deterioro de la corrida de toros. — El valor de la misma. 133

Noveno capítulo

Ubicación geográfica de Lima. — Su altura. — Su temperatura. — Su clima. — Las enfermedades. — Tablas estadísticas de las muertes y de los nacimientos. — Los terremotos. — El valle de Lima. — El río. — Los pozos. — Los cultivos. — El algodón. — El azúcar. — El maíz. — Los cereales. — Los tubérculos. — Las leguminosas. — La col. — Los condimentos. — La alfalfa. — El olivo. — Las frutas. — La chirimoya. — La palta, los plátanos y otras frutas. 143

Décimo capítulo

Asaltantes. — León. — Rayo. — Los montoneros. — Magdalena. — Miraflores. — Chorrillos. — Los balnearios. — Surco. — Ate. — Lurín. — El templo de Pachacamac. 165

Undécimo capítulo

El viajar por la costa. — Travesía a Huacho. — Desembarque. — Canoas. — Colección de peces. — Habitantes. — El cura Requena. — Sepelios. — Robo de ataúdes. — El cementerio. — Bichos. — Huaura. — Malaria. — Luhmayo. — Quipico. — Paramanca. — Salinas. — Gritalobos. — Chancay. — Piques. — Alrededores. — Pasamayo. — Espejismos. — Piedras Gordas. — Palo seco. 173

Duodécimo capítulo

La costa al sur de Lima. — Chilca. — Tejido de paja. — Yauyos. — Pisco. — Puerto. — Camino a Ica. — La vid. — Aguardiente. — Vino. — Botijas. — Odres. — Maltrato de animales. — Fiesta de carnavales. — La fuerza de un negro. — Cuyes. — Salamanqueja. — Haciendas de algodón. — Quebrada de Huaitará. — Huano. 187

Décimo tercer capítulo

Retrospectiva de la costa del Perú. — Los ríos. — Las planicies arenosas. — Peligros. — Los médanos. — Los vientos. — El verano. — El invierno. — Las garúas. — Las lomas. — Los mamíferos. — Las aves. — Los anfibios. 197

Primer capítulo

Viaje por mar. — Llegada a la isla Chiloé. — Desembarque. — Los caracaras. —Punta Arena. — Maniobra fingida. — Cabalgata. — Ubicación de la isla. — Clima. — Agricultura. — Ganadería. — Habitantes. — Bahía. — San Carlos. — Palacio. —Suciedad. — Pobreza. — Arado. — Botes de vela. — Contrabando. — Ausencia de moral. — Zoología. — Partida. — Terremoto.

El 27 de febrero de 1838 partí del Havre de Grace a bordo del barco mercader «Edmond», cuya carga consistía mayormente en productos de la industria suiza. Su destino era el de establecer nuevas relaciones comerciales en un viaje alrededor de la tierra. Fue una mañana tempestuosa. Torbellinos de nieve y nubes cargadas nos separaron pronto de la costa francesa y ningún rayo del sol nos iluminó como señal propicia para el largo viaje. El segundo día ya tuvimos que auxiliar con agua y víveres a la «Clío» de Dunquerque que se encontró en graves apuros. El 5 de marzo, por fin, salimos del canal, lleno de barcos de todas las banderas, y un propicio viento septentrional nos empujó rápidamente para pasar Madera y Tenerife, cuyo célebre Pico de Teide apenas pudimos percibir en el horizonte. Con los vientos orientales de los trópicos septentrionales, pasamos por la Ilha Fogo y el ecuador después de 35 días desde nuestra partida, cuando nos sometieron al acostumbrado bautizo de barco con sus ceremonias pertinentes. Velozmente cruzamos el Océano Atlántico del trópico meridional para buscar el canal entre las Islas Falkland y la Patagonia, pero vientos adversos nos obligaron cambiar el curso hacia las Islas Estatales por el este de la Isla de la Soledad. Solo el 3 de mayo alcanzamos la longitud del Cabo de Hornos y pudimos pasarlo en los 60 grados de latitud sur. En estas aguas peligrosas, de las que comenta el más intrépido marinero inglés que no existe otro lugar con olas tan grandes y tormentas tan horrendas, vivimos todas las molestias de un mar rehuido e infame. El viento se convirtió en tempestad. Por veintidós días —desde el 8 hasta el 30 de mayo— nos arrojó por el mar terriblemente agitado, al suroeste de Tierra del Fuego. Solo la construcción sólida del barco nos salvó de la furia del océano. Ahí, cuando los brazos traicione-

ros de las olas exprimieron las costillas crujientes del barco, las velas se desgarraron y los mástiles se inclinaron temblorosos; cuando el vehículo se precipitó de la cima de la ola coronada de espuma blanca a las profundidades negras, ahí busqué en vano tranquilidad en la mirada usualmente segura del capitán, ahí y en las caras de todos los hombres impotentes no la pude encontrar. Pero cuando miré en las aguas cayendo con estruendo como el rey del mar, al alcatraz con su deslumbrante blancura, con su séquito numeroso de aves marinas, que se deslizaba tranquilamente sobre las cimas de las olas al lado de la nave temblorosa, cómo se dejaba alzar con alas extendidas por la tempestad para luego dejarse sepultar en las fauces abiertas de la profundidad, donde solo él encontraba su tranquilidad y alegría, mientras se peleaban viento y olas y se desesperaba el hombre. En este momento me infundió también la tranquilidad y seguridad para enfrentarme con el peligro.

Cuando se quebró el poder de la tempestad que nos había retenido y varado tanto, un fuerte soplo del sur en el océano nos llevó a la costa chilena. Después de 99 días de un viaje por mar desagradable y a menudo peligroso, anclamos en la pacífica bahía de San Carlos el 5 de junio, a las 9 de la mañana. Tal como el día de nuestra partida de Europa, el de nuestra llegada a Chiloé estuvo nublado. Nubes negras se asentaron sobre la tan ansiada isla, cuyos contornos pintorescos el ojo escudriñador solo pudo captar de vez en cuando por el velo desgarrado de la neblina densa. Apenas el barco se atracó, algunos botes con indios se acercaron para traernos papas, col, pescado y agua en trueque por tabaco. Solo aquellos que han estado en el mar durante un tiempo prolongado y se han alimentado por la dieta escasa y seca que ofrecía el barco, saben de la delicia que significa para los viajeros los víveres frescos, en particular las verduras. De inmediato se preparó un desayuno, que nos hizo olvidar rápidamente todas las carencias sufridas. Después de algunas horas llegó a bordo el capitán del puerto para verificar el barco, carga, etc. y para darnos permiso de entrar la isla. Se bajó la lancha del capitán con unos marineros capaces y la entramos para remar hacia el muelle del puerto. Como la bahía de San Carlos es de aguas poco profundas, los barcos grandes y pesados tienen que anclar a una distancia de tres millas inglesas o más del desembarcadero. Nuestra lancha era de hechura elegante y bien ornamentada en su exterior, pero su interior no correspondía. Sus planchas estaban carcomidas y mal juntadas. El sol del trópico había derretido la brea entre las planchas de la lancha, que yacía con la quilla arriba sobre la cubierta, la que no se había reparado por negligencia. Apenas un cuarto de hora en esta nave apolillada, el agua entró con fuerza por todas las fisuras y huecos, de modo que rápidamente nos llegó hasta los tobillos. Por desgracia, los marineros habían olvidado llevar una pala para el agua, de modo que tuvimos que tratar de reducir el nivel de agua con nuestros sombreros y botas, lo que no nos ayudó, ya que la lluvia torrentosa le ayudó

al mar para agudizar nuestras complicaciones. El bote frágil y averiado, con su tripulación de catorce personas arrimadas, avanzó poco debido a su peso y al agua que subió constantemente, así como al mar movido. Comenzábamos a preocuparnos en serio cuando desde tierra, donde habían notado nuestra situación precaria, se vino en socorro otro barco. Al habernos socorrido llegamos alegres al muelle para, por fin, volver a pisar tierra firme.

Nuestro primer acto fue buscar alojamiento, que encontramos pronto. No existen posadas en San Carlos, pero sí una especie de suplemento en la casa de un viejo corso, con apellido Filippi, que normalmente daba albergue a los capitanes de los barcos. Por encontrarse algunos viejos conocidos de él en el grupo de los viajeros, nos recibió de forma amable y nos dio algunos cuartos que no ofrecían ni limpieza ni comodidad. Se trataba de espacios alargados, rectangulares y tenebrosos sin muebles ni ventanas, solo con una especie de camas en tabiques.

Quería aprovechar los días siguientes para realizar excursiones en los alrededores. Planeaba hacer un viaje por tierra hasta la ciudad de Castro en el sur, pero abandoné esta idea cuando el capitán del puerto me hizo saber que el camino por tierra pasaba, en su mayor parte, por bosques densos y escarpados. En esta época del año era casi impasable y sumamente peligroso, pero me prometió llevarme en su barco en cuanto el tiempo se lo permitiera. Tuve mucha razón para agradecerle su consejo, ya que solo tuvimos dos días sin lluvia durante nuestra estadía en Chiloé.

Ya al pisar tierra me percaté de grupos de pequeñas aves de rapiña que saltaban por todas las plazas y calles y se sentaban sin temor sobre los cercos y techos, tal como lo hacen nuestros gorriones. Por ello, ansié el momento de poder analizar una de ellas con más detenimiento. Pero siempre causa una mala impresión disparar a los pájaros en una ciudad o una aldea, ya que ellos gozan de una especie de protección y están en una relación de confianza con el hombre. Por esta razón agarré mi rifle y maté uno de estos animales en la playa. Perteneció a la sub-familia de los Polyborinae y a una especie que solo vive en el sur de América (*Polyborus chimango* Vieil.[1]). El cuerpo superior de esta ave es de color marrón, sus pequeñas plumas tienen una franja marrón blanquecino. Sobre la cola se observan varias bandas transversales poco nítidas. El vientre es marrón blanquecino, también con bandas transversales poco remarcadas. Desde la punta del pico hasta el fin de su cola mide un pie y seis y media pulgadas. Estos caracaras viven gregarios, pero son muy camorristas y se quitan las presas entre ellos. Se nutren de cadáveres y de toda clase de basura arrojada por las calles, por lo cual gozan de la simpatía y de la protección de los habitantes. En algu-

1 Hoy *Milvago chimango* (Vieillot). [B/B]

nos valles serranos del Perú volví a encontrar estas aves, pero solo solitarias y muy escasas. Proseguí con mi excursión pero sin satisfacción, ya que la lluvia intensa había ahuyentado los animales hacia sus refugios seguros. Después de algunos días abordé el barco para viajar en los botes con el fin de traer agua dulce de Punta Arena, un lugar al lado de la bahía visible desde la ciudad. El suelo alrededor del manantial, que sirve para renovar los depósitos de agua en los barcos, es arenoso. Si uno penetra más al interior se vuelve más pantanoso, de modo que me perdí en el lodo después de algunas horas de caminata y tuve dificultad en salir de ahí. Todo el resultado de esta cacería penosa fue un pequeño pájaro de color marrón oscuro (*Opethiorhynchus patagonicus*[3]) y algunos caracoles terrestres. En el viaje de regreso al barco maté una foca (*Otaria chilensis* Müll.[3]), que apareció en el agua cerca del bote.

El 22 de julio nos embarcamos por orden del capitán, las anclas fueron levantadas y las velas desenrolladas. El barco avanzó unas millas, retornó y ancló nuevamente en el mismo lugar que fue abandonado pocas horas antes, a las cinco de la tarde. En el cuaderno de bitácora se encuentra la nota que dice que el viento no permitió pasar la entrada estrecha de la bahía, pero sabíamos muy bien que el capitán había usado esta maniobra muy a propósito, ya que buscó cualquier pretexto para poder quedarse más tiempo en San Carlos.

Me resultó agradable también poder quedarme unos días más en Chiloé, ya que esperé la llegada de mejor tiempo para poder realizar una expedición al interior de la tierra. Pero todo fue en vano, el cielo se mantuvo siempre nublado y se vaciaba en casi ininterrumpidos chubascos. Pero un día hice una excursión por la carretera de Castro acompañado por el comisionado francés para el Perú, uno de mis compañeros de viaje. Un negociante nos envió dos caballos ensillados al modo chileno, con la advertencia de cuidarnos ya que estas bestias solían ser algo chúcaras luego de haber regresado de sus pastos de verano. Partimos con buen ánimo. Al inicio todo salió bien, el camino era algo empinado y bastante fastidioso. Con frecuencia pasó por piedras lisas en terreno escarpado, luego por lodo profundo y sobre troncos usados para pavimentar la carretera de un modo bastante precario. Luego de varias horas de una cabalgata penosa, la lluvia torrencial nos obligó a regresar. Con buen ánimo los animales nos obedecieron y regresaron por el difícil camino con gran velocidad y admirable seguridad. Con cada paso se acrecentó su animosidad y al tener tierra firme debajo de sus cascos pasaron a pleno galope, atravesando el bosque sin responder a la rienda. Por no estar acostumbrados a las sillas largas y angostas con sus frazadas de lana, a

2 Hoy *Cinclodes patagonicus* (Gmelin). [B/B]
3 Hoy *Otaria byronia* (Blainville). [B/B]

los estribos de madera en forma de creciente y a las espuelas pesadas con ruedas del tamaño de una mano, tuvimos que valernos de todas nuestras habilidades de jinetes para mantenernos en las sillas. No nos quedó más que exponernos a la voluntad de los caballos, que volaron por el monte hasta que se pararon en el pantano sin aliento. A partir de ahí ganamos nuevamente control sobre ellos y llegamos sin otro accidente a la ciudad, llenos de rasguños en la piel y en nuestras ropas.

Para el resto de nuestra estadía preferí hacer mis andanzas a pie, lo que me dio mejores resultados. Pasamos las noches largas con nuestro hostelero y el capitán del puerto, quien me dio informaciones interesantes sobre la isla.

Chiloé es una de las islas más grandes de los numerosos archipiélagos que se encuentran a lo largo de la costa occidental de Sudamérica desde los 42° de latitud sur hasta el Estrecho de Magallanes. Mide aproximadamente unas 23 millas alemanas de largo y 10 de ancho. Una magnífica y casi impenetrable selva cubre la ininterrumpida cadena de cerros, la que le da a la isla un suave aspecto ondulado. Pero solo escasas veces se puede gozar del panorama completo de estas cumbres cubiertas de un verde opulento; casi siempre pesadas nubes cuelgan sobre la tierra y cubren las copas de los árboles con su velo tenebroso, de modo que le queda a la fantasía del observador imaginarse altas montañas detrás de ellas. Las orillas por regla son empinadas, pero pequeñas bahías también se encuentran; grandes puertos, en cambio, son más escasos. Durante el tiempo que Castro fue la capital de la isla, el puerto de Chacao fue el más importante de todos. Luego, San Carlos se convirtió en sede del gobernador y a la vez en puerto principal. Este cambio se justifica, ya que la bahía tranquila y segura que se extiende ahí reúne todas las ventajas deseables para los marineros de la tempestuosa costa del sur de Chile. Éstas, en cambio, no están presentes en Chacao, donde fisuras en la orilla y corrientes fuertes convierten la entrada y los lugares de anclaje en esta bahía en empresa peligrosa.

Chiloé tiene poca agricultura y un número reducido de habitantes. Si la indicación de mi informante —el capitán del puerto— es correcta, tiene solo 48 a 50 000 pobladores, los que viven o en ranchos dispersos o en pocas aldeas en la isla y otras pequeñas y cercanas. Fuera de San Carlos y el medio abandonado Chacao, los pueblos más importantes dotados con el calificativo «ciudad» son Vilipilli, Cucao, Velinoé, etc. El bosque solo fue talado cerca de estos caseríos y convertido en suelo tan fértil que recompensa cien veces este esfuerzo inicial.

Debido a su alta humedad y al frío el clima en esta isla es bastante desagradable. En los inviernos el sol casi siempre se mantiene invisible y reza el refrán que en Chiloé cae lluvia durante seis días de la semana y el sétimo está nublado. Hay algunos días despejados durante el verano, pero pocas ve-

ces se observan varios de ellos seguidos. La selva densa, en consecuencia, nunca se seca y su tierra fangosa produce una particular vegetación abundante. Esta humedad permanente constituye uno de los obstáculos mayores para la agricultura ya que el bosque tiene que quemarse, lo que resulta sumamente difícil debido a los árboles húmedos; tampoco sirve para muchas plantas cultivadas. Los cereales no crecen bien ya que sus semillas se pudren poco después del brote. El maíz da mejor pero con hojas grandes y mazorcas pequeñas. En cambio, las papas crecen en abundancia por preferir esta tierra húmeda. Con más frecuencia se cultiva una variedad que muestra alternantes anillos concéntricos de color blanco y morado, si se corta el tubérculo, algunas de ellas son completamente moradas. Se sabe que el sur de Chile es el país de origen de las papas. En Chiloé y otras islas cercanas se encuentran papas silvestres cuyo sabor es muy inferior a las cultivadas, ya que crecen con tallos y hojas grandes como el maíz, pero producen solo tubérculos pequeños e insípidos. El clima también favorece el cultivo de diferentes tipos de col, mientras que garbanzos y frijoles se cultivan con poco éxito.

En los bosques se encuentran a menudo lugares abiertos, donde crecen gramíneas muy altas con tallos fuertes que sirven de excelente pasto para los numerosos rebaños de ganado. Los chilotes crían caballos, reses, ovejas y cerdos. Los caballos son poco vistosos y de estatura pequeña, pero muy fuertes y dotados de coraje. Existe una enérgica y recia raza de una talla de apenas doce puñadas. El ganado vacuno también se caracteriza por su talla reducida y su flaqueza, lo mismo vale para los cerdos y las ovejas. Llama la atención que los carneros suelen tener más de dos cuernos, con más frecuencia tres, pero también cuatro o cinco. Esta misma observación la hice más tarde en el Perú. Es curioso también que los animales domésticos en esta isla son pequeños y casi atrofiados pese al alimento abundante. Creo que la razón de ello reside en la deficiente atención, ya que estos animales están al aire libre durante todo el año expuestos a la intemperie.

La población de Chiloé se compone de blancos, mestizos e indios puros. Estos últimos subsisten en un número reducido y se encuentran marginados en las regiones australes de la isla, así como en las islas cercanas. Pertenecen a la tribu de los araucanos y parecen conformar una transición entre éstos y los habitantes de Tierra de Fuego por un lado y los indios pampas por el otro. Los mestizos conforman la mayor parte de la población. Se les encuentra en los más diversos grados de mezcla racial, por lo general es gente fea, pequeña y maciza, con pelo largo, sencillo y grueso, así como ojos pequeños y mirada estúpida. Los blancos o son chilenos o criollos, solo pocos europeos de otros países viven ahí.

La capital San Carlos, llamada «Ancud» por los indígenas, yace en la costa norte en una bahía muy hermosa. El acceso a esta bahía es difícil sin el

empleo de mapas especiales, ya que numerosas islas pequeñas forman un laberinto del que difícilmente sale el marinero poco acostumbrado a los viajes por la costa. Además de ello, por regla, el cielo está cubierto de nubes que impiden las mediciones del sol por el medio día, y si éste está poniéndose, las cumbres altas de los cerros lo cubren. Muchos balleneros cambiaron su curso al norte para anclar en Valdivia, después de varios días infructuosos de búsqueda de la entrada. Una de las islas más grandes por la entrada a la bahía es San Sebastián, donde se crían grandes rebaños vacunos. Otra, a pocas millas marinas de San Carlos, es Cochino, una isla con muchos cerros densamente cubiertos de monte que solo tiene un desembarcadero inseguro para botes. El agua de la bahía es extraordinariamente transparente, solo alrededor de Cochino y por el puerto está cubierta por enormes cantidades de algas, que dificultan la tarea del desembarque. Con frecuencia ocurre que oficiales de barco que quieren abordar en la noche, pierden el curso y se dirigen a Cochino en vez de llegar a su barco, donde se atracan en las algas y tienen que aguardar la mañana siguiente para poder librarse. Los habitantes pobres de la isla cocinan estas algas en agua y las comen sin mayor aderezo. Su sabor es viscoso y salado y su digestión es difícil. En intervenciones quirúrgicas ocupa un lugar importante para los chilotes. En casos de fracturas de brazo o pierna se coloca las terminaciones óseas en su posición correcta y se amarra la extremidad dañada con una masa ancha y húmeda de algas. Por la viscosidad se pega fuertemente a la piel al secarse y forma, de esta manera, una faja que no se mueve. Solo después de unas semanas, cuando el hueso se ha juntado nuevamente, se remoja las hojas con agua caliente lo que hace que esta faja se suelte fácilmente. Los indios de Chiloé conocían este tipo de faja mucho antes que los médicos franceses.

La ciudad es fea y tiene calles angostas, angulosas, con superficie irregular. Con pocas excepciones las casas son miserables chozas de madera, por regla, sin ventanas, y una puerta angosta de dos partes. La parte superior sirve de ventana y ambas como acceso. El piso consiste de tierra pisada, cubierto de estera en una de las esquinas. Los muebles se parecen a los cuartos, caracterizándose por ser burdos e incómodos. Las familias más ricas viven en condiciones algo más agradables y de mejor aspecto. Entre los edificios públicos destaca la aduana y el palacio del gobernador, ambos de aspecto notablemente pobre. Delante del palacio, en la parte superior de la ciudad, al lado de una plaza relativamente grande, está deambulando la guardia sin zapatos ni calcetines, a veces con las mangas subidas. Parece que ni gorro o casco ni botas se consideran parte esencial de un uniforme correcto. A todos los que pasan por el palacio después de la puesta del sol se les dirige a gritos. El primer grito es «¿quién anda?» y el segundo «¿qué gente?». Los marineros usualmente contestan con lisuras, lo que motiva a la guardia enfurecida a seguirles

por media ciudad para retornar a su puesto después de unos diez minutos.

Suciedad y pobreza compiten en San Carlos. Los habitantes más pobres están muy sucios, lo que vale aun más para las mujeres, vestidas con una asquerosa ropa de lana y una mantilla sucia y pegajosa. En sus chozas enmohecidas y lóbregas permanecen acuclilladas sobre la estrada, cerca del brasero, el que por regla también sirve de cocina. Ahí muelen el maíz entre dos piedras con el fin de preparar una masa espesa del mismo, pelan papas y manzanas, cortan la col y botan hojas y vainas al suelo, de modo que casi siempre están rodeadas de un montón de sustancias vegetales medio podridas. Su bebida predilecta es el mate (té de Paraguay), que consumen a cada hora del día. Vierten agua hirviendo sobre hierbas dentro de un recipiente de calabaza ricamente tallado, llamado «macerina». Luego la mujer coloca un tubo con una bombilla en un extremo en la macerina, toma unos sorbos, para pasar todo a la persona a su lado y ésta la pasa a otra. Alegremente el dueño y los huéspedes todos chupan la bebida aromática por este mismo tubo.

La pobreza es muy elevada, el dinero escasea enormemente y se acumula casi exclusivamente en manos de unos pocos negociantes, que hacen trueque con los indios al darles productos europeos a cambio de productos del país, para exportarlos a Chile o al Perú, en vez de pagarles sus jornales. La madera constituye el artículo de exportación más importante. Por ello, nunca pude entender que no existiera aserradero en Chiloé ya que podría cortarse tablas excelentes, dada la abundancia de troncos grandes y bien rectos. Estas tablas cuestan muy caras en el Perú.

Como habitantes de una isla fértil, los chilotes dependen de la agricultura y de la navegación. ¡Pero cuán burdos y deficientes son sus herramientas agrícolas y sus vehículos! Llama la atención en particular el arado. Creo que no existe arado alguno en toda la isla. Para esta faena se emplean dos indios que tienen palos largos con punta en uno de los extremos. Uno hunde su palo en la tierra en ángulo, el otro coloca el suyo lateralmente por debajo del primero, de modo que uno descansa sobre el otro. Luego, el primer indio presiona sobre el extremo de su palo y usa el segundo como palanca sobre su punto de apoyo, con lo cual remueve la tierra con la punta. De esta manera avanzan lentamente y surcan la chacra con bastante esfuerzo. Los primeros hombres probablemente no pueden haber arado de forma más sencilla.

Los botes son cajas deformes y pesadas, que solo lentamente obedecen al remo y al viento. Usualmente se reúnen grupos de indios para transportar los productos de su suelo de los pueblos sureños a San Carlos. Hombres y mujeres se turnan para remar, solo viajan de día y desembarcan en cualquier bahía durante la noche. Si sopla un viento oportuno se usa una vela de ponchos. El poncho es una de las piezas principales de la vestimenta del

hombre. Consiste de un pedazo alargado y rectangular de lana, y mide de cinco a siete pies de largo y de tres a cuatro pies de ancho. En su centro tiene una abertura de 12 a 14 pulgadas para poder meter la cabeza. Esta tela yace sobre las espaldas y cae de todos lados. Delante y detrás llega hasta las rodillas, a los lados alcanza el codo a la mitad del antebrazo y cubre el torso. Los carreteros de Suebia suelen servirse de ponchos parecidos en tiempo lluvioso, consisten de mantas para caballos de lana blanca. Para fabricarse una vela todos los hombres entregan sus ponchos y las mujeres sus mantillas, se junta las aberturas y se cose todas estas piezas, para colocarlas en un palo y subirlas al mástil. Estas velas coloradas, pesadas y poco herméticas solo sirven en tiempo de vientos fuertes. Después de la jornada de viaje se baja la vela, se deshace las costuras y se devuelve cada pieza a sus dueños, quienes se sirven de ellas como frazadas para dormir.

El comercio en Chiloé es insignificante, ya que la vecina Chile posee la mayoría de los mismos productos originales de Chiloé en abundancia, mientras los indígenas son tan pobres que no requieren de muchos artículos extranjeros. Por ello pocos barcos comerciales de Europa visitan su puerto. Algunos marinos costeros se ocupan de un regular servicio comercial. Ellos llevan madera, escobas, jamones y papas a Valparaíso, Arica, Callao, etc. y traen lino, cotón, tocuyo, bayeta, utensilios de ferretería, tabaco y aguardiente.

Balleneros norteamericanos y franceses frecuentan el puerto de San Carlos desde hace algunos años, ya que ahí se proveen de víveres baratos para la larga época de cacería. Casi todos estos capitanes tienen productos a bordo que bajan a tierra en contrabando, vendiéndolos caro o intercambiándolos. Se dispone de aduanero para cada barco cuya obligación es averiguar todo lo que se desembarca, pero a cambio de algunas monedas se calla o aun favorece el contrabando, que se practica de un modo burdo y sin cuidado alguno. A modo de ejemplo: un capitán francés había vendido algunas cajas con abrigos para la lluvia y sombreros de tela encerada negra a un negociante en San Carlos. Para evitar la aduana envió a desembarcar a sus marineros, cada uno vestido con los mencionados abrigos y sombreros, dejándoselos al comprador y retornando a su barco con sus gorros de marinero. Esto se repitió tantas veces que se le indicó al capitán que su equipo podría desembarcar con sus abrigos y sombreros, pero solo con la condición de retornar al barco con estos mismos.

El pequeño pueblo de Ancud, antes tan sencillo, se corrompe y se desnaturaliza cada vez más; una amoralidad y desvergüenza inimaginables están reemplazando a su sencillez natural, en particular entre sus mujeres. Todos los vicios, a los que se dedica la clase más brutal de los marineros —como es sabido, se trata de los balleneros del Pacífico— se han arraigado rápido y profundamente en San Carlos y sus consecuencias inevitables están por disolver el bienestar moral y físico de sus habitantes.

La fauna del interior de la isla es pobre en cuadrúpedos; con la excepción de los animales domésticos el animal de mayor talla es el zorro (*Canis fulvipes* Wat.[4]), que fue descubierto por los científicos naturales que acompañaron la expedición del capitán King. Es también el único animal de rapiña. La costa, en cambio, es rica en focas (*Otaria chilensis* Müll.[5]; *O. ursina* Pér.[6]; *O. jubata* Desm.[7]) y nutrias marinas (*O. chilensis* Ben.[8]), así como ratones de río (*Myopotomus copyus* J.Geoff.[9]). De la clase de las aves destacan algunos patos muy hermosos, los que también viven en tierra firme de América del Sur. También existe el cheucau (*Pteroptochus rubecola* Kittl.[10]), registrado ya por varios viajeros. Los chilotes tienen muchas ideas extrañas acerca de él y presagian suerte y mala suerte por su canto. Su voz puede modular sonidos muy diferentes, cada uno de ellos tiene un significado particular para los indígenas. Un día, un joven indio me acompañó a la cacería. Apunté mi rifle a uno de estos pájaros que estuvo sentado en una rama de un arbusto bajo y cantó su «huit-huit» sonoro. En ese momento, mi acompañante me agarró del brazo y me pidió insistentemente dejar de disparar al animalito, ya que había cantado en sus tonalidades de mala suerte. Pero mi deseo de poseer tal ejemplar era tan fuerte que lo maté. Contemplé aún el pájaro bonito cuando una mula, probablemente asustada e irritada por el disparo, se nos acercó en pleno galope, de modo que tuvimos que buscar refugio detrás de un cerco. Mi rifle apoyado en un arbusto tuvo que aguantar toda la ira de la mula. Lo botó al suelo, lo mordió y lo pisó con sus cascos delanteros hasta que logramos ahuyentar al animal enfurecido. Luego de ello, el indio me dijo con gesto de importancia: «Es bueno que haya terminado así. Ya le dije que el pájaro ha silbado mala suerte».

El día de nuestra partida se acercó. El viento que se había vuelto verdaderamente inoportuno para nuestra salida viró y se comenzó a cargar los víveres. Cuando esperé al bote que tendría que llevarme al barco, tuve la oportunidad de admirar la habilidad con la que los indios matan a los bueyes en el muelle. En un cuarto de hora dos hombres mataron, desollaron y despedazaron al animal. Otro buey fue llevado vivo. En la playa los indios le ataron sus cuatro pies y lo hicieron rodar sobre largos troncos hasta una lancha. Llegado al barco le amarraron los cuernos con una soga gruesa y los marineros lo jalaron por medio de un gancho fuerte. Es un espectáculo

4 Hoy una subespecie de *Pseudalopex griseus* (Martin). [B/B]
5 Hoy *Otaria byronia* (Blainville). [B/B]
6 Hoy *Callorhinus ursinus*. [B/B]
7 Hoy *Eumetopias jubatus*. [B/B]
8 Hoy *Lontra felina* (Molina). [B/B]
9 Probablemente *Myocastor coypus* (Molina). [B/B]
10 Hoy *Scelorchilus rubecula*. [B/B]

curioso ver al buey fuertemente amarrado en el cabrestante, pero resistiéndose flotando entre cielo y mar. Un pequeño caballo chiloteño que nos iba a acompañar hasta el Perú fue tratado de un modo algo más considerado al jalarlo por medio de fajas.

El 21 de junio zarpamos de la bahía con viento fresco desde el oriente. Tres barcos costeros, uno de ellos cargados con escobas hasta el mástil, abandonaron el muelle a la misma hora con la esperanza de llegar a Valparaíso antes que nosotros. Tuvieron demasiada confianza en sus quillas redondas, ya que anclaron en el puerto de su destino unos cinco o seis días después que nosotros.

Pronto el viento cambió hacia oeste / noroeste y bajó en intensidad. El día 23 nos asustó un fuerte golpe durante la segunda vigilia nocturna y un curioso temblor en todo el barco despertó a todos. Pensamos haber varado sobre rocas escondidas en el agua. Se bajó una sonda sin encontrar fondo y se controló las bombas sin que saliera agua. El capitán atribuyó este fenómeno a la presencia de un temblor general, hecho que se confirmó después de nuestra llegada a Chile. En Valdivia, a cuya altura nos encontrábamos, se registró un temblor fuerte en la misma noche.

Después de una travesía bastante tranquila que duró siete días, anclamos en el puerto de Valparaíso el 30 de junio.

Segundo capítulo

Valparaíso. — Alrededores. — Bahía. — Panorama de la ciudad. — Faro. — Aduana. — Bolsa. — Posadas. — Guerra con la confederación. — Primera expedición. — Armamento para la segunda expedición. — Embarcación de las tropas. — Clausura del puerto. — Fiesta de julio. — Campo de desembarque. — Policía. — Serenos. — Prisión. — Comercio. — Clubes. — Capital. — Zoología. — Salida.

¡Qué distinta debe ser la impresión que causa el puerto de Valparaíso a quien ve tierra por primera vez, después de un viaje por mar de varios meses, que la de quien ancla después de un viaje de pocos días, viniendo de los puertos fértiles, cubiertos de verde abundante! Ninguno de nosotros hubiera dado el calificativo «valle del paraíso» a esta costa estéril y monótona. Pese a ello, a los viajeros marinos de antes este panorama debería haberles parecido paradisíaco, después de sus largos viajes erráticos sobre el desierto océano.

Desde la playa se eleva una cadena de colinas con cumbres redondeadas, de alturas de entre 1500 y 1600 pies. Está cubierta de un color marrón grisáceo, solo por partes interrumpido por un verde tenue, así como por numerosas quebradas de rojo ladrillo. Cactáceas medio marchitas son casi las únicas plantas que crecen en este suelo hostil y que no pueden dar vida a este paisaje muerto. Ganando en altura hacia el interior del país, estas onduladas cadenas de colinas se elevan y se funden con la cordillera de los Andes.

La bahía de Valparaíso se abre hacia el norte y el oeste, protegida en el sur por un pequeño promontorio: la Punta de Coromilla. Ahí la orilla es perpendicular y rocosa, donde las fuertes olas se rompen con estruendo. De esta punta, la bahía se extiende en forma de una creciente suave desde el este hacia el noroeste, su playa es arenosa, plana y asciende paulatinamente hacia las colinas. En la base septentrional se perciben algunas calas de difícil acceso, coronadas de rocas empinadas. El puerto carece de seguridad por abrirse hacia el norte, ya que los vientos más fuertes soplan de esta dirección y suelen convertirse en tormentas perniciosas. En estas ocasiones, el mar se torna impetuoso, las olas suben a alturas como en alta mar y los barcos tienen que usar todas sus anclas de emergencia. En varios años, muchos vehículos fueron varados a tierra con todas sus anclas y se estrellaron contra

una roca, llamada «el pequeño Cabo de Hornos», ya que impide la salida al mar cuando soplan estos vientos fuertes. Los capitanes de barco dicen que prefieren mantenerse en alta mar durante tormentas intensas que anclarse en este puerto, una opinión compartida referente a muchos otros puertos. El puerto de Valparaíso, en cambio, ofrece protección segura contra los fuertes vientos meridionales, ya que éstos chocan con la Punta de Coromilla, lo que causa que el mar protegido quede tranquilo.

La ciudad de Valparaíso está construida basándose en esta cadena de colinas. Se extiende hacia el norte en una larga fila doble de casas, llamada Almendral. Hacia el Sur las casas suben más por las colinas. Dos quebradas dividen la ciudad en tres cuadras, cubiertas por casas normalmente bajas y sucias, llamadas por los marineros *top*, *mean top* y *mizzen top*, de acuerdo a las denominaciones de barco en inglés. A lo largo de numerosas quebradas que cortan del terreno por todas partes, casi siempre en dirección paralela, se observan viviendas pobres. Las estrechas y miserables callejuelas que pasan por los bordes de estas quebradas se convierten en lugares peligrosos durante la noche y la época de invierno, ya que su iluminación es muy deficiente. Muchos hombres se caen por el borde y se matan, con frecuencia se trata de marineros ebrios en búsqueda de distracciones sensuales en estos barrios sucios. Al sur de Valparaíso se extiende una planicie, o más correctamente, un declive suave de las colinas por una distancia de media milla. En tardes soleadas, jinetes pasean con sus caballos o cazadores buscan becadas con sus perros bien adiestrados. Al final de esta planicie se levanta un faro de madera, de una altura apreciable, que fue construido recientemente en el año 1838.

Desde el mar, la ciudad ofrece un panorama bastante agradable, realzado por algunas viviendas bonitas aisladas, construidas sobre terrenos artificialmente aplanados, en el declive de las colinas. El fondo más cercano es triste; el más lejano, en cambio, tiene atracción extraña por la cumbre del volcán Aconcagua, que se levanta unos 23 000 pies sobre el nivel del mar, cuando se enciende en el oro del sol poniente en tardes despejadas.

Tres pequeños fuertes protegen el puerto, el más sureño se ubica entre el faro y la ciudad y está equipado con cinco cañones. El segundo, algo más grande, se llama el Castillo de San Antonio y se halla en la ensenada sureña de la bahía. Cuenta con más tropas, pero en el fondo es un juego de niños. Sobre un insignificante montón de tierra, en la parte meridional de la ciudad, está el tercero con seis cañones pequeños. Las iglesias son pequeñas y no destacan ni por su construcción ni por su adorno interno. Mención aparte merece la casa de aduana, bella y grande, atrae la atención de los recién llegados por su ubicación en la cercanía del embarcadero. Cerca de la aduana se encuentra la bolsa. Se trata de un edificio sencillo, en una espaciosa y bella sala de lectura están a disposición los mejores periódicos europeos.

Además, está adornada con un excelente telescopio «Dolland», por medio del cual se descubre la vida y las actividades a bordo de los barcos de un modo bastante cómico.

La ciudad está solo deficientemente provista de posadas. Las mejores entre éstas están manejadas por franceses, pero son caras e incómodas. Los cuartos, poco limpios, apenas están amoblados en lo esencial, y están llenos de ratas y otros bichos. La comida, en cambio, es buena, ya que no hay escasez de verduras sabrosas y de carne buena. Las posadas de segunda categoría distan mucho de las peores europeas.

A nuestra llegada hubo mucho movimiento en el puerto. Chile había declarado la guerra a la confederación peruano-boliviana y estaba armando una expedición nueva, para iniciar la guerra de invasión al Perú. A su mando estuvo el expulsado presidente peruano don Agustín Gamarra y el general chileno Bulnes. Chile había contemplado con preocupación creciente el poder incrementado de Santa Cruz, quien se había proclamado protector de una confederación entre Bolivia y el Perú creada por él. Temía, con cierta razón, que su independencia podría estar en peligro por este vecino poderoso. Santa Cruz había causado un daño considerable a Chile por medio de unos decretos, en particular aquellos que concedían impuestos de aduana muy bajos a los barcos europeos que llegaban primero a los puertos peruanos o bolivianos para vender sus mercancías ahí, mientras que los barcos que primero vendían parte de sus productos en un puerto chileno tenían que pagar unos impuestos mucho más altos. La influencia de esta ley que favorecía el comercio peruano fue altamente negativa para Chile y determinó, entre otras razones de menor importancia, combinada con el apoyo asegurado por el ex presidente fugitivo Gamarra y algunos de sus simpatizantes, la declaración de guerra por parte del gobierno chileno. Una expedición bajo el mando del general Blanco[1] fue enviada al sur del Perú, pero Santa Cruz estaba preparado. En el valle de Arequipa rodeó al ejército chileno de tal manera que tuvo que rendirse sin actividad militar alguna y sin condiciones. Santa Cruz fue tan magnánimo que le concedió una rendición bastante favorable al general Blanco. Los soldados fueron mandados de vuelta a su patria y solo quedaron sus caballos, los que el protector les compró a los vencidos por ser victorioso.

Esta actitud caballeresca de don Andrés de Santa Cruz no fue respondida adecuadamente por el gobierno chileno. El acuerdo de paz aceptado por Blanco no fue ratificado en Santiago, ya que los ministros arguyeron que el general no estaba autorizado para tomar esta medida. Las hostilidades prosiguieron y se armó una segunda expedición mucho más significativa que se embarcó en el puerto durante nuestra estadía.

1 Más correctamente Blanco Encalada. [O]

Varios oficiales del ejército subieron a bordo, apenas de haber anclado, y nos preguntaron si podríamos venderles espadas ya que a ellos y a gran parte de sus camaradas no se les había proveído con tal arma y no pudieron encontrarla en ninguna parte. Nuestro timonel les indicó que no había espadas en nuestra carga pero que él poseía algunos sables y armas semejantes que podría venderles. A su solicitud se trajeron las armas y se vendieron algunas, entre ellas una de cinco pies de largo que había pertenecido a un coracero de la guardia de Napoleón. El oficial chileno que la adquirió era un presumido joven y débil, quien apenas pudo esgrimir la espada con sus dos manos. Pese a ello sostuvo que podría cubrirse bien con ella en caso de un ataque y podría acabar con muchos peruanos. Por coincidencia me encontré con este héroe en mi marcha por la sierra del Perú unos diez meses más tarde. Había ceñido una espadita pequeña muy liviana que tenía el aspecto de un mondadientes, mientras que un negro forzudo llevaba el enorme sable detrás de él. No pude detenerme en preguntarle al oficial si había matado muchos enemigos con esta excelente arma. Pero me respondió con mucha honradez, confesándome que no la había usado nunca ya que le parecía demasiado pesada.

La escuadra chilena enviada al Perú consistía de 27 barcos de carga y nueve barcos de guerra, todos ellos en malas condiciones, equipados con pocos cañones e insuficiente cantidad de marineros. Los más grandes eran las corbetas «Confederación», «Santa Cruz» y «Valparaíso», así como algunos barcos mercantes viejos convertidos en vehículos de guerra. Un solo bergantín, el «Colocolo» destacó por su solidez y su velocidad. Toda la flota estaba bajo el mando de un almirante débil, de poca experiencia.

Entre los marineros se encontraban pocos chilenos, en su mayoría eran chilotes y desertores franceses, ingleses y norteamericanos. Los oficiales eran básicamente ingleses. Los barcos de carga excesivamente llenos se movían lentamente. Estaban cargados con tropas, así como víveres de cecina de res, chalona de ovejas enteras, maíz, papas, fruta seca, cebada y heno. El embarque de los caballos fue pintoresco. Muchos fueron ahorcados al levantarlos, otros se cayeron de las fajas y se ahogaron y muchos murieron antes de la partida del puerto. En las mañanas vimos docenas de cadáveres de caballos echados por la borda. El fuerte y constante balanceo de los barcos cargados con la caballería, indicó claramente que no estaban bien encorralados en los entrepuentes. Toda la cuadra salió en la primera mitad de julio y se reunió en el puerto de Coquimbo, donde la viruela diezmó a las tropas.

En Chile hubo mucha oposición a esta campaña en la población, la mayoría de los soldados fueron embarcados contra su voluntad. Estuve parado en el muelle cuando abordó el batallón «Santiago». Sin armas, vestidos con uniformes en mal estado, la mayoría solamente con ponchos, los soldados fueron amarrados en parejas con sogas y conducidos a los botes.

El resultado de esta guerra, infeliz para los peruanos, no se debió al coraje o a la persistencia de estos soldados, menos aún a la valentía o al conocimiento de sus comandantes. Más tarde veremos cuáles fueron las circunstancias que llevaron a la victoria de los chilenos.

Para nosotros esta guerra también fue perjudicial. El capitán remarcó su intención de vender su barco al protector Santa Cruz, ya que podía convertirse fácilmente en corbeta. Era un velero muy fino, elegante y de construcción sólida. Tenía seis cañones de calibre mediano y poseía instalaciones para otros seis. Al momento de enterarse de esta intención, el gobierno cerró el puerto como reacción natural. Además de ello, se sospechó que un capitán norteamericano también quería vender su barco a los peruanos. Solo después del lapso de tiempo durante el cual la flota debería haber llegado al Perú y ejecutado el primer golpe, se levantó el embargo del puerto y se permitió la salida. Cuarenta y cinco días tuvimos que permanecer en Valparaíso. Durante este tiempo lo más desagradable para mí era el hecho de no poderme alejar del puerto por más de 24 horas, ya que el barco estaba listo para zarpar e iba a salir en cuanto se recibiera el permiso. Mis excursiones, por tanto, se limitaron a los alrededores inmediatos de la ciudad en cuando el tiempo lo permitía. Por regla estaba lloviendo y vientos fuertes soplaban.

El 29 de julio iba a haber una celebración a bordo de nuestro barco en conmemoración de la revolución de julio. A las ocho de la mañana, el «Edmond» fue adornado con gallardetes y banderas de cubierta hasta lo más alto de los mástiles bajo el disparo de tres cañonazos. En el mástil delantero flameaba una bandera suiza, probablemente por vez primera en el Pacífico. A las doce del mediodía habría 21 cañonazos. Cuando se callaron los cañones de los barcos de guerra franceses, comenzó el fuego en el nuestro, pero como solo tenían diez piezas, tuvieron que cargarse dos veces. Sin conocimiento de su servicio, los marineros se mostraron negligentes en el cuidado necesario. El décimo tercer disparo destrozó la mano de uno de ellos, de modo que tuvo que amputarse inmediatamente. Con ello la alegría del día se esfumó entre la tripulación.

Al estribor de nosotros estaba anclado un barco muy fino y bello. Los conocedores podían reconocer inmediatamente que estaba construido para el comercio de esclavos. Una calma tenebrosa reinaba a bordo. Las vergas estaban braceadas en cruz, el casco estaba pintado de negro, así como los mástiles y las perchas. Se nos indicó que el capitán norteamericano recibió la noticia de la muerte de su esposa poco después de su llegada al puerto, por lo que puso el barco en duelo y no había abandonado su camarote en meses.

El muelle delante de la aduana se torna muy peligroso en tiempos de los vientos septentrionales hasta el punto que éstos impiden tomar puerto. Desde la orilla se ha construido un puente de madera que entra en el mar unos 60 pasos. Las olas reiteradamente lo habían destruido parcial o totalmente. Por el lado derecho de este puente desembarcan los botes de los buques de

guerra y del capitán del puerto, y por el lado izquierdo, aquellos de los barcos mercantes. En la orilla se encuentran muchos botes de balleneros para los que quieren abordar, usualmente tienen dos remeros indios.

Apenas el viajero se acerca a estos botes se empujan los dueños de éstos con la pregunta «¿vamos a bordo?», frase interrogativa que equivale al «¿nos vamos?» de los conductores de fiacres en Viena.

De día y de noche los aduaneros hacen sus rondas en el puerto para evitar el contrabando. Con ello solo tienen éxito parcial ya que por regla capturan solo a aquellos que tienen pequeñeces, los peces gordos, en cambio, se les escapan. En particular los capitanes franceses tienen la fama de desembarcar sus mercancías por la vía ilegítima.

La policía municipal es tan buena que probablemente no se encuentra otra mejor en toda Sudamérica. Funciona por medio de serenos de a pie y de a caballo que se comunican continuamente con silbatos. Con ellos la seguridad personal apenas está en peligro, en todo caso no más que en las ciudades europeas. De vez en cuando se escucha de asesinatos nocturnos, pero por regla la policía logra capturar a los delincuentes, que son fusilados después de un proceso breve.

Los robos se castigan duramente. El delincuente tiene que cargar una escalera que lleve al lugar donde se ha robado. Ahí se coloca sobre la escalera y recibe un buen número de golpes con una gruesa correa de cuero. De ahí se le conduce a la oficina de la policía donde recibe otra tanda y luego una tercera en el muelle. Después de ello puede irse, pero frecuentemente los conductores de los botes lo agarran y lo lavan con el agua salada del mar.

Como en la mayoría de las ciudades de la costa occidental, los serenos proclaman las horas de la noche en voz alta, asimismo indican el estado de tiempo. A las diez de la noche comienzan con su «¡Viva Chile, Ave María purísima, las diez han dado y sereno!» o en vez de «sereno», «nublado» o «lloviendo». Cada media hora esta exclamación se repite hasta las cuatro horas de la mañana. Si ocurre un temblor en la noche, éste también se indica en su grito de la hora siguiente, pero estos temblores por regla son tan fuertes que no se necesita un sereno para que los habitantes se percaten de ello.

Una de las instituciones más curiosas de Valparaíso es el «penitenciario caminante». Se trata de una serie de carros grandes con cobertura que tienen un aspecto parecido a los carros de exposición de fieras. En sus interiores se encuentran tarimas como en las casernas que sirven para que duerman ahí unos ocho a diez prisioneros. En la parte trasera se ubica un guardián delante de la puerta, en la parte delantera se ha instalado una especie de cocina en algunos de ellos. Los prisioneros tienen que jalar los carros y así llevan su vivienda consigo cuando se alejan de la ciudad, ya que se les usa como obreros en trabajos de carretera con mucha frecuencia. Este penitenciario nómade tiene mucha utilidad en un país que no conoce un invierno ver-

dadero y permite repartir a los prisioneros en diferentes lugares sin mayores costos.

He inspeccionado varios de estos carros y tengo que confesar que nunca había visto tal concentración de fisionomías tan indignas como en este lugar. En muchos de ellos se han impregnado los vicios más brutales y una sensualidad infame en rasgos tan crudos y repugnantes que tuve que voltear la cabeza horrorizado con el pensamiento que su faz era el espejo de su alma. En su mayor parte se trataba de mestizos, pero también hubo europeos entre ellos. Me entristecí siempre al ver a un europeo que debería poseer una formación sólida, amarrado a la misma cadena con habitantes chilenos embrutecidos por delitos parecidos, subiendo a este carro.

Como en todas las ciudades del mar, también en Valparaíso hay una mezcla variada de las más diversas naciones, lenguas y costumbres, lo que borra completamente el carácter nacional del país. El comercio mayor con productos europeos es muy importante, pero casi exclusivamente está en manos de pocas casas norteamericanas e inglesas muy importantes, que proveen a todo el país con sus bienes necesarios. Hay tiempos en los cuales existen tantas reservas que se les puede comprar más baratas que en Europa. Algunos artículos existen en tal cantidad que bastan para décadas sin otras importaciones.

Entre los empleados de las casas comerciales existe un buen número de alemanes que son muy unidos. Han creado una asociación y tienen un local muy funcional, en el cual pasan las noches en compañía social. Los ingleses siguieron su ejemplo y crearon varios clubes. Los franceses aún no han logrado esto en esta parte de Sudamérica. Existen apenas dos casas comerciales importantes, pero hay una gran cantidad de peluqueros, sastres, zapateros, comerciantes de quincallería, panaderos de dulces y caballeros de industria. Tampoco faltan los modistos de París y de Burdeos.

Valparaíso está creciendo anualmente en número de casas y de habitantes, pero no en belleza. Los barrios a lo largo de las quebradas no pueden embellecerse por falta de terreno apropiado, solo las viviendas construidas en las alturas contribuyen a darle un aspecto más agradable a la ciudad, el arte tiene que apoyar a la naturaleza. Ambas veces que visité la ciudad me causó una impresión desagradable. Sentí un vacío ante la pobreza de los alrededores y la tendencia netamente mercantilista de sus habitantes. Probablemente esta sensación no se crea en aquellos que tienen ocupaciones distintas, los que viven por más tiempo ahí, moviéndose en círculos sociales con la posibilidad de visitar de vez en cuando el agradable valle de Quillota o la interesante capital, Santiago.

Santiago dista unas treinta leguas del puerto con el que mantiene una comunicación bastante activa, la cual podría intensificarse aún con la existencia de mejores carreteras.

Hace pocos años este camino era aún muy peligroso, pero ahora se le puede usar sin mayores inconvenientes, sobre todo si los «bircholeros» (conductores de carros) manejan con la cautela debida.

La variación zoológica en los alrededores de Valparaíso es pobre. Existen más animales en el mar que en la tierra. Como mamíferos se encuentran el zorro (*Canis azarae* Wied.[2]) o el zorrillo. Cerca de la ciudad aparece con cierta frecuencia, un ratón bastante grande con ocho dientes (*Octodon cummingii* Benn.[3]) que tiene una cola parecida a un pincel. Como no se cultiva nada en el entorno de Valparaíso, estos animales no pueden causar perjuicios, de otro modo se convertirían en una plaga, quizá esto ocurra en el interior del país. En la bahía a veces se pierde una foca, raras veces llega una ballena a la que se mata pronto, ya que están anclando balleneros casi siempre.

Con frecuencia se venden cóndores vivos, cautivos con hierro en sus patas, en el mercado. Por una piastra o una y media se puede comprar un ejemplar muy bueno. En un patio vi ocho de estas aves gigantes, las que se encontraban amarradas de un modo curioso. Una correa larga y angosta de cuero no curtido se les había pasado por sus fosas nasales y luego anudado, el otro extremo fue amarrado a un palo o una barra de hierro. De esta manera el ave puede moverse con cierta facilidad así como caminar en un círculo amplio, pero cuando quiere volar, se cae de cabeza. El alimentar ocho de estas aves no es poca cosa, ya que pertenecen a los animales más voraces. El dueño me aseguró que le dio a un cóndor la cantidad de 18 libras de carne, vísceras de buey, durante un día a modo de experimento. Devoró todo y al día siguiente tragó su ración acostumbrada con la voracidad de siempre. Medí un gran macho viejo, tenía una envergadura de 14 pies ingleses con dos pulgadas, lo que constituye una medida enorme, que solo una especie de aves puede alcanzar: el alcatraz blanco (*Diomedea exulans* Linnaeus).

En la pequeña planicie entre el puerto y el faro viven becadas (*Scolopax frenata* Ill.[4]), se parecen mucho a las europeas, con la diferencia que tienen dos plumas caudales más que las últimas. Pequeños loros totalmente verdes del tamaño de un pinzón europeo se adiestran en el interior del país, de donde llegan al puerto, son muy mansos y aprenden a hablar rápidamente, pero no aguantan el frío y requieren un tratamiento cuidadoso. En la bahía hay muchos cormoranes, a veces también aparecen pingüinos y grandes manadas de tijeretas (*Rynchops niger*

2 Hoy sinónimo de *Pseudalopex gymnocercus* (Fischer), pero probablemente se trata de *P. griseus* Gray. [B/B]

3 Hoy sinónimo de *Octodon degus* (Molina) [B/B]

4 Hoy *Gallinago paraguaiae* (Vieillot). [B/B]

Linnaeus), que tienen un pico puntiagudo, filudo y achatado lateralmente. Su mandíbula tiene casi el doble de largo que su maxilar. El ave más bella de la bahía es el cisne (*Cygnus nigricollis* Mol.[5]), con su cuerpo de un blanco deslumbrante y su cabeza y cuello negros.

El 13 de agosto, por fin, nos llegó el permiso de partida, que no dudamos en aceptar. En la mañana del 14 zarpamos las anclas, lo que causó algunos problemas. El ancla se había atracado y no quería soltarse, pese a los esfuerzos máximos. La corbeta francesa envió cincuenta hombres a bordo y con fuerzas reunidas durante varias horas se logró levantarla, con la pérdida de un diente del cabrestante. Se puso las velas y pronto desapareció la cima del Aconcagua en el horizonte de azul ultramarino.

5 Hoy *Cygnus melancoryphus* (Molina). [B/B]

Tercer capítulo

Juan Fernández. — Viaje al Callao. — Marinero al mar. — Llegada al Callao. — Bahía. — Isla San Lorenzo. — Levantamientos y hundimientos de la costa. — La ciudad sumergida. — El Callao. — El muelle. — La fortaleza. — Sitio por los españoles. — El General Rodil. — Sitio por los chilenos. — Colocolo. — Esmeralda. — Asalto. — Corsarios. — La batalla naval de Casma. — Balneario. — Zoología. — Pájaro niño. — Aves marinas. — Aves de tierra. — Anfibios. — Peces. — El camino a Lima. — Un oficial chileno. — Legua. — Alameda.

Acompañado por un viento soplando del oriente, llegamos a las islas Juan Fernández en un lapso de 36 horas. Estas islas se ubican a la altura de Valparaíso, sirven de estación para los buques que toman la ruta de Europa al Perú, sin parar en Chile con el fin de controlar el funcionamiento de sus cronómetros. El grupo pequeño consiste de tres islas: la más oriental se llama Más a Tierra, la occidental Más Afuera y la meridional, una roca prácticamente desnuda, Isla de Lobos. Las dos primeras están cubiertas por gramíneas y flores; Más a Tierra es mucho más grande y suavemente ondulada que Más Afuera. Por su forma ambas islas se parecen mucho a Flores y Cordua del grupo de las Azores. Más a Tierra sirvió de lugar de deportación de delincuentes chilenos hace unos 20 años, pero dejó de serlo después de haberse escapado un buen número de ellos en diversas oportunidades. El año de 1812 un grupo de prisioneros de guerra fue transportado ahí, pero tuvieron que evacuarse un año después, ya que las ratas se habían multiplicado de una manera asombrosa y habían destruido los víveres enviados para los prisioneros desde Chile, pese a todas las medidas de precaución y de persecución. Más tarde se trató en vano de poblar estas islas; hoy están desoladas, solo cazadores de focas las visitan de vez en cuando. Ya Ulloa menciona la gran cantidad de focas que viven ahí y las diferenció en tres especies diferentes, todas pertenecientes a las focas con orejas exteriores cortas. Tienen pieles excelentes que alcanzan precios muy altos en Inglaterra. Cabras cimarrones pueblan la isla y aumentarían mucho si no fueran perseguidas constantemente por perros igualmente cimarrones.

Juan Fernández ofrece aún otro interés. Fue en Más a Tierra donde el famoso capitán Dampier dejó a su contramaestre Alexander Selcraig des-

pués de una pelea, en el año 1704, con pocos víveres y herramientas. Durante cuatro años y cuatro meses Selcraig tuvo que permanecer en esta isla despoblada, hasta que fue recogido por el capitán Woodes Roger, quien lo retornó a Europa. El escritor inglés Daniel Defoe, a quien Selcraig le dio la versión escrita de la historia de su sufrimiento, la usó de fondo para crear su famoso *Robinson Crusoe*.

Pocas horas después de nuestra partida de Valparaíso, hubo alarma general a bordo de nuestro barco cuando se escuchó el grito «Hombre caído al mar» (*«un homme à la mer»*). Los marineros estaban atando los botes a las paredes de la cubierta con correas. Uno de ellos se paró en la chalupa del capitán para atarla con una soga, cuando el bote podrido se rompió y cayó al mar junto con el marinero. Rápidamente se botaron barriles vacíos y jaulas para gallinas por la borda, pero como el barco hizo una maniobra de virada, cayeron al agua en la dirección opuesta y no podían ser alcanzados por el hombre. Fue capeado y se bajó un bote. Mientras tanto, un tiburón se había acercado al marinero y amenazó con tragárselo, pero éste se defendió con rara sangre fría, al golpear constantemente a su enemigo con los puños. No podía aguantar por mucho tiempo este duelo con un adversario superior que estaba en su elemento. Sus fuerzas se desvanecieron y en este momento pensamos que iba a caer presa y morirse, ya que el tiburón había logrado morderlo en el muslo. Felizmente el bote llegó, un golpe fuerte con un remo aturdió a la bestia marina. Dejó a su presa y el marinero se salvó. Fue devuelto en triunfo al barco. Sus heridas fueron profundas pero poco peligrosas, después de unas semanas pudo reanudar sus trabajos.

Como el barco se había acercado a las jaulas de gallinas, iba a recogerlas también. En una de ellas estaba un gallo. Cuando sintió que el agua entró a su refugio por todas partes, salió por la fuerza por las varas y se sentó en la parte alta de la jaula. Como si reconociera lo peligroso de su situación comenzó a cacarear con todas sus fuerzas. Apenas el bote se le acercó, voló hacia él y fue salvado.

El 17 el viento dejó de soplar por completo y a bordo reinaba un calor sofocante. Después de la puesta del sol subió una frescura refrescante desde el Sur, las velas se hincharon y el hermoso barco se deslizó inclinándose en un movimiento elegante delante del surco de su timón. Siete días después, bajo las mismas condiciones favorables de viento y mar, avistamos el Morro Solar. Pocas horas después navegamos alrededor de la punta occidental de la isla San Lorenzo, donde algunos cruceros chilenos vigilaban la costa. Poco después anclamos en la hermosa bahía del Callao, el puerto de la Ciudad de los Reyes. Cuando navegamos por la isla, llegó una corbeta norteamericana por el estrecho entre San Lorenzo y la tierra. Era la misma que había partido en la misma hora que nosotros desde Valparaíso y ancló en el mismo momento que nosotros. No nos habíamos visto durante todo el viaje.

Nuestro barco no fue avisado por señales, no llegó ningún capitán de barco y nos encontramos en viva atención para saber cómo había resultado la expedición chilena. Delante del puerto anclaban buques de guerra del enemigo, pero aún flameaba la bandera peruana en la fortaleza. Después de una larga espera subió a bordo un cadete francés. Nos comunicó que los chilenos tuvieron suerte con su toma de tierra, habían tomado Lima por asalto y se encontraban actualmente sitiando la fortaleza. Desembarcamos también.

La ciudad del puerto presentaba un aspecto triste. Todas las calles y las casas se encontraban desiertas. Todos habían huido ya que se temía que la ciudad fuera destrozada por disparos en cualquier momento. En todo el Callao, encontramos apenas diez personas, en su mayoría negros. Después de varios días algunos de los habitantes regresaron y después de un mes se habían juntado apenas unas cien personas, que dormían todas las noches a bordo de los barcos mercantes que se encontraban en la bahía. A un cuarto de milla delante del Callao está el pueblo de Bellavista. Ahí los chilenos habían colocado sus baterías para bombardear la fortaleza y tenían víveres en abundancia, en el puerto faltaban por completo. Los comandantes de los buques de guerra de los extranjeros habían conseguido el permiso de poder enviar a Bellavista un pequeño destacamento de marineros, comandados por un oficial y un procurador, todas las mañanas para comprar carne y verdura para su propio consumo. Los barcos mercantes siguieron su ejemplo y de esta manera todos los días se dirigía una fila larga de marineros armados con banderas hacia el campamento chileno. Este permiso fue anulado pronto, ya que un carnicero inglés del Callao aprovechó la oportunidad para acompañar al grupo y comprar varios quintales de carne, que vendía luego en la fortaleza exigiendo precios exorbitantes. Los sitiados no padecían de escasez aún, pero tampoco había abundancia. Estaban vestidos con trapos miserables y todos tenían aspecto desconsolado. Todas las veces que pasaban por las guardias en el muelle les pedían una limosna. Di un real a uno de estos soldados, que lo recibió con tanta gratitud que presentaba su rifle cada vez que pasaba por él.

Tuve suficiente tiempo para familiarizarme con los entornos cercanos del Callao. Aproveché cada momento que se me presentó para emprender excursiones, las que tuve que realizar más por mar que por tierra.

La bahía del Callao es una de las más extensas y más calmas en la costa occidental de Sudamérica. Hacia el suroeste está delimitada por la estéril isla de San Lorenzo, hacia el norte se convierte en una serie de recodos encerrados por Punta Gorda, Punta Pernal, Punta de las Playas y Punta de doña Pancha. La orilla es llana, con muchos cantos rodados, solo por la desembocadura del Rímac se torna pantanosa. Entre esta última y la desembocadura del río Chillón, que se ubica al sur de la Punta Gorda,

hay grasosa tierra de marisma. Un estrecho espolón de tierra que se parece a una bota, se extiende desde la fortaleza hacia San Lorenzo, sobre el cual se levantan las ruinas del Callao viejo.

San Lorenzo es una isla bastante estrecha y alargada con un contorno de unas 15 millas inglesas. Está atravesada por una lomada con una cima filuda, su punto más alto mide 1387 pies sobre el nivel del mar. La cuesta del noroeste tiene menos pendiente que la del suroeste, que cae casi perpendicularmente en el mar. Sería difícil imaginarse un aspecto más triste que el que ofrece esta isla. Durante más de seis meses los ardientes rayos solares se reflejan en la arena blanca grisácea y sofocan cada brote de vegetación. Solo en la época húmeda del año brotan algunas criptógamas en la cima, constantemente cubierta por neblina. Focas y nutrias viven en las rocas empinadas de la falda meridional y bandadas de aves marinas anidan en las orillas inhóspitas. Al sur de San Lorenzo existe otra isla pequeña y rocosa: «El Frontón»; separada por un angosto estrecho marino, solo lobos marinos viven ahí. Entre El Frontón y el espolón mencionado se ubica un canal de poca profundidad llamado Bocarón, por el cual veleros grandes pueden pasar solo con vientos favorables y conocimiento preciso del lugar.

Las alteraciones costeñas en el Callao y San Lorenzo han sido significativas en el curso de varios siglos. El geólogo inglés Darwin sostiene que «esta región del Perú se ha levantado por 85 pies, desde el inicio de la ocupación humana». La pendiente septentrional de San Lorenzo está subdividida en tres terrazas poco nítidas, en las que se observa la presencia de una gran cantidad de conchas y valvas de las mismas especies que aún viven en la costa. Al observar cuidadosamente estos sedimentos de moluscos, Darwin encontró que «las valvas estaban prácticamente enteras a poca altura sobre el mar, sobre una terraza de 85 pies éstas estaban parcialmente deshechas y cubiertas por una sustancia blanda y escamosa. Al doble de esta altura descubrí solo una capa calcárea delgada y polvorienta sin trazos orgánicos». En esta capa de 85 pies de altura halló, junto con partes de algas, un pedazo de hilo de algodón, esteras entrelazadas y una mazorca de maíz; todo en la masa de conchas marinas.

San Lorenzo probablemente nunca fue habitada, tampoco en épocas anteriores. Los residuos de industria humana probablemente pertenecían a pescadores, quienes suelen visitar la isla durante la noche.

Darwin agrega: «Se dijo que la tierra se había hundido a causa del terremoto (de 1746). No pude detectar evidencias de ello, pero no es improbable, ya que la forma del litoral ha sufrido algunos cambios desde la fundación de la vieja ciudad [...]» y «En la isla San Lorenzo se observan algunas evidencias muy claras de un levantamiento en tiempos recientes. Esto naturalmente no contradiría la suposición de un hundimiento menor si se puede encontrar pruebas de ello». Hasta aquí el geólogo inglés.

En pocas semanas no se puede encontrar evidencias de un hundimiento del litoral, tampoco exclusivamente por los hechos geológicos, pese a que sirven para indicios importantes. Aquí la historia puede ayudar y hay que tomar en cuenta las tradiciones y cuentos. De acuerdo con estas autoridades, cada temblor de intensidad mayor tuvo como consecuencia alteraciones más o menos importantes del nivel del litoral. Si tomamos la descripción escrita por Ulloa y la comparamos con el plano del puerto del Callao producido por él en 1742 con otro de los más recientes, vemos que solo hay poca diferencia en la distancia entre tierra firme y la isla San Lorenzo. Cuatro años más tarde, hubo el terrible terremoto que destruyó la ciudad del Callao y la hundió en el mar. A esta catástrofe le siguió un levantamiento del litoral, el que, por testimonios de los habitantes ancianos del Callao, debe haber sido significativo, ya que la distancia entre tierra firme y San Lorenzo fue tan reducida en 1760 y más tarde aún, que «los niños lanzaban piedras del espolón hasta la isla». Actualmente, esta misma distancia mide casi dos millas inglesas. Si confiamos en los testimonios citados —no tengo duda de su validez ya que mis investigaciones muy cuidadosas me llevaron al mismo resultado— el hundimiento debe haber sido muy significativo en las últimas seis a siete décadas. Es preciso señalar también que las ruinas que se encuentran sobre el espolón de tierra no son las de la ciudad del Callao del año 1746, como Darwin parece suponer, sino las del Callao destruido en el violento terremoto de 1630.

Un bajío extenso, conocido como Camotal, entre San Lorenzo y tierra firme constituye otra prueba. Antaño se cultivaban verduras ahí, en particular el camote, como indica el nombre hasta que esta gran chacra se hundiera en el mar. Este hundimiento ocurrió en tiempos de la ocupación española, antes de 1746, a causa del temblor de 1678 o el de 1630.

Al norte de la bahía del Callao, cerca de la plantación Bocanegra, se encuentra un bajío en un lugar donde hace 50 años se cultivaba caña de azúcar, de acuerdo a documentos de la hacienda. Dirigiéndonos hacia el sur del Callao, en dirección a Lurín, observamos dos islas o rocas a unas dos millas inglesas mar adentro: una se llama Pachacamac, la otra, Santo Domingo. En tiempos de la conquista por los españoles, ellas estaban ligadas a tierra firme con la que formaban un promontorio, en una de ellas se levantaba un templo o una fortaleza. No pude averiguar con seguridad cuándo fueron separadas del litoral, pero sospecho que ocurrió durante el violento terremoto de 1586.

Si reunimos los hechos observados por Darwin con aquellos presentados aquí, encontramos lo que parece ser una gran contradicción, por ahí un levantamiento, por acá un hundimiento. Se impone la pregunta: ¿no podían haber ocurrido estos fenómenos en tiempos diferentes?

Analicemos primero las pruebas de Darwin. Este geólogo sostiene lo siguiente: el litoral se está levantando aún en la actualidad. Pero no existen evidencias claras de ello. Los residuos de la industria humana, que encon-

tró a una altura de 85 pies en un sedimento de moluscos, solo comprueban que la tierra se levantó desde que existe ocupación humana, pero cuándo este levantamiento se dio, queda indeterminado. El hilo de algodón o esteras entrelazadas no son pruebas de una alta cultura, tal como la trajeron los españoles al Perú. Por ello no nos tenemos que limitar a períodos históricos modernos y fechar el hundimiento durante estos últimos. El imperio incaico puede trazarse hasta 1021 d. C. siguiendo a Garcilaso de la Vega. En este tiempo los habitantes peruanos ya poseían una alto grado de cultura. El muy poco conocido Fernando de Montesinos trae a colación evidencias para una historia del Perú que se remontan a varios miles de años. Por la lista de las dinastías, las leyes y costumbres se puede suponer que existía una civilización avanzada ya desde estos tiempos más remotos. En consecuencia, no se puede determinar ni de manera aproximada, cuándo este sedimento de 85 pies de altura correspondía al nivel del mar, ni si este levantamiento ocurriera después de una de estas terribles catástrofes, que afectan la costa occidental de Sudamérica con tanta frecuencia, como fenómeno brusco sucedido por un hundimiento. Los sedimentos con moluscos erosionados contradicen esta hipótesis y apuntan hacia un levantamiento paulatino, el que puede haber ocurrido en curso de milenios. Si el litoral se hubiera levantado por unos 85 pies desde la conquista de los españoles o sea en el curso de 362 años, el Camotal ya hubiera sido levantado sobre el nivel del mar, ya que es improbable que se hubiera hundido a una profundidad tan significativa como más de 90 ó 95 pies. De igual modo, se puede suponer que ocurrieron levantamientos y hundimientos en diferentes tiempos y que las causas para la presencia de terremotos habrían motivado, de ambas maneras, importantes alteraciones del nivel del litoral.

Creo que mediciones precisas del nivel de agua sobre el bajío Camotal, repetidas en tiempos definidos, podrían proveer las pruebas más fehacientes de un levantamiento o un hundimiento de la costa. Varias circunstancias se juntan para que estas mediciones puedan efectuarse bajo condiciones constantemente favorables. Es de saber que no existe río alguno que pueda desaguar en esta parte de la bahía en la que se ubica el Camotal. El río Rímac cuya desembocadura se encuentra, no es tan significante que el material que lleva pudiera causar una sedimentación notable en el fondo de la bahía. La marea tampoco influye mucho y el mar está calmado en el puerto, ya que está protegido contra viento y olas en el sur por la isla San Lorenzo, vientos desde norte soplan con poca frecuencia y nunca tienen una intensidad mayor.

Quisiera mencionar un fenómeno curioso, que pude observar en el Callao en julio de 1841 y el que se repitió varias veces recientemente. Alrededor de las dos horas de la tarde el mar se retiró repentinamente de la playa, mucho más que en el reflujo más fuerte. Los barcos más cercanos al muelle

estaban prácticamente sobre tierra, lo que nunca ocurre en bajamar. Los habitantes del Callao se asustaron mucho cuando el mar regresó en un nivel más alto que el normal que mantenía. En el mismo muelle y en palos clavados en la playa, se pudo observar con exactitud las diferencias del nivel del agua. En todo ello no se sintió ningún movimiento terrestre ni cambio de temperatura fuera de lo común. La columna de mercurio de mi termómetro, que observé dos minutos más tarde, no indicó cambio alguno.

Todo el Callao fue devorado por las aguas del mar en el terremoto de 1746. Algunos viajeros contaron que se podía ver la ciudad sumergida sobre el fondo del mar en tiempos de cielo despejado y mar calmo, lo que me fue confirmado por los habitantes del Callao. Yo, en cambio, pienso que es una fábula. En las circunstancias más favorables, he visitado el lugar señalado como Mar Brava sin haber visto trazo alguno del viejo Callao. Si se toma en cuenta que las casas se convierten en masas amorfas de tierra y piedras bajo el efecto de un temblor tan fuerte, más aún por tratarse de construcciones de paredes de quincha a las que se pega excrementos; se tendrá que admitir que el efecto del agua, movida por la marea, tiene que haber destruido los restos poco sólidos de la ciudad enteramente en el curso de casi un siglo.

Los cuentos misteriosos de los viejos marineros, relatando que vieron gente sentada delante de sus casas y parada en las calles en el fondo del mar durante días señalados o cómo escucharon el cacareo de un gallo desde el fondo del mar a medianoche produciendo un sonido horripilante, servirían muy bien de materia para cuentos de hadas para los niños.

La ciudad del Callao es pequeña y fea; durante el invierno está sucia y en verano tan polvorienta que los caminantes casi se sofocan. Las casas están mal construidas y son bajas, normalmente tienen un solo piso. Las paredes están construidas de caña, cubierta con una especie de barro o excremento. Los techos son planos y consisten de esteras de paja, sobre las que se coloca un armazón de caña que se cubre con barro. Las ventanas de los cuartos se ubican sobre el techo, en un apartado de madera que tiene el aspecto de una jaula de pájaros. No tienen vidrios sino un enrejado de varillas de madera. En su interior se ha instalado un postigo, del que cuelga un cordón largo hasta el cuarto, que sirve para abrir y cerrarlo. La mayoría de las casas tiene un pequeño cuarto, como una garita, cuya función ignoro. En el primer piso se encuentran las tiendas comerciales, las que son muy numerosas en el Callao.

Cerca del muelle se erige un edificio extenso y bajo con un pórtico pobre, se trata de la sede del capitán del puerto y del aduanero.

El muelle es hermoso y espacioso. No requiere mucha solidez, ya que no rompen olas grandes en él. Desde el lado del mar está circundado por una reja de hierro; hacia la tierra se han instalado unas escaleras para el embarque y desembarque. Entra unos 200 pies al mar, con lo cual se produce

estaban prácticamente sobre tierra, lo que nunca ocurre en bajamar. Los habitantes del Callao se asustaron mucho cuando el mar regresó en un nivel más alto que el normal que mantenía. En el mismo muelle y en palos clavados en la playa, se pudo observar con exactitud las diferencias del nivel del agua. En todo ello no se sintió ningún movimiento terrestre ni cambio de temperatura fuera de lo común. La columna de mercurio de mi termómetro, que observé dos minutos más tarde, no indicó cambio alguno.

Todo el Callao fue devorado por las aguas del mar en el terremoto de 1746. Algunos viajeros contaron que se podía ver la ciudad sumergida sobre el fondo del mar en tiempos de cielo despejado y mar calmo, lo que me fue confirmado por los habitantes del Callao. Yo, en cambio, pienso que es una fábula. En las circunstancias más favorables, he visitado el lugar señalado como Mar Brava sin haber visto trazo alguno del viejo Callao. Si se toma en cuenta que las casas se convierten en masas amorfas de tierra y piedras bajo el efecto de un temblor tan fuerte, más aún por tratarse de construcciones de paredes de quincha a las que se pega excrementos; se tendrá que admitir que el efecto del agua, movida por la marea, tiene que haber destruido los restos poco sólidos de la ciudad enteramente en el curso de casi un siglo.

Los cuentos misteriosos de los viejos marineros, relatando que vieron gente sentada delante de sus casas y parada en las calles en el fondo del mar durante días señalados o cómo escucharon el cacareo de un gallo desde el fondo del mar a medianoche produciendo un sonido horripilante, servirían muy bien de materia para cuentos de hadas para los niños.

La ciudad del Callao es pequeña y fea; durante el invierno está sucia y en verano tan polvorienta que los caminantes casi se sofocan. Las casas están mal construidas y son bajas, normalmente tienen un solo piso. Las paredes están construidas de caña, cubierta con una especie de barro o excremento. Los techos son planos y consisten de esteras de paja, sobre las que se coloca un armazón de caña que se cubre con barro. Las ventanas de los cuartos se ubican sobre el techo, en un apartado de madera que tiene el aspecto de una jaula de pájaros. No tienen vidrios sino un enrejado de varillas de madera. En su interior se ha instalado un postigo, del que cuelga un cordón largo hasta el cuarto, que sirve para abrir y cerrarlo. La mayoría de las casas tiene un pequeño cuarto, como una garita, cuya función ignoro. En el primer piso se encuentran las tiendas comerciales, las que son muy numerosas en el Callao.

Cerca del muelle se erige un edificio extenso y bajo con un pórtico pobre, se trata de la sede del capitán del puerto y del aduanero.

El muelle es hermoso y espacioso. No requiere mucha solidez, ya que no rompen olas grandes en él. Desde el lado del mar está circundado por una reja de hierro; hacia la tierra se han instalado unas escaleras para el embarque y desembarque. Entra unos 200 pies al mar, con lo cual se produce

una pequeña bahía ensenada entre este muelle y la tierra firme. Todos los barcos acoderan a cierta distancia, pero los botes llegan hasta ahí. Una tubería lleva hasta el muelle y desemboca con un tubo ancho en la bahía. De este modo, los barcos pueden proveerse convenientemente de agua dulce.

Este muelle está lleno de mercadería en tiempos de paz, donde permanece durante meses sin cubierta sin que se malogre en absoluto. Solo se paga una suma pequeña para el derecho de almacenaje. Hasta trigo y arroz se amontonan sobre el muelle, sin cobertura alguna para dejarlo en esta condición durante semanas. Pese a una vigilancia reducida, pocas veces se roba la mercancía. Este hecho, sin embargo, no se debe a la honradez de los habitantes sino a la naturaleza de los productos, que suelen ser demasiado voluminosos para poder moverlos fácilmente. Cosas de mayor valor, sobre todo pequeños cajones con objetos de manufactura europea se guardan en las bóvedas de la aduana; son llevados por una pequeña locomotora cuyos vagones son empujados por negros.

Lo más importante que el Callao ofrece es su magnífica fortaleza. Pese a ubicarse cerca de la costa sin colinas ni rocas, destaca por su aspecto imponente. Consiste de dos castillos. El mayor se llama Castillo de la Independencia, desde la guerra de liberación; los españoles lo llamaron Real Felipe. Tiene dos torres anchas y poco altas, sus patios son espaciosos y sus construcciones subterráneas de poca importancia, debido a su profundidad y la cercanía del mar. Las murallas son anchas, pero bajas y rodeadas de una fosa profunda, llenada con agua del mar. Al sur de este castillo se erige otro más pequeño: el Castillo del Sol, protegido hacia tierra firme por el mayor. Antes de la guerra de la independencia, estos castillos contaban con 400 cañones, muchos de ellos de alto calibre, pero actualmente solo quedan 60 cañones y 71 piezas menores.

La fortaleza del Callao fue el lugar donde flameó la bandera española por más tiempo después de que la independencia ya estaba asegurada en todos los países de la Sudamérica española. El general español Rodil se apoderó de la fortaleza y se enfrentó a un sitio de casi un año y medio con valentía admirable. En los últimos tres meses se vinculó con todo el terror que un sitio en un país tropical lo convierte en el flagelo terrible de un ejército.

Lord Cochrane con su escuadra bloqueaba la fortaleza desde el mar; el general Bartolomé Salóm lo hizo desde tierra firme. Más de 4000 españoles, entre ellos las familias más nobles, se habían refugiado con todas sus cosas de valor bajo la protección de Rodil. Cuando comenzaron a escasear los víveres, el comandante obligó a unas 400 mujeres a abandonar la fortaleza. En una mañana hermosa, ellas salieron del portón en una larga procesión en dirección a la orilla. Los sitiadores pensaron que el enemigo iba a salir para atacar e hicieron descargar su artillería sobre este grupo indefenso, que se dispersó gritando. Al percatarse de su error, cesó el fuego y se capturó a las

mujeres para transportarlas a Lima. Como consecuencia, la guarnición trató de levantarse repetidas veces, pero la presencia de ánimo y la sangre fría de Rodil lograron sofocar los motines. Los culpables fueron castigados con tanta severidad que los soldados se abstuvieron de intentos parecidos. Caballos, asnos, perros y ratas se convirtieron en la fuente casi total de su alimentación. Peces podridos varados por el mar fueron buscados y devorados ávidamente. Mientras tanto, Rodil mantuvo un negocio que mostró su carácter poco honorable. Había guardado una cierta cantidad de provisiones que vendía bajo precios exorbitantes. Así exigía el pago de entre tres y cuatro onzas de oro por un gallo, precios parecidos los impuso para pan, etc. Pese a ello, las familias ricas gustosamente le pagaron los víveres con su oro, ya que sus riquezas les servían solo para mantenerse vivos. Una fiebre contagiosa se declaró entre los sitiados, la que causó los estragos más terribles. De las 4000 personas refugiadas en la fortaleza, sobrevivieron solo 200 el sitio. Los relatos de los testigos oculares dan una idea de la más espantosa desesperación y miseria.

Hambre y enfermedades obligaron a la rendición de la fortaleza por Rodil. El 18 de febrero de 1826 firmó una capitulación honrosa y se embarcó, cargado de inmensas riquezas, hacia España, donde ocupó luego el cargo de comandante general de la infantería de guardia.

¿Cuáles podrían haber sido las motivaciones de Rodil para insistir en semejante resistencia y rechazar reiteradamente las ofertas de una capitulación favorable, en vista que era el único general en todo el Perú que disponía aún de tropas reales, si bien en cantidad reducida? También sabía que el dominio español sobre la Sudamérica meridional y occidental estaba completamente desvanecido; de modo que ya no podía contar con ayuda y, en consecuencia, no le quedaba otra cosa que rendirse. Varios de los sitiados me respondieron esta pregunta con el mismo tenor. Era la codicia por la que el general Rodil sacrificaba lentamente a miles de hombres.

Desde la Independencia del Perú, esta fortaleza se convirtió repetidas veces en sede de revoluciones, que trajeron al país más calamidades que ventajas. Reiteradas veces fue condenada a muerte, el presidente Salaverry fue el que la inició. En el año de 1834 vendió la mayor parte de los cañones a Francia e Inglaterra, en 1840 fue desmantelada parcialmente. Al año siguiente fue reconstruida, para ser destruida pocos meses después. Es una suerte para el Perú que esta fortaleza ya no exista como tal, sino que sirva para otros fines. La sede principal de la aduana y sus depósitos ocupan actualmente la mayor parte de este extenso edificio.

El sitio del Callao por los chilenos, presenciado por nosotros, fue considerablemente menos severo que aquel de los patriotas. Su escuadra fue muy débil y el ejército insignificante. Desde el mar, el Callao fue atacado solo de noche por algunas cañoneras chilenas, bajo el mando de comandantes ingleses. Gozamos el espectáculo impresionante de las numerosas balas

incandescentes, surcando los espacios oscuros. La artillería de la fortaleza destacó por su ineficacia. Las bombas de los chilenos, en cambio, causaron daños considerables en los castillos en repetidas ocasiones. También las escaramuzas de la caballería y las salidas de los sitiados eran cosa de juego. Los sitiadores no consideraban los ataques seriamente, ya que para ello hubiera sido necesario concentrar todo su ejército débil. Un domingo en la tarde, el bergantín de guerra «Colocolo» de los chilenos pasó muy cerca de las murallas de la fortaleza y disparó algunas balas. De inmediato, este fuego fue respondido con todos los cañones del lado del mar. En pos de provocación, el barco viró varias veces y se acercó aún más. En vano los peruanos trataron de hacerle daño, todas su balas estaban dirigidas demasiado alto para poder alcanzar el «Colocolo». En vez de ello volaron en dirección de los barcos neutrales, de modo que temíamos constantemente que nos hundieran. Esto llegó a tal extremo que el comandante francés se vio forzado a enviar un bote hacia la fortaleza, con la declaración de que él iba a iniciar un bombardeo enérgico en caso de que no cesara el fuego de ellos de inmediato, para con ello salvaguardar la seguridad de los barcos mercantes. Esta declaración categórica surtió efecto y los sitiados tuvieron que aceptar haberse quedado burlados, pese a su enojo. Como ejemplo de la desventaja que significa la cercanía de barcos neutrales a las operaciones militares de sitiados y de ataques de los sitiadores, servirá el siguiente incidente. En la noche de 5 de noviembre de 1820, Lord Cochrane y el capitán Guise tomaron el abordaje de la corbeta española «Esmeralda», equipada con 44 cañones en la bahía del Callao con la ayuda de 150 hombres. Entre la «Esmeralda» y la fortaleza estaba anclada la fragata norteamericana «Macedonia». Por su posición, los sitiados no pudieron cubrir la corbeta con sus cañones. Este hecho irritó a la guarnición de tal manera, que mataron a un oficial de la «Macedonia» con toda su tripulación, en la mañana siguiente, cuando se aprestaron a desembarcar.

Pocos días después del incidente con el «Colocolo», los peruanos encontraron la oportunidad de vengarse por esta broma pesada. El almirante chileno envió a su ayudante con siete marineros a bordo de nuestro barco para comprar zapatos. Al notar el bote del almirante, la tripulación de la fortaleza preparó una chalupa con 25 hombres, la que se acercó detrás de los barcos mercantes. Pese a nuestros esfuerzos para evitarlo, el ayudante saltó al bote cuando le fue indicada la llegada del bote enemigo. Pero era demasiado tarde. Al momento que iba a partir el bote, apareció la chalupa del enemigo por debajo del bauprés y disparó una carga completa sobre el bote que distó apenas seis pasos. Cinco marineros cayeron muertos o heridos al mar, los que lograron surgir fueron rematados con la culata de los rifles. Los tres restantes fueron capturados, entre ellos, el ayudante herido con dos balas. Logramos salvar a uno de los marineros al lanzarle una soga y cubrirlo con la bandera francesa, cuando la alcanzó.

Desgraciadamente los peruanos ya no disponían de su flota, ya que los chilenos les habían quitado varios buques de guerra mediante una traición ignominiosa en tiempos de paz. Los dos últimos fueron hundidos por su propia tripulación al ver que ya no había escape de la escuadra enemiga. En consecuencia, no les quedó una oportunidad de vengarse por el mar. Poco tiempo después, el «Edmond» fue comprado por el gobierno peruano junto con otros barcos mercantes, que luego fueron equipados como corsarios. El mando supremo fue asumido por Blanchet quien se había destacado por su coraje, el mismo que fue nuestro timonel a bordo del «Edmond» en nuestro viaje desde Europa. Después de haber tomado la «Arequipa», un viejo buque de guerra chileno, y haber quemado varios buques de transporte del enemigo; asaltó tres corbetas chilenas ancladas en el puerto de Casma. Éstas ya se habían rendido al arriar sus banderas, cuando Blanchet fue muerto de un tiro en el momento de abordar. Su pérdida quitó el ánimo a los corsarios, quienes abandonaron la lucha inmediatamente. El susto que produjo la muerte de Blanchet entre los marineros fue tal, que todos se escondieron en el entrepuente. El cocinero, en cambio, disparó un cañón cargado hasta el tope y mató con su tiro a unos 15 hombres sobre el bauprés. Luego saltó hacia el timón y logró conducir el barco fuera de la bahía. Se les devolvió la «Arequipa» a los chilenos, la que se encontró con los corsarios. El capitán de este barco se había emborrachado con sus marineros antes del ataque. Dio orden de navegar a toda velocidad en dirección de la corbeta chilena «Orbegoso». Al chocar con ella, la «Arequipa» se averió seriamente y se hundió. Con el agua hasta el pecho combatieron con sables y ganchos de barco, naturalmente en vano, ya que sus enemigos les aventajaban mucho en número y su propia situación era demasiado incómoda. Casi todos hallaron la muerte.

Muchas familias limeñas visitan el Callao durante la época de verano con el fin de bañarse en el mar, pero la playa no es muy apropiada, ya que está llena de guijarros. San Lorenzo serviría más como balneario, pero dista demasiado. Los buques de guerra de los extranjeros la usan para erigir sus lazaretos. Durante mi primera estadía, estuvieron los chilenos enfermos de viruela, los que se recuperaron rápidamente debido a que esta localidad les resultaba beneficiosa para el tratamiento de esta enfermedad. Hasta hace unos años todos los extranjeros que morían en Lima eran enterrados en San Lorenzo; ahora existe un cementerio de extranjeros en Bellavista.

La bahía del Callao ofrece mucho de interés para un naturalista. Existen pocos mamíferos. Como en toda la costa de Sudamérica viven nutrias y lobos marinos en esta área. Dos especies (*Otaria aurita* Humb. y *O. ulloa* Tsch.)[1] abundan en la falda meridional de El Frontón. Junto con oficiales de un buque de guerra francés, cacé lobos marinos en esta roca. Como no se pudo desembarcar por el fuerte oleaje, abrimos el fuego desde el mar y matamos varios de estos animales. Un marinero osado cruzó el oleaje, ató los lobos ma-

rinos muertos con una soga y se dejó jalar a bordo con ellos. En estos días disparamos con frecuencia para cazar aves. El almirante chileno envió un bergantín para dar la vuelta a la isla, pensando que unos de sus barcos estaba combatiendo con los corsarios peruanos.

La bahía tiene abundancia de hermosas aves marinas. Se destaca el pingüino de Humboldt (*Spheniscus humboldti* Meyen), que es de menor talla que el pingüino gris común y se diferencia de él por la coloración sobre lomo y pecho. Los peruanos lo llaman «pájaro niño». Se adiestra fácilmente, es muy manso y sigue a su dueño como perro. Resulta gracioso ver cómo anda por las calles, contoneándose con su cuerpo gordo y pies cortos, moviendo vivamente sus alas como aletas para mantener su equilibrio. Tuve durante algún tiempo uno muy manso al que compré de una india, se llamaba «Pepe» y acudía a su llamado inmediatamente. En las comidas se paraba al lado de mi silla y de noche dormía debajo de mi cama. Cuando quería bañarse se iba a la cocina y golpeaba la olla con agua con su pico hasta que alguien le echaba agua o le preparaba su baño.

Quiero mencionar solo algunas de las más curiosas de las diversas aves marinas interesantes. La chuita (*Carbo gaimardi* Less.[2]) tiene el lomo gris y blanco jaspeado, su vientre tiene color gris ceniciento, a cada lado de su cuello corre una ancha faja blanca. Su pico es amarillo y sus patas son rojas. El iris tiene una coloración extraordinaria que no he notado en otra ave. En todo el círculo cambian pequeñas manchas regulares de contorno rectangular blancas y verde marino. El piquero jaspeado (*Sula variegata* [Tsch.]) vive en comunidades de miles de individuos sobre las rocas de la isla San Lorenzo. Es el productor más importante del guano. El zarcillo (*Sterna inca* Less.[3]), sin duda, es la gaviota más hermosa de toda su familia. Es de color gris pardo, algo más oscuro sobre la cabeza y la rabadilla y más claro en el pecho. A cada lado de la raíz del pico le crecen plumas de un blanco deslumbrante, que se doblan ligeramente de atrás hacia delante lo que le da el aspecto de un bigote blanco. El pico y los pies son de color rojo carmín, la iris es gris claro. El pelícano pardo (*Onocrotalus fuscus* Mol.[4]) casi alcanza el tamaño de la especie europea, pero se diferencia del último por sus alas de marrón oscuro. Es un ave muy común en toda la costa peruana. Entre las aves de tierra destacan algunos picaflores muy hermosos (*Trochilus amazilia*[5] y *T. cora* Less.[6]), así como

1 Hoy *Otaria flavescens* y *Arctocephalus australis*. [K]
2 Hoy *Phalacrocorax gaimardi* (Lesson & Garnot).[B/B]
3 Hoy *Larosterna inca* (Lesson). [B/B]
4 Hoy *Pelecanus thagus* (Molina). [B/B]
5 Hoy *Amazilia amazilia* (Lesson). [B/B]
6 Hoy *Thaumastura cora* (Lesson & Garnot). [B/B]

unos pinzones por sus colores vivos. El guardacaballo (*Crotophaga sulcata* Swains.[7]) tiene un pico surcado y es un animal curioso. Tiene la talla de un estornino con un pico corto, achatado, alto y curvado, a cuyos lados se observan varios surcos pronunciados. Su cola es larga y en forma de abanico, de color negro o azul con débil brillo metálico. Es un ave gregaria que vive cerca de los rebaños de ganado, en particular de los caballos. Casi siempre está sentada sobre el lomo de caballos o asnos buscando insectos, los que encuentra en abundancia. Estos animales sienten que les hace un gran servicio y le aguantan con mucha paciencia, cargándola sobre cabeza y lomo.

El extranjero que pisa la tierra de la costa peruana por primera vez queda asombrado de la enorme cantidad de buitres negros que están en todas las calles y sobre todos los techos. En el Callao vive con preferencia el gallinazo de cabeza colorada (*Cathartes aura* Illig., *Cathartes aura* [Linnaeus]). En el interior, algo alejado de la costa, se le ve con menos frecuencia; en cambio, abunda el gallinazo negro (*Cathartes foetens* Illig.[8]). El primero tiene color negro o marrón oscuro con cabeza y cuello desnudos y rojos, llenos de arrugas y verrugas. El último es parecido en tamaño y coloración, su cabeza y cuello tienen color grisáceo oscuro y destaca por las mismas arrugas y su fealdad. Estas aves tienen el tamaño de una pava, pero son flacos y de formas angulosas, que se deben a las alas desplegadas hacia delante. El gallinazo negro es lento, pesado y vuela poco y solo por distancias cortas. Cuando busca alimento, va dando saltos pequeños con ambas patas juntas, ayudándose con sus alas desplegadas y evitando un vuelo verdadero. Camina poco y solo por distancias cortas. Durante el calor del mediodía estos gallinazos se ponen sobre las casas o muros, a veces unos sesenta a ochenta en una fila. Son ávidos y devoran todo lo que alcanzan de sustancias de origen animal podrido. No son tímidos y saltan en las calles más recorridas entre hombres y ganado. El gallinazo de cabeza dorada es mucho más vivo y sus movimientos más livianos, también vuela más rápido y por más tiempo que el gallinazo negro. En cambio, es más tímido y menos atrevido. Anida cerca de la orilla del mar sobre rocas arenosas e islas inhabitadas. La hembra pone tres a cuatro huevos blancos que incuba en febrero y marzo. El gallinazo común, por regla, anida sobre techos de las casas, iglesias, ruinas y muros altos. La hembra pone tres a cuatro huevos jaspeados entre pardo y blanco, los que incuba en los mismos meses que el de la cabeza dorada.

En el Callao existen numerosas iguanas y erdágamos. En San Lorenzo encontré algunas especies aún desconocidas, entre las cuales destacó una que tiene una gran mancha de amarillo azufre en cada costado, sobre sus

7 Probablemente confundido con *Crotophaga sulcirostris* (Swainson). [B/B]
8 Hoy *Coragyps atratus* (Bechstein). [B/B]

flancos. En los arbustos bajos, a lo largo de la desembocadura del Rímac, se encuentran serpientes con frecuencia, algunas especies venenosas viven en los arenales áridos. Las tortugas del mar ya fueron ahuyentadas de la bahía y solo viven en las ensenadas solitarias de las costas inhabitadas.

Hay un número muy alto en peces. Tiburones, rayas, peces martillo, corvinas, bonitos, lisas, etc. se pescan en gran cantidad. Entre ellos destacan corvinas y bonitos que aparecen como especies más frecuentes en el mercado. La carne de estos últimos es roja marrón, dura, seca y menos sabrosa que la de las corvinas. Por su carne fina y sabrosa destaca el pejerrey, del tamaño de una trucha y el pejesapo, un poco más grande con una cabeza gorda y carnosa. Este pez se adhiere por succión a las rocas debajo del agua. Se le hinca con un gancho largo para sacarlo del agua.

Cuando, desde la borda del «Edmond», contemplé las torres de Lima, doradas por la puesta del sol y detrás de ellas las cadenas de colinas, elevándose en escalones para fundirse en el fondo más lejano con la cordillera, alcanzando el cielo; sentí ansias infinitas, deseando dirigirme a estas regiones solo para respirar el aire puro de los Andes en medio de su hermosa naturaleza. Pero sin esperanza, mi mirada regresó al océano monótono, ya que nuestro viaje iba a continuar hacia el norte y de ahí hacia la costa de Asia oriental. Aún no sabía que mis deseos iban a realizarse y que me esperaban momentos de goce, pero también de tantos peligros y esfuerzos.

Pese a lo peligroso de los caminos, decidí irme a Lima. Era imposible encontrar caballos y carretas en el Callao, ya que o eran confiscados para fines militares o escondidos. Por ello, no me quedó otra solución que hacer este camino a pie. El comandante de la fortaleza, don Manuel de la Guarda, me dio un salvoconducto con la advertencia de que me apresurara para salir del alcance de sus balas, ya que iba a continuar con el bombardeo inmediatamente. No dudé en seguir su consejo. Después de apenas unos cien pasos, la artillería inició su fuego y desde todos los lados las balas caían peligrosamente cerca de mí. Caminé más rápido, pero apenas había alcanzado alejarme de los cañones de la fortaleza, me introduje en el fuego reforzado de los francotiradores. Pronto fui capturado por unos coraceros chilenos, quienes me arrastraron de puesto en puesto, hasta que encontré por fin a un oficial que había conocido en Chile. Durante un almuerzo a bordo de la corbeta «Confederación», este mismo hombre, sentado a mi lado, me pidió analizar su cráneo para hacerle un diagnóstico frenológico. Pese a mis esfuerzos de hacerle entender las deficiencias de esta ciencia, insistió. Le toqué la cabeza en diferentes partes y luego le comuniqué con gran seriedad que había desarrollado extraordinariamente el órgano de las matemáticas y que lograría mucho en este campo. Había notado por su uniforme que pertenecía a la artillería y pensé que le encantaría escuchar algo agradable relacionado con su arma. Apenas me vio don Antonio en su puesto cuando se

acercó alegremente para contarme que había juzgado muy bien sus dotes, ya que el arma que comandaba causaba el mayor daño de toda la artillería en la fortaleza, ya que él podía calcular los disparos mejor que sus camaradas gracias a su órgano matemático. Inmediatamente me hizo un salvoconducto, con el cual pude llegar a la ciudad sin problemas.

Lima dista del Callao unas dos leguas. El camino pasa por arena profunda, a ambos lados se extienden campos de cultivo abandonados y arbustos bajos. Después de haber abandonado el Callao se deja a la izquierda Bellavista, las ruinas de una aldea de indios y más tierra dentro, algunas plantaciones. A la mitad de la distancia entre el Callao y Lima se llega a una capilla y al monasterio de la Virgen del Carmen. Este último se encuentra abandonado, pero siempre está parado un monje delante de la capilla pidiendo limosnas. Cerca del monasterio se halla un tambo, donde se vende cañazo, limonada y plátanos malogrados. Este lugar se llama La Legua, ya que dista una legua desde ambas ciudades. Los caballos alquilados están tan acostumbrados a este lugar como sitio de descanso, que cuesta mucho hacerles pasar por ahí.

En vano busqué un refresco en mi desagradable caminata, ya que hasta el tambero, un zambo normalmente en buenos tratos con su gentuza negra, había huido, ya que le habían saqueado su tienda repetidamente.

Caminé bajo el calor sofocante en la planicie sin sombra alguna y por fin llegué a la hermosa alameda del Callao, que se extiende desde la puerta del Callao de la capital por media legua a lo largo de la calle principal. Don Ambrosio O'Higgins, irlandés de nacimiento, se inició como negociante pequeño en Lima para convertirse en militar en Chile y finalmente en virrey del Perú, bajo el título de Marqués de Osorno, hizo construir esta calle, la hermosa puerta del Callao y la alameda. El 6 de enero de 1800 fue inaugurada solemnemente. Toda esta empresa costó 340 964 piastras. Se han instalado lugares de descanso en distancias regulares y jardines atractivos con árboles frutales exuberantes a ambos lados de la alameda.

Contento de haber terminado la caminata desagradable y fatigosa, pasé rápido y alegremente por la alameda y por la puerta, donde fui controlado una última vez. Había entrado en la Ciudad de los Reyes.

Cuarto capítulo

Fragmento de la historia más reciente del Perú. — La confederación. — Santa Cruz. — Orbegoso. — Revolución del 29 de julio. — El desembarque de los chilenos. — Nieto. — La batalla del Rímac. — La toma de Lima. — Gamarra. — Decretos. — Don Manuel de la Guarda. — Misa fúnebre. — Terremoto. — Los presidentes. — Xenofobia. — El camino a Chorrillos. — La entrada de Santa Cruz a Lima. — La batalla de Yungay. — Huida. — Revoluciones en el sur. — El embarque de Santa Cruz. — El general Braun. — La entrada de Gamarra. — La causa de las revoluciones. — Los oficiales. — Los soldados. — La infantería. — La caballería. — Las rabonas. — Maltratos.

En este capítulo me dedicaré a describir un corto episodio de la historia reciente del Perú, que está tan poco conocida en Europa. Es un fragmento de la guerra civil que está descuartizando este hermoso país desde hace cerca de veinte años, como un eslabón en la larga cadena de revoluciones que inevitablemente llevarán al ocaso moral de la nación. El cuadro que esbozaré abarca unos pocos meses y no es uno de los más estridentes. La primera época de la República y los últimos años ofrecen otros con colores más vivos. Pero enfocará el estado político del Perú que ha empeorado en vez de mejorado. Los mismos caracteres, las mismas acciones se repiten en una serie que no se acaba. La traición es el lema, que rompe las barreras del orden legal. Tiranía, avidez y ausencia total de moral son las características fundamentales de los hombres que se apoderaron ilegítimamente del mando del estado por medio de la fuerza. Son los tiranos de una república que pisan ley y derecho para dar rienda suelta a sus bajos vicios. De esta manera se burlan de una destrozada y enervada nación, impotente para enfrentarse a un montón de mercenarios corruptos y sus viles comandantes.

No quiero retroceder más allá de julio de 1838 en la historia del Perú y limitarme a pocas palabras en cuanto al gobierno de este tiempo. Don Andrés Santa Cruz, un boliviano de nacimiento y presidente de la República de Bolivia, se había declarado protector de una confederación conformada por Bolivia y el Perú. Dividió este último país en Nor-Perú y Sur-Perú, el primero comandado por el mariscal Riva-Agüero y el último por el mariscal Orbegoso, ambos como presidentes. Gracias a la conducción prudente de estos estados

federales, Santa Cruz se había ganado el amor de los indígenas y el respeto de los extranjeros, lo cual provocó celos de los chilenos, intensificados aún por el ex presidente don Agustín Gamarra, expulsado del Perú en 1834, quien insistió en la declaración de guerra al Perú. Ya se describió el resultado de la primera expedición en un capítulo anterior. Las preparaciones para la segunda fueron más cuidadosas. Gamarra hizo creer a los chilenos que Santa Cruz tenía muchos enemigos y él mismo tantos amigos poderosos que se podía conquistar el país sin un solo golpe de espada y se embarcó con la expedición.

El protector había confiado la fortaleza del Callao con unos 1500 soldados bolivianos al general Moran. El valiente general Necochea obtuvo el mando sobre la caballería. Mientras se esperaba diariamente la llegada del ejército chileno, cuyo desembarque hubiera podido evitarse simplemente por una fuerte cohesión de las tropas peruano- bolivianas y sus comandantes o se hubiera podido eliminar completamente las columnas ya desembarcadas, el débil mariscal Orbegoso tuvo la idea infeliz de independizarse de Santa Cruz y de declararse presidente de todo el Perú. Esta traición tendría consecuencias fatales para el futuro del Perú y si a alguien hay que echarle la grave culpa de ello, tiene que ser a Orbegoso.

Orbegoso era un hombre bien parecido y fuerte, de aspecto afable y de trato muy agradable, gozaba de la alta simpatía del pueblo, particularmente de las mujeres. Su declaración de independencia del 29 de julio en Lima fue recibida con gran júbilo por las masas, pero hombres más cautos estaban justamente irritados ante esta actitud irresponsable e impensada. Tres mil soldados bajo el mando del general Nieto estaban en la Plaza Mayor para apoyar la empresa de Orbegoso. El general Morán estuvo disfrazado en Lima en este mismo día para enterarse del resultado de la revolución. Al ver el entusiasmo generalizado a favor de ellos volvió a la fortaleza y al día siguiente declaró al nuevo presidente que no iba unirse a la revolución como comandante general de las tropas bolivianas. Tampoco iba a oponerse a la voluntad declarada del pueblo. En consecuencia iba a poner la fortaleza a disposición y retirarse con sus tropas a las montañas. Hubo algunas escaramuzas insignificantes entre los bolivianos y las tropas de Nieto. Nieto, cuya carrera militar era una cadena ininterrumpida de traiciones, tuvo el plan de abandonar a Orbegoso en la primera ocasión que se le presentase para unirse a Gamarra. El 7 de agosto finalmente llegó la expedición chilena a Ancón, un pequeño puerto a seis leguas al norte de Lima. En ese momento, el valiente Necochea quería aprovechar la ocasión para atacar a los chilenos y eliminarlos, ya que observó correctamente como buen soldado que los caballos se portan como borrachos y no sirven para el servicio cuando salen del barco. Además, la artillería y las tropas aún estaban a bordo. Pero la traición de Nieto ya había prosperado demasiado para autorizar tal

golpe. Necochea se indignó tanto que puso su cargo a disposición y se retiró al interior del país.

Las nuevas de la llegada de los chilenos causaban mucha preocupación en Lima. Orbegoso concentró sus tropas y envió pequeños comandos contra el enemigo. Los chilenos, en cambio, procuraban consolidar su posición. El 16 cruzaron el río Rímac y se dirigieron hacia Lima. El comandante chileno, el general Bulnes, dio órdenes de marchas y contramarchas para ganar tiempo y para iniciar negociaciones con Orbegoso sin develar su verdadera intención. Mientras tanto, el partido de Gamarra procuró informar al ex presidente acerca de los planes de Orbegoso. La primera en esta intriga, compuesta básicamente por mujeres, era una dama bien conocida de muchas revoluciones por su flexibilidad mental, su coraje y sus dotes para la intriga. El 21 de agosto los chilenos acamparon cerca de Lima. En el inicio, Orbegoso envió solo reducidos destacamentos contra ellos, en la tarde dio orden para el ataque general. En el cauce del río Rímac, los dos ejércitos chocaron. El fuego duró pocos minutos cuando la caballería bajo el mando de Nieto se retiró del campo de batalla, sin haber tocado sus pistolas o los sables. Su ejemplo fue seguido por la mayoría de los oficiales peruanos. Los soldados, en su mayoría indios serranos, se defendieron por un tiempo con coraje admirable, pero sin sus comandantes, que hubieran podido aprovechar bien esta situación. Fueron forzados a la retirada, se les mató con sablazos o se les capturó, solo una pequeña parte de ellos pudo escapar. Atravesando Malambo y el Tajamar, los vencedores corrieron al asalto de Lima. Sobre el puente que une la ciudad con el suburbio de San Lázaro, los peruanos tenían instalados tres cañones. Con un servicio adecuado hubieran podido rechazar a los chilenos, pero todas las balas volaron muy alto hacia la punta de la iglesia de San Lázaro. Los enemigos pudieron tomar posesión de la artillería activa sin perder un solo hombre. Abandonado por la huida traicionera de Nieto, Orbegoso se quedó sin apoyo y tuvo que huir también. Antes de llegar a Lima cayó de su caballo y encontró asilo en un rancho de negros. Pocos días después, logró escabullirse por los puestos enemigos y alcanzar la fortaleza. El cálculo de las pérdidas oscila entre 80 y 3000 hombres. Ambas cifras son extremas, pero se supone generalmente que quedaron unos 1100 muertos y heridos en el campo de batalla.

Gamarra se declaró inmediatamente protector provisional del Perú, apoyado por 5000 soldados chilenos. Sus agentes trataron de todas formas de amotinar al pueblo contra Santa Cruz. Ampulosas proclamaciones y artículos de prensa estaban a la orden del día. A modo de ejemplo se pudo leer en el n°. 4 de «El Peruano», un periódico que aparece dos veces por semana, acerca del número de los muertos: «Los amigos del general Santa Cruz y verdaderos enemigos del Perú se han esforzado por conmover a los ha-

bitantes al decir que las calles de Lima se tiñeron de sangre y los chilenos ocuparon Lima caminando sobre cadáveres. ¿Y por qué motivo? Solo para provocar el odio contra un ejército disciplinado que ahora es nuestra ancla de salvación para protegernos de Santa Cruz. También nos protegerá del intento de proclamarse él dueño nuestro, de matar o exiliar a todos los excelentes peruanos que se opusieron contra su dominio el 29 de julio, y, finalmente, de que Santa Cruz nuevamente se apodere de nosotros para construir un nuevo trono de tiranía con nuestra sangre y nuestra osamenta. Los malos agentes del tirano lamentan bulliciosamente la sangre de 80 soldados caídos por la imprudencia e inexperiencia de sus comandantes, pero se olvidan la cara sangre de los valiosos generales y oficiales, en su mayoría limeños, derramada por culpa de Santa Cruz en el Cuzco, Arequipa, Yanacocha y Socabaya. Se olvidan también que corría con pasos gigantes sobre los cadáveres insultados por los soldados bolivianos para arrebatarnos nuestros derechos, oficios, libertades y riquezas y convertirnos en un montón de siervos míseros, como lo fuimos hasta el 29 de julio, nosotros lo fuimos y siempre lo seremos si nos dejamos guiar por la voz de la anarquía, si desconocemos nuestros intereses verdaderos y si no seguimos a tiempo la llamada de la libertad y de la unión».

Inmediatamente, el presidente provisorio dio orden de expulsar a los hombres más valiosos. Muchos de ellos se retiraron voluntariamente por su desdén del nuevo gobierno y se fueron a las montañas para esperar las órdenes de Santa Cruz. Orbegoso no se sintió muy seguro en la fortaleza, por lo que hizo pedir al capitán de la fragata «Andromède» si le pudiera dar asilo en su barco. El comandante Villenueve le rechazó esta solicitud en el inicio por considerarlo traidor, pero lo recogió unas semanas más tarde cuando el presidente fugitivo se encontró en grandes apuros y lo trató conforme a su rango.

Nieto, con algunos de sus oficiales, se dirigió al Callao, alquiló una pequeña goleta que le dejó en la costa norte del Perú, donde encontró a algunos partidarios y se hizo proclamar Presidente del norte del Perú. ¡El tercer acto de traición en menos de tres semanas!

Mientras tanto, Gamarra actuó por su parte. Hizo levantar una contribución de cuatro millones de pesos duros y publicó un gran número de decretos encabezados por la fórmula: «El ciudadano Agustín Gamarra, Gran Mariscal y Presidente Provisional, etc.». Los más curiosos son aquellos que declaran Chorrillos como puerto principal de Lima, una ensenada pequeña e insegura a tres leguas de Lima, en la que bultos y cajones de mayor tamaño solo se desembarcan bajo gran peligro. Además, ordenó el traslado de la mercancía de la aduana del Callao por los mismos negociantes, lo cual el comandante de la fortaleza no permitió con justa razón. Había depósitos de mercancía en la fortaleza por un valor de más de cinco millones de pesos duros, pertenecientes a casas comerciales extranjeras. Además de ello, los

comerciantes con depósitos en Lima deberían cerrarlos en un lapso de ocho días. Evidentemente, los gerentes y cónsules extranjeros protestaron contra este decreto. El comandante de los buques de guerra ingleses bloqueó a la escuadra chilena inmediatamente y amenazó con hundirla si no se retiraba esta orden. Como la mayoría de los marineros en los barcos chilenos eran ingleses y declararon que nunca iban a servir a su bandera, el nuevo gobierno se vio obligado a ceder de inmediato. Entre Bulnes y Gamarra estallaron fuertes y frecuentes discusiones, ya que el primero tuvo la impresión de que el ex presidente le habría informado intencionalmente mal acerca de la expedición y de las condiciones políticas en el Perú estando en Chile.

Se ofreció a la fortaleza su rendición en reiteradas ocasiones. Para enfatizar esta solicitud se envió una delegación compuesta por tres miembros de la Corte Suprema, dos de los sacerdotes principales de la iglesia metropolitana y tres miembros de la Municipalidad, así como el padre del comandante de la fortaleza, quien iba a persuadir a su hijo para hacer caso omiso de su deber y para traicionar a su patria. Don Manuel de la Guarda, en cambio, declaró que no reconocía al gobierno actual del Perú y que no iba a recibir más delegados de ahora en adelante.

En la mañana del día siguiente se proclamó un decreto para someter a la fortaleza al sitio más severo, el comandante recibió el epíteto de «traidor a la patria» y la guarnición fue denominada «hijos seducidos y obcecados de la patria».

Los comerciantes extranjeros habían abierto una suscripción para una solemne misa fúnebre por realizarse el 21 de agosto. Con el fin de adelantarse, el gobierno declaró una misa fúnebre general con honores militares. Pese a ello, la misa para los peruanos fue celebrada en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced unos pocos días después.

El templo estuvo magníficamente decorado, la iluminación era hermosa. A las diez comenzó el acto solemne. Después de media hora, sin embargo, las colgaduras del altar principal se incendiaron por una vela que se cayó. En un instante, todo el altar estuvo iluminado mágicamente por la voraz llama de las cortinas livianas y un brillo de color rojo sangre cayó sobre la audiencia, lo que dio una atracción maravillosa a toda la escena. Cuando se aprestaron a dispersar el tumulto, el fuego ya pudo apagarse. Apenas se habían tranquilizado los ánimos y se pudo continuar con la ceremonia, cuando la asamblea se asustó de otro acontecimiento. El piso comenzó a moverse, las paredes de la iglesia se tambalearon, pedazos del techo cayeron sobre los feligreses y un zumbido profundo llenó el aire. Gritos como «¡Misericordia, misericordia! ¡Un temblor!» se repitieron por miles y toda la masa humana se abalanzó a la puerta. Estuve parado al lado del altar y la corriente humana me arrastró hacia la entrada de la iglesia, donde me paré debajo del arco sólidamente construido. Después de unos diez minutos reinó la calma nue-

vamente, la iglesia se llenó y la misa continuó, solo interrumpida por las plegarias y campanadas lúgubres, que se tocan en todos los campanarios de Lima después de un temblor.

El 3 de setiembre, Gamarra envió un diputado al Callao para ofrecer a Orbegoso venir a Lima con el fin de tomar el cargo de presidente y colaborar con los chilenos. Gamarra iba a dejar este cargo con la intención de servir como soldado («el último de los soldados» en sus palabras) en el ejército. Pero Orbegoso sabía muy bien lo que valían estas frases vacías, salidas de la boca de Gamarra. En consecuencia, su respuesta fue la siguiente: él mismo estaba dispuesto a dejar su cargo de presidente con la condición de que los chilenos abandonaran el país inmediatamente, que Santa Cruz dejara su protectorado y que se estableciera un congreso, para elaborar una nueva constitución y elegir un presidente. En caso contrario iba a continuar con su guerra de vida o muerte contra todos los enemigos, chilenos o bolivianos. Pocos días después, el héroe Orbegoso abandonó la fortaleza. Entretanto, se escuchó también noticias de otras partes del Perú acerca de revoluciones siempre ligadas a la proclamación de un nuevo presidente.

«El Peruano» del 7 de setiembre publica una lista de los presidentes del Perú de ese entonces y llega a la suma de seis. Dice lo siguiente: «1) Tenemos al general Santa Cruz quien envía decretos contra la esclavitud, los exilios y la muerte contra todos los peruanos desde las cumbres eternamente heladas de los Andes; 2) al extranjero, el general Herrera, presidente de las provincias del sur; 3) al general Riva-Agüero, presidente de los peruanos del norte; 4) al general Orbegoso, enclaustrado en la Fortaleza de la Independencia; 5) al general Nieto en la costa norte; y 6) al general Agustín Gamarra, desde el 21 de agosto». Si se considera que cada uno de estos presidentes tenía unos 1000 a 5000 soldados a su disposición, reclutaba lo que podía en las zonas donde se encontraba, confiscaba bienes, perseguía a partidarios de la oposición, exiliaba y condenaba a muerte a otros, anulaba leyes y decretaba nuevas, se puede dar una idea del terrorismo que reinaba en todo el Perú.

Como la mayoría de los extranjeros, en particular los europeos, simpatizaban con el general Santa Cruz, ya que habían gozado de la mayor seguridad durante su gobierno y por haber merecido su respeto gracias a su administración estatal perspicaz y funcional, los partidarios de Gamarra creyeron haber encontrado suficiente razón para hostigarlos. Buscaron, por tanto, la levadura del pueblo, sobre todo los negros y los zambos, para exaltarlos y agitarlos contra los extranjeros, con preferencia contra los ingleses y franceses. Costaba poco incitar a semejante horda deshumanizada, que esperaba con ansias la señal para la masacre general.

En los periódicos, en hojas impresas o escritas a mano, pegadas a las paredes de las casas o echadas a las calles, apareció la llamada contra los

extranjeros. En estas hojas se podía leer lo siguiente: «Los extranjeros les quitan sus puestos, su negocio, sus riquezas y sus mujeres. Son los enemigos de la libertad de Uds. y quieren llamar a Santa Cruz. Liberen a su país de estos indignos y repitan la Noche de San Bartolomé o la Víspera Siciliana». A una señal especial de las campanas iba a iniciarse el motín contra los no peruanos. Los extranjeros, en consecuencia, se habían armado y estaban dispuestos a defender su vida hasta el extremo.

Solo el temor de los cañones de los buques de guerra en el puerto del Callao, podía impedir al gobierno dar la señal para la masacre. El odio contra los europeos era muy grande. A modo de ejemplo: un miembro del congreso de Huancayo (1839) solía llevar consigo una daga, que puso en la mesa de la Asamblea Nacional, sobre cuya hoja se podía leer el lema «Muerte a los extranjeros».

Debido a esta situación incómoda no pude emprender excursiones fuera de la ciudad sin someterme a peligro. Una tarde fui capturado por una patrulla y llevado a la caserna para enrolarme en un regimiento. Por estas experiencias decidí regresar a bordo del «Edmond» y esperar nuestra salida. La comunicación directa con el puerto se había interrumpido y tuve que caminar pasando por Chorrillos hasta el Callao. En estos días varias casas comerciales enviaron sumas considerables a Chorrillos para enviar el dinero por barco. Como estos transportes estaban protegidos por un contingente grande, les acompañé. La capital dista unas tres leguas de Chorrillos, con el cual está conectado por un ancho camino que pasa por arena profunda, en su mayor parte colindado por muros laterales que delimitan las haciendas medio abandonadas. A la derecha de este camino se observan muchas ruinas, algunas del tiempo de los incas. En su mayoría son viviendas destruidas de épocas recientes, en las que ahora viven pequeñas lechuzas (*Noctua urucurea* Less.[1]). Estos destrozos son testimonio claro de la gloria desvanecida y de la actual condición miserable del país.

Fue interesante observar cómo se movía la caravana sobre esta planicie seca. La delantera la hizo un pequeño destacamento de caballería, en su mayoría negros con ponchos y carabinas cortas; luego entre unas 80 y 100 mulas cargadas con pequeñas cajas pesadas de dinero. A los lados del camino o de las murallas corrieron los serenos descalzos, todos indios vestidos de trapos con rifles malos, que formaban la infantería. A diestra y siniestra galopeaban los arrieros para mantener sus animales en orden y para vigilar la carga. La retaguardia consistía de un segundo destacamento de caballería y de los comisionados de las casas comerciales involucradas, cuya responsabilidad era controlar el embarque del dinero. Esta caravana se movía solo

1 Hoy *Strix cunicularia* (Molina). [B/B]

lentamente sobre la planicie, continuamente cubierta de una nube de polvo y llegó a Chorrillos después de una marcha de tres horas bajo el más sofocante calor del sol. En la tarde me embarqué en una goleta pequeña con rumbo al Callao. Llevaba carne, tortugas y verduras como contrabando para la fortaleza. Fuimos ocho personas a bordo que provenían de igual número de naciones. El capitán era un viejo sueco; uno de sus marineros, irlandés; el otro, italiano. Los pasajeros se conformaban por un criollo, un francés, un mejicano, un colombiano y yo como suizo. A las dos de la madrugada anclamos en el Callao y conversamos el resto de la noche, ya que no encontramos espacio para dormir en la pequeña embarcación totalmente cargada.

Paulatinamente, los acontecimientos políticos comenzaron a presentar cambios. Santa Cruz concentró sus tropas cerca de Ayacucho y el Cuzco para marchar a Lima. Un asalto exitoso de los chilenos, comandados por el general Otero, en Matucana, alentó por breve tiempo a Gamarra y sus partidarios, pero su preocupación iba en aumento por más que se acercaba el ejército fuerte y bien disciplinado de las tropas bolivianas. Con pasos gigantescos, Santa Cruz se dirigió hacia la capital. Al recibir noticias de su llegada, los chilenos abandonaron Lima el 8 de noviembre y se fueron al norte, para embarcarse en Ancón. Dos días más tarde, el Protector hizo su entrada triunfal en la capital.

Me es imposible describir el júbilo y la alegría con los que fueron recibidos los bolivianos. Se notó un entusiasmo como lo puede expresar solo un pueblo del sur caliente, que se caracteriza por convertir cada pensamiento en palabra y gesto. El apasionamiento estalla fácilmente. Este tipo de entusiasmo asombra al tranquilo habitante norteño, quien lo observa sin poder comprenderlo. En ello destacaban los negros con su alegría insensata. Abrazaron el caballo de Santa Cruz y lo besaron desde los cascos hasta las orejas, levantaron a los generales de sus sillas y casi los ahorcaron por tanta ternura. ¡Y era la misma gente que, hacía pocas semanas, celebró con el mismo entusiasmo a Orbegoso, que se había levantado contra Santa Cruz, así como construyeron arcos de triunfo cuando Gamarra entró a Lima encabezando un ejército del enemigo!

Inmediatamente, Santa Cruz envió al general Herrera con 1500 soldados para perseguir a los chilenos, él mismo permaneció por unos días en Lima con la mayor parte de sus tropas. Con justa razón, se atribuye el fracaso de esta campaña en gran parte a este titubeo incomprensible. La retirada desordenada del ejército chileno hubiera facilitado enormemente su eliminación antes de embarcarse, sobre todo, si Santa Cruz les hubiera perseguido directamente por el camino hacia el este de la capital en vez de entrar a Lima.

Bulnes y Gamarra desembarcaron sus tropas en el norte del Perú y se retiraron al interior del país. El Protector avanzó con su ejército por tierra. En el valle de Yungay los chilenos acamparon, Santa Cruz les alcanzó y

acampó a unas dos leguas de distancia de ellos. Por unos trece días ambos ejércitos se mantuvieron a esta breve distancia, cada uno esperando el ataque del otro. Mientras tanto, el Protector había recibido la mala noticia de una revolución en Bolivia, así como de disturbios en el sur. A ello se sumaron querellas inquietantes entre sus generales, mientras que se extendieron descontento y desgano entre los soldados hacia su comandante debido al imprudente anuncio de la noticia de los problemas políticos en Bolivia.

La falta de víveres y de forraje obligó a los chilenos a dar el primer paso. El domingo 20 de enero, cuando los peruanos se aprestaron a escuchar la misa, se le comunicó al protector que el enemigo estaba avanzando. Ambas partes lucharon con coraje y denuedo. Después de un combate intenso de unas seis horas, el ejército vistoso de Santa Cruz se había disuelto en desbandada. El número de los caídos alcanzó más de 3000 hombres, una cifra descomunal al considerar que ambos ejércitos no contaban con más de 12 000 ó 13 000 soldados. Siete días más tarde, Santa Cruz arribó a Lima en compañía de pocos oficiales, dictó las órdenes necesarias y se dirigió a Arequipa donde fue recibido con júbilo, solo para que esta misma gente lo traicionara pocos días después. El 19 de febrero el Cuzco y Puno se levantaron contra el protector, Arequipa se les unió el 23 del mismo mes. Santa Cruz huyó a Islay, el puerto más cercano y pidió asilo al cónsul inglés. Doce ulanos lo persiguieron hasta la casa del cónsul para evitar que recibiera asilo. Pero el cónsul izó su bandera y el comandante de la corbeta inglesa «Samarang» envió de inmediato a 62 soldados, quienes protegieron a Santa Cruz y lo llevaron a bordo[2].

La revolución en Bolivia, encabezada por un inescrupuloso traidor chileno cuyo nombre no merece su mención, contribuyó decididamente al ocaso de Santa Cruz. En vano el gobernador militar de este país, el valiente general Braun, trató de mantener calma y orden, pero tenía que fracasar. Braun es un alemán, nacido en Kassel. Durante toda su honrosa carrera militar en Sudamérica, se destacó decorosamente por su justicia severa y su valentía personal. Cuando Canterac había lanzado su caballería contra los patriotas, bajo los generales Miller y Necochea en la batalla de Junín, Braun, en ese entonces mayor, fue el único oficial, acompañado por sus granaderos colombianos a caballo, que no solamente resistió el ataque sino aun rompió las líneas del enemigo. A él y al teniente coronel Suárez se les debe el mayor honor de este día tan importante para la independencia del Perú. Braun ha adquirido la amistad sin reservas del Protector a la que tuvo que sacrifi-

2 Santa Cruz se fue a Guayaquil, donde tramó planes para recuperar su poder perdido. Varios intentos de incitar revoluciones a su favor en el Perú fracasaron. En 1844 se atrevió a cruzar el Perú para llegar a Bolivia con el fin de formar un movimiento a su favor, pero fue capturado por los chilenos, quienes lo tienen bajo su custodia en la actualidad. [T]

car mucho. Evidentemente, la caída de Santa Cruz llevó a la suya. Por traición infame este general fue asaltado de noche en La Paz, sacado de su cama, maltratado brutalmente y encarcelado. Meses después logró conseguir un salvoconducto para embarcarse para Europa.

Estos acontecimientos permitieron a Gamarra entrar a Lima como vencedor por segunda vez, pero su recibimiento fue silencioso y sombrío. Los arcos de triunfo levantados para esta ocasión requerían vigilancia permanente. Se levantó un andamio cerca de la iglesia San Lázaro, para los músicos que iban a saludar al presidente. Esta construcción, sin embargo, colapsó y sepultó a los músicos debajo de sus escombros justo cuando él pasó a caballo, bajo los primeros sonidos de las trompetas. Así, Gamarra tuvo que marchar sin canto ni música por la larga alameda que lleva al Palacio de Gobierno.

Con ello quiero terminar este esbozo histórico. Es un cuadro triste de la situación política en el Perú, que ya dura por más de dos décadas sin mayores cambios y sin la esperanza de la formación de un gobierno fuerte y razonable por sus propios medios, un gobierno capaz de frenar la tragedia indecible del país.

Si nos preguntamos cuál es la causa de estas continuas rebeliones, pienso que la respuesta tiene que buscarse en la falta de honor de la mayor parte de los oficiales peruanos. Todas las revoluciones se deben a oficiales. Apenas se les otorga el rango de coronel, asumen el derecho de derrocar al presidente y tomar su cargo, siempre y cuando dispongan de unos 1500 a 2000 soldados. La motivación que les conduce a esta medida ilegal no se debe a su afán de adquirir poder político, sino por razones estrictamente económicas. De las contribuciones forzadas, las que cobran estos cabecillas, reservan la mayor parte para ellos mismos y privan a los soldados de sus alimentos. En el tiempo más o menos corto en que mantienen su cargo, acumulan riquezas considerables y abandonan la escena política voluntariamente o a la fuerza.

¿Es de sorprenderse que insubordinación desenfrenada y motines estén a la orden del día, cuando los caudillos les dan el ejemplo miserable a sus súbditos? Es preciso, sin embargo, mencionar en salvaguarda de los soldados, que estos actos nunca o muy raras veces se originan en éstos. La manera infame con la que se recluta a los soldados y en la que se les trata con brutalidades inauditas, explica con creces la razón por la cual quieren abandonar el servicio, que les causa penurias indecibles y torturas sin ofrecerles la menor ventaja.

La infantería peruana consiste mayormente de indios serranos y es de buena calidad. Los soldados obedecen, son voluntariosos, de sangre fría y valientes. Aguantan hambre y fatigas, probablemente no existen otros soldados en el mundo capaces de resistir marchas prolongadas como ellos. Tanto en la guerra de la independencia como en posteriores expediciones militares, sus batallones podían marchar entre unas 14 y 16 leguas por día durante varios días seguidos, para luego atacar al enemigo y vencerlo en batalla.

Pero estos soldados valientes necesitan comandantes valientes. Mientras que estos últimos resisten, ellos les siguen con la mayor sangre fría a los peligros más grandes. Si los oficiales se mantienen con sus tropas ellos se dejan matar a sablazos, a disparos, se lanzan contra la artillería hasta perecer el último hombre. Pero, al momento en el cual sus comandantes los abandonan, botan sus armas y huyen hacia su lugar de origen. Sería imposible tratar de concentrarlos nuevamente. Durante la batalla no aceptan maniobras de retirada ya que para los indios siempre significa señal para la huida.

Su lema es «adelante». Un caudillo valiente que puede confiar en oficiales denodados y fieles, puede estar seguro acerca de un fin victorioso en un combate, aun bajo circunstancias desfavorables.

La caballería, en cambio, es en sumo grado deficiente, pese a poseer caballos buenos. En ninguna batalla de tiempos recientes ha dado servicios buenos. En ella sucede precisamente lo contrario comparada con la infantería. Los oficiales frecuentemente se mantienen en sus puestos, pero los soldados tienen la tendencia de escaparse. Pero esto no es de sorprenderse ya que la caballería consiste mayormente de negros, los que se caracterizan, fuera de otros atributos malos, por una significativa dosis de cobardía. Resultan muy peligrosos para los vencidos ya que torturan al enemigo indefenso con saña diabólica. Crueldad y cobardía son casi siempre acompañantes. Existen algunos negros valientes, pero, por lo general, son aquellos amenazados con un cuchillo en la garganta o los que luchan con desesperación por su libertad y su vida para escapar a la justicia.

En los ejércitos hay casi siempre tantas mujeres como hombres. Cuando Santa Cruz entró a Lima, su ejército consistió de 7000 hombres seguidos por 6000 mujeres. A primera vista, esta costumbre parece extraña y llamativa, pero convence después de una evaluación más precisa de las circunstancias. Se cuenta que un famoso general dijo que «no quería emprender ninguna expedición militar con tropas que no cuenten con tantas mujeres como hombres». Las indias son tan serenas y constantes como los hombres y se adelantan al ejército en campaña. Por regla parten una o dos horas antes que los soldados y llegan mucho antes también al previsto lugar de descanso. Al llegar buscan leña para combustible, cocinan la merienda que llevan consigo y esperan a sus esposos, hermanos o hijos con la comida preparada. En las inhóspitas y solitarias regiones montañosas, esta precaución tiene un valor incalculable ya que sin ellas las tropas morirían de hambre. Estas mujeres no causan molestia alguna al avance rápido de las columnas, al contrario, lo facilitan al aliviar a los soldados de parte de sus trabajos y les proveen descanso y alimentación adecuada. También se proveen de sus propias necesidades y ni el estado ni los comandantes de las tropas se preocupan de ellas. Los últimos están contentos si las indias les ofrecen cocinar para ellos tam-

bién. A estas mujeres se les llama rabonas. Durante las batallas se mantienen cerca de las tropas sin estorbarlas, después del combate buscan a los heridos y les curan. Su destino no es de envidiar, ya que tienen que sufrir, fuera de las variadas penurias y privaciones, maltratos de sus esposos, los que aguantan con increíble paciencia. El siguiente caso sirva de ejemplo característico de su subordinación incondicional. Un soldado boliviano le pegó a su mujer sin piedad en la Plazuela de la Inquisición de Lima. Un mulato que presenció la escena se acercó para asistir a la víctima. Ella, sin embargo, saltó contra su liberador y le arañó la cara con las palabras: «Tú no tienes por qué entrometerte en mis asuntos, pertenezco a mi marido y él puede hacer conmigo lo que quiera». Semejante sumisión supera aun la de un perro que lame la mano del que le pega.

La forma en la que los oficiales tratan a sus soldados es inhumana. El delito menor se castiga con los azotes más brutales. Cada oficial tiene el derecho, al menos en tiempos de guerra, de ordenar los castigos que le parezcan. Algunos de estos caudillos son famosos por sus crueldades refinadas. Durante la campaña de Gamarra contra los bolivianos en 1842, más de veinte soldados saltaron del puente colgante de La Oroya al caudaloso río para suicidarse. Con el grito «¡Adiós capitán!» se dirigieron hacia el comandante y pocos instantes después cayeron destrozados sobre los rocas entre las que pasan las aguas a viva fuerza.

Soy testigo de que soldados cuya fatiga les prohibió avanzar en su marcha fueron fusilados en el lugar. En mi camino de Tarma a Jauja de unas nueve leguas que pasé a caballo vi siete indios muertos por esta misma causa. Es verdad que el comandante de este batallón cuya espada aún no estaba teñida de la sangre del enemigo sino de la de sus propios soldados, se carcterizaba por su sed de sangre. Al ver a un soldado colapsado por las penurias de una marcha, cabalgó hacia él y gritó a uno de los presentes: «¡Pégale un tiro!», una orden que fue acatada inmediatamente.

Cuando las tropas descansan en la noche y algunas de las rabonas reciben noticias del destino fatal de sus esposos o hijos regresan con lamentos, buscan a sus muertos y les preparan su última posada bajo fuertes gritos de dolor.

Con casi el mismo desdén se trata a los enfermos. Aun padeciendo de las enfermedades más graves, se les obliga a seguir en la marcha. Si ya no pueden caminar, se les coloca sobre mulas siguiendo a las tropas en el frío más intenso o el calor más ardiente. La mayoría de ellos no sobreviven este trato. Sus cadáveres se atan en grupos de cuatro y se les coloca transversalmente sobre animales de carga. En la siguiente aldea se les echa delante de la casa del alcalde, quien tiene que enterrarlos.

Durante mi estadía en Tarma, en el tiempo de la expedición militar de 1842, el mayor de un escuadrón de ulanos me pidió encargarme del trata-

miento de sus enfermos por unos días. Su destacamento de caballería contaba con 120 hombres. 68 de ellos yacían en un hueco lúgubre y húmedo, infectados por la fiebre de escarlata, otros 14 eran los castigados. ¡Qué aspecto ofrecían estos últimos! Sus espaldas estaban en carne viva y cubiertas con las heridas más horribles. Después de un motín el mayor hizo fusilar a seis de los soldados, 18 de los responsables principales recibieron 100 a 300 azotes con una correa ancha del cuero de un tapir. Como consecuencia del castigo, varios de ellos murieron en el acto. A los demás se los obligaba a montar a caballo inmediatamente y seguir al escuadrón. Nueve días habían cabalgado, pasando las cordilleras y sufriendo los dolores más terribles. Algunos de ellos se rehusaron cuando se les iba a poner vendajes y se tenía que aplicar la fuerza para lograrlo. Uno de ellos me pidió sollozando de abstenerme en aliviar sus dolores ya que anhelaba la muerte. Aún antes de entrar en el proceso de sanarse, el jefe ordenó la salida. El resultado de este acto inhumano era de preverse. Antes de un lapso de ocho días, el escuadrón solo contaba con 60 hombres.

Quiero abstenerme de contribuir con más escenas de éstas. Las que se presentaron, bastan para demostrar cuántas crueldades escandalosas tuvieron que sufrir los soldados y pueden servir como complemento a los fragmentos relatados de la historia peruana.

Quinto capítulo

Lima. — Ubicación. — Tamaño. — Calles. — Casas. — Iglesias. — Monasterios. — San Pedro. — Los jesuitas. — Monasterios de monjas. — Beaterios. Hospitales. — San Andrés. — Orfanato. — Panteón. — Plaza Mayor. — Palacio de gobierno. — Pizarro. — Cabildo. — Portales. — Pozos. — Plazuela de la Inquisición. — Universidad. — Biblioteca Nacional. — Museo de Historia Natural y de Antigüedades. — Academia de Bellas Artes. — Casa de la Moneda. — Teatro. — Coliseo de pelea de gallos. — Juego de pelota. — Puente. — Muralla de la ciudad. — Santa Catalina. — Casernas.

Si pudiera suponer que mis lectores conocen el relato bien logrado que Stevenson da de Lima en sus *Viajes por Sudamérica*[1], me abstendría en describir las casas, iglesias, plazas y calles de esta capital. Pero dado que la mayor parte de los relatos de viajeros, escritos sin el escrutinio científico estricto, pertenecen a las publicaciones efímeras que causan atención solo a la aparición de estas obras, mientras que el sustancioso libro citado ya cuenta con 20 años de existencia y ha caído en el olvido, puedo, sin temer de producir solo datos conocidos, presentar un esbozo de la ciudad de Lima. En esta descripción quiero destacar lo que le da la atracción de originalidad a la ciudad o lo que merece su mención dada la importancia estadística o histórica. Lima[2] se ubica en ambas riberas del río Rímac, que la divide en dos partes desiguales. La ciudad, propiamente dicha, que constituye la parte mucho más grande, se extiende sobre la ribera meridional; la menor parte, conformada por el suburbio San Lorenzo o de la quinta cuadra, se ubica en la ribera septentrional. La extensión mayor de la ciudad está en dirección este–oeste, de la Puerta de Maravillas hasta

---

1 *A historical and descriptive narrative of twenty year's residence in South America. Containing travels in Arauco, Chile, Peru and Columbia; with an account of the revolution, its rise, progress and results* por W. B. Stevenson. London, 1825. [T]

2 Lima fue fundada por don Francisco Pizarro el 6 de enero de 1534 [sic Tschudi. Lo correcto es el 18 enero de 1535 [O]]. Fue el día de los Reyes Magos, por lo que Lima recibió el nombre de «Ciudad de los Reyes». Hay divergencias en cuanto al día y al año de la fundación, pero estoy convencido de que la fecha que indiqué es la correcta. [T]

Montserrate y mide 4471 varas[3], lo que corresponde a dos tercios de una legua. Alcanza su anchura mayor entre el puente, sin el suburbio San Lorenzo, y la Puerta de Guadalupe, con 2515 varas o dos quintos de una legua. Su contorno mide 10 millas inglesas. La planicie sobre la cual se levanta la ciudad, tiene una inclinación bastante marcada de este a oeste.

Casi todas las calles se cruzan en ángulo recto, lo que forma grupos rectangulares de casas llamadas «manzanas». Cada lado de una manzana mide por regla 140 a 145 varas, su área tiene un promedio de 148 000 a 160 000 pulgadas cuadradas. Existe un total de 211 manzanas, las de la periferia son más reducidas y más irregulares. Lima está subdivida en cinco cuarteles, a su vez conformados por 10 distritos y 46 barrios. Tiene, aproximadamente, 3380 casas de las que hay 10 605 puertas que llevan a la calle, 56 iglesias y monasterios —estos últimos ubican un cuarto del área urbana— , 34 plazas públicas delante de las iglesias y 419 calles. Éstas suelen tener un ancho de 34 pies y 386 pies de largo con pavimento de mala calidad, pero con veredas. De acuerdo al plano original se trazaban en dirección sureste a noroeste[4] para que las paredes pudieran dar sombra en la mañana y en la tarde. De la Plaza Mayor a Santa Clara semejante disposición está cumplida, para el resto de la ciudad hay más variación. Es evidente que se descuenta la sombra de mediodía en casas construidas por debajo de 12° de latitud sur.

La primera impresión que la ciudad le ofrece al extranjero no es favorable, ya que los barrios de la periferia se caracterizan por casas pobres, descuidadas y sucias; las calles están cubiertas de inmundicias y basura[5]. Al acercarse a la Plaza Mayor, en cambio, el panorama se torna cada vez más hermoso y curioso de modo que resulta fácil olvidarse de la impresión desagradable de la entrada. Las casas tienen fuera del primer piso otro más, pero en muchas de ellas falta este último. Todos los edificios mayores concuerdan en el estilo de su construcción. En su fachada principal tienen dos puertas, una es la entrada principal o zaguán. A su costado se observa la puerta de la cochera donde se guarda la calesa. Encima de ésta o al lado de la entrada principal, hay una ventana cerrada por una reja de madera que pertenece a un pequeño cuarto, en donde están sentadas las bellas para observar a los transeúntes sin ser vistas. Les agrada cuando viene un hombre para «guardar la reja». El zaguán lleva a un patio espacioso a cuyos costados se ubican cuartos pequeños. Frente a la entrada principal está la vivienda misma, la que está rodeada por una pe-

3 Una vara castellana equivale a 33 pulgadas inglesas. [T]

4 *Vid.* Rodrigo de Valdés. *Poema histórico hispano-latino de la fundación de Lima*. Madrid: 1687, p.74. [T]

5 En Tschudi: vasuras. [K]

queña baranda. Se entra por una gran puerta doble, casi siempre abierta, a una gran sala cuyos muebles sencillos consisten en una hamaca, un sofá y una larga fila de sillas. Esteras de paja cubren el piso. Desde la sala se llega a otra habitación, algo más reducida, la cuadra, a través de una puerta de vidrio. Esta cuadra suele estar decorada con mucha elegancia y abundancia, cuyos pisos tienen alfombras de lana. En esta habitación se recibe a las visitas. Al costado de la cuadra se ubican los dormitorios, la sala de comedor, las habitaciones de los niños, etc. Una puerta comunica la cuadra con el traspatio, frecuentemente adornado con bonitas pinturas al fresco, al que se llega a través de una puerta. Ahí se encuentran la cocina, el corral y un pequeño jardín. El primer patio está comunicado con el segundo por un callejón que sirve para los caballos. En las casas sin este callejón, sobre todo en las más pobres, los caballos tienen que pasar por la sala y la cuadra. El piso superior difiere en su arreglo del primero. Sobre el zaguán se encuentra la cuadra conectada con el balcón que suele adornar casi todas las casas; delante de ella está la sala. Sobre las habitaciones del primer piso se ubican los demás cuartos. Sobre esta cuadra y la sala en el piso superior ya no hay otras instalaciones, salvo una plaza espaciosa cubierta por sillares llamada azotea, rodeada hacia el patio interior con una baranda. Esta azotea sirve para los juegos de los niños; está adornada con macetas de flores y protegida del sol por un toldo. El techo es plano y consiste de caña cubierta por esteras, a su vez cubiertas por barro o ladrillos livianos. Como ya lo describí refiriéndome a las casas del Callao, las casas de Lima también tienen parte de las ventanas en el techo. Las pocas ventanas que quedan están a los costados de las puertas cubiertas por rejas muy elaboradas y doradas.

Esta forma de construcción de las casas puede considerarse típica, pero existen muchas variantes. En los edificios mayores las paredes están construidas de adobes o ladrillos, mientras que los menores se erigen por medio de dobles paredes de caña cubiertas por barro con revoque blanco o amarillo. Por lo general las fachadas son sencillas y carecen de adorno, pero algunas casas destacan por decoraciones muy hermosas. La casa de Torre Tagle de San Pedro y algunas otras atraen la atención de cada extranjero por la calidad de sus adornos.

Las puertas y las ventanas casi siempre están abiertas debido al calor, lo que les resta a estas casas el ambiente casero y familiar de nuestras viviendas europeas.

Algunas de las numerosas iglesias y monasterios merecen una atención particular.

La catedral ocupa casi todo el costado oriental de la Plaza Mayor. El lunes 18 de enero de 1534[6], don Francisco Pizarro puso la primera piedra

6 (sic) La fecha correcta es 1535. [O]

y con sus propias manos la primera viga, llamando a esta iglesia Nuestra Señora de la Asunción. Su construcción duró unos noventa años, antes de que el arzobispo don Gonzalo de Ocampo la consagrara con tanta pompa que pudo levantar la hostia solo a las cinco de la tarde, en una misa que comenzó a las seis de la mañana, el 19 de octubre de 1625.

El interior de la iglesia es muy hermoso y ostenta unos altares de excelente acabado. El magnífico altar mayor está adornado con siete columnas jónicas de plata, cada una con 12 pies de alto y pie y medio de ancho. Está cubierto por una pesada corona de plata dorada. La custodia tiene una altura de siete pies y medio, está finamente trabajada de oro y adornada con innumerables diamantes y esmeraldas. A ambos lados del altar hay enormes candelabros de plata, cada uno de ellos con un peso de cuatro y media arrobas (112,5 libras). En las grandes fiestas eclesiásticas el esplendor y la riqueza ostentados quizá superen la suntuosidad de las primeras iglesias romanas. Los ornamentos sacerdotales y las vestiduras sagradas corresponden a los adornos del altar. Están bordados con oro y piedras preciosas de la manera más exuberante. Los vasos sagrados también destacan por su extraordinario valor. El servicio de la catedral está a cargo de los canónigos.

San Lázaro destaca entre las iglesias parroquiales gracias a su exterior de gusto exquisito y su adorno interior sencillo pero digno. Delante de su puerta se colocan los cuerpos de muertos desconocidos encontrados en las calles, los que permanecen ahí durante 24 horas.

San Francisco es el mayor y más imponente de los conventos de Lima. Se trata de un edificio enorme, ubicado en la cercanía de la Plaza Mayor y del río Rímac. En este monasterio se celebra una misa diaria por cada media hora, comenzando a las cinco de la mañana y terminando a las 12 de mediodía. Durante el terremoto de 1630 una imagen de la Virgen ubicada sobre la puerta de la Capilla de los Milagros supuestamente se dirigió hacia el altar mayor para suplicar piedad por la ciudad juntando las manos, con lo cual logró salvarla de la destrucción total. Un monje que me hizo de guía en el convento me contó esta historia de milagro, pero expresó su extrañeza por el hecho de que la Virgen no repitió este milagro en el terremoto de 1746.

Las esculturas en los cielos rasos de los corredores están ricamente elaboradas, aunque no se les podría llamar hermosas. Las celdas son sencillas pero muy cómodas. Los grandes jardines elegantes en los interiores del convento forman un contraste agradable con los muros lúgubres.

La orden de los franciscanos tiene otro convento, el de Los Descalzos, en el suburbio de San Lorenzo, al final de una alameda hermosa y ancha con seis filas de árboles. No es muy extenso, pero su ubicación al pie de una colina estéril es atractiva, rodeado por grandes, aunque algo descuidados jardines. Ahí se ven tres palmeras, las únicas en las cercanías de Lima. Su ubicación no es saludable, por lo que los hermanos sufren a menudo de insis-

tentes ataques de terciana. Los monjes son descalzos y viven exclusivamente de limosnas. Cada mañana envían a dos legos con asnos a la ciudad donde reciben de casi cada vendedora limosnas en forma de pescado, verdura o carne, de modo que pueden regresar al convento a las 10 de la mañana cargados de víveres.

Otro convento es la Recolecta de San Diego que recibe muchos hombres que se retiran ahí, en particular durante la Semana Santa, para orar, hacer penitencias y meditar, lejos del bullicio del mundo y de las distracciones sociales con el fin de prepararse para la confesión y la Santa Comunión.

Santo Domingo destaca por su riqueza. Este convento tiene un ingreso anual de unos 70 000 a 75 000 pesos duros, la mayor parte proveniente de renta de casas en la ciudad. La torre de su iglesia es la más alta de Lima. Mide 188 pies y es visible desde una distancia de tres leguas, construida de madera con una fuerte inclinación en su tercio más alto. Es probable que ya no resista a un temblor tan violento como el de 1746. El interior de la iglesia ostenta gran lujo en la decoración. La riqueza de los adornos del altar mayor no dista mucho de la del altar mayor de la catedral.

Antes el convento San Pedro debe haber ocupado el primer rango. Pertenecía a los jesuitas a los que servía de Colegio Mayor. Tenía riquezas incalculables ya que las haciendas más ricas y las casas más bellas pertenecían a esta orden. Con la ayuda de la famosa bula del 21 de junio de 1773[7], *Dominus ac redemptor noster*, el Rey de España ordenó a todos los virreyes de Sudamérica arrestar a los jesuitas en una sola noche, embarcarlos para España y confiscar sus riquezas. Esta acción fue llevada a cabo con la mayor discreción, y es un hecho que en el Perú solo el virrey y las personas directamente involucradas sabían algo de este plan. El mismo barco portador de la orden para el virrey, firmada por el mismo rey, tenía a bordo las instrucciones necesarias para el vicario general de Lima por parte del general de la orden de Madrid. Bajo el sello de la mayor discreción se preparó la acción. A las 10 de la noche, el virrey convocó al consejo y les comunicó la orden real. Nadie pudo abandonar la sala hasta que se hubiera llevado a cabo el golpe. Los 12 oficiales de confianza fueron enviados con sus equipos para arrestar de un solo golpe a todos los jesuitas, registrados en una precisa lista de sus nombres que estaba sobre la mesa. Todos pensaban poder sorprenderlos en sus sueños. Las patrullas golpearon las puertas de San Pedro que les fueron abiertas de inmediato. El oficial en jefe insistió en ver al vicario general y el portero le acompañó a la gran sala de congregación, donde se encontraban todos los hermanos de la orden listos para partir. Cada uno tenía preparado su bulto o maleta con sus pertenencias más necesarias. Se encontró semejantes preparativos también en los demás conventos de los jesuitas. Es más

7 (sic) La fecha correcta es el 27 febrero de 1767. [O]

fácil suponer que describir el enojo y la sorpresa del Virrey. De inmediato envió a toda la hermandad al Callao bajo fuerte protección y los embarcó. En los días siguientes se hizo los inventarios de los bienes y se buscó todo el dinero en efectivo. Pero ante el mayor asombro general no se encontró los millones de los que se sabía que existían en posesión de la orden, sino solamente pocos miles de pesos duros. Todas las llaves, también las de la caja, cada una con su etiqueta respectiva, se encontraron bien ordenadas en el cuarto del general. ¡Qué previsión más excelente! Los jesuitas no hubieran podido encontrar una venganza más efectiva por la traición contra su orden.

Se supone que el dinero fue enterrado en los jardines de San Pedro y en las haciendas. Un viejo negro a servicio del convento en ese tiempo contó que tuvo que cargar sacos pesados con dinero a las bóvedas del convento durante varias noches. A los cargadores se les vendaron los ojos, dos hermanos los guiaron y les ayudaron a cargar y descargar los sacos. Este mismo negro también remarcó que sabía con certeza que el dinero fue enterrado cerca de un pozo subterráneo. Hasta ahora solo se indagó de un modo muy superficial, pero es de esperar que investigaciones más cuidadosas y persistentes llevarán al hallazgo de estos tesoros.

El convento de Nuestra Señora de los Desamparados, cerca del puente y del Cercado, también pertenecía a esta orden.

Actualmente, una docena de miembros del clero secular se encuentran en San Pedro, en el Oratorio de San Felipe Neri. Ellos viven de las rentas de las pocas haciendas no confiscadas o vendidas y atienden el servicio de la iglesia. El interior del templo es hermoso. En ninguna de las iglesias se celebra la misa de media noche de Navidad con tanta pompa como en aquella. El exterior de la iglesia y del convento, en cambio, lleva pintura roja y ofrece una impresión desagradable.

Los conventos de Nuestra Señora de la Merced y San Agustín son inferiores comparados con los mencionados. El primero es grande, pero sin mayores ingresos; el último es rico, pero carece de belleza. Le pertenecía antes el excelente, pero ahora suprimido instituto de enseñanza San Ildefonso.

Fuera de estos conventos referidos existen otros menores para monjes y unos 16 para monjas. El mayor de ellos es el monasterio de la Concepción, muy rico, con ingresos anuales de más de 100 000 pesos duros. Destaca, sin embargo, más por la conducta no tan religiosa de sus ocupantes. Santa Clara y Encarnación son otros conventos grandes con ingresos importantes. Las más estrictas reglas se perciben en las órdenes de las Capuchinas de Jesús María, las Nazarenas y las Trinitarias descalzas. Existen también edificios, llamados beaterios, para mujeres estrictamente religiosas, las que quieren llevar una vida de monasterio sin convertirse en monjas. Son las llamadas beatas, que ocupan tres edificios en los que pueden vivir o aban-

donarlos cuando quieran. Se trata del Beaterio de Patrocinio, el Beaterio de Santa Rosa de Viterbo y el Beaterio de Copacabana, el último destinado solo a indias. El Refugio de San José recibe mujeres maltratadas por sus esposos. También los esposos pueden llevar a sus esposas demasiado amables ahí con permiso arzobispal con el fin de darles tiempo de reflexión. Las Recogidas es destinado para mujeres pobres.

Lima tiene varios hospitales cuya utilidad práctica de sus instalaciones internas, su cuidado de asistencia de los enfermos y, sobre todo, cuya dirección por médicos imprudentes deja mucho que desear. El más grande es el San Andrés. Fue fundado por el licenciado Francisco de Molina en 1552, con el fin de cuidar a españoles enfermos y pobres. Tres años más tarde el virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, primer Marqués de Cañete, lo puso bajo la tutela del gobierno; hasta 1826 solo sirvió a enfermos españoles. Tiene cinco salas grandes y cuatro menores con 387 camas y una sección separada para enfermos incurables. Los gastos anuales alcanzan unos 45 000 a 50 000 pesos duros. En este hospital también se cuida a los desquiciados de los que siempre existe un número importante. El 30 de noviembre, el día de San Andrés, se permite el acceso al público. Esta ocasión es aprovechada por los habitantes de Lima para poder divertirse mirando a los locos. Es un espectáculo escandaloso ver a estos infelices expuestos como objetos de burlas y de curiosidad del público. La colección de limosnas de los numerosos visitantes es el fin de esta costumbre, pero aun así es reprochable.

El hospital Santa Ana fue fundado en 1549 por el primer arzobispo de Lima, don Francisco Jerónimo de Loayza, para indios de ambos sexos. Este venerable cura cuidaba personalmente a los enfermos con la mayor abnegación y se sometía a los servicios más insignificantes de un enfermero como signo del verdadero amor cristiano. Murió en el hospital en 1575 y dejó una renta anual de 16 000 pesos duros. Ahora este edifico cuenta con cinco salas grandes con 336 camas. Desde la Independencia ya no se recibe a indios. Desde el 29 de junio de 1841 sirve para el tratamiento de mujeres de todas las clases sociales ya que el anterior hospital de mujeres, La Caridad, tuvo que desocuparse por demasiada humedad.

El hospital San Bartolomé fue fundado en 1661 para negros enfermos, pero fue clausurado en épocas recientes. Contiene 11 salas con 217 camas.

El hospicio para incurables de ambos sexos fue fundado por don Domingo Cueto en 1669 bajo el nombre de Santo Toribio. En 1702 fue entregado a los padres betlemitas y en 1822 fue unido al hospital San Lázaro destinado a leprosos (fundado por Antón Sánchez en 1563). Enfermos de la piel o de otros males contagiosos reciben atención ahí.

El convento San Pedro tiene un pequeño hospital para sacerdotes pobres, donde se les atiende muy bien. También posee una farmacia que funciona desde los tiempos de los jesuitas para dar remedios gratuitos a los pobres.

En Lima también existe un orfanato, para cuya fundación Luis Ojeda, quien se llamaba «Luis el Pecador» por modestia, donó toda su fortuna. La fundación se llevó a cabo tres años más tarde y se le otorgó el título: «Colegio de Santa Cruz de los niños expósitos en la casa de Nuestra Señora de Atocha»[8].

Una casa para pecadoras arrepentidas fue fundada por el virrey Conde de Lemos en 1670, de un legado que don Francisco Arcaín ya había destinado en 1572. ¡El instituto no se frecuenta mucho!

En tiempos anteriores los muertos siempre fueron enterrados en las iglesias. Con el clima cálido y las tumbas poco profundas este arreglo resultaba muy desventajoso. En algunas iglesias se percibía un olor tan insoportable que los feligreses se vieron obligados a abandonar el lugar. Debido a ello el virrey don José Fernando Abascal, Marqués de la Concordia, decretó la construcción de un cementerio general o panteón en las afueras de la ciudad. El 23 de abril de 1807 se puso la primera piedra y se le inauguró el 1 de junio de 1808. El panteón está hacia el este de la ciudad, por la carretera principal que lleva a la sierra de Tarma, a unas 600 varas de la ribera meridional del Rímac. Tiene dos bellos jardines, circunvalados por una muralla alta en la que se han insertado más de mil nichos, ordenados en 16 secciones. Estos nichos están a la venta para los que requieren de ellos. También existen nichos familiares y otros para los conventos. Este cementerio tiene una capacidad de cinco años hasta llegar a su límite. Los pobres están enterrados en fosas largas y bastante profundas. Algunos criminales encarcelados, destacados para este fin, sirven de sepultureros. Cuando escasea el espacio, se comienza a vaciar los primeros nichos ocupados y se traslada los huesos a un osario sencillo pero digno. A la entrada del panteón se levanta una capilla muy bella, destinada a la celebración de las exequias. El cementerio está adornado por alamedas y cerrado por una gran reja de fierro. Se entierra a los muertos solamente en las mañanas. Si una carroza llega tarde, el cadáver queda sin atención hasta la mañana siguiente. Solo los ricos son enterrados en ataúdes, los pobres visten una mortaja hecha al modo de los hábitos de los franciscanos descalzos. Un negro viejo, encontrado en la calle y tomado por muerto, fue llevado al panteón. Como ya era algo tarde al llegar, fue botado a un lado por los sepultureros para recibir un lugar «en la fila». Durante la noche despertó de su desmayo producido por una tremenda borrachera. Esperó con paciencia hasta la mañana siguiente para que los sepultureros le «pusieran en fila» para dejarlo salir. El susto llevado no debe

8 De acuerdo con otras fuentes, el fundador de este instituto fue el boticario Mateo Pastor de Velasco, oriundo de Portollano, España. En la cláusula quinta de su testamento del 16 de junio de 1645, precisó la fundación de esta casa, la que supuestamente se llevó a cabo cuatro años más tarde, bajo el gobierno del virrey Conde de Alba. [T]

haber sido muy profundo, ya que se le volvió a encontrar borracho en la calle en la misma noche.

Los gastos corrientes de este panteón muy hermoso son de 29 366 pesos duros.

Después de haber descrito brevemente los edificios de culto y de fines benéficos más notables, pasaré a los demás edificios públicos y las plazas.

La Plaza Mayor no se ubica en el centro de la ciudad, pero ciertamente es el centro de la vida y del comercio de Lima. Dista unos 426 pies del río Rímac y está conformada por un cuadrángulo regular de 510 pies por lado. De cada una de sus cuatro esquinas parten dos calles bellas y rectas en ángulo recto. El piso está cubierto con arena fina. La Catedral y el Palacio Arzobispal ocupan el lado oriental. Este último está adosado al Sagrario y posee una fachada hermosa. Los cuartos principales llevan a un bonito balcón con vista a la plaza.

En el lado septentrional se erige el Palacio de Gobierno, antes sede de los poderosos virreyes. Su exterior tiene aspecto bastante pobre. La fachada hacia la plaza está desfigurada por una fila larga de pequeños puestos miserables, llamada «La Ribera», donde venden abarrotes[9]. Por encima de estos puestos hay un balcón angosto y feo. Una gran puerta doble lleva al patio principal desde este lado. El costado occidental tampoco tiene atractivo alguno. Las ventanas son angostas y bajas. Ahí también se ubican tiendas en las que se venden talabartería y fierro viejo, por lo cual, esta calle se llama «Calle del Fierro Viejo». La entrada principal del palacio, con algunos peldaños de acceso, está en este lado. El costado meridional no posee entrada y presenta el aspecto de una prisión. El costado oriental, al fin, tiene una puerta que lleva a un pequeño patio con oficinas de la policía y algunas cárceles. Largas astas de bandera sobre un techo desnudo no contribuyen al embellecimiento del palacio. El interior del edificio corresponde a su exterior, sobre todo en su estado actual que destaca por carecer de gusto y por su pobreza. La sala mayor, conocida como la «Sala de los Virreyes», tiene cuatro escaleras anchas de acceso. Ahora carece casi enteramente de adornos y sirve para bailes oficiales. En tiempos del dominio español, hasta la entrada del ejército de los patriotas en Lima, estaba adornada con los retratos de Pizarro hasta Pezuela, en un total de 44 cuadros que llenaron la sala por completo, de manera que el del último virrey, nombrado por el gobierno militar, don José de la Serna[10], ya no cupo en la fila

9 Ahí se vende también uno de los venenos más peligrosos al que lo pide por una bagatela. Se trata de las llamadas «pepitas de Cabalonga» (*Strichnos ignatia* L.), usadas para envenenar a los perros. [T]

10 Por una coincidencia curiosa, La Serna fue condecorado por el rey Fernando el 9 de diciembre de 1824 con el título de «Conde de los Andes», justo en el día que fue vencido en la batalla de Ayacucho, con lo que se dio el golpe de gracia al dominio español en Sudamérica. [T]

de sus antecesores. Las otras piezas son pequeñas y carecen de elegancia. La arquitectura de todo el edificio no ofrece interés alguno. En los patios se ubican las oficinas de los ministerios.

No me ha sido posible averiguar cuándo fue construido el palacio actual, pero seguramente fue a inicios del siglo XVII. El gran terremoto de 1687 lo destruyó casi completamente pero fue levantado nuevamente con casi el mismo tamaño, pero con un esplendor algo reducido. El palacio construido y ocupado por don Francisco Pizarro, no estaba en el mismo lugar que el actual, sino al costado meridional de la Plaza Mayor, donde ahora hay una callejuela angosta y sucia, llamada «Callejón de Petateros», que une la plaza con la Calle de los Plateros. Fue ahí donde Juan de Herrada[11], el amigo y partidario de don Diego de Almagro, llevó a cabo su asalto contra Pizarro. Con la exclamación «¡Muerte al tirano, quien hizo matar al juez enviado por el rey!», los conspiradores se precipitaron sobre la vivienda del gobernador, a quien se le había advertido sin darle el tiempo para prepararse. Apenas tuvo tiempo para armarse con el fin de defenderse, cuando su capitán don Francisco de Chávez fue clavado delante de la puerta. La mayoría de sus amigos y sirvientes escaparon por las ventanas, entre ellos su asesor Juan de Velásquez, quien había asegurado la noche anterior que nadie iba a atreverse a llevar a cabo una conspiración mientras que él tuviera el bastón de mando. Esta confirmación se cumplió parcialmente, ya que agarró el bastón de mando entre sus dientes para tener las manos libre al bajar de la ventana. Solo Martín Pizarro, dos nobles y dos pajes se mantuvieron con el gobernador, quien se defendió con el coraje de un león. «¡Coraje, hermano! ¡Muerte a los traidores!» gritó a su hermano Martín, quien cayó muerto a sus pies unos minutos más tarde. Por fin, los enemigos encontraron el medio para penetrar en la habitación y se precipitaron sobre Pizarro. Agotado por la lucha larga y violenta, ya no tuvo fuerza para manejar su espada tantas veces victoriosa. Uno de los conspiradores le clavó su espada en la garganta y se desplomó con un grito fuerte. Al morir pidió con voz quebrada para confesarse. Luego, ya sin poder de habla, hizo la señal de la cruz en el piso, la besó y expiró[12]. De esta manera encontró su fin uno de los más grandes héroes de su siglo. Fue un hombre sobre quien pesan culpas graves, pero también muchas acusaciones injustas. Actuaba de acuerdo a su tiempo y por las circunstancias con frecuencia cruelmente enredadas. Ha sido, por cierto, «mejor que su fama».

Don Francisco de Pizarro, Marqués de los Atalibos, nació en el año de 1473[13] en Trujillo, España, como hijo natural de un aristócrata. Su educación fue completamente descuidada, tuvo que cuidar puercos en su juven-

11 El nombre correcto es Juan de Rada. [O]
12 Según Agustín de Zárate. *Historia del descubrimiento y Conquista de la Provincia del Perú.* [T]
13 La fecha correcta es 1478, según Del Busto. [O]

tud. A la edad de 64 años[14], manteniendo aún su plena fuerza varonil, cayó como gobernador del país más rico del Nuevo Mundo.

La parte occidental de la Plaza Mayor está ocupada por el Cabildo, antes Casa Consistorial, al cual está adosada la cárcel de la ciudad, así como una fila de casas poco atractivas. En el lado meridional hay también casas de particulares, que se caracterizan por feos balcones largos con rejas densas mirando hacia la plaza. Debajo de estas casas pasan corredores con arcadas donde se ubican numerosas tiendas. En el Portal de los Escribanos, al lado occidental, se encuentran los cuarteles de la mayoría de los escribanos públicos; en el Portal de los Botoneros los pasamaneros hacen sus botones y flecos entre los pilares.

Una hermosa fuente de bronce con tres secciones adorna el centro de la plaza. En la sección central se erige una columna en cuya cima hay una «fama», de cuya trompeta sale parte del agua; el resto se precipita de las gargantas de cuatro leones.

Al lado de esta pileta principal se han instalado otras menores que sirven para abastecerse de agua. La columna central mide 18 pies. El hábil artista Antonio de Rivas fundió esta hermosa fuente por orden del virrey Conde de Salvatierra en 1650, en 1653 fue instalada y entregada al público para su uso. El agua es pura, pero no sin un sabor peculiar, por lo que no está muy estimada por los limeños.

La segunda plaza pública en Lima es la Plazuela de la Inquisición, cuya denominación fue cambiada a Plazuela de la Independencia después de la guerra del mismo nombre. El nombre antiguo, sin embargo, se ha mantenido entre los lugareños, muchos de los que ni conocen el nombre nuevo. Esta plaza tiene la planta de un trapecio que se abre hacia el este. No constituye un atractivo particular de la ciudad ya que suele estar cubierta de basura de cualquier clase. Sirve de mercado y siempre está muy concurrida durante las mañanas. Dos edificios destacan en esta plaza, que son el de la Inquisición con la capilla de San Pedro y la Universidad. En la actualidad se ve poco de la instalación de la sede del terrible Tribunal de los Tres, ya que la plebe enardecida destruyó los cuartos, muebles, etc., casi por completo, después de que las cortes eliminaran la Inquisición. Lima fue sede del tribunal eclesiástico para toda la costa occidental de Sudamérica; en severidad casi igualaba al de Madrid. Cada año recibía una gran cantidad de sospechosos o culpables, desde Chiloé hasta Colombia, que era condenada a los castigos más atroces. Varias veces se llevaron a cabo grandes autos de fe; la cantidad de las otras penas de muerte era muy alta, en particular la de la horca, así como el número de torturados.

14 Serían 51 años, ya que en 1529 lo nombraron Gobernador del Perú por la Capitulación de Toledo. [O]

tud. A la edad de 64 años[14], manteniendo aún su plena fuerza varonil, cayó como gobernador del país más rico del Nuevo Mundo.

La parte occidental de la Plaza Mayor está ocupada por el Cabildo, antes Casa Consistorial, al cual está adosada la cárcel de la ciudad, así como una fila de casas poco atractivas. En el lado meridional hay también casas de particulares, que se caracterizan por feos balcones largos con rejas densas mirando hacia la plaza. Debajo de estas casas pasan corredores con arcadas donde se ubican numerosas tiendas. En el Portal de los Escribanos, al lado occidental, se encuentran los cuarteles de la mayoría de los escribanos públicos; en el Portal de los Botoneros los pasamaneros hacen sus botones y flecos entre los pilares.

Una hermosa fuente de bronce con tres secciones adorna el centro de la plaza. En la sección central se erige una columna en cuya cima hay una «fama», de cuya trompeta sale parte del agua; el resto se precipita de las gargantas de cuatro leones.

Al lado de esta pileta principal se han instalado otras menores que sirven para abastecerse de agua. La columna central mide 18 pies. El hábil artista Antonio de Rivas fundió esta hermosa fuente por orden del virrey Conde de Salvatierra en 1650, en 1653 fue instalada y entregada al público para su uso. El agua es pura, pero no sin un sabor peculiar, por lo que no está muy estimada por los limeños.

La segunda plaza pública en Lima es la Plazuela de la Inquisición, cuya denominación fue cambiada a Plazuela de la Independencia después de la guerra del mismo nombre. El nombre antiguo, sin embargo, se ha mantenido entre los lugareños, muchos de los que ni conocen el nombre nuevo. Esta plaza tiene la planta de un trapecio que se abre hacia el este. No constituye un atractivo particular de la ciudad ya que suele estar cubierta de basura de cualquier clase. Sirve de mercado y siempre está muy concurrida durante las mañanas. Dos edificios destacan en esta plaza, que son el de la Inquisición con la capilla de San Pedro y la Universidad. En la actualidad se ve poco de la instalación de la sede del terrible Tribunal de los Tres, ya que la plebe enardecida destruyó los cuartos, muebles, etc., casi por completo, después de que las cortes eliminaran la Inquisición. Lima fue sede del tribunal eclesiástico para toda la costa occidental de Sudamérica; en severidad casi igualaba al de Madrid. Cada año recibía una gran cantidad de sospechosos o culpables, desde Chiloé hasta Colombia, que era condenada a los castigos más atroces. Varias veces se llevaron a cabo grandes autos de fe; la cantidad de las otras penas de muerte era muy alta, en particular la de la horca, así como el número de torturados.

14 Serían 51 años, ya que en 1529 lo nombraron Gobernador del Perú por la Capitulación de Toledo. [O]

Las listas de estos condenados se conocen solo muy incompletamente, pero hacen ver los resultados sumamente tristes. Un español cuyos miembros estaban torcidos y curvados de una manera casi increíble, me contestó a mi pregunta por la razón de este fenómeno que se había metido en una máquina que lo había triturado. Pocos días antes de su muerte, en cambio, me confesó que se había enfrentado al tribunal de la Sagrada Inquisición cuando tenía 24 años. Con los instrumentos de tortura más terribles le habían forzado a la confesión de su culpabilidad, la cual, sin embargo, no existía. Cada vez que me acuerdo de esos monstruosos miembros contorsionados, me da escalofríos imaginarme las torturas que este infeliz tuvo que soportar.

Me contaron una anécdota del virrey Castelfuerte que quiero relatar aquí. En presencia de su confesor, el virrey se había permitido algunas opiniones acerca de la religión que no le parecieron muy cristiano-católicas al buen monje, por lo cual le delató a la inquisición de acuerdo a su obligación. Al confiar en su poder absoluto, ésta aprovechó de la ocasión para mostrarlo a la instancia suprema, al representante directo del rey, y, probablemente, calculó cuán terrible se volvería su influencia en caso de poder castigar al virrey. Pero Castelfuerte no se dejó intimidar. Apareció a la hora indicada encabezando su guardia y una compañía de infantería, acompañado por dos cañones, los que hizo instalar delante del edificio. El virrey se dejó llevar a la sala funesta, sacó su reloj de bolsillo y dijo al dejarlo sobre la mesa: «Señores, estoy listo para iniciar nuestro negocio, pero dispongo solo de una hora. Si no regreso, mi oficial va a derrumbar esta casa con disparos». Consternados ante semejante audacia, los inquisidores deliberaron por unos momentos y pocos momentos después se despidieron cortésmente del decidido Castelfuerte y le acompañaron a la puerta.

En la actualidad el edificio de la Inquisición sirve para depósitos y para cárceles; también alberga la Dirección de Minerías.

A sugerencia del monje dominicano Maestro Fray Tomás de San Martín, la universidad, la primera y también más importante de toda Sudamérica, fue fundada en el convento de Santo Domingo por el rey Carlos V por medio de un decreto del 12 de mayo de 1551. Este decreto, sin embargo, llegó a Lima solo dos años después. Una bula papal de Pío V confirmó esta fundación el 25 de julio de 1571 y permitió a esta institución los privilegios de los que gozaba la de Salamanca en España. Tres años después fue trasladada de Santo Domingo a un edificio, donde ahora se encuentra San Marcelo[15]. En 1576 hubo otra mudanza al lugar donde se ubica en la actualidad. Recibió el título «Real y Pontificia Universidad de San Marcos». En 1572 fue elegido el primer rector laico, el doctor en Medicina, Gaspar Menéndez.

15 Calancha, Antonio de la. *Corónica moralizada de la Orden de San Agustín en el Perú*. Fol. 1638. Lib. I. caps. 21 y 38. [T]

El edificio se encuentra al lado oriental de la Plaza de la Independencia, cerca del hospital de la Caridad. Su fachada carece de atractivo pero destaca por su estilo que no corresponde a su época. Un portón alto da acceso a un hermoso patio cuadrangular rodeado por arcadas. Sobre las paredes de estas salas se han pintado las diferentes ramas de las ciencias al fresco. Debajo de cada símbolo se leen algunos versos de los antiguos clásicos. Los auditorios están ordenados alrededor de los cuartos del patio, en la esquina, vista desde la entrada, hacia la izquierda en diagonal se ubica la puerta doble de la Aula Magna. Esta sala es muy espaciosa, hermosa y de aspecto solemne. En el centro de la pared, hacia la derecha, está la silla del rector en una especie de nicho, sobre el cual se observa un dosel convexo. A ambos lados están los asientos cerrados de los profesores. Debajo de estos lugares, levantados por unos cuatro pies, se han instalado algunas filas de bancas para los miembros de la facultad. Frente a la silla del rector, en la pared hacia su izquierda, está la cátedra alta, destinada por el presidente cuando otorga los grados académicos. Debajo de ésta, se ubica una tribuna con una pequeña mesa cubierta por un mantel rojo, así como una silla con respaldar tapizada con terciopelo rojo, en la que se sienta el candidato. A ambos lados de estas cátedras, hay varias terrazas con bancas para los miembros de la universidad y la audiencia. Encima de la entrada se encuentra una tribuna para el público, que normalmente se compone de mujeres. En las paredes cuelgan cuadros de científicos famosos, el cielo raso tiene talladuras hermosas. Como la sala solamente está iluminada de un lado por una ventana estrecha, la luz suele ser algo pesada y lúgubre. Por lo general, los auditorios son hermosos y poseen instalaciones funcionales.

La Biblioteca Nacional se ubica cerca del convento de San Pedro, en un edificio que originalmente fue destinado para el colegio de los caciques, fundado en 1616[16] por el virrey Conde[17] de Esquilache, en 1822 fue fusionado con el Colegio de San Carlos. Un decreto del 28 de agosto de 1821 ordenó la instalación de una biblioteca nacional que fue inaugurada solemnemente el 17 de setiembre de 1822 en el lugar referido.

Los libros de la Universidad de San Marcos formaban el núcleo de la Biblioteca Nacional, a ellos se les agregó muchos otros de las bibliotecas de conventos, de obras confiscadas y de varias colecciones de particulares. Las más significativas de estas últimas fueron la del general San Martín y la biblioteca de 7 772 tomos, la que fue donada por el doctor don Miguel de la Fuente junto con un legado de mil táleros. El 5 de noviembre de 1841 la Biblioteca Nacional del Perú contenía 26 344 libros impresos, 432 manuscritos y una pequeña colección de mapas y grabados en cobre. Destaca, sobre

16 La fecha correcta es 1620. [O]
17 (sic) Príncipe. [O]

El edificio se encuentra al lado oriental de la Plaza de la Independencia, cerca del hospital de la Caridad. Su fachada carece de atractivo pero destaca por su estilo que no corresponde a su época. Un portón alto da acceso a un hermoso patio cuadrangular rodeado por arcadas. Sobre las paredes de estas salas se han pintado las diferentes ramas de las ciencias al fresco. Debajo de cada símbolo se leen algunos versos de los antiguos clásicos. Los auditorios están ordenados alrededor de los cuartos del patio, en la esquina, vista desde la entrada, hacia la izquierda en diagonal se ubica la puerta doble de la Aula Magna. Esta sala es muy espaciosa, hermosa y de aspecto solemne. En el centro de la pared, hacia la derecha, está la silla del rector en una especie de nicho, sobre el cual se observa un dosel convexo. A ambos lados están los asientos cerrados de los profesores. Debajo de estos lugares, levantados por unos cuatro pies, se han instalado algunas filas de bancas para los miembros de la facultad. Frente a la silla del rector, en la pared hacia su izquierda, está la cátedra alta, destinada por el presidente cuando otorga los grados académicos. Debajo de ésta, se ubica una tribuna con una pequeña mesa cubierta por un mantel rojo, así como una silla con respaldar tapizada con terciopelo rojo, en la que se sienta el candidato. A ambos lados de estas cátedras, hay varias terrazas con bancas para los miembros de la universidad y la audiencia. Encima de la entrada se encuentra una tribuna para el público, que normalmente se compone de mujeres. En las paredes cuelgan cuadros de científicos famosos, el cielo raso tiene talladuras hermosas. Como la sala solamente está iluminada de un lado por una ventana estrecha, la luz suele ser algo pesada y lúgubre. Por lo general, los auditorios son hermosos y poseen instalaciones funcionales.

La Biblioteca Nacional se ubica cerca del convento de San Pedro, en un edificio que originalmente fue destinado para el colegio de los caciques, fundado en 1616[16] por el virrey Conde[17] de Esquilache, en 1822 fue fusionado con el Colegio de San Carlos. Un decreto del 28 de agosto de 1821 ordenó la instalación de una biblioteca nacional que fue inaugurada solemnemente el 17 de setiembre de 1822 en el lugar referido.

Los libros de la Universidad de San Marcos formaban el núcleo de la Biblioteca Nacional, a ellos se les agregó muchos otros de las bibliotecas de conventos, de obras confiscadas y de varias colecciones de particulares. Las más significativas de estas últimas fueron la del general San Martín y la biblioteca de 7 772 tomos, la que fue donada por el doctor don Miguel de la Fuente junto con un legado de mil táleros. El 5 de noviembre de 1841 la Biblioteca Nacional del Perú contenía 26 344 libros impresos, 432 manuscritos y una pequeña colección de mapas y grabados en cobre. Destaca, sobre

16 La fecha correcta es 1620. [O]
17 (sic) Príncipe. [O]

todo, por su riqueza en antiguas obras de contenido religioso e histórico. La literatura que concierne la historia de la conquista y del primer tiempo del gobierno español es completa. Por otro lado, existen solo pocas obras modernas. Este instituto solo goza de un apoyo económico mínimo. El gobierno le ha concedido lo recaudado por el impuesto de aduana para libros extranjeros, lo que significa 3 % de los derechos de aduana sumándose a unos 400 pesos duros por año. Además de ello, paga los salarios de los bibliotecarios lo que llega a un total de 2794 pesos duros al año. Debido a las circunstancias políticas infelices, estos empleados, al igual que los demás burócratas estatales, con frecuencia tienen que esperar unos 12 a 14 meses antes de recibir su sueldo. En este caso aun tienen que contentarse con un descuento de 30 a 40 %. La biblioteca está abierta al público diariamente —con la excepción de los domingos y días feriados— desde las ocho de la mañana hasta la una y desde las cuatro hasta las seis de la tarde.

En el ala izquierda del mismo edificio se encuentra un museo con objetos de las ciencias naturales, antigüedades y otras curiosidades. Fue fundado en 1826 con exposiciones en las salas de la Inquisición. Después de sufrir mudanzas repetidas a diversas localidades, el gobierno le concedió las dos salas hermosas en las que se encuentra en la actualidad. Todo este instituto aún se halla en sus inicios. Carece de importancia científica semejándose a aquellas colecciones de curiosidades, reunidas por diletantes que guardan todo lo que les parece interesante. De la lista de su contenido, la que se dará a continuación el lector puede formar su propia opinión de su importancia.

De acuerdo al estado de julio de 1842 se encontraron los siguientes objetos en la primera sala:

A. Objetos de las ciencias naturales

I. Del reino mineral:

1. Una pequeña colección de cristalizaciones y formaciones rocosas
2. Un pedazo de plata de unas dos libras de peso, fundido por José Hereza en las minas de Pisco de acuerdo a un método nuevo

II. Del reino animal:

1. Una pequeña colección de mariposas, escarabajos, moscas, escorpiones, etc.
2. Una colección insignificante de conchas marinas y terrestres actuales y fósiles

3. Una gran tortuga marina disecada, capturada cerca de Pisco
4. Dos caimanes[18] de la costa norte del Perú, uno de 11 pies y otro de 9 pies de largo
5. Catorce mamíferos disecados, entre ellos algunos monos, un perezoso,un zorrillo, un oso hormiguero, etc.
6. Huesos aislados de ballena, algunos de ellos fósiles de cetáceos que, en mi opinión, fueron encontrados en la Punta de Santa Elena en el Ecuador.

B. Objetos etnológicos

1. Armas y utensilios de los indios salvajes del interior del Perú
2. Otros de los habitantes de las islas Sandwich
3. Una armadura de hierro, como las que fueron usadas por los españoles en la conquista del país

Al contemplar esta pesada armadura de hierro, uno se asombra por la fuerza y la tenacidad de los conquistadores quienes, totalmente cubiertos de hierro, pudieron moverse tan ligero y rápidamente en sus expediciones militares, pese a lo intenso del país y las localidades inhóspitas.

C. Antigüedades

1. Una colección de ollas de barro y otros recipientes (llamados huaqueros[19]) de piedra, madera y metal, así como telas, todos de tumbas de los antiguos indios. Esta colección es interesante e importante. Entre estas ollas hay algunas muy bien trabajadas, otras son bastante obscenas.
2. Un plato de plata, algunos vasos de oro con trabajo repujado, dos ídolos de oro vaciado, tres de plata vaciada y otro de plata maciza (voy a volver sobre estos objetos sumamente interesantes más tarde)
3. En los pilares del arco que separa la primera sala de la segunda, se ven dos momias de indios muy bien conservadas, dos de hombres y dos de mujeres. Fueron encontradas en tumbas de los indios en la provincia de Huarochirí.

D. Objetos de arte

1. Un busto de mármol de Napoleón Bonaparte
2. Un bello retrato de Cristóbal Colón

18 (sic) Más correctamente cocodrilos. [K]
19 (sic) Quiere decir huacos. [K]

3. Los cuadros de todos los gobernadores y virreyes del Perú, de Pizarro hasta La Serna, a tamaño natural y en orden cronológico. Son los mismos que colgaban en la Sala de los Virreyes del Palacio de los Virreyes hasta el tiempo de la Independencia, como ya fue referido en otro lugar.

Esta colección es muy valiosa e interesante. Con deleite se contempla el cambio paulatino en los trajes y en las diferentes fisionomías, más aún si se conoce la historia de cada uno de estos hombres, dotados de caracteres muy diferentes. Casi en todos los rostros reina una calma serena, en algunos junto a una dignidad verdaderamente real. Otros están algo distorsionados por su agresividad. La cabeza más hermosa es la de Francisco Pizarro. En su cara está impregnada la mayor fuerza varonil, su mirada es audaz y abierta, la nariz de rasgos nobles de acuerdo a su formación árabe, la poblada barba que cubre boca y mentón le presta al conjunto total un aspecto sombrío y decidido. También se ve a un clérigo en esta fila de virreyes llevando las insignias reales.

4. Los cuadros de ambos libertadores del Perú, el general San Martín y el general don Simón Bolívar, ambos a tamaño natural, pero mal pintados
5. Doce cabezas de filósofos griegos y romanos, así como escritores, pintadas al estilo clasicista. No pude averiguar a qué escuela pertenecían, pero indudablemente deben haber sido traídos desde España a mediados del siglo XVII.
6. Ocho tablas de bronce dorado con escenas de la vida de San Ignacio de Loyola trabajadas en relieve
7. Una copia del Acta de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica

La segunda sala contiene lo siguiente:

A. Objetos de las ciencias naturales

I. Del reino animal:

1. 270 aves disecadas, tanto peruanas como extranjeras, en su mayoría de Europa. Los pellejos están mal preparados y rellenados en forma deficiente. Las etiquetas llevan indicaciones graciosas con frecuencia y las denominaciones no corresponden, solo en pocos casos está indicado el nombre científico.
2. Algunas mutaciones de animales y una humana sin cabeza ni brazos

II. Del reino vegetal:

1. Un herbario insignificante con plantas peruanas y europeas

III. Del reino mineral:

1. Rocas y cristales, todo sin valor
2. Algunos fósiles. Con gran alegría encontré ahí dos piezas de pizarra del Plattenberg, del cantón Glarus.

A. Objetos etnológicos

1. Una casa china flotante de marfil, muy finamente trabajada
2. Dos zapatos chinos de damas y una pantufla de mujer de Manila

A. Objetos numismáticos

1. Una colección de monedas completamente insignificante

La mayoría de los objetos están guardados en vitrinas de vidrio. Esta pequeña colección colorida probablemente se mantendrá al nivel que conocí por mucho tiempo, ya que los medios económicos de este instituto son muy limitados en la actualidad. Por mes se le adjudican solo 32 pesos duros, los cuales no tendrá por mucho tiempo ya que este dinero tendrá que servir para pagar las deudas causadas por las frecuentes mudanzas, así como la adquisición de las vitrinas, etc. El museo está abierto al público cuatro veces por semana desde las 10 hasta las 12.

En otras dos alas del mismo edificio se ha instalado la Academia de Bellas Artes o Academia de Dibujo. Ahí gente joven recibe clases gratuitas de dibujo tres veces por semana de las seis a las ocho de la tarde. El total de los alumnos oscila entre 80 y 100, pero el local tiene la capacidad para 200 de ellos. Su colección de modelos y grabados es bastante mediocre.

Cerca de la Plazuela de la Independencia se ubica la Casa de Moneda. Fue fundada en 1565 en Lima, luego fue trasladada a Potosí en 1572. En 1683 volvió a instalarse en Lima. Por unos 70 años estaba en manos de particulares hasta que fuera tomada por el gobierno, que se encargó de construir los edificios donde se encuentra en la actualidad. El local es grande y hermoso pero las instalaciones del interior aún están incompletas.

Hasta 1817 se transportaban las máquinas por hasta 92 mulas a diario. Luego se usó una máquina a vapor bajo la dirección de un inglés, lo que redujo los costos y facilitó el acuñado. Hace algunos años un comerciante francés firmó un contrato con el gobierno para instalar una de las complica-

das máquinas que suelen usarse en Europa. Arribó la pieza y fue armada, pero estaba condenada a la mala suerte ya que no acuña desde hace cuatro años, pese a reiterados intentos. La máquina no cumplió ninguna de las condiciones requeridas. Los motivos de este percance son variados y dejan mal al empresario, con conocimiento mayor de la causa. La máquina costó más de 250 000 pesos duros en 1842, sin haber ofrecido el menor provecho hasta la fecha.

En la Casa de Moneda se acuñan de dos a dos millones y medio de pesos duros al año, lo que rinde una utilidad de unos 140 000 a 180 000 pesos. Con este dinero se paga los sueldos de los oficiantes. Este sueldo era de 48 906 pesos duros durante el tiempo del gobierno español, en la actualidad está subiendo anualmente, con los demás gastos, a unos 85 105 pesos.

El valor de un marco de plata equivale a 8 pesos y 4 reales, el de un marco de oro a 144 pesos y 4 reales. El oro usado es de 21 quilates, la plata es de 10 dineros y 20 granos.

Después de la plaza de la corrida de toros, de la que me ocuparé en otro capítulo, el teatro está entre los lugares más favoritos del esparcimiento. El primero fue fundado cerca del convento San Agustín en 1602, en la calle que ahora se llama Comedia Vieja. En 1630 fue derrumbado por un terremoto y luego reconstruido en el mismo lugar. En 1662 fue trasladado a una calle cercana y construido en la forma que tiene en la actualidad. Sus gastos invertidos alcanzaron unos 60 000 pesos duros. El aspecto exterior del teatro es bastante feo, su interior no es mucho mejor. Detrás de la orquesta se encuentran cerrados asientos cómodos. Los palcos están separados por paredes, son bastante estrechos pero con suficiente profundidad para dar sitio a unas ocho personas, algunos de los más grandes aun alcanzan para doce personas. En la segunda fila ya son más pequeños. En el centro de la primera fila de palcos, al frente del escenario, se ubica el palco del gobierno, que alcanza el espacio de dos normales. Ahí se sientan el prefecto, el subprefecto y los señores del cabildo. El palco presidencial está en la primera fila a la izquierda del escenario. Está conectado con un gabinete cerrado hacia la platea por una reja de madera y sirve para el retiro del presidente en los entreactos. El escenario es pequeño y las decoraciones bastante mediocres en su aspecto total.

El presidente va al teatro en su carroza jalada por seis caballos y acompañado por su guardia, usando una entrada reservada para él. En el patio debajo de su palco está un corporal con seis hombres con rifles presentados. Un destacamento de soldados hace guardia durante el estreno y saluda con honores militares al presidente en sus momentos de entrada y salida.

Los piezas estrenadas son malas tanto por su contenido como por su ejecución. Esto vale en particular para los sainetes, con los que por costumbre termina cada función principal, trátese de una comedia o de una trage-

dia. Sus temas, por lo general, se concentran en vulgares intrigas amorosas o chistes torpes, los que pueden borrar por completo la impresión positiva de la obra principal.

Desde hace algunos años se radicó una sociedad de italianos en Lima que se dedica a ofrecer óperas menores. Tiene una cantante excelente, que apellida Pantanelli, la que obtendría un pleno reconocimiento también en Europa. Otras, en cambio, son mediocres, muchas muy malas, a la altura de las cantantes del país. Las óperas que se presentan son las siguientes: «Romeo y Julieta», «La Parisina», «Lucía de Lammermoor», «Marino Falieri», «La Sonámbula», «El Barbero de Sevilla», una «Norma» reducida, una «Semíramis» recortada, en la que el fantasma de Nino efectivamente no canta con voz humana, y unas cuantas más. Debido a escasez de espacio no pueden estrenarse óperas grandes, sobre todo aquellas que requieren máquinas especiales. Los vestidos suelen ser elegantes, pero raras veces tienen el corte cronológicamente adecuado. La orquesta deja mucho que desear, sobre todo tomando en cuenta que el público solo puede gozar de la música, de los vestidos y de la mímica, ya que no entiende el texto de las óperas.

En ocasiones solemnes tres de los mejores cantantes entonan el insustancial himno nacional, el que el presidente y la audiencia escuchan de pie. Los limeños son muy aficionados a los bailes. Los tiempos en los que se obligaba a las bailarinas a aparecer en vestidos largos han pasado, ahora el público quiere ver a su Terpsícore en faldas muy cortas. No existe un ballet verdadero. Boleros, fandango, cachucha y «Don Mateo» constituyen el tipo de música más solicitada.

Durante los entreactos prolongados todos fuman en la platea y en el patio, también hay un gran surtido de refrescos caros y malos.

La visita al teatro se convierte en experiencia desagradable por la gran cantidad de pulgas, las que prefieren concentrarse en los palcos. Por desgracia no hay manera de librarse de este mal, por lo que no queda otra cosa que dotarse de paciencia para quedarse sentado relativamente tranquilo durante la función.

Cerca del teatro se encuentra el coliseo de gallos, donde se llevan a cabo peleas casi a diario. Consiste de un anfiteatro con una arena funcional. Los empresarios que alquilaron este establecimiento del estado están obligados a proveer los gallos necesarios en días señalados si no encuentran suficientes particulares con sus gallos de pelea para dejarlos pelear allí, después de haber pagado un precio fijo. En vista de la gran afición de los limeños por este tipo de esparcimiento, casi nunca faltan numerosas parejas de pelea, solo en época de muda escasean. Antes de iniciar la pelea se reciben apuestas importantes después de una inspección ocular. La decisión final de la victoria suele ser dudosa lo que, a causa de los intereses pecuniarios, ocasiona el estallido libre de las pasiones. Para apaciguarlo está presente un juez en

persona del subprefecto provincial, cuya decisión tienen que aceptar los partidos sin réplica.

Se le corta la espuela de la pata derecha del gallo y en su lugar se amarra una estrecha y muy afilada cuchilla de unas 2,3 a 3 pulgadas de largo, curvada como hoz. Con frecuencia, los animales se matan en el primer asalto o se hieren gravemente en el inicio, pero siguen peleando hasta caer de cansancio o de las heridas recibidas. Es un deleite cruel, una variante digna de la corrida de toros.

La entrada cuesta dos reales, el asiento otro real más, la butaca de platea cuesta cuatro reales. El primer coliseo fue fundado por don Juan Garrial en 1762, en un hermoso edificio construido para este fin en la Plazuela de Santa Catalina. De modo que los limeños podían jactarse por poseer el más hermoso coliseo de gallos. Más tarde fue trasladado al lugar donde se encuentra en la actualidad.

En la misma cuadra del coliseo de gallos se ubica el campo del juego de pelotas, en un patio circundado por muros altos con un interior funcional. Hoy en día no es tan frecuentado como antes, ya que los criollos no son tan aficionados al juego de pelotas como los españoles.

La gran ciudad está conectada con el suburbio de San Lázaro por un bello puente de piedra.

Éste fue construido según los planos del monje agustino Fray Jerónimo Villegas bajo el virrey Marqués de Montesclaros entre 1638 y 1640[20]. Tiene 530 pies de largo y descansa sobre seis arcos, los que se levantan 37 pies sobre el nivel del agua. La base de los pilares consiste de sillares, los mismos pilares son de ladrillos quemados y el bastión de piedras con mortero. La construcción de esta puente costó 400 000 pesos duros. La mejor prueba de su solidez y buena construcción se vio en los terremotos de 1687 y 1746, los que destruyeron casi toda la ciudad de Lima, mientras que el puente quedó sin daño con la excepción de un arco por la salida de la ciudad, hacia el puente adornado con una bella estatua ecuestre de Felipe V. Ésta cayó en el último temblor pero fue reconstruida. Hoy en día tiene, además de ello, dos pequeñas torres laterales y un reloj en el centro.

Toda la ciudad de Lima, con la excepción de parte de su lado septentrional y el suburbio de San Lázaro, está circundada por una muralla de adobes, la que fue levantada por el flamenco don Pedro Ramón, bajo el virrey Duque de la Palata en 1686. Tiene 18 a 20 pies de alto, una anchura de 10 a 12 pies en su base, estrechándose a la corona hasta nueve pies. En consecuencia, no presta suficiente espacio para instalar artillería pesada. En todo el contorno de la muralla se han instalado 34 bastiones. Las cortinas, por lo general, tienen 450 pies de largo. El virrey Abascal hizo renovar la mura-

20 La fecha correcta es 1610. [O]

lla muy descuidada en 1807 para poder instalar artillería, hizo trazar caminos cómodos a ambos lados y construir depósitos para pólvora en el contorno interior. Actualmente esta fortificación está casi totalmente en ruinas, derrumbada en algunos lugares, con los depósitos de pólvora destruidos, los caminos llenos de basura e intransitables. De las nueve portadas están abiertas las de Maravillas, Barbones, Cocharcas, Guadalupe, Juan Simón y Callao. Esta última es la más hermosa seguida por Maravillas. Las tres restantes, Martinete, Montserrate y Santa Catalina, están clausuradas. A partir de las diez de la noche hasta la mañana siguiente, a las cinco horas, las puertas están cerradas. La ciudad no puede estar cerrada hacia el suburbio de San Lázaro. Por ahí está la Portada de Guías hacia el camino principal que lleva a Cerro de Pasco. Solo tiene una caseta de aduana. Es muy fácil ingresar a la ciudad desde el río, un camino frecuentado por la mayoría de los contrabandistas de plata que llegan de la sierra.

Parte de las fortificaciones de Lima la constituye el castillo, pequeño pero atractivo, llamado Santa Catalina, ubicado en el extremo sureste de la ciudad, entre la portada de Cocharcas y la de Guadalupe, a unos 200 codos por delante de la muralla. Está rodeado por murallas bastante altas y tiene dos bastiones. El interior de esta fortaleza tiene aspecto agradable y destaca por una limpieza que es poco común en otros lugares del Perú. Pero esta situación depende mucho de la persona del comandante. Contiene depósitos de armas, el cañón pesado y la caserna para la artillería. Repetidas veces, Santa Catalina se había convertido en sede de revoluciones. Entre las casernas, la del Cuartel de Infantería es la más importante. Ella destaca por su limpieza muy rara, pero está en deterioro progresivo como la mayor parte de los edificios públicos.

Don Gregorio de la Rosa ha levantado un plano bastante bueno de la ciudad, el cual fue grabado en litografía en Hamburgo en 1830.

Sexto capítulo

Los habitantes de Lima. — El número de los habitantes. — La disminución de la población. — El censo de 1836. — Criollos blancos. — Hombres. — Juegos. — Educación. — Mujeres. — Saya y manto. — La vida doméstica. — La vanidad. — La afición por las golosinas. — Las beatas. — Doña Francisca Zubiaga. — Doña Manuela Navago. — Los indios. — Los esclavos. — Los bozales. — Los negros criollos libertos. — Las negras. — Lista de mezclas raciales. — Los mestizos. — Los mulatos. — Las palanganas. — Los zambos. — Los chinos. — Los extranjeros. — La lengua.

Pasemos del aspecto exterior al interior y concentrémonos en los habitantes de la capital del Perú, comenzando con los nativos para luego tratar de los extranjeros en su nueva patria.

La población de Lima ha sufrido significativos crecimientos y disminuciones repetidas en su historia. En 1764 el número de habitantes fue calculado en 54 000, en 1810 hubo un total de 87 000, en 1826 bajó a 70 000, en 1836 se redujo a 54 000 y en 1842 a 53 000. Desconfío en muchos de estos cálculos que se basan en estimaciones y no en censos precisos. Por otro lado, es cierto que la población ha disminuido significativamente desde la Independencia. Testigo de ello son los barrios completamente despoblados, las casas en ruinas y los jardines destrozados.

Las causas de esta disminución de habitantes son evidentes por el estado físico y político del país. Los terremotos han sepultado a miles de hombres bajo los escombros de sus viviendas. La guerra de la Independencia ha cobrado un alto número de víctimas. El exilio o la emigración han alejado a ciudadanos excelentes con sus familias de su ciudad natal. Epidemias como consecuencias naturales del deficiente control policial y el descuido completo de la limpieza de las calles y los alrededores han arrebatado un número incalculable de habitantes. Las inmigraciones, en cambio, son poco significativas y, hace varios años, el número de los nacimientos está superado casi por el doble de la cifra de defunciones. Esta disminución va a continuar, ya que se deben a causas que no se puede combatir por su relación íntima con el carácter de la nación. La mayoría de estas causas enumeradas no valen solo para Lima sino para todo el país. En cierto caso aun más para el interior, ya

que las guerras libradas en el interior del Perú han cobrado un mayor número, aún visto en perspectiva relativa. Este hermoso país que se extiende desde el tercer grado hasta el vigésimo segundo de latitud sur y el que tenía una población enorme, aunque numéricamente poco precisada al momento de la conquista española, cuenta solo con unos 1 400 000 habitantes en la actualidad.

Según la lista de tributos de 1836, elaborada bajo el protector Santa Cruz, el número de habitantes de Lima es como sigue:

		Hombres	Mujeres	Totales
1)	Criollos blancos, en su mayoría españoles, con los demás extranjeros incluidos	9 423	10 170	19 593
2)	Indios	2 561	2 731	5 292
3)	Mestizos	11 771	12 355	24 126
4)	Esclavos	2 186	3 606	4 792
5)	Clero laico y eclesiástico	475	350	825
	Suma:	26 416	29 212	54 628

Con la excepción del rubro 5, todos los demás se caracterizan por un predominio de mujeres, lo que significa que hay 2 769 más mujeres que hombres en la población total. Por cada 63 individuos se tiene un sacerdote.

Una mezcla tan colorida de colores y fisionomías como la que caracteriza Lima, no se puede encontrar fácilmente en otro lugar. Desde la muy blanca criolla, hija de padres europeos, hasta el negro del Congo de color de ébano, se observa todas las variantes en continuas gradaciones de color o modificada por la contribución del indio, todo en un espacio muy reducido. En sus formas extremas también se percibe el carácter con tanta nitidez que permite trazar su cuadro fiel. Más difícil se torna la situación con los mestizos. Dar una característica precisa de ellos resulta casi imposible, ya que también son verdaderos mestizos mentales. Como regla puede sostenerse que suelen heredar los vicios de sus padres, mas no sus virtudes. En su calidad humana se ubican muy por debajo de las razas puras y suelen ser los peores ciudadanos. En el curso de varias generaciones pueden acercarse nuevamente a las formas raciales típicas, hasta tal grado que resulta imposible diferenciarlos de estos últimos, pero su carácter básico se mantiene inalterado. Estoy generalizando con lo señalado y también en las descrip-

ciones que presento a continuación. Encontré también excepciones honrosas, que podrían dar una luz más favorable si no fueran opacadas totalmente por la gran mayoría.

En estos esbozos no se debería enfrentar tales excepciones a la regla con el afán de relativizarla. Casi cada individuo forma una excepción en uno u otro elemento de su carácter, de tal manera que nunca podríamos llegar a una regla entre tantas excepciones.

Los criollos blancos, con pocas excepciones descendientes de españoles, conforman aproximadamente un tercio de la población. Son esbeltos, relativamente altos, con rasgos faciales marcados, una tez blanca pálida y cabello negro oscuro. Los hombres son algo débiles, tienen el aspecto agotado y su fisonomía, a la que no le falta cierta nobleza, se desnaturaliza por rasgos de una sensualidad pasional. Tanto en su formación corporal como en su estado mental, quedan postergados en comparación a los españoles. Son blandos, evitan todo tipo de esfuerzo físico y se sienten héroes después de una cabalgadura de 10 horas, digna de ser registrada en los archivos de la ciudad. Si no pueden ingerir constantemente chocolates, pasteles, confituras y mazamorra, se sienten infelices. También temen los esfuerzos mentales. Son los enemigos jurados de todo tipo de trabajo y si se les obliga a escoger una ocupación para ganarse la vida, suelen instalar una tienda de mercancías que no les causa mucho trabajo y les permite charlar con sus vecinos y fumar sus puros con tranquilidad. Los más ricos no hacen nada fuera de pasearse en las calles, visitar a sus amigos o quedar parados en las esquinas para conversar durante medio día. Si son dueños de haciendas, visitan éstas de vez en cuando y reciben informes de su mayordomo. Las tardes las suelen pasar en el coliseo de gallos, en las cafeterías o en los juegos. Como los españoles, los criollos son jugadores apasionados. Escenas de juegos como las de La Habana o México, se repiten en Lima a diario. Pese a que los juegos de azar están prohibidos, se dedican a ellos abiertamente y solo pocas veces la policía se acuerda de sus reglamentos y cierra una casa de juego. Los bancos de juego son más numerosos en Chorrillos, donde corren sumas enormes sobre la mesa verde en la casa de una de las primeras damas de Lima durante casi todas las noches. A todos se les concede el ingreso, sin importarles el estado social ni el color, siempre y cuando tengan una bolsa llena de dinero. La dama de la casa suele encargarse de la banca.

El juego normalmente transcurre con mucha calma y los jugadores no muestran emoción alguna ni cuando pierden ni cuando ganan. Solo cuando detectan el uso de dados falsificados se arma gran alboroto y sacan los estiletes, como pude comprobar repetidamente en el interior del país.

El juego es la perdición de muchas familias y suele ser causa de innumerables matrimonios infelices en Lima. Las mujeres de niveles sociales más altos participan en el juego con frecuencia, pero son, por regla más cautelo-

sas que sus maridos y no apuestan sumas tan altas. Pero existen algunas que les van en la zaga a ellos. Conocí a una de ellas en la sierra, que perdió más de 4000 monedas de oro y en menos de un mes ganó más de 100 000 táleros, para perder pronto la mayor parte de su capital bastante considerable. No quiero analizar a los jugadores y las consecuencias de su pasión, ya que tenemos suficientes ocasiones en Europa para conocerla en toda su amplitud. Tampoco quiero juzgar demasiado severamente a una nación que aún está atrasada en su relación social y moral.

La educación de los criollos es deficiente. No les faltan dotes excelentes, pero una educación imperfecta no los hace desarrollar en la forma debida y su flojera innata impide la recuperación del descuido por un estudio basado en esfuerzo propio. Raras veces se levanta por encima de la esfera de la vida cotidiana e ignora casi todo lo que sucede fuera del ámbito cerrado de las murallas de la ciudad o, si es mucho, de su país. Me ha extrañado frecuentemente el estado de ignorancia que peruanos, considerados cultos, manifiestan en cuanto a la ubicación, el tamaño, las características físicas y los productos de su propia patria. ¿Qué hay que pensar de un ministro de guerra del Perú quien ignora el número de habitantes del Perú y quien sostiene con la mayor insistencia que la frontera oriental del Perú colinda con la de Portugal y permite su acceso por vía terrestre? De la historia solo han escuchado de Napoleón, pero confunden hasta la ridiculez hechos, lugares, años y personas. Como ejemplo baste lo que un señor de alta posición y buena reputación, quien era considerado muy culto, contó con detalle cómo Federico el Grande había expulsado a Napoleón de Rusia.

Pero también hubo criollos excelentes en Lima que constituyen una excepción honrosa de la regla gracias a su profunda erudición, como el autor de *Interpretaciones de las leyes de Indias*, don Tomás de Salazar o don Miguel Núñez de Rojas, el más docto juez especial de la confiscación en la Guerra de la Sucesión española. Don Alonso Conde de San Donas, delegado español en la corte francesa bajo Felipe IV, el conocido escritor don Pedro de la Reyna Maldonado o el excelente poeta don Diego Martínez de Rivera, de quien dice Cervantes:

Su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera.[1]

Existe también un buen número de monjes doctos y entre los médicos destaca don Hipólito Unánue, autor del *Guía del Perú* (1793-94), *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados en especial el hombre* (Madrid: 1815), su *Tratado sobre la coca*, etc. y, en

1 *Galatea*. parte 2, libro 6. [T]

tiempos más recientes, hay que mencionar a don Mariano Eduardo de Rivero, quien se dedicó al estudio de las ciencias naturales y de las antigüedades con el mayor fervor.

En su *manière de vivre* los criollos no pueden servir de ejemplos. Solo pocos restos de la etiqueta rígida de los españoles han sobrevivido y, curiosamente, en aspectos menos relevantes como el trato entre hijos y sus padres, en el cual la confianza más íntima está limitada por el uso del «Usted». No resulta agradable escuchar a un hijo dirigiéndose a su padre como «Señor» y «Usted», pero es igualmente irritante cuando la hija natural llama a su madre con su nombre y la tutea.

En su vida social, también en presencia de damas, el limeño blanco se porta de un modo bastante desenfadado. Fuma sus cigarros, lleva su sombrero puesto y conversa sobre temas impensables en cada círculo decente de Europa salvo aquellas entre médico y su cliente, con la mayor naturalidad. En la mesa se deshace de cualquier tipo de reservas excepto las de su propio estómago. Si no logra su propósito con el cuchillo y el tenedor, se ayuda con sus dedos, mete las manos en la fuente y la agita hasta encontrar un pedazo, el cual engulle u ofrece a su huésped con una reverencia cortés. Simón Ayangue[2] lo describe muy acertadamente:

Que para comer meten
Hasta el gaznate los dedos,
Todos untados de grasa
Y de ají, que es el pimiento.

Durante toda la comida todos escupen y eructan constantemente y de todos los lados, de modo que un extranjero que participa en ella se siente asqueado. Al terminar con la comida, todos se enjuagan la boca y luego escupen el agua al piso en un chorro largo. El frecuente escupido es una de las costumbres más desagradables de los criollos. Durante más de un mes estuve a bordo de un barco en el que viajaron también un presidente exiliado y su ministro de guerra y sufrí una tortura junto a los demás pasajeros. El piso del camarote parecía un charco. Si el barco se balanceaba algo más de lo acostumbrado, siempre se presentaba el peligro de resbalarse sobre las maderas húmedas y caer en ese líquido asqueroso.

Pero no debemos olvidarnos de los lados positivos del criollo. Por regla es enemigo de las bebidas alcohólicas, si toma vino prefiere los dulces, que ingiere en pocas cantidades. El encontrar a un limeño ebrio es una rareza. Esto cambia en el interior del país, donde precisamente los blancos se caracterizan por beber excesivamente.

2 Véase abajo. [T]

Suele ser abierto y libre en su conducta pero le falta carácter. Se entusiasma después de la primera impresión sin reflexionar acerca de las consecuencias de sus preferencias o actos. Raras veces hiere a su prójimo a propósito, pero con mucha frecuencia lo hace sin pensarlo. Algunos viajeros saludaron sus cualidades de buen esposo y padre tierno, lo cual no puedo confirmar. Su vicio del juego y sus excesos en el amor no son compatibles con sus deberes matrimoniales.

En cuanto a lo físico y lo mental, las mujeres de Lima superan en mucho a los hombres.

La naturaleza les ha dotado en abundancia con características excelentes. Son de talla relativamente alta y esbeltas, pero destacan por tener pies muy pequeños y bien formados. Su cara, a cuya blancura el toque del trópico le arrebata la frescura floreciente, está avivada por los ojos grandes, oscuros y ardientes y por la nariz no muy pequeña pero bien formada, así como por la boca fina con sus pequeños dientes de una blancura radiante en filas muy regulares[3]. Si a ello se agrega la larga cabellera negra que cae en dos o cuatro trenzas en la nuca, se tiene que concluir que la limeña tiene un aspecto orgulloso y noble y al mismo tiempo, mantiene la atracción de su amabilidad femenina en alto grado.

En sus casas las damas suelen estar vestidas ligeramente y de modo algo descuidado, sobre todo durante el verano. Por lo general ni siquiera se cierran sus vestidos. En sus visitas y en el teatro aparecen vestidas a la moda francesa. En la calle y en paseos, en la iglesia, procesiones, etc. se sirven de un traje original típico de Lima, que se llama «saya y manto». Existen dos tipos de sayas. Una, la saya ajustada, que fue usada con frecuencia en tiempos anteriores, pero se ve raras veces en la actualidad. Consiste de una falda superior de seda pesada, cosida en innumerables pliegues en forma de tubos, lo que se estrechan y se juntan más hacia arriba. Cubre desde la cintura hasta los tobillos y está muy ajustada al cuerpo, de tal manera que enfatizan los contornos del cuerpo, en particular las caderas. Está muy ajustada también en la parte baja. Ya que aprieta las piernas, impide una caminata rápida y dificulta mucho los frecuentes movimientos de arrodillarse y pararse en la iglesia. Las mujeres devotas tienen que encorvarse y torcerse mucho antes de poder levantarse del piso.

Una anécdota cuenta que a veces los patriotas y otras veces los españoles estuvieron con ventaja en la posesión de Lima durante la Guerra de la Independencia. Un destacamento de los últimos quería comprobar el sentimiento de los limeños y se disfrazaron de patriotas, acercándose a la ciudad. Apenas se supo de su llegada cuando una muchedumbre se aprestó en saludarlos con alegría, entre ellos muchas mujeres vestidas con estas sayas

3 Las limeñas se limpian los dientes varias veces al día con la llamada «raíz de dientes», de la que siempre llevan un trozo en su bolsa. [T]

ajustadas. Al acercarse, los españoles disfrazados se mostraron como tales y comenzaron a atacar a este montón deslumbrado. Los hombres se escaparon en la noche, pero las mujeres apretadas en sus sayas no podían moverse y, en su mayoría, fueron rematadas a sablazos.

El segundo tipo de saya se llama «saya culeca» o «saya desplegada». Solo en la cintura está ajustada pero más abajo se abre como una crinolina. Está confeccionada de la misma tela que la saya ajustada pero se deshace la costura que une los pliegues longitudinales. Por lo general el color de la saya es negro, verde, azul o canela.

El manto es un velo de seda densa y negra, atado a la parte trasera de la correa con un cordel a la altura de la saya. De ahí cubre la espalda, los hombros y la cabeza. Hacia delante se repliega y se cierra ajustándolo en la frente, dejando solo un pequeño espacio triangular para el ojo. Una chalina ricamente bordada cubre el pecho y el vestido por debajo de ésta, de modo que solamente se ven las mangas. Las manos graciosas están cubiertas por guantes elegantes, una sostiene el velo y la otra, un pañuelo valioso.

Este traje curioso capta la atención de cada extranjero, a quien le cuesta acostumbrarse a su aspecto y encontrarlo atractivo. La saya ajustada no es ni decente ni graciosa; la más amplia, en cambio, favorece a la mujer y cae bien con su postura garbosa y su caminata delicada. Cuando llegué por primera vez a Lima y encontré a estas mujeres cubiertas de velos, unas cuantas llevando sus rosarios, pensé que las monjas de este país gozaban de más libertades que en otras partes. Después de la oración, a las seis y media de la tarde, se les prohíbe a las mujeres por orden policial vestir sus sayas en las calles.

Como esta falda está sobre el vestido común, resulta muy cómoda y hace innecesaria una *toilette* prolongada. Durante visitas cortas las mujeres se quedan con ella, pero se la quitan cuando se quedan por más tiempo.

Saya y manto son los mejores medios auxiliares en las numerosas intrigas de las limeñas, por lo que se los usa con frecuencia. Las «tapadas» (así se les llama a las mujeres cubiertas de velos) se toman muchas libertades en las calles y lanzan sus comentarios irónicos sobre todo lo que les capta la atención. Por otro lado deben aguantar también las respuestas poco delicadas a sus bromas. El velo es intocable, si un hombre tratara de levantarlo tendría que contar con un castigo duro por parte de la plebe.

Este disfraz juega un papel esencial en las intrigas amorosas por lo que se le cambia de vestido varias veces durante el día. Suele suceder a menudo que una dama tiene una cita con su amante en la calle, mientras que su marido está conversando con un conocido sobre negocios a pocos pasos de ellos, sin tener la menor sospecha que la tapada cuya figura podría aún admirar, es su propia esposa. Tanto «Mariquita», «Mercedita», como «Panchita», prestan su saya a su amiga para que se pueda esconder de los ojos

escudriñadores de sus maridos, ya que saben muy bien que ella responde con servicios iguales en casos parecidos. A veces se ve a una dama con saya muy desgastada, pero la chalina valiosa, su pañuelo finamente brocado, sus calcetines de seda y sus zapatos de satén, señalan claramente que la tapada pertenece a una clase social más alta y está involucrada en una aventura amorosa. Resulta difícil o casi imposible reconocer a una dama tapada. El único ojo visible no es una guía tan segura como podría creerse y postura y caminata pueden cambiarse fácilmente. Como se viste el mismo manto también con saya cambiada, algunos maridos han tenido la idea de señalarlo para poder reconocerlo luego, pero la atención de parte de las tapadas logra zafarse de ello también.

Se comprende que ocurren engaños muy desagradables con este juego de disfraces. Si una figura alta y esbelta con pasos majestuosos se acerca, se imagina por sus contornos nobles las proporciones más excelsas de sus formas y si resplandece un ojo grande y ardiente entre las telas, se asume la presencia de una Hebe. Pero cuando, por casualidad, se levanta el velo, puede verse a una mulata fea con una sonrisa de oreja a oreja.

La mayoría de los extranjeros que se casan con limeñas ponen como condición a sus esposas, dejar de vestir saya y manto después de las nupcias. Ellas aceptan esta condición, pero si la cumplen efectivamente, depende del juicio de los felices esposos. Algunos creen que su orden está cumplida al pie de la letra, pero, por regla, quedan como los engañados, ya que las mujeres solo acuden a más artificios para no tener que renunciar por completo a una costumbre a la que están adictas enteramente.

Si seguimos a la limeña (refiriéndonos básicamente a la limeña blanca) en su vida doméstica, encontramos en ella una madre dedicada, pero sin mayores dotes como ama de casa. Casi todas las damas disponen de un número más que suficiente de sirvientes, en su mayoría esclavos. Una cocinera, niñera, camarera, costureras, algunos sirvientes, algunos niños negros o indios, cuya tarea consiste en llevar una alfombra para la dueña cuando se va a la misa, todos ellos pertenecen a un hogar decente. Cada uno de estos sirvientes hace lo que le viene en gana y la dueña de la casa no se preocupa por el desorden que resulta de su atención deficiente. Ella se levanta tarde, se hace el tocado adornándose de jazmín y flores de naranjo y espera el desayuno. Después recibe visitas o las hace a otras, se balancea en su hamaca durante las horas del mediodía y se echa sobre el sofá y fuma un cigarro. Después del almuerzo continúa con sus visitas. En la tarde se la ve en el teatro, en la Plaza o sobre el puente. Pocas mujeres se dedican a manualidades, salvo el bordado o la costura, en las que desarrollan aptitudes considerables. En actos sociales no trabajan por principio, tampoco después de la oración. ¡Qué ciudad más feliz en la que no se conoce las labores de punto en los círculos sociales! Las damas aman la música con pasión, tocan piano o guita-

rra y se acompañan cantando, aunque sus esfuerzos suelen ser mediocres a falta de buenos profesores. La costumbre de fumar tabaco está muy difundida entre las mujeres, pero suelen hacerlo en sus habitaciones, tratándose menos de las jóvenes que de las mayores. En tiempos recientes esta costumbre fea parece decaer en Lima, mientras que va en aumento en el continente del Viejo Mundo. El uso de tabaco de rapé está prohibido en los conventos, pero, pese a ello, las monjas se dedican a ello en exceso. Ellas se sirven de un tabaco español muy fino de color rojo que cierra herméticamente las vías respiratorias, lo cual produce una extraña modulación gangosa de la voz.

La vanidad y la manía de ataviarse ha alcanzado un punto de culminación en las mujeres de Lima. Aplican todo lo que pueden para satisfacer su inclinación y se endeudan con sumas considerables para adquirir objetos ostentosos. En tiempos pasados cuando perlas y diamantes tenían que ser verdaderos, esto ocurrió con más frecuencia de modo que muchas mujeres han llevado a la bancarrota a sus esposos con tales actitudes. Ahora, en cambio, con el acceso a muchas piedras de imitación francesas pueden tener la satisfacción de tener adornos deslumbrantes a menor costo. Asimismo, adoran apasionadamente los perfumes echándose continuamente agua de colonia, agua de alhucema y agua rica o mixtura (un agua muy aromática de color amarillo, hecha de muchas flores como jazmín y la flor de mistela [*Talinum umbellatum*]). También sahúman sus cuartos a diario.

Si la dueña de casa quiere mostrar su amabilidad frente a su visita, echa perfume al pecho de las damas o a los pañuelos de los señores. Además de ello, se quejan continuamente del estado de sus nervios, mareo y malestar.

La vanidad de las limeñas alcanza su culminación en el orgullo de sus pies pequeños y realmente hermosos. Al caminar, parar, sentarse o estar echada en la hamaca, siempre procuran cuidadosamente que su pie pueda verse debidamente. Un piropo por su virtud, su intelecto o su belleza no tiene tanto valor para ellas que uno dedicado a su gracioso pie. Por ello lo cuidan con la diligencia más escrupulosa y evitan todo lo que pueda contribuir a su crecimiento. Sus zapatos siempre son más pequeños que su contenido y se fuerza el pie para poder calzar. Éstos normalmente son de satén o seda, con abundante bordado o de tafilete fino. Cada semana usan uno o dos pares de zapatos y no es raro que el gasto anual en calzado alcance unos doscientos pesos duros. Un pie grande recibe el calificativo despectivo de «pataza inglesa» que causa horror a las limeñas. Escuché una vez alabanzas bien merecidas sobre una europea muy bella por parte de algunas damas de Lima, los que terminaron con «¡pero qué pie, válgame Dios! ¡Parece una lancha!» Pero la dama aludida tenía un pie que en Europa no hubiera sido considerado como excesivamente grande.

La glotonería es una de las características más negativas de las habitantes femeninas de Lima. Fuera de sus comidas comunes, comen conti-

nuamente lo que venden los negros en las calles. Se llama al «tamalero» y se compran «humitas», pan de Chancay y biscochos, también «mazamorrita morada» o frijoles colados. Pese a ello se come tanto en el desayuno como si no hubiera habido tanto consumo en los entreactos. ¿Es de sorprenderse, por lo tanto, que las buenas damas se quejen constantemente de dolores de estómago?

La limpieza de los interiores de la casa se limita a las dos salas en las que se recibe visitas, la sala y la cuadra. Las demás habitaciones más parecen establos que una vivienda humana y no le dan honores a las dueñas. En ello se muestra claramente el carácter nacional: mucha apariencia externa y poco contenido interno.

Los nombres de las mujeres suenan extraños en muchos casos, ya que siempre se les da el nombre del santo o de la fiesta del día en que nace la niña. Particularmente curiosos son aquellos que se refieren a las diferentes apariciones de la Virgen María como Nieves, refiriéndose a la Virgen cuando le apareció a San Francisco en las montañas de nieve; o Pilar, por su aparición en el pilar de Zaragoza; Concepción, por la concepción de Jesús o Natividad, por haber ocurrido en ese día; Candelaria, por la fiesta del mismo nombre o Asunción, por la asunción de María. Jesús se llaman las que han nacido el primer día del año. A estos nombres frecuentemente se les agrega «–ita». Para los extranjeros resulta extraño si escuchan que una dama joven se llama «Doña Jesusita» o «la señorita Jesús». Muchos diminutivos tergiversan el nombre de bautizo por completo, así «Panchita» es el diminutivo para Francisca, «Pepita» para Josefa, «Conchita» para Concepción, etc. Después de casada la mujer no adopta el apellido de su marido sino lo agrega con la partícula «de» al suyo, como v. g. María Juana Rodríguez de Salazar.

Después de haber alcanzado una cierta edad, las limeñas cambian su estilo de vida por completo. Cuando sienten que su tiempo de auge ha terminado, que ya no reciben aquella atención de afuera que están fascinadas por la juventud y la belleza o cuando se sienten cansadas de su modo de vida no tan ejemplar o saturadas del goce excesivo de la embriaguez de sentidos a la que seguían por tanto tiempo, se privan voluntariamente de sus distracciones y se orientan hacia la religión, convirtiéndose en beatas. Diariamente visitan la iglesia por dos o tres veces, se confiesan por lo menos semanalmente, ayunan, oran y se lamentan en la Semana Santa, reciben visitas de su confesor y le preparan las golosinas más finas, le envían la calesa en caso que rehúse ir a pie y exponen su devoción en todas las formas imaginables.

Esta devoción farisaica, lejos de un arrepentimiento verdadero, de una fe profunda o una religiosidad sincera, indigna más por empeorar su carácter ya que estas santurronas que ya no participan en las distracciones comunes, se dedican a escudriñar los defectos de sus prójimos y dirigen el aguijón venenoso de la calumnia contra todos los que están a su alcance. Estas bea-

tas forman la clase más peligrosa de los habitantes de Lima y se les teme más que a los asaltantes callejeros, ya que contra el ataque abierto de ellos hay formas de defenderse.

Las limeñas poseen muchos dotes naturales que lamentablemente no cultivan mucho. Tienen una inteligencia aguda y penetrante, un juicio claro y opiniones muy acertadas acerca de las más diversas condiciones de la vida. Como las mujeres de Sevilla, ellas destacan por sus respuestas rápidas y acertadas y es seguro que una limeña nunca pierde en una discusión. Tienen una rara solidez de carácter y un coraje no tan común en el sexo femenino, lo que les coloca muy por encima de sus esposos, cobardes y faltos de carácter. En las revueltas políticas las mujeres han jugado papeles tan importantes o aun más importantes que los de los hombres. Dotadas de gran ambición, están acostumbradas a manejar las intrigas más complicadas. En los momentos difíciles demuestran sangre fría y mueven la gran rueda de la política con éxito fatal, regresándola hacia su propio provecho que por regla coincide con el bien del estado.

Doña Francisca Zubiaga, la esposa del ex presidente del Perú, don Agustín Gamarra, reunía todas estas características en alto grado. Si bien fue acusada de haber sido la causa principal del estado lamentable del Perú durante el gobierno de Gamarra, creo que la verdadera causa tiene que buscarse en la ausencia de carácter y la cobardía de su esposo. Cuando Gamarra fue expulsado con sus tropas de Lima por la plebe que les lanzaba piedras y cuando se quedó indeciso parado en la Plaza Mayor quejándose, doña Francisca se le acercó en su caballo, le arrancó su espada del costado y se puso delante de las tropas para comandar su retiro ordenado, lo que, en esta situación, fue lo único que quedó para salvar los restos del ejército. Cuando un extranjero se permitió expresar algunos comentarios indecentes, se le acercó montada en su caballo y le amenazó diciendo que iba a prepararse un par de guantes de jinete de su piel a su retorno. Murió pocos meses después en su exilio de Valparaíso, a causa de ataques epilépticos. En caso contrario hubiera sido capaz de realizar la amenaza, unos cuatro años después, bajo condiciones más favorables. Después de su matrimonio con Gamarra, la vida de esta mujer ofrece una secuencia ininterrumpida de curiosos rasgos de coraje, decisión, sangre fría y pasión que constituiría un material muy digno para la pluma de un biógrafo capaz.

Sin las intrigas de mujeres no hubieran derrocado a Santa Cruz. La revolución de Orbegoso fue obra de una mujer y sin maquinaciones femeninas, los chilenos nunca se hubieran apoderado de la capital.

Las mujeres de Lima son capaces de alcanzar un alto grado de formación intelectual si desarrollan las dotes abundantes que poseen cuidadosamente, junto con una educación funcional. Esta ciudad tiene muchas mujeres que han destacado por su intelecto y sus conocimientos. Me permito

registrar en estas hojas el nombre de una de ellas, que me ha ofrecido uno de los más hermosos recuerdos que pude llevarme del Perú.

Doña Manuela Navago de Riglos[4], la hija de un español noble quien tuvo el difícil encargo de ser secretario particular bajo tres virreyes, se destacó por dotes extraordinarias desde su más temprana juventud y tenía la suerte de poder cultivarlas bajo las circunstancias más felices. Se dedicó con mucho empeño al estudio de la literatura y se concentró con mucho éxito a la poesía en su tan maravillosa lengua materna. Sus poemas, pocos de los cuales fueron publicados, destacan tanto por el sentimiento puro y profundo como por el vuelo sublime de su pensamiento. Pudo reunir un círculo de hombres cultos y gozaba profundamente de conversaciones ingeniosas sobre tópicos variados. Con la atención más cordial recibía a los extranjeros y muchos de ellos recordarán como yo en sus patrias lejanas, las maravillas horas que pudieron gozar en su compañía. Una temprana muerte le privó de su esposo y esta pérdida dolorosa formó el germen de una enfermedad incurable en su pecho. Los médicos la enviaron a la sierra en la esperanza vana, que el aire puro de las montañas pudiera frenar el mal que avanzaba implacablemente. Ahí conocí a doña Manuela, ya encorvada de la enfermedad, pero con el espíritu joven y fresco. Consciente de su muerte cercana y prematura (aún no había cumplido el trigésimo tercer año de su vida) y con la sensación deprimente, de dejar cinco hijos muy apegados a ella, pudo reanimar a su familia doliente y sus amigos tristes con amigables palabras de consuelo. Fue conmovedor, presenciar la resignación y la confianza creyente de esta noble mujer. Sus labios nunca pronunciaron queja alguna por su destino cruel. Solo su anhelo de morir en Lima y descansar al lado de su esposo, le causaron pena de vez en cuando y repitió entre llantos la primera estrofa de uno de sus poemas:

A la orilla de mi río
A la orilla del Rímac
Dios de Misericordia
Devuélvame por piedad.

Su deseo le fue concedido. El 18 de octubre de 1842 los restos de doña Manuela Navajo fueron enterrados en el mismo nicho que había recibido a los de su esposo unos seis años antes. ¡Que descanse en paz!

Los indios de Lima solo aparecen en un porcentaje mínimo de la población (5000 de 54 000). Entre ellos se encuentran tantos inmigrantes como nativos, la mayoría de ellos provenientes de la sierra y solo pocos de la costa.

4 El nombre correcto es el de Manuela Rávago de Riglos, hija de Simón Díaz de Rávago (comunicación personal con Rafael Sanchez-Concha). [K]

Por su continuo contacto con los blancos, su carácter se ha modificado significativamente, por lo que quiero postergar el esbozo de ellos, para dedicarme a ello donde aparece en su pureza original y destacar la diferencia entre el indio costeño y el serrano [en la sierra, cf. Segundo Tomo]. Los indios de Lima son gente activa e infatigable. Muchos de ellos poseen pequeñas tiendas de abarrotes y gozan de buen crédito en las grandes casas comerciales gracias a su honradez. Los pasamaneros en el Portal de Botoneros son todos indios, muchos otros se dedican a la sillería o la platería. Los indios que sirven de mensajeros son más flojos y deshonestos, así como más cerrados y desconfiados; esto vale en particular para los recién llegados. Por lo general son vanidosos y sucios en sumo grado. En cuanto a sus facultades intelectuales, son inferiores a los criollos blancos a los que tienen un cierto temor difícil de erradicar.

Los negros ocupan una quinta parte de toda la población, su número total alcanza algo más de 10 000, unos 4800 esclavos incluidos. Pese a que el Acta de Independencia declara que «nadie en el Perú nace de esclavo», el Congreso Nacional ha tomado a bien modificar esta cláusula en reiteradas ocasiones. En Huaura se determinó que los hijos nacidos de esclavos alcanzarían su libertad solo a partir de los 25 años de edad, el Congreso de Huancayo prolongó este lapso a unos 50 años. Ya no se importan esclavos de África, un párrafo de esta misma acta dice que «quien venga como esclavo de otro país al Perú, es libre en el mismo momento que pisa tierra de esta república». En consecuencia, en el caso que un peruano que viaje con su esclavo a Chile y regrese con él a su patria, el esclavo tendrá el derecho de pedir su libertad. Solo los negros fugitivos son una excepción, ellos pueden ser reclamados aún años después de su regreso por sus dueños antiguos. El valor de estos esclavos es menor que el de los de América del Norte. En Lima un negro joven, fuerte y sano cuesta unos 400 pesos duros en promedio, para una negra, sobre todo una negra de chacra, se paga cien pesos más. El precio de los que están destinados para el servicio doméstico depende de su carácter y de sus habilidades. Un buen cocinero o una buena costurera cuestan unas onzas de oro más que aquellos que trabajan como cargadores de agua o sirvientes. En cuanto a los negros de hacienda solo interesa su estado de salud y su fuerza física.

El tratamiento de los esclavos en Lima, sobre todo de parte de los criollos, es extraordinariamente blando comparable al de los sirvientes en Europa. Solo raras veces el dueño de casa se ve obligado a castigar corporalmente a sus negros. Si merece tal castigo se le envía a la panadería donde lo recibe. El trabajo de amasar y quemar el pan es considerado uno de los más duros por el calor excesivo, por lo que está a cargo de los esclavos, los que están bajo el control implacable de un mayordomo. Como todos se encuentran culpables de algún delito y se les envía a la panadería, no se

les tiene la menor consideración y la falta más insignificante les vale un castigo duro. Con frecuencia unos 25 a 30 negros están parados en una hondonada y amasan el pan con el sudor que les cae de cara y pecho, mientras que un látigo largo está sobre sus espaldas desnudas. Castigos más duros provienen adicionalmente de parte del mayordomo. De acuerdo con la gravedad del delito el castigo dura entre 24 horas y varios años. A los negros muy malos e incorregibles el panadero les vende a precios muy rebajados. El temor a la panadería es tan grande entre los esclavos que comienzan a temblar solo al escuchar la amenaza y, en caso que ésta se haga realidad, imploran a sus dueños insistentemente que él mismo les castigue sabiendo muy bien que les convendría tal cambio.

Las leyes especiales que protegen a los esclavos en Lima son más ventajosas que en ningún otro estado que tiene esclavos. Existe un juez especial que recibe las quejas de los esclavos y les protege de maltratos injustificados. Si uno de ellos puede pagar la suma que su dueño pide para él y la que está fijada legalmente en casos difíciles, queda en libertad. También tiene el derecho de venderse a otro dueño, si éste quiere pagarle la suma requerida al primer dueño. Aun si no quiere perderlo tiene que aceptarlo por ley. Los negros tienen muchos medios para ganar dinero. Su servicio les permite trabajar unas cinco a seis horas para ellos mismos, de manera que les resulta fácil ahorrar en el curso de unos años la suma requerida para comprar su libertad. Pero por lo general gastan este dinero para la satisfacción de sus necesidades sensuales y no les interesa tanto su libertad. En su condición de esclavos reciben alojamiento, alimentación, vestido y cuidado en caso de enfermedades, todo gratuito. Pero al quedarse en libertad se ven obligados a cuidar de sus necesidades por su propia cuenta, lo que les resulta difícil debido a su flojera innata. A los negros domésticos le gusta ser esclavos en lo general, lo que no vale para los negros de las haciendas por tener trabajo más duro y sufrir de un tratamiento más severo. Conocí a un negro anciano que tenía un ahorro de 6000 pesos duros sin usarlo para pagar su libertad, aunque la había comprado para sus hijos y para dos hermanas suyas. Me dijo varias veces que no hubiera tenido una condición de vida tan favorable como ahora. Los negros son mejores sirvientes que los indios, ya que son más vivos y conocen mejor el cuidado de los caballos. Pero se les debe controlar constantemente bajo amenazas y advertencias. La causa de la existencia de esclavos malos reside en su tratamiento demasiado blando, esta clase de hombres requiere severidad implacable para convertirla en algo ordenado.

Los negros importados de África, llamados «bozales», son mucho mejores que los negros criollos, pese a poseer una menor fuerza física y viveza en menor grado. En vez de ello son pacientes, dóciles y mucho más fieles y leales que aquellos nacidos en el Perú. Siempre guardan cierto orgullo, sobre todo aquellos de sangre noble. Un descendiente de España se había com-

prado una joven princesa negra que no servía para ningún trabajo. Cuando fue mandada al mercado, puso su canasta en el suelo y dio de entender que estaba acostumbrada a que le sirvieran, pero no a servir. La consecuencia natural de esta denegación fue el castigo de golpes de látigo con el cual el mayordomo quería acostumbrarla a sus deberes, pero todo fue en vano. Sin lamento sufrió los castigos más implacables, pero no cedió un paso en su terquedad. Por ahora estaba sentada sobre el suelo mirando fijo delante de sí y murmurando «Yo clavita, yo clavita»[5] en su tono particular de bozal. Luego saltó de improviso y corrió para pegar su cabeza con el muro hasta caerse desmayada. Como mostró cariño a los niños de la casa, se le encargó del cuidado de ellos. Se dedicó a esta tarea con una ternura y una lealtad conmovedoras, pero no hizo nada que no le correspondía. Su dueño era lo suficientemente razonable para no molestar su trabajo tranquilo y sin falta con intromisiones burdas.

La resistencia en los negros bozales resulta en la consecuencia inevitable de un tratamiento duro, el que aguantan lúgubres y silenciosos, mientras que los criollos se tuercen y voltean como gusanos para después pretender ser amigables.

Cuando el número de negros africanos fue más importante en Lima, las diferentes tribus mantenían cohesión y formaban cofradías que se reunían regularmente y en las cuales se les rendía homenaje a los esclavos de familias aristocráticas, probablemente en grado mayor que en sus patrias originales. En estas reuniones solían recordar con sermones, ceremonias religiosas, música, canto y baile y con nostalgia su patria lejana y un pasado más feliz.

Estas cofradías también tienen un fin filantrópico, ya que les adelantaron a los esclavos con dueños severos la suma requerida para su liberación a través de un impuesto general.

Desde la independencia del Perú y la prohibición de la importación de negros, estas cofradías han decaído y han perdido su carácter original. Ahora también aceptan la presencia de negros criollos y libertos. Locales para estas reuniones se ubican en San Lázaro, ahí las paredes están pintadas con las figuras más ridículas de reyes negros, elefantes, camellos, palmeras, etc.

Los negros libertos en Lima y en todo el Perú son una verdadera plaga. Son demasiado perezosos para encargarse del trabajo pesado y para ganarse el pan de cada día, toman cualquier medio que les permita ganar dinero de la manera más fácil. Para ellos lo más cómodo es esconderse por las calles y asaltar a los transeúntes. Casi todos los asaltantes de caminos en la costa del Perú son negros libertos. El robo y el engaño se han convertido en algo natural de ellos, fuera de ello son bestialmente sensuales y excesivos en todas sus preferencias. Quien quiera defender a los negros se sentirá inclinado a ads-

5 Probablemente como abreviación de «yo esclavita». [T]

cribir estas características de maleantes a la deficiencia en su educación, al recuerdo de su esclavitud, a la venganza, etc. y considerar estas razones de peso suficiente para explicar esta situación. Pero incluyo aquí a los negros nacidos libres, los que fueron acogidos en casas ricas, los que gozaban de tan buena educación como los criollos blancos y los que fueron tratados con mucha amabilidad gozando de muchos beneficios. Aun éstos no se diferencian de aquellos crecidos medio salvajes viviendo con sus padres. Si un negro sabe escribir y leer y si sabe algo de las ciencias, usa estos conocimientos para convertirse en delincuente más preparado al usarlos para ejercer sus fechorías en la vida burguesa. ¿Cuál es la razón de esta maldad incorregible de los negros? La respuesta a esta pregunta importante es difícil si partimos del axioma que los negros son tan capaces de educarse como los caucásicos, tomando como ejemplo los casos de etíopes cultos como base del razonamiento. Los que tienen esta opinión y los que conocen con precisión las condiciones sociales de los países en los que viven negros libertos, podrán contestar esta pregunta. En mi opinión los negros no tienen la misma capacidad de formación que los europeos y no pueden alcanzar en su totalidad un estado cultural alto ni con la educación más excelsa, ya que la construcción de su cráneo y el consiguiente crecimiento de su cerebro se acerca más a las formas animales.

El afán de imitación que caracteriza a los monos está desarrollado en los negros en sumo grado. Captan fácil y rápidamente lo mecánico, pero les falta el espíritu. La sensualidad es su centro alrededor del cual gira toda su existencia, su pensamiento y su acción. Son solo parcialmente libres y actúan así porque están obligados a hacerlo y no porque así lo quieran. Ahí está la causa y a la vez la excusa de su carácter malo.

Una de las ocupaciones principales de los negros es cargar bultos y vender agua. Cada cargador de agua tiene una mula o un burro cargado de dos pequeños barriles en una silla que tiene la forma de una cesta. Llenan estos toneles en la pila grande de la Plaza Mayor para llevarlos a los barrios más apartados de la ciudad. Toda la carga cuesta medio real. Los esclavos dedicados a esta actividad tienen que dar algo de la suma ganada a sus dueños, todo lo que sobra es suyo. Los cargadores de agua tienen la obligación de regar la Plaza Mayor en época de verano y a matar a los perros sin dueños de los que existe una cantidad enorme semanalmente, en todos los martes[6]. Esta última tarea es un placer para los negros y se les nota con cuánto deseo de matar persiguen a los perros para matarlos a golpes con palos largos. Con frecuencia matan unos 200 a 300 perros, cuyos cadáveres los llevan en carros grandes delante de la muralla de la ciudad, donde sirven de alimento para los gallinazos.

6 Después de unos 40 años, la rabia ha aparecido en diversos puntos de la costa del Perú, lo que explica esta disposición. [T]

Los cargadores son poco dados al trabajo. Todo el día están parados en las esquinas y en las pulperías y esperan hasta que alguien les llame. No aceptan cargas pesadas y aun para las menores piden precios excesivos.

Otros negros traen forraje de las chacras cercanas a Lima, el que consiste de alfalfa o maicillo. Cada uno de ellos es arriero de unos 60 a 80 burros cargados. Armado con un látigo largo, monta uno de los burros más fuertes y golpea estos animales tan implacablemente que casi siempre corren a trote rápido o galope. Con una costilla afilada de carnero hinca los flancos del burro que le sirve para cabalgar y al hacerlo le arranca pedazos grandes de su piel y su carne. A estos bárbaros les falta todo sentimiento humano y no conocen límites en su crueldad contra los animales de carga. He visto que un negro cuyo burro estaba cansado soltó su estribo de madera con el que golpeó al burro hasta caer muerto. Los maltratos que estos inhumanos dan a sus animales indefensos alcanzan excesos impensables y servirían de por sí para dejar una luz muy desventajosa sobre el carácter de los negros, si no tuvieran tantos defectos más que una filantropía mal comprendida tiende a disculpar rápidamente, presta para cubrirlos con «el manto del amor». Es bien sabido que precisamente aquellos quienes nunca han salido del estrecho círculo en el que han nacido y crecido, son los defensores más fervorosos de estas llamadas «razas humanas suprimidas y despreciadas» y los que juzgan sobre condiciones, que ellos mismos no pueden entender cabalmente.

El refrán «Lima es el cielo de las mujeres, el purgatorio de los maridos y el infierno para los burros» no requiere mayor explicación después de lo explicado.

Las negras apenas se diferencian en su carácter de sus esposos, pero merecen el elogio de ser más activas, más persistentes y más voluntariosas. Como sirvientas son buenas y en ello superan largamente a las mestizas. También son buscadas como nodrizas ya que son muy cumplidas en este respecto. Su vanidad no conoce límites y está a la par con una gran sensualidad. Cada real ahorrado lo invierten en ropa y en artículos de tocado. En los días feriados se pasean orgullosamente en sus ropas blancas bordadas que caen para casi llegar a los tobillos, con sus mangas cortas que dejan ver sus brazos de negro carbón, sus calcetines color rosa pálido de seda, sus zapatos celestes de satén, sus grandes aretes dorados y cuello y pecho sin adorno. Con frecuencia sus adornos son de piedras preciosas verdaderas. La esclava de una familia que conocí poseía un collar con las perlas más grandes y finas de Panamá de un valor de varios miles de táleres. La blancura pura de su adorno hizo un contraste maravilloso con la nuca de un negro profundo, que embelleció a esta esclava más que a la europea más hermosa.

El negocio de las lavadoras también está en manos de las negras, si bien llevado sin piedad alguna. Por el río ellas trituran la tela entre dos piedras,

tanto que el lino más fuerte queda agujereado completamente en poco tiempo. También tienen la mala costumbre de quedarse mucho tiempo con la ropa antes de devolverla. Cuando la reciben lavan parte de ella inmediatamente, en particular las camisas, los calcetines y las sábanas y se sirven de ella para su propio uso. Sus camas están hechas con sábanas ajenas y sus esposos o amantes llevan las camisas más finas en días feriados, las que no fueron hechas para ellos. Después de dos o tres meses, después de haberlas usado con frecuencia, las devuelven. Las quejas de las damas de Lima sobre los sirvientes no conocen fin, pero no resuelven nada.

Los negros, tanto los esclavos como los libertos, se dirigen a los blancos con «mi amo» o «su merced», mientras que los indios quienes se creen superiores, usan las expresiones «señor» o «usted» como lo hacen los blancos entre ellos.

Después de haber presentado las razas principales nos dedicaremos al ejército colorido de los mestizos, los que constituyen una parte considerable de la población. Presentaré primero un pequeño resumen de las variedades, las que suelen confundirse frecuentemente por los europeos, concentrándome en los padres. Stevenson ha procurado una lista larga de estas mezclas en su excelente libro mencionado. Siempre enfatiza cuántos octavos o décimos sextos de cada color blanco, negro o pardo están contenidos en cada una de ellas. Estos datos, sin embargo, no son seguros y bastante superfluos, ya que están definidos por la apariencia externa la que depende de un sinnúmero de variantes. Stevenson comete el error de llamar a los niños de un negro con una blanca «zambos», mientras que, según él, los de un blanco con una cuarterona son «quinteros», y los de un cuarterón con una blanca son «cuarterones». Existe, sin embargo, una regla fija de llamar a los niños con el mismo nombre de mezcla, trátese del padre o de la madre de diferentes colores. En consecuencia, los niños de un negro con una blanca son «mulatos» también en el caso que exista la proporción opuesta o sea la unión entre negra con blanco. Si un mestizo se casa con una mujer que tenga la tez más oscura que él, lo que resulta en niños también más oscuros, se llama este fenómeno «un paso atrás».

En Europa se suele creer que el término «criollo» está relacionado con un tipo de coloración definido. Este no es el caso, ya que criollos son todos los americanos cuyos padres provienen del Viejo Mundo, sean ellos europeos o africanos. De ahí existen tantos criollos blancos como negros[7].

7 La palabra «criollo» viene de «criar». Los españoles usan este término no solo para hombres sino, también, para animales cuyos padres fueron importados y que se han multiplicado en las colonias, tales como caballos, ganado vacuno, gallinas, etc. [T]

Mezclas raciales

Padres	Hijos
Blanco con negra	Mulato
Blanco con india	Mestizo
Indio con negra	Chino
Blanco con mulata	Cuarterón
Blanco con mestiza	Criollo, se diferencia del blanco por su tez pálida levemente parda
Blanco con china	China blanca
Blanco con cuarterona	Quintero
Blanco con quintero	Blanco
Negro con mulata	Zambo negro
Negro con mestiza	Mulata oscura
Negro con china	Zambo chino
Negro con zamba	Zamba negra, casi totalmente negra
Negro con cuarterona y quintera	Mulatos algo oscuros
Indio con mulata	China oscura
Indio con mestiza	Mestizo claro, frecuentemente muy bello
Indio con china	Chino cholo
Indio con zamba	Zambo claro
Indio con china chola	Indios con pelo algo corto e hirsuto
Indio con cuarterona y quintera	Mestizos algo pardos
Mulato con zamba	Zamba, una raza mala
Mulato con mestiza	Chinos, bastante claros
Mulato con china	Chinos, algo oscuros

Fuera de las mezclas presentadas hay innumerables más, las que no reciben denominaciones particulares ya que no se diferencian mucho en el color de la piel de aquellas enumeradas. El mejor criterio para definir estas variantes es el pelo de las mujeres que engaña mucho menos que el color de la cara, este último puede estar en contradicción abierta con su descendencia. Hay mulatas con una tez casi completamente blanca y sus rasgos regulares pueden competir con las europeas más hermosas, pero su pelo lanudo y corto delata su filiación.

Las criollas blancas de Lima tienen una extraña facilidad de reconocer a primera vista a cada individuo con rasgos de mezclas raciales y no dejan de comunicar su descubrimiento al menos apto con un cierto triunfo, debido a su orgullo en su descendencia europea, que es una debilidad comprensible. Pese a la constitución republicana, existe un espíritu de casta que es extraordinariamente desarrollado en el Perú y se manifiesta en cada ocasión, particularmente en discusiones violentas, en las que el de tez más clara le reprocha su descendencia al más oscuro. El blanco es objeto de más envi-

dia de todas las variantes y nadie le discute su rango de preferencia. El indio mira con repugnancia al negro y éste, con desdén al indio. El mulato se cree casi igual al europeo y piensa que la proporción mínima de negro en su piel carece de importancia y le favorece en comparación al mestizo, quien para él es solo un «indio bruto»[7]. El impertinente zambo suele reírse de todos al decir: «Si valgo poco, soy mejor que mis padres». Cada uno encuentra una razón para sentirse mejor que los demás y opinar mal de los otros.

La ya expresada frase que dice que los híbridos reúnen solo las fallas, pero no las virtudes de sus padres, no es del todo cierta. Una excepción honrosa para ello son los mestizos. Ellos poseen muchas características positivas, heredadas tanto de los blancos como de los indios. Son amables, compasivos, irritables, buenos amigos en la necesidad de ayuda rápida, pero también veleidosos y poco valientes. Tienen una destacada preferencia de juntarse con los blancos, no quieren saber nada de los indios y los tratan con desdén. Su número es menos importante en Lima que en el interior, donde aldeas enteras tienen poblaciones de mestizos. Ahí se llaman «blancos» y enfatizan su diferencia con los indios.

No les puede agradar más que preguntarles si son españoles, lo que por regla afirman positivamente pese a sus rasgos netamente indios. El color de los mestizos es de un pardo claro, a veces pasando al negruzco. Su pelo es liso, largo y muy fuerte. Con frecuencia se ven mestizas con trenzas del grosor de un brazo que les llegan hasta las rodillas. Los hombres tienen una barba poco desarrollada, rasgos faciales marcados y un cuerpo fuerte. En Lima se dedican principalmente a la artesanía y al comercio. La mayoría de los mercachifles son mestizos.

Muy diferentes son los mulatos, cuya textura es algo débil, pero cuya condición mental está muy por encima de todos los demás híbridos, negros o indios. Tienen mucha habilidad para trabajos mecánicos, sobre todo la artesanía, pero también aprenden rápido y poseen dotes extraordinarias para la imitación, lo que podría desarrollarse espléndidamente bajo circunstancias favorables. Son susceptibles para cada impresión y sus sentimientos rápidamente se convierten en pasiones. Siempre detrás de la satisfacción de sus pasiones, conocen solo el presente inmediato y no se preocupan del futuro. Existe una segunda clase de mulatos que son muy curiosos en el sentido psicológico. Tienen el apodo de «palanganas»[8] y poseen una memoria extraordinaria, de tal manera, que son capaces de repetir palabra por palabra sermones y prédicas que escucharon una sola vez hace años. Tam-

7 «Un indio bestial». Se trata de la expresión favorita de los limeños cuando se refieren a los indios, los que ciertamente no merecen este calificativo de menosprecio. [T]

8 «Palangana» es el nombre de una tina, en particular, la de barbero. Es una expresión figurativa que significa 'fanfarrón insustancial'. [T]

bién están dotados de una fantasía desbordante y una impertinencia ilimitada. Los palanganas siempre se abren paso donde hay algo que ver o escuchar y repiten de la manera más ridícula y con las gesticulaciones más extrañas lo que les llamó la atención en las prédicas, las ponencias del congreso o de otra ocasión festiva. Antaño, cuando la universidad de San Marcos estaba en su auge, un partido de estos palanganas siempre estaba en la tribuna, seguía las ponencias y discusiones con una sinceridad cómica, hacía sus glosas, se metía en las preguntas y luego, en la calle, repetía los silogismos latinos (los que tienen que intercambiarse entre el candidato y su opositor durante más de media hora en el acto de otorgamiento de grado en la universidad), a veces todas las discusiones y las ponencias inaugurales con fervor inimitable y gestos exagerados.

Cuando se juntan dos palanganas son inagotables en la repetición de fórmulas latinas, artículos de periódicos, fragmentos de prédicas, etc., y gesticulan hasta casi morirse. He aquí una anécdota muy característica. En la iglesia de San Agustín, un palangana se enfrentó al monje que estaba dando su prédica y le hizo ver su disconformidad con los gestos más expresivos, hasta que el sacerdote exclamó: «¡Este mulato me molesta, sáquenlo!»; «Ah», se apresuró éste en contestar, «¡Esto es lo único nuevo, ya que Fray Manuel dio la misma prédica en San Francisco hace dos años!».

Ahora muchos mulatos se dedican a la teología, ya que la Ley de Indias[9] de acuerdo a la cual ningún híbrido estaba permitido de convertirse en sacerdote, fue abolida por la Independencia. Se dedican también a la medicina con gran fervor. La mayoría de los médicos en Lima son mulatos. Ellos destacan por su burda ignorancia, ya que no tenían profesores en teoría o en clínica. Pese a ello, gozan de la confianza plena del público que prefiere mucho más al indígena ignorante que al extranjero culto. Como barberos, los mulatos están en su elemento ya que poseen en alto grado todas las cualidades que destacan a esta clase de personas en todas partes.

Hay algunas mulatas muy hermosas como ya fue mencionado antes, pero siempre les falta la noble forma ovalada de la cabeza, la que es primera condición para la belleza clásica. Por regla su cara es redondeada, algo gorda, con rasgos marcados de una sensualidad apasionada. Pierden sus atractivos muy pronto y paulatinamente aparece cada vez más el tipo negro en su edad avanzada. Su pelo es muy corto, apenas del largo de un dedo, de un color negro profundo y crespo. Se lo convierte en pequeñas trenzas, más de cien, de las cuales se ven entremezcladas. El color de su cara

9 Esta ley fue seguida con la mayor severidad. Solo blancos o indios puros estaban permitidos de estudiar teología y adquirir el rango de sacerdote. Hace cuarenta años, un zambo consiguió este permiso con mucho sacrificio de dinero y de mediaciones. Pero le fue concedido con la condición de ejercer su oficio solo en una iglesia y leer la misa siempre en el mismo altar. [T]

varía entre un blanco puro y un pardo negruzco. Por regla son morenas, con ojos grandes y negros y dientes muy blancos como perlas.

En su vanidad no se diferencian mucho de las negras, lo que les presta cierta gracia, la que les falta a las primeras. Aman apasionadamente el baile, la guitarra, el juego y el canto, su voz es agradable pero se le nota la falta de formación. Por lo general son activas, pero son malhumoradas y falsas.

La clase más miserable de todos los híbridos es la de los zambos. Todos los vicios alcanzan su grado máximo de desarrollo en ellos y creo que apenas hay uno entre miles al que se le podría aceptar como miembro útil de la sociedad o del estado. Cometen los crímenes más atroces con la mayor sangre fría, con la mayor tranquilidad soportan los castigos más duros y se sientan en la banca donde se les fusila con una indiferencia bestial. Un 80 % de los delincuentes que llenan las prisiones de Lima son zambos. No reconocen leyes más que aquellas dictadas por su naturaleza bestial, por lo cual chocan continuamente con el orden burgués. Están a un nivel mucho más bajo que los negros, ya que las características positivas que poseen estos últimos les faltan por completo. Su condición física es atlética, el color de su cara es negro pasando al pardo oliva. Su nariz es menos achatada que en los negros, pero sus labios son tan gruesos como los de ellos. Sus ojos son pequeños y penetrantes y su pelo es un poco más largo que el de los negros, pero también encrespado en rulos más grandes. Los hombres tienen una barba poco poblada.

Solo poco mejor que los zambos son los chinos. Su condición física es menos desarrollada, son pequeños y algo flacos. La forma de su cara es fea. Nariz y boca les asemejan a los negros; la frente, las mejillas y los ojos son como los de los indios. Su pelo es negro, erizado y menos encrespado que el de los mulatos. Los chinos son maliciosos, rencorosos, falsos y sangrientos. No se olvidan nunca de un insulto y esperan el tiempo propicio para satisfacer su venganza, aunque sea mucho tiempo después, lo cual les convierte en enemigos muy peligrosos.

No se puede decir mucho sobre los híbridos de color más claro, en particular los cuarterones y los quinteros. En lo físico y lo mental se acercan a los criollos blancos y se consideran como tales.

No quiero explayarme aquí sobre una clase abominable de hombres, llamados «maricones», ya que una presentación de ellos se dará en otro lugar.

La mayor parte de los extranjeros, tanto en Lima como en el resto del Perú, consiste de descendientes directos de españoles inmigrados antes de la guerra de la liberación. Después de esta guerra han llegado solo pocos, ya que las condiciones del país se habían empeorado para ellos. Casi todos son dueños de terrenos o comerciantes. Son sensatos, pero jugadores empedernidos y han dejado a los criollos este vicio como herencia peligrosa. Su orgullo y su espíritu de clase, que caracterizaban al especial durante el virreinato,

se ha quebrado. Si bien no ha desaparecido del todo, se le esconde de tal manera que ya no sirve. La relación entre ellos y los nativos siempre es algo tensa, pero se mejora de año en año, ya que los privilegios de los que gozaban y los que eran causa de irritaciones ininterrumpidas, ya no los tienen. Los criollos llaman a los españoles, «chapetones» o «godos»[10].

A los españoles les siguen los italianos, quienes cuentan varios miles en Lima. En su mayoría se trata de marineros desertores o aventureros, gran parte de ellos proviene de Génova. Se inician por instalar una pulpería pequeña y una tienda de especias. De acuerdo a sus ganancias agrandan el negocio y pueden contar con un ahorro considerable después de unos años, lo que les permite regresar a su patria. Muchos de ellos han reunido riquezas notables y han instalado grandes depósitos.

Los franceses de Lima son como los de Valparaíso, trabajan dedicándose al negocio de la quincallería o de la moda, son sastres, peluqueros, etc. No gozan de mucha popularidad ya que se meten siempre en la política, se jactan de su heroísmo y miran con desdén a los nativos. La mayor parte de ellos vive en concubinato y suelen abandonar a las madres con sus hijos.

Los ingleses y los norteamericanos son mucho más populares que los franceses, lo que se debe a su tranquilidad y mayor solidez de carácter. La mayor parte de ellos se dedica al comercio. Las casas comerciales más importantes están dirigidas por ellos, como: *Gibbs, Crawley y Cia., Alsop y Cia., Templeman y Bergmann, Huth, Grüning y Cia.*, etc. El espíritu de negociante que caracteriza a estas dos naciones las ha conducido a meterse en varias especulaciones muy poco felices en el campo de la minería, que les costaron muchos millones de pesos duros.

La política seguida por los ingleses y franceses frente al Perú (y a la mayor parte de los estados modernos de América) es tan injusta y brutal que no se tiene una idea correcta de ella en Europa. Suelen atentar contra los derechos y las leyes de la República de la manera más infame y amenazan con sus buques de guerra cuando se les pide cuenta de ello. Los gerentes de estas naciones son arbitrarios y tiránicos. En todas partes se presentan como los insultados, aun si no están en su derecho y exigen un desagravio a un gobierno débil, desamparado de cualquier medio de oposición, le bloquean sus puertos y amenazan con bombardear sus ciudades hasta destruirlas completamente. Entre ellos destacan los franceses, quienes muestran una altivez ridícula por sus tan alabadas acciones heroicas de Veracruz y Tahití.

El motivo más frecuente de discusiones es el contrabando, llevado a cabo por los franceses con una impertinencia sin igual. Cuando los oficiales peruanos de aduana logran capturar a una de estas bandas más

10 «Godo» no es exactamente apodo, ya que este término equivale a 'de nobleza pura' entre los españoles. [T]

grandes, el cónsul francés les amenazó hasta que soltaron a los contrabandistas. Los comerciantes de Bordeaux han condecorado a un capitán de buque de guerra con una espada de honor, porque liberó a la fuerza a un mercante capturado por la confederación por su contrabando con platería. Otro caso es el de los parisinos, quienes dieron una recompensa honrosa al comandante quien destituyó a la infeliz reina Pomaré de una manera ignominiosa. ¡Qué tipo de recompensaciones para semejantes acciones caballerescas!

La mayoría de los cónsules extranjeros también son negociantes. Como cónsules, gozan del derecho de importar todos los bienes que necesitan para sus necesidades sin tener que pagar impuestos de aduana. Abusan mucho de estos derechos y tratan de importar mercancía, lo que conduce a los problemas más desagradables y severos actos de violencia en los que el gobierno peruano suele perder, ya que no tiene el poder de imponer su derecho a la fuerza y por las amenazas con sus cañones de parte de los comandantes, ávidos por sus espadas de honor. Solo por el hecho de que los ministerios europeos respectivos ignoran la correcta situación de estas relaciones, se ha dejado de dar fin a este desorden.

Hay solo pocos alemanes en Lima. Estos destacan por ser negociantes muy buenos, muchos de ellos son gerentes de las grandes casas comerciales inglesas. Los lugareños les respetan más que a los demás extranjeros. Se les conoce por su seriedad, por lo que existe el dicho: «serio como un alemán».

El número de americanos de otras repúblicas radicados en Lima ha aumentado considerablemente en los últimos años. Después de la expedición chilena se han quedado muchos chilenos en el Perú. Escapándose del terrorismo de Rosas en Buenos Aires, un buen número de argentinos se ha radicado en Lima. Ecuatorianos, panameños y mexicanos se encuentran en menor número.

Las relaciones entre extranjeros e indígenas suelen ser buenas en épocas de paz. Durante las revoluciones, en cambio, se vuelven tensas cuando el centro es Lima. Comienza a ser muy peligroso cuando los primeros se meten en la política y toman partido demasiado rápido, lo que conlleva una situación peligrosa para los extranjeros, sobre todo cuando se incita a la plebe a levantarse en contra de ellos. Varias veces solo el temor de los indígenas a los buques de guerra europeos les ha salvado de su ocaso general.

Como los europeos suelen ser más trabajadores y menos apasionados que los criollos, los limeños buscan relaciones con los primeros y prefieren al gringo[11] antes que al paisanito[12].

---

11 «Gringo» es el apodo para los extranjeros. Esta palabra probablemente viene de «griego». Como los alemanes suelen decir, «esto me suena español»; los españoles dicen de cosas incomprensibles, «esto es griego». [T]

12 «Paisanito» es diminutivo de «paisano». [T]

Quiero terminar este capítulo sobre los habitantes de Lima con algunas observaciones sobre la lengua española como se habla en la capital del Perú. Los españoles han traído sus dialectos muy marcados al Nuevo Mundo y los han conservado. El gallego confunde la *g* con la *j*, el catalán suprime la *s* en las terminaciones y hace gárgaras con la *j* antes de pronunciarla. El andaluz hace rodar la *r* sobre la lengua y redondea las palabras duras con voz agradable. El vizcaíno mezcla su pronunciación dura con modismos provinciales y el madrileño cree que su pronunciación es la más elegante y supera a la de sus paisanos igual que en su patria. Los descendientes, en cambio, pierden paulatinamente los dialectos característicos de sus padres y forman nuevos, que varían considerablemente según las provincias. El español hablado por los criollos del Perú dista mucho de la pronunciación correcta y típica. Los costeños modulan muy suavemente y tienden a confundir letras con sonidos parecidos. El serrano habla demasiado duro y gramaticalmente incorrecto. El carácter del país se refleja, como en casi todas partes, también en la lengua. Como el suizo, que saca sus tonos guturales de lo más profundo de su garganta y los expira muy fuertemente, así lo hace el peruano de la cordillera. Como los habitantes de las planicies arenosas del norte de Alemania, que les dan una suavidad casi ridícula a las consonantes más duras, así se ve el mismo fenómeno entre los costeños del Perú.

Los criollos blancos hablan el mejor español entre los indígenas, lo que no quiere decir mucho ya que los otros lo hablan muy mal. Sobre todo las damas, que tienden a confundir las letras *l* y *r* al usar la segunda en vez de la primera y raras veces al revés. V.g. «pulso» se pronuncia «purso», en vez de «Bulnes» se dice «Burnes», en vez de «salsa» dicen «sarsa», etc. Además de ello ocurre que agregan una *d* a la *r*. Simón Ayangue presenta una estrofa muy característica en su mencionado opúsculo «Descanso XV, Romance 16», en la que una limeña quien pregunta con aparente interés a un extranjero por un pariente y éste le responde si será el amor el que haya motivado la pregunta, ella contesta:

¿Amod yo? Responde ella
Déjame Umd. Cavalledo
Que nunca supe queded
Ni tuve amod a sujeto.

Frecuentemente, la *ll* se pronuncia como *y*, que es un error muy común entre los extranjeros también. V.g. «poyo» en vez de «pollo», «gayina» en vez de «gallina» o se confunden sílabas enteras en vez de letras, v.g. «pader» en vez de «pared». El nombre del conocido ex presidente Orbegoso está pronunciado por más de dos tercios de los indígenas como Obregoso, etc. Ya que ninguna palabra se inicia con una *s*, a la que sigue una consonante, se altera muchos nombres al anteponerle una *e*. Ignoro si esta anteposición arbitraria de la vocal existe también en la enseñanza del latín en España. En Lima es muy común y los

alumnos pronuncian «estudium» en vez de «*studium*», «espurius» en vez de «*spurius*», o «esceleratus» en vez de «*sceleratus*», etc.

Resulta sumamente difícil motivar a los limeños hacia una pronunciación correcta. Con frecuencia me dieron de entender que les resultaba casi imposible suprimir la *e* delante de la *s*. Aun más arbitraria es la modificación aplicada a la *h* entre *i*, convirtiéndolas en una *k* como «miki» en vez de «*mihi*», o «nikil» en vez de «*nihil*», etc. Fuera de estas excepciones la pronunciación del latín no difiere de la que es usual en Alemania, con la diferencia de que cada *s* es dura ya que el español no conoce la *s* blanda (a veces reemplazada por la *z*) y, como es sabido, cada nación tiende a aplicar las reglas de su lengua materna a la de las lenguas muertas.

Los criollos de color maltratan el español mucho más que los blancos por su deficiencia de educación respectiva. Sobre todo los negros tienen una lengua pesada para este idioma y producen las palabras de forma casi incomprensible por la supresión de letras y por comerse las sílabas.

A los ingleses y los franceses les cuesta mucho dominar la pronunciación correcta. Hay algunos que radican por más de 30 años entre los nativospero lo chapurrean de modo pobre. Tienen dificultades en pronunciar la *j* gutural y la entonación correcta de la sílaba. Pero existen otros que dominan este idioma bien. Los italianos tienen más facilidades para ello pero su dejo sigue siendo extraño, mientras que los alemanes se destacan por la pronunciación más correcta.

Sétimo capítulo

Educación. — Nodrizas. — Escuelas primarias. — Colegios. — Universidades. — El otorgamiento de grados académicos. — Monjes. — Santo Toribio. — Santa Rosa. — Procesiones. — Oraciones. — Noche buena. — Inocentes. — Carnavales. — Paseos. — Baños públicos. — Hielo. — Equitación. — Montura. — Caballos. — Caballos de paso. — Cuidado. — Mulas. — Lotería. — Comida. — Bebidas. — Picanterías. — Cafeterías. — Mercado. — Puchero de flores. — «Teralla».

Las familias más acomodadas de Lima tienen una costumbre generalizada que consiste en que las mujeres no amamantan a sus hijos, ya que temen sufrir de enfermedades de los pulmones a causa del cumplimiento de este agradable deber maternal. A los recién nacidos, en consecuencia, se les entrega al cuidado de una nodriza. Por regla se trata de esclavas negras, mulatas o chinas. Las escogen con las precauciones debidas en cuanto a su estado de salud, pero no les interesa su carácter. Las tristes consecuencias de este descuido solo se reconocen en el desarrollo mental de los niños. La influencia ejercida por estas nodrizas sobre sus pacientes es mucho más significativa que lo comúnmente aceptado. Tengo una serie de ejemplos que comprueban la verdad de la antigua idea según la cual los niños ingieren con la lecha materna el brote inicial que se manifiesta en vicios y virtudes posteriormente. Muchos padres de familia me han asegurado que reconocen en sus hijos el reflejo fiel del carácter de la nodriza que les ha amamantado, y que reconocieron muy tarde la importancia que requiere la selección funcional de una nodriza. Como suelen transferir a los lactantes a amas secas después de 15 a 18 meses, no se debe suponer que la imagen de la nodriza haya influenciado tanto en el niño, aún sin clara capacidad receptiva para la reflexión que pueda definir su carácter por ello. Pregunté a un limeño, que se quejaba amargamente sobre la malicia y la pereza de su hijo de seis años, quién había sido su nodriza. Me contestó que era una zamba conocida por su carácter malicioso y alevoso, así como por su pereza, de modo que tenía que dejar al niño después de siete meses cuando se le envió a una hacienda, de la que no regresó a Lima. Su ama seca, en cambio, quien tomó el cuidado del niño después, era una negra joven, bien humorada y bonachona. Los defectos de su hijo no tenían relación alguna

con las características de sus padres dolorosamente afectados. Podría enumerar una gran cantidad de casos parecidos, todos con el mismo resultado y los que indican la causa principal por la divergencia de criollos blancos de las características de sus padres europeos, del por qué en Lima los miembros de la misma familia suelen diferenciarse entre ellos mucho más en sus cualidades mentales que en cualquier ciudad europea.

La educación de los jóvenes también es muy instructiva. Apenas que un niño sepa caminar, le dan como compañeros de juego a sus hermanos de leche y a pequeños negros e indios. En su compañía crece bajo el control inmediato de una esclava, mientras que los padres lo descuidan mucho. En consecuencia está acostumbrado a sentirse por encima de sus compañeros de color, los que están a la merced de sus caprichos bajo amenaza de los castigos más duros, lo que desarrolla un espíritu de casta en el niño que no puede eliminarse por una posterior educación más racional.

No se les obliga a ir a la escuela a temprana edad y en casa apenas aprenden los principios del conocimiento de la lectura. Las escuelas primarias son numerosas y por lo general, bien instaladas. Existen 26 escuelas, tanto privadas como estatales, 20 para varones y 16 para mujeres, en las que se enseña a un total de unos 2000 alumnos[1]. La más importante de las primeras es la de Santo Tomás, en la que se ha introducido el método de Lancaster, así como la escuela central de San Lázaro. Cada de ellas enseña a unos 320 a 350 alumnos. Entre las escuelas privadas hay algunas llevadas por europeos, las que funcionan bien. Con el fin de satisfacer la necesidad generalmente sentida de la existencia de un instituto bien organizado para varones de familias bien situadas, con una enseñanza de mejor calidad que la de las escuelas públicas dos comerciantes, don Domingo Elías y don Nicolás Rodrigo, fundaron el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe hace pocos años.

Parece cumplir su meta, ya que han empleado algunos maestros empeñosos y el celo de los fundadores promete una mejora constante. Los tres colegios de latín tienen unos 2000 alumnos en total, más de la mitad de ellos van al Museo Latino.

Si un adolescente quiere dedicarse a un estudio especializado, tiene que buscar la admisión en uno de los colegios destinados para este fin. El Colegio de Santo Toribio se orienta hacia la teología y está instalado según el patrón de los seminarios españoles. Ahí los alumnos reciben su enseñanza hasta su ordenación y tienen que cumplir con sus servicios diarios en la misa, tanto en el colegio como en la catedral. El Colegio de San Carlos también enseña a futuros teólogos, pero más aun para los estudiantes de jurisprudencia. Fue fundado por el virrey Amat en 1770 y fusionó el Colegio de San Martín (fundado en 1582) y el Colegio Mayor de San Felipe, fundado

1 Una cifra muy baja en un total de casi 55 000 habitantes. [T]

para el servicio de los descendientes de los conquistadores en 1592. En 1822 le fue incorporado también el Colegio de Esquilache, existente desde 1620. Tiene un total de unos cien estudiantes. Su local tiene una instalación muy ventajosa. Contiene hermosas salas grandes, un refectorio espacioso, una biblioteca bien equipada, algunos aparatos físicos, una capilla, jardines, amplios patios interiores y corredores alegres. Cinco profesores se dedican a la enseñanza del francés, inglés, geografía, matemáticas, física, dibujo y música. Las rentas anuales de este instituto, sin las pensiones pagadas por los estudiantes, llegan a 19 000 pesos duros. Durante la Guerra de la Liberación recibió por un tiempo el nuevo nombre, «Colegio de San Martín» por el liberador de Chile, pero después de poco tiempo volvió a su nombre original.

Los estudiantes de la medicina tienen a su disposición el Colegio de San Fernando, fundado por el Marqués de la Concordia en 1810, en 1826 recibió el nombre de «Colegio de la Medicina de la Independencia». Efectivamente, merece este nombre, ya que su enseñanza destaca por una extraña independencia de orden, sistema y racionalidad. La Facultad de Medicina es la peor de las tres existentes. Los profesores, que nunca gozaron de una enseñanza razonable, comunican lo poco que saben a sus alumnos de un modo aun más deficiente. Toda su ciencia se centra en Galen, Cellen y Broussais, todos malentendidos y distorsionados. El total de los estudiantes es de entre 12 y 15, con solo dos profesores de colegio. La clínica se practica en el hospital San Andrés. Ahí se encuentra el Anfiteatro Anatómico construido en 1792, cuyo primer director fue el conocido y excelente doctor don Hipólito Unánue. Su sustancial ponencia inaugural fue impresa en el *Mercurio Peruano*, Tomo VII, 1793.

El estudio profundizado de la anatomía se dificulta por el gran calor que no permite conservar los cadáveres por más de 24 horas, por lo que no es de extrañarse que los médicos nativos solo posean una idea muy general y burda de esta disciplina científica tan importante para la medicina.

En la Universidad de San Marcos no se llevan a cabo clases. Las 25 cátedras están ocupadas solo por profesores nominales y solo se dedica a otorgar los grados científicos públicos, siguiendo los mismos reglamentos y formas como los de las universidades españolas. Para medicina y jurisprudencia se otorgan tres grados: el bachillerato, la licenciatura y el doctorado, válidos solo después de exámenes previos.

Las celebraciones del primer grado de medicina son las siguientes: el promovido presenta una tesis filosófica y otra médica, la última obligatoriamente sustentada con entre 10 y 12 oraciones auxiliares. Se entrega este programa impreso o escrito a mano a los miembros de la facultad como invitación. El día señalado en la tarde, el Rector abre el acto solemne y el candidato presenta una ponencia inaugural filosófica en latín de una duración obligatoria de un cuarto de hora. Luego, los opositores critican la tesis filosófica,

pero se les permite hacerlo en castellano, si así lo quieren; mientras el criticado tiene que defenderse en latín. Después de un intercambio breve de intervenciones, el Rector agita una campana y el candidato pasa a presentar su ponencia inaugural médica que dura media hora. Siguen las discusiones, más severas que las filosóficas y se le pide a un estudiante criticar la tesis principal con argumentos especiosos, los cuales refuta el candidato. Después de ello se retira para esperar el fallo.

Los votos de la facultad se juntan en dos ánforas de plata y se le indica el resultado al candidato que entra nuevamente guiado por el bedel. Sube a la cátedra alta, agradece a la asamblea y se inclina ante el presidente con las palabras: «*Semper honos nomenque inum laudesque manebunt*». Los miembros de la facultad encabezados por el rector se acercan al bachiller para abrazarlo solemnemente. Los dos grados restantes se llevan a cabo de una manera muy parecida, solo las ponencias inaugurales y las discusiones se prolongan paulatinamente.

En tiempos anteriores, el otorgamiento del grado de doctor fue llevado a cabo bajo las celebraciones más pomposas a las que acudía el público en gran número. Este grado costaba más de 2000 táleres. Uno de los gastos principales del doctorado fue causado por tener que enviar un táler nuevo, un vaso lleno de helado y un plato con dulces a la casa de cada uno de los miembros de la universidad, desde el bachiller al rector.

En Lima hay una gran cantidad de clérigos laicos y de convento. Las reglas de la orden no son muy severas ya que los monjes pueden abandonar el convento cuando quieran. Aprovechan de esta libertad con mucha frecuencia. En las calles se ven a los frailes de las ordenes más diversas, con más frecuencia a los dominicos obesos sentados en los portales, jugando a las damas o parados ante las tiendas para mirar a las tapadas. Muchos de ellos destacan por una suciedad asquerosa. Pocas veces se puede encontrar a hombres menos agradables, incultos y vulgares que entre estos monjes, los que combinan su ignorancia burda con una arrogancia insoportable. Están en todos los esparcimientos públicos, en las cafeterías, las chicherías, las corridas de toros y en el teatro, en los dos últimos solo disfrazados. Los franciscanos y los mercenarios no se diferencian mucho de los dominicanos, solo los descalzos llevan una vida más regular y severa. Los monjes de la buena muerte tienen la obligación de dar consuelo a los moribundos. Cuando se enteran de que alguien tiene una enfermedad peligrosa, penetran en su casa sin invitación y no dejan al enfermo hasta que éste esté o fuera de peligro o difunto. Día y noche le acompañan rezando y apenas se dan tiempo para el descanso necesario y alimentación. Conocí a varios cuya larga experiencia con los enfermos les había permitido reconocer con mucha precisión el peligro del moribundo y predecir con una exactitud sorprendente la hora de su muerte. Apenas el moribundo expira dicen una oración breve, le dan un capirotazo en la nariz y se alejan. He visto

esta extraña costumbre varias veces sin conocer la causa de ella. El hábito de esta orden es negro con una gran cruz roja sobre el pecho. Llevan un sombrero largo en forma de bote en la cabeza.

El número de los monjes de las demás órdenes es reducido, pero todos juntos forman un grupo bastante significante, reconocibles por sus diferentes hábitos.

Varios hombres píos que vivían en Lima han sido beatificados. El más excelente entre todos ellos fue el español Toribio de Mogrovejo, quien fue Arzobispo de Lima a inicios del siglo XVII[2]. Su amor al prójimo y su piedad son proverbiales y se mantienen aún frescos en la memoria de los lugareños. Todas sus obras están enmarcadas por las obligaciones cristianas puras y una virtud rara. Quisiera interponer aquí una de las muchas anécdotas que existen sobre su vida. Una patrulla se topó a medianoche con un hombre cargando un bulto pesado en sus espaldas. Al «¿Quién anda?» del guardián contestó simplemente: «Toribio». Con palabras groseras el oficial insistió preguntando: «¿Qué Toribio?». «El de la esquina» contestó tranquilamente. Cuando los soldados se acercaron algo irritados, encontraron al arzobispo que cargaba a un enfermo pobre al hospital.

Hace unos cuatro años fueron canonizados dos monjes dominicanos, un zambo y un español.

El santo del que están más orgullosos los limeños es la patrona de la ciudad, Santa Rosa. Ella era oriunda de Lima y es la única peruana a quien se le dio el honor de contarla bajo las santas. Su imagen y varias reliquias suyas se guardan en el convento de Santo Domingo, ¡entre ellas los dados con los que Santa Rosa jugaba con Cristo cuando se sentía fatigada por sus meditaciones! Su fiesta se celebra con gran solemnidad en la catedral el 30 de agosto, en la que se lleva su imagen ricamente ornamentada con oro y piedras preciosas en una gran procesión de Santo Domingo al Sagrario y de regreso.

Las procesiones pertenecen a los esparcimientos más populares de los habitantes de Lima. Y cuentan siempre con mucho público. No está exagerado sostener que los limeños se divierten más en estos actos religiosos que en otro tipo de distracciones. La mayoría de las mujeres siguen a la procesión vestidas como tapadas y se empeñan en sus coqueteos, aparentemente pensando en otras cosas que en la religión. Los hombres se paran en las esquinas de las calles para poder contemplar el desfile de tantas personas atractivas y luego se trasladan a otras esquinas más lejanas para poder volver a ver este espectáculo tan interesante las veces que puedan. Las procesiones más esplendorosas son las de *Corpus Christi*, San Francisco y Santo Domingo. Ambos santos se muestran una cortesía selecta. En un día señalado cada

2 Fue arzobispo entre 1581 y 1606. [O]

uno de ellos abandona su iglesia, acompañado por una larga fila de devotos y el sonido de campanas. Se encuentran en la Plaza Mayor, se hacen las reverencias más corteses mutuamente, y el Santo Domingo acompaña al Santo Francisco a su iglesia o viceversa, de acuerdo al convento donde se va a celebrar la fiesta. Después de los actos solemnes, el santo acompaña a su huésped a su casa. Una procesión muy severa es la que se lleva a cabo el 28 de octubre en conmemoración del terrible terremoto que convirtió a la bella Lima en un montón de derrumbe el año de 1746.

Con la campana grande se da una señal cada mañana a un cuarto para las nueve, en el momento que el sacerdote levanta la hostia. Al mismo tiempo se percibe un silencio total en las calles y plazas, las carrozas se paran, los jinetes detienen sus caballos, todos interrumpen sus negocios y conversaciones, se sacan los sombreros y comienzan a orar. Apenas se deja de escuchar el sonido severo por tercera vez, comienza de nuevo la bulla desenfrenada que realza el contraste con el silencio breve pero solemne pocos minutos atrás. Este mismo acto se repite en las tardes entre las seis y las siete, cuando suena el *Ángelus*, señal para las oraciones. La Catedral nuevamente da la señal y todas las campanas de las iglesias de Lima la repiten con tres golpes lentos. Súbitamente la vida y todo el trajín están convertidos en un silencio inmóvil como por una mano invisible, solo los labios de los oradores se mueven. Después de cada oración cada uno se santigua y desea a su vecino las buenas noches. Se considera un acto de cortesía dejar que éste diga «buenas noches» primero, si hay un grupo de personas se espera que el mayor de edad o el más considerado exprese este deseo primero. Por lo general se anima a su prójimo a decirlo primero. Éste, en cambio, no quiere ser menos cortés, y se rehúsa, de modo que los mutuos «Um., no Señor, diga Um.», no terminan nunca.

El poder de esta campanada es maravilloso, al negro más burdo se le queda su lisura en los labios, al inhumano zambo, que estaba por golpear implacablemente a su bestia de carga, se le para el brazo como paralizado, las vociferantes mulatas quedan como congeladas con la boca semiabierta mirándose enmudecidas, la broma de la tapada queda terminada a medias, el comerciante olvida su apuro, el artesano su herramienta y el monje su juego. Todos se reúnen en la misma oración silenciosa. Solo se observa de vez en cuando a algunos extranjeros desconsiderados conversando o seguir su camino con el sombrero puesto, lo que causa una impresión hiriente a los limeños.

La fiesta de Noche Buena se celebra con gran júbilo en Lima. Todas las calles y plazas, en particular la Plaza Mayor, se llenan de hombres que se están divirtiendo de las maneras más diversas. Hasta medianoche crece el tumulto. Miles están sentados en las bancas de la plaza o van y vienen, gozan del sorbete, del helado y de pasteles y observan los bailes de la gente de

color, los que se efectúan de la manera más impertinente. Nunca he visto la zamacueca estrenada en toda su expresión bestial como en la Noche Buena delante de la Catedral y del Palacio Arzobispal[3]. Si los ángeles proclamaran la llegada del Salvador, expulsarían con espadas ardientes a este gentío deshumanizado. A medianoche la campana llama a la misa y toda la masa humana se mueve hacia las iglesias, iluminadas de la manera más maravillosa. El servicio se celebra con pompa extraordinaria y dura hasta la una de la madrugada. Solo alrededor de las tres o cuatro de la madrugada se despueblan las calles y los habitantes de Lima, fatigados por sus goces sensuales, buscan descanso.

El día de Navidad se exhiben los nacimientos, los que consisten de una representación simbólica del nacimiento de Jesús y suelen estar muy bien hechos. El nacimiento de Barbones es el más excelso, durante varios domingos medio Lima va en romería al convento de los betlemitas, hacia el portal de Barbones para poder ver esta escenificación hermosa.

Un día antes de Navidad el Presidente de la República, acompañado por algunos miembros de su gabinete, visita todas las cárceles, con el fin de inspeccionar el estado de las instalaciones y de los prisioneros. Esta visita es una formalidad heredada de tiempos españoles, la que tenía buenos efectos en ese entonces, pero en la actualidad no tiene efecto alguno. La mayoría de los presidentes del Perú conocen bien esta estadía por experiencia propia.

Los peruanos combinan el Día de los Inocentes con una costumbre extraña, la que no está tan desarrollada en Lima como en el interior del país, probablemente por la importancia del comercio y por la gran cantidad de extranjeros. Esta costumbre consiste en tratar de tomar el pelo al otro, por lo común, al prestarse algo que no se intenta devolver. Por regla se trata de pequeñeces, pero frecuentemente también son objetos de valor y sumas bastante significantes de dinero. En algunas ciudades de la sierra no se hacen negocios en este día. Esta costumbre se ha convertido aun en ley, ya que vi en una de éstas cómo un mestizo fue absuelto por el alcalde de una deuda de 73 táleres ya que su deudor se la había dado el 28 de diciembre.

Si alguien logra engañar al otro, éste se convierte en blanco de la burla de sus conocidos durante semanas y siempre se escucha: «¡Qué inocente!» Antes de acostumbrarme a esta costumbre he perdido algo y me convertí en burla generalizada de los serranos.

Durante los carnavales la estadía en Lima se vuelve muy desagradable. La mayoría de sus habitantes abandonan la ciudad y se retiran al campo

3 La zamacueca es un baile muy indecente, efectuado casi exclusivamente por los negros. Durante un tiempo también entraba en los círculos más altos, en forma suavizada. Otro baile parecido es el maicillo. Ambos se estrenan con acompañamiento de guitarra y canto gangoso. [T]

con el fin escapar de la fiesta tumultuosa y burda de este día. La diversión máxima consiste en tirarse agua mutuamente. De casi todos los balcones se tiran los líquidos más diversos sobre los transeúntes. En las esquinas están parados unos negros que asaltan a todos lo que no son de su calaña. A los que no se libran al pagar una suma fija, les hunden de la manera más implacable en el agua de las fosas de las calles y les maltratan. Si su dinero encuentra misericordia, solo recibe unas manos llenas de agua sucia sobre la cabeza. En las casas los habitantes y sus conocidos se portan con igual frenesí. Grupos de hombres jóvenes penetran en las habitaciones de las familias conocidas y asaltan a las damas. Al inicio se les tira agua perfumada, pero al terminar con ello, pasan a agua del pozo y otros líquidos asquerosos y toda la diversión se torna en un juego de desconsiderada brutalidad. Persiguen a las mujeres en sus ropas mojadas hasta las habitaciones más íntimas y las dejan sin aliento. Como se alteran mucho en el calor sofocante y por no poder cambiarse de ropa se contagian con enfermedades peligrosas y largas. Pulmonías, angina, reumatismo, etc. son las consecuencias inevitables de esta fiesta de carnavales, la que cobra muchas víctimas en cada año. No pasa un año sin que sucedan asesinatos por venganza de los insultos soportados durante estos juegos desenfrenados.

Quiero mencionar un modo original de asustar a la gente de la calle, que se aplica en la mayoría de las cuadras durante los carnavales. Se ata un saco llenado con tiestos de vidrio y de porcelana a una soga fuerte y se la amarra en el balcón. El largo de esta soga es tal, que el saco que está colgando de la ventana se mantiene a unos siete pies del nivel de la calle. Se esconde toda esta instalación en el balcón y unas negras voluntariosas están atentas, junto con sus amitas, para ver si alguien se está acercando. En este momento se tira el saco por la ventana. Con gran ruido se cae, pero se queda a una distancia prudencial por encima de la cabeza del transeúnte quien, asustado, se agacha o se salva saltando a un lado. El tembloroso, quien mira con temor para indagar el origen de este ruido, está burlado con bromas y carcajadas. Pese a conocer esta instalación y saber que debería estar atento a encontrarse con ella en las calles, el susto inesperado es muy fuerte y se conocen casos que llevaron al desmayo de las personas burladas. Los caballos se espantan y arrojan a sus jinetes no muy seguros. Cada año la policía suele prohibir estos actos de tirarse agua o soltar los sacos, pero, como en otros casos, no se respetan estas órdenes.

Una de las mayores diversiones del pueblo, en particular de la gente de color, es el Día de San Juan, cuando se organiza el Paseo de Amancaes. Amancaes es el nombre de una planicie ligeramente inclinada, a media milla por el noroeste de Lima, de contorno semicircular, a unos 1200 a 1500 pies sobre el nivel del mar y encerrada por una cadena de colinas estériles. Durante la época seca toda esta planicie se convierte en un desierto, pero cuando comienzan las neblinas se cubre de numerosas flores, entre las cuales destaca un lirio amarillo, que florece plenamente en la segunda mitad de julio. En este tiempo, los negociantes levantan sus tiendas

ahí provistas de chicha, cañazo, guarapo, limonadas, frutas y picantes en abundancia. Muy temprano en el día de San Juan, una gran cantidad de personas cabalga y maneja sus calesas para pasar el día divirtiéndose.

Bailan, juegan, toman, recogen flores y regresan a Lima a la hora de las oraciones. Con gran júbilo las mulatas y zambas, adornadas con lirios en cabeza y pecho regresan en carros muy cargados. Sus caballeros negros les acompañan, la mayoría de ellos totalmente ebrios, montando caballos con coronas de flores. Se adelantan, regresan y se dejan llevar completamente por la alegría del día. Desde el 24 de junio hasta inicios de octubre se lleva a cabo este tipo de partidas a las Amancaes o a las lomas (cadenas de colinas parecidas a mayor distancia de Lima).

Hay muchas posibilidades para paseos en los alrededores de Lima. Delante de la puerta del Callao existe, como ya he mencionado, una alameda muy hermosa y larga con sauces. En el suburbio de San Lázaro existe una alameda vieja en el camino hacia los Amancaes, que termina en el convento de los Descalzos. A lo largo del Rímac está la Alameda Nueva con cuatro filas de árboles, detrás de ella continúa en el Paseo Militar hasta la Piedra Lisa en dos filas de árboles en el camino hacia el alegre pueblo de Lurigancho. A la derecha de esta alameda está el río, a la izquierda el cerro cónico de San Cristóbal.

Al final de esta pequeña alameda nueva están los baños públicos del puquio. Están instalados en un edificio largo y bajo cubierto de esteras de paja. El primer cuarto al que se chorrea un manantial fuerte y claro es grande y bastante limpio. Su uso está restringido exclusivamente para los blancos. Antes se cumplía este reglamento a la letra, pero la república uniformizadora también logró borrar estos privilegios del color. Los cuartos colindantes son más pequeños y menos limpios, su chorro de agua procede del primero. Toda la suciedad que viene del número uno pasa por todos los demás números, los cuales, en consecuencia, no se frecuentan mucho. Al final de la fila larga hay otro cuarto de baño grande parecido al primero. Este es el baño de los negros. Estos baños solo se usan en la época cálida y casi exclusivamente en las tempranas horas de la mañana. En las tardes las damas los usan de vez en cuando y se bañan en los cuartos privados, ahora algo más limpios. Cada baño cuesta un real. El control de esta institución está a cargo de un zambo, quien vive delante de los baños y vende bebidas alcohólicas y frutas buenas. Los limeños se bañan por lo general en los pozos de sus casas privadas.

El puente y la plaza mayor están frecuentados por paseantes en las noches de verano, con el fin de gozar del aire fresco proveniente de la cordillera que pasa a lo largo del Rímac después de la puesta del sol. A partir de la hora de la oración los señores aparecen en una fila larga y apretada en el puente, mientras que las damas se sientan en las rotondas instaladas encima de cada pilar. Sin interrupción se observa un vaivén de una larga

fila de paseantes en dirección a las alamedas o llegando de ahí para buscar refrescos en la plaza. Delante del Portal de los Escribanos se han instalado mesas con limonada, leche de almendra y helados. Los numerosos visitantes se sientan en los bancos de los fresqueros que rodean estas mesas en una especie de cuadrángulo y disfrutan de la agradable frescura después del calor bochornoso del día.

Una de las necesidades más básicas de los habitantes de Lima es el hielo, hasta tal punto que su escasez durante algunos días causa mucha intranquilidad entre los habitantes. En consecuencia, cada caudillo cuida en lo posible las mulas destinadas para el transporte del hielo, cuando quiere hacer una revolución, para de esta manera tener la capital a su favor, aun bajo los mayores esfuerzos. El hielo proviene de la cordillera, a unas 28 leguas desde Lima. Con sus hachas los indios lo cortan en trozos grandes de seis arrobas de peso (una arroba equivale a 25 libras) y lo dejan deslizar por sogas por los peñascos. Las mujeres y los niños lo reciben y lo envuelven inmediatamente en ichu (*Joara ichu* R. P.)[4]. Luego otros indios lo cargan hacia abajo para guardarlo en un almacén, donde se pasa la carga a las mulas. Cada una de ellas lleva dos trozos, lo que equivale a un peso total de unas 300 libras. Treinta mulas hacen una recua, que está enviada diariamente a Lima. Cada dos a tres horas esta recua para en una estación, donde se tiene preparadas otras bestias de carga, a las que se les pasa los bultos con mucha prisa y las cuales parten en trote rápido de acuerdo a las condiciones del camino. En 18 a 20 horas el hielo llega a Lima. Cada carga pierde en peso por el derretimiento, sobre todo si se baja a la costa. Hay que calcular con una pérdida de unas 100 libras para ambos trozos. El diario consumo del hielo es de 50 a 55 quintales, un tercio de ellos está destinado a la preparación de helado. Todo el día, indios con cubetas sobre la cabeza atraviesan las calles gritando su monótono «¡he-he-la-do!» La mayor parte de helado se hace con leche o jugo de piña.

Raras veces las damas hacen sus visitas a pie, por lo general se sirven de una calesa. Esta es una especie de caja burda, rectangular y totalmente cerrada sobre dos ruedas altas (se ven en Munich trineos que tienen la misma forma de estos carros limeños). Muchas de las más viejas están revestidas por papel colorido en su exterior, en vez de estar pintadas. Una mula jala la calesa, sobre la que está sentado un negro de librea. Un tipo más atractivo de carro es el calesín, jalado de dos caballos o mulas. En tiempos más recientes se ha mejorado el gusto de los limeños y comienzan a preferir formas más elegantes de carros.

Entre el Callao y Lima se ha instalado una línea regular de ómnibus desde hace algunos años. Diariamente a las ocho de la mañana y a las cua-

4 Gramínea de la puna. Probablemente *Stipa ichu* (Ruíz y Pav.) Kunth o *Festuca dolichophylla* Presl. [K].

tro de la tarde se puede salir de estas dos ciudades y se requiere una hora y media para el recorrido. Para poder viajar a otros puntos de los alrededores de Lima, como v.g. a Miraflores, Chorrillos, Lurín, etc., se sirve del llamado balancín, una especie de calesa, jalada por tres caballos uno al lado del otro. Es uno de los más desagradables vehículos que se hayan construido ya que duplica el efecto de los más leves golpes que recibe. La ausencia de calles en buen estado impide que los usuarios puedan servirse de carros para distancias mayores de Lima. Solo a lo largo del litoral, al sur de Lima, se puede ir por una carretera de unas 40 leguas bajo dificultades mayores y costos muy significativos. Para tal viaje unos 60 a 80 caballos siguen al carro, ya que se cambia de animales cada media hora, porque el vehículo pesado se mueve con muchas dificultades a través de la arena eólica de más de un pie de profundidad. Un dueño de hacienda quien hizo traer a su esposa a su hacienda, ubicada a 32 leguas de Lima, una vez por año, me aseguró que cada ida y vuelta le había costado 1400 pesos duros.

En tiempos anteriores, durante la época de auge del dominio español, se gastaban sumas increíblemente altas para calesas y mulas y no era raro ver enchapados de plata en las ruedas o mulas que tenían herraduras de plata en vez de hierro.

El cabalgar es muy difundido en todo el Perú, todos tienen uno o varios caballos. Las damas de Lima destacan por su gracia con la que cabalgan, sirviéndose de sillas transversales. Su traje de jinete consiste de un vestido blanco, una especie de pantalón ricamente bordado y un fino poncho blanco, así como un sombrero de bordes anchos. Solo las mujeres de color usan también sillas para hombres y son capaces de domar los caballos más bravos al igual que los preparadores más hábiles.

La montura es muy adornada. He visto piezas en la costa y en el interior del país cuya cabezada y las riendas estaban confeccionadas de pequeños anillos de plata en cadenas. La misma silla estaba bordada con hilos de oro y el borrén incrustado con oro macizo. Este lujo es común entre los mestizos, ávidos de mostrar cualquier tipo de riquezas. Por lo general, las partes más caras de la silla son los estribos. Se les talla en forma piramidal de madera, miden un pie de alto y otro en la base, hacia delante y los costados están cerrados y ahuecados en la parte donde descansa el pie. Están enchapados de plata en las esquinas y en su punta está insertada una pesada campana de plata, que tiene un anillo en la parte superior que sirve para el ación. Un sacerdote, amigo mío de la sierra, se hizo hacer unos estribos cuyos adornos de plata pesaban unas cuarenta libras. Los demás adornos de la silla correspondían de modo que toda la montura tenía un valor de plata de más de 1500 táleres. Las espuelas tienen tamaños colosales, según usanza antigua deberían llevar tres marcos o una libra y media de plata, tiene un alto de media pulgada, con adornos finos en sus costados. Los adornos

corresponden a lo que se conoce como hueso de tollo (una especie de arabescos que se parecen a la columna vertebral de un pez, el tollo) u «hoja de laurel con semilla». Las ruedas tienen un diámetro de una y media hasta dos pulgadas con unos 25 a 30 dientes largos pero romos.

Los bridones y camas para las riendas están unidos para formar una sola pieza por lo que sirven para un solo par de riendas, las que están unidas hacia atrás por un anillo, en el cual se amarra el látigo. Toda la montura de la cabeza y las riendas son de correas estrechas de cuero trenzado de ternero o de oveja sin curtir y adornado con sonajas de plata. También se usan riendas negras de cuero de tapir importado desde Tucumán. No se usa petrales en la montura peruana, sino una retranca ancha que parte de las esquinas traseras de la silla, pasa por la cola, para llevar a los flancos del caballo sostenida en su posición por dos correas verticales. La correa de la cola está cubierta por un cuero ancho, llamado tapa cola, que se ensancha hacia la rabadilla. La retranca y la tapa cola tienen adornos a presión o recortados. En la tapa cola se ve el escudo peruano, caracterizado por tres campos con un guanaco, una palmera[5] y una cornucopia en cada uno de ellos.

La silla es estrecha y corta, muy incómoda para jinetes no acostumbrados a ella. El borrén delantero tiene unas cuatro a cinco pulgadas de alto y está ligeramente inclinado hacia atrás, el posterior es bajo e inclinado hacia delante en forma de creciente, de modo que entre ellos queda solo el espacio para los muslos. El jinete está tan encerrado en semejante silla que le resulta prácticamente imposible caerse, pero tiene la gran desventaja que, en caso de la caída del caballo en pleno galope, el jinete no tendrá el tiempo de tirarse hacia atrás, de manera que su cuerpo golpearía contra el borrén con tanta fuerza que moriría inmediatamente como consecuencia de su caída.

Sobre la silla se coloca una gualdrapa de un codo y un codo y medio, llamada pellón. Los pellones comunes están cosidos de pieles de carneros. Los más finos, en cambio, están hechos de un modo bastante peculiar. La lana cruda está torcida en pequeñas trenzas del largo de un dedo y éstas están tejidas en una tela de lana que se asemeja a la piel de un animal con pellejo largo. En la Quebrada de Chiquián se producen los pellones más finos hechos de la lana de híbridos entre ovejas y cabras. Los pellones importados de Chile y de Buenos Aires son más angostos que los peruanos y no sirven para la montura usada en el Perú, sino solo para los lomillos, una montura usada en estos países, y para las sillas inglesas, llamadas 'galápagos'. Por lo general son más finas y de lana más larga mezclada con seda. El precio de un pellón muy fino es de 20 a 25, los de menor calidad se venden en 12 a 16 y los más comunes en ocho luises de oro. Su color difiere, pero lo más común es el azul, luego blanco, rojo y verde.

5 No se trata de un guanaco sino de una vicuña y el árbol es el de la quina. [K]

Entre la silla y el pellón se cuelan las alforjas, en las que se lleva las provisiones y las cosas más necesarias, son de cuero o de lana gruesa. La montura a la peruana se completa con la jáquima torcida y decorada de la misma manera que las riendas. El cabestro se voltea alrededor del borrén delantero. Los caballos, por lo tanto, pueden atarse en cualquier lugar, sin usar las riendas.

A primera vista, la montura peruana resulta poco práctica y pesada, pero pronto uno se convence de su utilidad y su atracción.

El noble caballo peruano es de estatura más fina que sus ancestros de Andalucía. Es de talla mediana, raras veces más alto que 14 manos, algo corto y de caja ancha. Tiene piernas finas, menudillos esbeltos, un cuello corto y fuerte. Una cabeza bastante grande, orejas pequeñas y finas, así como ojos ardientes. Tiene mucho coraje, es dócil y resistente. Solo en pocas haciendas se procura mantener limpia la raza y cuidarlos debidamente. Los caballos comunes son más altos, más esbeltos, con pecho estrecho, caderas flacas y grupa escarpada, pero tienen tanta resistencia y fuego como los caballos de raza. Los caballos más chuscos son poco atractivos, bajos y erizados. Casi no se les ve en la costa.

La mayoría de los caballos costeños son caballos de paso natos. Si no tienen esta cualidad desde su nacimiento, se les enseña. Se distingue diferentes tipos de paso. El más popular y a la vez el más cómodo es el *paso llano en cuatro tiempos*. Es un paso acelerado que no produce un movimiento de sacudida al jinete. Se puede confiar un niño a un caballo tranquilo de este paso sin ningún peligro, ya que sus movimientos son tan regulares y suaves que no deja caer una gota de agua de un plato en la mano de un jinete, aun con un paso acelerado durante una hora en la que el caballo vence una distancia de dos leguas. Este paso es el más cómodo para viajes largos, pero cansa después de unos días, ya que el cuerpo se mantiene en una tranquilidad constante. Existen modificaciones de este *paso llano* llamadas «sobrepaso», rápido y suave; «paso gateado», rápido con poco repique; y «paso golpeado», con bastante repique y mucho más rápido que el paso llano, el que pese a ello es el paso preferido. El segundo modo principal de paso es el *paso portante en dos tiempos*, en el que el pie delantero y trasero del mismo lado se levantan al mismo tiempo y se mueven hacia delante. Por la manera de adelantarse los pies traseros sobre los delanteros, se produce un paso más rápido o más lento. El movimiento que se produce es rápido y mecedor y cansa al jinete más que el trote normal, ya que no levanta el cuerpo sino lo gira sobre su eje en arcos cortos. Frecuentemente, la rapidez de un caballo de paso es tal, que no le alcanza un caballo moviéndose a galope. Se sabe que este tipo de curioso movimiento natural solo está compartido por las jirafas, fuera de los caballos peruanos.

El *paso compañero* es una diferencia solo nominal del paso portante. Muchos caballos no tienen paso llano, sino un trote corto, pero conocen un amplio paso portante natural. No se les estima mucho, llamándoles «caba-

llos agüelillos». No se les puede enseñar el paso llano a los trotadores, aunque sí aprenden el paso portante. En este caso reciben el nombre de caballos trabados. Curiosamente, son los caballos serranos los que son trotadores sin excepción, pero se convierten en caballos de paso portante en edad avanzada. Los caballos trabados tienden a olvidar su adiestramiento y suelen ser algo obstinados. Tenía un excelente caballo de esta clase que no dejó de trotar en su marcha, pero al mismo momento de entrar en una aldea se compuso y cambió a un paso portante sin ayuda alguna. Pero apenas pasó por las últimas casas, se sacudió y siguió con su trote infatigable. En caballos, que usan un paso rápido, se nota con frecuencia que el jarrete de las piernas traseras se voltea hacia dentro y se asemejan a las piernas de vacas, por lo que se les llama «piernas de vaca».

El valor de un caballo no se calcula por su belleza sino por su aptitud para el paso. Los trotadores más hermosos se suele vender a precios muy bajos y se usan casi exclusivamente para jalar coches. Se considera una de las fallas más grandes el mosquear cuando se le da espuelas, lo que influye mucho en su valor. Como no se les puede deshabituar este vicio, poco considerado en Europa, los peruanos les cortan parte de los tendones de los músculos de la cola, lo que les paraliza y por lo que dejan de mosquear automáticamente.

El cuidado de los caballos es muy negligente pero, pese a ello, son muy fuertes y sanos. La conocida opinión que estos animales rinden menos cuando se les cuida y se les enerva más, encuentra su plena confirmación. Normalmente los corrales no tienen techo o solo uno pequeño. Si hay pocos caballos en un corral, se les deja libres. En la sierra, durante la época de lluvia, están pardos en los excrementos por unos seis meses sin que les afecte. Su alimento consiste de alfalfa o maicillo, lo que se les echa al suelo o en una tina de piedra. Beben solamente el agua sucia de las fosas de las calles. De vez en cuando se les ofrece maíz que les gusta mucho. Si se les echa una mazorca entera, ponen su casco encima y comen los granos con mucha habilidad, sin perder uno solo de ellos. Como no se cultiva avena en el Perú se les da a los caballos cebada fuera del maíz, lo que sucede con más frecuencia en el interior del país.

Existe la costumbre generalizada de cortarles a las yeguas y a los caballos castrados los cabellos largos de la cabeza, recto entre las orejas y los crines en forma de arco. Así se parecen a los caballos de piedra en monumentos de la antigüedad. Las yeguas no reciben mayor atención de modo que es casi una deshonra cabalgarlas.

Los preparadores, llamados «chalanes», son por regla gente de color, libertos con estatura maciza. Conocen su trabajo a la perfección, aunque maltratan a los caballos, lo que les convierte en animales desconfiados. Los potros están completamente libres en los primeros tres años en las haciendas. En el cuarto año se les captura y se les ensilla, lo cual suele ser sumamente difícil. Solo se

logra al echar al animal al suelo y amarrarlo. Durante un año el chalán monta el caballo joven con una especie de bozal que tiene un ancho de seis dedos, colocado sobre la parte frontal de la boca y la nariz y amarrado en la mandíbula. Con ello el caballo se quebranta. El chalán pone mucha atención que aprenda a pararse sobre sus piernas traseras, dando vueltas enteras y medias corriendo con la mayor velocidad (voltear), que se pare obedeciendo a la señal más leve (sentarse) y que pueda caminar hacia atrás en línea recta por distancias largas (cejar). Al mismo tiempo le enseña el paso (asentar). El chalán no usa espuelas cuando el caballo tiene el bozal, pero esto no resulta en una ventaja para los animales, ya que los negros les arrancan grandes pedazos de la piel de sus flancos con sus talones desnudos, duros como piedra y ásperos. Después del primer entrenamiento se les coloca un freno sin riendas a la boca, untado con sal o miel, para que lo mastique y se acostumbre paulatinamente al fierro. Después de unos meses el caballo se dirige con cuatro riendas, más tarde se le saca el bozal y se coloca en su lugar un bozalillo sin riendas. Después de dos años el entrenamiento termina y el caballo está completamente adiestrado y es capaz de grandes esfuerzos. El siguiente ejemplo puede mostrar con cuánta seguridad los caballos peruanos pueden hacer vueltas sobre las piernas traseras en plena carrera. Un conocido limeño se acercó en pleno galope a la muralla de la ciudad de Lima que tiene un ancho de apenas nueve pies. Varias veces volteó el caballo completamente, de modo que las piernas delanteras del animal pasaron por la muralla en un arco. Repitió este intento con cada uno de sus caballos. No se pone mayor atención en la elegancia de su posición de descanso, pero sí cuando está en movimiento, en el sentido que el caballo tiene que arquear el cuello con la boca cerca del pecho, lo que se llama 'empicar'. Los caballos de brazo son muy populares, hacen con cada paso un gran arco lateral, de modo que el lado inferior de la herradura casi golpea el estribo. Muy hermoso es el llamado «paso español», en el cual destacan plenamente las formas nobles y la posición audaz.

Las mulas juegan un gran papel en el Perú, ya que posibilitan casi exclusivamente los contactos comerciales en caminos muy malos. Por regla son fuertes y hermosas. Las mejores de ellas se crían en Piura y se les lleva en grandes rebaños a Lima para venderlas. Las mulas de paso sirven para cabalgar, las trotadoras grandes y vistosas jalan las calesas y las demás son para la carga. El precio de una mula regular es de 100 pesos duros, mejores cuestan dos a tres veces más y las mejores de todas pueden alcanzar diez veces más que el precio regular.

La resistencia de estos animales, aun con alimentación reducida y cuidado deficiente, es muy grande. Solo gracias a ellos las extensas y áridas áreas de arena no son obstáculos insuperables para el tráfico. En su resistencia superan a los caballos y también pueden alcanzar su rapidez. Hace algunos años, un cura de Piura tenía una excelente mula. Cuando

quería celebrar la misa en el puerto de Paita que dista 14 leguas o diez y media millas alemanas de Piura, montaba su animal a las seis de la mañana y llegaba al puerto a las nueve. Después de terminar con sus asuntos, regresaba a las cuatro de la tarde y llegaba a Piura tres a tres y media horas más tarde. El camino que pasa por la arena, fue cruzado solo con el paso rápido. Rechazaba las sumas más considerables ofrecidas para este excelente animal y no quería separarse de él. Cuando el violento presidente Salaverry estuvo en el norte del Perú, escuchó de la velocidad de esta mula y envió a su ayudante para comprarla, pero éste regresó sin haber tenido éxito. Como el cura sabía de la terquedad del presidente y ya sabía que iba a quitarle su animal a la fuerza el día siguiente, le cortó las orejas y la cola. Como lo había previsto, apareció un suboficial en la mañana siguiente con la orden de confiscarle el animal sin resistencia. Llevó a cabo esta orden. Pero cuando Salaverry vio la mula mutilada se la devolvió con blasfemias. Con ello el cura había logrado su propósito, ya que estimaba su mula más por su rendimiento excelente que por su belleza.

Lima tiene una lotería pública que funciona en la Plaza Mayor cada día martes. El precio de cada billete es un real y el premio más alto 1000 táleres, seguido por 500, 250, 100, etc. Los vendedores de estos billetes o suertes, los «suerteros», pasean por las calles hasta altas horas de la noche gritando su estridente «¡Suertes!» o se sientan con una pequeña mesa en una esquina y reciben a sus clientes. Cada suerte viene con un lema como la invocación de un santo o un «Dios me lo paga», etc. Al sacar los números también se lee el lema. Cada tres meses se saca una lotería, cuyo premio mayor es de 4000 táleres, cada suerte cuesta cuatro reales. Casi todos los habitantes de Lima compran por lo menos una suerte por semana, sobre todo la gente de color es muy aficionada y muchos han tenido suerte efectivamente. El estado ha cedido la lotería a un empresario privado bajo un arrendamiento alto.

Como «la comida y la bebida conservan cuerpo y alma» queremos acompañar a los limeños en estos dos procesos importantes. El desayuno se toma a las nueve de la mañana, consiste de carne de cordero hervida («sancochado»), un caldo, preparado con «yuca»(un tubérculo muy sabroso) y de «chupe». Este chupe es un plato que consiste, en su variante más sencilla, de papas peladas y hervidas en agua salada con algo de queso y pimienta española. Si se quiere perfeccionarlo, se agrega huevos, camarones y pescado apanado con lo que se convierte en un plato sabroso. Después de la comida se sirve chocolate con leche. Una negra trae la chocolatera a la sala de comer y le sirve a cada uno su porción en su taza. Los limeños aman aquí también más la espuma que el contenido verdadero. Algunas sirvientes han perfeccionado tanto esta actividad que logran llenar la taza con tanta espuma que queda solo una cucharada de la bebida misma. El chocolate es la bebida favorita de los limeños. En algunas de las provincias del sur existe

la costumbre de servirle a un visitante, apenas se haya sentado, una taza de chocolate tan espeso que queda parada la cuchara, sin importarles la hora del día. La cortesía exige de engullir esta masa.

El cacao crece en las montañas de Urubamba y en las yungas bolivianas. El transporte de estas zonas lejanas lo hace muy caro. En consecuencia, se prefiere consumir en Lima los granos provenientes de Guayaquil.

La comida principal se abre a las dos o tres de la tarde con una sopa insípida, le sigue el puchero que es el plato principal. En su forma más perfeccionada contiene carne de res, carne de chancho, tocino, jamón, embutido, carne de aves, col, yucas, camotes, choclos, membrillos y plátanos. Primero se pone la carne, las habas y el arroz sobre el fuego y luego se echa la verdura a la olla según la duración de su cocimiento. La carne se sirve en una fuente y la verdura en otra. Me asombré que las sopas fueran tan malas, considerando la gran cantidad de carne que debería dar un buen caldo. Pero me enteré que las hierven en agua pura, mientras que se bota el caldo o se le da a los negros. En solo pocas casas se ha superado el prejuicio que este caldo sea dañino y lo usan para la preparación de sopas y verduras. El puchero es un plato tan bueno y nutritivo que podrían contentarse con él; en Lima, sin embargo, solo es la entrada. Pescado, verdura, papas, confituras, asado y ensalada se sirven de una sola vez y cada uno pide lo que quiere y sirve a los demás con la fuente que está delante de él. Un plato que no debe faltar como el puchero es el picante. Se trata de comida preparada con gran cantidad de ají. Al inicio resulta doloroso para un paladar europeo comer algunas cucharadas de este plato, ya que el condimento picante arde en la boca como carbones incandescentes. Pero después de saborearlo más frecuentemente uno se acostumbra a esta quema y prefiere este plato a todos los demás. Los picantes más preferidos son la carapulca de papas secas y molidas con carne, la lagua de harina de maíz y carne de chancho, el zango de ingredientes semejantes, el charquicán con carne de res seca y desmenuzada, el adobo de carne de chancho, el picante de ullucus, un tubérculo parecido a una papa y cortado en cubos, etc. Todos los platos picantes tienen el color rojo, ya que el ají colorea con un tono hermoso de rojo y también los granos del achiote, que producen un color muy intenso que se agrega a estos platos. Para los que quieren un plato aún más picante hay platos con las vainas verdes de ají y un pequeño recipiente con ají mirasol *(Capsicum baccatum* L.), seco y molido. Uno de los platos más desnaturalizados es la llamada 'ensalada de frutas' que consiste de diversas frutas cocidas en agua. Solo un paladar limeño puede saborear esta mezcla. Como postre se sirve frutas y dulces. El limeño tiene que tomar un vaso de agua después de la comida, ya que al dejar de hacerlo toda la comida le parece sin valor. Pero solo toma el agua después de haber comido dulces. Ambos placeres, por tanto, están íntimamente ligados. Estos dulces consisten de miel[6], chancaca (una

especie de pastel de jugo espesado de caña que está limpiada) marrón, alfajores (pasteles parecidos, pero limpiados y amasados) o frutas en confituras, sobre tejas, piña, membrillo, limones inmaduros, cocos, etc. o mazamorra de maíz dulce. Servilletas no se usan y un mantel solo se ve en las casas más ricas.

Los peruanos tienen prejuicios curiosos sobre la comida. Según ellos, cada plato es o caliente o frío y se oponen. La combinación de dos platos opuestos, v.g. chocolate y arroz, en el estómago tendrá consecuencias peligrosas que pueden causar la muerte.

Por ello, tratan de evitar en cada comida platos opuestos con un temor algo cómico. El limeño que ingiere arroz en el almuerzo no toma agua después, ya que ambas cosas se oponen. Esto llega a tales extremos que las sirvientas rehúsan lavar después del consumo de arroz y las lavadoras nunca comen arroz. En muchas ocasiones, enfermos a quienes se les había recetado un baño para los pies me preguntaron si podrían hacerlo, ya que habían comido arroz en el almuerzo.

Ya me referí a que los criollos de las clases más altas de Lima, suelen tomar poco alcohol. Agua y vinos dulces de Ica son sus bebidas favoritas. Muy diferente es el caso de las clases más bajas y la gente de color. Ellos disfrutan abundantemente de las bebidas alcohólicas, en particular de aguardiente, chicha y guarapo. El aguardiente es muy puro y consiste casi enteramente de uvas. En la cálida costa su consumo no es peligroso, ya que produce transpiraciones fuertes. Se puede ingerir más que el doble de la ración, sin que produzca el efecto dañino que se observa en la sierra fría. Una vieja regla de los jesuitas dice: «en país caliente aguardiente, en país frío agua fría».

El guarapo se prepara con el jugo fermentado de la caña mezclado con agua, es la bebida favorita de los negros. Se distinguen diferentes tipos, de los cuales los mejores tienen un sabor agradable. Los comunes, en cambio, son desagradables y hasta asquerosos, si se toma en cuenta la falta de limpieza en su producción.

La chicha es una especie de cerveza de maíz. Los granos se remojan hasta que broten y luego se les seca en el sol, luego todo se muele, se lo cuece en agua y se lo deja a fermentar. De este procedimiento se obtiene lo que se llama «chicha de jora». El líquido adquiere un color amarillo y es turbio con un sabor fuerte y ligeramente amargo. También se elabora chicha de arroz, cebada, yuca, piña y pan, pero la más común es la de maíz. Esta cerveza de maíz ya era la bebida favorita de los indios antes de la conquista del Perú. No suele encontrar mucha aceptación de parte de los extranjeros y solo pocas veces se ve a uno de ellos entre los chicheros.

Quisiera mencionar una especie de restaurante, las llamadas «picanterías». Se trata de locales sucios, por lo general con apartados largos y angostos, cada

6 Quesillo y miel mezclados es uno de los platos favoritos de los limeños. [T]

uno con una mesa poco limpia y dos bancas. La dueña suele ser una zamba o una mulata con gran habilidad en la preparación de los platos. En una mezcla muy colorida se suele encontrar el negro del congo y el severo español, la hermosa criolla blanca, la charlatana china, monjes, soldados, comerciantes, etc. todos ansiosos por engullir las delicias ardientes. Sobre platos sucios, probablemente no lavados desde hace varios días, se les sirve las comidas requeridas. En vez del pan, se sirve una porción de maíz tostado («cancha») en un plato de calabaza o simplemente echada sobre la mesa, donde los granos se pegan en la suciedad. La chicha se sirve en vasos grandes, en cuyo borde aún se ve los restos grasosos dejados por los labios de quien se había servido antes. Parece que la falta de higiene les proporciona a estos lugares el condimento apropiado. Ya que no se elimina el líquido claro de la masa en la preparación de la chicha, se asienta un concho espeso en la base de las botijas en las que se guarda. A alguien que pide chicha, se le pregunta si prefiere «bomba arriba» (del claro) o «bomba abajo» (del concho). Si pide lo último, recibe un vaso con líquido que es más para masticar que para beber. Los verdaderos chicheros prefieren la bomba abajo.

El aguardiente y el guarapo se sirven en las vituallas que se encuentran en casi cada esquina.

Las cafeterías son bastante mediocres, por regla son sucias y con un servicio miserable. Los visitantes más frecuentes son gente de color, aquellos conocidos como «de chaquetón blanco», ya que suelen vestirse con pantalones blancos de lino y sacos cortos del mismo color.

Todos los restaurantes se caracterizan por estar sucios y malos.

En casi cada calle de Lima se encuentra una o varias chozas donde se venden cigarros, en las que mestizos pálidos o mulatas alegres se preparan los cigarros. La costumbre de fumar es bastante difundida. En todos lados, salvo las iglesias, se fuma unos cigarros cortos de papel o de paja. El tabaco cortado en pedazos cortos está envuelto en papel o en hojas secas de mazorcas de maíz inmaduro («pancas»). Este tabaco proviene de la provincia norteña de Jaén de Bracamoros, transportado en duros rollos de un codo de largo y dos pulgadas de ancho (mazos). Los puros o los cigarros comunes están hechos de hojas peruanas o colombianas y destacan por su buen sabor. Son casi tan buenos como los cigarros habanos y podrían alcanzar su calidad si se les dejara secar más y mejor, pero se los fuma pocas horas o días después de enrollarlos. Solo los negros de las haciendas lo fuman en pequeñas pipas de barro, llamadas «cachimbas». Una costumbre generalizada consiste en pedir fuego al primer paseante que está fumando si uno quiere prender su cigarro, sin que les importe la clase social o el color. El esclavo fuma en presencia de su amo, le apaga su cigarro y le pide fuego a su señor sin reservas. Hay un cálculo acerca del consumo por cigarros en Lima y en sus alrededores, según el cual se gasta unos 2300 pesos duros por cada día.

Antaño el mercado principal fue llevado a cabo en la Plaza Mayor y se caracterizaba por una abundancia rara de las verduras, frutas y flores más deliciosas. En la actualidad se encuentra en la Plaza de la Inquisición y se dice que es solo la sombra de lo que fue antes. A lo largo de las acequias de las calles están sentadas las vendedoras de pescado y de embutidos y remojan su mercancía expuesta con la asquerosa agua de las acequias. En el centro de la plaza están extendidas las verduras en gran abundancia y buena calidad. Frente al edificio de la Inquisición están las chozas de los carniceros. La carne tiene buena calidad pero no hay mucho que escoger, solamente se vende carne de buey y de carnero. Por ley está prohibido el sacrificio de animales jóvenes. Terneros, corderos y lechones, por ende, no se ven en el mercado. En Lima se consume a diario un promedio de 160 a 200 carneros. También se sacrifican muchos chanchos pero su carne, tanto en estado fresco o ahumado, no se consume mucho. Se corta todo el animal en trozos pequeños en forma de cubitos y luego se hierve la carne. Se usa la manteca para cocinarla. Los residuos de esta carne estofada se llaman «chicharrones» y es uno de los platos favoritos de los limeños. También hay muchas aves en el mercado, sobre todo gallinas y pavos, traídos de Huacho. Carne de venado nunca se vende públicamente. Los cazadores suelen consumir las presas que cazan en las cercanías de Lima. Entre los mercados menores el de la Plazuela de San Agustín es el más importante. El mercado de flores también está en la Plaza Mayor entre las arcadas del Portal de los Botoneros. Con gran deleite los limeños se entusiasman recordando el antiguo esplendor del mercado de flores y se quejan de su deterioro actual. A veces se venden los famosos «pucheros de flores». Se componen de lo siguiente: sobre una hoja de plátano se coloca una manzana pequeña, un palillo (*Campomanesia*[7]), un par de capulíes, unas cerezas y unas flores de naranjas. Todo ello se adorna con manzanillas, claveles amarillos (alhelíes), violetas, margaritas y flores del árbol de aromo. Ramas de macizo, albahaca, de chocho, de jacinto y de junco amarillo lo cubren y encima se coloca una pequeña fresa. Todo ello se rocía con agua rica o agua de espliego. Estos pucheros tienen un aspecto muy atractivo, pero despiden un aroma enervante. De acuerdo a la rareza de las plantas usadas para la composición se fija el precio. Algunos de ellos cuestan entre seis y ocho pesos duros. Son los regalos preferidos de las damas de Lima.

Bajo el seudónimo de Simón Ayanque, «Teralla», publicó un poema de diecisiete romances bajo el título *Lima por dentro y fuera*, hace algunos años[8]. Describe en los colores más vivos las costumbres y usos de esta ciudad, pero la presenta en una luz demasiado fuerte, hasta tal punto que el autor peca de

7 Probablemente *C. lineatifolia* R. & P. [B/B]

injusto. Lo positivo que caracteriza Lima y sus habitantes lo omite en silencio o lo distorsiona con sátira ácida. Pero hay que admitir que ha escrito su pequeña obra con excelente conocimiento de causa. Probablemente experiencias desagradables con las limeñas le han conducido a su reprimenda ácida. Juzga a las mujeres de Lima con más severidad, de tal forma que ellas han mandado quemar su libro públicamente en el teatro y en diversas oportunidades, bajo un «*pereat*» tempestuoso.

8 *Lima por dentro y fuera. En consejos económicos, saludables, políticos y morales que da un amigo a otro con motivo de querer dejar la ciudad de México por pasar a la de Lima. Obra jocosa y divertida en que con salados conceptos describen, además de otras cosas, las costumbres, usos y mañas de las Madamitas de allá, de acá y de otras partes. La da a luz Simón Ayanque. Para escarmiento de algunos y entretenimiento de todos*. Madrid. Reimpreso en Lima. 1838. [T]

Octavo capítulo

La corrida de toros. — La Plaza de Acho. — Los preparativos. — Los capeadores. – Las suertes. — Las espadas. — Los rejoneadores. — Los desjarretadores. — La lanzada. — Los mojarreros. — Un toro ensillado. — El deterioro de la corrida de toros. — El valor de la misma.

«Hay algo de magnífico en la idea de una ebriedad nacional» dice un escritor ingenioso y muy popular de nuestros días, pero también tiene algo de muy estrecho. Cuando miles de hombres se juntan en tumulto apretado con el fin de entregarse libremente a sus preferencias, debilidades o pasiones en esparcimiento vacilante, no se sabe si se debe admirar o sentir esta ebriedad. Si ésta se basa en el recuerdo de algún acontecimiento importante o una fiesta religiosa o política se la puede disculpar, pero si se trata de un objeto que hace deshonra a todos los sentimientos humanos, al gozar de las brutalidades más bajas y la crueldad más refinada, merece solo indignación y condenación.

A un europeo de los países norteños le asalta una sensación inquietante cuando es testigo del júbilo generalizado que se alza durante días, llenando todo Lima, a consecuencia del anuncio de la corrida de toros. Las esperanzas, las expectativas y las distracciones de ese día se convierten en el tema principal de las conversaciones, sobre todo las de la parte femenina de la ciudad. Con varios días de anticipación se pegan anuncios de la corrida de toros en las esquinas de las calles y se los vende. Todos tratan de conseguir una lista de los toros para conocer los nombres de las pobres víctimas de la matanza y para poder juzgar sus cualidades de buenos, o sea, muy bravos y si fuera posible, que cobraran la vida de muchos hombres.

La exaltación llega a su culminación cuando se inicia la sesión de los toros[1] y cuando, finalmente, se dará otra corrida después de un año de esperanza. Como en todos los repetidos espectáculos públicos, la primera realización es la más brillante de todas. Cuando el Perú se encuentra en una situación política tranquila, lo cual suele ocurrir apenas por un año en una década, las corridas comienzan en la época cálida, en el mes de enero

1 Se dice «toros» como abreviatura de «corrida de toros». [T]

y duran unas ocho semanas. En este tiempo se sacrifica al esparcimiento público 10 ó 12 de los más hermosos toros, con frecuencia de una manera muy cruel, todos los lunes. En tiempo de revolución se dejan de organizar corridas, con la excepción de festejar una victoria o si se les ocurre así, en tiempos de invierno. «¡Qué lástima!», se escucha en estos casos de todas partes, «¡como no brilla el sol, los toros se volverán flojos!»

Las haciendas de la costa, en los valles del Rímac, del Chillón, de Pasamayo y de la Quebrada de Huarochirí, producen los toros más hermosos y más bravos. Se saluda con alegría los nombres de Bujama, La Escala, Paramonga, Mirando, etc. que figuran en los anuncios, ya que los dueños de estas haciendas han facilitado muchos goces inolvidables por la calidad de sus animales. A mediados de la semana se trae los toros a Lima, bien cuidados y adornados con coronas de flores, para que puedan descansar algunos días de los esfuerzos de los caminos arenosos desde las haciendas hasta la ciudad.

Mientras tanto, los limeños también se preparan para el día de fiesta. En la calle Santa Polonia n.° 66 se venden las entradas para los palcos cerrados y abiertos. Su precio oscila entre cuatro y ocho táleres de acuerdo a su tamaño. Sobre todo las mujeres de Lima están muy nerviosas. Ninguna limeña verdadera se queda en casa en este lunes festivo. Lo tomaría como su día más infeliz y perdido de su vida si se presentara un obstáculo insuperable que le privara de la diversión de la corrida de toros. Si no puede asistir a la corrida en persona, se sienta sobre el puente o una banca de piedra en la alameda para contemplar el paso de la enorme masa humana.

En tiempos de los virreyes las corridas fueron llevadas a cabo en la Plaza Mayor, pero esto sucede muy raras veces en la actualidad; ahora son en la Plaza Firme de Acho, a la izquierda del final de la alameda, construida expresamente para este fin. Se trata de un anfiteatro de adobes sin techo. La entrada principal es un portal doble que da acceso a una especie de patio, que rodea en banda ancha el anfiteatro propiamente dicho con edificios como el toril, los corrales, etc. Varias entradas llevan de ahí a la arena, la que está cubierta de varias pulgadas de la misma. La fila más baja de los asientos del público consiste en pequeños cuartos levantados con muros y entradas bajas y bastante anchas, las que sirven para dos fines: por un lado forman la barrera con su pared delantera, la que el toro no puede pasar encontrándose en la periferia del círculo central y más bajo. Por otro lado sirve de excelente refugio para los observadores que quieren ver sin poder ser vistos, para otros como citas amorosas, etc. Sobre estos pequeños cuartos se levanta varias filas de bancas en forma escalonada y todo está coronado por el círculo de los palcos. Como en el teatro, están cerrados por los costados y se abren solo hacia delante. En el centro de este círculo, a la izquierda de la entrada principal, está el palco del presidente (antes era para los virreyes), completamente revestido de tela roja. En su cercanía están los asientos para los músicos y el del juez de la corrida,

que es a la vez el subprefecto de turno de la provincia de Lima. Frente al palco del presidente se observa la puerta angosta del toril. Se trata de un corredor angosto, en el cual el toro destinado para la corrida espera el momento de poder arrojarse. Es tan angosto que el animal apenas se puede mover, además de ello está apretado por barras transversales que impiden el movimiento lateral o hacia atrás. En esta posición, las víctimas de la matanza tienen que someterse a las operaciones más crueles como preludios del acto principal. Con agujas anchas se les pasan banderolas coloridas por la piel y se las amarra con nudos complicados. Gualdrapas ricamente adornadas se le cosen en el lomo y se le coloca cohetes y petardos en las orejas. Además de ello, le hincan con lanzas de punta fina por todos lados. En su impotencia, el toro se rebela contra las hincadas y su furia llega a su punto de culminación.

A la derecha, por el toril, está el palco del guardián, cuya tarea consiste en abrir la puerta y cerrarla inmediatamente después de la entrada del animal enfurecido. A la izquierda está un portal más grande por donde se les saca a aquellos toros deshonrados que no han teñido la arena con su sangre.

En el centro del circo se han clavado una docena de palos en forma de cruz, conectados en la parte superior por palos transversales. Están colocados tan cercanos uno del otro que apenas dejan espacio para que un hombre pase por ahí. Este es el lugar donde se refugian los capeadores en apuros con el fin de escaparse de las persecuciones peligrosas del toro.

En el día señalado, la alameda está llena de largas filas de mesas en las cuales se venden limonadas, aguardiente, chicha, picantes, pescado y dulces de todos los tipos. Solo la gente de color está dada a este tipo de refrescos y delicadezas, las familias limeñas nobles llevan su merienda consigo al palco. A las 12 se inicia la procesión hacia la Plaza de Acho. Todo Lima está en movimiento. Todas las bancas de la alameda están ocupadas densamente por las tapadas, las que dejan ver solo un ojo ardiente y un pie pequeño y gracioso y están dando señales medio secretas a los transeúntes de vez en cuando.

Paulatinamente el anfiteatro se está llenando y a las dos de la tarde se han juntado unas 12 000 a 15 000 personas. Alrededor de las tres llega el carro del presidente, escoltado por un fuerte contingente de guardias de lanceros y, en poco tiempo, aparece Su Excelencia, acompañada de sus ministros, ayudantes, etc. en el palco destinado para él y su séquito. De acuerdo a su estado de ánimo, el público lo saluda con «viva» o sin expresión alguna. La música toca una charanga estrepitosa y entran silenciosos los capeadores[2] quienes llevan vestidos elegantes, llegando a pie o a caballo al circo. Rodean tres veces la arena y saludan al presidente y al público. Solo de vez en

2 Se les llama «capeadores» a los que se enfrentan a los toros con una tela o un poncho, los provocan y se escapan con un movimiento del ataque de los animales, repitiendo lo mismo

cuando un jinete le da las espuelas a su caballo para lucir las formas hermosas del noble animal. Con júbilo la multitud saluda a personajes conocidos como un tal Esteban Arredondo o un José Dolores Mendoza, un Juan de la Rosa Asín. Pero cuando aparece la amazona nueva llamada Felipa Muñones, la arena estalla de miles de voces aplaudiéndola[3].

La trompeta estrepitosa da la señal para el inicio de la pelea. Los capeadores se dispersan, uno de ellos se coloca frente al toril, nuevamente llama la trompeta y se arroja al «Vengador prieto de Bujama» por la puerta abierta de par en par. Es un animal hermoso de raza pura de Castilla. Sus formas son fuertes y macizas, sus piernas bajas y finas y su tronco corto con cabeza poderosa. Pocos rizos muy encrespados coronan su frente, dura como metal que despide la amenaza de la perdición, sus cuernos cortos y muy puntiagudos se muestran en flexión suave hacia delante y están adornados traicioneramente con flores. Una gualdrapa púrpura de borde blanco, de la que cuelgan monedas de oro y de plata, cubre su lomo negro brillante, al que adornan también banderolas coloridas. Con la cola en alto y la mirada despidiendo fuego, así como las fosas nasales muy abiertas, el «Vengador» corre con furia ciega por la arena. El capeador lo espera tranquilamente a caballo con el poncho extendido delante de él. Ya el toro lo alcanza y sus cuernos parecen entrar en los flancos blandos del caballo, pero se percibe un movimiento leve del capeador y su corcel hace una vuelta audaz y el toro se lanza al vacío. Pero rápidamente el jinete se adelanta, lo provoca nuevamente, se voltea, vuelve a provocarlo y desarrolla su admirable destreza y su frío coraje en una serie de «suertes» hábiles y bien calculadas.

Un aplauso tumultuoso se levanta de todos lados y un segundo capeador lo reemplaza a pie. El toro se arroja contra él, pero éste lo esquiva con habilidad y lo provoca nuevamente con su manto púrpura, nuevamente salta a un lado y lo vuelve a provocar. Pero el animal no se deja irritar, da unas pequeñas vueltas y ataca nuevamente con velocidad acrecentada. El capeador tan asediado solo puede salvarse por la fuga. En zig-zag corre rápidamente hacia los palos del centro. El toro detrás de él golpea la madera con su frente en su impotencia, corre varias veces alrededor de la cruz y se lanza

---

inmediatamente. No llevan armas de ningún tipo. En España los capeadores solían ir a pie. Un negro del Marqués de Vallumbroso de Lima, fue el primer capeador en entrar montado sobre un caballo en Madrid y cosechó un aplauso enorme por ello. Después de este incidente, esta perfección de la tauromaquia también fue acogida en España. «Capear» por caballo es mucho más difícil, pero también más interesante que la versión a pie. Los caballos requieren un adiestramiento con una silla especial, para que el toro no se enrede con sus cuernos en la retranca de la complicada parte trasera de la silla y así causar la caída del jinete. La provocación al toro con el manto se conoce por «sacar una suerte». No existe un término equivalente en el alemán. [T]

3 Felipa Muñones es una zamba que destaca tanto por su habilidad en el manejo del caballo, como por la audacia con que provoca a los toros más bravos. [T]

sobre una figura blanca, a pocos pasos delante de él[4]. De repente se escucha un estallido, se levanta humo e innumerables petardos zumban alrededor del animal enfurecido. Los restos ardientes de la figura fantasmal están colgados entre sus cuernos. Con fuerza mueve su cabeza, patea el suelo, ruge y corre, temblando de ira y de dolor, por la arena tratando de librarse de su tortura.

Un capeador a caballo se le enfrenta, voltea, regresa, hace una vuelta corta y el «Vengador» se lanza sobre él y salva su nombre. El caballo se empina y una gruesa corriente de sangre se arroja de su pecho atravesado. Como asustado de su venganza, el toro retrocede unos pasos y corre hacia el otro lado del circo. «¡Bravo toro!» se escucha de mil gargantas, mientras que el capeador escapa con su animal hacia la plaza, pero antes de alcanzar la puerta, se cae muerto debajo del jinete.

«¡La espada! ¡La espada!»[5] gritan algunos y pronto están seguidos por muchos. Aparece un matador. En su mano derecha lleva una daga larga y ancha y en la izquierda un manto corto. Con mirada serena y posición erguida se adelanta unos pasos, mueve el manto ligeramente para lograr la atención del toro, pero éste ya se ha percatado de él y se prepara para el ataque. Hace círculos anchos con su cola, baja la cabeza y saca la arena suelta con uno y otro de sus pies delanteros y se esconde bajo una nube de polvo de la que suena un rugido parecido a un trueno lejano. Pasan unos pocos minutos de tranquilidad angustiosa. Con el cuerpo ligeramente adelantado y el brazo levantado, empuñando firmemente su daga, el matador audaz fija su mirada en su enemigo terrible que ahora se le acerca con gran ímpetu. Un momento más y el «Vengador prieto» yace a los pies de su adversario, herido mortalmente.

Un júbilo prolongado e ininterrumpido llena el aire y ensordece la música estridente. De todos lados flores y dinero caen hacia el vencedor, quien está limpiando su daga ensangrentada en la piel lisa del animal caído muerto. Desata la guirnalda como trofeo de su victoria y recibe su recompensa de las manos del juez.

Mientras tanto el toro está amarrado por los cuernos, la puerta principal del circo se abre y dos negros entran rápidamente sobre cuatro corceles orgullosos y ricamente adornados, cargando un gran gancho de hierro pesado. Al alcanzar el animal muerto, los caballos se empinan, pero con gran habilidad se le engancha con una soga y en galope rápido, acompañado por trompetas resonantes, los corceles ardientes lo arrancan, dejando un surco

4 Se fabrican figuras de hombres y mujeres con papel y llantas, llenas de petardos y cohetes inflamables y se las coloca en la arena. Cuando el toro corre alrededor de ellas, se encienden con una explosión violenta. [T]

5 A los que matan al toro con la espada o la daga, se les llama simplemente «espadas». [T]

profundo y se lo llevan fuera de la puerta. Otros negros con escobas igualan la arena nuevamente y sacan con cuidado todas las manchas de sangre.

En este entreacto hay mucho movimiento en el público. Todos dan su evaluación o su opinión. Se hace visitas, se compra pasteles y se paga los asientos. A la entrada del anfiteatro se paga medio peso duro para el ingreso, más tarde los recaudadores solo cobran de cuatro a seis reales por asiento.

De nuevo se da la señal para una pelea y el «Intención mala, alazán de la Escala»[6] salta a la arena, adornado con banderolas azules y una guirnalda azul. Los capeadores a pie y a caballo hacen su trabajo y producen «suertes» brillantes. Al quebrar la primera furia del toro, se acercan los «rejoneadores»[7] a caballo. Pronto los ataca. Montado en su caballo tembloroso, le espera el primero de ellos con brazo levantado, para poder perforar su corazón con la aguda punta de su lanza. El caballo, quizá herido en peleas anteriores, se intranquiliza y el golpe falla. El toro, en cambio, alcanzó su cometido. Sus cuernos afilados han abiertos los flancos del caballo ampliamente y sus vísceras salen de la herida. Sin prestar atención, el jinete trata de enmendar su error, persigue a su adversario, lo provoca y golpea por segunda vez. Esta vez está mejor el golpe pero tampoco resulta mortal, por lo que se muestra aun más irritado y repite su éxito por segunda vez. ¡Un espectáculo atroz! Parte de las vísceras del caballo está arrastrada por la arena, pero aun así el animal obedece las riendas hasta que cae muerto. El segundo rejoneador no tiene mayor suerte, sus golpes tampoco son mortales, solo sirven para aumentar la furia de «Mala Intención», el que hace mucho honor a su nombre igual que su antecesor. Pronto jinete y caballo están caídos en el suelo y tienen que retirarse.

Cubierto de sangre, la víctima de la matanza descansa por unos momentos para esperar a otro adversario. Pero nadie se atreve. Ahora entran los desjarretadores a la escena, para cumplir su oficio impúdico. Cada uno de ellos tiene una vara de unos 14 a 16 pies de largo en la mano, en cuya punta está fijada un hierro grande y muy afilado de forma curvada como creciente. Cautelosamente uno de ellos se acerca al toro desde atrás, hasta

6 Doy los nombres de los toros con la intención de mostrar cómo aparecen los nombres en las listas y qué gusto muestran los negros en este tipo de bautizos. El nombre suele referirse a una característica del animal o a un evento especial en el que jugó el papel principal. [T]

7 Ellos matan al toro con lanzas cortas. Para ello tienen mucha destreza, ya que deben matar al animal con el primer golpe, al perforar el corazón con la lanza entre la clavícula izquierda y la columna vertebral, según las reglas de su arte. Delgado, uno de los toreros más famosos de España, llamado por lo general «Pepe Hillo», escribió una obra original que contiene las reglas de las peleas de toro, aparecida bajo el título *Tauromaquia o arte de torear a pie y a caballo*. Madrid: 1804, 8, con 30 grabados de cobre en los que están ilustradas las «suertes» más exquisitas. Pese a que el autor conocía la práctica de la corrida aun mejor que la teoría, fue víctima de su arte ejercido con mucha pasión. [T]

una distancia de unos 30 a 40 pasos y lanza su arma en dirección de sus piernas traseras con toda su fuerza y logra cortarle el tendón de Aquiles. El toro se dobla en la rodilla.

Un segundo desjarretador le quiebra la otra pierna delantera y cae al suelo con todo su cuerpo trasero. Su fuerza está paralizada, pero su coraje aún está vivo. Con el sentimiento de la mayor repugnancia, cada hombre capaz de sentimientos da la espalda a semejante espectáculo indigno. Arrastrándose sobre sus rodillas, el animal torturado se acerca a sus torturadores. Arena y sangre se convierten en coágulos en sus heridas. Ya sin movimiento, las piernas traseras siguen arrastradas por el cuerpo lentamente jalado. Un rugido oscuro que rompe el corazón es testimonio de los dolores del animal impotente. Ahora los negros se acercan corriendo en triunfo satánico, armados con cuchillos y lanzas, para torturarlo hasta la muerte. Aún en su agonía se defiende con coraje y varios de sus verdugos han pagado su pasión de matanza con su propia vida, cuando creían que podrían socavar con su daga en la carne de su víctima moribunda sin recibir castigo alguno.

La mayoría de mis lectoras probablemente se estremecen por la mera descripción de estas escenas deshonrosas, pero las damas de Lima encuentran gran placer en presenciar este espectáculo y apenas pueden esperar el día que les propiciara este deleite. ¡En cada tierra su uso, pero también cada tierra su vergüenza!

Pero también hay excepciones de vez en cuando y algunas mujeres de Lima sienten al seguir sus sentimientos femeninos puros, un desdén profundo ante este tipo de distracciones, por lo que nunca acude a ellas. Pero no quiero reprochar a las limeñas por su insensibilidad sin buscar una excusa para ello. Desde su más temprana juventud están acostumbradas a este espectáculo inhumano. Lo que observan primero con la curiosidad de niñas, lo contemplan luego por costumbre con indiferencia. La costumbre suele tener el efecto de abotagarse.

Volvamos a la arena, donde ahora está corriendo a toda velocidad el «Palangana, Mulato de Vergara»[8]. Se escucha un susurro bajo en el círculo. «¡Qué toro tan flojo!» se escucha de todos lados. Este toro no parece encontrar la aceptación del público y, en realidad, no la merece. La violencia con la que entró a la arena encontró su fin muy rápido. Está parado ahora, y mira con asombro lo que le rodea, corre en trote corto por la plaza y busca una puerta para salir. En vano los capeadores tratan de provocarlo. Ni los mira sino fija su mirada en la puerta cerrada y ruge por el anhelo de encontrarse con sus compañeros ausentes. Los rejoneadores le hincan con sus lanzas, para irritarlo un poco, corre tras de ellos después de

8 La palabra «mulato» se refiere a un marrón oscuro que tiende hacia el negro. [T]

un momento de energía, pero pronto trota nuevamente por el circo sin presentar peligro alguno. «¡Que lo maten!» grita una parte del público; «¡Que lo boten afuera!» exclama otra y el juez da la señal, haciendo caso del deseo del segundo. Varias vacas y bueyes aparecen en la arena y el animal cobarde abandona la arena en su compañía y bajo la risa burlona de los espectadores.

El siguiente toro aplacará el malestar ruidoso del público. Su destino es la «lanzada» y en la lista figura como «Busca la Punta, Borroso de Paramonga»[9]. Aparece un indio con una enorme lanza. Su palo mide entre 12 y 14 pies, y tiene el ancho de un muslo en su parte trasera; la punta es ancha y de un palmo de largo. Frente al toril, a una distancia de unos 25 a 30 pies, se ha clavado una piedra en el suelo. Ahí se dirige el indio para prepararse. Repetidamente analiza la piedra y su lanza, prueba la altura a la que tiene que dirigir la lanza, la baja y saca su rosario para rezar algunos *Pater noster* y *Ave*, se santigua, agarra su arma nuevamente y se arrodilla en una pierna. Con ambas manos sostiene el mango, lo empuja a la piedra con toda su fuerza, levanta la punta por medio codo sobre el suelo y da la señal de ataque. Sigue un momento de tensión, reina un silencio mortal en todo el círculo y todos aguardan el instante fatal conteniendo la respiración. La puerta se abre de par en par y el toro salta con fuerza sobre la lanza. La violencia del golpe arroja al indio, erró su meta. En vez de perforarle la frente y así matar al toro de un solo golpe, la lanza penetró al cuerpo debajo de la clavícula para salir en los flancos. Con este tronco en su cuerpo el toro corre hacia su indefenso adversario caído, lo golpea con sus cuernos y lo pisa con sus atas delanteras hasta que vienen corriendo los capeadores para salvarlo de una muerte segura. Los rejoneadores vienen cabalgando, para darle el golpe de gracias a la víctima de la matanza, exhausta por la enorme pérdida de sangre. Con rugidos de dolor se para fijamente con su cuatro patas en el piso y recibe los golpes mortales en esta posición.

Cada uno de los toros que siguen ofrece más o menos interés, lo que se juzga por el número de hombres que hiere o mata y según la habilidad mostrada por los capeadores, rejoneadores y espadas. Pero el público quiere otro tipo de diversión, la que le ofrecerán los mojarreros[10]. Media docena de indios, encabezados por su capataz, llegan a la plaza cantando y bailando y saltan algún tiempo con ademanes curiosos. Sueltan al toro en la arena y éste se dirige hacia este grupo alegre para atacarlo. Bajo la

9 El toro escogido para la lanzada se llama, por lo general, «busca la punta». «Borroso» es el pardo de la vaca. [T]

10 Por lo general, los mojarreros son indios que se enfrentan al toro en masa. Suelen defender una mesa cubierta con frutas y aguardiente y reciben un premio al lograr que esta mesa quede en su lugar. En otra ocasión muestran los bailes descritos. Pasa de vez en cuando que el toro salta sobre la mesa, al mismo momento de quedar perforado por las lanzas. [T]

dirección del capataz, siguen en sus bailes, se les ataca nuevamente, se defienden e hieren a su adversario, pero siempre con sus movimientos de saltos y bailes. Al final se tiran al suelo y perforan al toro con sus lanzas cuando éste salta sobre ellos, con lo que cae muerto.

Ya comienza a anochecer, el espectáculo ha durado cuatro horas ya. 11 toros han muerto como víctimas de esta diversión bárbara, pero 16 figuran en la lista. Una parte de ellos tiene que reservarse para el siguiente día de corrida, ya que el público comienza retirarse. Pero nuevamente se abre el toril y sale un jinete montado sobre un toro sin silla. La dificultad de mantenerse sentado sobre un animal tan rabioso, es muy grande. Por ello el jinete recibe su premio si logra mantenerse sin caerse desde el toril hasta el centro de la arena. Hay algunos negros muy hábiles que no solamente se quedan sobre el toro hasta rodear la plaza varias veces, sino que logran quitar la silla y seguir montando sobre el lomo desnudo. Aun encienden fuegos artificiales, lo que les vale el aplauso más vivo del público.

Con la entrada de la noche, la diversión llega a su fin y el anfiteatro se está vaciando. En filas interminables los habitantes de Lima regresan a su ciudad, de nuevo las tapadas están sentadas en las bancas de la alameda, el puente nuevamente está lleno de hombres que dejan pasar la larga procesión de carros y transeúntes y se bromean con las mujeres que pasan, solo para recibir réplicas chistosas.

Las corridas de toros ya no se celebran en Lima con la misma magnificencia y la forma severa que las caracterizaba en el tiempo de los virreyes. Ancianos suelen quejarse de este deterioro del esparcimiento nacional. O hay escasez de capeadores y rejoneadores o las espadas no sirven. Resulta sumamente difícil lograr el contento de los descendientes de españoles, los que siempre hablan de los maestros en la península. Una ceremonia de anteriores corridas que se ha descuidado mucho es la entrega de la llave del toril. Un jinete hábil con una gran llave de oro en su mano se paraba sobre su excelente caballo delante del toril. Al recibir una señal, el portador de la llave cabalgaba en el paso más rápido sin pasar al galope hacia el palco del virrey, donde le entregaba la llave. Por supuesto, el toro le seguía de cerca para quedar distraído por los capeadores solo cerca de la meta. Esta es una prueba de la increíble velocidad que desarrollan algunos caballos de paso peruanos, ya que se sabe que el toro es capaz de adelantarse a un caballo en pleno galope por poco tiempo. El caballo que pasó esta prueba siempre fue festejado por todos los limeños.

Traté de averiguar muchas veces acerca del destino de la carne de los toros muertos, pero no logré claridad sobre ello. Algunos dicen que pertenece a los vencedores, otros sostienen que se le entrega a los hospitales y otros aún señalan que aparece al día siguiente en el mercado de carne con precios rebajados.

La carne de un animal matado de esta manera resulta muy nociva. Aún cuando un toro recibe su golpe de gracia después de haber ingresado en la plaza, su furia por las torturas continuas a las que está expuesto en el toril equivale a la de una cacería larga.

Traté de dar a mis lectores un cuadro de esta corrida de toros en sus contornos esenciales, del estado como se lleva a cabo en Lima en la actualidad y quiero terminar por mencionar la importancia de este esparcimiento nacional en pocas palabras.

Perú es el único país en Sudamérica donde se celebran corridas de toros formales. Como el último que siguió la llamada de la independencia de librarse del dominio español, es también el último en conservar las costumbres de su patria y le será muy difícil librarse de ellas, ya que le falta la energía y la nacionalidad que se desarrolla de ésta. La falta de carácter del peruano se muestra claramente en esta actitud. Las fallas de los españoles se convierten en vicios en ellos, ya que las llevan a sus excesos sin miramientos. Si las corridas son crueles en la península, aquí se convierten en maltrato deshonroso de los animales. Para tales maltratos los responsables suelen ser los negros y zambos, la levadura del pueblo, pero reciben el beneplácito y el aplauso del público culto. Los limeños anhelan la diversión, la que puede ser tan inhumana como sea posible, con tal que sea diversión, una oportunidad para pasar un día de ocio, para mostrarse en lugares públicos sin sentir barreras para poder dar rienda suelta a sus pasiones más licenciosas. Un gobierno que quiere adquirir rápidamente el afecto del pueblo, tiene que darle diversiones públicas, entre las que las corridas gozan de la mayor popularidad. Con ello se logra dos propósitos: el gobierno se asegura del afecto, mas no del amor del público y lo distrae al mismo tiempo del escenario político, lo que es de suma importancia en un país como el Perú, tan mutilado por continuas revoluciones llevadas a cabo por la plebe errada y el militar que falta a su deber.

Sin mayores problemas un gobierno sabio podría lograr más cuidado y más humanidad en las corridas, si éstas tienen que subsistir como mal necesario. Los padres interesados en evitar de plantar el brote de la brutalidad en sus hijos desde su más temprana niñez, deberían tomar como uno de sus deberes más sagrados apartarlos de un espectáculo que hiere cualquier sentimiento más noble y lo destruye a la larga.

Noveno capítulo

Ubicación geográfica de Lima. — Su altura. — Su temperatura. — Su clima. — Las enfermedades. — Tablas estadísticas de las muertes y de los nacimientos. — Los terremotos. — El valle de Lima. — El río. — Los pozos. — Los cultivos. — El algodón. — El azúcar. — El maíz. — Los cereales. — Los tubérculos. — Las leguminosas. — La col. — Los condimentos. — La alfalfa. — El olivo. — Las frutas. — La chirimoya. — La palta, los plátanos y otras frutas.

Lima está a 12°3'24" de latitud sur y 77°8'30" de longitud al oeste de Greenwich[1]. Esta longitud está indicada con diferentes valores. En los mapas marinos y en los manuales figura como 76°50'; según Humboldt, marca 77°5' y 5"; según Malaspina, 77°86'45" (todos al oeste de Greenwich); y según Ulloa, 70°37'37" al oeste de Cádiz. Diferencias semejantes se observan en las altitudes de la ciudad sobre el nivel del mar. Rivero ha calculado 154 metros o 462 pies franceses, mencionado en su *Memorial de ciencias naturales*, I. 2, p. 112. En otra ocasión dio como resultado 184, 25 varas castellanas (la vara equivale a 33 pulgadas inglesas) e indicó también las diferentes altitudes, basándose en nivelaciones barométricas entre el Callao y Lima:

Callao	00	varas castellanas
Baquíjano	24, 20	varas castellanas
La Legua	50, 40	varas castellanas
Mirones	94, 15	varas castellanas
Portada del Callao	150	varas castellanas
Plaza de Lima	184, 80	varas castellanas

La primera indicación de Rivero es la más correcta. Gay calculó la altitud de Lima en la esquina de la iglesia de Espíritu Santo en 172,2 varas castellanas. La mayoría de sus cálculos de altitud, sin embargo, están equivocados, como pude comprobar en mediciones repetidas de varios de los lugares visitados y medidos por él.

---

1 Estos datos se han calculado de acuerdo con las observaciones muy precisas del señor Scholz. La latitud normalmente está indicada como 12°2'3". [T]

Al noreste de Lima se levanta el cerro cónico de San Cristóbal, bastante empinado y cubierto de líquenes dispersos. Según las mediciones trigonométricas de don Jorge Juan de la Condamine en el año de 1737, está a 312 varas sobre la Plaza Mayor o 134 toesas sobre el mar. Una de las mediciones más exactas es la de Pentland, quien indica la altura de 1275 pies ingleses. 58 observaciones de Pentland y Rivero, realizadas en 1826, indican el promedio de la columna de mercurio en el mar como 762, 90 milímetros con 21,6 grados reducido en 0 grados de calor en 0 m 760,74.

Después de la reunión cuidadosa y penosa de observaciones propias, así como de otras extranjeras continuas sobre varios años, puedo dar los siguientes resultados acerca de la temperatura de Lima:

Calor máximo (con el termómetro en la sombra y libre circulación de aire, a la una de la tarde) 29,9°, lo que resulta normal para la primera mitad de marzo. En la segunda mitad del mes de enero suele haber algunos días muy calurosos.

El frío máximo no pasa por debajo de 16,2°, por lo general hacia fines de agosto y mediados de setiembre. En julio suele haber días relativamente fríos, con una temperatura media de 18,5°.

La temperatura media durante la época cálida del año, entre los meses de diciembre hasta marzo, es de 25°. La temperatura media durante la época fría, entre los meses de abril hasta noviembre, es de 17,5°. La máxima lectura del higrómetro es 21,5°.

No presento aquí las tablas detalladas de temperaturas, ya que no interesa a la mayoría de los lectores y por encontrar un mejor sitio en otro lugar.

La temperatura baja de Lima, en vista de la distancia de solo 12° del ecuador, se debe a la ubicación de la ciudad y a las corrientes de aire que se observan ahí. En el este, a solo 28 leguas de la ciudad, éstas pasan por las lomas de la cordillera, cubiertas con nieve eterna, por lo que baja un aire frío al valle. Hacia el oeste, solo a dos leguas de la ciudad, está el mar. El viento dominante sopla de sursuroeste por el sur hasta el sureste o pasa, por ende, sobre el mar y las mesetas altas del sur. Vientos occidentales son muy escasos, pero pueden alcanzar intensidades extraordinarias y forman, al chocar contra los cerros que encierran Lima, torbellinos sobre la ciudad que causan el temor y susto de los habitantes. En junio de 1841, tuve la oportunidad de observar uno de estos torbellinos tan temidos que arrancó árboles y demolió chozas. Las corrientes de aire que vienen del norte, pasan por las planicies arenosas que arden de calor, son bastante escasas pero muy bochornosas. Debe haber otras causas más que producen la temperatura baja de Lima, ya que en las aldeas a solo pocas millas de la ciudad y expuestas a los mismos efectos atmosféricos, es notablemente más alta.

Miraflores es un pequeño pueblo a una legua y media de Lima, pero ahí el calor es mucho más alto, como muestran las siguientes observacio-

nes del termómetro bajo las mismas circunstancias que las arriba mencionadas:

El 9 de diciembre, a las diez de la mañana 27,2 ° C; a mediodía y a la una, 30,4 ° C. En los días siguientes se midió un máximo de 30,5 ° C, y un mínimo de 22,7 ° C.

El 20 a 27 de diciembre, máximo 31,8 ° C, mínimo 25,9 ° C.

El 28 de diciembre, a las seis de la mañana, 26,0 ° C; a mediodía, a las dos de la tarde, 32,7 ° C, y en la noche a las 10, 27,3 ° C.

En el mismo día se observó lo siguiente en Lima:

Seis de la mañana, 21,7 ° C; a mediodía, a las dos de la tarde, 26,4 ° C. y en la noche a las diez, 23,6 ° C.

El 1 de enero, a las dos de la tarde (máximo del día) 33,1 ° C.

El 18 de enero, a las dos de la tarde, máximo 34,2 ° C.

Una comparación con la temperatura de Lima en los mismos días, ha mostrado una diferencia de calor de 5,7 ° C más para Miraflores.

La cercanía del río, que nace en los glaciares de la cordillera y atraviesa la ciudad después de su curso no tan largo, probablemente contribuye a bajar la temperatura del aire.

El clima de Lima es agradable pero poco sano. Durante seis meses, entre abril y octubre, se asienta una neblina pesada, húmeda pero no fría, sobre la ciudad. El verano es cálido en promedio, pero no es sofocante. Las transiciones entre ambas estaciones son paulatinas y apenas perceptibles. En los meses de octubre y noviembre se levanta la cobertura de la neblina, se hace más fina y cede a los rayos del sol. En abril se hace borroso el horizonte, las mañanas se vuelven frescas y nubladas pero el sol de mediodía aún brilla con fuerza, pocas semanas después desaparece por completo. La alta humedad es causa de muchas enfermedades, en particular, de diferentes tipos de fiebre y, cuando se alterna con calor, produce disentería. Esta enfermedad causa el mayor número de víctimas, es endémica y se extiende en forma epidémica en lapsos bastante regulares, pero distanciados. La terciana es generalmente dañina en todo el Perú, tanto en su desarrollo como en sus consecuencias. Se puede sostener con determinación que unos dos tercios de la población sufren o han sufrido de ella. La mayor parte de los extranjeros está atacada por ella, pero sus síntomas solo se notan algunos años más tarde que su contagio. En general, Lima demanda su tributo de aclimatación a los inmigrantes más lentamente que otros países tropicales.

Las tablas estadísticas de las muertes tienen un carácter muy burdo, por la ignorancia de los médicos y por el cuidado deficiente de parte de la policía, por lo cual no son de confiar plenamente. Pese a ello daré una de ellas a continuación.

Tabla general de las muertes en Lima, ocurridas entre el 1 de enero y el 30 de octubre de 1841

Enfermedades	Hombres	Mujeres	Niños	Total
Disentería	171	105	59	335
Fiebre, sobre todo terciana	57	88	71	219
Tifoidea	14	7	24	45
Tuberculosis pulmonar	87	110	11	208
Pulmonía	78	75	26	179
Hidropesía, sobre todo a causa de terciana	33	32	7	72
Tos ferina	-	-	36	36
Viruela	3	-	1	4
Muerte súbita	23	13	1	37
Muerte por fusilamiento	3	-	-	3
Enfermedades variadas	217	228	610	1109
Totales	740	658	846	2244

De estos muertos pertenecían a:				
Diferentes parroquias	260	321	264	845
Hospitales	406	335	30	771
Militar	50	-	-	50
Sacerdocio	21	-	-	21
Huérfanos	-	-	57	57
Muertos abandonados	3	2	495	500
Totales	740	658	846	2244

En Lima, el número total de muertos por año varía entre 2500 y 2800 personas.

Voy a colocar de una vez el número total de los matrimonios y los nacimientos para los mismos diez meses.

Total de matrimonios del 1 de enero hasta el 30 de octubre de 1841: 134, de los cuales 46 eran blancos y 88 de color

Total de nacimientos	Niños	Niñas	Total
En matrimonios	410	412	822
Ilegítimos	432	428	860
Totales	842	840	1682

Es llamativo el número de los niños ilegítimos (860), tanto como el de los niños muertos abandonados (495). Estas cifras son la mejor muestra de la inmoralidad que reina en Lima, en particular entre la gente de color. A estos últimos pertenecen casi dos tercios de los niños ilegítimos; a los abandonados muertos, aun cuatro quintos. Aunque no se puede constatarlo con seguridad es de suponer que una buena parte de ellos fue muerta violentamente por sus madres. Si se encuentra un niño muerto delante del convento de San Lázaro o en la calle, se lo recoge sin examen mayor y se lo lleva al panteón, donde no se hace el esfuerzo de enterrarlo. He visto cómo los gallinazos jalaban cadáveres medio putrefactos de niños en las calles más transitadas, donde se los comían.

Para el futuro de Lima es grave que los totales de las muertes por año superen considerablemente el número de los nacimientos en el mismo lapso. En la tabla indicada se desprende que se da un exceso en muertes de 562 personas. Un extracto de listas de muertes y nacimientos entre los años 1826 y 1842 me indicó que en esta ciudad mueren, en promedio, 550 hombres más que aquellos que nacen. No es este el lugar para discutir detalladamente las causas de esta desproporción, pero quiero mencionar solamente que una de ellas es el uso muy difundido, pero ilegítimo, de abortivos.

Parece que la naturaleza no ha permitido al hombre un lugar donde pueda vivir tranquilamente sin recordarle su poder con su horror omnipresente. En toda la costa del Perú, la atmósfera está en una tranquilidad regular. No está interrumpida por corrientes violentas, sino solamente por una paulatina condensación y una agradable intensificación de la luz. Nunca está alumbrada por relámpagos bruscos, nunca está movida por el rugido de los truenos, nunca precipitaciones o aguaceros destruyen los fértiles campos de cultivo y, con ellos, las esperanzas del campesino. Hasta el fuego parece haber perdido su poder destructivo y no toca las obras hechas por manos humanas[2]. Pero lo que los elementos sobre la tierra respetan magnánimamente, están destruidos por las fuerzas subterráneas con poder terrorífico.

Lima está castigada frecuentemente por terremotos, que la han convertido en un montón de escombros en diferentes ocasiones. Por año se puede contar unos 45 temblores, la mayoría de ellos en la segunda mitad de octubre, en noviembre, diciembre, enero, mayo y junio. En enero se daba el más destacado de ellos, durante varios años la tierra temblaba diariamente en este mes. Se sabe por experiencia que siempre hay dos terremotos muy importantes

2 Un incendio en Lima es algo casi inaudito. La construcción de las viviendas de adobe casi no contiene troncos de madera que podrían alimentar un fuego. Con solo sacar las puertas y los muebles podría extinguirse. Por ello tampoco hay bomberos en Lima. El único incendio grave en Lima del cual obtuve información es el del 13 de enero de 1835, que destruyó el interior de la capilla del Milagro cerca de San Francisco. Fueron básicamente los altares y las colgaduras que prendieron fuego. Los costos para su reconstrucción fueron de 50 000 táleres. Fue reinaugurada solemnemente el 23 de noviembre de 1838. [T]

con destrucciones terribles por siglo. El lapso entre ambos es de unos 40 a 60 años. Las catástrofes más relevantes en Lima, desde la llegada de los europeos a la costa occidental de Sudamérica, han ocurrido en los siguientes años: 1586, 1630, 1687, 1713, 1746, 1806. Por ello es probable que esta ciudad tendrá que sufrir otra destrucción en las décadas venideras.

Los temblores más débiles están acompañados por un ruido o se siente el movimiento de tierra únicamente. Los sonidos subterráneos son muy variados, pero, por lo general, se parecen al estrépito lejano de un coche de correo muy cargado que pasa rápidamente por una bóveda. Éstos suelen acompañar los movimientos terráqueos, raras veces los anuncian con unos segundos de anticipación y en muy pocos casos les siguen como trueno lejano. Algunas veces este ruido me pareció como un gemido grave del interior más profundo de la tierra o como la crepitación de un fuego que ataca las paredes de madera seca de una casa vieja.

Las oscilaciones horizontales son los movimientos más frecuentes. Ellas causan menos daño debido a la construcción ligera de las casas. Los movimientos verticales suelen ser violentos, rompen las paredes y levantan los edificios de sus cimientos. Sentí el temblor vertical más violento en las selvas de Chanchamayo, el 4 de julio de 1839. Delante de mi choza, un enorme tronco de un árbol talado yacía sobre su raíz cortada. Me había recostado en el tronco y leía cuando el tronco se levantó súbitamente por un pie y medio y fui lanzado de espaldas por encima de él. El mismo temblor había levantado el río Aynamayo de su lecho, por lo que cambió su curso por un trecho relativamente largo.

Nunca he sentido movimientos rotativos, según las informaciones de todos los observadores, son tan raros como destructivos. Con frecuencia sentí una especie de temblor que merece este calificativo en el sentido más estricto de la palabra. No consiste en un movimiento de vaivén, ni en un golpe o movimiento circulatorio, sino en un temblor rápido y violento comparable a alguien que agarra los hombros de otro y lo sacude rápidamente, o mejor, como el sacudido de un barco en el momento que el ancla toca el suelo. Creo que son oscilaciones horizontales muy breves, rápidas e irregulares. Las irregularidades de las oscilaciones las hacen peligrosas, ya que hasta temblores leves de este tipo arrancan troncos de su construcción y tumban techos, pero dejan intactas las paredes laterales, las que sufren primero y más que las demás partes de la casa en todos los demás tipos de temblores.

Humboldt dice que en el día de un temblor la regularidad en las desviaciones por hora de la aguja magnética y de la presión barométrica, queda intacta entre los trópicos[3]. De 17 observaciones que hice durante un temblor

3 Alexander v. Humboldt. *Cosmos* I, pág. 213. Y más detallado en *Relations histor...* Parte I, págs. 311 y 513. [T]

en Lima, con la ayuda del excelente barómetro de Lefèvre, noté que en 15 casos la posición de la columna de mercurio quedó inalterada. Una vez ésta bajó en 2,4 líneas poco antes del temblor (hice la observación a las ocho de la noche, el temblor se notó a las ocho y nueve minutos), comparada con la lectura de dos horas antes. Otra vez noté poco después del temblor y durante las siguientes doce horas, una subida y bajada considerables en la columna de mercurio. Durante estas desviaciones la atmósfera estaba tranquila.

Fenómenos aéreos suelen ser anuncios inequívocos de temblores. Aire bochornoso, bandas de nubes angostas, altas y claras, un horizonte oscuro, cubierto de negro, motivan siempre temores que casi siempre se verifican. He conocido habitantes oriundos de la costa que nunca se equivocan en sus pronósticos de temblores según sus observaciones de la atmósfera. En muchos lugares se ha visto grandes meteoros en la atmósfera antes de temblores violentos[4]. Antes del terrible terremoto de 1746, se vio exhalaciones encendidas saliendo de la tierra entre Lima y el Callao durante varias noches. Este fenómeno se observó mejor en la isla San Lorenzo[5].

Muchas personas tienen un cierto presentimiento como anuncio infalible de un temblor cercano. Sienten una sensación indescriptible de temor e intranquilidad, de una presión en el pecho como si estuviera bajo el peso de cargas de muchos quintales y un esfuerzo inútil de librarse de esta presión. O se estremecen momentáneamente en todo su cuerpo o tiemblan con todos sus miembros. También tuve este presentimiento repetidas veces y estoy en condición de afirmar que no existe una sensación más desagradable que ésta. Esta sensación está más desarrollada en las personas infelices que fueron sepultadas bajo los escombros de sus viviendas en un temblor.

Quiero describir en pocas palabras el famoso temblor de 1746. Fue el día de San Simón y San Judas cuando, a las 10 horas y 31 minutos, comenzó a temblar la tierra con un bramido terrible que convirtió a Lima en un montón de escombros en un instante. El ruido, las oscilaciones y la destrucción coincidieron en un solo momento. Los movimientos comenzaron con sacudidas, pasando a un regular movimiento horizontal de vaivén que duró cuatro minutos. El primer golpe fue tan poderoso que causó la conversión de Lima en ruinas. Los edificios que resistieron su poder, fueron salvados también de las oscilaciones posteriores. De las más de 3000 casas solo quedaron en pie 21.

---

4 Una síntesis de varios casos se encuentra en la obra de Darwin sobre su viaje dedicado a las ciencias naturales. En la traducción al alemán por el doctor Ernst Diessenbach, II, págs. 123 y 127. [T]

5 *Individual y verdadera relación de la extrema ruina que padeció la Ciudad de los Reyes, Lima, Capital del Reyno del Perú, con el horrible temblor de tierra acaecido en ella la noche del día 28 de Octubre de 1746 y de la total asolación del Presidio y Puerto del Callao por la violenta irrupción del mar que ocasionó en aquella Bahía.* Lima: 1746, 4. Se trata de una obra muy rara, probablemente escrita por un monje. [T]

La mayoría de los edificios públicos quedaron destrozados. Aún más horrorosa fue la destrucción en el puerto del Callao. Apenas terminaron las oscilaciones de la tierra, cuando el mar enormemente crecido se arrastró más allá de su orilla y con un bramido terrible se tragó a la ciudad con sus habitantes. 5000 personas fueron víctimas de las olas en un instante[6].

Su poder fue tan terrible que la corbeta española «San Fermín», que estaba anclada en el puerto, fue lanzada sobre las murallas de la fortaleza y aterrizó a más de 500 codos tierra adentro en la Chacra Alta. Una cruz aún señala el lugar donde fue lanzado el casco de este barco. Dos buques de mercantes con carga pesada sufrieron el mismo destino. Los demás 19 vehículos, también anclados, se hundieron. La cifra total de víctimas en este temblor horroroso fue muy considerable, aunque nunca se supo el número exacto. «Se escuchó el enorme ruido de este temblor como un trueno subterráneo en Trujillo (a 85 leguas al norte de Lima), solo después de un cuarto de hora del evento ocurrido en Lima, sin notar el movimiento del suelo[7]».

Las olas de los temblores fuertes alcanzan siempre extensiones importantes en la costa peruana, pero solo en dirección norte o sur. Mientras que un golpe cuyo epicentro se encuentra en Lima, se siente hasta unas 50 leguas al norte y hasta la misma distancia en el sur, no es perceptible más allá de 10 a 12 leguas hacia el este. Estas proporciones no solamente valen para las oscilaciones de la tierra sino también para las ondas sonoras, que suelen alcanzar distancias aun mayores en las direcciones norte y sur.

Los temblores débiles normalmente son locales y no son perceptibles más allá de un contorno de varias millas cuadradas.

Los fenómenos aéreos durante y después del temblor son muy variados. Por lo general la atmósfera se mantiene tranquila, pero a veces está tumultuosamente movida como anuncio de cambios profundos por ocurrir. De esta manera se ven lluvias continuas durante días después de un temblor, en zonas donde normalmente nunca llueve. Esto ocurrió en 1746 en varios puntos de la costa, tratándose de precipitaciones tan fuertes que destruyeron aldeas enteras. En el gran terremoto de Supe (1 de diciembre de 1806), muchas llamas salieron de un pantano cerca del mar. En un temblor que me sorprendió en la planicie arenosa entre Chancay y Lima, toda la superficie pareció deshacerse en un movimiento ondulado y de todos lados hubo pequeños torbellinos como columnas de arena. Las mulas pararon por su propia voluntad y abrieron las piernas para evitar su caída. Los arrieros saltaron de sus sillas y se arrodillaron al lado de sus animales, rogando al cielo por misericordia.

---

6 Involuntariamente esta descripción hace recordar una cita del *Wilhelm Tell* de Schiller: «*'s ist Simon und Judä / Da tost die See und will sein Opfer haben.*». [Es San Simón y San Judas. El mar está enfurecido y quiere tener su sacrificio.] [T]

7 Véase Humboldt, *Cosmos*, I, pág. 214. [T]

Muy curioso es el efecto que los temblores pueden tener sobre la fertilidad del suelo. Varias observaciones han demostrado que campos de cultivo muy fértiles se convirtieron en estériles después de temblores violentos, de modo que no produjeron fruto alguno durante varios años. Varias quebradas de la provincia de Trujillo que antes destacaban por su abundancia en trigo, quedaron baldías durante dos décadas después del terremoto de 1630, ya que el suelo no podía nutrir una sola planta más[8].

Ejemplos parecidos se conocen de Supe, Huaura, Lima e Ica. Algunas especies de cereales son muy sensibles. Se conoce casos de campos de cultivo de maíz en plena madurez, que se marchitaron en pocos días después de temblores leves.

Las causas de la frecuencia de estos temblores en la costa de Lima se mantienen en una oscuridad difícil de esclarecer. Lima se ubica a más de 90 leguas del volcán activo más cercano, el de Arequipa, pero los temblores perceptibles en esta ciudad siempre son independientes de la actividad de este cerro de fuego. Además, se sabe que Arequipa que está situada a su pie, registra menos temblores que Lima. De los seis terremotos más fuertes que mencioné solo el de 1678 se relacionó con un temblor fuerte en Arequipa y la erupción del volcán. En la sierra, los temblores son mucho menos frecuentes que en la costa, pero se conocen casos de temblores fuertes en Huancavelica, Tarma, Pasco, Cajamarca, etc. En tiempos recientes se han registrado temblores llamativos en el pueblo de Quiquijana, provincia de Quispicanchis, en el departamento del Cuzco.

Quiero citar aquí parte de una comunicación por carta de un testigo ocular: «En el mes de noviembre de 1840, la tierra comenzó a moverse por debajo de nuestros pies y un ininterrumpido ruido bajo y lejano salió de la tierra. El 23 de diciembre se registró el primer golpe fuerte y durante todo el mes de enero de 1841 se escucharon los truenos más fuertes, pero sin movimiento terráqueo. Sentimos nuevamente un golpe fuerte el 11 de febrero y se iniciaron nuevamente las oscilaciones, que se intensificaron cada lunes y jueves. Los golpes más significativos se registraron el lunes, 8 de marzo, a la 1 de la tarde; el jueves, 18 del mismo mes, a las seis de la mañana, en este caso dos golpes seguidos; el jueves, 25 de marzo, entre las ocho y las diez de la noche con un total de nueve golpes en intervalos breves; el lunes, 12 de abril, desde las siete de la tarde hasta las diez de la noche con cuatro golpes; el domingo, 18 del mismo mes, a las 3 de la noche con dos golpes que siguieron rápidamente; el jueves, 29, desde las siete hasta las diez de la mañana con nueve de ellos; el domingo, 2 de mayo, de las ocho hasta las doce de la noche con tres movimientos; el jueves, 13 de mayo, más de cien movimientos

8 Miguel Feijóo. *Relación descriptiva de la ciudad y provincia de Truxillo del Perú.* Madrid, 1763. Fol. [T]

durante la noche, catorce de ellos de intensidad fuerte; el domingo, 16 de mayo, un golpe muy violento que hizo desprenderse grandes bloques de roca del cerro Acoyac. El ruido subterráneo siguió sin interrupción y solo se escuchó debajo del pueblo. A media legua de distancia estaba todo tranquilo, pero los movimientos más fuertes se sintieron a tres leguas alrededor. Entre el 21 de mayo y el 2 de junio hubo tranquilidad. Después se iniciaron nuevamente las oscilaciones que crecieron con frecuencia a movimientos violentos y duraron hasta mediados de julio de 1841. A partir de esta fecha no fuimos molestados más y regresamos a las ruinas de nuestro pueblo».

El volcán de Arequipa, a una distancia de 45 leguas de Quiquijana, no mostró ningún fenómeno extraordinario durante este tiempo, la localización tan llamativa desdice la dependencia de éste con la del volcán.

Los temblores causan una impresión milagrosamente poderosa entre los hombres. La sorpresa súbita, frecuentemente durmiéndose, el peligro incalculable, la imposibilidad de poder escapar, el poder del instante, el trueno subterráneo sordo, el ceder de la tierra debajo de sus pies, todo ello se junta hacia una advertencia terrible de nuestra impotencia.

Humboldt dice con mucha razón: «Lo que nos conmueve milagrosamente, es la decepción de nuestra fe innata en la tranquilidad e inmovilidad de lo rígido de las duras capas terrestres»[9]; y más abajo: «Para el hombre, el temblor es algo omnipresente e ilimitado. De un activo cráter de erupción, de la corriente de lava dirigida contra nuestras viviendas podemos alejarnos, pero en un temblor siempre se cree estar sobre el mismo centro de la perdición en todos lados hacia donde se dirija la fuga». A esta sensación agobiante no se puede acostumbrarse. El habitante de Lima, desde su temprana niñez testigo de la repetición frecuente de este fenómeno de la naturaleza, salta con cada movimiento de su cama y huye de su cuarto con la exclamación de temor: «¡Misericordia!». Un extranjero del tranquilo norte de Europa que conoce el cuadro de un temblor solo por descripciones, espera con impaciencia que la tierra tiemble bajo sus pies para escuchar estos fabulosos ruidos subterráneos con sus propios oídos. Con provocación frívola se desea un movimiento terráqueo y se burla del temor de los nativos, pero queda preso de un espanto tembloroso cuando su deseo se cumple y con sobresalto huye de su vivienda. Su temor de una repetición es aún más grande que el de los nativos y enmudece avergonzado cuando se le pregunta si su ecuanimidad no se le ha perdido.

La impresión profunda y desagradable que causa un temblor se exalta con las plegarias generales. Inmediatamente después del movimiento, se da una señal de la catedral y con toques lentos y bien medidos, las campanas de todas las iglesias advierten cada diez minutos que los habitantes se preparen para la oración.

9 *Cosmos* I, pág. 234. [T]

Si sintetizamos todo el cuadro de la costa del Perú, vemos que Lima está en uno de los oasis que interrumpen las planicies arenosas. Se forman siempre en lugares donde un río desemboca al mar, después de un breve recorrido por la sierra, y siempre son las partes ensanchadas en forma de abanico de los valles serranos. El valle de Lima es la última parte ensanchada de la quebrada de Matucana. Esta quebrada angosta, en dirección principal de este noreste a oeste suroeste, se ensancha cerca de Cocachacra y se expande en San Pedro de Mama, donde se junta con la quebrada de San Jerónimo en ángulo recto, ganando en anchura hasta la desembocadura. Está cortada por el río Rímac[10]. Este río nace en dos brazos; el más largo y más caudaloso tiene su manantial en algunas lagunas pequeñas, más arriba de Antarangra, a una altura de 15 600 pies sobre el nivel del mar; el segundo, más corto, nace en una laguna en los altos de Carampoma, corre por el valle de San Jerónimo y ambos se unen con el Rímac cerca de San Pedro. El más importante de todos los afluentes del suroeste es aquel que nace en los altos de Carhuapampa y desemboca en el río principal cerca de Tambo de Viso. Durante el invierno, el Rímac es insignificante, pero cuando se inicia la época de lluvia en la sierra, crece mucho y causa destrozos mayores en las zonas más altas, sobre todo, entre Surco y Cocachacra. En las partes bajas no puede causar daño por la anchura de su lecho y por las riberas sin cultivo.

Del Rímac hay innumerables bocatomas de canales que sirven para la irrigación de los campos de cultivo y para llenar las acequias de las calles de Lima. El agua de pozo de la ciudad no se saca del río sino de dos manantiales, a una legua y media de Lima, en una zona de arbustos cerca de la chacra Santa Rosa en el valle de Surco. Están encerrados por una casa con paredes de piedra, llamada «Pucllo»[11] o Atarjea. Se conducen por una fosa subterránea a la caja de Santo Tomás, de donde se distribuye por 112 canales públicos y pozos privados. Durante la revolución de los indios, llevada a cabo por el desdichado cacique don José Gabriel Condorcanqui Túpac Amaru II en 1781, se determinó en una conspiración generalizada, entre otras cosas, expulsar a los españoles de Lima mediante el engaño o la fuerza. De todas las propuestas o ensayos solo quiero mencionar dos, relacionados con el agua de Lima. Una de las propuestas era la de envenenar a todos los habitantes de la ciudad. Para ello, un cacique rico del valle de Huarochirí[12] se fue a una

10 «*Rímac*»: *participium praesens* de *rimay*, hablar, platicar. El río y el valle tienen el mismo nombre, puesto por los indios antiguos debido a que existía un templo cerca de la Lima actual, con un ídolo que daba oráculos. Las indicaciones de varios viajeros, que las personas sospechosas de brujería fueron exiliadas en el valle de Rímac en tiempos anteriores a los incas y haya recibido por ello el nombre de «*Rimac-malca*» ('valle de las brujas') no tienen justificación ni histórica ni filológica. [T]

11 De ¿pukyo? [K]

12 Tschudi escribe '*Huarochirín*'. [K]

farmacia, cerca del puente, y pidió dos quintales de sublimado de mercurio con la afirmación de pagarlo bien. El farmacéutico, asombrado, no confió mucho en el indio, pero no quería dejar de hacer un buen negocio, así que le dio alumbre en la misma cantidad exigiendo un precio exorbitante. Al día siguiente, el agua de todos los pozos de Lima se tornó impotable. Durante una investigación de la Atarjea se la encontró rota y saturada de alumbre. El delincuente no fue identificado nunca. El segundo plan fue combinado con más astucia. Los conspiradores decidieron enviar a un grupo de indios a la ciudad en un día predeterminado, los que tendrían que esconderse sobre los techos de las pulperías donde se guardaba el combustible de madera y prenderle fuego cuando el campanario de la catedral anunciara la medianoche. Otro destacamento debería hacer una represa en el río cerca del convento de Santa Clara y con ello inundar las calles de Lima. En todo este alboroto que necesariamente iba a surgir, la masa principal iba a penetrar en la ciudad y matar a todos los blancos. Por coincidencia se descubrió este plan y se pudo impedirlo.

La fertilidad de los campos de cultivo irrigables es muy elevada. Donde no se puede irrigar, el suelo rechaza aun el menor rasgo de vegetación. El riego se lleva a cabo al cerrar las acequias, durante algunos días predeterminados para inundar los campos. En caso de escasez de agua se abre los pozos solo en la mañana siguiente, en las acequias grandes el riego solo se efectúa en las horas tempranas de la mañana.

Como se cultiva las mismas plantas en toda la costa quiero enumerarlas para no tener que regresar a este punto más tarde.

El algodón se cultiva solo en pocas haciendas en la cercanía de Lima, pero crece mucho más en las zonas norteñas, sobre todo en el departamento de la Libertad, en la provincia costeña de Piura, en Lambayeque y en Trujillo; también en la provincia sureña de Ica se cultiva, mucho de ello para la exportación. El algodón peruano no encuentra mucha acogida en los mercados europeos, por lo que se paga precios bajos por él. En el tiempo de los incas se cultivaba con preferencia el algodón pardo. La mayoría de los vestidos que se encuentran en las tumbas antiguas de la costa son de este material.

La caña de azúcar se cultiva con éxito en todas las haciendas que poseen un suelo húmedo. De todos los cultígenos es el que da más ganancia. La mayoría de las haciendas de azúcar están cerca del mar o de las riberas de los ríos. El límite vertical del cultivo de la caña es a 4500 pies sobre el mar en el flanco occidental de la cordillera, donde observo muchos campos de cultivo con esta planta. Las plantaciones mayores no se ubican por encima de 1200 pies sobre el mar, mientras que en los flancos orientales pueden llegar hasta 6000 pies. Desde hace unos 40 años, la importación de caña de azúcar de Haití ha permitido mejorar la calidad y sobre todo, la cantidad del rendimiento anual de azúcar, ya que crece un tercio más alto que la caña de las Indias Occidentales cultivada anteriormente.

La preparación del azúcar es aún algo burda y muy trabajosa. En la mayoría de las plantaciones la caña se exprime en trapiches o ingenios movidos por bueyes o mulas. En algunas haciendas grandes ya se usa la fuerza hidráulica y solo en una la máquina a vapor (en San Pedro de Lurín), la que exprime muy rápidamente pero que no se emplea con frecuencia. Una parte del jugo se toma en forma de guarapo o se quema para convertirlo en ron ya que, después de la independencia, se anuló la ley que impedía a los dueños de las plantaciones producir bebidas alcohólicas. Todo lo demás se cuece para hacer miel, o, después de un hervido más prolongado, chancaca marrón. Después de una limpieza mayor se la vende como alfajores o azúcar blanco. Este se encuentra lejos de la calidad de azúcar de La Habana, tanto por la finura del grano como por la pureza del color, pero es más dulce. Por lo general las cañas pesan dos arrobas (o 50 libras); solo para el transporte a la sierra se las corta en algo. El consumo de azúcar en el país es muy grande, la exportación no es insignificante, pero su único destino es Chile.

De todas las especies de cereales el maíz es la más frecuente y la que se cultiva con más éxito. Crece en la costa arenosa, en los valles fértiles de la sierra y en los límites de la selva. Se distingue muchas variedades según el tamaño de la mazorca y la forma y transparencia de los granos. Las variedades más comunes en la costa son las siguientes: el maíz morocho con un grano pequeño, vidrioso de color amarillo o marrón rojizo y el maíz amarillo con un grano más grande, casi cordiforme, duro y opaco. Por último, el maíz amarillo de Chancay que se parece al que se acaba de describir, pero tiene un grano más cuadrangular y más transparente en mazorcas alargadas. Las variedades del maíz en la sierra suelen tener mazorcas cortas y anchas, así como granos redondos. El más común es el maíz blanco con un grano redondo, casi opaco, densamente insertado y de color amarillo pálido. En las plantaciones cálidas del flanco oriental de los Andes se cultiva con preferencia el maíz morocho y el amarillo. Ahí se desarrollan tallos de ocho o nueve pies de alto y mazorcas de un tamaño enorme. En una de ellas conté un total de 75 granos. Cuando se siembra en la sierra de la montaña, madura en un lapso de tres meses. Si se usa el mismo material para una siembra siguiente, dura unos cuatro meses para madurar y por tercera vez requiere de cinco meses, que es el lapso normal para el maíz cultivado en la montaña.

El maíz es el pan de los peruanos. Es casi el único alimento de los indios serranos y uno de los preferidos por los esclavos de la costa. Como en Europa la papa, se le prepara de maneras muy diversas, que no quiero detallar en este lugar. Ya mencioné varias de ellas y solo quiero describir dos de las más sencillas, el choclo y el mote. «Choclos» son las mazorcas inmaduras que ya no contienen la leche, se les cuece en agua hervida hasta que estén en su punto. Constituyen un plato agradable y sano. «Motes» son los granos ma-

duros del maíz, hervidos en agua y después colocados en ceniza caliente, después de lo cual se puede pelarlos fácilmente.

Como en las demás especies de cereales, el maíz también produce el cornezuelo en años muy húmedos, sobre todo en la sierra. Según experimentos cuidadosos tiene el mismo efecto que el del centeno. Hace pocos años todo lo que en las farmacias de Lima se vende como *Secale cornutum*, está preparado en base de maíz.

Ya se ha escrito mucho sobre el problema si el maíz es oriundo del Perú o si fue introducido. Quiero abstenerme de discutirlo aquí, pero quisiera mencionar que he encontrado mazorcas bien conservadas en las tumbas más antiguas, las que por su construcción pertenecen a una época anterior al período histórico de la dinastía incaica. Entre estos especimenes hubo dos variedades que no se cultivan en el Perú en la actualidad. Si en algún tiempo hubo un traslado de tribus asiáticas a la costa occidental de América, una migración cuya época debe remontarse a los tiempos más antiguos (ya que la hipótesis, mantenida por la mayoría de los investigadores, que los incas tenían procedencia asiática, carece de cualquier tipo de prueba antropológica, filológica o histórica), resulta muy probable que el maíz, el algodón y el plátano también hayan sido llevados desde Asia a la parte occidental de América.

El cultivo del trigo en la costa peruana se ha vuelto poco significativo después del terremoto de 1687. Aparece con un poco más de frecuencia en la sierra, pero sin cubrir las necesidades de consumo del país. Chile exporta su trigo que necesite, por el azúcar que recibe del Perú. De las demás especies de cereales solo se cultiva la cebada, la que no se da en la costa, sino solo a alturas entre los 7000 y 13 200 pies sobre el nivel del mar. La aserción de algunos viajeros de que la cebada fue cultivada antes de la llegada de los españoles carece de cualquier sustento. Es correcto que se puede encontrar ollas llenas de este cereal en las tumbas indias, pero pertenecen sin excepción a épocas recientes, básicamente del siglo XVII, como pude comprobar personalmente en varias ocasiones.

La papa no se cultiva en la costa ya que parece que no le favorece el clima ni el suelo. Tiene tubérculos pequeños de aspecto poco atractivo que contienen mucha agua. En las cadenas de las colinas que atraviesan la costa a poca distancia del mar, la papa crece en estado silvestre. Creo que ésta es su patria original, al igual que en Chiloé o Chile. También es probable pensar que los antiguos peruanos no la sacaran del sur, sino de las lomas para cultivarla luego en terreno más favorable[13]. La mejor papa crece en Huamantanga, a unas 22 leguas de Lima sobre unos 7000 pies sobre el nivel del mar, al noroeste de la quebrada de Canta. Es pequeña, redonda, con cáscara delgada y blanca, hari-

13 El idioma quechua no tiene una palabra propia para la papa, lo que sí se observa en la variante del Chinchaysuyo, hablada en toda la costa del Perú, en la que se llama «*acsu*». [T]

nosa y de un color amarillo limón en el corte. Es muy buscada en el mercado de Lima y alcanza precios altos. Las demás papas vienen mayormente de la quebrada de Huarochirí y son muy sabrosas.

El camote (*Convolvulus batata* L.[14]) se llama también 'papa dulce' con mucha razón. Alcanza una talla considerable y se distingue dos variedades, una amarilla y otra morada. La de Lurín es célebre por su excelente sabor. Ya no crece por encima de los 3500 pies sobre el nivel del mar.

La arracacha (*Conium moschatum* H. B. Kth.[15]) se cultiva en la costa, pero con más frecuencia en los promontorios de la cordillera y en el flanco oriental de los Andes. Es un tubérculo agradable y nutritivo con un sabor parecido al apio (en Alemania se suele comer el tubérculo del apio, a diferencia de las hojas y tallos usados en el Perú). Se hierve en agua o se la prepara en una especie de chupe. En algunas regiones alcanzan varias cosechas por año, ya que requieren solo tres y medio a cuatro meses para llegar a su madurez.

Una de las verduras excelentes es la yuca (*Jatropha manihot* L.[16]). El tallo de esta planta tiene el ancho de más de un dedo, sus tubérculos tienen uno a dos pies de largo y forma de nabo. En su interior son de color blanco puro y afuera tienen una cáscara dura, correosa, algo elástica, de color marrón rojizo que se deja pelar fácilmente. Estos tubérculos son la parte comestible de la planta, tienen un sabor excelente y son fáciles de digerir. En estado crudo son duros, quebradizos, tienen una fractura concoidal y un sabor parecido a las castañas. Hervidos en agua se deshacen en fibras longitudinales y algo pegajosas, tostadas sobre el fuego se convierten en harinosas.

En algunas chacras se prepara harina muy fina de las yucas, la que sirve para la preparación de bizcochuelos. Sacados de la tierra, los tubérculos no se conservan bien más allá de los tres días y se los tiene que guardar en agua. En caso contrario adoptan franjas verduscas o negruzcas, que adquieren un color rojo pálido al cocerse. En este estado tienen un sabor desagradable y se pudren rápidamente.

Para reproducir las yucas, se corta los tallos, sobre todo en la parte inferior más ancha, en pedazos de un palmo de largo, a los cuales se les coloca en posición diagonal en la tierra. Después de cinco o seis semanas sus tubérculos son comestibles. Por lo general se las deja madurar por un poco más de tiempo. Con frecuencia se corta los tallos pero se deja los tubérculos en la tierra. Luego crecen nuevas hojas y flores y se hacen más duros después de 16 a 18 meses. En la montaña de Vitoc los indios regalaron a su cura una yuca que pesaba 30 libras, pero estaba muy tierna pese a su tamaño. En el flanco occidental, la yuca no da más arriba de los 3000 pies sobre el nivel del mar.

14 Hoy *Ipomoea batatas* (L.), Convolvulaceae. [B/B]
15 Hoy *Arracacia xanthorrhiza* Bancr., Umbellifereae. [B/B]
16 Hoy *Manihot esculenta* Crantz, Euphorbiaceae. [B/B]

Existen varias especies de leguminosas, como los garbanzos en la costa y los frijoles en la sierra. Todas las variedades de col y de lechuga de Europa crecen también en el Perú. El clima de la costa y de la sierra les conviene perfectamente, pero no soportan la temperatura cálida y húmeda de los flancos orientales de los Andes. Se cultiva también varias especies de calabazas consumidas de preferencia por la gente de color. No he podido encontrar una realmente sabrosa entre ellas, todas son dulzonas e insípidas.

Hay varias plantas usadas como condimentos, de las que mencionaré solo el tomate, que crece excelentemente en todas las regiones cálidas, y la pimienta española o ají que pertenece a las regiones costeñas y de montaña. Se cultivan muchas especies de esta última (*Capsicum annuum* L., *C. baccatum* L., *C. frutescens* L., etc., Solanaceae), que se consume cruda, seca o molida. El consumo del ají en el Perú es proporcionalmente tan importante como el de la sal, ya que acompaña a dos tercios de los platos. Es llamativo el hecho de que la sal reduzca la marcada acidez del ají, pero es aún más llamativo que el uso excesivo de estas plantas no tenga efectos negativos sobre la digestión. Si se muele dos vainas de ají, las mezcla con vinagre y se lo aplica a la piel como sinapismo, se produce un ardor muy fuerte. La piel se torna roja y en menos de una hora está destruida la epidermis. Comí con frecuencia entre 12 y 15 de estas vainas sin sentir consecuencia negativa alguna. Solo hasta acostumbrarme a su consumo, tuve ligeros síntomas de gastritis. No he observado la presencia de *Capsicum* por encima de los 4800 pies sobre el nivel del mar.

La alfa o alfalfa (*Medicago sativa* L., Fabaceae) se cultiva en grandes cantidades para su uso como forraje de los caballos en todas partes del Perú. No aguanta demasiada humedad, tampoco un calor excesivo o frío, pero su cultivo alcanza los 11 100 pies sobre el nivel del mar. En la costa crece en abundancia en la época de las neblinas, pero se seca entre los meses de febrero y marzo. Durante este tiempo el maicillo (*Paspalum purpureum* R., Poaceae) lo reemplaza como forraje para el ganado. Durante la época húmeda del año también aparece en abundancia en la sierra. Apenas pasada la primera helada, se marchita y su color se torna marrón oxidado y queda atrofiada en este estado hasta el inicio de la época de lluvia. Se puede cortar la alfalfa cuatro veces al año, en regiones altas solamente tres veces y en suelo húmedo de la costa, sobre todo en la cercanía de los ríos, hasta cinco veces. Cada cuatro o cinco años, la chacra de alfalfa tiene que roturarse con el cultivo con maíz o cebada. Solo al sexto año se puede sembrar alfalfa nuevamente. Todos los campos de cultivo están ubicados de tal manera, que al terminar con el corte en uno de ellos se puede comenzar con el siguiente. La mejor semilla de alfalfa proviene de los valles de Ica, Lunahuaná y Cañete.

El olivo crece principalmente en las provincias sureñas de la costa, sus frutos son muy inferiores a los de España. El aceite tampoco alcanza

la misma calidad, lo que podría deberse al malo y burdo proceso de exprimir los frutos. Las aceitunas se preparan de un modo muy curioso. Maduran en el árbol, luego se les exprime levemente, se les seca y se les guarda en ollas de barro. Este procedimiento les da un aspecto arrugado y un color negro. En esta forma llega a la mesa, donde se las sirve con trozos de tomate y de ají. Este último es un excelente suplemento a este fruto aceitoso. Otra manera de preparación es la conservación en agua salada, así mantienen su color verde y su forma llena.

El árbol del aceite de castor (*Ricinus communis* L., Euphorbiaceae) crece en forma silvestre, pero también se le cultiva en muchas haciendas. El aceite exprimido de sus semillas se quema en las linternas de las calles en estado natural y sirve también para engrasar los trapiches de las haciendas de caña de azúcar. El aceite de ricino para el uso médico fue introducido de Inglaterra o de Italia.

El árbol de piñoncillo (*Castiglionia lobata* R.[17]) solo se cultiva en las cercanías de Surco, Huacho y Lambayeque, pero también ocurre en estado silvestre. Su fruto, cuya forma se parece a un frijol, se tuesta y tiene un sabor agradable. En estado crudo, el aceite etéreo contenido en la epidermis de las pepas es un purgante muy eficaz, cuyo efecto se para solo con el consumo abundante de agua fría. Al cortar su tronco fluye un jugo brillante y claro que después de un tiempo, adopta un color negro y adquiere un aspecto de asta. Es un cáustico muy fuerte que mantiene su eficiencia por años.

A continuación agrego un panorama breve de las frutas.

Las especies de frutas conocidas en las zonas templadas de Europa no crecen bien en la cálida región costeña del Perú. Manzanas y peras tienen un aspecto poco atractivo y un sabor insípido. Como fruta de hueso da solo el melocotón. Los duraznos crecen en cantidades enormes en los valles serranos. De las 15 especies que conozco destacan los blanquillos y los abridores por su sabor fino. Nunca he visto cerezas, ciruelas o castañas, pero creo que el clima de la sierra sería muy apropiado para su cultivo. El interior del país, en general, podría producir muy bien no solamente los cereales y frutas de Europa central, sino también nuestros árboles de bosque en la sierra casi completamente carente de vegetación. Pero hasta ahora nadie ha pensado seriamente en este tipo de transplantes. Los ensayos laudables de enviar semillas y árboles jóvenes, llevados a cabo por algunos europeos, han fracasado ante la indiferencia de los lugareños.

Las frutas del sur de Europa crecen en forma abundante en las regiones más cálidas del país. Naranjas, naranjas agrias, limones dulces y ácidos, limones sutiles, limas y manzanas para sidra existen en una abundancia increíble. Pese a que los árboles llevan flores y frutas maduras e

17 Hoy *Jatropha curcas* L., Euphorbiaceae. [B/B]

inmaduras durante todo el año, la cosecha está ligada a una época particular. En la costa se cosecha a inicios de invierno, en las regiones boscosas durante los meses de febrero y marzo. Melones y sandías llegan a tamaños muy grandes y tienen un sabor exquisito.

Hay dos variedades de higos, una con carne roja, los higos propiamente dichos; y los otros con carne blanca, llamados «brevas». Tienen un tamaño normal y son bastante jugosos, por su sabor pertenecen a las frutas más agradables. Los árboles crecen normalmente en forma semisilvestre cerca de las plantaciones o chacras. Los viajeros pueden servirse a gusto y llevar lo que quieran, ya que a poca distancia de Lima los higos ni se recogen, ya que resultan demasiado blandos y jugosos para su transporte y no se suele comerlos en forma seca. Granadas y membrillos aparecen raras veces en la costa, son traídos de las quebradas cercanas a los mercados de las ciudades. Los morales crecen abundantemente sin mayor cuidado, pero sus frutos solo sirven para el consumo de las aves. La uva se cultiva en la provincia sureña de Ica con éxito excelente. Cerca de Lima solo aparece en unas huertas. Probablemente no hay otro lugar donde crezcan uvas tan llenas, dulces y aromáticas como ahí.

El Perú no tiene tantas frutas tropicales en cantidades grandes, como la más norteña Guayaquil, pero tiene algunas que superan en sabor a todo lo que puede desearse. En primer lugar, está la chirimoya (*Annona tripetala* Ait.[18]). Hänke la llamó en una de sus cartas, «una obra maestra de la naturaleza». Tiene razón en muchos aspectos, ya que no existe otra fruta que sea tan deliciosa para el paladar que ésta.

La chirimoya de Lima es pequeña y de aspecto poco atractivo, su tamaño es el de un puño. Si ha probado solo esta variedad, puede darse una idea muy lejana de su sabor excelente. Su patria está en Huánuco, donde desarrolla su máxima perfección y alcanza frecuentemente un peso de 14 a 16 libras y más. La fruta es redondeada, con frecuencia cordiforme o parecida a una pirámide, pegada en la rama por su base ancha. En el exterior tiene un color verde, está cubierta de pequeñas protuberancias y escamas, con frecuencia cubierta por franjas negras a modo de una malla. En su estado maduro, la fruta adquiere manchas negras. Su cáscara es bastante espesa y dura. Su interior es de un blanco puro, jugoso, poco consistente y con muchas pepas negras, alrededor de las cuales la carne se vuelve más dura. Las chirimoyas de Huánuco también son mejores que las de la costa, ya que solo tienen cuatro a seis pepas en vez de las entre 25 y 30 de estas últimas. Si uno pregunta con lo que se podría comparar su sabor no se podría contestar, ya que es incomparable. Tanto la fruta como las flores de la chirimoya, despiden un aroma muy fino y aromático. Si estas flores cubren todo el árbol, el aroma se hace tan fuerte

18 Hoy *A. cherimola* Mill., Annonaceae. [B/B]

que casi desmaya. El árbol que lleva estas frutas excelentes llega a tener una altura de 15 a 20 pies y tiene una corona ancha y algo baja de un color verde mate.

El palto (*Persea gratissima* Gärtn., Lauraceae) produce un fruto en forma de pera de color marrón oscuro. La cáscara es muy dura y elástica pero no muy espesa. Ella encierra carne blanda y verde, en la que yace una pepa que se parece a una castaña en forma y color. Es muy astringente y agria, al cortarla sale un líquido que tiñe en un color amarillo marrón y luego se torna negro. La carne tiene un sabor tan curioso que requiere algún tiempo hasta que el extranjero se haya acostumbrado a él, pero luego le parece excelente. Se deshace en la lengua como si fuera mantequilla, por lo que la palta recibe el nombre de «*beurre vegetal*» (mantequilla vegetal) en algunas colonias francesas. Se la saborea sin ingredientes algunos o con un poco de sal, frecuentemente también con vinagre y aceite. Las pepas dan un buen aguardiente. El árbol del palto es esbelto, muy alto, con una corona pequeña y abultada. Pude ver tales árboles en el flanco oriental de los Andes que tenían alturas de más de 60 pies.

Los plátanos crecen muy bien en la mayoría de las haciendas. Requieren calor fuerte y humedad, por lo que dan mejor a lo largo de las riberas de riachuelos. En la costa, las plantas no son tan abundantes como en la montaña, donde una sola de ellas puede llevar 300 de estos frutos, uno sobre el otro a manera de tejas. En los alrededores de Lima, como en prácticamente toda la costa, se cultivan tres variedades. El plátano de la Isla o el plátano otahití fue introducido de este archipiélago solo en 1769. Sus frutos tienen tres a cuatro pulgadas de largo con formas prismáticas y crecen muy densos y muy juntos uno sobre el otro en la cabeza de la planta. Su cáscara es amarilla, su carne tiene color rojo pálido y es bastante harinoso. Es la variedad más favorecida de los limeños y se la toma como la más sana. Los frutos del plátano guineo no son más largos que los antes descritos, pero sí más anchos y tan llenos que la cáscara revienta cuando están maduros. Son rectos y en forma de rodillo, ya que crecen algo distanciados y separados de la cabeza. Su exterior es de un amarillo intenso y está cubierto con puntos pequeños negruzcos hacia el tallo. Lo comestible es más blanco y más jugoso que lo del plátano de la isla, al que supera largamente en sabor y aroma. Los peruanos creen que son dañinos y sostienen que el consumo de aguardiente después de haber comido plátanos guineos causa una muerte rápida. Éste es uno de los arraigados pero completamente insostenibles prejuicios tan caros a los peruanos, como pude constatar repetidamente con ensayos propios. En un paseo a caballo discutí con mis compañeros acerca de la falsedad de varias de estas opiniones y quería convencerlos de su equivocación por un ensayo concreto, al comer varios de estos plátanos y tomar un trago de aguardiente después del consumo. ¡Deberían verse las caras desconsoladas de mis com-

pañeros! En tono de reproche y de compasión me aseguraron que yo no iba a llegar a la ciudad con vida. Después de haber pasado un agradable día de paseo, llegamos bien a Lima en la tarde. Al despedirse, uno de mis compañeros me dijo que no nos íbamos a volver a ver más. A la mañana siguiente todos me buscaron tempranamente para averiguarse de mi estado y como me encontraron sano y de buen humor dijeron: «¡Este hereje de gringo tiene otra naturaleza que nosotros!» Si se deja un pedazo de plátano en aguardiente, no cambia su color, solo sus fibras a modo de costillas, las que juntan la carne con la cáscara, se vuelven negras y adoptan un sabor amargo.

Los frutos de la tercera variedad, el plátano largo, tienen un largo de seis a ocho pulgadas y la forma de una creciente. Son de color amarillo parecido a la paja, con grandes manchas negras. Su carne tiene un color blanco pálido y es más dura y algo más seca que la de las demás variedades descritas, pero comparten su sabor agradable. La cabeza lleva menor cantidad de frutos que la del plátano guineo y necesita más tiempo para madurar.

Una cuarta variedad que nunca vi en la costa, se llama plátano altahuillaca. La cabeza lleva solo entre 20 y 25 frutos, los que con frecuencia pueden tener más de dos pulgadas de ancho y más de un codo de largo. Su cáscara tiene el amarillo de la paja, su carne es blanca, dura y de mal sabor al comerlos crudos. Pero al tostarlos en la ceniza caliente o al cocerlos con carne, se convierten en plato delicioso.

Cuando la fila más alta de los plátanos, o sea la que está en la base de la cabeza que cuelga hacia abajo en la forma de un cono, comienza a adquirir un tono amarillo («pintar»), se corta toda la cabeza y se la cuelga en un lugar con sombra y aire en el rancho, para que madure más rápido. Primero se corta los frutos superiores cuando están amarillos y blandos y siguen de la misma manera hasta llegar a la punta. Esto se hace porque maduran en ritmos tan diferentes que comienzan a pudrirse en la base cuando aún están verdes y duros en la punta. Al momento de cortar la cabeza de su tronco, se corta todo el tronco, para permitir que broten nuevas plantas de las raíces. Cada tronco solo lleva una cabeza y requiere unos ocho a diez meses para su desarrollo completo.

Indudablemente, los plátanos pertenecen a los frutos más útiles, sobre todo en aquellas regiones donde se cultivan en gran cantidad y reemplazan al pan. Sobre todo en el norte del Perú y en Guayaquil se les prepara de formas muy diversas.

Las piñas apenas se cultivan en la costa del Perú. Antes, el mercado de Lima dependía casi exclusivamente de los frutos traídos de la montaña de Vitoc. Ahí son cortadas en estado inmaduro y transportadas sobre burros durante unos 16 ó 21 días, cruzando dos cordilleras y pasando varios días en el frío agudo de la región puna. Después de este viaje llegan a Lima en tal estado que tienen un sabor poco agradable. Después de la conexión por bar-

co a vapor con Guayaquil, la mayoría de las piñas es introducida de ahí, son grandes, jugosas y muy dulces.

La granadilla (*Passiflora quadrangularis* L., Passifloraceae) tiene el tamaño de una manzana y una forma ovalada, su cáscara de color amarillo rojizo es dura, seca y bastante espesa y encierra la parte comestible y gelatinosa de color gris, con muchas pepas oscuras. Su sabor es agradable, casi como el de uvas crespas y es muy refrescante. El arbusto es una enredadera en árboles frutales o en los ranchos. Crece menos en la costa que en los valles adyacentes.

Las tunas son frutos de diferentes cactáceas. Su cáscara está cubierta de espinas y tiene diferentes colores como verde, amarillo o rojo. Se deja despegar fácilmente de la carne, que se caracteriza por su buen sabor y por tener mucho jugo. Al pelar este fruto conviene tener cuidado, ya que las espinas son muy pequeñas y causan fuerte ardor y picazón en los dedos.

El pacae es el fruto de un árbol bastante grande (*Prosopis dulcis* Humb.[19]), con corona baja y ancha. Es una vaina de 20 a 24 pulgadas que encierra una carne blanca, blanda y coposa. Tiene el aspecto de nieve y es la única parte comestible del fruto. Tiene sabor dulce y, al menos a mi parecer, desagradable. Como los limeños de la costa, los monos de la selva adoran el pacae.

La lúcuma[20] crece solo en las regiones costeñas del Perú. En su mayoría se la importa desde Chile. El fruto es redondo, la cáscara es dura pero poco espesa y de color marrón grisáceo, encierra una carne seca e insípida de color amarillo rojizo como su pepa.

La guayaba (*Psidium pomiferum* L.[21]) crece en arbustos bajos, en su mayoría en los valles costeños y en el flanco oriental de los Andes. Tiene la forma y el tamaño de una manzana pequeña. Su delgada cáscara es de color amarillo claro, la carne es roja o blanca, con muchas pepas pequeñas y ovoides. El sabor de esta fruta no es fino pero sí agradable. No goza de mucha popularidad en Lima, ya que algunos insectos ponen sus huevos dentro de ella, de modo que en estado maduro suelen encontrarse las larvas en su interior.

Los pepinos, una cucurbitácea, se cultivan en grandes cantidades en las chacras. La planta solo tiene una altura de un pie y medio y es rastrera. Los frutos tienen un largo de cuatro a cinco pulgadas, son de forma cilíndrica, algo apuntados en sus extremos. Su cáscara es de color verde amarillento, con franjas laterales de color rosa. Su carne es fuerte, jugosa y de sabor agradable. Sus pepas yacen en el centro de un ancho surco lateral. Con razón, los nativos los toman por dañinos, sostienen que estos frutos resfrían el estómago, lo que requiere ingerir un trago de aguardiente para contrarrestar sus efectos noci-

19 Hoy *Prosopis laevigata* Humb. & Bonpl., identificación equivocada, se trata de *Inga feuillei* (Candolle), Fabaceae. [B/B]

20 Hoy *Pouteria lucuma* O. Ktze., Sapotaceae [B/B]

21 Hoy *Psidium guajava* L., Myrtaceae [B/B]

vos. Es cierto que son difíciles para digerir y que su consumo frecuente y a destiempo es causa de enfermedades insistentes.

El maní (*Arachis hypogaea* L., Fabaceae) es cultivado en las regiones norteñas del país. Es una planta de un pie y medio a dos pies de alto con muchas hojas. El fruto tiene un largo de una a dos pulgadas. Sus pepas están cubiertas por una cáscara arrugada de color de tierra pálida, son de color blanco y contienen mucho aceite. Se les tuesta, se les muele y se les come con azúcar.

Se planta los capulíes (*Prunus capulin* Ser.[22]) en los campos abiertos o en las ciudades en ollas y huertas. Sus frutos son algo más grandes que la cereza, de color amarillo intenso y de sabor algo ácido. No se come con frecuencia. Por su sabor fino y agradable se les usa para los mencionados *pucheros de flores* o se los coloca con flores aromáticas y agua rica en la ropa. Las damas de Lima gustan de llevarlos en su pecho.

Algo semejante ocurre con el palillo (*Campomanesia lineatifolia* R. & P., Myrtaceae) que crece en árboles hermosos de 25 a 30 pies de alto. Sus frutos de color amarillo intenso, tienen el tamaño de una manzana mediana y despiden un aroma extremadamente agradable, por lo que se les usa en mixturas, etc. Al deshacer sus hojas entre los dedos se produce el olor de mirto, pero tienen un sabor cáustico y astringente.

La costa del Perú es muy pobre en palmeras silvestres o cultivadas. La palmera de coco solo crece en algunas provincias norteñas; la de dátiles, sobre todo cerca de Ica. Con un poco de cuidado, estos árboles crecerían muy bien en todos los oasis de la costa.

22 Hoy *Prunus capuli* Cav., Rosaceae [B/B]

Décimo capítulo

Asaltantes. — León. — Rayo. — Los montoneros. — Magdalena. — Miraflores. — Chorrillos. — Los balnearios. — Surco. — Ate. — Lurín. — El templo de Pachacamac.

Toda costa poblada del Perú, en particular los alrededores de Lima y Trujillo, está infestada permanentemente por asaltantes, responsables de la inseguridad de los viajeros. Se trata de esclavos escapados, llamados 'cimarrones', o negros libres, zambos y mulatos. De vez en cuando también se juntan unos indios, que se caracterizan por su crueldad a sangre fría. Algunas veces hasta blancos se dedican a este negocio despreciable. De esta manera un norteamericano, antes empleado como comisario a bordo de un buque de guerra, fue fusilado por asalto en 1839. Los bandidos siempre montan caballos y suelen tener animales muy hermosos, corredores excelentemente bien preparados, los que no abandonan a sus dueños. Cuando soldados de caballería los persiguen, solo sueltan las riendas, para escaparse sin mayor esfuerzo. Acostumbran sus animales no quedarse quietos nunca mientras que el jinete está en su silla, lo cual es muy útil en caso de una defensa necesaria.

La mayoría de los asaltantes pertenece a una banda organizada sistemáticamente, con muchas conexiones en diferentes partes, guiada por célebres cabecillas muy temidos, que envían espías a las ciudades, recibiendo regularmente sus informes. A veces, aparecen en grupos de entre 30 y 40 hombres cerca de la capital y saquean a todos los viajeros que pasan por el camino. Por lo general, en cambio, operan en partidas más reducidas. De armas usan una carabina corta y una espada grande; en alforjas llevan la munición, a un costado, la pólvora, en el otro, las balas. Con frecuencia suelen ser corteses con los asaltados y se contentan con librarles de su dinero, sus anillos, reloj, etc. Por lo general, les quitan sus caballos con o sin silla y los maltratan con golpes de espada y de la culata de sus carabinas. Cuando encuentran resistencia, no conocen piedad, por lo que es recomendable, dejarse robar tranquilamente, aun si los asaltados tienen la misma fuerza que los que atacan. Estos, por regla, asaltan cuando pueden confiar plenamente en su fuerza o cuentan con apoyo cercano. Si uno de los bandidos queda muerto en un combate de este tipo o si los atacados logran escaparse, tienen que temer por su vida continuamente. Aun

en el centro de Lima no están a salvo de la venganza de los amigos del muerto y a veces caen por la daga de un asesino, en el momento que piensan estar en plena seguridad. Los asaltantes tienen más miedo a las armas blancas como las lanzas que a los rifles y se les puede ahuyentar fácilmente con ellas.

Los extranjeros son blancos de asaltos mucho más frecuentes que los lugareños sobre todo los ricos del país, lo que puede ser la razón por la que no se han tomado medidas policíacas más drásticas contra estos canallas. En estos asaltos el odio personal o motivos políticos suelen jugar un papel importante. Hace varios años, el cónsul general de Inglaterra fue asaltado en compañía de dos de sus amigos durante un paseo a caballo. Los ladrones ni siquiera les dejaron su ropa íntima y obligaron a los tres a montar una rocinante coja, con la que tuvieron que ingresar al balneario de Chorrillos a plena luz del día. Los caminos más inseguros son los que llevan al Callao y aquellos a Caballero, que conduce a Cerro de Pasco. Este último camino es el de los transportes de dinero. A pocas semanas antes de mi salida, unos treinta salteadores se apoderaron de un envío de dinero de más de 100 000 pesos duros, destinado para las minas de Pasco, después de un breve combate con una escolta débil. Los lingotes de plata enviados desde Pasco sin escolta militar los dejan pasar, ya que éstos les resultan demasiado pesados para poder llevarlos con facilidad a un lugar seguro. Delante de los portales de la capital, a la vista de todos, se dedican a sus fechorías y cabalgan tranquilamente a la ciudad, después de haber robado a varios extranjeros, si así les ocurre.

Se han concentrado particularmente en los arrieros de burros provenientes de la sierra, que llegan a Lima para hacer sus compras. Si no encuentran nada de lo que les interesa al asaltarlos[1], los maltratan o los matan de la manera más terrible. Cuando regresé por última vez de la sierra, fue en julio de 1842, pasando por un puente tristemente célebre a una legua y media de Lima, mi caballo se desbocó por un cadáver arrojado sobre el camino. Desmonté para jalarlo a un costado y vi que era un indio cuya cabeza estaba convertida en una masa deforme por haberla triturado entre tres piedras. El cadáver aún estaba tibio.

En varias ocasiones, los bandidos ingresaron a Lima en grupos, con el fin de liberar a sus compañeros encarcelados echados en cadenas. En particular, los zambos destacan por su crueldad. Uno de ellos asaltó a un indio, en el camino a Huacho, en el mes de junio de 1842 y le preguntó: «¿Quieres que te mate o te saque los ojos?» «Si no tengo otra posibilidad prefiero que me mates» contestó el indio. Su adversario tomó su daga, le sacó los ojos y le dejó

1 Los indios suelen esconder muy bien su dinero en las planchas de madera de sus cajas de huevos con los que vienen de la sierra o los cosen en sus sillas o aparejos. Prefieren morir antes de confesar el lugar de su escondite. [T]

tirado en la arena. En este estado fue encontrado por transeúntes, los que lo llevaron al pueblo más próximo. Ejemplos de este tipo son muy comunes. Quisiera dar otra anécdota que me fue contada por un indio, en cuya casa de Chancay pasé una noche. A media legua de su pueblo, un negro se le acercó apuntándolo con un rifle y le ordenó quedarse parado. Mi huésped sacó una gran pistola de jinete y dijo a su enemigo: «¡Gracias al cielo que no está cargada! De otro modo ya hubiera muerto». Con sonrisa sarcástica el negro se acercó y agarró al indio, quien de imprevisto disparó la pistola y lo tumbó de su caballo.

Los negros jóvenes practican desde temprana edad sus futuras fechorías de bandidos, con lo que suelen tener éxito. Para ello usan carabinas cortas con apertura ancha (trabucos), llenadas con plomo desmenuzado y hierro. Llevan esta arma terrible escondida debajo de sus ponchos y se pasean por el mundo como si no pudieran hacer daño a nadie. Cinco ingleses y dos alemanes regresaron de la cacería en una tarde y dispararon sus rifles dobles para no llevarlos cargados a la ciudad. Apenas terminaron con esto, cuando se les enfrentaron dos negros jóvenes y exigieron la entrega de sus rifles. Uno de los dos sacó su carabina y apuntó al grupo sorprendido, mientras que el otro les robó las armas. No había manera para poner resistencia, ya que un solo disparo del joven hubiera herido o matado a todos por la cercanía a la que éste se encontraba.

Si los asaltantes se meten en una emboscada militar o de la policía, muestran un coraje desesperado. Tratan de escaparse por los arbustos, en los que se esconden con frecuencia. Luego se les prende fuego en caso que sean demasiado extensos, se los acorrala y se quema la vegetación, de modo que a los refugiados solo les queda la decisión de morir en las llamas o bajo la lluvia de las balas.

Los cabecillas más célebres en nuestro tiempo han sido los negros Escobar y León. Este último inició su carrera como esclavo matando a su dueño, escapó y luego se dedicó a sus matanzas durante muchos años, ante el pavor de toda la provincia de Lima. La policía siempre lo perseguía en vano, León conocía el terreno con tanta precisión que siempre pudo escapar a sus esbirros. Cuando su talla alcanzó 2000 pesos duros, se atrevió a llegar a Lima casi todas las noches para dormir ahí. Cuando finalmente la policía prometió por medio de circulares la suma de 1000 pesos duros a quien lo matara o lo entregara muerto y prometiendo indulto, refiriéndose en particular a sus compañeros, fue ahorcado por su padrino, un zambo, cuando dormía. Su cadáver fue expuesto públicamente durante tres días en el mes de julio de 1842, delante de la Catedral de Lima.

Un bandido antes tristemente célebre, el zambo José Rayo, dio servicios útiles a los presidentes en varias revoluciones como partidario audaz, por los cuales se le otorgó el rango de teniente coronel y fue nombrado jefe de la partida montada del campo. Para esta actividad está excelentemente preparado, ya que conoce la vida de los bandidos a la perfección por experiencia y

sabe de todos los escondites en los alrededores de Lima. Pero nunca pudo capturar al negro León o, como se suele rumorear, no quería capturarlo, ya que era su compadre y esta relación es sagrada en el Perú como en ningún otro país del mundo. Cuando Rayo capturaba a un asaltante le prometía el perdón de su vida, bajo la condición de indicarle dónde estaban escondidos los bienes robados. Si le daba esta información tomaba el dinero, agrandaba aún más el hueco del escondite y mataba al bandido para enterrarlo en el mismo lugar.

Cuando Rayo hablaba con los presidentes, los llamaba solamente «sus mejores amigos». Lo encontré una vez en el camino a Chaclacayo y me fui en su compañía hasta la hacienda de Santa Clara. A mí me pareció un hombre muy diplomático y cortés, pero que le costaba mucho poder esconder su verdadera naturaleza de zambo debajo de su disfraz.

A los asaltantes capturados y llevados a Lima se les procesa brevemente para condenarlos a muerte. Un pequeño destacamento de soldados los saca de la capilla, donde tienen que quedarse por doce horas en compañía de un sacerdote antes de matarlos. El delincuente tiene que llevar una pequeña banca, en la que se sienta para su ejecución. Tiene el derecho de determinar el lugar donde se le fusilará y por lo general escoge la plaza del mercado. La mayoría de los condenados se sienta en su banquillo con una tranquilidad estoica. Cuatro soldados se adelantan hasta tres pasos de distancia, dos apuntan a la cabeza y dos al pecho. Hace pocos años sucedió un caso extraordinario de sangre fría, probablemente único en su género, en Lima. Un zambo audaz fue condenado a muerte. Demandó que se le fusilara en la Plazuela de la Inquisición, durante el tiempo del almuerzo. Con mirada rápida y significativa, controló la plaza y se sentó tranquilamente en su banquillo. Los soldados apuntaron y dispararon. Cuando se disipó el humo de la pólvora, el zambo había desaparecido. Con ojos de tigre había controlado todos los movimientos de los soldados. En el momento que explotó la pólvora, se bajó, botó a un soldado a un lado y se perdió en la multitud, de donde sus amigos le trasladaron rápidamente a un escondite seguro.

En época de guerra forman un cuerpo propio, que consiste de los llamados «montoneros», en su gran mayoría asaltantes o individuos que han perdido su derecho a la vida y ante la ley, mereciendo su muerte por otro tipo de delitos. A este cuerpo se unen a veces hombres con fama irreprochable.

Los montoneros tienen alta importancia militar en el caso de que el campo de la batalla se encuentre en la costa. Cada aspirante al cargo de presidente por la vía de una revolución busca el favor de los montoneros, lo que por regla y por razones obvias no le resulta difícil, ya que es del interés de ellos mismos luchar contra el orden legal. Aquellos condenados bajo un presidente se pasan al bando del otro. El que paga más dispone de los servicios de la mayoría de ellos. Muchos de ellos, sin embargo, obser-

van con cierta neutralidad a la persona del presidente, al que apoyan cuando está en ventaja, y ayudan al que es su enemigo de hoy como amigo, después de la victoria de este último.

Como grupo, los montoneros tienen buenos caballos, pero como no saben nada de maniobras militares no sirven como caballería normal, sino solo como puestos de avanzada, espías, piezas en combates previas que fastidian al enemigo, el que los encuentra una vez delante de él, otra vez detrás; así como mensajeros muy rápidos y seguros. No llevan uniformes, sino pantalones blancos y sucios, una chaqueta parecida, un poncho y un gran sombrero de paja. Muchos no tienen zapatos, sino usan las espuelas con sus talones desnudos. Como armas tienen carabinas cortas y espadas. Si el cuerpo es grande, se le pone bajo el mando supremo de un general del ejército. En 1838 el inglés general Miller, en la actualidad cónsul inglés en las islas Sandwich, comandaba 1000 montoneros bajo los servicios de Santa Cruz. Los jefes suelen mantener una disciplina muy estricta frente a sus subordinados, les pagan regularmente y castigan el robo con la pena de muerte. El comandante en jefe tiene poder ilimitado y puede ordenar el fusilamiento de varios de sus hombres sin dar justificación alguna. El robar caballos no está considerado como delito, ya que se les requiere para la caballería. Por ello siempre divagan destacamentos de montoneros por las haciendas para capturar caballos. Ellos también roban los caballos de los viajeros y los sacan de los establos de la ciudad, a veces, para devolverlos después del fin de la campaña.

Cuando se enfrentan dos ejércitos enemigos a corta distancia, los montoneros sostienen pequeños combates durante algunos días, pero por regla sin resultado positivo, ya que se retiran siempre que pierden algunos de sus hombres. En el combate principal no muestran mucha valentía y suelen huir ante un ataque regular de caballería. Hasta ahora nunca han decidido una batalla, pero son muy útiles para perseguir y dispersar al enemigo en retirada. En la guerra no tienen nada que perder, solo que ganar. Si pierde su partida y si se declara la paz, el cuerpo se deshace y la mayoría de ellos sigue pasando la vida como antes, como salteadores. Gracias a sus caballos rápidos y a su inigualable conocimiento del terreno escapan de cada persecución.

En todas las campañas militares se adelantan hasta dos a tres días de marcha de la fuerza principal, tanto en grupos pequeños como en destacamentos grandes. Por todos lados encuentran hospedaje y suficiente comida, ya que no hay quien negaría algo a esta banda. Una compañía de montoneros presenta un aspecto bastante pintoresco, pero que a la vez causa terror. Las caras negras, aceitunadas y amarillas, distorsionadas por sus vicios y pasiones y mutiladas por cicatrices, su vestimenta en harapos, sus caballos mal nutridos, su montura desgastada, sus carabinas cortas y sus largas espadas cosidas en cuero de cabras, dan a esta horda una apariencia terrible, furiosa e inquietante. El viajero inofensivo que se ve encerrado por ellos de improviso, pue-

quietante. El viajero inofensivo que se ve encerrado por ellos de improviso, puede sentirse feliz si se mantiene con vida y solo con la pérdida de su caballo.

Un susto pánico se extiende sobre todo Lima cuando un destacamento de montoneros corre a toda velocidad por los portales de la ciudad. En todas las calles se escuchan los gritos: «¡Cierra las puertas! ¡Los montoneros!» Todos se empujan y corren hasta la vivienda más cercana y cierran las puertas. Pocos momentos después, se escucha en las calles solo el eco del ruido lejano, producido por los cascos de los caballos de los montoneros.

En los alrededores de Lima, a pocas leguas de la capital, se ubican algunos pueblos agradables donde los limeños más adinerados pasan la época cálida del año, por lo general en los balnearios. El más cercano, a tres cuartos de legua de Lima, es Magdalena, donde los virreyes tenían su agradable residencia de verano. No lejos de ahí se encuentra Miraflores, en la mitad del camino entre Lima y Chorrillos. Es una pequeña aldea con unas casas bonitas en la plaza. Pese a que el clima es ahí más cálido que en Lima, el aire es más puro. Puede considerase el lugar más sano en los alrededores de Lima. Enfriado por las corrientes de aire que soplan del mar, rodeado por una vegetación muy atractiva, si bien no abundante y alejado de los pantanos, reúne todo lo que convierte en agradable una estadía de veraneo. Es una pena que esté tan poco frecuentado. Una de las causas mayores reside en la flojera de los indios de organizar un mercado aceptable. Hay que traer diariamente todos los víveres, sobre todo la carne, desde lejos y cada familia está obligada a tener su propio negro en la calle que la provee. La estadía en Miraflores es particularmente saludable para enfermos que padecen de asma. Conocí a un español antiguo que cabalgaba todas las tardes a este pueblo para quedarse por las noches por más de veinte años. Cada vez que tenía sus negocios en Lima, padecía de las molestias más insoportables de la respiración.

Chorrillos es un pueblo feo con ranchos desagradables y calles angulosas y angostas. Está cerca al mar, sobre una orilla arenosa y empinada. Ahí se reúne la mayor parte de las familias más adineradas de Lima con el fin de disfrutar de la estación de verano. Es prueba de un gusto algo curioso. En la cercanía de este pueblo no crece árbol alguno, solo se extiende una planicie arenosa que arde con fuerza renovada, al rebotar los rayos del sol. Las casas consisten de caña cubierta con barro («quincha») y solo alcanzan 12 a 13 pies de altura. Solo por la constante corriente de aire se encuentra algo del alivio fresco, pero esto causa también la entrada libre de la insoportable arena eólica y del polvo. Un camino ancho y bastante empinado baja hacia el mar y lleva a la playa, que está cubierta de piedras. Una fila de pequeñas chozas descuidadas de esteras sirve para cambiarse de ropa. Damas y caballeros visten unos trajes azules muy atractivos. Las mujeres se dejan acompañar por los llamados «bañaderos». Se trata de indios del pueblo que se ganan la vida como pescado-

res en la época del invierno y sirven a los bañadores durante el verano. Se trata de gente burda e impertinente.

En la mañana uno se suele bañar, entre el desayuno y el almuerzo se balancea en la hamaca de la sala o del corredor. Antes de la puesta del sol se da un paseo y más tarde se va a los juegos de la mesa verde hasta la medianoche. Es, por lo tanto, una vida muy parecida a la de la mayoría de los balnearios europeos, solo que los últimos reemplazan la hamaca por la silla de la cafetería o por la banca en la alameda. Las noches son altamente desagradables. El aire en los dormitorios es bochornoso. Pulgas, piojos, mosquitos y zancudos compiten en evitar que el cuerpo exhausto encuentre su tranquilidad.

Todos los domingos Chorrillos recibe visitas muy numerosas, ya que los hombres que tenían que hacer sus negocios durante la semana, cabalgan temprano en la mañana de los días de feriado para visitar a sus familias o conocidos y jugar en la noche. La entrada al pueblo desde Lima está adornada por unos ranchos atractivos que son la excepción agradable de la regla. No pertenecen a los indios del pueblo sino a personas privadas de Lima, que los mandan decorar y pintar con gusto. Chorrillos ha servido repetidas veces de puerto en épocas de guerra cuando el Callao estaba sitiado, pero los barcos encuentran solo un fondo malo e inseguro para poder anclar. El desembarque de los productos es peligroso y sumamente difícil, ya que botes normales no pueden llegar a tierra por el oleaje fuerte.

Una media legua de Chorrillos, más al interior, está Surco, un pueblo pobre pero atractivo, rodeado por magníficos árboles tropicales y huertas abundantes. Su clima es menos caluroso que el de Lima o de Chorrillos. Pero este lugar hermoso no está frecuentado por los habitantes de la capital ya que no tiene balnearios ni una mesa verde.

A dos leguas de Lima, en dirección oriental hacia la sierra, se ubica el pueblito El Ate, en un valle fértil que goza de una temperatura muy regular y fresca. Está visitado por muchos enfermos de pulmón, los que no encuentran curación pero sí alivio.

Lurín está a cinco leguas al sur de la capital y a un cuarto de legua del río de Lurín, que atraviesa la quebrada de Huarochirí. Los alrededores están embellecidos por maravillosos jardines y campos de cultivo muy cuidados. Las casas suelen ser pobres, pero ofrecen una estadía más agradable que la de Chorrillos. En el mes de setiembre, en la fiesta de San Miguel, patrón del pueblo, Lurín recibe la visita de muchos limeños, que quieren disfrutar de lo poco que queda de tiempo de las lomas, en un ambiente muy atractivo. El pueblo está a unos mil pasos del mar que riega la playa con olas muy suaves. A casi dos millas inglesas de la orilla, se ven las islas rocosas de Tarallones[2], Santo Domingo y Pachacamac. Antes de la conquista del país por los españoles, el valle de Lurín

2 (sic) ¿Farallones? [K]

fue uno de los más poblados de la costa del Perú, sobre todo cuando estaba bajo el dominio absoluto de Hatun Apu Cusimancu, vencido por el general Cápac Yupanqui del Inca Pachacútec. En ese tiempo todo el valle se llamaba «*Pachacamac*», por un templo muy grande dedicado al «Creador de la tierra»[3] que se ubicaba cerca del mar, en la margen septentrional del río. Pachacamac era la divinidad mayor de los yungas. Solo después de su conquista por los incas, también se adoró al sol. Como los incas no construyeron templos en honor de Pachacamac por temor sagrado, dedicaron el de Lurín al Sol, botaron los ídolos de los yungas y le asignaron un número de vírgenes reales a su servicio. En 1535 Pizarro llegó con su horda a este valle, destruyó las aldeas, demolió el templo e hizo violar y matar a las vírgenes por sus soldados.

Las ruinas de este edificio extraordinario pertenecen a las más interesantes de la costa. Se ubican sobre una colina de 558 pies de altura, cuya cima está a unos 30 pies más alto erigida por adobes. Sobre esta cima artificial se erigía el «Templo del Sol», rodeado por altas murallas a modo de anfiteatro. El templo mismo está actualmente en ruinas, solo se divisa unas salas y nichos en cuyas paredes se observa restos de pintura en rojo ladrillo y amarillo, irreconocibles y desgastadas. Al pie de esta colina y a sus costados había viviendas, de las que quedan solo las paredes desnudas y medio derruidas. Todo el lugar está circundado por una muralla de ocho pies de ancho, cuya altura original debe haber sido considerable. La altura conservada en algunos lugares alcanza 12 pies, pero normalmente no llega a más de tres o cuatro pies. Todos los años, la furia de excavar para encontrar tesoros destruye más y más este monumento de un pasado que merecería un tratamiento más indulgente.

3 «*Pachacamac*» significa 'el que hace la tierra de la nada'. «*Paccha*» es la tierra. «*Camac*» viene del *participium praesens* de «*caman*», 'hacer o crear algo de la nada, dotar de vida'. Para los incas *Pachacamac* era el dios desconocido, cuyo nombre solo pronunciaban con la mayor veneración, sin hacerse representaciones figurativas de él. [T]

Undécimo capítulo

El viajar por la costa. — Travesía a Huacho. — Desembarque. — Canoas. — Colección de peces. — Habitantes. — El cura Requena. — Sepelios. — Robo de ataúdes. — El cementerio. — Bichos. — Huaura. — Malaria. — Luhmayo. — Quipico. — Paramanca. — Salinas. — Gritalobos. — Chancay. — Piques. — Alrededores. — Pasamayo. — Espejismos. — Piedras Gordas. — Palo seco.

Después de haber esbozado un cuadro de Lima y de sus alrededores, tocaré algunos puntos concernientes de la costa peruana, sin la intención de describir las ciudades o aldeas desde Tumbes hasta Loa en detalles geográfico-estadísticos, que serían de interés para muy pocos de mis lectores.

El viajar en la costa del Perú es muy fatigoso, ya que los caminos pasan por extensiones de arena de modo que con frecuencia no se puede ver rasgos de vegetación por distancias de 20 a 30 millas, sin encontrar una gota de agua. En consecuencia, se procura recorrerlos de noche, para sufrir del ardiente sol tropical lo menos posible. Pero cuando no brilla la luna o cuando la neblina pone su velo sobre las estrellas que sirven de guías seguros, el viajero puede perder fácilmente la dirección escogida y cabalgar en camino equivocado por muchas horas. Cuando reconoce su error en la mañana siguiente y tiene que regresar por el recorrido perdido, los caballos pierden sus fuerzas por los esfuerzos descomunales y rehúsan seguir el viaje. En este caso, el destino del viajero está echado, ya que tiene que seguir su camino a pie, durante el cual es muy probable que caiga víctima de cansancio y de sed. Innumerables bestias de carga mueren por los esfuerzos de estos viajes, largas filas de cráneos señalan la dirección del camino en el desierto. Solo quien dispone de caballos muy buenos y entrenados puede atreverse a emprender largos viajes por las planicies arenosas. Por regla los caballos no aguantan sed y hambre por más de 48 horas sin perder sus fuerzas, de tal modo que apenas pueden arrastrar al jinete y si éste muestra la imprudencia de forzar a su animal para que avance más rápido, este último perece ante su voluntad. Las mulas aguantan mejor todas las fatigas de una marcha forzada, aun con poco alimento. Ellas son los verdaderos «barcos del desierto» en el Perú, sin ellas el viajar por grandes partes de la costa sería imposible. El caballo responde a la espuela hasta que caiga

muerto bajo su jinete. Esto no sucede con la mula. Cuando se siente tan agotada como para no poder seguir su camino, se para y ni látigo ni espuela pueden animarla a moverse hasta que se haya descansado durante un tiempo, después de lo cual sigue con buena voluntad. Así, el viajero siempre sabe cómo tiene que juzgar las fuerzas de su animal.

En tiempos más recientes, los viajes a lo largo de la costa se han facilitado enormemente por la instalación de una línea regular de barcos a vapor. Todos aquellos, cuyo tiempo y residencia les permiten, prefieren usar esta oportunidad rápida y segura. También los veleros son cómodos con los viajes de sur a norte, gracias a los vientos alisios del sur. En ellos se suele llegar a su destino más rápido y cómodamente. Pero, con frecuencia, suceden calmas absolutas cerca de la costa, las que demandan mucha paciencia de los pasajeros ya que, de esta manera, el viaje puede durar unos 10 a 12 días para la misma ruta que requiere el mismo número de horas con viento favorable.

Visité el puerto de Huacho, al norte de Lima, durante mi estadía en Lima a inicios de 1841. Un barco para transporte de paquetes con destino a Panamá obtuvo el permiso de desembarcar en Huacho pero sin echar ancla, ya que tenía a bordo prisioneros políticos a quienes iba a deportar a Panamá. Éramos cinco pasajeros los que íbamos a desembarcar en Huacho, entre ellos el cura de este pueblito, el original cura Requena. La travesía que, por lo general, dura unas 14 horas, nos costó dos días y medio. Delante del puerto encontramos un buque de guerra peruano, enviado poco después de nuestra salida del Callao con la tarea de vigilarnos y evitar el desembarque de los prisioneros, en caso de que esto se fuese a dar. Nuestro capitán capeó y subimos a un bote. Este movimiento fue observado desde la tierra. Ya que había corrido el rumor que Santa Cruz iba a atacar con sus corsarios, los habitantes creían que el barco extranjero que no echó sus anclas pero que lanzó al agua sus botes, tenía que ser uno de ellos; más aún por no poder explicarse la presencia de una chalupa de guerra dando vueltas en la bahía desde hacía varias horas. Se dio la señal de alarma. Los aduaneros y los vigilantes de la playa, encabezados por el capitán del puerto, y parte de la población, corrieron a la orilla, armados unos con rifles o pistolas, otros con espadas o palos, para rechazar el presunto ataque.

El oleaje en el puerto de Huacho es tan fuerte que un bote normal no puede desembarcar, por lo que hay que servirse de las angostas canoas de los indios. Nuestro bote se acercó a la orilla y solicitamos a gritos y señales para enviar a alguien a recogernos, lo que fue en vano. Obviamente, los huachanos asustados no querían ayudar a sus presuntos enemigos. El capitán del barco, que estuvo a bordo con nosotros, explicó que iba a levantarse un fuerte viento desde la tierra, por lo que no podía esperar más, de modo que tendríamos que acompañarlo hasta Panamá. Ante esta nueva desagradable, acudimos a nuestro último recurso. El cura alto y flaco, envuelto en su talar negro, tuvo que

pararse en la proa del bote y gritar señales de paz con todas sus fuerzas. Con ello logramos el efecto deseado. Al usar su larga vista, el capitán del puerto reconoció los rasgos característicos de su pastor de almas y poco después partieron varios botes de indios de la orilla para recogernos. Estas canoas están hechas de un tronco largo, angosto y ahuecado de árbol, a cuyos costados se han clavado dos palos de una madera muy porosa, llamada 'balsa'. Un indio se sienta delante, otro detrás, ambos con una pala corta de madera con la que golpean el agua y jalan el bote hacia delante. Los pasajeros se acuclillan o se arrodillan en medio sin poder moverse, ya que la canoa se voltea al movimiento irregular más leve. Es una sensación bastante inquietante estar en este tronco liviano y tambaleante sobre el lomo de una bramante ola, revolcándose hacia delante con tremenda fuerza o cuando otra, acercándose de lejos, rompe directamente sobre el bote inseguro, llenándolo con agua en un instante. Afortunadamente llegamos a tierra y nos burlamos del error de los bravos vigilantes de la playa. Nos trajeron caballos y cabalgamos a la pequeña ciudad, que se ubica a media legua de distancia sobre una orilla levantada.

La meta principal de mi estadía de unas semanas fue aumentar mi colección ictiológica en este litoral muy rico en peces, así como conocer bien los alrededores inmediatos y más alejados de Huacho. Todas las mañanas a las cinco me fui a la playa a caballo y esperé el regreso de los pescadores que habían salido la noche anterior. Ya desde sus botes ellos me señalaron de lejos habitantes raros del mar. Logré juntar alrededor de 120 especies de peces del mar y del río en varios cientos de ejemplares, pero esta hermosa colección estaba influenciada por una mala estrella. Un gran barril con peces en aguardiente quedó varios meses en el calor ardiente del sol sobre el muelle en el Callao, de modo que su contenido se malogró por putrefacción. Los peces en un segundo barril enviado inmediatamente a Europa, llegaron ahí después de un viaje de 15 meses en un estado completamente inútil, pese a habérseles empacado muy cuidadosamente. Así se perdió el fruto de muchos esfuerzos y grandes gastos sin uso alguno.

Huacho es una aldea grande que obtuvo el calificativo de «ciudad», después de las guerras de la independencia. Tiene más de 5 000 habitantes, de ellos cuatro quintas partes de indios y el resto de mestizos. Solo pocos blancos radican en este lugar. Entre ellos encontré a un anciano español cojo, llamado don Simón, quien acompañó a nuestro famoso Alexander von Humboldt a las salinas, ubicadas a pocas millas al sur, a inicios de este siglo. Contó con ojos brillantes del viajero joven e infatigable y remarcó que había ojeado el libro que Humboldt escribió sobre América, pero añadió: «Pero señor, ahí he perdido mis estribos»[1].

1 Y esto quiere decir «no lo he entendido». [T]

Los lugareños viven de la pesca, de la agricultura y de la crianza de aves. La mayoría de las aves que se venden en el mercado de Lima, llega de Huacho. Todos los viernes grandes caravanas de indias con sus gallinas, patos y pavos se dirigen a la capital. Se ata por las patas a un grupo de 15 a 20 especimenes y se cuelga a dos de ellos por cada costado del caballo, con las cabezas hacia abajo. La chola[2] está sentada en medio. Los pobres animales tienen que mantener esta posición durante un viaje de dos días y medio, solo cuando las caravanas descansan, se las desata y se las alimenta. Una parte de los indios trabaja en las salinas. Las mujeres se ocupan en tejer sombreros burdos y esteras, llamadas 'petates', los que llevan a Lima.

Los huachanos no pertenecen a los indios de buen carácter, son, por el contrario, maliciosos, burdos, vengativos y ávidos. Aparentemente, su carácter se ha empeorado por las muchas revoluciones y pasadas de tropas de la alabada república. El cura Requena esbozó un cuadro indignante de sus «indios brutos». Pero estas ovejas difícilmente podrían ser pías bajo el mando de semejante pastor. Representaba el tipo más auténtico de los sacerdotes peruanos. La cacería era su placer principal. Para poder entregarse a esta diversión tenía galgos, algunos de los cuales le habían costado 150 a 200 pesos duros. Su mayor dolor fue una enfermedad que le impedía cazar venado cuando estuve con él en Huacho. Rompía de la manera más impertinente su voto del celibato. Pagaba una mensualidad de cuatro a treinta pesos duros a más de veinte concubinas y siempre llevaba a alguno de sus hijos con él, que se dirigían a él llamándolo «tío». Su mayor orgullo era hablar de su amistad con Lord Cochrane. Murió pocas semanas después de su llegada a su parroquia. Se rehusaba tanto tiempo a confesarse que los indios, reunidos bajo las amenazas más terribles delante de su casa, le enviaron a otro sacerdote, para que le explicara las consecuencias de su renuencia. No podía acostumbrarse al pensamiento de la muerte o, como él expresó, a «una separación de sus galgos y sus caballos», y cuando sus manos comenzaron a congelarse por la muerte, hizo que su negro le pusiera guantes de cuero de venado.

Los clérigos del Perú no reciben salario definido, sino dependen de los ingresos que reciben por sus servicios eclesiásticos. Para bautizos, matrimonios y misas se han fijado ciertos impuestos, pero no así para los sepelios, cuyo precio depende de los ingresos de los difuntos y puede estar fijado por el sacerdote. El entierro de un pobre (entierro bajo) cuesta por lo menos ocho a diez pesos duros, los que se cobra sin piedad a los descendientes. Los de un rico (entierro alto) cuestan, con frecuencia, 200 pesos duros. Si un acomodado estipula en su testamento que quiere un entierro bajo, el sacerdote anula esta cláusula y la reemplaza con las ceremonias más costosas, cuyos gastos se pagan por piedad de su familia a pesar de

2 Término común para las indias. [T]

todo. Con estas prácticas sucede que algunas de las parroquias más ricas a las que pertenece Huacho también, tienen un ingreso anual de 12 000 a 14 000 pesos duros. El cura mismo, en cambio, es enterrado por sus colegas de las parroquias cercanas, sin costo alguno con la excepción de una buena comida.

En esta aldea un indio rico hace un arreglo con sus cholos, quienes le pagan semanalmente un medio (la decimosexta parte de un peso duro) para que él se encargue de los gastos de su sepelio, con lo que gana bastante dinero. Los cholos han exigido que se les enterrara en ataúdes, lo que no es usual en el Perú entre las clases más bajas. El indio también cumple esta condición. Cuando muere un cholo, el indio rico envía un ataúd a su vivienda. Si resulta demasiado corto, se dobla al cadáver y se le empuja hasta que quepa para enterrarlo de inmediato. En la noche siguiente, el indio va al cementerio con algunos de sus sirvientes de confianza, lo desentierra, lo bota nuevamente en la fosa y le roba el ataúd y frecuentemente también la mortaja, para que pueda servir para el siguiente caso de muerte. Cada ataúd sirve al indio hasta que aguantan sus planchas. En consecuencia, los indios no tienen que temer quedar enterrados vivos.

El cementerio de Huacho presenta un aspecto escandaloso. Consiste de un muro bajo de circunvalación, rodeado por una planicie arenosa grisácea, llena de cráneos, huesos, pedazos de ropa y cadáveres disecados y mutilados. Como los ladrones de ataúdes suelen echar solo una capa delgada de tierra sobre los cadáveres, zorros y perros los desentierran y se los comen. Lo que dejan sirve de presa para los gallinazos y las lechuzas, los últimos residuos quedan momificados en el sol durante pocos días. Los muertos, cuyo sepelio no ha podido ser pagado por los descendientes, son dejados clandestinamente en el cementerio durante la noche. A la mañana del día siguiente ya están medio devorados.

Los alrededores de Huacho tienen abundantes y atractivas huertas de frutos y charcas fértiles. El clima es sano aunque muy caluroso, pero por la cercanía del mar y de los agradables balnearios resulta aceptable. Solo la cantidad enorme de bichos hace la estadía algo molestosa. Las pulgas se reproducen en la arena de una manera increíble, sobre todo en la cercanía de las chozas de los indios. Al entrar en una de ellas, se ve cubierto por cientos de estos animalitos en un instante. Los piojos están en todas las paredes de barro, caen al momento de rascar en una de ellas. Pero no aparecen en número tan exorbitante como en algunas de las ciudades norteñas, donde los habitantes no pueden tener camas normales, sino que tienen que trasladar sus colchones cada noche para protegerse de ellos en lo mínimo.

El «miércoles de cenizas» casi toda la población de Huacho cabalga hasta el río, que está a una legua del pueblo, para comer camarones que se capturan por millones. El guarapo y la chicha juegan un papel principal en esta fiesta. Al regreso suele haber peleas sangrientas entre los indios ebrios.

La alfalfa es llevada al pueblo en caballos por las cholas. Para poder montar los animales altamente cargados, las indias agarran la articulación de la pierna derecha del caballo entre el dedo gordo y el segundo de su pie, montan de esta manera y se ponen en la grupa detrás de su carga de alfalfa.

A dos leguas de Huacho tierra adentro, yace la pequeña ciudad de Huaura en un valle hermoso del río del mismo nombre. El río de Huaura se origina en la unión de dos ríos. El mayor de ellos nace en la Cordillera de Paria y atraviesa la agreste quebrada de Chichín. El menor, llamado Río Chico de Sayán, tiene su origen en una laguna bastante grande en los altos de Hauquimarca. Ambos confluyen por debajo de la aldea de Sayán. En la cercanía de Huaura el río forma varios pantanos, en los que se desarrolla la malaria. En pocos lugares he visto la capa de malaria tan nítidamente separada de la atmósfera como ahí. Por regla está a unos dos y dos y medio pies sobre el fondo del pantano y se mueve lentamente por este nivel en corrientes aéreas más fuertes. Se destaca por opalizar curiosamente, lo que produce un color amarillento en ciertas refracciones de la luz. Este se observa muy claro en las mañanas, llegando de la sierra y mirando por la amplia planicie de pantanos, sobre la cual descansa una cobertura densa de aire de malaria que cambia de color. Tercianas malignas y enfermedades de la piel hacen muy desagradable la estadía en Huaura. Por ello, la pequeña ciudad solo cuenta con pocos habitantes y llega a un total de poco más de 2000 personas. Bajo Santa Cruz se reunió un congreso ahí, que creó una constitución que padeció de terciana al igual que los representantes de la nación.

A un cuarto de legua está la gran hacienda de azúcar El Ingenio. Antes pertenecía a los jesuitas, pero después pasó a la posesión de una familia rica de Lima. El trapiche se mueve por una rueda movida con agua, la primera construida en el Perú, lo que el dueño siempre cuenta con gran orgullo.

Es uno de los viajes más hermosos en el Perú, cabalgar a través de este valle maravilloso hacia el este en dirección a Sayán. La región alegre está embellecida por haciendas ricas. La que queda más cerca al Ingenio es la de Acaray, adornada por un magnífico edificio. En el centro del valle, pegada a la cadena sureña de colinas, se encuentra la extensa hacienda de azúcar Luhmayo. Entre ambas haciendas vi debajo del techo de una choza de negros un jaguar de un tamaño enorme. Fue muerto unas semanas antes de mi llegada. Más de cincuenta negros e indios se habían juntado para matar a este terrible animal de rapiña, lo que lograron solo después de dos días y después de haber herido gravemente a dos negros. Este ejemplar gigantesco midió ocho pies y tres pulgadas de la punta de su hocico hasta la punta de su cola, de lo que dos pies y ocho pulgadas eran para la cola.

En Luhmayo, el trapiche se mueve aún por bueyes trabajando de día y de noche, debido a la gran cantidad de caña. Pasé en esta hacienda una de estas noches tropicales maravillosas e inolvidables, en las cuales el espí-

ritu ágil no siente nada del cansancio de su larva terrestre, animado de nueva fuerza para realizarse y gozar de los planes de un futuro hermoso. Contemplé, por mucho tiempo, el bello espectáculo ofrecido por los trabajos nocturnos en el edificio del trapiche. Un fuego alto, nutrido por caña exprimida, ardió en un espacio amplio. Alrededor de él estaban echados los negros profundamente dormidos o acuclillados en grupos, conversando animadamente. De vez en cuando uno de ellos se aislaba, sumido en pensamientos, como si estuviera tramando un plan siniestro. Con paso lento los bueyes giraban la palanca del trapiche, desaparecían en la oscuridad para volver a entrar en el círculo de fuego, iluminados mágicamente. Detrás de ellos caminaba alguien alto y negro, que los animaba a un ritmo más rápido usando una quijada. Niños alegres colocaban la caña jugosa entre los rodillos que la trituraban, mientras que otros recibían los tallos exprimidos en el lado opuesto para ordenarlos en montones. De este grupo pintoresco mi mirada pasaba al este, donde se erige la poderosa cordillera hasta alcanzar el cielo, iluminada por el brillo pálido de la desvanecida creciente de la luna, que parecía parar como fantasma el vuelo de mis pensamientos. Seguí esta voz y permanecí en aquellas regiones en mis pensamientos, donde, hacía pocas semanas, había recogido las últimas evidencias escasas de la vida desvaneciéndose en las cumbres más altas de los Andes y disfruté de un rico pasado, lleno de esfuerzos y peligros. Ahí escuché otra voz en mi interior. Fue la nostalgia por mi patria, la que suele llegar al viajero solitario con más poder cuando la naturaleza está extendida en su tranquilidad más profunda. ¿Podría ser que este negro con mirada fija hacia delante también estaba soñando con su patria lejana, la costa ardiente del Congo?

En la mañana siguiente, el médico de la hacienda me mostró todas las instalaciones de la hacienda y me contó de sus curaciones y operaciones y con cuánta frecuencia tenía que amputar los dedos o brazos de los esclavos, ya que se dejan triturar intencionalmente sus «phalángeles»[3] por las máquinas. El buen Esculapio no había visto ninguna obra decente sobre medicina en toda su vida, mucho menos una gramática del latín. Hasta los cincuenta años de edad tuvo el cargo de guardián de los esclavos y luego avanzó al cargo de médico. Hace pocos años más de noventa negros habían muerto por la viruela, lo que le resultó una pérdida de 45 000 pesos duros al dueño de la hacienda. El hospital estaba limpio y tenía instalaciones funcionales, pero estaba atestado de enfermos. La mayoría tenía terciana o la subsiguiente hidropesía, así como reumatismo. Muchos de los negros varones padecían de una extraña enfermedad de la piel, que forma pústulas sobre brazos y pecho que supuran, dejando imborrables manchas de color blanquecino sobre piel negra, verde oliva sobre piel morena y azules sobre piel blanca, después de secarlas. He

3 Por falanges, huesos de los dedos. [K]

visto esta enfermedad solamente en este valle. Suele contagiar mucho más a negros y morenos que a blancos. Mi guía me contó que hay algunas chacras de caña en un pantanoso valle secundario de la hacienda, donde los negros que ahí trabajan suelen contagiarse de esta enfermedad y de terciana.

Chambara y Quipico son las haciendas más orientales de este valle hermoso. Se conoce a la última tanto por la calidad de su excelente azúcar, como por la originalidad de su anterior dueño, Castilla. Cuando cabalgué entrando al patio, me vi rodeado por más de cincuenta de los galgos más hermosos y de todas las esquinas vinieron otros en grupo. Fue el residuo pobre de la afición de Castilla. Este cazador apasionado tenía por regla entre 200 y 300 galgos excelentes con los cuales se iba de cacería a diario. Una campana llamaba al ágil ejército para recibir su comida en horas señaladas. En el patio se erigía una horca para castigar implacablemente flojera y rebeldía. Un día cuando el dueño de Quipico se fue de cacería, le acompaño un indio cuyo perro era un chusco común. Éste se adelantó a los mejores galgos y alcanzó al venado.

Inmediatamente, Castilla le compró al indio el perro por el precio exorbitante de 350 táleres. Pocos días después, volvió a cabalgar con sus galgos y el perro recientemente adquirido para cazar nuevamente. Se soltó a los perros pero el chusco se quedó parado tranquilamente entre los caballos. Al regreso a la hacienda se convirtió en ejemplo aleccionador, se le ahorcó en la horca del patio.

Al norte de Huacho se extiende la Pampa de Medio Mundo, una planicie arenosa de siete leguas de largo que llega hasta el pueblo de Supe. En distancias más cortas siguen las aldeas de Barranca, Pativilca (o mejor *Pati Huillca*) y La Fortaleza. A partir de ahí, vuelve a extenderse un desierto amplio que llega hasta Huarmey[4]. Entre esta aldea y el puerto de Casma existe otra parecida planicie de arena. De esta manera se alternan continuamente desiertos y valles fértiles en toda la costa hasta Tumbes, en la frontera con la República del Ecuador.

Toda la región muestra una riqueza extraordinaria de monumentos notables del tiempo de los incas. Entre los más importantes cuentan los restos del antiguo palacio del rey Chimu Cancha cerca del puerto de Huanchaco y la ruinas de Paramanca cerca de La Fortaleza[5]. El Dr. Unanue (*Nuevo día del Perú*, 1824) cree que estos últimos edificios fueron erigidos en conmemoración de la paz entre el rey Chimu Cancha y su vencedor, el general Cápac Yupanqui y que la construcción más grande hacia el este señalaría el imperio del poderoso Inca Pachacútec y la otra menor dirigida hacia el oeste, se refie-

4 Tschudi escribe Huarmay. [K]

5 Tschudi se refiere a Chan Chan en el primer caso; el segundo se llama, actualmente, Paramonga, pero el término correcto en quechua sería «*Paramunca*», véase adelante. [K]

ra al reino del vencido Chimu. Esta interpretación me parece incorrecta. Fuera de la construcción aún claramente reconocible y atribuible a obras de fortificación, la mera ubicación de éstas contradice a Unanue. Si la mayor de ellas se relacionara con el imperio de los incas, debería estar dirigida hacia el sur y la menor hacia el norte. El único camino a lo largo de la costa pasa por ambas colinas fortificadas. Con ellas se podría cerrar la comunicación con el reino del Chimu. Gracias a sus múltiples experiencias, los incas sabían que pueblos conquistados solían rebelarse después de un tiempo más o menos largo con el fin de liberarse nuevamente y, por ello, estaban preparados para estos casos. Doblemente desconfiado debería haber estado Cápac Yupanqui tratándose de un enemigo tan furioso y terrible como lo era Chimu Cancha, quien se había rendido solo después de una resistencia acérrima. Todo habla a favor de la hipótesis de que este general Paramanca[6] construyera la fortaleza para subyugar a las naciones recientemente conquistadas, pero no como monumentos de victoria, ya que éstos fueron levantados en el Cuzco después de cada batalla grande, pero no en el campo de batalla[7]. La etimología no sirve de ayuda en este problema. Algunos escriben «Paramonga»; otros, «Paramanca», lo que considero que es la versión más correcta. Garcilaso de la Vega llama al valle, «Parmunca». «*Paramanca*» es 'olla de lluvia' en el idioma quechua (*para*, lluvia y *manca*, olla), lo que es un término que podría aludir a lluvias intensas pero muy raras en esta costa, las que en este valle en forma de hondonada podrían haber seguido a un temblor fuerte.

A cinco leguas al sur de Huacho se encuentran las extensas salinas que proveen a la mayor parte del Perú y Chile con una sal excelente. Se extienden de la orilla del mar hacia el este, por media legua aproximadamente y presentan un aspecto sorprendente. Se puede creer tener un campo glacial delante de uno, en el cual los rayos solares se refraccionan en los más maravillosos juegos de colores, porque rebotan con violencia extraordinaria.

La sal se origina por la evaporación natural del agua del mar, que penetra en la roca porosa de la orilla y llena todas las cavidades. Todo el depósito está subdividido en campos regulares de los que sacan trozos rectangulares de 100 libras de peso. Después de varios días, los huecos están nuevamente llenos de agua del mar, que dejan una precipitación que llena estos hoyos rectangulares completamente en un período de entre 12 y 16 meses, pero a veces después de 10 ó 24 meses, por evaporación del sol. Estos depósitos son

6 De acuerdo con las informaciones de algunos autores antiguos, Paramanca fue construida como fortaleza limítrofe contra naciones vecinas por el rey Chimu. Esta opinión tiene algunas justificaciones, ya que Chimu Cancha estuvo en guerra sagrada con el Cuismanco [Cuyz Mancu], rey de Pachacamac, y el Chuquyz Mancu, rey de Runahuanac (el actual Lunahuaná), mucho antes de sufrir el ataque de Cápac Yupanqui. [T]

7 Según Garcilaso, la primera batalla entre Chimu y Yupanqui se llevó a cabo en el valle de Parmancu y terminó empatada. [T]

una fuente inagotable de riqueza y solo pueden ser destruidos por temblores fuertes. El gobierno ha arrendado la empresa de romper la sal a un particular en Huacho, que tiene un capataz y el número necesario de indios en el depósito. En la bahía, delimitada por las salinas, existe un lugar muy seguro y cómodo para el anclaje donde casi siempre paran algunos barcos costeros que transportan la sal a todos los puertos de la costa peruana y chilena. La estadía en las salinas es muy poco sana, la mayoría de los obreros padecen de enfermedades de la piel o de reumatismo. Agua y víveres provienen de Huacho. Por ello, los indios de la sierra no van con sus llamas hasta las salinas, sino reciben su carga en depósitos grandes en Huacho. Cada llama se carga con un bloque de exactamente 100 libras, que no se coloca sobre el lomo desnudo sino sobre una base de lana gruesa (jerga).

De las salinas un camino conduce al sur por unas nueve leguas atravesando arena profunda, la mayor parte a lo largo del mar y delimitado hacia el este por las lomas de Lachay. Manadas de chorlitos y parihuanas están volando continuamente por delante del viajero, como si quisieran indicar el camino correcto. En algunas chozas de los pescadores, a unas cinco leguas de las salinas, se encuentra algo de agua salobre y pescado tostado así como, de vez en cuando, también algo de alfalfa traída desde varias millas, para los caballos hambrientos de los pescadores. Se trepa empinadas colinas de arena de alturas entre 300 a 400 pies y con ángulo de inclinación de más de 60 grados hacia el mar. El camino conduce por los lados de estas colinas, lo que sería muy peligroso con terreno menos suave. A un paso en falso del animal todo el suelo se desliza hacia el abismo, pero con algo de cuidado se puede encontrar siempre un sostén nuevo. En una de estas colinas yace una piedra grande, que por su color y forma se parece sorprendentemente a un lobo marino dormido, mirándola de cierta distancia. Casi verticalmente debajo de ella, viven poblaciones de muchas focas. En las noches silenciosas el aullido de estos animales, mezclado con la furia oscura del oleaje, llega tenebroso al oído del viajero desde las profundidades, al pasar por ahí mucho más alto que ellos y despierta en él una sensación de temor. Este lugar se llama «Gritalobos». Al pasar esta cadena de colinas se baja al fértil valle de Pasamayo, en el cual se encuentran dos aldeas y 18 haciendas.

Chancay es la capital de este valle y la sede de un subprefecto. Está a una distancia de una legua y media del río y una legua pequeña del mar donde se encuentra un puerto insignificante e inseguro, que solo sirve para barcos pequeños. Tienen alrededor de 1200 habitantes, en su mayoría indios y mulatos. Pero hay una abundancia de frutas y verduras excelentes, carne de buena calidad y aves, así como pescado con sabor bastante aceptable. Las viviendas son todas pobres y equipadas de los muebles más indispensables y burdos. En las haciendas de los alrededores, algunas de ellas muy importantes como Torreblanca, Pasamayo, Huando y Huaco, se cultiva mucho maíz

la tarde, para atravesar las planicies arenosas más grandes durante la noche. Me acompañó un negro conocedor del camino. A medianoche pasamos por Chancay. Algunos arrieros de mulas, echados delante de una choza, nos llamaron para advertirnos e invitarnos a quedarse con ellos, ya que el río había subido mucho su caudal. Alrededor de la una llegamos al Pasamayo, que se había salido de su cauce por las lluvias fuertes en la sierra y avanzaba con bramido terrible que parecían truenos. Algunos viajeros acamparon en la ribera para esperar la mañana y quizá la bajada de las aguas. No se pudo encontrar «chimbadores»[8]. Mi negro, quien contempló esta superficie de corriente impetuosa y más de cien codos de ancho, se encogió los hombros y opinó que nunca había visto un nivel de agua tan alto. Los demás viajeros estaban de acuerdo y pensaban que era imposible cruzarlo a caballo. Pero no teníamos tiempo que perder y me decidí hacer un intento confiando en mi caballo costeño, muchas veces probado en casos semejantes. Entré a caballo cuidadosamente al río, que se tornó más profundo y más impetuoso con cada paso. Ya la corriente agarró al caballo con toda su fuerza. No sentía suelo debajo de sus cascos, pero con todas sus fuerzas trató de resistir al poder creciente del agua. Nubes ligeras pusieron un velo delante de la luna y me quitaron de vista el grupo de árboles en la otra ribera, que había avistado como punto de referencia. Impotentes, fuimos arrastrados por la corriente y lanzados contra una roca en medio del río. Solo pude escuchar los gritos de miedo de mis compañeros, desvaneciéndose cuando las olas se cerraron sobre mí. Con todas mis fuerzas, agarré mis riendas y logré voltear al caballo, que pudo encontrar suelo firme y pararse. Le di las espuelas y con coraje el corcel fiel se lanzó nuevamente al agua, para nadar con una fuerza increíble, regresando a la ribera. Luego, cabalgué a lo largo de la ribera para encontrar un lugar más favorable. Después de varios intentos en vano, logramos y atravesamos el río con buena suerte. Los otros tres viajeros no se atrevieron a seguirnos, pero nos gritaron para no dejarlos. Envié a mi negro con mi caballo, para guiar a cada uno de ellos en la travesía. De esta manera el buen animal hizo el camino peligroso unas siete veces, sin dar un solo paso en falso. Después de ello aguantó sin cansancio hasta nuestra llegada a Lima, en la mañana siguiente a las doce.

Desde Pasamayo el camino pasa entre haciendas, en un curso relativamente plano, pero a partir de ahí pasa por empinadas colinas de arena. Éstas resultan muy fatigosas para corcel y jinete, sobre todo en aquellos lugares donde se inclinan hacia las planicies, ya que con cada paso los caballos se hunden hasta las rodillas en la arena, de la cual salen con gran esfuerzo, solo para

8 También se les llama «vadeadores», conocen muy bien los vados y acompañan a los viajeros para cruzar los ríos. [T]

hundirse nuevamente con el paso siguiente. En esta región vi espejismos extraordinariamente fuertes que nos llenaron de temor, ya que nos vimos cabalgando sobre nuestras cabezas en tamaño gigantesco. A seis leguas de Chancay se llega a unas chozas miserables, el Tambo, donde los viajeros pueden encontrar algunos refrescos. De ahí el camino pasa por terreno pedregoso, a veces cubierto por bloques grandes, por lo que recibe el nombre de Piedras Gordas; luego pasa por la hacienda Copacahuana, rodeada por pantanos y de ahí otras dos leguas hasta el río Chillón, el que generalmente puede pasarse fácilmente al igual que el Pasamayo, pero que también crece en forma tremenda durante las lluvias fuertes de la sierra. Detrás del río el camino se reúne con el de la costa norte (camino de los valles) y el de Cerro de Pasco. Casi a una legua de la capital hay un lugar, llamado Palo Seco, que es conocido tristemente por los asaltantes, al igual que las Piedras Gordas. Estos canallas cometen las crueldades más inauditas. Por ello, cada viajero tiene que agradecer su suerte cuando ha pasado estos lugares peligrosos sin inconveniencia alguna.

Duodécimo capítulo

La costa al sur de Lima. — Chilca. — Tejido de paja. — Yauyos. — Pisco. — Puerto. — Camino a Ica. — La vid. — Aguardiente. — Vino. — Botijas. — Odres. — Maltrato de animales. — Fiesta de carnavales. — La fuerza de un negro. — Cuyes. — Salamanqueja. — Haciendas de algodón. — Quebrada de Huaitará. — Huano.

El cuadro de la costa norte se repite más al sur de Lima a lo largo del Océano Pacífico. Valles fértiles, adornados con aldeas y haciendas, se alternan con extensos desiertos de arena. Pueblitos con puerto se ubican donde la naturaleza o el comercio ofrece alguna ventaja para su instalación. El calor casi insoportable y la neblina húmeda se alternan en forma regular. Escasez de poblaciones humanas y monumentos de un pasado grande y rico.

Cuando uno viaja de Lima al sur pasando por Lurín, llega primero a Chilca, una de estas tristes aldeas del desierto carente de toda vida refrescante. Parece algo enigmático cómo el hombre puede escoger una zona para vivir ahí, en la que la naturaleza le niega todo fuera de un suelo seco de arena para poder construir su choza pobre, porque no le ofrece siquiera un sorbo de agua pura, mientras que opulentos valles en abundancia a una distancia de pocas millas, producen con toda generosidad, todo lo que no puede ganar de la tierra avara como madrastra en su patria, pese a todos sus esfuerzos.

Las ansias de ganancia, por intereses comerciales o por la presencia de minería, pueden poblar regiones yermas o costas desiertas con aldeas muy pobladas. Pero en el caso de Chilca semejantes intereses no existen. Podrían haber existido antes, ya que las extensas ruinas que rodean el pueblo sugieren una población mayor bajo el gobierno de los Incas y el poder de la costumbre, el apego al suelo que hizo felices a sus padres, amarran al indio a su tierra ingrata. Hay pocos pueblos en los que, después de más de 300 años, los indios han evitado tan estrictamente cada mezcla con personas que no pertenecen a su tribu, como en éste de Chilca. Sus pobladores se dedican a tejer sombreros de paja y muy finas bolsitas para cigarros. Poseen la extraordinaria habilidad de formar figuras muy delicadas, nombres y hasta poemas en trabajo calado de paja colorida o blanca en estos últimos. Algunas de estas bolsas para cigarros alcanzan precios de cien o más

pesos duros. La pesca es una ocupación de los chilqueños que rinde menos, ya que solo llevan algunos peces al mercado de Lima debido a la distancia. Cerca del pueblo sacan sal rojiza y amarga que exportan a la sierra, pero su valor es muy inferior al de las salinas de Huacho.

A cinco leguas al sur de Chilca se ubica el pueblo de Cañete, en la ribera del río que lleva el mismo nombre. Desde ahí se extiende en dirección hacia el este, arrimándose a la cordillera la interesante provincia de Yauyos. Sus habitantes se diferencian de los indios de la costa y de la sierra, tanto por la formación de su cara como por sus costumbres y su idioma. Son de talla reducida, con frente amplia, ojos grandes y expresivos, pómulos resaltados, boca ancha, extremidades débiles y color de piel marrón negruzco. En su idioma, el cauqui, se encuentran muchas raíces que no corresponden al quechua. Después del sometimiento de esta nación por los Incas, este idioma fue suprimido casi completamente y tan mezclado que resulta difícil detectar su forma original. También parece diferenciarse mucho de la lengua del Chinchaysuyo.

Entre Cañete y Pisco se ubican algunas haciendas de azúcar muy importantes así como varios pueblos, entre los cuales destacan Lunahuaná, Chincha Alta y Chincha Baja por su gran fertilidad. Entre Chincha y Pisco corren dos ríos en dirección paralela por una distancia de unas cinco leguas, los cuales proveen a los valles que riegan con una fertilidad exuberante. Por su amplitud, solo pueden pasarse con la ayuda de chimbadores y devoran a muchos viajeros descuidados cada año.

En la margen izquierda del río sureño se halla la pequeña ciudad de Pisco, cuyo puerto seguro con buen fondo para el anclaje está a una distancia de media legua de ella. Por la exportación de aguardiente ha adquirido alguna importancia, resaltada en años recientes por las islas cercanas del guano. En la orilla está la casa de la aduana con la capitanía del puerto y los edificios eminentes que hizo construir Don Elías para su empresa de aguardiente. La pequeña ciudad de Pisco ha sufrido mucho por el saqueo de piratas europeos, por temblores y, en tiempos más recientes, por la guerra de la independencia. Varias veces fue destruida completamente y fue reconstruida en diferentes lugares. En los últimos años se hizo mucho para embellecer a Pisco. Una fosa ancha rodea la ciudad y ha contribuido esencialmente a mejorar el clima, por haber secado los alrededores.

Pisco es solo una especie de llave para la gran ciudad de Ica, que queda más en el interior a una distancia de 14 leguas. Pude visitarla en febrero de 1842. Me fui con el barco a vapor del Callao rumbo a Pisco, donde llegué después de un viaje de 18 horas. A mi llegada alquilé un guía con sus caballos. Un catalán, que había hecho este camino innumerables veces, se prestó para la tarea. Partimos a las tres de la tarde de Pisco. Al inicio el camino pasa por suelo duro, pero pronto pasa a arena profunda que se mantiene hasta

Ica. Por regla es plano, pero en algunos lugares pasa por colinas fastidiosas. Pese al calor que se torna inaguantable en el mes de febrero me había envuelto en mi poncho, ya que supe por la experiencia, que se expone mucho menos a las influencias nocivas del cambio de temperatura que llega con la noche y las fiebres que pueden resultar de ahí en regiones calurosas, si se viste con ropa que calienta. El catalán, quien estaba cabalgando a mi lado, solo con camisa remangada y sudando abundantemente, no podía entenderme. Cuando le conté que había pasado las noches en la nieve de la cordillera con la misma ropa solo once días antes, sacudió la cabeza sin poder creerlo.

Pasamos por la hacienda Huillacurín cuando tocó la campana para la oración. Esta hacienda está rodeada por un atractivo bosque de palmeras. Paramos un rato para recoger un montón de los higos más hermosos y continuamos con nuestro camino. Por la medianoche bajó una neblina densa sobre la planicie y nos quitó de vista la cruz del sur, que nos había servido de guía hasta entonces. Seguimos cabalgando por el espacio de una hora. El catalán bajó repetidamente del caballo y olió la arena, para saber si aún estábamos en el camino correcto. Esta es una manera muy común, ya que en los desiertos, frecuentados por caravanas, los excrementos de las bestias de carga mezclados con arena dan una señal segura acerca de la dirección correcta del camino. En uno de estos intentos, me bajé también para sujetar la montura y para probar mi sentido del olfato. Mientras tanto, los caballos se habían volteado algo, lo que recién supe más tarde. Después de un poco más de tres cuartos de hora de camino, llegamos a una roca que fue desconocida para mi guía, en cuyos conocimientos ya no confiaba mucho. Ahora llegamos a la convicción de que nos habíamos perdido.

Me prendí un cigarro y en la luz tenue de su fuego pude consultar mi brújula de bolsillo, que me indicó que estábamos cabalgando hacia el oeste en vez de la dirección correcta de sureste. Como ya no hubo esperanza de que la neblina desapareciera antes del alba del día, desmontamos y nos enterramos en la arena caliente hasta el cuello, esperando la mañana de esta manera.

Innumerables viajeros ya se han perdido en estos lugares y murieron de sed. Fue en esta costa donde varó un barco con 320 dragones bajo el mando del coronel Lavalle en 1823. Los soldados se salvaron llegando a la orilla. Por 36 horas erraron por el desierto terriblemente seco cuando fueron encontrados por un regimiento de caballería, enviado con víveres y agua desde Pisco, donde se habían difundido las nuevas del naufragio con la orden de encontrar a los perdidos. Pero ya era demasiado tarde para 116 de estos infelices, quienes expiraron víctimas de cansancio y sed. En los días siguientes, murieron más de 50 de los sobrevivientes por agotamiento.

Por lo general, se cree que un hombre sano puede sobrevivir sin comida ni bebida por unos cuatro o cinco días. Podría ser verdad en el clima templado de Europa y con calma corporal, pero seguramente no se aplica a los de-

siertos ardientes, donde una carencia de alimentación por 48 horas junto con el errar en arena profunda, resulta en una muerte segura. La sed muy fuerte es una de las torturas más crueles, sobre todo cuando el cuerpo está rodeado de un medio que está caracterizado por una sequedad absoluta. Sobre el mar probablemente puede soportarla diez veces más que en una planicie arenosa.

En el alba retomamos nuestro camino y cabalgamos guiados por la brújula en dirección estesudeste. Después de algunas horas, llegamos en ángulo agudo al camino correcto y alcanzamos Ica durante la mañana.

En mi viaje de regreso arreglé pasar la noche en Huillca-Curín, donde los caballos fueron alimentados con ramas y hojas de molle (*Schinus molle* L., Anacardiaceae).

Ica es una ciudad bastante grande en un ambiente muy agradable y poblada, como todas las ciudades de la costa, por habitantes de todos los colores, sobre todo mestizos. Es la sede del subprefecto y de muchos dueños de haciendas. En las haciendas de los alrededores solo se cultiva la uva, que es la gran riqueza de esta provincia. Llama la atención con cuánta facilidad crece la uva en un terreno aparentemente estéril. Los retoños se colocan en la arena hasta una profundidad de medio pie, amarrados y dejados a su suerte. Rápidamente desarrollan raíces y hojas. Mientras que toda la planicie tiene carácter de desierto, las vides están revestidas de un verde muy agradable. Las uvas tienen una excelente calidad, son jugosas y dulces. La mayor parte de ellas sirve para la producción del aguardiente, que es comprensiblemente muy sabroso y bueno. En todo el Perú y buena parte de Chile se toma esta bebida del valle de Ica. El aguardiente común se llama aguardiente de Pisco, porque se le embarca en Pisco. El de mejor calidad y más caro se hace de la uva moscatel y se llama aguardiente de Italia. Se caracteriza por un curioso y muy fino aroma. Vino casi no se produce. En algunas haciendas se prepara una especie espesa, muy dulce, de color marrón oscuro, que les gusta mucho a los peruanos pero que no convence al paladar europeo. Un solo hacendado, don Domingo Elías[1], el más rico, más emprendedor y más circunspecto de los hacendados de toda la costa, prepara vino al estilo europeo. Se parece mucho a los vinos de Madera y Tenerife, pero tiene más fuego y un grado más alto de alcohol. Pruebas de ellos que han llegado a Europa han encontrado el reconocimiento unánime de los conocedores. Su sabor mejora notablemente con un largo viaje por mar.

1 A Elías no solamente se le conoce como economista sino, también, como político; cuando se le pidió encabezar el gobierno durante las revoluciones de 1843 y 1844, cumplió sus deberes difíciles con inteligencia excelente y moderación. Tanto él como su esposa son ejemplos de la hospitalidad más abnegada y atenta. Muchos extranjeros, incluido yo, pueden recordar la amistad con don Domingo Elías con mucho deleite. [T]

El aguardiente, exportado por barcos, se llena en botijas que son recipientes de barro revestidos con brea. Tienen una forma curiosa que parece una pera. Su base está dirigida hacia arriba y tiene una boca pequeña, que se cierra herméticamente con yeso después de llenar el recipiente. Las botijas grandes y llenas pesan entre seis y siete arrobas (150 a 175 libras). Dos de ellas hacen una carga para la mula. En los aparejos se atan dos cestos, en los cuales se colocan las botijas, con la punta hacia abajo. Antes estas botijas servían también para el transporte hacia la sierra, pero en estos caminos peligrosos y resbaladizos en los cuales los animales se caen con frecuencia, se rompían muchas de ellas. Muchas más fueron destrozadas en los manantiales de la costa, ya que los animales que han caminado por el desierto durante mucho tiempo y olfatean agua de improviso, comienzan a correr a pleno galope hacia el pozo. Pero como estas fuentes normalmente alcanzan solo para cinco a seis mulas a la vez y se empujan unas 70 a 80 de ellas para alcanzarla, se rompe una buena parte de las botijas pese al cuidado de los arrieros.

La pérdida anual de aguardiente era extraordinaria. Con el fin de remediar este mal, los hacendados comenzaron a preparar odres de pieles de chivo, introduciéndolas para el transporte a la sierra. La manera con la que se desuella a la mayoría de los chivos en las haciendas, constituye el maltrato de animales más vil que conozco. Un negro cuelga al chivo vivo por sus cuernos, hace un corte circular en el cuello que solo llega hasta la carne y arranca la piel del cuerpo, mientras el animal se agita desesperadamente y emite los más terribles sonidos de dolor. Mata al animal solo cuando está sin su pellejo. Los negros sostienen que el pellejo se separa más fácilmente de la carne de esta manera y los odres duran más. Es de esperar que los hacendados con sentimientos más humanos eliminarán esta costumbre insensata.

En Ica, presencié una fiesta de carnavales de los negros que quiero describir brevemente. En varias calles se erigen arcos grandes atractivamente adornados con cintas. Negras y zambas bailan alrededor de ellos, mientras que los hombres tienen la tarea de cabalgar a toda velocidad detrás de los arcos, sin pararse. Toman la carrera a una distancia de unos cien pies y corren a pleno galope en dirección a su meta, donde las mujeres los esperan con la intención de agarrar las riendas y sacar al jinete de su silla. Si logran su objetivo, éste tiene que pagar una multa y todos se burlan de él. A veces ya no se sabe lo que habría que admirar más, la velocidad de los caballos, la habilidad de los jinetes o la audacia de las negras, que se lanzan sin cuidado hacia los caballos en pleno movimiento. Al acercarse los jinetes se los saluda, lanzándoles naranjas y limones inmaduros que probablemente duelen, porque son tirados por el puño de una zamba fuerte. Vi un negro que logró escapar de las manos de las mujeres ávidas por más de una hora, gracias a la velocidad de su caballo. Al hacerlo dio prueba de una extraordinaria fuerza física. En el momento de pasar el arco, se pegó al cue-

llo de su caballo con su tronco y agarró con cada brazo a una negra, para subirlas a su silla.

En la noche, se celebra una orgía con abundancia de bebidas alcohólicas durante la cual se baila la «samaquera»[2] con todo desenfreno.

El clima de Ica es caluroso y no muy sano, ya que el río sube su caudal por las intensas lluvias en la sierra, sale de su lecho y forma pantanos en sus riberas, donde se desarrolla la malaria. Menos problemas para la salud, ofrece la mayoría de las haciendas en los alrededores.

Delante de la ciudad se observa una enorme cantidad de una especie de cuyes (*Cavia cutleri* King) que viven en todos los arbustos. Después de la puesta del sol y por la tarde salen de sus escondites y juegan en la hierba. No son tímidos en absoluto y se puede uno acercar a unos pocos pasos. Los lugareños los llaman «cuy del monte» y piensan que representan a los ancestros de los cuyes domésticos, una opinión que es absolutamente falsa.

En toda la costa del Perú vive un pequeño animal muy temido por los nativos. Lo llaman «salamanqueja». Vive en fisuras de rocas, sobre muros y a veces penetra las paredes de quincha de las casas. Piensan que su mordedura es mortal. Según su descripción, sospeché que tendría que ser una especie de chacón y repartí órdenes por todos lados para conseguirme un animal de éstos. Finalmente, un indio me trajo un ejemplar ya bastante maltratado y encontré que ya tenía a varios de ellos en mi colección. Efectivamente, se trató de un chacón. Ahora recogí varios, que agarré vivos en mis manos ante el mayor asombro de los lugareños temerosos. Las salamanquejas pertenecen a dos géneros cercanos (*Diplodactylus lepidopygus* Tsch.[3] y *Discodactylus phacophorus* Tsch.[4]), que se caracterizan por una apertura en la parte interior del muslo superior de su extremidad trasera, que es la salida de una glándula que segrega un líquido muy ácido. Estos animalitos no muerden, pero es posible que este líquido pudiera causar inflamaciones considerables al contacto con una herida abierta.

Al sur de Ica se encuentran algunas haciendas importantes donde se cultiva el algodón. Una de las más grandes pertenece al mencionado Elías. Hace algunos años hizo llevar ahí una máquina muy buena para sacar las semillas del algodón. Ya que los pedazos de ella tuvieron que cargarse por la arena profunda sobre carros, el transporte resultó muy caro. Más de treinta bueyes murieron por agotamiento, pese a haberlos tratado bien y haber tenido a su alcance un número de mulas y burros cargados con agua y alfalfa. El algodón se embarca en el puerto de San Nicolás. Por información de algunos capitanes de barco, es la bahía más hermosa y más segura de toda la costa de América del Sur.

---

2 Samacueca o zamacueca. [O]
3 Hoy *Phyllodactylus lepidopygus* Tschudi [B/B]
4 Hoy sinónimo del precedente. [B/B]

Hacia el este de Ica se extiende la quebrada de Huaitará, que sirve de principal vía de comunicación entre esta parte de la costa y las ricas provincias serranas de Jauja y Huancavelica y de ahí a Ayacucho y Cuzco.

Delante de la costa de Pisco y Chincha existen unas islas pequeñas, la mayor de ellas se llama Sangallán y se ubica a seis millas inglesas del puerto de Pisco. Este grupo ha alcanzado fama en tiempos más recientes por el abono de aves (guano), que se exporta de ahí.

El huanu[5] forma en estas islas capas continuas de 35 a 40 pies de grosor. Los niveles superiores tienen un color pardo grisáceo. Al excavar más hacia abajo, la coloración se intensifica y adquiere un color marrón rojizo en los niveles inferiores, como si fueran teñidos de óxido de hierro. También la densidad se intensifica progresivamente hacia abajo, lo que se explica por la superposición paulatina y la evaporación de las partes con contenido de agua. En los niveles más inferiores se suelen encontrar grandes cantidades de amoníaco. Huevos aplastados con una masa negruzca en su centro (¿la yema alterada?) dentro de una matriz de huano, así como plumas de aves conservadas fueron encontrados en las islas de Pisco, a una profundidad de 51 pies debajo de la superficie actual.

En casi todas las islas, en la mayoría de los promontorios deshabitados de toda la costa occidental de América del Sur y, sobre todo en la intertropical, se encuentra este huano. La isla de Iquique, que mide unos 220 000 pies cuadrados, estaba cubierta por sedimentos de huano de 30 pies de grosor, que fueron eliminados en un lapso de 27 años. Muchas islas más pequeñas ya han sido despojadas completamente de este elemento, sobre todo aquellas que tienen el llamado «huano blanco». En el Cerro del Pabellón de Pica, que es un promontorio alto al sur del puerto de Mollendo, supuestamente existe un depósito de huano de un cuarto de legua de largo y de 700 pies de espesor[6]. No he visitado este lugar pero creo que debe haber un error en esta indicación, en el sentido de que no se trata de 700 pies de espesor sino de 700 pies de altura, en ángulo agudo por la falda del cerro que mira hacia el mar; la capa en sí puede alcanzar solo unos cuantos pies de grosor. En general, he notado que el espesor de los depósitos de huano suele exagerarse mucho.

---

5 La palabra «*huanu*» proviene del idioma quechua y nombra el excremento de animales como v.g. «*huanucuhuanu*», excremento de guanaco. En el sentido actual de la palabra es una abreviatura de *pishu huanu*, excremento de ave. Los españoles han modificado el sufijo *nu*, con el que terminan la mayoría de las palabras prestadas del quechua, en *no*. La versión escrita *guano*, muy común en Europa y en la América hispana, es incorrecta, ya que en la lengua quechua falta la consonante *g*, al lado de otras. La *h* en el inicio de la palabra se aspira fuertemente, en lo cual está el motivo de la ortografía equivocada de los españoles, que han distorsionado la lengua autóctona de la manera más infame. [T]

6 Según Rivero (Don Mariano Eduardo de), *Memoria sobre el guano de pájaros y su uso en el Perú*. Lima: 1837. Pág.7. [T]

Me han asegurado reiteradamente que fueron encontradas importantes capas de huano en el interior del país, a una distancia considerable del mar, cubiertas de tierra. Nunca he visto algo así y dudo de la veracidad de estos datos. Si realmente fueran verdaderos, tales capas solo podrían existir sobre las colinas. También serían pruebas seguras de una subida importante de la costa.

El huano se forma de los excrementos de diferentes aves marinas, en particular de las gaviotas, las chuitas, los zambullidores y las tijeretas. Las especies que puedo indicar con seguridad son las siguientes: *Larus modestus* Tsch., *Rynchops nigra* L., *Plotus anhinga* L.[7], *Pelecanus thagus* Mol., *Phalacrocorax gaimardi y P. albigula*[8], (*Pelecanus gaimardi* Less. y *Carbo albigula* Brandt) y, sobre todo, *Sula variegata* (Tsch.).

Pensando en la enorme cantidad de estas aves, cuyas bandadas se mueven como nubes a lo largo de la costa y considerando su extraordinaria voracidad y la facilidad con la que consiguen su alimento, no puede causar sorpresa el espesor de las capas de excrementos como resultado de varios miles de años. Crié por unos días una *Sula variegata*, alimentándola abundantemente con peces. Recogí con cuidado todos sus excrementos, cuyo peso diario era de tres y media a cinco onzas. Estoy convencido de que este peso sería mayor en estado de libertad, ya que se tiran continuamente al mar para devorar pequeños peces, que aparecen en masas asombrosas alrededor de las islas. Si una isla tiene una población de millones de aves marinas y aún en el caso de que se pierdan dos tercios de su peso para erosión, queda anualmente un sedimento duro y de espesor significante.

Todas las aves marinas anidan en las islas deshabitadas o sobre rocas cerca de la playa, donde descansan también en horas del día y durante la noche, lo cual no ocurre ni en la playa plana ni en el interior del país. Con esta razón sustento mi opinión que depósitos de huano en el interior del país, distanciados del litoral por un levantamiento significante de la costa, solo pueden ubicarse encima de las colinas.

En los primeros años, las capas de excrementos son de color blanco y producen el huano blanco que está valorizado mucho más que el amarillo o el pardo, por lo que es también mucho más caro. En la opinión de los hacendados, el primero es el más eficaz de todos. Se le encuentra en la Punta de Hormillos, en las islas de Islay y Jesús, en la isla Margarita y otras.

En el mismo momento del inicio de la explotación del huano, las aves abandonan la isla. También se ha observado que éstas se retiran desde la intensificación del comercio y de la navegación de las islas hacia la cercanía de los puertos.

7 Hoy *Anhinga anhinga* (L.) [B/B]
8 Hoy *Phalacrocorax bougainvillii.* (Less.) [B/B]

Recientemente se ha escrito mucho acerca de los beneficios y del uso del huano, pero aún este tipo de abono del Perú sigue siendo poco conocido en Europa. Los peruanos lo usan con preferencia para las chacras de papa y de maíz. Pocas semanas después del brote de las semillas, se hace un pequeño hueco al lado de la planta, se coloca una buena dosis de huano dentro y se lo tapa luego con tierra. Unas 12 ó 13 horas después, se inunda toda la chacra con agua, dejándola así durante algunas horas. Del huano blanco se toma una cantidad menor y se irriga la chacra más rápido y durante más tiempo, ya que de otro modo se destruiría las raíces.

El efecto de este abono es increíblemente rápido. Después de pocos días, las plantas alcanzan el doble del tamaño de su altura anterior. Si se repite este proceso más tarde, pero en menor cantidad, los hacendados pueden estar seguros de una cosecha que supera en más del triple de lo que rendiría una chacra sin abono. En promedio se calcula para un terreno de mediana calidad de unos 14 000 pies cuadrados, tres a tres y media fanegas de huano para cada abono, en terreno malo se necesita cuatro a cinco fanegas.

Durante los últimos 50 años, las haciendas del valle de Chancay consumieron anualmente 33 000 a 36 000 fanegas de huano, traído de las islas de Chincha y Pisco[9]. El precio por fanega (a 250 libras) del huano colorido era de un y medio peso duro, del blanco de dos a tres pesos duros. En tiempos recientes el precio ha cambiado repetidas veces por la gran cantidad exportada a Europa.

El empleo de este excremento de aves como abono tiene una tradición muy larga en el Perú Antiguo y se sabe con certeza que ya estaba en uso en el tiempo del primer Inca. La mayoría de huano en este tiempo fue sacado de las islas de Chincha, de modo que no crece desde más de 600 años, sino solo se reduce.

Finalmente, quiero agregar la observación de que el clima constante en una costa en la que nunca llueve, contribuye mucho a que el huano peruano tenga un contenido más ácido que el africano, ya que retiene más partículas de sal por su erosión menor.

9 Razón de las haciendas del valle de Chancay, y de las cantidades de fanegas de huano que gastan en el beneficio de sus tierras por año, sacado de las islas de Chincha y de Ancón. Rivero y Piérola. *Memorial de ciencias naturales y de industria nacional y extranjera*. Lima, 1828, T.1, No.2, pág.70. [T]

Décimo tercer capítulo

Retrospectiva de la costa del Perú[1]. — *Los ríos.* — *Las planicies arenosas.* — *Peligros.* — *Los médanos.* — *Los vientos.* — *El verano.* — *El invierno.* — *Las garúas.* — *Las lomas.* — *Los mamíferos.* — *Las aves.* — *Los anfibios.*

Desde los 3° 35' hasta 21° 48' de latitud sur se extiende una planicie arenosa a lo largo de la costa del Océano Pacífico, por una longitud de 540 horas y una anchura de 20 horas. Está atravesada por pequeñas cadenas de montañas, que parten de la poderosa cordillera hacia el oeste, se reducen en altura y terminan ahí, fusionándose con la planicie o formando precipicios en el litoral. Entre el río Loa, que es la frontera meridional de la costa peruana y el de Tumbes, que es la frontera septentrional, la franja costera está cortada por 59 ríos menores y mayores. Nacen en los glaciares andinos o en los pequeños lagos alpinos y se hacen paso por estrechos valles serranos para desembocar en el más grande mar del mundo, después de un curso breve. Durante buena parte del año solo queda el lecho seco de muchos de ellos, formado por la presencia de agua de pocos meses, durante los cuales las nubes del Altiplano se vacían en lluvias diarias, mientras que otros, que tienen agua permanente, crecen para formar corrientes que traen desastres.

Una fina arena movediza cubre cerros y valles, solo interrumpida por oasis con vegetación exuberante en los lugares donde la planicie está cortada por los cursos de los ríos. Pero donde ni la naturaleza ni el arte humano alivian la tierra sedienta, se presenta un cuadro horripilante de muerte y de destrucción, cuya impresión sobre la mente se profundiza en la medida que se recuerda lo agradables que eran los valles de los que se partió. En vano el viajero agotado languidece por un sorbo de agua en estos desiertos terriblemente desolados. En cada una de las quebradas cerradas por las paredes perpendiculares de piedra verde, los retazos moribundos de los Andes, anhela por encontrar una fuente para salvarse a sí mismo y a su animal, caído en la muerte terrible e inevitable. ¡En vano! En vez del manantial refrescante, encuentra el lecho de un río seco y delante de él se extiende un mar de

---

1 Compárese Tschudi. *Untersuchungen über die Fauna peruana*, etc., Introducción. [T]

arena, que le presenta la burla de un espejismo en el que le parece ver un mar con olas movidas en el horizonte ondulado. Con la muerte en su corazón, contempla con fuerzas desvanecidas regiones lejanas, la mano exhausta deja caer la rienda y ya sin voluntad propia, confía en las fuerzas desvanecidas de su fiel animal. ¡Quizá lo lleve fuera del desierto a un pueblo que lo pueda salvar!

Los peligros de las planicies de arena se agrandan por la gran movilidad de la arena y por los médanos. Enormes nubes de polvo se levantan por el viento fuerte. Columnas de arena de alturas entre 80 y 100 pies suben en torbellinos y pasan como fantasmas por todas las direcciones y envuelven al viajero en forma imprevista, solo se escapa por salir de su área de influencia con la velocidad más alta.

Los médanos son colinas de arena con base sólida o suelta. Los primeros siempre tienen forma de media luna con una cresta de una altura de diez a veinte pies. En su lado interior caen en forma perpendicular. En su arco exterior muestran un ángulo muy empinado. Empujados por el viento fuerte estos médanos se mueven rápidamente sobre la planicie, los más pequeños se adelantan a los mayores. Estos últimos, al aprovechar del poder de las corrientes de aire, se dejan caer sobre los primeros y los aplastan, desplomándose ellos mismos. En figuras curiosas se ordenan sobre la planicie, forman los laberintos más intrincados y esconden la vista panorámica a la mirada que la busca con ansiedad. En pocas horas, una planicie está cubierta con una serie de colinas y pocos días después adopta nuevamente la forma plana, aburrida y desolada. Por ello, los conocedores más experimentados de la costa se engañan en el conocimiento de los caminos y son ellos los que más se desesperan, con furia vana, cuando están errando sin indicios claros entre las colinas arenosas.

Los médanos con base dura se forman en los bloques de roca que se encuentran esparcidos en la planicie. Cuando alcanza la cima, cae por el otro lado hasta que también lo llena y crea una colina de forma cónica. Cadenas enteras de colinas con crestas afiladas se crean bajo estas circunstancias. Los tramos de las montañas, que atraviesan la costa en forma transversal de este a oeste, se oponen al avance de los médanos, sin ellos, los oasis fértiles se convertirían en estériles planicies de arena también. Una observación más atenta también sirve de indicador para la dirección de los vientos que soplan. Vemos que en la vertiente sur se acumula una enorme cantidad de arena eólica, traída por el viento de mediodía. La vertiente norte, en cambio, que no es más empinada que la del sur, solo lleva una cobertura débil o ninguna en absoluto. Si una cadena de colinas se dirige de sursureste a nornoroeste, la vertiente occidental está casi descubierta de arena, ya que ésta está llevada a la planicie por el viento que sopla desde el sureste, cambiando constantemente con el sur.

Los movimientos y reformaciones en los desiertos podrían llamarse «la vida de la muerte». Solo en la época más calurosa del año están en plena actividad, cuando la arena completamente seca cede a la presión mínima de la atmósfera. En la época más fría, aumenta su peso por la absorción de humedad. Los granos sueltos se combinan en masas y resisten, de esta manera, más fácilmente al viento. Al mismo tiempo, las colinas ganan en consistencia o se derrumban por el peso aumentado que ejerce presión desde arriba, para quedarse cubiertas por la arena eólica.

En el mes de noviembre comienza el verano. Los rayos ardientes del sol refraccionan en la cubierta grisácea clara y rebotan con poder ahogador. Todos los seres vivientes que no se apresuran para escaparse de su destructor círculo de influencia, están condenados a una muerte segura. Ninguna planta echa raíz en este suelo ardiente, ningún animal encuentra alimento en su planicie muerta. Ningún ave, ningún insecto, se mueve en las capas de aire que arden de calor. Solo en las regiones más altas se desliza en vuelo rápido el majestuoso cóndor, en dirección hacia la playa. Solo donde se une el Océano Pacífico con el desierto, aparece vida y movimiento. Manadas de gallinazos se reúnen sobre grandes animales marinos, varados sobre la playa. Ejércitos de aves de playa buscan ávidamente por peces y moluscos varados. Lagartijas coloridas se agitan sobre las colinas de arena y cangrejos industriosos y arañas del mar hacen sus surcos en la orilla húmeda.

En el mes de mayo, la escena cambia. Un velo delgado de neblina se extiende sobre el mar y la costa. En los meses siguientes, se condensa y se esfuma solo en el mes de octubre. Durante un lapso de casi seis meses, retiene los rayos del sol de la planicie, que ahora se refresca. Al inicio y al fin del llamado «invierno», se levanta la neblina entre las nueve y las diez de la mañana y baja nuevamente alrededor de las tres de la tarde. En los meses de agosto y setiembre llega a su densidad mayor y queda inmóvil sobre la tierra durante semanas. Normalmente no se disuelve en agua, sino solo en una precipitación fina y penetrante, llamada «garúa» por los costeños. Muchos viajeros han contado que no llovía por siglos en algunos lugares de la costa peruana. Estas indicaciones corresponden a los hechos, ya que hay muchas zonas donde no llueve nunca, salvo después de temblores fuertes, pero a veces ni siquiera en estas ocasiones.

Aún cuando la garúa se condensa en gotas más grandes algunas veces, se distingue de la lluvia por no caer de alturas importantes sino de las capas atmosféricas más bajas, por la unión de pequeñas burbujas de garúas con las de mayor tamaño. Por regla, las neblinas no pasan por una altura perpendicular de unos 1200 pies. Su límite promedio es de 700 a 800 pies. Es un fenómeno altamente interesante, que ya no se le ve a una distancia de pocas millas del mar. Ahí están reemplazadas por aguaceros fuertes, de tal manera que el límite entre lluvia y neblina está indicado con precisión matemática.

Conozco dos haciendas, cuya mitad recibe agua por las garúas y la otra por lluvias, el límite está indicado por un muro.

Con la llegada de la neblina, las cadenas de colinas («lomas») que delimitan las planicies arenosas hacia el este, adquieren un carácter completamente distinto. Como por un toque de magia, aparece un jardín floreciente en pocos días donde antes todo era desierto. Ahora también gozan de vida. Los «lomeros» conducen sus rebaños de ganado y de caballos ahí, para aprovechar de los pastos. Durante varios meses encuentran alimento abundante aunque no hay fuentes de agua, pero no parecen necesitarla, ya que salen de las lomas siempre bien nutridos.

En algunas regiones del norte del Perú donde las garúas son escasas, la fertilidad del suelo depende de las lluvias serranas, ya que los ríos suelen secarse completamente durante el verano. Cuando éstas no llegan, surge una estrechez terrible en las manadas de ganado. Hace pocos años, un hacendado en el valle de Piura perdió 24 000 ovejas, ya que el río y con él, los pastos, había desaparecido por demasiado tiempo. El rocío falta ahí, tan completamente, que una hoja de papel dejada a la intemperie durante la noche, no muestra el menor rasgo de humedad en la mañana siguiente. En el centro y en el sur del Perú, humedece la tierra apenas por media pulgada de profundidad.

Las garúas son mucho más intensas en los oasis que en los desiertos colindantes. La lluvia está ausente en toda la costa, ya que no existe vegetación mayor, solo aparece al norte de Tumbes donde existen bosques de dimensiones considerables. Hacia el este la lluvia se inicia en los valles de la cordillera ricos en plantas. Estos fenómenos sumamente curiosos no se han explicado satisfactoriamente hasta la fecha, pero merecen toda la atención de los meteorólogos.

Contemplemos, finalmente, la fauna de los vertebrados superiores por un instante. En términos generales, destacan por su pobreza. He encontrado solo 26 especies[2] de mamíferos. De esta cifra solo ocho especies son endémicas, las demás también aparecen en sierra y selva. La proporción de esta cantidad al número total de los mamíferos del Perú es de 1/4,3. Se distribuye entre las siguientes órdenes: murciélagos cuatro especies, de las que solo una (*Vespertilio innoxius* Gerv.[3]) aparece solo en esta región. Animales de rapiña aparecen con diez especies, una de las cuales es el zorrillo, conocido entre los indígenas también como «añash», una nutria (*Lutra chilensis* Ben.[4]) y un zorro (*Canis azarae* Pr. Max.[5]), que vive en las haciendas de algodón cerca de Lima, así como en todas las

2 Véase mis *Untersuchungen über die Fauna Peruana...*, pág.5. [T]
3 Hoy *Eptesicus innoxius*. [B/B]
4 Hoy *Lontra felina* (Mol.). [B/B]
5 Hoy *Cerdocyon thous* (L.), identificación equivocada, se trata probablemente de un *Pseudalopex sp.* [B/B]

lomas, donde caza terneros. Varias especies de felinos, entre las cuales figuran también las más grandes de América como el puma[6] y el jaguar[7]. Ambos no son frecuentes en la costa y alcanzan su talla mayor en la sierra.

Los leones americanos son cobardes y temen al hombre. Si se les captura a temprana edad se les puede criar fácilmente. A veces, los indios de las provincias norteñas los traen a Lima, para exponerlos por dinero. Los llevan amarrados a una soga o dentro de un costal sobre la espalda, hasta que se haya reunido una audiencia ávida de un espectáculo. El jaguar es muy audaz y sangriento. Con rara osadía, penetra en las haciendas y ataca a niños y caballos, para luego escapar con igual habilidad de las más variadas trampas colocadas por los negros. Una pelea abierta contra este animal es muy difícil y peligrosa. Raras veces una batida termina sin que queden heridos o muertos varios de los cazadores por el animal perseguido. No es un espectáculo agradable cuando uno se ve enfrentado de improviso, a pocos pasos de distancia y sin armas, a un jaguar que mueve su cola en grandes círculos, parpadeando y preparándose para su salto de ataque con un gruñido medio suprimido.

Ya mencioné anteriormente a los lobos marinos. Existen tres especies de marsupiales en la costa. Los indígenas los llaman «muca muca». Viven en arbustos bajos y en viviendas abandonadas, así como en los depósitos de las haciendas.

El orden grande de los roedores solo está representado por siete especies que pude reunir, pero no dudo que esta cifra se pueda duplicar en una investigación pormenorizada de valles costeños. El ratón doméstico es muy frecuente en Lima. El turón aún está muy escaso, parece haber llegado al Perú solo en los últimos años, pero es de temer que abundará dentro de poco tiempo. Sospecho que mercantes de Hamburgo lo han introducido. En el Callao, vi unos ejemplares de ellos muertos por un carnicero. A la rata negra común, nunca la he visto en el Perú.

El armadillo (*Dasypus tatouay* Desm.[8]) es bastante escaso, se le caza en las chacras de yuca o de camote de vez en cuando. Los negros comen su carne que es muy sabrosa.

Solo existe una especie de venado de la costa (*Cervus nemorivagus* F. Cuv.[9]), entre los rumiantes. Los venados viven, preferentemente, entre los arbustos bajos a lo largo de la costa y visitan las plantaciones después de la puesta del sol, donde causan daños considerables. Son algo más peque-

6 En el texto alemán equivocadamente escrito como «puna». [K]

7 En el texto alemán «*Unze*», probablemente por «onza». [K]

8 Hoy *Cabassous tatouay*, identificación equivocada, se trata probablemente de otro Dasypodidae. [B/B]

9 Hoy *Odocoileus virginianus*. [K]

ños que nuestros corzos europeos y tienen un color más pardo. En los alrededores de Lima ya se han vuelto muy escasos. Ahí los ingleses suelen hacerles cacería. Algunos cazadores alemanes se dan el trabajo de quedarse durante noches enteras al acecho, con lo que logran matar un animal solo excepcionalmente, como sé de experiencia propia. A los nativos no les interesa la cacería. Estos venados también viven en las regiones más frías de la cordillera, pero no bajan a la selva, donde están reemplazados por el ciervo rojo (*Cervus rufus* F. Cuv.[10]).

En los arbustos que rodean algunas de las plantaciones de la costa, viven a veces chanchos cimarrones de un tamaño enorme. En la hacienda de Caraponga, fue muerto uno de ellos, del que solo su cabeza hizo una buena carga de mula.

El número de especies de ave es insignificante en esta parte del Perú, si se descuenta aquéllas del mar y de la playa. Este hecho, probablemente, se debe a la escasez de árboles y bosques. Fuera de los gallinazos ya mencionados, se encuentra el cóndor en grandes números en la playa sobre ballenas varadas, etc. Los halcones son escasos, con la excepción del pequeño cernícalo (*Falco sparverius* L.), que aparece en todo el Perú con frecuencia. Una de las aves más comunes es la pequeña lechuza de los arenales (*Noctua urucurea* Less.[11]), que se encuentra en casi todas las ruinas de la costa. El mochuelo peruano (*Strix perlata* L.[12]) está bien visto en las plantaciones ya que suele cazar ratones. Las golondrinas, en cambio, son relativamente escasas, tampoco anidan en las casas, sino en muros lejos de las ciudades. Los peruanos las han bautizado con el bonito nombre de «palomitas de Santa Rosa».

Entre las aves cantoras destaca el *Myiarchus coronatus* Cab.[13]. Su cabeza, el pecho y el vientre tienen un color rojo intenso, las alas y el lomo son de color marrón negruzco. Siempre se coloca en el punto más alto de los arbustos, sube verticalmente, da unas vueltas en el aire cantando y baja en la misma dirección vertical, para pararse nuevamente en el lugar de partida. Los limeños han bautizado a este pájaro tan atractivo con un nombre indecente que no quiero repetir aquí[14]. En algunos lugares de la costa tiene el nombre de «saca-tu-real», ya que su canto puede describirse bien con estas palabras.

Algunas tanagrideas hermosas viven en las huertas de Lima (*Tanagra frugilega* Tsch.[15]; *T. analis* Tsch.[16]), el picho con vientre rojo (*Sturnella militaris*

10 Hoy mazama *Mazama americana* Erxleben.[K]
11 Hoy *Athene cunicularia* (Mol.). [B/B]
12 Hoy *Glaucidium peruanum* König. [B/B]
13 Hoy *Pyrocephalus rubinus* Bodart. [B/B]
14 Tschudi probablemente se refiere a «putilla», nombre que se la da en la actualidad. [K]
15 Hoy *Tanagra darwinii* Bonaparte. [B/B]
16 Hoy *Iridosornis analis*.[B/B]

Viell.[17]) y el chivillo, de color negro con brillo metálico (*Cassicus palliatus* Tsch.[18]); las que se crían en jaulas por su canto melodioso. Tres especies de papagayos aparecen con frecuencia en los valles costeños. La mayor de ellas (*Conurus tumultuosus* Tsch.[19]) es casi enteramente verde, con la excepción de una frente roja y algunas plumitas dispersas del mismo color en el cuerpo. La segunda especie vive con preferencia en las paredes rocosas (*C. rupicola* Tsch.[20]) y solo hace algunas excursiones a las plantaciones. La tercera es la más pequeña, pero también la más hermosa de las tres (*C. sitophaga* Tsch.[21]). Un verde hermoso tiñe la parte superior de su cuerpo; sobre frente, garganta, pecho y vientre inferior se extiende un amarillo limón muy vivo. Su talla no es mayor de siete pulgadas.

Palomas pequeñas y grandes viven en enormes bandadas en los campos de cereales y cerca de las plantaciones, de modo que se convierten casi en una plaga. Una de las más vistosas es la pequeña tortolí (*Chaemepelia gracilis* Tsch.[22]), cuyas alas son adornadas con una fila de pequeñas manchas de color morado, brillantes, muy hermosas. Las cuculíes, una de las palomas más grandes, son muy populares y se las crían en jaulas. Tiene un canto monótono pero muy melódico, que dura desde las tempranas horas de la mañana hasta cerca de la puesta de sol. Consiste en la llamada 'cu-cu-lí', repetida tres veces. Después de pausas menores o mayores, vuelve a emitir el mismo canto. En casos excepcionales, algunas de estas palomas repiten más de tres veces seguidas su «cuculí», su precio depende de la cantidad de estas repeticiones ininterrumpidas. Raras veces son más de cinco o seis. En Cocachacra, escuché a una que cantó su cuculí 14 veces seguidas. Su dueño no quería venderla por debajo de dos onzas de oro (34 pesos duros).

Los anfibios de la costa peruana están mucho mejor representados que las dos clases que acaban de presentarse. Las tortugas gigantes (*Chelonia imbricata*[23] y *Chelone mydas* Schwei.[24]) tienen un ámbito muy difundido, suelen aparecer en bahías poco frecuentadas y pueden alcanzar tamaños muy considerables. La tortuga elefante (*Testudo schweiggeri*[25]) se encuentra en algunas islas y, con frecuencia, en las desembocaduras pantanosas de varios ríos.

17 No Viell. sino (L.) [B/B]
18 Hoy *Oriolus oryzivorus* Gmelin.[B/B]
19 Hoy *Pionus tumultuosus*.[B/B]
20 Hoy *Pyrrhura rupicola*.[B/B]
21 Hoy *Psittacus aurifrons* Less. [B/B]
22 Hoy *Columbina cruziana* (Prévost).[B/B]
23 Hoy *Eretmochelys imbricata* (L.). [B/B]
24 Hoy *Chelonia mydas* L. [B/B]
25 Hoy *Geochelone nigra* (Quoy & Gaimard), la tortuga gigante de las Galápagos. [B/B]. Identificación equivocada.

En el río de la Chira viven dos especies de cocodrilos (*Champsa sclerops* B.[26] y *Ch. fissipes* Wagl.[27]) que pueden alcanzar un largo de 14 a 15 pies.

En cuanto a los reptiles en forma de lagartijas, viven iguanas muy grandes y de un color verde brillante en la costa sur, v.g en las caletas, cerca de mejillones, etc., pero sobre todo de erdágamos, de los que pude encontrar muchos géneros y especies nuevos (v.g. *Steirolepis tigris*[28], *S. thoracica*[29], *S. quadrivittata.*[30], *S. xanthostigma* Tsch.[31], *Liolaemus elegans* Tsch., *Ctenoblepharys adspersa* Tsch., etc.). Ya mencioné los chacones temidos, llamados «salamanqueja».

En general, las serpientes son bastante escasas. Pertenecen a varios géneros venenosos o no venenosos (v.g. *Zacholus, Psammophis, Oxyrhopus, Siphlophis, Ophis, Elaps,* etc.). En los campos de caña vive la pequeña, pero muy venenosa víbora (*Echidna ocellata* Tsch.), cuya mordedura es casi inmediatamente mortal.

Ranas verdaderas no existen en la costa y solo conozco dos que cantan con la garganta (*Cystignathus roseus* y *C. nodosus* Dum. & Bibron[32]). Encontré tres anfibios de especies de sapos. El sapo espinoso (*Bufo spinulosus* Wiegm.), cuyo cuerpo está completamente cubierto por arrugas que parecen espinas. El sapo de cuatro ojos (*Bufo thaul*[33]) es atractivo, con puntos rojos y el tercero es una especie burda, muy curiosa, con vientre inflado a modo de bola, pellejo muy suelto sobre el cuerpo, piernas cortas y una gran bolsa debajo del mentón (*Anaxyrus melancholicus* Tsch., *incertae sedis*). Durante la noche, este animal deja escuchar un aullido tenebroso y melancólico.

Abandonemos ahora la costa y sus variados habitantes, para dedicarnos en la segunda parte a conocer el interior del país.

---

26 Hoy *Caiman crocodilus* (L.). [B/B]
27 Hoy *Caiman latirostris* (Daudin). [B/B]
28 Hoy *Microlophus tigris* Tschudi. [B/B]
29 Hoy *M. thoracicus* Tschudi. [B/B]
30 Hoy *Microlophus quadrivittatus* (Tschudi). [B/B]
31 Hoy *Microlophus peruvianus* (Lesson). [B/B]
32 Hoy *Eupsophus roseus* y *Alsodes nodosus* respectivamente. [B/B]
33 Hoy *Pleurodema thaul* (Lesson). [B/B]

Segundo tomo

con grabados

Primer capítulo

El viajar por la sierra. — El camino a Chaclacayo. — Santa Inés. — Mediciones barométricas de altura. — San Pedro de Mama. — La quebrada de San Jerónimo. — Levantamientos curiosos de cadenas de colinas en tiempos recientes. — La verruga. — La uta. — Surco. — El herrar de los caballos. — Los tambos. — San Juan de Matucana. — Datura. — Tonga. — Tambo de Viso. — Los puentes. — San Mateo. — Cacray. — Chicla. — Acchahuari. — El efecto de la veta sobre los caballos. — Cashapalca. — Antarangra. — Los abras en la sierra. — La divisoria de aguas. — Huascacocha. — Morococha. — Tuctu. — Pachachaca. — Piedra parada. — Yauli. — La fundición de metales. — Los manantiales minerales. — Los mineros portugueses. — Saco. — Oroya. — Puentes colgantes. — Los huaros. 211

Segundo capítulo

La diferencia entre cordillera y los Andes. — La importancia de los Andes. — Las cadenas montañosas. — Las alturas de cerros y abras. — El límite de la nieve. — Las lagunas. — Los metales. — El panorama de la cordillera. — Las rocas. — El efecto de la presión disminuida del aire. — Las inflamaciones oculares. — Las tempestades. — El cóndor. — Las marcas de roca de los indios. 243

Tercer capítulo

La puna. — La temperatura. — El efecto de los vientos. — Las corrientes de aire. — La vegetación. — La maca. — Los animales. — La alpaca. — El huanacu. — La vicuña. — El chacu. — Las aves. — La ganadería. — Los ovejeros. — Las viviendas. — Los pueblos en la puna. — El camino del inca y las estaciones. 257

Capítulo cuarto

Cerro de Pasco. — Las minas. — Los mineros. — La amalgamación. — El rendimiento de las minas. — La vida en Cerro de Pasco. — Los dueños de las minas. — Los indios. — La riqueza de plata en el Perú. — El carácter reservado de los indígenas. — La laguna de Chinchaycocha. — La batalla de Junín. — Indios asaltantes. 277

Capítulo quinto

Veinticuatro horas en la puna severa del Perú. — Un cuadro de viaje. 295

Capítulo sexto

La sierra. — El clima. — Los caminos. — Los habitantes. — Los comerciantes. — Los mestizos. — La agricultura. — Los frutos cultivados. — La habilidad manual de los indios. — La hospitalidad de los serranos. — La vida social en la alta sociedad. — Las fiestas de los indios. — La preparación de la chicha. — Los bailes. — Las corridas de toros. — Las ceremonias eclesiásticas. — La requisición de los indios. — Los mensajeros. — La venta de mulas. — Las características constructivas en pueblos y ciudades. — El convento de Ocopa. — La Ceja de la Montaña. 303

Capítulo sétimo

El camino hacia la selva. — Las barbacoas. — La vegetación. — Las cañadas. — El deslizamiento de las mulas. — Los habitantes. — Las plantaciones. — El trato de los indios. — La recolección de la quinina. — Los indios errantes. — Los indios bravos. —Los cashibos. — Sarayacu. — Las costumbres de los indios bravos. — La vestimenta. — Las armas. — Las viviendas. — La religión. — La fisionomía. — Los mamíferos. — Las aves. — Los anfibios. — La mordedura de las serpientes. — Huaco. — Los insectos. — Las plantas. — La vida de un naturalista en la selva. 325

Capítulo octavo

Palca. — Maraynioc. — La montaña de San Carlos de Vitoc. — Los pueblos. — La frontera. — Los habitantes. — El alcalde. — La hacienda de Pacchapata. — La coca. — Su cultivo. — Su efecto. — Su utilidad. — Blasio Tomán. — Los animales. — El carbúnculo. — Los chunchos. — Sus costumbres. — La historia de las misiones en el Cerro de la Sal. — Juan Santos Atahualpa. — Los monjes franciscanos. — El despoblamiento de Vitoc. 375

Capítulo noveno

El indio peruano. — Su relación con los blancos en las épocas diferentes. — Opresiones por parte de los españoles. — Los repartimientos. — La mita. — La revolución de Túpac Amaru. — Su ejecución. — La guerra de liberación. — El odio a los blancos. — El futuro del Perú. — El carácter de los indios. — Su música. — Su vestimenta. — Sus supersticiones. — Las diferencias entre los indios. — Su edad. — Los habitantes primordiales del Perú. — La disminución de la población. — Observaciones sobre la historia. 397

Capítulo décimo

El idioma. — Los dialectos. — La corrupción. — Muestras del quechua. — La poesía. — El quipu. — Inscripciones. — Las antigüedades. — Los acueductos. — Las fortalezas. — Las aldeas. — Las viviendas. — Ídolos y enseres domésticos. — Las momias. 421

Primer capítulo

El viajar por la sierra. — El camino a Chaclacayo. — Santa Inés. — Mediciones barométricas de altura. — San Pedro de Mama. — La quebrada de San Jerónimo. — Levantamientos curiosos de cadenas de colinas en tiempos recientes. — La verruga. — La uta. — Surco. — El herrar de los caballos. — Los tambos. — San Juan de Matucana. — Datura. — Tonga. — Tambo de Viso. — Los puentes. — San Mateo. — Cacray. — Chicla. — Acchahuari. — El efecto de la veta sobre los caballos. — Cashapalca. — Antarangra. — Los abras en la sierra. — La divisoria de aguas. — Huascacocha. — Morococha. — Tuctu. — Pachachaca. — Piedra parada. — Yauli. — La fundición de metales. — Los manantiales minerales. — Los mineros portugueses. — Saco. — Oroya. — Puentes colgantes. — Los huaros.

Desde Lima, dos caminos principales conducen a la sierra. Uno de ellos, el más norteño, pasa por el valle de Canta para llegar a las ricas minas de plata de Cerro de Pasco; el otro, más hacia el sur, pasa por la quebrada de Matucana y lleva a las aldeas grandes de Tarma, Jauja, Huancayo y más hacia el sur, a Huancavelica, Ayacucho y el Cuzco. Casi todos los caminos de la costa hasta la sierra comparten el mismo carácter. Atraviesan la franja angosta de la costa en dirección transversal y se dirigen a uno de los valles de la cordillera, se ensanchan a modo de abanico. Después siguen el curso del río, ascendiendo cada vez más, donde se convierte en quebrada estrecha hasta el pie del lomo de la cordillera. Pasan por el pendiente empinado de su flanco occidental, atravesando derrumbes de rocas hasta la cresta, a partir de la cual se inclinan hacia las planicies de la altura y conducen paulatinamente a los profundos valles serranos.

Pero de lo más desagradable y fatigoso que es el viajar en la costa del Perú, resulta aún más penoso y peligroso en la sierra. Allá el camino suele conducir sobre tierra plana y solo el sol ardiente y la mano perversa del asesino ponen en peligro al viajero, aquí pasa por valles escarpados, sobre rocas acantiladas o cerros salvajes. Frecuentemente, el camino mide solo unos codos de ancho, pasando por abismos terribles en cuyas profundidades braman corrientes veloces o se inclina casi perpendicularmente sobre pendientes muy empinadas hacia quebradas profundas o se pierde en los glaciares de las impenetrables cumbres andinas o en los pantanos engañosos de las

planicies altas. Hasta el cielo aumenta las penurias del camino, con tempestades funestas y lluvias que caen por semanas sin parar, por torbellinos de nieve que hacen desaparecer el último indicio del camino en unos instantes, ante la mirada temerosa del caminante.

En las quebradas estrechas de las regiones de menor altura reina un calor sofocante; en la cordillera, un frío congelador y por las planicies altas pasan penetrantes vientos helados.

Cuando se pasa por la portada más oriental de Lima, la de las Maravillas, se llega a una carretera ancha que conduce en dirección hacia el este, pasando por el panteón, a poca distancia de la ribera del Rímac. A una legua y media de la ciudad se pasa por un puente de piedra, el puente de Surco, tristemente célebre por los asaltantes, cuya fama se compara con la del Palo Seco en el camino a Pasco y Valles. La región tiene un aspecto tenebroso y escabroso. Cadenas de colinas grisáceas, estériles y carentes de toda vegetación encierran el valle, cuya superficie está cubierta por arena y guijarros en casi toda su extensión. Plantaciones abandonadas, muros de contención derrumbados y grandes viviendas en ruinas son indicios claros de una vida activa en el pasado, ahora solo se encuentra el bandido asesino acechando al viajero pacífico.

A lo largo del río se extienden pastos para el ganado, un suelo magro donde solo crece alfalfa y maíz si recibe irrigación artificial. Los arbustos bajos y la caña brava que crecen en las riberas del Rímac cubren la necesidad de combustible de Lima y constituyen la fuente de la mayor riqueza para algunas haciendas de este valle. Éstas se han reducido a un número bajo. La más importante es Pariachi, a una distancia de cuatro leguas de Lima. De ahí, el camino se dobla hacia el noreste y mantiene esta dirección con poca desviación hasta el pie de la cordillera. A la otra margen del Rímac, el valle es más estrecho pero también más fértil y tiene una mayor cantidad de haciendas que son más ricas. El camino en este lado, sin embargo, es más difícil y se lo toma solo en épocas de guerra, cuando las tropas están marchando por la ribera izquierda.

A dos leguas de Pariachi se llega a Chaclacayo, el primer pueblo del interior que consiste de unas treinta chozas pobres de esteras. A unos cien pasos después de este caserío está la hacienda Santa Inés. Está a 2386 pies sobre el nivel del mar[1]. Mac Lean, un comerciante inglés radicado en Lima, quien ya ha enviado muchas plantas interesantes del Perú a invernaderos en Inglaterra, ha calculado la altura de Chaclacayo en 2263 pies sobre el nivel

1 Todas las indicaciones se refieren a pies ingleses. [T]

2 *Jardine and Selby Annals of Natural History* IV (1840), pág. 105. [T]

3 Nivelación barométrica desde el Callao hasta Pasco por el camino de Obrajillo, y desde el mismo lugar hasta la capital por vía de Tarma, hecha y calculada por Mariano Eduardo Rivero y Ustáritz. En: *Memorial de Ciencias Naturales*, etc., tomo I, n.° II, pág. 103. [T]

del mar[2]. Según Rivero, la altura correcta es 2010 pies sobre el nivel del mar[3].

Las diferencias importantes entre ambas mediciones son dables. Encontraremos una diferencia aún mayor en alturas más elevadas, que a veces llegan a 800 ó 900 pies. Creo que la causa no debe buscarse en errores de cálculo, sino en el instrumento poco preciso que usó Rivero para sus mediciones. Las observaciones de Mac Lean concuerdan con las mías, salvo una diferencia mínima. Él se sirvió de un barómetro de Fortin y yo tenía uno de Lefèvre, probado durante varias semanas en el observatorio de París antes de mi salida de Europa. Desgraciadamente, este magnífico instrumento se malogró por una caída de caballo y me fue imposible reemplazar este daño. Algunas mediciones de altura que hizo el señor C. Gay en un viaje a través del Perú en los años de 1839 y 1840, sirviéndose de un barómetro de Bunten, varían mucho de las nuestras. Comparadas con algunas de Rivero, difieren entre 600 y 1000 pies. Todas tienen valores demasiado altos.

Cerca de Santa Inés se observan los restos de un bocarte para minerales con oro, que nunca fue usado, ya que los minerales muy duros no hacían rentable su trituración para llegar a los escasos fragmentos de oro que contienen.

En el camino a Pasco, la hacienda Caballero corresponde en su distancia de la capital a la del pueblo de Chaclacayo, pero está más baja; según Rivero solo a 404 metros sobre el nivel del mar. Trigo y caña de azúcar se cultivan ahí, la caña crece bien, pero podría cultivarse en mayores extensiones. En algunos valles costeños se la cultiva hasta 4500 pies sobre el nivel del mar; he visto que crece espontáneamente aún a 6800 pies sobre el nivel del mar y llega a su plena madurez.

De Santa Inés el camino, ahora en subida más notable, conduce a San Pedro de Mama, un pueblo insignificante en una región árida y estéril. Ahí confluyen los ríos San Mateo y Santa Olaya para formar el Rímac. El río Santa Olaya es pequeño y viene del valle de San Jerónimo, que está atravesado por un camino que va a Cerro de Pasco. Este camino es muy fastidioso, ya que obliga a una travesía doble por la cordillera; la primera a dos leguas después de Acobamba, el llamado «Corte», y luego a otras leguas en el empinado y muy peligroso *Portachuelo de los Escalones,* donde el abra es aún más alto que el de la Viuda. Solo después se llega a través de Marcapomacocha y Carhuacayán a la Pampa del Diezmo.

A la altura de San Pedro de Mama, el camino se acerca más al río y su uso casi se impide por grandes amontonamientos de rocas en algunas partes. Durante la época de lluvia, el río sale de su lecho y se arrastra hasta los cerros que delimitan el valle, convirtiendo toda la planicie en una masa de agua con lodo. Con bramido furioso, avanza y anuncia su poder por un sonido parecido al trueno, que es producido por los choques de los rodantes trozos de roca que transporta. Los escupe fuera de sus riberas o los arrastra

hasta llegar al mar. «Lo que pasa con el tiempo, en el cual cada minuto pasado está perdido irrecuperablemente, pasa con las piedras también. El océano es su eternidad y cada sonido de esta música furiosa anuncia un paso más hacia su destino[4]». Con cuidado angustioso, el viajero empuja su mula contra las paredes de rocas en el afán de evitar las olas, las que no le conceden el sendero angosto e inseguro.

En estos muros naturales casi perpendiculares anidan loros pequeños y coloridos (*Conurus rupicola* Tsch.[5]), que salen volando con gritos estridentes cuando un hombre se les acerca, para luego regresar en un arco amplio a sus lugares de incubación. Me llamó mucho la atención ver aves en estas rocas desnudas, ya que los loros suelen vivir casi siempre en las regiones boscosas y se limitan a hacer excursiones a otras zonas. No conozco una segunda especie de esta familia que viva tan exclusivamente en las rocas como lo hace ésta.

Tres leguas después de haber pasado San Pedro de Mama, el viajero llega al amable pueblo de Cocachacra. Es pequeño y pobre, pero está ubicado en un contorno muy atractivo y goza de un clima feliz. Su nombre «campo de cultivo de coca» indica la presencia previa de su cultivo en esta zona. En la actualidad esta planta no se cultiva en lugar alguno de la costa, ya que requiere clima húmedo y muy caluroso. A un cuarto de hora de distancia en un valle lateral, se ve el pequeño pueblo de San Bartolomé, cuyo campanario enlucido de blanco destaca agradablemente del fondo rocoso de un color gris monótono.

Cocachacra está a 5386 pies sobre el nivel del mar. Mac Lean indica la altura de 5331 pies para San Pedro de Mama, Santa Olaya y Cocachacra. Para este último lugar su medición es correcta, pero en los dos primeros, donde no hice observaciones propias, no corresponde, ya que ambos están a alturas más bajas.

En el camino a Pasco, el caserío Llanga corresponde a la misma distancia (12 leguas) desde la capital, pero Cocachacra queda a una altura que supera la de Llanga en más de 2400 pies. Entre Caballero y Llanga se observa uno de los fenómenos geológicos más interesantes, que quiero describir detalladamente a continuación.

A dos leguas de Lima, la carretera que en su inicio sigue una dirección noreste o nornoroeste, se voltea súbitamente hacia nornordeste y sigue el curso del río Chillón hasta Caballero. De ahí mantiene esta misma dirección hasta Llanga, pero a una distancia mayor de la ribera, ya que el río describe un arco ancho y lateral hacia el norte. Pasando Caballero, el camino conduce por una región casi completamente carente de vegetación por un espacio

4 Charles Darwin. *Naturwissenschaftliche Reise...*, traducido al alemán por el doctor E. Diessenbach, 2ª parte, pág. 78. [T]

5 Hoy *Pyrrhura rupicola*. [B/B]

de tres horas. Sigue el curso de un río seco en constante declive ascendente. En la última media legua, muestra una subida bastante empinada hasta la cresta de una cadena de colinas, que se extiende en sentido transversal por el valle. El suelo está cubierto por piedras sueltas y trozos de pórfido, todo como en el lecho del río Rímac. Al llegar a la cresta, se abre al lado opuesto un valle en forma de caldera que se parece al lecho de un lago seco, en cuyo centro se observa un surco que lo atraviesa a lo largo y es la continuación del mismo lecho de río interrumpido por las cadenas de colinas. El camino baja al valle y sigue al río seco por unas tres horas hasta llegar al pueblo de Alcocoto, donde se vuelve a encontrar con el río Chillón.

Estamos aquí ante el hecho curioso de que el río Chillón tenía su curso antiguo entre Alcocoto y Caballero, en dirección nornoroeste, documentado por su lecho seco y el que una cadena de colinas fuera levantada en sentido transversal, cruzando el valle y el río. Esta cadena de colinas sirvió de represa para el agua y formaba un lago, pero retrocedía nuevamente hasta que el río pudiera hacerse un nuevo curso en el que se vaciaba el lago y se secaba, ya que no tenía otro ingreso de agua. En la actualidad el río Chillón fluye entre Alcocoto y Caballero, formando un gran arco cuya dirección inicial es hasta el oeste, luego cambia a sursuroeste y finalmente al sur, para reunirse con el lecho antiguo en ángulo agudo. Este lugar de confluencia se encuentra a un cuarto de milla al norte de la hacienda Caballero. Este ejemplo de una interrupción del curso por el levantamiento de una cadena de colinas no es un caso único. En los *Viajes* de Darwin[6], se presenta otro que quiero citar a modo de comparación. El famoso geólogo inglés no ha visitado el lugar personalmente, sino que cita a su vez las observaciones de su compatriota, el ingeniero Gill. Dice lo siguiente:

> «Mr. Gill me contó un caso muy interesante y, por lo que sepa, único del efecto de corrientes subterráneas que cambian el curso de ríos de un país. Cuando caminó de Casma a Huaraz, a poca distancia de Lima[7], encontró una planicie cubierta de ruinas y de evidencias de cultivo antiguo, que en la actualidad está completamente estéril. Cerca de ahí se halla el lecho de un río de dimensiones considerables, de cuyas aguas se habían servido para la irrigación. Nada indica en el lecho que el río no podría haber corrido ahí hace algunos años. En algunas partes se vio arena y guijarros en sedimentos; en otra, la roca viva estaba cortada por un canal. Es obvio que alguien que camina en contra de la dirección de un río, tiene que subir en grados diferentes. Por ello, Mr. Gill se asombró cuando subió por este lecho antiguo que después bajó de

6 Obra citada, pág. 105. [T]
7 Huaraz dista unas 70 leguas de Lima. [T]

improviso. Creyó que esta caída tenía una inclinación de unos 40 a 50 pies. Estamos delante de una prueba completamente segura de que una cadena de colinas se levantó cruzando el lecho de un río que debe haber llevado agua por muchos siglos. A partir del momento del levantamiento del lecho, en cambio, toda el agua fue corriendo hacia atrás y se creó otro canal nuevo en el lado más alto. A partir de este tiempo, la planicie colindante también perdió la corriente fértil y se convirtió en el desierto, cuyo aspecto ha mantenido hasta ahora».

De acuerdo a este indicio, el levantamiento debe haber ocurrido en un tiempo en que ya había población humana y agricultura en esta región. No pude encontrar una prueba parecida para la edad del levantamiento entre Caballero y Alcocoto. Pero la impresión de este lecho seco del río evoca involuntariamente la idea de que haya albergado una corriente de agua hace relativamente poco tiempo, ya que se parece por completo a los lechos de ríos temporalmente secos que son tan frecuentes en la costa peruana.

He visitado varias veces el río seco mencionado y siempre observé con asombro la curiosa alteración de su curso, pero confieso que no me atrevía a atribuirla a un levantamiento parcial, ya que no conocía otro caso comparable. Pero ahora, conociendo el mencionado ejemplo de la misma costa del Perú por parte de un geólogo tan eximio, mis dudas previas desaparecieron y me queda claro lo esencialmente correcto de la opinión de Darwin.

Regresamos a Cocachacra y seguimos la carretera hasta San Jerónimo de Surco, en un viaje de cuatro horas. El valle comienza a estrecharse pero mantiene su aspecto general, solo los cerros son más altos y más empinados y las extensiones de suelo fértil comienzan a escasear. Con frecuencia, el camino pasa por farallones de rocas perpendiculares o pasa por sus espolones agudos, lo que requiere de mucho cuidado ya que está interrumpido por tierra deslizada.

En varios valles que conducen de la costa a la sierra, entre ellos el de Surco, hay algunos manantiales cuya agua los nativos nunca toman y le advierten al extranjero inexperto con la exclamación: «¡Es agua de verruga!» y le indican no tomarla. No permiten ni a sus bestias de carga calmar su sed en estos pozos. Se supone que esta agua es la causa principal de una enfermedad curiosa, la llamada «verruga». Este mal no se conoce en ningún otro país, por lo que es probable que esté causado por algo local. Se inicia con malestar general, dolores de garganta y problemas para tragar, pronto se juntan fiebre alta y un dolor tan agudo en los huesos que parece que se separaran a la fuerza. Algunos días más tarde, aparece una erupción de pequeñas manchas rojas o chichones. Las primeras tienen el tamaño de un grano de lenteja, son algo elevadas y tienen el color de la sangre. Son más frecuentes en las extremidades. Los chichones pueden llegar al tamaño de un huevo y son de superficie lisa, de color rojo brillante o tienen pequeñas

protuberancias con bandas azules. Algunos son alargados y tienen la forma y el tamaño de un cigarro. Las verrugas grandes solo aparecen en forma aislada, por lo general sobre los brazos o los pies. A veces, una grande se desarrolla al lado de otras pequeñas, los indios la llaman «verruga madre». Poco tiempo después, se ve una pequeña ampolla de color pardo en la cima de estos chichones, de la que sale una gran cantidad de sangre. Estas verrugas duelen mucho y la menor presión sobre ellas causa las convulsiones más violentas, que pueden llegar al desmayo de los enfermos. A veces después de pocas semanas, pero por regla, recién después de meses, los chichones forman pus en su base, se abren y se caen totalmente reducidos. También las verrugas pequeñas sangran mucho. Conozco el caso de un indio mestizo que tenía una pequeña verruga debajo de su tobillo de la que perdió varias libras de sangre. Son más pertinaces que las grandes.

El estado del enfermo muestra un decaimiento general. Después de la aparición de la erupción, por lo general la fiebre cesa, pero los dolores en los huesos persisten. La importante pérdida de sangre debilita tanto al enfermo que pasa a una fiebre consuntiva que causa la muerte. Frecuentemente, se forma un tumor en una de las extremidades que se extiende rápidamente. Si no se procura evitar su crecimiento por ligar el miembro afectado, el cuerpo se convierte en una masa deforme en el lapso de varias horas, pero este tumor colapsa también después de varios días. En el curso de la enfermedad este proceso se repite varias veces. La duración de este mal es prolongada con consecuencias graves. Si bien los enfermos no suelen morir a causa de la verruga, no logran sanar completamente. Parálisis, hidropesía, tumores malignos, hinchazones en algunos miembros, etc., son residuos frecuentes.

No he podido determinar otra causa de la enfermedad que la que indican los indios. Es cierto que los viajeros que no toman de la tristemente famosa *agua de manantial* no se contagian de la verruga, mientras que se contaminan después de haber tomado una sola vez de ella. Hasta mulas y caballos que toman el agua de verruga muestran síntomas de esta misma enfermedad, pero solo en la forma caracterizada por los grandes chichones ensangrentados. Una de mis mulas tenía una verruga del tamaño de un puño en su muslo interior.

El ya referido pueblo de Santa Olaya es muy conocido por la frecuencia de casos de esta enfermedad. Casi todos los habitantes han sufrido de ella y la mayoría de los extranjeros que solo se quedan ahí por pocos días, tienen que llevársela como recuerdo. Cuando las tropas se alojan en Santa Olaya y en el cercano San Pedro de Mama, el mal se muestra en alto grado en el primero, mientras que en el último no se registra caso alguno.

En verrugas que he cortado en diferentes estados del desarrollo de la enfermedad y las que he investigado detenidamente, encontré que las más finas de los vasos sanguíneos están extraordinariamente desarrolladas y re-

pletas de sangre coagulada. Forman redes complicadas o columnas verticales en arcos comprimidos o ensanchados.

La piel sobre los chichones siempre se mostraba muy adelgazada y de un color rojo oscuro brillante.

El tratamiento de esta enfermedad es complicado y aún puramente empírico. Los indios se sirven de una planta que llaman *«huajra-huajra»*[8] (cuerno-cuerno). La preparan en una infusión que dan de tomar a los enfermos. Nunca pude observar un efecto favorable. Parece ser un medicamento sudorífico y puede ser reemplazada fácilmente por otros con efectos parecidos. Con frecuencia también se agrega el agua hervida del maíz blanco, que favorece la formación de la piel. Si la aparición de la verruga se tarda, lo que pone en gran peligro al paciente, unas cucharadas de vino son de gran ayuda. Un clima caluroso, medicamentos sudoríficos y otros que purifican la sangre, así como la escisión de las verrugas grandes, dejando la herida en supuración por un tiempo, han dado los mejores resultados en el tratamiento de este mal. Sería sumamente deseable conocer un análisis preciso del *agua de verruga*[9].

En la quebrada de Canta la verruga es mucho más escasa que en la de Matucana. Por allí, en cambio, es más frecuente la uta, una enfermedad cancerosa que solamente afecta a los hombres y que es mucho más terrible que la verruga. Creo que no existe país alguno con tantas enfermedades endémicas como el Perú. Casi cada valle tiene las suyas, con frecuencia limitadas por un contorno de pocas millas cuadradas y totalmente desconocidas en otras zonas vecinas. Es claro que las causas principales de estas enfermedades de distribución tan limitada deben buscarse en influencias telúricas o en algunos efectos vegetales aún desconocidos. Llama la atención como estas potencias causan reacciones diferentes en las diversas razas. De esta manera se ven atacados por la verruga sobre todo los indios y los híbridos de color claro, pero menos los blancos. Híbridos oscuros, sobre todo los negros, casi nunca sufren de ella. Solo he conocido un caso de éstos. La uta ataca con preferencia a los indios y los chinos; la caracha, de la que hablé en la primera parte, se ve más entre los negros, zambos y mulatos, mientras que estos casos son mucho menos frecuentes en las razas más claras[10].

En Santa Rosa de Quives[11] y en Yaso[12] la uta es bastante común. Los enfermos contagiados por ella tienen un llamativo color gris en su tez y una

8 Los españoles la llaman «uña de gato», por sus espinas curvadas como garras en el tallo. [T]

9 He dado noticias más detalladas sobre esta enfermedad en *Wunderlich und Roser Archiv für physiologische Heilkunde*, tomo I, pág. 378. [T]

10 Véase pág. 305. [T]

11 En el valle de Canta, según las mediciones de Rivero, a 1 148 metros sobre el nivel del mar. [T]. En el texto original, «Quives» aparece como «Quibe». [K]

12 1465,5 metros sobre el nivel del mar, según las mediciones de Rivero. [T]

profunda expresión de dolor impregnada en todos sus rasgos. Ninguno de los medicamentos aplicados internamente contra este mal ha dado resultados positivos. Tampoco la operación, muy dolorosa, puede salvar al enfermo, con pocas excepciones.

En Santa Rosa de Quives vi una araña avicular (*Mygale*) de un tamaño extraordinario. Solo su vientre posterior tenía el largo de dos pulgadas. Corrió rápidamente por el pie de un muro. A la distancia, pensé que se trataba de un roedor y le disparé. Solo después tuve que constatar mi error, muy a pesar mío, ya que el ejemplar quedó totalmente destrozado por los perdigones y no pudo formar parte de mi colección. Los indios me aseguraron que existe un río que pasa en la cercanía de la hacienda, donde viven individuos aún mucho más grandes, pero nunca pude ver una segunda araña de este tamaño considerable.

San Jerónimo de Surco está a 6945 pies sobre el nivel del mar. Es una aldea alargada en una de las partes más fértiles del valle. Las casas están separadas, cada una rodeada por su chacra pequeña. Tienen una construcción más sólida que las de Cocachacra y Chaclacayo, pero aun así están muy livianas y conservan el carácter de las chozas de quincha de la costa. Se puede trazar ahí el límite entre costa y sierra. El clima es agradable, más cálido que fresco. La mayoría de las plantas costeñas aún se cultiva ahí con cuidado mínimo. Plátanos, chirimoyas, granadillas excelentes, granadas, camotes, etc., crecen en abundancia. No he visto yucas, su límite superior de cultivo parece ubicarse por debajo de estas alturas. Insectos molestos aparecen en cantidades extraordinarias, sobre todo los zancudos (*Culex molestus* Koll.[13]) y mosquitos (especies de *Simulium*) y no dejan ni dormir ni descansar al viajero exhausto.

En esta aldea vive un español antiguo, dueño de un tambo, que además de ello tiene una herrería de herraduras. Una vez le hice poner a mi caballo una herradura que se le había caído. Tuve que pagarle media onza de oro (más de 18 florines) por los ocho clavos usados. Tales engaños no escasean. En el inicio me pidió 12 pesos duros, aún antes de herrar el animal, ya que parecía haber pensado en el viejo refrán español: «Por un clavo se pierde la herradura, por una herradura un caballo, por un caballo a un caballero» y sabía que yo tendría que reparar el daño por cualquier precio. Poco después de mi llegada a la sierra, aprendí el trabajo de herrar según las reglas del arte y siempre tenía buenas reservas de hierro y clavos, lo que me ayudó muchas veces.

Los herreros trabajan solo en las aldeas mayores de indios. En consecuencia, uno puede cabalgar por 50 a 60 leguas sin encontrar a uno solo de

13 Hoy *Culex pipiens molestus* Forsk. [B/B]

ellos. Por esta razón, los viajeros suelen llevar consigo los utensilios necesarios para herrar sus caballos, ya que los hierros se rajan rápidamente o se pierden por haberse atracado en las piedras y los animales ya no sirven para continuar el viaje si no se remedia este mal. En viajes por la costa se cabalga normalmente sin herraduras, pero en la sierra, donde el suelo pedregoso ataca los cascos indefensos, se requiere de ellas. Para viajes más largos se deja a los caballos y mulas sin herraduras durante los primeros cuatro o cinco días, después se les pone en los cascos delanteros y pocos días después, también en los traseros. Los animales, ya algo fatigados, renuevan así sus fuerzas y aguantan por más tiempo. Para ellos debe ser una sensación comparable a la de un viajero que comienza su camino descalzo y se pone sus zapatos cuando los pies comienzan a doler.

Por unas dos horas el camino desde Surco pasa siempre cerca del río, que lleva el nombre de río de San Mateo desde Cocachacra, para llegar a San Juan de Matucana[14]. Delante del pueblo hay un tambo a una altura de 8105 pies sobre el nivel del mar[15]. Los tambos[16] son albergues que prestan alojamiento y, a veces, también algo de comida a los viajeros. Aun en Lima no son mucho mejores que en la sierra. Ahí se ofrece un cuarto con una silla y un lugar vacío para dormir, ya que se presupone que cada uno traiga su propio colchón. En el interior del país, todo el beneficio del albergue se limita a un cuarto sobre piso de tierra que tiene las dimensiones justas para prepararse un sitio para descansar. Siempre he preferido dormir afuera, si el tiempo lo permitía, en vez de quedarme echado en estas piezas llenas, malolientes y húmedas, apretado entre indios, negros, perros y chanchos. De buena gana uno se echa delante de la choza, aun bajo la lluvia, solo para escaparse de la suciedad en su interior.

Aguardiente y chicha nunca faltan en los tambos, pero la comida es muy escasa y sucede a menudo que el viajero no encuentra siquiera una papa o una mazorca de maíz, menos aún carne. La razón reside en el hecho de que los indios no ofrecen nada, pese a tenerlo, ya que temen que no se les pague. Esta actitud es comprensible, ya que los oficiales los estafan a menudo y los maltratan luego. Pero cuando los indios de estos valles reciben un trato amigable y cuando se apoya su solicitud con dinero, ellos suelen mostrar la voluntad de satisfacer las necesidades básicas del viajero. Esto no ocurre con los indios de la sierra alta al este de la cordillera. En el trato con ellos uno se ve obligado a menudo a tomar medidas drásticas para cambiar

14 Tschudi escribe «Matucanas». [K]

15 Mac Lean indica 8026 pies como altura de Matucana. Supongo que esta medición vale para el mismo pueblo, que dista un cuarto de hora del tambo y está a una altura claramente más baja. [T]

16 Proviene de la palabra *tampu* del idioma quechua. [T]

el monótono y desconsolador «*manan canchu*»[17] con el cual contestan cada solicitud por comida, en un agradable «*ari canchu*»[18].

Las frecuentes pasadas de tropas y los viajeros han malogrado a los indios de los valles serranos occidentales. Se han convertido en seres impertinentes, atrevidos, codiciosos y poco serviciales, por lo que requieren un tratamiento diferente al de los indios serranos. Con calma seria se obtiene los mejores resultados, al que cede le tratan con burla y lo insultan, al que se muestra violento lo maltratan. Un oficial joven, que quería obligar a la fuerza a que un tambero le diera víveres, fue colgado de las manos debajo del techo por los habitantes del pueblo y a la mañana siguiente, atado transversalmente sobre una mula y expulsado.

Matucana es un pueblo relativamente grande, situado en la ribera izquierda del Rímac. Las casas están construidas de adobes y techadas con ladrillos o paja. Las lluvias fuertes y duraderas que caen en esta región, requieren previsiones mayores para las viviendas que en las zonas más hacia el oeste y valle abajo. En el pueblo yace una caldera de cobre y dos cilindros altos y anchos del mismo material. Son recuerdos de las mal combinadas sociedades mineras inglesas y peruanas. Cuando uno contempla estos recipientes enormes, no puede entender que se le pueda ocurrir a un hombre sensato transportar masas tan voluminosas y pesadas en mulas sobre la cordillera y por caminos que miden solo dos pies, a menudo limitados por un lado por rocas perpendiculares. Hasta ahora no me queda claro cómo se les ha traído a Matucana, ya que el camino a partir de Cocachacra resulta intransitable para cargas pesadas. Dentro de algunas décadas, el lugar donde se encuentran ya no se reconocerá. Los habitantes del pueblo no tienen utilidad para ellos y dejan que se entierren ellos mismos.

El suelo alrededor de este pueblo es fértil, pero ya no produce las plantas que requieren de temperaturas muy altas. En consecuencia, la agricultura se limita al cultivo del maíz, trigo, alfalfa, que crece muy abundantemente y papas, que se exportan a Lima en grandes cantidades. En todas las rocas crecen cactáceas, cuyos frutos sabrosos (tunas) también sirven como mercancía.

A partir de Matucana el valle se estrecha en una quebrada angosta, cuyo ancho no es mayor que el del lecho del río, adquiriendo un aspecto cada más salvaje. El camino pesado pasa a lo largo de la cadena de cerros que delimitan la margen izquierda. La vegetación no es tan rala y monótona como la de los amplios valles costeños, carentes de lluvia; casi todas las fisuras de las rocas están revestidas de verde. En la ribera, crecen sauces deformados (*Salix humboldtii* Wild.) y en las pendientes, algo menos empinada la hermosa datura

17 «No hay nada». [T]

18 «Sí, tenemos». [T]. La frase correcta en quechua es «*ari, canmi*». [K]

roja (*Datura sanguinea* R. Pav.[19]). Los nativos la llaman «*Huacacachu*» o 'hierba de huaca' o «bovachevo» y preparan de sus frutos una bebida altamente narcótica, llamada «*tonga*». Su efecto es terrible.

He tenido la oportunidad de observar a un indio que quería ponerse en contactos con sus ancestros. El aspecto horrendo de esta escena se me ha grabado tanto en mi memoria que no la olvidaré por mucho tiempo. Poco después del consumo de la tonga el hombre cayó en una profunda apatía, su mirada sin brillo estaba clavada en el suelo, su boca estaba muy cerrada casi convulsivamente y sudor frío cubrió su frente, sus aletas nasales estaban muy abiertas. Sus venas yugulares estaban hinchadas hasta el grosor de un dedo y jadeando su pecho se levantó lentamente, sus brazos caían del cuerpo. Súbitamente, sus ojos se humedecieron y se llenaron con grandes lágrimas y sus labios se movieron bajo convulsiones. Las carótidas percutían visiblemente, la respiración se aceleró y sus extremidades hacían movimientos automáticos. Este estado pudo haber durado un cuarto de hora, cuando todos los fenómenos descritos se hacían más intensos. Los ojos, ahora secos pero inyectados de rojo encendido, se movían salvajemente en sus huecos, todos los músculos de la cara estaban distorsionados horrendamente. De entre sus labios salió una espuma espesa y blanca. El pulso en sienes y cuello se intensificó en una rapidez incalculable. Su aliento era corto, muy acelerado y el pecho ya no podía levantarse, reduciéndose a un rápido temblor. Abundante sudor pegajoso cubría todo el cuerpo, continuamente movido por las convulsiones más terribles. Los miembros se distorsionaban de la manera más horrenda. Un susurro bajo e incomprensible se alternó con gritos estridentes que rompían el corazón, un aullido tenebroso y gemidos o suspiros profundos. Este estado terrible duró por mucho tiempo, hasta que la violencia de estos fenómenos disminuyó y comenzó a reinar la calma. Rápidamente, vinieron corriendo algunas mujeres, lavaron al indio en todo su cuerpo y lo acomodaron sobre pieles de ovejas. Siguió un sueño tranquilo que duró por varias horas. En la noche, volví a ver al hombre contando sus visiones y las conversaciones con los espíritus de sus ancestros, rodeado por oyentes atentos. Parecía muy agotado y afectado por el esfuerzo, sus ojos estaban vidriosos y tenía el cuerpo caído, sus movimientos eran lentos.

En tiempos anteriores (y aún en la actualidad, entre las naciones salvajes), solo los médicos y los brujos se servían de la magia de la datura para conseguir una éxtasis bajo conjuros, mediante los cuales pretendían entrar en relación con los dioses y «hablar con los espíritus poderosos en confianza», en su expresión. Después de que el cristianismo suprimiera la brujería y cuando la fe en un solo dios se distribuía generalmente, al menos en apariencia, los indios se servían de la datura para entrar en contacto con los espíri-

19 Hoy *Brugmansia sanguinea* (Ruiz & Pavon). [B/B]

tus de sus ancestros y recibir de ellos información sobre los tesoros escondidos en las tumbas (huacas), según su propio testimonio. De ahí se explica también el nombre de la planta *Huacacachu* (planta de tumba). Los mestizos se sirven mucho más de esta planta que los indios para lograr su propósito. Los últimos suelen tener un respeto ilimitado y una veneración a las tumbas de sus antepasados. A menudo, los cholos dan el jugo exprimido y mezclado con chicha a sus mujeres, ya que piensan que es un afrodisíaco. Esta mala costumbre también se ve en alto grado entre los criollos y suele tener consecuencias nefastas.

A aproximadamente una hora después de Matucana, viene de un valle lateral uno de los brazos mayores del río principal. No lleva nombre específico y, por lo general, no presenta problemas para cruzarlo. Pero cuando crece, como todos los ríos serranos bajo el efecto de lluvias intensas, se convierte en una tremenda corriente en el lapso de varias horas. En este estado lo vi en el mes de enero de 1842, durante mi último viaje por la sierra. Monté una mula fuerte y llevé también un caballo, para usarlo en caminos más cómodos, con el afán de avanzar más rápido; la mula, para caminos empinados y peligrosos. Cuando estuve en medio del río, el poder del agua que bramaba arrancó la rienda que me unía con el caballo y lo arrastró contra una roca a más de cien pies más abajo. Pudo salvarse y alcanzar la ribera, pero fue tan maltratado que no sirvió durante varios meses.

Una legua más allá se abre otro valle lateral, la quebrada de Viso, que es más ancha y más agradable que el valle principal. Está surcada por un riachuelo que pasa por el caserío de Viso. Donde ambos valles confluyen se ubica el Tambo de Viso, a 9100 pies sobre el nivel del mar[20]. Allí el viajero encuentra un lugar más o menos aceptable para pasar la noche y suficiente comida para sus animales. Se ha construido un puente sobre el río y por primera vez, desde Lima, se abandona la ribera izquierda. Se construyen los puentes, allí donde la quebrada por la que se empuja el río, llega a su punto más estrecho. Consisten de unos troncos de maguey (*Agave americana* L.), amarrados por sogas transversales y cubiertos por ramas y leña menuda. Miden solo tres pies de ancho y no tienen pretiles; cuando la distancia entre ambas riberas es mayor que el largo de los troncos de maguey, entonces se usa sogas fuertes de piel de bueyes en vez de ellos. Estos puentes son muy peligrosos para pasar, ya que los caballos pueden enredarse en las ramas transversales y caerse al río. Pasando Matucana le pasó esto a mi mula y solo por agarrarme fuertemente a la silla y jalar el animal con velocidad, escapé de la amenaza de quedar destrozado sobre las rocas del lecho de río en el precipicio.

El camino entre Viso y San Mateo, que dura unas tres horas, se vuelve cada vez más penoso. La quebrada se estrecha a menudo en una fisura an-

20 Según Mac Lean, mide 9072 pies sobre el nivel del mar. [T]

gosta, delimitada en ambos lados por paredes de roca de más de mil pies de altura. Estos muros enormes caen verticalmente o sus frentes parecen inclinarse, acercándose en las alturas para formar una bóveda gigantesca. En este caso el sendero pasa a su pie, regado por las olas del río. Las rocas también bajan en ángulo agudo a las profundidades de la quebrada y están cubiertas por derrumbe y trozos de bloques, que ruedan hacia abajo, cuando la lluvia ha ablandado el suelo. El camino pasa por los costados del carro sobre estas piedras sueltas, que ceden bajo las pisadas de los animales cargados y no ofrecen puntos fijos para el impacto de los cascos. De arriba caen derrumbes y piedras o grandes bloques de roca, en saltos amplios y con sonido de trueno hacia la profundidad bramante.

Un recuerdo penoso me queda de esta ruta entre Viso y San Mateo. Fue ahí que un bloque de roca cayéndose, arrastró al abismo a uno de mis animales de carga y lo sepultó en río espumoso. Mis instrumentos más importantes y mis utensilios de viaje, una parte de mis colecciones y mis papeles, así como (lo que lamento más, como pérdida irremplazable) un diario llevado por un lapso de catorce meses, lleno de los datos más concienzudos; todo fue la presa de las olas. Días más tarde, el río lanzó el cadáver del animal a la ribera por Matucana. La carga, en cambio, fue perdida irremediablemente.

Todos los años se accidentan muchos animales de carga en este camino y a menudo también los viajeros. Cuando pasan las tropas, la caballería es la que más sufre. Un paso en falso del caballo o un empuje imprudente, inevitablemente lanza al jinete por el borde angosto del camino. En el tambo de Viso, encontré a un oficial que había venido de la sierra con dos niños. El menor estaba sentado sobre el borrén de su silla, mientras que el mayor, de diez años de edad, en la grupa de la mula. Media hora detrás de Viso, una gran piedra, saltando desde arriba, cayó sobre el último y lo arrastró al río. En vano, el padre desconsolado buscó el cadáver de su hijo.

San Mateo es la aldea más grande en este valle y corresponde en altura y características físicas a Culluay en la quebrada de Canta; así como Matucana se parece a la aldea de Obrajillo. Está en la ribera derecha del río, en una pequeña enconada que ensancha ligeramente el valle hacia el norte. Su altura sobre el nivel del mar es de 10 947 pies[21]. Ahí crecen papas, ocas (*Oxalis tuberosa* Mol.) y ullucos (*Tropaeolum tuberosum* R. & P.); aún en abundancia, el maíz madura completamente pero solo da mazorcas pequeñas. La alfalfa queda algo reducida en tamaño, pero da una cosecha abundante. Está muy expuesta a la helada y solo puede usarse en los cinco meses de la época de

21 Mac Lean indica 10 984 pies, Rivero mide 9 570 y Gay 10 408 pies. La medición de Gay es la única que coincide en algo con la de Mac Lean y la mía, pero por lo general, sus indicaciones de altura tienen valores de un exceso de 600 a 800 pies. [T]

lluvia. Todos estos cultígenos alcanzan su límite superior por los 11 500 pies sobre el nivel del mar.

La hospitalidad, bastante común entre los demás indios, parece ser desconocida entre los cholos de San Mateo. Se muestran desconfiados, poco serviciales y burdos frente a los forasteros. Apenas un viajero llega al pueblo, aparece el alcalde para pedirle su pasaporte. Si no lo tiene, corre el peligro de ser conducido ante el prefecto sobre un burro de carga y verse maltratado. Cualquier papel impreso o escrito, con tal de que tenga letras grandes, sirve a la policía del pueblo, ya que ni el alcalde ni sus regidores saben leer. Una vez, cuando se me pidió el pasaporte, no tenía otro papel en mi bolsillo que el que me servía para cargar mi rifle. Sin mayor escrúpulo, se lo pasé al regidor indio, quien lo desplegó dándose un aire importante. En letras grandes decía: «Lucía de Lammermoor». Era el anuncio del teatro de la más reciente ópera que se estrenó en Lima antes de mi salida. Después de haber estudiado atentamente el papel y a mí, el agente de policía me devolvió la hoja con las palabras: «El pasaporte está en orden». Como no hay tambo en la aldea, resulta muy difícil encontrar un albergue, dada la descortesía de los habitantes. Varias veces me señalaron un hueco oscuro en el cual solían exponer a los muertos antes de su sepelio, que ni siquiera tenía una ventana de la que se pudiera recibir aire fresco, de modo que todo apestaba del olor cadavérico. En otra ocasión, tuve el placer muy dudoso de pasar la noche en una prisión húmeda. En mis viajes a Lima, siempre evitaba quedarme por la noche en esta aldea. En cambio, al subir de Lima tenía que escogerla como estadía nocturna, ya que San Mateo es el último lugar en este valle donde crece alfalfa y donde los caballos encuentran suficiente alimento, antes de emprender el camino fatigoso que les espera al día siguiente, la travesía por la cordillera.

Tanto como el navegante vigila el vasto océano con cuidado, preocupado por la seguridad de su vehículo del que depende su existencia, el viajero también cuida su animal en la sierra salvaje o en las áridas estepas, ya que su avance y a menudo también su vida depende de él. De buena gana se priva de un campamento cómodo, si puede con ello garantizar el alimento suficiente para su caballo. Innumerables reglas de prevención están relacionadas con el cuidado de las bestias de carga, sin las cuales puede haber consecuencias fatales. Ninguna es tan importante pero también más difícil como la de ensillar de la manera más funcional. Si no se emplea el cuidado necesario, los animales se sienten oprimidos sensiblemente o reciben heridas en las subidas y bajadas empinadas. ¡Qué sensación tan desagradable la de tener que colocar cada mañana la silla sobre una herida abierta y llena de pus, cuando el animal se estremece de dolor y se agita, pero tiene que aguantar la presión y la frotación de la carga pesada sobre su lomo! ¡Y qué cama se prepara el viajero en la noche, usando las frazadas de la silla, malolientes y saturadas de sudor y de sangre!

Es un fenómeno llamativo que en la sierra los caballos desensillados, sudando a la luz de la luna, muestran a la mañana siguiente un tumor grande sobre el lomo, que no tarda en adquirir un carácter maligno. Los peruanos los llaman a ellos «caballos alunados».

Desde San Mateo, el camino conduce por la profundidad tenebrosa de un barranco escarpado durante media hora, para subir rápidamente por piedras insertadas en las paredes rocosas, a manera de escaleras que alcanzan una altura considerable. Al costado se lanza la corriente salvaje de la sierra, saltando con espuma de roca en roca y cubriendo el sendero angosto con sus aguas bramantes. Sus aguas arrasan los muros bajos que deberían proteger las partes peligrosas y llevan sus restos consigo. Una sensación curiosa y angustiosa se apodera del viajero cuando se arrastra por este camino escarpado hacia arriba, se voltea por afiladas aristas rocosas donde el casco de su animal jadeante puede deslizarse sobre las lisas y húmedas placas de piedra a cada instante, mientras que las olas eternamente empujan y barbotean y reclaman un sacrificio con sus voces húmedas.

A menudo se encuentra, sobre este camino, a largas filas de mulas que vienen de la sierra. En este caso, el viajero se ve obligado a buscar una pequeña hondonada y dejar pasar este grupo cargado, empujado fuertemente contra la pared rocosa. Por el cuidado con el que caminan las mulas, semejante encuentro siempre significa una importante pérdida de tiempo. Tuve que quedarme parado en el borde angosto de la roca por más de dos horas para dejar bajar a varios cientos de mulas, las que apenas encontraron espacio al lado de mi caballo, para colocar sus cascos en el borde exterior del sendero. En muchos lugares no se puede evitarlas o retornar y solo se avanza al lanzar al animal que viene al río, para que pueda avanzar el propio. Las muchas vueltas del camino y las aristas impiden la vista panorámica y la preparación del hacerse a un lado.

Cuando se haya pasado esta ruta penosa, llamada «Cacray» por los lugareños, y cuando se alcanza la altura de la que se lanza la corriente hacia abajo, el valle adquiere el aspecto de una montaña alta. Se ensancha y no está tan delimitada por perpendiculares paredes rocosas con aristas, se extiende en forma ondulada y sube suavemente hacia la cadena principal de la cordillera en dirección este. El camino conduce, tanto en la ribera izquierda como en la derecha, siempre sobre un suelo de piedras mayores o con placas de roca en declive. A dos leguas pasando San Mateo se llega a Chicla, un mísero pueblo de indios, a 12 712 pies sobre el nivel del mar[22]. A esta altura aún se cultiva cebada en algunas quebradas protegidas, pero ésta no madura, sino que se le usa como forraje para los caballos (alcazer). Es el último lugar en este valle en que el suelo es capaz de producir algo.

22 Según las mediciones de Mac Lean. [T]

A media hora de camino se observan unas chozas dispersas de indios que llevan el nombre de Acchahuari, una de ellas es un tambo muy frecuentado por los viajeros. Quien haya pasado una noche ahí, guardará una imagen inolvidable de estos albergues. Más de una vez la coincidencia o la necesidad me llevó a trasnochar en este tambo, pero nunca logré permanecer en él hasta la mañana siguiente. Pese a la nieve y la lluvia me vi obligado a salir a la intemperie. Una vieja india asquerosamente sucia hacía de anfitriona, apoyada por su hija, rodeada por varios niños desnudos. Para la cena preparan un chupe de papas, ají y agua, al que se le encuentra algo de sabor solo teniendo un hambre feroz después de una cabalgada prolongada. Si se inspecciona este plato más de cerca, se suele encontrar en su superficie algunos animales pequeños luchando por su vida, que habían caído en la olla de los vestidos tiesos de suciedad de las mujeres durante el proceso del cocimiento, desmayados por el vapor del plato humeante. Cuando se haya retirado estos insectos, motivados por la piedad o el asco, como «yapa» no deseada, se descubrirá en las capas más profundas del plato de calabaza a otros, que ya habían entrado a la olla durante el proceso de pelar la papa y fueron cocidos con la comida.

Para dormir los habitantes y los viajeros se echan sobre la tierra húmeda, muy apretados uno con el otro. La vieja previsora distribuye pellejos de ovejas a cada uno y cubre toda la suciedad con una frazada de lana. ¡Pero ay del pobre que hace uso de ello! Tiene que pagarlo caro, ya que los pellejos y la frazada hierven de piojos. Es suficiente participar en esta cama común por unas pocas horas para quedarse cubierto de ellos y tener que cederles albergue como huéspedes importunos por mucho tiempo. Aunque uno logre aislarse en una esquina de la choza pequeña y se prepare la cama con sus propias frazadas de silla, no logra deshacerse de ellos por completo, ya que también caminan por el piso o están pegados en las paredes. El humo sofocante y los vahos mefíticos que llenan el cuarto angosto permanentemente y una gran cantidad de cuyes que caminan sobre cara y cuerpo de los durmientes durante toda la noche, llevan al viajero a la desesperación y le hacen esperar con gran anhelo las horas del alba, para poder escapar de este tambo sucio y desolador.

Acchahuari está a 13 056 pies sobre el nivel del mar. El clima es muy desagradable y áspero. En los meses de invierno llueve y nieva constantemente y en el verano aparecen fuertes tempestades de nieve en las tardes. La temperatura nocturna promedio entre los meses de abril y julio es de – 4°. Los caballos de la costa que llegan por vez primera a la sierra, frecuentemente mueren congelados, sobre todo si se quedan atrapados en el suelo pantanoso de las faldas de los cerros.

Ya a partir de Cacray se muestra el efecto de la presión aminorada del aire, la llamada «veta», en caballos deshabituados a viajes por la sierra. Co-

mienzan a caminar lentamente. Se paran a menudo, tiemblan en todo el cuerpo y se caen. Por más que suben, más tiemblan y más se caen. Si no se les quita la montura y se les cuida de todas las maneras posibles, perecen irremediablemente. Los arrieros sangran un animal afectado de esta enfermedad en cuatro puntos: en la punta de la cola, en el paladar y en ambas orejas. A menudo les cortan las orejas y la cola por la mitad, a veces cortan las primeras al ras y les abren los ollares por varias pulgadas. Esta última previsión me parece tener algún sentido, ya que los animales pueden respirar una mayor cantidad de aire por los ollares hendidos muy abiertos. Como preservativo contra la veta, se unta los ollares con ajo machucado.

Las mulas y los burros padecen menos de la veta que los caballos, probablemente por subir más lentamente. Los animales nacidos en la sierra casi están libres de este mal. En viajes por la sierra es siempre más aconsejable servirse de ellos, ya que los caballos de la costa prácticamente son inservibles, no aguantan las nocivas influencias atmosféricas y no resisten al hambre ni a las fatigas mayores. También son descuidados en su caminar y ponen en peligro la vida del jinete en las partes difíciles del camino. Se atracan o se deslizan sobre las piedras lisas o se hunden en el pantano, en el cual se meten más por sus esfuerzos de salir. No es así con las mulas. Con admirable vista aguda escogen el lugar donde pisan, investigan el suelo con su hocico y cuando no les parece firme, prueban con el casco la tierra suelta o las piedras sueltas, antes de decidirse a avanzar. Cuando sienten el elástico fondo del cenagal o el pantano bajo sus pies, se paran y no responden ni a la espuela ni al látigo. Si se hunden por casualidad, se mantienen tranquilos hasta que les llegue la ayuda. Pese a ello el viajero no debería confiar ciegamente en las mulas, ya que a menudo el animal no reconoce un peligro inminente, que el jinete puede calcular fácilmente. También se acostumbran a ser guiadas y parecen confiar más en su conductor que en ellas mismas. Cuando me bajé en lugares muy peligrosos, para pasarlos a pie y quería conducir mi animal con las riendas, no fue posible moverlo ni a la fuerza ni con bondad. Abrió sus piernas y se apoyó con tanta fuerza contra el suelo que todos los intentos de moverla fueron infructuosos. Pero al momento que la monté nuevamente, siguió con buena voluntad los movimientos más leves de la rienda y en todas las direcciones que quería. Con este animal hasta pude cruzar pantanos, lo que no podía hacer con ningún otro. A menudo me pareció como si reflexionara que estaría más seguro bajo mi conducción y que me bajara solo en aquellos lugares donde su propia vida peligrara.

A una legua después de Acchahuari, el valle se cierra por la cadena principal de la cordillera. Dos caminos llevan a su cresta; el más sureño es más empinado y pasa por Piedra Parada, el segundo es algo más cómodo, va hacia el este pasando Antarangra. Seguiremos primero al que más se usa, el último. Casi al final del valle, a 28 leguas de la capital, está el último pueblo

llamado «Cashapalca»[23], a 13 236 pies sobre el nivel del mar. Sus habitantes suelen ocuparse de la minería y de la fundición de mineral plomífero con contenido de plata. En sus alrededores se encuentran muchas haciendas abandonadas, en las que se producían cantidades increíbles de plata, ya que el metal de la cercana cordillera era traído a Cashapalca para su amalgamación. La mayor parte de estas minas ahora están inundadas o exhaustas y el pueblo ha perdido su importancia anterior. Ni siquiera los viajeros buscan refugio en este caserío desolador. Detrás del pueblo existe un pantano extenso que es difícil de cruzar, sobre todo en época de lluvias. Pero pronto se muestra un sendero angosto y resbaladizo, que sube por el lado sur de la falda de un cerro con una hondonada. Con muchas curvas se avanza durante casi dos horas, sobre un suelo barroso y bastante empinado con vegetación esporádica de amarillentas gramíneas alpinas, mezcladas con algunas syngenesistas y crucíferas. En gran cantidad crecen unas hierbas altamente nocivas para los solípedos, las llamadas «mala hierba» y «garbancillo», cuyas vainas son un veneno que mata al instante a mulas y caballos. Muchos cráneos de bestias de carga dispersos por el camino son testimonios elocuentes de los poderes enemigos que reinan en estas alturas. Al subir más, esta vegetación poco favorecida por la naturaleza, escasea y finalmente, desaparece totalmente con las rocas desnudas de la salvaje montaña alta.

La última parte de esta pendiente, llamada «Antarangra»[24] por los nativos, es muy empinada y cubierta por derrumbe y roca de brecha, sobre la que los animales cansados y jadeantes trepan a la cima. Ahí está un pequeño amontonamiento de piedras[25] con una pequeña cruz de tallos marchitos de baccáridos. Ya desde la distancia indica al viajero la meta de su subida larga y penosa.

Se me presentó un panorama majestuoso e inolvidable cuando llegué por primera vez a la cresta de la cordillera, que trata de alcanzar el cielo para realizar mis sueños de juventud, mis deseos más anhelados. Sumido en un sentimiento delicioso, quedé parado al lado de mi caballo tembloroso y me entregué por completo a la atracción maravillosa de esta hora hermosa. Siguiendo al estímulo de la realidad, mi fantasía agitada creó un cuadro magnífico pintado en los colores más audaces. Por el lado del atardecer, vi los estrechos valles serranos desapareciendo finalmente en la arenosa faja costeña, bañada por el Océano Pacífico. Hacia el norte y el sur seguí las cabezas cubiertas de hielo eterno de la cordillera o las cimas rocosas negras, verticales, mirando fijamente el cielo con aspecto tenebroso, que coronan en series ininterrumpidas la majestuosa cresta de la montaña. Pero al dirigir mi

23 Casapalca. [O]
24 Roca de cobre. [T]
25 Sobre estos amontonamientos de piedra, véase más adelante. [T]

mirada hacia el este, vi primero el inmenso mar de gramíneas de las planicies altas y los valles fértiles de la sierra templada y detrás de ellos la cadena de los Andes, levantada a lo alto con fuerza elemental, como si quisiera impedir el pase por definitivo. ¡Pero el ojo de la mente no conoce límites terrenales! Vi detrás de esta montaña las selvas tenebrosas con su vegetación exuberante, las planicies atractivas de Brasil y el Océano Atlántico al abrirse paso entre dos continentes. En la lejanía del nordeste gris estaba un gran país intrincado y colorido, en cuyo centro estaba mi patria con sus cerros gigantescos, cuyas cumbres más altas se encontraban muy por debajo de mis pies.

Pero vuelvo de este cuadro, que aún retengo inalterado en mi memoria, a la realidad. Me había imaginado una vista panorámica casi ilimitada en las cumbres de la cordillera, pero la encontré, muy al contrario, sumamente limitada por los brazos laterales que se dirigen a todas partes después de la cadena central. Las abras pasan por la cresta de la cordillera, pero están delimitadas por ambos lados de rocas, algunas de poca elevación, otras llegando a alturas de más de 1000 pies. El abra de Antarangra, también llamado Portachuelo del Tingo o de Pachachaca, está a 15600 pies sobre el nivel del mar[26]. Pese a su altura, está libre de nieve durante gran parte del año. A una distancia de apenas un cuarto de hora, se llega a glaciares eternos que llevan a varios cientos de pies por debajo del abra. La causa de la escasez de nieve permanente en las abras, probablemente está relacionada con las corrientes de aire. Los vientos del este la soplan valle abajo y están protegidas contra los fríos vientos del sur por las cercanas cumbres rocosas.

Las abras presentan un aspecto muy triste. Toda la región es salvaje, desgarrada y da la impresión de un caos de cosas lanzadas en gran desorden. El suelo está cubierto de grandes trozos de roca y de derrumbe. Plantas y animales evitan esta tierra inhóspita. Toda vida está apagada y solo de vez en cuando los dedos secos de un liquen se agarran de un esqueleto emblanquecido o de una piedra húmeda. Y a pesar de todo, abundan los rasgos del hombre siempre activo e infatigable. Por todos lados se ve huecos profundos que llevan a minas abandonadas. Están en farallones apenas accesibles, están en la base de los valles o muy cerca del camino. Cuando toda la zona está cubierta de nieve que hace desaparecer el sendero, a menudo viajeros caen en estos pozos cubiertos traicioneramente y encuentran una muerte lamentable.

En ninguna parte he visto una divisoria de aguas entre los más grandes mares del mundo, que los aproxime tanto y de forma tan hermosa como en

26 Según Mac Lean mide 15 543 pies; según Gay, 15 924 pies y según Rivero, solo 14 608 pies (4803 metros). [T]

el caso del abra de Antarangra. A apenas treinta pasos de distancia se observan dos lagunas pequeñas. La más occidental es uno de los manantiales del río San Mateo que se lanza al gran océano como el río Rímac. La otra vierte al río Pachachaca después de pasar por una serie de pequeñas lagunas de montaña. Este río contribuye una parte ínfima a la gran corriente del Amazonas.

Pese a tratarse de un juego infantil lo de pasar un vaso de agua de una laguna a la otra, no pude resistirlo. Quizá algunas gotas de agua destinadas a entrar en el Océano Atlántico podrían fluir al Océano Pacífico. Pero esta broma inofensiva está también relacionada con reflexiones profundas sobre las omnipotentes fuerzas naturales, que han levantado esta enorme cadena de cerros de las entrañas de la tierra, cuando aún un océano pasaba por encima de estas cimas majestuosas, lo que está manifestado en los moluscos marinos que se encuentran en estas alturas y que son los recuerdos de este tiempo.

Desde la cresta, el camino conduce por un costado de un brazo metalífero de la cadena principal, que forma el límite meridional de un valle con pendiente suave. Cae en forma de terrazas, en cada una de ellas se ubica una laguna pequeña y cristalina, conectada con la inferior por una salida subterránea. Las lagunas superiores están nutridas por los glaciares. Esta cadena de lagunas se llama «Huascacocha»[27]. En estas lagunas, al igual que en la mayoría de los ríos de la sierra, vive un pequeño pez parecido a un bagre (*Pygidium dispar* Tsch.[28]) en grandes cantidades. Durante la noche se le captura en nasas o con cuerdas a las que se amarran pequeñas agujas de cactus como anzuelo con su cebo.

Estas terrazas planas constituyen un elemento característico de la pendiente oriental de la cordillera costeña, al igual que los grandes amontonamientos cónicos de derrumbe, que a veces llegan a alturas apreciables, apilados al pie de los costados de los cerros, lo son para la pendiente occidental.

La tercera de la cadena de lagunas se llama «Morococha»[29], en sus orillas se levantan algunas casas con emparrillado para extraer el azufre de los minerales cupríferos. Las minas que producen estos metales están en la pendiente meridional, cerca del camino que baja del lomo de la cordillera. Antes explotaban plata, pero luego fueron abandonadas por mucho tiempo debido a su bajo rendimiento. En tiempos muy recientes, sin embargo, se las reactivó y ahora se busca cobre en ellas. Antes la minería de este metal era muy descuidada, pese a la gran cantidad de minerales cupríferos. Hace po-

27 La laguna de cadena. [T]
28 Hoy *Trichomycterus dispar*. [B/B]
29 La laguna de los colores. [T]

cos años dos hombres, Francisco Iscue y C. R. Pflücker se han unido para emprender una minería de cobre sistemática en varias localidades. Gracias a la perspicacia y a la actividad incansable con la que se está llevando a cabo esta empresa costosa, en particular el último de estos dos hombres, es de esperar que sea coronada con éxito. Quisiera aprovechar la oportunidad para expresar mis más profundos agradecimientos al señor Pflücker, por las numerosas pruebas de su amistad cordial que mostró durante mi estadía en el Perú.

En la profundidad del valle existe una pequeña hacienda, llamada «Tuctu», que posee un horno de fundición. Las minas pertinentes están en los montes limítrofes norteños. Pero están cavadas muy mal y su utilización ya no vale la pena en la actualidad. Un cerro muy alto al noroeste lleva el mismo nombre que el de la hacienda. Esta pirámide colosal supera en altura a todas las cumbres de la montaña que existen en este distrito y está cubierta de nieve hasta la espalda de la cordillera. No creo equivocarme al calcular su altura en 18 000 a 19 000 pies, ya que está significativamente más alta que la cresta de la montaña principal, con casi 16 000 pies. Por unas tres horas, el camino monótono de Morococha pasa por el pie de la montaña limítrofe meridional, algo por encima del fondo del valle, hasta Pachachaca. Solo la última parte de este camino baja significativamente al valle ensanchado y plano que se abre al este de este pueblo.

Pachachaca[30] es un caserío mísero a 12 240 pies sobre el nivel del mar[31]. Antes tenía más importancia que en la actualidad. En sus alrededores se ve muchos edificios magníficos que fueron levantados por una fracasada minera inglesa, la mayoría de ellos sin acabar. A la entrada del pueblo, al llegar de la sierra, se ubica una hermosa y espaciosa hacienda de amalgamación. El piso de algunos de sus cuartos está revestido de madera. Esta observación no es tan insignificante, si se considera que la madera tenía que haber procedido de la pendiente oriental de los Andes, de modo que las dificultades y los costos relacionados con su transporte son tan elevados que es una gran rareza encontrar pisos entarimados en las viviendas de la cordillera.

La mina que pertenece a esta hacienda, está a unas cinco leguas al noroeste de Pachachaca y arroja ricos minerales de plata. Pero en la actualidad está casi totalmente inundada. Como pude convencerme personalmente, resulta muy difícil drenarla. Pero si se penetra por debajo del socavón actual, con otro significativamente más largo conectándolo con tubos de ventilación, se podría tener éxito, aunque bajo costos muy elevados. La instalación de bombas de agua en la mina solo se podría lograr en algunas partes por su construcción deficiente y aún así no la vaciaría completamente. Des-

31 El puente de tierra. [T]
32 Según Mac Lean, se trata de 12 288 pies. [T]

pués de haber invertido enormes sumas en la instalación de bombas, se convenció de que lograría su propósito solo por medio de un socavón nuevo. Pero ya se habían acabado sus medios económicos y no pudo o no quiso invertir el capital necesario y muy significativo para esta obra nueva. En consecuencia, abandonó las minas y la hacienda.

Volvamos por un momento al lugar donde se separan ambos caminos que pasan por la cordillera antes de Cashapalca y seguiremos el que va a Piedra Parada. Es algo más corto que el de Antarangra, pero mucho más empinado. Primero pasa por unas chozas de indios que llevan el nombre de Yauliyacu y por la destruida hacienda San Rafael. Después de pasarla sube en una ruta muy empinada sobre derrumbe para llegar a la cresta. A unos 15 200 pies sobre el nivel del mar yace un gran bloque de piedra que se llama «Piedra Parada», al cual estaba adosada una capilla, actualmente destruida, constituyéndose como pared posterior. Ahí los arzobispos celebraban la misa en sus viajes por las diócesis. Un relámpago destruyó la capilla, que no fue reconstruida después del accidente.

El abra de Piedra Parada se ubica a una altura de 16 008 pies sobre el nivel del mar y está casi siempre cubierto de nieve. Por ello, se suele evitarlo con buena voluntad ya que uno se puede perder muy fácilmente. Esto me ocurrió en el mes de marzo de 1842, cuando pasé solo a caballo por este abra. Una fuerte tempestad de nieve me asaltó cerca de la cima y no podía ver por más de unos cuantos pasos delante de mí. Por horas erré por los monótonos campos de nieve y me perdí cada vez más en esta montaña salvaje, de modo que perdí la esperanza de salir de este lugar tenebroso sobre mi animal ya completamente agotado. Solo al fin de la tarde descubrí un valle lateral escondido donde pasé la noche, protegido por algunas rocas. A la mañana siguiente me pude acercar por medio de un esfuerzo indescriptible a una choza de indios, donde ya muy lejos de mi meta original, me indicaron el camino correcto.

La pendiente oriental desde este abra también es algo menos inclinada que la occidental, pero lo es mucho más que la de Huascacocha. A menudo el camino conduce por crestas de montaña o sobre faldas pedregosas, frecuentemente pasando por salvajes regiones románticas. Después de una cabalgada fuerte de unas dos horas se llega al fondo del valle de Yauli y poco después al pueblo mismo.

Yauli está a 13 100 pies sobre el nivel del mar y consiste de 150 chozas míseras, que albergan entre unos 1200 y 1400 indios. En su mayoría son mineros destacados por su modo burdo, lo cual confirma la observación frecuentemente hecha de que aquellos indios que se ocupan de la minería conforman, de lejos, la clase más burda y mala de los habitantes de la sierra.

La cordillera de Yauli es extraordinariamente rica en minerales plomíferos que contienen plata. En un contorno de pocas millas se ve más de ochocien-

tos socavones, los cuales, sin embargo, no son suficientes para garantizar una explotación ventajosa. Si un cajón de metal (que equivale a sesenta cargas de llama y a la misma cantidad en quintales) no rinde por lo menos doce marcos (seis libras) de plata, la mina que lleva a este mineral ya no se trabaja más.

La razón para ello reside en los sueldos diarios muy elevados y en la escasez del combustible. En esta región completamente carente de madera, este último consiste en excrementos secos de ovejas, llamas, guanacos, etc., la llamada «taquia». Ésta produce una llama viva e intensa, preferida por la mayoría de los dueños de minas al fuego del carbón de piedra.

Todo el proceso de la fundición es muy sencillo. Los hornos consisten de dos compartimientos, el menor es el del fuego cuyo piso tiene un emparrillado que está un poco más bajo que el plano del segundo compartimiento mayor, en el cual se vacía el metal. Ambos están conectados por un puente bajo de fuego, sobre el cual pasa la llama. La chimenea, muy alta, está instalada en el compartimiento mayor. El metal se echa por una apertura a la bóveda del horno, que se cierra luego con ladrillos. Se prende el fuego con paja y un indio está sentado delante del hueco del horno con la tarea de mantenerlo vivo, al echar por casi cada segundo, durante día y noche, un puñado de taquia al horno. De esta manera se obtiene una llama que baña el mineral de modo regular. Una parte del plomo se sale por la chimenea; la mayor parte, en cambio, se retira de la superficie de la masa fundida por medio de una vara, ligeramente curvada, de un ancho de tres pulgadas. El litargirio se bota sin usarlo. Después de veinte a treinta y seis o cuarenta horas, según la cantidad y la dureza del metal, se ha eliminado todo el plomo y la plata queda como residuo. Cuando se muestran las características de la limpieza completa de la plata, como el sacar chispas, la superficie ondulada, las pequeñas nubes de color gris amarillento, etc., se apaga el fuego y se echa agua sobre el metal fundido, que sale del horno como una especie de pastel solidificado de forma irregular (*plata de piña*). Cuando el horno se ha enfriado, se le llena nuevamente.

Por más que parezca burdo todo este proceso, resulta que está muy en armonía con las circunstancias. Todas las empresas europeas que han querido mejorar la fundición del metal, han fracasado completamente o se han quedado atrás del método sencillo del indio. Hornos complicados construidos según modelos europeos son sumamente costosos, mientras que los nativos producen los suyos bajo un costo de entre 30 y 60 táleres. Y aún tienen la otra ventaja, de poder construirlos cerca de las minas y poder abandonarlos cuando ya no arrojan la cantidad necesaria de minerales metalíferos, sin mayor pérdida. Por el mismo precio que les costaría un solo horno de fundición europeo, los indios se construyen una docena, en los que funden mucho más metal, si bien con una cantidad mayor de combustible.

Muchos indios, en particular los de Yauli y Huaipacha, ejercen un método sumamente curioso de la minería. Se van a la cordillera con sus mujeres e hijos y sacan metales de contenido de plata de minas abandonadas o de vetas que suelen encontrar en sus búsquedas. Cuando han reunido unas sesenta a ochenta cargas de llamas en minerales, toda la familia se va a las planicies de altura y recoge ahí los excrementos de guanacos y vicuñas, que estos animales depositan en montones en lugares específicos. Si han reunido la cantidad necesaria de combustible, alquilan un horno por la suma de doce reales o dos táleres y funden la plata. Esta gente me recordaba mucho a aquella en Suiza que corta el heno en los lugares más inaccesibles de la sierra alta, para convertirlo en forraje para sus cabras durante el invierno.

Por lo general, los indios venden el marco de la plata por el precio fijado por ley de ocho y medio de pesos duros, pero la entregan a menudo en cinco o seis pesos. Como nunca saben calcular el precio de su trabajo, consideran esta suma como ganancia neta. Este dinero les sirve para pasar unas semanas alegres, tomar chicha y aguardiente, mascar coca y descansar. Cuando se les ha acabado esto, vuelven a la cordillera con la cabeza despejada.

Entre los habitantes de Yauli y los mineros de las minas cercanas, en su mayoría indios de otras provincias, hay continuamente violentas fricciones, ya que estos últimos bajan al pueblo en los días de domingo, se embriagan y buscan pleitos, que nunca terminan sin heridos o muertos. Varias veces fui testigo cuando ambos partidos se enfrentaron formalmente en orden de batalla y lucharon solo con la honda para lanzar piedras, con cuchillos y porras con la mayor furia y fanatismo. Cuando han bajado a un enemigo, se corren aullando hacia él y le cortan la garganta. Nunca hacen uso de armas de fuego.

A media hora después de Yauli se encuentran más de veinte manantiales de agua mineral. Varios de ellos contienen sal amarga, entre ellos el llamado «hervidero». Tiene forma de embudo con un diámetro superior de entre uno y doce pies. Su superficie está hirviendo continuamente. La temperatura del agua solo está encima de la del aire por unos 7 ° C. Otros son aguas termales con contenido de azufre. En algunas de ellas el termómetro indica 89 ° C. Algunas de ellas están enmarcadas en un contenedor amurallado, en el que se bañan personas enfermas de la piel y de reumatismo, con resultados muy positivos. El agua se enfría por manantiales fríos conducidos ahí. Sobre estas tinas no existe techo alguno. Quien no quiere bañarse bajo el cielo libre y estar expuesto a las frecuentes y fuertes tempestades de nieve, tiene que traerse una carpa. Comprensiblemente, estos baños están muy sucios ya que están usados por los indios, que nunca los limpian. Todas las veces que los visité, los encontré cubiertos de trapos sucios, pelos, sapos muertos, etc. Algunos indios pasan casi todo el día en estos baños termales y se cocinan carne, papas y huevos en un cercano pozo pequeño y muy caliente.

El terreno alrededor de estos manantiales consiste principalmente en pantanos, en cuyo centro se ve agua con vapor brotando a borbotones. Donde hay suelo pedregoso, en cambio, parece correr en espacios subterráneos, ya que los pisos resuenan como si se pasara por encima de bóvedas profundas.

Yauli se caracteriza por un clima muy severo. En verano, la temperatura nocturna promedio es – 8 ° C pero durante el día llega a ser muy caluroso. En el invierno, en cambio, se mide + 1 ° C y en el día apenas + 3 ° C, ya que el cielo suele estar cubierto de nubes densas durante todo el tiempo, que se disuelven en prolongadas tempestades de nieve. Los peruanos llaman «invierno» a esta época del año en la que llueve y nieva, pese a que la temperatura promedio es bastante más elevada que la del llamado «verano» (más correcto sería decir «primavera»).

Por la mala construcción de las viviendas que se caracterizan, además, por ser muy húmedas y por la falta de chimeneas y hornos, el frío en Yauli es mucho más penetrante que en Cerro de Pasco, que está más elevado y donde se han hecho más para la comodidad y para una vida agradable. Pero los yaulinos están acostumbrados al clima áspero de su pueblo. Por días enteros vi a niños indios completamente desnudos corriendo en la nieve y jugando en las acequias medio congeladas de las calles. Por varias semanas me quedé en Yauli y en sus alrededores salvajes y este tiempo rico en aventuras me recompensó con un interesante botín de datos para la historia natural.

La distancia entre Yauli y Pachachaca es de dos leguas. El camino pasa por la ribera derecha del río de Yauli que forma el manantial del río de La Oroya, inclinándose suavemente hacia este último pueblo. Se encuentran numerosas haciendas de minerales también en esta dirección, al igual que en Yauli y los demás alrededores. Estas pertenecían a portugueses y fueron destruidas y nunca más reconstruidas durante la persecución general de esta nación en el Perú, después de que la inquisición hizo ahorcar al cónsul portugués Juan Bautista. Una oscuridad rara, que probablemente nunca se iluminará, cubre estos eventos.

Los portugueses eran los dueños de las minas más poderosos, informados y felices del Perú, lo que atrajo la envidia del Virrey español. Un traslado portugués, que sucedió en este tiempo desde Brasil hasta la provincia peruana de Maynas, evocó la sospecha fundada o aparente del Virrey de que los portugueses se querían apoderar del virreinato del Perú. En consecuencia se alió con la Inquisición, para ejecutar un golpe de fuerza contra los portugueses recibidos hospitalariamente. Su cónsul fue condenado por declararlo hereje y sus compatriotas perseguidos y, en su mayoría, asesinados. Pocos pudieron escapar a la selva donde fueron muertos por los indios salvajes, solo unos cuantos pudieron salvarse llegando a Brasil. Muchos dueños de minas portugueses presintieron la catástrofe que les amenazaba, hundieron sus enormes tesoros en las lagunas o los escondieron bajo tierra en lugares apar-

tados de las planicies altas, mandaron rellenar las minas a los indios, que se dejaron convencer fácilmente para esta tarea, dada su aversión a la minería. Después se escaparon por la frontera, antes de iniciarse la persecución. Riquezas incalculables en plata fundida o acuñada fueron enterradas y solo una mínima parte fue reencontrada.

Así, los más influyentes y perspicaces dueños de minas fueron sacrificados por una avaricia solo imperfectamente satisfecha o por una quimera. Las consecuencias para todo el país fueron muy sentidas. Nunca la minería en el Perú se ha levantado nuevamente a un nivel tan brillante como el que se había alcanzado bajo el mando de los portugueses. Las minas más ricas ahora están abandonadas o perdidas. Cactáceas proliferan en sus bocas y las esconden, frente a las búsquedas intensas de los criollos industriosos.

El camino entre Yauli y Pachachaca es penoso, por los pantanos que se extienden a lo largo de las riberas del río. Sin conocimiento más preciso de la región, es fácil perderse en este terreno inseguro y se corre peligro de hundirse. En mi estadía en Yauli fui despertado por un indio a la media noche. Fue enviado por dos misioneros amigos míos, cuya llegada estaba esperando, y me pidió ayuda, porque ellos se habían quedado atracados en el pantano a una legua del pueblo. La noche era muy oscura y tempestuosa. Alrededor de las dos de la madrugada encontramos a los dos accidentados, ya casi sepultados bajo la nieve y logramos jalarlos con lazos a tierra firme, bajo esfuerzos indescriptibles. Habíamos llegado en el tiempo justo. El mayor de ellos, un anciano de setenta años, ya estaba completamente tieso y casi sin vida. Lo coloqué delante de mí sobre la silla y logré llevarlo bien a Yauli. Después de algunos intentos fracasados, logramos también salvar a uno de los caballos y así pudo seguirnos también el menor, un andaluz audaz, aún con pleno poder de sus capacidades físicas. Ambos monjes se habían quedado en su condición precaria por un lapso de cinco horas, por culpa de su guía, que se había confundido por la nieve recientemente caída y por la oscuridad.

De Pachachaca en dirección a La Oroya se extiende un valle, bastante ancho en algunas partes y con inclinación casi imperceptible, por un lapso de tres horas. El río se abre paso entre quebradas profundas de la cadena limítrofe meridional. A una distancia de aproximadamente una legua de Pachachaca, existe un vado atravesado por un camino que pasa por la loma empinada de la montaña de Yanaclara hasta Jauja; así como por otro que conduce a los salvajes valles montañosos de Huayhuay. El fondo del valle por la ribera izquierda cerca del vado parece estar socavado. Consiste de roca sólida que se inclina a modo de bóveda en dirección al río. Una capa de agua de una pulgada de espesor corre en gran extensión sobre el mismo y forma una precipitación blanca y brillante.

A medio camino entre Pachachaca y La Oroya se ubica el pequeño y triste pueblo de Saco, visitado muy raras veces por viajeros, ya que ahí no se

puede conseguir alimento para las bestias de carga y apenas el más elemental para los hombres. Un puente natural cruza el río, que probablemente se había cavado su propio lecho por debajo de la roca. He encontrado varios de estos puentes de roca, pero solo éste es transitable por los caballos. La sierra al sur de Saco cae tan abruptamente que, a primera vista, parece ser imposible de subirla. Cuando me perdí una vez en estas regiones de las planicies, llegué a la cresta de esta sierra y, con gran alegría, vi verticalmente por debajo de mis pies el valle extenso y el campanario del pueblo, a una distancia de media hora del pie de las cadenas de cerros. Inmediatamente mi mula se prestó a bajar al valle, por un angosto sendero que pasa a lo largo de la roca. Con espanto dirigí mi mirada a la profundidad vertiginosa, donde me caería si mi animal hacía un paso en falso y no creí posible bajar por estos farallones rocosos tan escarpados. Pero con la confianza de la mula que emprendió su camino peligroso, desapareció mi miedo también y después de media hora angustiosa llegué sano y salvo al fondo del valle. En ocasiones posteriores pasé a menudo por este lugar, sin dejar de reprocharme por haber emprendido semejante cabalgata arriesgada.

La Oroya está ubicada sobre la ribera izquierda del río que lleva el mismo nombre, unido por la ribera derecha, por donde pasa el camino, con un gran puente colgante (puente de soga). Estos puentes curiosos consisten de cuatro sogas del grosor de un brazo humano hechas de pellejo de vaca, unidas por otras sogas transversales más delgadas. La superficie está cubierta de ramas de árboles, paja y raíces de agave. Una cuerda a cada costado, entre unos dos y dos y medio pies más alta que el puente, sirve de pretil. En ambas riberas las sogas están amarradas en palos clavados o en las rocas. En tiempo de las lluvias continuas estos puentes se alargan, por lo que requieren un ajustamiento. Pero siempre están mucho más bajos en el centro desde ambos puntos de partida y se balancean como las hamacas, cuando se les cruza. Se requiere algo de ejercicio y una cabeza libre de vértigo para pasarlos sin la compañía de los «puenteros», sobre todo cuando se lleva un caballo o una mula, lo que intensifica el balanceo. Estos animales suelen tener mucho temor a estos puentes y algunos de ellos rehúsan categóricamente la travesía.

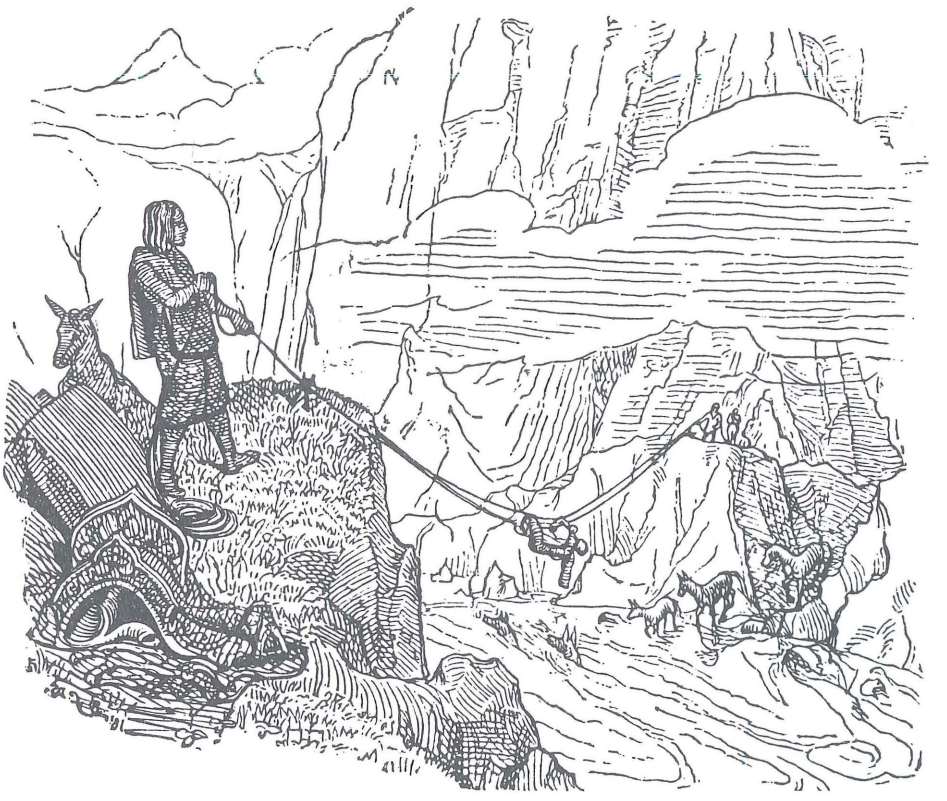
Por lo general, solo uno lo usa para alcanzar la ribera opuesta y espera, antes de pisarlo, que los balanceos hayan disminuido. Este procedimiento sería demasiado lento para el pase de tropas. En consecuencia, los soldados apretados en tamaño de una compañía tendrían que correr, pasándolo en trote corto. De esta manera se produce un balanceo muy fuerte, pero bastante regular. Los puenteros llevan a las personas más temerosas.

Estos puentes colgantes, por más sólida que sea su construcción, no son duraderos, ya que el tiempo variable tiene gran influencia sobre las sogas, que se pudren rápidamente por haberse hecho de cuero no curtido. Debido a ello requieren una renovación frecuente, por lo que los viajeros se ven en la

obligación de esperar por varios días en la ribera del río, si no prefieren hacer un desvío de entre 20 y 30 leguas.

El puente de soga de La Oroya mide unos cincuenta codos de largo y un codo y medio de ancho. Es uno de los más grandes del Perú, pero el que cruza el Apurímac en la provincia de Ayacucho le supera por casi el doble de largo y pasa sobre un abismo mucho más profundo.

Otro tipo de puentes, altamente curioso, llamados «huaros», consiste de una sola soga gruesa, estirada entre ambas riberas solo en lugares rocosos. En esta soga se ha instalado un rollo y un pedazo de madera fuerte en forma



de yugo, amarrado con el rollo con dos cuerdas, con los que se jala el yugo sobre la soga principal. Al usuario del huaro se le ata con una cuerda alrededor del vientre, amarrada con el yugo que agarra con ambas manos. Las piernas se cruzan por la soga principal y se procura tener en alto la cabeza. Un indio en la ribera opuesta jala el yugo y a la persona que cuelga debajo de este aparato hacia él. Es la manera más desagradable e inquietante de cruzar un río, de todas las que conozco. Si se rompe la soga, lo que suele ocurrir no tan infrecuentemente, el pasajero está perdido sin posibilidad de salva-

ción, ya que está atado. En los casos en que las rocas en la ribera no son muy altas, la soga se dobla en su centro, de tal manera que la espalda sea arrastrada a través del agua. La montura y las cargas también se jalan por medio de estos huaros y el naturalista mira con angustia y temor el fruto de sus investigaciones, flotando en una soga insegura. Bajo gritos y lanzando piedras, los indios llevan a los caballos y las mulas al río, que tienen que cruzar nadando. Muchos perecen en esta travesía, sobre todo, estando fatigados ya por una marcha prolongada, por lo que no pueden resistir más a la fuerte corriente de las aguas.

En algunos huaros hay caballos propios que se adelantan nadando por el río, sirviendo a los demás como guías. Para no exponerme a la situación de quedarme atado y confiar en una soga traicionera, prefería siempre, cuando me lo era posible, nadar por el río al lado de mi animal, después de haber asegurado mi montura.

En la ribera derecha, cerca del puente de La Oroya, se ubica un tambo razonablemente limpio, donde vive el puentero, que se encarga de la supervisión del puente y cobra el impuesto del pase. Cada viajero paga dos reales para él y su animal. En el tambo hay cebada verde, cultivada en las cercanas quebradas protegidas. Su altura es de 11 859 pies sobre el nivel del mar[32]. El pueblo dista un cuarto de hora del puente, en una falda del cerro, a una altura que, según las mediciones de Mac Lean, es de 12 010 pies sobre el nivel del mar. Consta de poco más de cincuenta chozas míseras y dispersas, donde viven unos cientos de indios pobres y muy burdos. Ahí se separan varios caminos hacia las diferentes regiones de la sierra. Los que se usan con más frecuencia son los siguientes: el que pasa por la extensa planicie de Cachi-Cachi a Jauja. Sobre distancias prolongadas está cubierto de los más interesantes fósiles de caliza. Es muy monótono, ya que se extiende sin interrupción por una planicie ondulada. Otro camino es más corto, pero mucho más penoso y lleva a Tarma. A unas tres leguas de La Oroya pasa por la antigua fortaleza incaica, llamada Huichay. Más abajo volveré sobre este lugar muy curioso. Un tercer camino, muy frecuentado, conduce a Huaypacha y de ahí a Junín y a Cerro de Pasco.

Entre Saco y La Oroya, el río Yauli confluye con el río que pasa entre Huaypacha y Hucumarca. Lleva el nombre de «Río Angosyacu»[33] y nace en la laguna que ocupa el segundo lugar en cuanto a sus dimensiones, la Laguna de Chinchaycocha o Laguna de Junín, con doce leguas de largo. Es mucho más grande que el río Yauli, pero pierde su nombre llegando a La Oroya, donde se le da el del pueblo. Por regla, los ríos en el Perú reciben sus nombres

32 Según Rivero, el lecho del río está a 11 241 pies sobre el nivel del mar. [T]

33 Más correctamente «*Ancasyacu*», 'el agua azul'. [T]

de los pueblos por donde pasan y solo pocos tienen nombres propios, como el Apurímac, Huallaga, etc.

Volvamos otra vez a la cordillera para contemplar, detenidamente, esta cadena montañosa en toda su extensión en el Perú.

Segundo capítulo

La diferencia entre cordillera y los Andes. — La importancia de los Andes. — Las cadenas montañosas. — Las alturas de cerros y abras. — El límite de la nieve. — Las lagunas. — Los metales. — El panorama de la cordillera. — Las rocas. — El efecto de la presión disminuida del aire. — Las inflamaciones oculares. — Las tempestades. — El cóndor. — Las marcas de roca de los indios.

Dos majestuosas cadenas montañosas atraviesan el Perú en dirección paralela del sursuroeste al nornoreste. La más occidental de ambas acompaña la orilla del Océano Pacífico, a una distancia de 60 a 70 millas inglesas. En algunos puntos se acerca más, en otros menos, de acuerdo a las hondonadas de la costa, creadas por las corrientes marinas. La segunda cadena, la más oriental, sigue a la primera con pocas desviaciones, pero describe un ligero arco mirando hacia el este. Ambas suelen recibir el nombre de «Cordilleras» o «Andes» y se usa ambas denominaciones indistintamente, lo cual también está indicado en los mejores manuales de geografía. Aún así los criollos peruanos suelen confundir ambos términos y llaman a la cadena occidental de una u otra manera. Pero es preciso insistir en hacer una distinción clara y usar el nombre de «Cordillera», exclusivamente para la cadena occidental y Andes, para la oriental. Andes proviene de la palabra quechua *«Antasuyu»*. *«Anta»* significa 'metal' como denominación general, pero en particular se refiere al cobre. *Suyu* es «distrito», una parte geográfica o una extensión fija en las chacras. *«Antasuyu»*, por lo tanto, significaría 'región donde aparece el metal'. En el uso cotidiano el término para región o distrito no fue usado, pero para indicarlo se transformó la terminación a en is y se creó la palabra *«Antis»*, que encontramos en las obras de los autores antiguos y su uso también es común en la población india del sur del Perú. Los españoles, siguiendo con su costumbre de corromper las palabras quechuas, la convirtieron en Andes y usaban este término tanto para la cadena occidental como para la oriental[1].

---

1 Algunos derivan la palabra «Andes» de la nación Antis que vivía al pie de esta cadena montañosa. En la actualidad una provincia en el departamento del Cuzco, probablemente la sede principal de esta nación, se llama «Antas». [T]

Ya que los antiguos habitantes del Perú, sobre todo el núcleo de esta nación, vivían con preferencia a lo largo del pie de la cordillera oriental, de donde extraían los metales de sus cerros ricos en minerales metalíferos para sus trabajos, a menudo muy artísticos, esta cadena debería mantener el nombre de «*Antis*» o «Andes». En el tiempo de los incas ambas cordilleras se llamaban «*Ritisuyu*» ('distritos de nieve'). Además de ello, usaban los mismos nombres quechuas para los puntos más altos y los abras, que siguen usándose en la actualidad. Los españoles, que vinieron del mar iniciando su conquista, se toparon primero con la cadena montañosa occidental y la llamaron «cordillera», según su usanza acostumbrada. La mayoría de los viajeros y topógrafos tempranos usaban el nombre «Cordilleras de los Andes» y la consideraban como la cadena principal, mientras que la oriental solo era considerada como brazo lateral, llamado «Cordillera oriental». Quisiera adherirme estrictamente a la denominación correcta y llamar a la cadena occidental las Cordilleras o la cordillera de la costa y a la oriental, los Andes o cordillera interior.

Al norte del gran lago Titicaca, que se encuentra en el límite entre Perú y Bolivia, ambas cordilleras se unen por el yugo transversal de *Huillca-Nota* (Vilcanota) al nudo de Azángaro. De ahí la cordillera de la costa pasa en dirección recta hacia el nornoroeste, mientras que los Andes se dirigen hacia el norte para formar el gran nudo del Cuzco a los 13° de latitud sur, al cual la cordillera solo contribuye con un ramal transversal poco importante. De ahí se cambian más hacia el oeste y se reúnen nuevamente entre los 10 y 11° de latitud sur para formar el nudo de Pasco. Éste se deshace en tres secciones. La cadena occidental es la continuación de la Cordillera; la central, la de los Andes que separa los valles del Marañón superior y del Huallaga. La oriental, la más baja de las tres, separa los valles de los ríos Huallaga y Ucayali, se acerca más al primero de ellos y forma el límite occidental de la Pampa de Sacramento.

Después de haberse unido con los Andes para formar el nudo secundario de Chachapoyas, se dirige hacia el norte, se interrumpe en San Borja por el Marañón y termina entre el río Santiago y el río Morona en una cadena de colinas. Los Andes y la Cordillera se reúnen bajo los 4° de latitud sur para formar el nudo de Loxa (Loja), en la República del Ecuador. En su curso, ambas cordilleras principales forman cadenas transversales hacia el occidente y el oriente. Las que se dirigen hacia el occidente, corren casi siempre en forma paralela, delimitan los valles costeños y terminan en bajas cadenas de colinas cerca del litoral y forman promontorios. Mucho más imponentes son las orientales, tales como los brazos occidentales de los Andes, mientras que las que se dirigen al oriente son de altura insignificante.

Ambas cadenas principales están en proporción invertida en su altura. Si la elevación de la Cordillera es significativa, en los Andes se muestran

depresiones. En el sur del Perú la cresta de la Cordillera es mucho más baja que la de los Andes que pasa por Bolivia. Su altura promedio es de 15 000 pies sobre el nivel del mar, hacia el oeste forma el límite del altiplano de Tacora que se eleva a 13 200 pies sobre el nivel del mar. Algunas cumbres se levantan a alturas considerables como la del Chipicani con 18 950 pies sobre el nivel del mar y los volcanes en la lateral cordillera occidental de Arequipa como el de Arequipa, Huahuaputina, Pishu-pishu y Chacani. El primero de ellos se levanta a una altura de 18 373 pies sobre el nivel del mar, según las mediciones repetidas de Pentland. La altura promedio de los Andes se ubica por los 17 000 pies sobre el nivel del mar. Esta cordillera delimita el altiplano boliviano de 17 000 pies de altura, incluyendo algunas montañas que pertenecen a las más altas del mundo como el nevado de Sorrata con 25 250 pies sobre el nivel del mar y el Illimani con 24 350 pies sobre el nivel del mar.

En el Perú central, la Cordillera alcanza una altura más importante que los Andes, cuya línea promedio está a unos 13 000 pies de altura, cuyas cimas alcanzan solo unos cientos de pies por encima de esta línea. En la Cordillera, en cambio, se levantan algunos cerros gigantescos, lamentablemente sin mediciones aún, cuyas cabezas cubiertas de nieve eterna se pierden en las nubes como el Hatun-Chahua al noreste de Pasco, el ya mencionado Tuctu y el Huajracocha en la provincia de Yauyos, que no ha sido mencionado por los viajeros aún. A menudo preparé mi campamento de cacería en su pie, durante mis excursiones a las cordilleras más altas y he trepado sus pendientes desnudas hasta los majestuosos glaciares. Pertenece a la cordillera de Antaichahua. Una pequeña laguna llamada «Huajracocha» ('laguna del cuerno') y un mísero caserío de indios se ubican en una pequeña planicie, a más de 14 000 pies sobre el nivel del mar. A su costado se erige la enorme pirámide alcanzando el cielo, con su cumbre apenas divisible para la mirada asombrada. Cuando existan mediciones más precisas de la altura del Huajracocha, tomará seguramente su lugar entre las cumbres más altas de los Andes. Desde el Nudo de Pasco hasta el de Loxas, ambas cordilleras son mucho más bajas que más hacia el sur. La Cordillera tiene una altura promedio de 11 000 a 12 000 pies sobre el nivel del mar, superando la de los Andes en unos 2000 pies. La primera tiene solo tres nevados, de los cuales el Huaylillas mide 16 200 pies sobre el nivel del mar, la última carece por completo de ellos.

Los abras en la sierra no pasan por valles transversales como ya se mencionó, sino siempre sobre la cresta de la cordillera. Los más altos son el de la Rinconada a 16 452 pies sobre el nivel del mar (Gay); el de Piedra Parada, a 16 008 pies; el de Tingo, más arriba de Antarangra, a 15 600 pies; el de Huatillas, a 14 850 pies; el Portachuelo de la Viuda, a 14 544 pies; los Altos de Toledo, a 15 530 pies; y los Altos de los Huesos, a 14 300 pies sobre el nivel del mar. Algunas estaciones de correo, aún habitadas por indios, están igual-

mente a alturas significativas como v.g. la de Rumihuasi a 15 817 pies (Gay); la de Ancomarca a 14 376 pies (4792 metros según Pentland); y la de la Rinconada a 14 144 pies. Aún el pueblo bastante grande de Tacora está a 14 572 pies sobre el nivel del mar (según Pentland).

El límite inferior de la nieve difiere mucho, ya que depende de los vientos predominantes y del grado de inclinación de los cerros. Por debajo del ecuador está a 14 472 pies sobre el nivel del mar, entre 14,5 y 18° de latitud sur está a 14 560 pies en los Andes y en la Cordillera a 16 938 pies[2]. En el Perú central se puede calcular unos 16 100 pies para la cordillera de la costa y unos 15 000 pies para la cordillera del interior.

Ambas cadenas de la cordillera destacan por una riqueza extraordinaria de lagunas pequeñas. Se las encuentra en todos los abras y si uno sigue la cresta de una montaña existen en una cantidad casi incalculable. Por regla son bastante insignificantes y exceden raras veces un contorno de media hora. Pequeños ríos suelen nacer de ellas, pero muchas no tienen entrada o salida visible de agua. Solo pocas se nutren del agua de deshielo de los glaciares. Algunos viajeros han sostenido que se reconoce en el agua del río si éste proviene de lagunas de glaciares en la Cordillera, ya que ésta suele ser de un azul hermoso.

Esta regla, sin embargo, tiene tantas excepciones, justamente en el caso de la cordillera de la costa, que no puede mantenerse como tal. Por lo general, las lagunas se caracterizan por un color verde profundo. A menudo dos muy cercanas tienen colores diferentes, así es el caso de Pacha-ñaui ('ojos de tierra'), cerca de Yauli, que distan solo pocos pies una de la otra, pero una es de color azul intenso y la otra de un verde marino. Ambas son bastante profundas y transparentes. Estas lagunas de sierra nunca se congelan, pese al frío que reina en estas alturas. Solo las más pequeñas pueden cubrirse de una delgada capa de hielo durante prolongadas tempestades de nieve, pero ésta cede a los primeros rayos del sol. En la mayoría de ellas viven pequeños peces parecidos a bagres, así como numerosas aves acuáticas.

En la cordillera de la costa y en sus brazos occidentales existen muchos manantiales calientes, la mayoría de ellos en alturas considerables. He visto éstos en casi todas las provincias que visité, pero no conozco casos de ellos en los Andes.

Ambas cadenas y sus brazos laterales contienen mucho metal. El oro es muy escaso en las cordilleras principales. Solo existen algunas minas en la costa y en el departamento de Arequipa que ya están por agotarse. El oro de lavadero es muy frecuente en los ríos del nordeste del Perú, pero no se explo-

2 V. Humboldt, *Asie centr.*, etc., III, pág. 359. Quito 0° 0', 4824 metros; Andes de Quito 0° 1,5', 4 814 metros; Andes de Chile 14,5-18°, 4853 metros, Cord. orient., 5 646 metros, Cord. occid. [T]

ta regularmente. La plata, en cambio, que es la gran riqueza del Perú se encuentra principalmente en las cordilleras, en el norte y en el centro del Perú existe en la Cordillera, en el sur del Perú en los Andes. Aparece en todas las formas existentes, desde el metal puro hasta la galena con contenido débil de plata. Sobre las cumbres más altas, donde apenas se pierde el pie humano, se han encontrado vetas muy ricas. La cantidad de vetas de plata es tal, que no se puede caminar por medio día en estas montañas sin toparse con minas abandonadas o activas y encontrar nuevos yacimientos que salen a la luz.

El mercurio no es escaso, pero suele aparecer en cantidades reducidas, de tal modo que su explotación no es rentable. La única mina de importancia se encuentra en Huancavelica. Los minerales cupríferos también son frecuentes, ambas cadenas tienen una gran riqueza de ellos, pero su explotación solo se efectúa en la Cordillera, ya que el transporte de los Andes a la costa se prohíbe por la distancia y por los costos altos. No se explota ni plomo ni hierro, pese a su cantidad asombrosa, ya que el precio que se paga es demasiado bajo.

La Cordillera presenta un aspecto muy diferente al de los Andes. Es mucho más escarpada y salvaje, su cresta es más ancha, sus cumbres menos piramidales, son macizos montañosos que caen perpendicularmente hacia el norte o el oeste y tienen una inclinación algo menos pronunciada hacia el este.

En los Andes, en cambio, forman conos o pirámides, también cimas muy puntiagudas y delgadas, llamadas «agujas». La Cordillera baja en forma de terrazas hacia las planicies altas, los Andes lo hacen en una inclinación bastante uniforme. La montaña de tiza que diverge de la dirección principal de la Cordillera hacia el este, está destrozada en sus crestas. Grandes bloques de roca, la mayoría en forma de grandes cubos regulares, se desprenden y caen a los valles, aún la pequeña rocalla que está yaciendo alrededor de ellos tiene la forma de cubos. Muy hermoso es el efecto de las lluvias continuas y del frío en la quebrada de Huari a Yanaclara. De ahí, a una altura de 13 000 pies sobre el nivel del mar, he recogido fósiles, entre ellos de una especie que también existe cerca de Neuchâtel en Suiza.

Por este tipo de erosión, las crestas montañosas adquieren las formas más extrañas. A veces se cree que son obras humanas, quizá monumentos del tiempo de los incas. A veces se ve de lejos formas extravagantes como grupos de ogros o animales, pero cuando se les ve de cerca se nota solamente picos aislados, cuyo destino también es caer al valle en poco tiempo. En tiempos pasados los indios han venerado estas rocas extrañas, ya que pensaban que eran habitantes terrestres de siglos muy lejanos, en los que la ira de Pachacámac los convirtió en piedra. Son muy llamativas las formas que se ven en el camino de Huaypacha sobre Junín a Cerro de Pasco.

Quiero mencionar una formación rocosa muy curiosa que, desde tiempos antiguos, ha sido objeto de muchas discusiones de parte de los viajeros peruanos. Si se cabalga desde Ayacucho a Huancavelica, se encuentra un gran número de pirámides de piedra arenisca en las planicies altas de Paucara, algo más de una legua pasando el pueblo de Parcos.

Tienen color blanco rojizo, están cubiertas en muchas zonas por una costra negruzca y están ubicadas en forma aislada. Ulloa[3] se ha ocupado detenidamente de estas pirámides y no se decide si se trata de una obra de la naturaleza o de la mano humana, pero se inclina a esta última opinión, especulando que podría tratarse de monumentos funerarios de los curacas y caciques más excelsos, aunque no conocía otros monumentos parecidos del Perú. Ya que consisten de una sola pieza y son muy regulares, se ve tentado a creer que los indios hayan tenido el secreto de fundir la piedra. En realidad son piedras areniscas erosionadas, algunas con puntas tan agudas y regulares que difícilmente pueden proceder del cincel del constructor. Otras, en cambio, están truncadas en forma mucho más irregular y llevan el sello de la erosión. Por un espacio de más de dos horas estas pirámides cubren las planicies altas, a veces arrimadas, a veces separadas por grandes distancias. Toda la sierra de pizarra y piedra calcárea de Ayacucho hasta Huancavelica está erosionada y muestra otros trozos, aunque menos regulares.

Como ya he mencionado antes, la Cordillera forma una divisoria de aguas entre el Océano Atlántico y el Pacífico. Todas las aguas de la pendiente oriental de esta cadena, todas las que nacen en las planicies altas y en la pendiente occidental de los Andes, fluyen al este y rompen esta última. No existe caso en toda Sudamérica en que la cordillera fuera seccionada por un río, lo que es aún más llamativo, teniendo en cuenta que la cadena de la Cordillera en el Sur del Perú y en Bolivia es más baja que los Andes.

Este fenómeno sumamente interesante ha captado la atención de los geólogos en alto grado, pero no ha podido ser explicado de modo satisfactorio. Comparto la opinión de Darwin, el investigador de las ciencias naturales, quien tuvo la ocasión de estudiar ambas cadenas montañosas más detalladamente. Constata lo siguiente[4]: «La afirmación de que la cadena oriental de Bolivia y de Chile central tenga un origen más tardío que la occidental, más cercana al océano, me parece muy osada, si no fuera por la circunstancia de que los ríos de una cadena seccionan una más alta, lo que se haría enigmático sin esta explicación». Darwin piensa que este fenómeno debe explicarse por la suposición de un levantamiento periódico paulatino de una segunda línea (los Andes), y que primero aparecieron cadenas de islas aisla-

3 *Noticias americanas*. pág. 248. [T]
4 *Op. cit.*, pág. 85. [T]

das y que canales más profundos y más anchos fueron hundidos entre ellas durante el levantamiento.

En las alturas considerables a las que se levantan las cordilleras, se muestra el efecto de la reducida presión del aire en alto grado en el organismo, la que se manifiesta en un cansancio inaguantable y mucha dificultad para la respiración. Los indios llaman a este fenómeno «*puna*» o «*soroche*» (los criollos españoles «mareo» y «veta») y lo atribuyen, sin estar familiarizado con la causa real, a evaporaciones de metales, en particular las de antimonio, que juega un papel principal en su concepto de la física y la metalurgia. Los primeros síntomas de la veta suelen aparecer a una altura de 12 600 pies sobre el nivel del mar, consisten en vértigo, zumbido de oídos y capacidad reducida de la vista, acompañados por dolor de cabeza y náuseas. Aunque si se monta caballo aparecen estos fenómenos a menudo, pero con fuerza doblada subiendo a pie. Por más que se sube, más se intensifican y aumentan, con un cansancio en los muslos que se agrava en tal manera que impide el caminar[5], debido a una respiración muy ajustada y por palpitaciones muy agitadas. Un descanso absoluto disminuye estos síntomas, pero al moverse nuevamente vuelven a aparecer con intensidad renovada, acompañados por desmayos y vómitos convulsivos. Los vasos capilares de la conjuntiva de los ojos, de la nariz y de los labios se rompen y la sangre brota de ellos a gotas. Los mismos síntomas se muestran en las mucosas de los órganos respiratorios y en los tubos intestinales. El vómito de sangre y diarreas sangrientas son acompañantes frecuentes de la veta intensa.

La sensación de estos males se asemeja a la de un mareo, lo que explica la aplicación de este término para el primero, solo que en el mareo no aparecen las dificultades respiratorias. No es raro que la intensidad de este mal sea tal que le cueste la vida al viajero afectado. Encontré a un oficial en Pachachaca, que en el año de 1839, tuvo la orden de viajar desde Lima al Cuzco con despachos. Un día después de haber logrado el camino por Piedra Parada, murió por hemorragias en los intestinos y los pulmones debido a los efectos de la veta. Mucho depende de la costumbre y de la individualidad. Todos los habitantes de la costa y los europeos que pasan la cordillera alta por primera vez, padecen de esta enfermedad, que suele pasar rápidamente en personas sanas no pletóricas, pero alcanza un grado muy alto en individuos débiles, nerviosos, con problemas de corazón y/o de enfermedades de pecho.

Un obeso negociante alemán radicado en Lima, tuvo que viajar a Cerro de Pasco por negocios. Después de haberse quedado ahí apenas un par de

5 Según los experimentos de Weber, la cabeza del fémur está mantenida en la cotila por presión del aire, si éste disminuye se requiere un esfuerzo muscular más grande para mantener el fémur en su posición. [T]

horas, tuvo que abandonar la ciudad hacia los valles más bajos, con el fin de escapar de las peligrosas influencias de la puna. Durante una estadía más prolongada en estas regiones altas, el organismo se acostumbra a este aire enrarecido. Después de ello, un europeo fuerte puede trepar cerros altos con facilidad y moverse tan libremente como en la costa.

Solo padecí dos veces de la veta, pero en grado muy violento. Una vez la tuve en una planicie alta, la otra vez en la montaña de Antaichahua. Cuando pasé por vez primera por la cordillera, no sentí el mínimo malestar y pude subir a pie por distancias largas al lado de mi caballo cansado, sin sentir algún síntoma de la veta, de modo que ya pensé haberme librado de sus efectos para siempre. Después de un año fui atacado por ella, pero solo por el lapso de unas horas.

Algunas regiones son conocidas por la ocurrencia de la veta intensa. Algunas de ellas se ubican a alturas menores que otras, en las que se la siente mucho menos, de modo que esta enfermedad no solamente está causada por la presión aminorada del aire, sino también por otras, aún desconocidas, relaciones climáticas. Por lo general se trata de regiones ricas en yacimientos de metal, lo que ha llevado a la creencia de los peruanos de que el efecto se relaciona con las evaporaciones de metales. Los indios serranos que viven en este aire enrarecido desde su juventud, nunca padecen de veta y también tienen un preservativo (al se referirá más adelante) que también es sumamente útil para los habitantes costeños. Los médicos limeños tienen la costumbre de enviar a las personas tísicas a la sierra, ya que tienen la opinión de que el aire más puro les hará bien, con ello, sin embargo, hacen caso omiso a la veta. En consecuencia, estos enfermos reciben su golpe de gracia en su travesía por la cordillera.

En el capítulo anterior, presenté el efecto de la puna en los animales de carga y las precauciones tomadas por los indios. Quisiera agregar solamente, que ésta tiene una influencia más maligna en algunos animales domésticos que en el hombre. Esto es particularmente así en los gatos. En una altura de 13 000 pies sobre el nivel del mar, estos animales ya no pueden vivir. Se hicieron innumerables experimentos de criarlos en los pueblos altoandinos, pero todos han tenido resultados adversos, ya que estos animales murieron bajo las convulsiones más terribles en el lapso de pocos días (los síntomas se parecen a una corea muy violenta). Es conmovedor ver a un animal afectado cuando es atacado por convulsiones terribles en todo el cuerpo, salta de improviso, sube por las paredes, cae, quedándose echado inmóvil por agotamiento, hasta que se repite la misma escena que termina con su muerte. El gato enfermo no intenta morder al hombre y tampoco huir. En Yauli tuve la oportunidad de observar esta enfermedad en dos casos. Los lugareños llaman a estos animales «asorochados» y echan la culpa al antimonio. Los perros de raza pura también sufren de ella, pero no sucumben tan rápidamen-

te como los gatos y pueden quedarse con vida hasta el lapso de un año bajo cuidado diligente.

Otro enemigo del caminante de las cordilleras es el llamado «surumpe». Se trata de una violenta inflamación de los ojos, causada por el reflejo repentino del sol ardiente sobre la nieve. Por el aire enrarecido y los vientos cortantes, el órgano ocular se encuentra en un estado irritado que le hace más sensible para impresiones violentas, que en el caso de influencias atmosféricas menos nocivas. En estas regiones, el cielo suele oscurecerse de un momento a otro y la superficie de color amarillo verdusco se cubre con una capa blanca. Cuando el sol penetra nuevamente por las nubes desgarradas, el ojo no protegido se ciega por los rayos solares reflejados violentamente. Al mismo momento, se siente un ardor y una picazón fuerte que aumenta de minuto a minuto y se vuelve casi insoportable. El ojo se enrojece vivamente, los párpados se hinchan y comienzan a sangrar. El dolor es uno de los más fuertes que existen y suele llevar a la desesperación y la locura. Lo puedo comparar aproximadamente a la sensación que se tiene al echar ají o pólvora en los ojos. Inflamaciones oculares crónicas, tumores en los párpados y ceguera total son las consecuencias frecuentes de un surumpe intenso. A menudo se encuentra a cholos sentados en el camino, gritando fuertemente, impotentes para seguir su ruta. Los indios están mucho menos expuestos a esta enfermedad que los criollos, que se protegen con gafas verdes y velos en sus viajes por la sierra.

Las frecuentes tempestades de nieve en la cordillera suelen estar acompañadas por truenos y relámpagos. Por el lapso de unos cinco meses, desde noviembre hasta marzo, se desatan tormentas terribles casi a diario. A las dos y tres de la tarde se inician con una puntualidad asombrosa y duran hasta las cinco y seis de la tarde, nunca ocurre una tormenta después de esta hora ni durante la noche. La tempestad de nieve, en cambio, continúa hasta pasada la medianoche. Antes de la salida del sol, nieblas heladas corren por las crestas de la sierra hacia la planicie y desaparecen con la presencia del sol, al que cede también la nieve después de pocas horas. La violencia de estas tormentas supera la imaginación, sin ser testigo ocular de estos espeluznantes espectáculos de la naturaleza.

Algunas cadenas montañosas, sobre todo las crestas de las cordilleras ricas en metales, gozan de una celebridad tenebrosa. Quiero mencionar solamente la de Antaichahua. He presenciado las más violentas tormentas sobre el salvaje mar movido y en las selvas más oscuras, que despiertan temor por lo tenebroso de sus ambientes y por los peligros que amenazan constantemente, pero nunca se alzaron con una violencia tan terrible como la que vi en Antaichahua. Por horas seguían relámpagos formando cascadas de rojo sangre en los farallones. Acompañado por golpes retumbantes, el rayo ardiente se dispara en aisladas líneas quebradas que se empujan hacia arriba o

se retuercen por la tierra, dejando largos surcos entre las gramíneas chamuscadas. La atmósfera tiembla por el trueno continuo, que se rompe en un eco multiplicado por mil veces en la montaña. El viajero miedoso, viéndose sin cobijo, rodeado por estos elementos desencadenados, abandona su animal tembloroso y busca refugio debajo de una piedra inclinada.

La naturaleza en estas alturas es estéril y vacía. La vegetación más rala se nutre pobremente de la tierra yerma. Los animales evitan estos poderes nocivos que reinan en estas alturas y el silencio tenebroso del entorno salvaje solo se interrumpe de vez en cuando por el grito monótono de un indio, que anima a sus burros apáticos a que se esfuercen en trepar la pendiente empinada para que avancen más rápido o por el ruido de los cascos de una mula asidua que lleva a su jinete con buena voluntad, pese al sendero penoso. El único animal que se siente a gusto en estas alturas, considerándolas su cuna, es el cóndor. Anida en las cumbres rocosas más inaccesibles, sus crías marrones nacen en los meses de abril y mayo.

Pocos animales han alcanzado más fama que el cóndor, al que ya se conocía en Europa en un tiempo en el que su patria aún pertenecía al reino de las fábulas, en las que reinaba una fantasía fértil. Los cuentos más inverosímiles sobre él fueron distribuidos y se aceptó incondicionalmente todas las noticias de los viajeros, que han difundido en sus países natales como innumerables cuentos de hadas, sobre un país dichoso de oro y de plata. Solo a partir de las comunicaciones precisas del señor von Humboldt, a comienzos de este siglo, se han reducido los datos exagerados sobre el tamaño y la fuerza de esta ave y se ha descrito fielmente su modo de vida.

El cóndor adulto mide de cuatro pies, diez pulgadas a cinco pies, desde el punto extremo de su pico hasta la punta de su cola y tiene una envergadura entre doce a trece pies de un punto del ala al otro. Puede haber algunos que superen este tamaño. Vive con preferencia de cadáveres, pero se atreve también a atacar a animales cuando tiene hambre, pero en este caso se trata de individuos pequeños y desamparados, como las crías recién nacidas de ovejas, vicuñas y llamas. No ataca a animales adultos. En casos muy excepcionales, atraído por el olor putrefacto de sus heridas, se sienta en el lomo de caballos amarrados, y les saca la carne a picotazos. No puede agarrar nada con sus patas, que le sirven solo de palanca, cuando quiere usar la gran fuerza de su pico. Su fuerza mayor está en su nuca y en el pico, pero no puede volar con una carga de un peso mayor a ocho o diez libras. Todas las noticias de secuestros de ovejas o terneros son exageradas.

Cuando el cóndor se ha saciado ya no puede volar, siempre tiene que aligerarse, regurgitando repetidamente y arrojando parte de su alimento. Aún con el estómago vacío, no puede despegar de una planicie por el largo de sus alas, por ello se sienta sobre una piedra o en la pendiente de un cerro. La mayor parte del día la pasa durmiendo, sobre todo durante el mediodía;

en la mañana y en la tarde vuela con el afán de conseguir alguna presa. Se desliza tranquilamente, apenas alcanzable a la mirada humana o aún perdido en una lejanía insondable, en la atmósfera pura de la cordillera que parece alcanzar el cielo. Sin rumbo fijo, dirige su ojo dotado de una nitidez maravillosa a las planicies para detectar a su presa y lanzarse sobre ella con la velocidad de un relámpago, al instante de haberla ubicado. Es casi incomprensible cómo pueden reunirse grupos grandes de cóndores alrededor de un cebo expuesto, dentro del lapso de menos de un cuarto de hora, ya que el ojo más agudo no pudo ver uno solo de ellos antes. Es difícil de determinar lo que merece más admiración, el olfato o la potencia visual de estos animales.

Antiguos viajeros célebres como Ulloa han sostenido que una bala de rifle no puede perforar el plumaje del cóndor, sino que rebota hacia el cazador. Esta opinión no merece un rechazo pormenorizado, pero es correcto afirmar que estas aves tienen una vida extraordinariamente tenaz y resulta difícil matarlas con un solo disparo, si no se alcanzó su parte vital. Como las plumas, sobre todo aquellas de las alas, son muy fuertes y están ordenadas una sobre la otra, aun las postas no las penetran y las balas que impactan en ángulo desviado, quedan sin efecto. Por ello, los indígenas nunca se sirven de rifles para matar a estas aves, sino que les colocan trampas en forma de grillos o lazos o lanzan piedras con hondas o usan las boleadoras.

Una manera sumamente curiosa de capturar a los cóndores vivos se observa en la provincia de Abancay. Se coloca un pellejo fresco de vaca, con algunos trozos de carne adheridos sobre la planicie, debajo del cual se agacha un indio con bastantes cuerdas, otros cholos se esconden en la cercanía. Cuando los cóndores atraídos por el olor de la carne se acercan y se paran sobre el pellejo, el cholo escondido debajo de éste agarra las patas del ave y las ata al pellejo, de modo que se quedan dentro de una especie de saco. Después de haber capturado a varios de ellos, el indio deja su escondite y las aves asustadas quieren escaparse volando, lo que ya no les es posible. Los otros cholos se acercan corriendo, lanzan sus ponchos sobre los cóndores y los llevan a su pueblo, donde se les guarda para la corrida de toros. Estos animales no reciben alimento alguno durante casi una semana, antes de esta diversión cruel. En el día señalado se amarra uno de estos cóndores al lomo de un toro, después de haber hincado a éste con lanzas hasta que brotara su sangre. Con su pico, el ave hambrienta descarna al animal torturado, que corre rabioso por la arena ante la gran alegría de los indios.

Muchas de estas aves se capturan con facilidad y en gran cantidad en la provincia de Huarochirí, a tres leguas de Chacapalca, en un sitio de la planicie alta llamado «Cuntur-huanashini-pampa»[6]. Ahí existe un gran embudo

6 'Planicie donde se mata cóndores'. [T]. Según Cerrón-Palomino, la palabra correcta es «*Cuntur-huañuchina-pampa*». [K].

natural, de unos 60 pies de diámetro. En su borde exterior se coloca una mula muerta o una llama. Pronto llegan los cóndores, llevan a empujones a su presa hasta que cae al fondo, donde le siguen para devorarla abajo. Cuando se han saciado ya no pueden levantarse del fondo del embudo, que tiene un ancho de apenas quince pies. Cuando los indios se percatan de ello, bajan y matan a las aves indefensas, gritando «miedosas», a palizas con palos largos que llevan para este fin. Participé en una de estas cacerías, en la que se mató a 28 animales. Los cóndores de la puna suelen mostrarse descarados y se acercan al hombre sin temor. Vi, con cierta frecuencia, que los cóndores se sentaron a una distancia de diez a doce pasos del lugar donde desollé a vicuñas o corzos que había cazado, para poder devorar los intestinos que boté.

Me parece que los numerosos cuentos de indios, acerca de ataques aislados de cóndores a niños pequeños, pueden corresponder a la verdad basándome en el siguiente ejemplo. En Lima tuve a una de estas aves, que recibí muy joven. Después de haberle recortado las alas, fue amarrada de una pata con una cadena de hierro de un peso de seis libras, que tenía que arrastrar por un gran patio durante todos los días. Cuando tenía un año y medio voló con esta cadena al campanario de Santo Tomás, del que fue ahuyentado por unos gallinazos. Le arrancó la oreja a un negro que lo recogió en la calle para llevarlo de regreso al patio. Poco después persiguió a un niño negro de tres años de edad, lo empujó al suelo y le picó la cabeza con su pico de tal manera, que el pequeño murió de sus heridas. Quería llevar este ejemplar vivo a Europa, pero después de una estadía de dos meses a bordo del barco murió a la altura de Montevideo.

En la medicina popular de los indios, el cóndor juega un papel importante. Su grasa se usa para erupciones cutáneas de todo tipo; el corazón, crudo o seco y molido en polvo sirve contra la epilepsia; el estómago fresco se aplica exteriormente para curar quistes en los senos con buen éxito. También ocupaba un papel muy importante en la religión de los incas, como señala Garcilaso de la Vega.

Cuando se sube por la cordillera o por uno de sus brazos, se ve muchos amontonamientos pequeños de piedras apiladas irregularmente. Éstos siempre se encuentran en la cresta de una montaña, en el lugar donde el camino se inclina hacia abajo por el otro lado. Los indios cargados siempre descansan ahí y levantan otro montón de piedras o contemplan con mucha atención el ya existente y lo destruyen. El criollo y el europeo, en cambio, pasan por estos lugares sin prestarles atención o solo les sirve de señal bienvenida de haber alcanzado la meta de su ascenso penoso.

En el tiempo del imperio incaico los indígenas solían dejar su carga, cuando habían trepado la cima de un cerro con sus cargas pesadas, y darle un sacrificio de gracias al Pachacamac, la «divinidad vivificante». Lo único que

encontraban en estas alturas eran piedras, que apilaban con la exclamación «*Apachecta*»,[7] que significa 'al que nos da fuerza'. Este nombre lo han retenido hasta ahora, pese a adquirir un significado diferente desde la conquista. Servían como una especie de oráculos. Cuando un indio se aleja de su choza y deja a su mujer, levanta un montón de piedra sobre la cresta de un cerro. Si encuentra esta señal intacta a su regreso, le sirve como prueba que su mujer le ha sido fiel en su ausencia, pero si se ha derrumbado por alguna coincidencia, estará expuesta a sus maltratos a su llegada. Puede jurar su inocencia, pero en vano, ya que la señal de la apachecta le vale más al indio que todas las aseveraciones de su mujer. En algunas provincias los cholos que dejan solas a sus mujeres, lanzan hojas mascadas de coca contra una roca. Si éstas se mantienen pegadas aún al tiempo de su retorno, creen que su esposa les ha sido fiel en su ausencia, según su opinión.

Los indios consideran estos montones de piedras como su propiedad sagrada y nadie toca el que fue hecho por otro. Solo los mestizos traviesos se dedican a la diversión dudosa de destruir esta señal y aún se alegran pensando que una mujer inocente será castigada por su marido celoso.

7 De «*apachiay*», 'hacer cargar, dar fuerza'. En el Perú central, estos montones de piedra se llaman «*Cotoray-arçuni*». [T]

Tercer capítulo

La puna. — La temperatura. — El efecto de los vientos. — Las corrientes de aire. — La vegetación. — La maca. — Los animales. — La alpaca. — El guanaco. — La vicuña. — El chaco. — Las aves. — La ganadería. — Los ovejeros. — Las viviendas. — Los pueblos en la puna. — El camino del inca y las estaciones.

Entre la Cordillera y los Andes se extienden grandes planicies altas, casi sin presencia humana, a una altura de 12 000 pies sobre el nivel del mar. En la lengua quechua, éstas reciben el nombre de «puna» que quiere decir 'despoblado'. Forman las regiones montañosas más altas de la sierra sudamericana. Se les encuentra por todo el Perú de noroeste a sureste sobre una distancia de 350 millas españolas, continúan en Bolivia y desaparecen en territorio argentino. Por sus condiciones geográficas y de punto de vista de su historia natural presentan la contraparte original de los llanos de Sudamérica, más allá de los Andes en dirección noreste, estas estepas inacabables llenas de vida orgánica, que al igual que la puna, contribuyen mucho a las características del Nuevo Mundo.

Cuando se baja por la pendiente «aterrazada» de la pendiente oriental de la Cordillera, desde su cresta a los 2000 ó 3000 pies, se llega a una extensa meseta ondulada que va del nudo de Azángaro hasta el de Pasco y puede entenderse como una continuación del altiplano boliviano. Es tan alta como este último, pero es menor en cuanto a extensión y, sobre todo, en anchura. Está cortada por varias quebradas transversales y forma una unidad por varias gargantas, lo que permite reconocer sectores subordinados con facilidad. Estos no comparten la misma extensión y tampoco la misma altura sobre el nivel del mar. La meseta de Bombón[1] está entre los 13 000 y los 14 000 pies sobre el nivel del mar, mientras que la de Cangallo apenas alcanza los 12 000 pies sobre el nivel del mar. En algunas regiones, la puna se extiende en forma regular desde la Cordillera hasta los Andes, en otras está cortada por valles profundos con carácter muy diferente, lo que se describirá más adelante.

---

1 Más correctamente «*pumpu*», proviene de la lengua quechua. Viajeros ingleses hasta han estropeado este nombre en «*Bourbon*». [T]

El clima de esta región es tan inhóspito como el de las altas crestas de la montaña. Vientos fríos desde el oeste y del suroeste que llegan de la Cordillera helada pasan por esta planicie y llevan a tormentas violentas, acompañadas de tempestad de nieve, a diario durante unos cuatro meses, correspondiendo a su ocurrencia en la Cordillera. Durante esta estación fría, el llamado 'verano' (por la escasa presencia de nieve), el promedio indicado por el termómetro es de –5° R, a mediodía sube a + 9,7° R. En el verano, la columna de mercurio escasamente baja por el punto de la congelación y se mantiene entre +1 y 0° R, pero solo sube hasta +7° R al mediodía. Conviene señalar que resulta casi imposible indicar la temperatura promedio en estas regiones, ya que suele haber una diferencia de calor entre 18 a 20° R. en el lapso de unas pocas horas. Esta diferencia es bastante sensible para el caminante en estas alturas, ya que la baja de la temperatura suele estar acompañada por vientos fríos y cortantes, que irritan la piel de tal manera que se parte y sangra por todas estas grietas. Un ardor insoportable y un tumor molesto acompañan este síntoma, los que resultan en la inutilidad de las manos, pese a estas heridas poco significantes como tales.

Particularmente doloroso es un mal llamado «chuñu» por los indios que se centra en los párpados y resulta una de las más terribles torturas imaginables si está acompañado por un surumpe fuerte. También afecta los labios, ya que aparecen grietas profundas que causan dolor al comer y hablar y, sobre todo, al reírse. Estas grietas sangran durante mucho tiempo y sanan con dificultad.

Otro efecto llamativo de los vientos de la puna consiste en la desecación extremadamente rápida de los organismos animales, lo que impide su putrefacción. Una mula muerta se convierte en momia en el lapso de pocos días, hasta tal punto que ni los intestinos muestran el más mínimo rasgo de descomposición.

A menudo se pasa de vientos de un frío helado, súbitamente, a corrientes calurosas que pueden tener una anchura de solo dos a tres pasos, pero con frecuencia miden varios centenares de pies y se repiten en dirección paralela. De este modo, se puede pasar por cinco o seis de ellas en el lapso de pocas horas. En el altiplano que se extiende entre Chacapalca y Huancavelica las he notado con más frecuencia, sobre todo en los meses de agosto y setiembre. Según mis observaciones repetidas, la dirección principal de estas corrientes es de sursuroeste a nornordeste en la Cordillera. Una vez, mi camino me llevó por una de estas capas calientes por varias horas, siguiendo su longitud, cuya anchura no excedía los 27 pasos. Su temperatura medía 11° R más que la atmósfera que la cubría. Parece que estas corrientes no se muestran solo en algún tiempo particular, ya que los arrieros saben indicar con precisión donde aparecen. Estas capas calientes no deben confundirse con el aire calentado en las quebradas encerradas por rocas, ya que pasan

por el altiplano abierto. La causa que produce este fenómeno extraño merecería una investigación más profunda por los meteorólogos.

El aspecto de la puna es bastante monótono y triste. Su superficie entera está cubierta por secas gramíneas de color amarillo marrón que le prestan un aspecto otoñal, casi invernal, nunca avivado por un verde refrescante. Singenesitas magras que se nutren miserablemente en estas alturas y cactáceas (*Echinocactinae*) no pueden contribuir a un cambio alegre de este paisaje. Hasta las calceolarias con sus flores grandes, las verbeneáceas, los crucíferos enanos y muchas otras plantas alpinas, que normalmente son los ornamentos de las altas regiones serranas, en la puna están casi ahogadas por las gramíneas de aspecto de paja. Solo muy aisladamente se encuentra los árboles achaparrados de la queñua (*Polylepis racemosa* R. & P., Rosaceae) o zonas grandes cubiertas por los arbustos de color marrón rojizo, llamado «rataña» (*Krameria triandra* R. & P., Krameriaceae)[2]. Ambas se recogen con mucha dedicación, ya que sirven para combustible o para el techado de las chozas.

El clima frío y el suelo estéril de la puna reducen mucho la agricultura. Solo una planta doméstica alcanza su madurez en este ambiente. Se trata de la maca, un tubérculo, que se cultiva como la papa y también se usa como ésta. En muchas regiones es el alimento preferido de los nativos. Su sabor es agradable, algo dulce, si se la prepara en leche hervida adquiere un sabor parecido a la castaña. Que yo sepa ningún viajero ha mencionado esta planta por lo que tampoco está identificada taxonómicamente[3]. El tubérculo parece en su forma a la de una castaña grande. Puede conservarse por años con mucha facilidad si primero se le expone a la irradiación solar por algunos días y después al frío. Con este proceso adquiere un aspecto poco agradable, se reduce y se pone duro. De esta maca seca, los indios preparan un plato parecido al jarabe, de sustancia viscosa, que despide un olor dulce y desagradable, pero de buen sabor. La maca crece mejor en alturas entre los 12 000 y los 13 000 pies sobre el nivel del mar. En regiones más bajas no se cultiva, ya que los indios sostienen que pierde su sabor por completo.

Fuera de la maca en la puna también se cultiva la cebada, he visto chacras a 13 200 pies sobre el nivel del mar. Pero nunca alcanza su madurez, solo raras veces desarrolla espigas y se la corta en estado verde para usarla como forraje para los caballos.

---

2 Los indios conocen la rataña desde los tiempos más remotos y la usan para curar vómitos de sangre y la disentería. La mayor parte de la rataña que llega a Europa mediante el comercio, se recoge en las provincias sureñas del Perú y se embarca en Arica y en Islay. El extracto cocido en el Perú, que antes fue exportado en grandes cantidades a Europa, apenas es producto de comercio en la actualidad. Desde el Callao no se ha embarcado ninguna rataña en los últimos tiempos y de Trujillo sale muy poco. [T]

3 El nombre correcto es *Lepidium meyenii* Walp., Brassicaceae. [K]

El mundo animal es mucho más rico que el de las plantas. Ésta es la patria de los mamíferos más grandes que poseía el Perú, como la llama y sus parientes, la alpaca, el *huanacu* (guanaco) y la vicuña, antes de que los españoles introdujeran los caballos y el ganado vacuno. Quisiera ofrecer algunas observaciones sobre su modo de vida a continuación[4]. La llama y la alpaca son animales domésticos, la llama está completamente domesticada, mientras que la alpaca se encuentra en un estado semisilvestre.

La llama[5] alcanza una altura de cuatro pies y seis a ocho pulgadas, desde la planta hasta la coronilla, pero mide dos pies, once pulgadas hasta tres pies hasta la cruz. Las hembras suelen tener una talla menor que los machos, pero tienen lana de mejor calidad, ya que reciben un cuidado mejor. La coloración es muy variada, a menudo se trata de un pardo con tonalidades amarillentas o negruzcas, muy frecuentemente con manchas de diferentes colores, y muy escasamente se observa variantes completamente blancas o negras. Los animales con manchas pardas se llaman moromoros en algunas regiones.

Por regla se les permite a las llamas tiernas quedarse con sus madres hasta haber alcanzado un año de edad, luego se les separa y se les junta a rebaños propios. En su cuarto año se separan los machos de las hembras y se les adiestra para convertirse en animales de carga, mientras que las hembras se quedan en las praderas de las planicies altas. En las provincias sureñas de Puno, Cuzco y Ayacucho existen los rebaños más grandes. De ahí se les lleva a las minas de plata del norte del Perú.

El precio por una llama fuerte y adulta es de tres a cuatro táleres, pero cuando se les adquiere en rebaños el precio baja a solo uno y medio o dos. Por la multiplicación de los caballos, mulas y burros, así como de las ovejas, su precio se ha rebajado más. La carga que aguanta una llama no debe sobrepasar las 125 libras, solo raras veces se les carga con el peso de un quintal. Cuando el peso es demasiado grande para el animal, se echa al suelo y no vuelve a pararse, hasta que se le haya rebajado su carga. Las llamas son de alta importancia en las minas de plata, ya que tienen que bajar el metal de los socavones que se ubican en farallones tan empinados que los cascos de burros o mulas no encuentran suelo seguro. Esta ventaja es un reemplazo importante para las fuerzas reducidas de estos animales.

Los indios suelen bajar a la costa con rebaños grandes de llamas para traer la sal. Las jornadas realizadas son muy reducidas, alcanzan un máximo de tres a cuatro leguas ya que las llamas no comen durante la noche. Por lo tanto, deben encontrar su alimento en el camino o durante un descanso

4 Contribuciones más detalladas se encuentran en mi obra *Fauna peruana*, págs. 217-238 y 257. En este lugar he comprobado sus diferencias específicas y pude corregir errores de viajeros antiguos y recientes. [T]

5 *Lama glama* L. [K]

de varias horas. Para poder cargarlas y descargarlas se reúne el rebaño y se coloca una soga larga alrededor de los cuellos altos de los animales sin atar a uno solo de ellos, pese a ello no se atreven a pasar por debajo de esta soga. Cuando descansan, emiten un extraño sonido bajo que tiene parecido con los acordes de varias arpas eólicas.

Un rebaño cargado de llamas que pasa por las planicies altas ofrece un aspecto atractivo. Con pasos solemnes y lentos avanzan y miran curiosas por todos lados. Cuando se les presenta un objeto desconocido que les causa miedo, se dispersan por todos lados en un instante y los pobres arrieros tienen que esforzarse mucho en reunirlas nuevamente. Pese a sus cargas, se mueven con mucha ligereza y no dan la impresión de que se les usa para un servicio tan indigno.

Los indios aman mucho a estos animales, adornan sus orejas con cintas y les cuelgan pequeñas campanas en cuerdas coloridas por su cuello. Nunca se olvidan acariciarlas antes de cargarlos. Cuando uno de ellos se cae por cansancio, se arrodillan gimiendo a su lado y se abundan en lisonjas. Pese a todo este cuidado y precauciones, muchas llamas perecen en el curso de los viajes a la costa o a la selva, ya que no soportan el clima caluroso.

Las indicaciones de viajeros más antiguos, de que estos animales sirven para montar o aún para jalar, no corresponden a la verdad. A veces, un niño indio se sienta en el lomo de una de ellas cuando tienen que pasar un río, ya que no le gusta mojarse, pero baja inmediatamente al llegar a la otra ribera. La carne de la llama es esponjosa y no tiene un sabor agradable, pero la de las hembras es mejor. Su lana se usa para fabricar telas gruesas.

La alpaca o paca[6] es más pequeña que la llama, ya que mide solo tres pies y tres pulgadas de la planta hasta la coronilla y uno y medio pies hasta la cruz. Su cuerpo se parece al de una oveja, pero su cuello es más alto y la cabeza más grácil. Su vellón es muy largo y sumamente suave. En algunos lados, como en sus flancos, alcanza un largo de cuatro a cinco pulgadas. Su color suele ser enteramente blanco o negro, pero también existen manchados pardos. Los indios tejen frazadas y ponchos de esta lana. También se exporta a Europa, donde alcanza altos precios de venta. Las alpacas se crían en grandes rebaños, que pastan en las planicies altas durante todo el año. Solo para la esquila las llevan a las chozas. Por ello son muy tímidas y huyen ante la presencia del hombre. Probablemente no exista un animal más obstinado que la alpaca. Si una de ellas es separada de su rebaño, se tira al suelo y no se le puede motivar a volver a levantarse ni por cariños ni por la fuerza. Prefiere sufrir los castigos más duros y hasta la muerte en vez de seguir al hombre. Algunas alpacas solo pueden ser transportadas en rebaños mayores de llamas y de ovejas. Existen pocos animales con tanta necesidad de

6 *Lama pacos* L. [K]

socializarse que ellos. Solo si se les cría en la cercanía de las chozas desde su más temprana juventud, se acostumbran al hombre y a la soledad. En otro lugar[7] he manifestado la importancia de trasladar a la alpaca a Europa, donde el clima en las regiones serranas de Alemania le agradaría mucho.

El animal más grande de esta familia es el guanaco[8], ya que mide cinco pies de planta hasta la coronilla y tres pies tres pulgadas hasta la cruz. Se parece en su forma tanto a la llama, que entre los zoólogos se generalizó la opinión de que la llama era solo una forma mejorada del guanaco o éste, una llama vuelta salvaje. He presentado detalladamente lo insostenible de esta opinión en la *Fauna peruana* y he señalado sus diferencias específicas. El cuello, el lomo y los muslos del guanaco son de uniforme color marrón rojizo. En el vientre, en la línea media de su pecho y en el lado interior de sus extremidades muestra un blanco sucio. La cara es gris negruzca, algo más clara alrededor de los labios, hasta casi alcanzar un blanco. Variedades como aquellas entre las llamas y las alpacas nunca se encuentran en los guanacos. Su lana es más corta que la de la llama y menos fina, pero tienen un largo casi uniforme en el cuerpo. Solo en el cuello es algo más corta, mientras es más larga en el pecho.

Los guanacos viven en manadas de cinco a siete animales, muy raras veces alcanza una cifra mayor. En la mayoría de las regiones que frecuentan son muy tímidos y no permiten un acercamiento. Si se les captura a temprana edad, se dejan adiestrar, pero siempre se mantienen maliciosos y tienden a volverse salvajes, solo con grandes dificultades se les adiestra para cargar pesos. En las exposiciones en Europa se suele ver a estos animales con frecuencia. Provienen de Chile y se les presenta como llamas.

Más grácil que las dos especies presentadas es la vicuña[9]. En cuanto a su talla se encuentra entre la llama y la alpaca. De la planta a la coronilla mide cuatro pies y una pulgada, hasta la cruz, dos y medio pies. Su cuello es mucho más alto y esbelto que los de sus parientes, de los cuales también se distingue por su lana muy corta y crespa que es sumamente fina. La coronilla, la parte superior del cuello, el tronco y los muslos se caracterizan por una coloración particular amarillenta rojiza (color de vicuña). La parte inferior y las interiores de las extremidades son de color ocre claro; las fibras del pecho de cinco pulgadas de largo y el vientre tienen color blanco.

En la época húmeda del año las vicuñas viven en las crestas montañosas, donde solo crece la vegetación más rala, así como en los altos más elevados, pero nunca se atreven a subir las cumbres pedregosas y estériles, ya que sus pezuñas son suaves y sensibles. Si se les persigue, nunca se retiran a los

7 *Allgemeine Augsburger Zeitung*, 4 de junio de 1845. [T]
8 Tschudi escribe «*huanacu*». *Lama guanicoe* Müller [K]
9 *Vicugna vicugna* Molina. [K]

campos congelados sino huyen a lo largo de las pendientes cubiertas de gramíneas de paja. En la época fría del año, cuando se secan las plantas en las alturas, bajan a los valles de la puna y buscan su alimento en los manantiales y pantanos. Viven en manadas que consisten de seis a quince hembras, guiadas por un macho que es el protector y el jefe del grupo. Siempre se mantiene a una distancia de dos a tres pasos de sus hembras y las vigila con mucha atención, mientras que éstas pastan sin preocupación alguna. Al acercarse cualquier peligro, emite una señal por medio de un silbido claro y un avance rápido. Al mismo instante la manada se junta y dirigen sus cabezas a la dirección de donde se detectó el peligro, se acercan por unos pasos y se voltean para iniciar la fuga, que primero es lenta con constantes movimientos de las cabezas hacia atrás, pero luego pasan a una velocidad muy alta. El macho protege la retaguardia, se para con frecuencia y observa al enemigo. Con rara fidelidad y apego, las hembras apremian la vigilancia del macho. Cuando éste está herido o muerto, corren en círculo alrededor de él emitiendo silbidos fuertes y se dejan matar todas sin tratar de huir. Si el plomo mortal alcanza a una hembra, toda la manada huye. Aun si se mata a todas las hembras de la manada, el macho busca salvarse. Las hembras guanacos, que también se dejan guiar por un macho, son mucho menos apegadas, ya que siempre huyen cuando se mata al macho.

Las vicuñas machos se reúnen en manadas propias, que son muy numerosas y pueden contar hasta cuarenta o cincuenta individuos. Son muy desconfiados, tímidos y suelen estar en guerra continua entre ellos. Los gritos de la vicuña consisten en un silbido corto y agudo. Se parece al de las otras especies, pero un oído entrenado logra diferenciar pronto de qué especie procede cuando estos sonidos penetrantes cortan el aire de la puna, aun sin poder detectar los animales con la mirada.

A menudo se encuentran vicuñas aisladas en las planicies altas que dejan que se les acerque y las que, aun si tratan de escapar, se paran pronto vencidas por el cansancio. Los indios las llaman «vicuñas agusanadas» y sostienen que se vuelven tan mansas porque están comidas interiormente por los gusanos. Me pude convencer de lo correcto de esta opinión, ya que uno de estos animales que cacé con una boleadora tenía el hígado completamente destruido por gusanos. Las praderas húmedas pueden ser la causa de esta enfermedad. Por la experiencia se sabe que estas vicuñas agusanadas solo aparecen en la época húmeda.

Las vicuñas tienen la costumbre de lanzar saliva y comida semidigerida por sus alrededores, al igual que sus parientes. Las llamas y los guanacos suelen hacerlo cuando se encuentran irritados, pero las vicuñas y las alpacas escupen también a transeúntes inofensivos intentando dar en la cara, con lo que suelen tener éxito. El escupitajo pastoso se caracteriza por un olor asqueroso y tiñe la piel de un color verde intenso que solo sale con mucho esfuerzo.

Cuando cazan a las vicuñas, los indios raras veces se sirven de rifles. Las capturan en el llamado «chacu», en los meses de abril y mayo, cuando los caballos regresan de sus pastos de invierno. Para este método extraño de cacería, cada familia tiene que proveer al menos un hombre. Las viudas participan como cocineras. Todo este grupo, que suele componerse de unos 70 a 80 individuos se va a los altos (la puna severa), donde se encuentran las vicuñas. Llevan palos y enormes cantidades de cuerdas. En una planicie apropiada se clava los palos en la tierra, a una distancia de doce a quince pasos, los que se unen con la pita amarrada a una altura de dos a dos y medio pies. De esta manera se delimita un espacio circular de media hora de contorno, el cual tiene una entrada de un par de centenares de pasos, en uno de sus costados. Las mujeres cuelgan trapos coloridos a la cuerda, los que se mueven con el viento. Cuando se ha terminado con la construcción del chaco, los hombres se dispersan, algunos de ellos montados en caballos, y conducen a todas las manadas de vicuñas en un radio de varias millas al círculo a través de la entrada. Cuando han reunido una cantidad apropiada cierran esta última. Los animales tímidos no se atreven a saltar sobre la cuerda con sus trapos y se muestran tan intimidados, que se dejan matar por los indios con gran facilidad. Para ello usan los boleadoras, que consisten de tres bolas, dos pesadas y otra más liviana de plomo o de piedra, amarradas a largas cuerdas, torcidas de los tendones de Aquiles de las vicuñas. Estas cuerdas están juntadas con sus extremos con nudos. Para su uso se agarra la bola más liviana en una mano y se giran las otras dos en círculos amplios sobre la cabeza. En una distancia adecuada, que son unos 15 a 20 pies, sueltan la bola de la mano y ahora las tres vuelan zumbando en círculo hacia un punto señalado y se enredan alrededor de cada objeto sólido con el que chocan. Por lo general se apunta hacia las extremidades traseras de los animales. Las bolas se ajustan tanto a éstas que impiden el movimiento y el animal se cae. A los que tienen lana larga, les lanzan las bolas al cuello, las que se enredan tanto que permiten apoderarse del animal con gran facilidad. Se requiere mucha práctica para el manejo hábil de estas bolas, sobre todo lanzándolas desde el lomo de un caballo. No es raro que un novato se hiera gravemente o a su animal, si no le da el impulso correcto a las bolas o la suelta demasiado pronto.

Las vicuñas atrapadas por las bolas se sacrifican y se reparte la carne equitativamente entre los presentes. Los pellejos pertenecen a la iglesia; o se los da al cura en forma de tributo o se los vende para facilitar las reparaciones necesarias de la iglesia. El precio de un pellejo es de cuatro reales. Don Simón Bolívar emitió un Decreto en 1827, en el que se prohíbe la matanza de las vicuñas capturadas en un chaco. Solo se permite la esquila de ellas. Esta ley estuvo en vigencia apenas un año, ya que la esquila de estos animales es casi imposible, debido al estado salvaje de ellos. En el tiempo de los incas supuestamente hubo una ley parecida, pero ésta permitía matar a las vicuñas adultas

machos. En esta época, las cacerías fueron llevadas a cabo en un tamaño mucho mayor que en la actualidad. Los incas reunían anualmente a unos 25 000 ó 30 000 indios, que tenían la tarea de conducir a todos los animales silvestres en un contorno de 20 a 25 millas a un chaco inmenso. En el círculo, que se ajustaba cada vez más, se duplicaban o cuadruplicaban las filas de los indios, de tal manera que ningún animal tenía la oportunidad de escaparse. Los nocivos, como los osos, los pumas y los zorros fueron muertos sin excepción; de los ciervos, corzos, vicuñas y guanacos se sacrificaba un cierto número. Se sostiene que se solía reunir de esta manera a unos 40 000 animales[10].

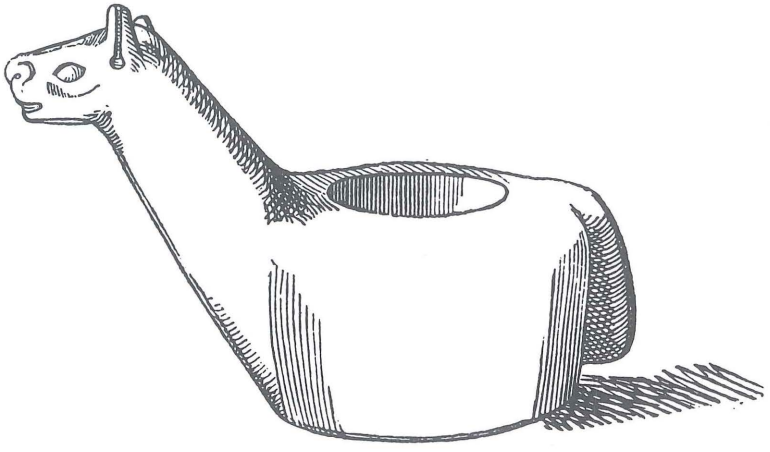
Cuando los guanacos entran a los chacos actuales rompen la cuerda o la pasan saltando, ya que son menos tímidos que las vicuñas, pero en este caso, las vicuñas siguen su ejemplo. Por ello, los cazadores procuran que aquellos no entren primero. Cuando se haya matado a todas las vicuñas en el chaco, se saca la cuerda y se la enrolla, lo que las mujeres saben hacer con habilidad extraordinaria. Después se la coloca en otro lugar a una distancia de algunas millas. Toda esta cacería dura una semana. El número de los animales muertos en este tiempo varía, pero suele llegar a unos 50 a 60 individuos, aunque puede alcanzar varios centenares. Participé en un chaco en los altos de Huayhuay por unos cinco días. Se capturaron 122 vicuñas y de lo ganado por la venta de sus pellejos, se pudo construir un altar nuevo en su iglesia. La carne se seca en el sol, luego se muele y se prepara con ají, con lo que se obtiene un plato sabroso (charquican). Es mucho más suave y agradable que la carne de las llamas. Se tejen las telas más finas y los sombreros más duraderos de su lana. Si se captura a las vicuñas en tierna edad, se vuelven muy mansas. Como mayores de edad, en cambio, adquieren un mal carácter y se hacen insoportables por su manía de escupir continuamente. En Tarma, tuve una vicuña grande y hermosa que me seguía como perro por todos lados, cuando caminaba o cabalgaba.

Pese a la persecución intensa, estos animales no parecen disminuir en su número total. Solo escasean en las inmediaciones de las aldeas, donde a menudo se llevan a cabo los chacos, ya que se retiran a las regiones más lejanas de la puna con el fin de evitar su persecución. Ahí viven en cantidades asombrosas como v.g. en los altos donde cruza el camino de Huari hasta Huamanga. Algunos viajeros más recientes se han quejado de la reducción de las vicuñas, pero completamente sin causa, ya que se les caza mucho menos que en tiempos más remotos.

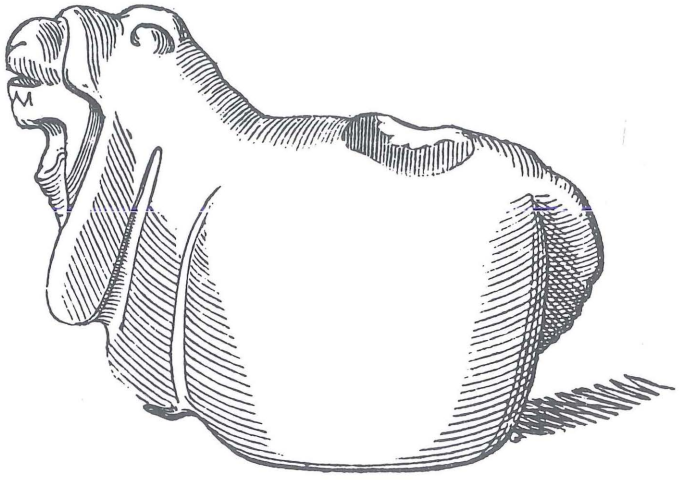
Bajo el gobierno de los incas casi cada planta útil y cada animal fueron objetos de culto. Por ello, los peruanos veneraban a la llama y a sus parientes casi como si fueran dioses, ya que les proveían de ropa con su lana y de alimento por su carne. Tenían grandes estatuas de estos animales hechas de

10 Garcilaso de la Vega. *Comentarios Reales*, fol. 134. [T]

oro y de plata y en sus casas guardaban recipientes de piedra o barro, a modo de los lares. Estos los representan bastante fielmente, aunque son de hechura algo burda. En la hermosa colección del señor barón Clemens von Hügel, se encuentran cuatro de estos recipientes de pórfido, basalto y granito que representan las cuatro especies. Un grabado que se basa en estos originales representa a la vicuña con su cuello alto y esbelto,



el otro es de la alpaca, más maciza, con su lana larga y casi velluda.



Estos recipientes son muy escasos; no logré adquirirlos en mi estadía en el Perú. Resulta aún enigmático cómo los peruanos podían cortar y hasta ahuecar estas piedras tan duras sin utensilios de hierro.

Fuera de estos animales descritos, hay otros que son característicos de la puna. Así hay que mencionar el *tarush*[11] (*Cervus antisiensis* Orb.), que pertenece a los cérvidos, cuya cornamenta consiste de solo dos horquillas; el corzo hermoso, cuya distribución va desde ahí hasta la franja de los bosques altos de los Andes y los profundos valles costeños; y las vizcachas (*Lagidium peruanum* Meyen y *L. pallipes* Bonn.[12]) y las chinchillas (*Eriomys chinchilla* Licht.[13]), cuyas pieles de excelente calidad sirven para la fina peletería. Estos animales pequeños se asemejan a los conejos en color y forma, pero tienen orejas más cortas y una cola larga con fibras duras. Viven en los farallones en fisuras o huecos, que abandonan en la mañana y en la tarde para alimentarse de las gramíneas alpinas. Los indios colocan trampas de lazos hechos de pelo de caballo delante de sus huecos, con las que se capturan fácilmente. Existen tantas de ellas que se puede ver a varios millares de ellas corriendo por las rocas en el lapso de un solo día. El animal de rapiña más importante en estas alturas es el atoc (*Canis azarae* Pr. Max.), un zorro, presente en casi toda Sudamérica. Se parece mucho a su pariente europeo en viveza e impertinencia. Como él, se lleva a su cueva todo lo que encuentra, probablemente para sus crías. En una de las construcciones de zorro que excavé, encontré el pedazo de un estribo de madera, una espuela y un cuchillo en su vaina; probablemente objetos perdidos por un viajero. En los valles laterales más cálidos vive el puma (*Felis concolor* L.)[14], como lo llaman los indios, que se atreve a subir a las zonas alpinas más altas que colindan con el límite de la nieve permanente, donde persigue a las vicuñas y los corzos, si el hombre le obliga a hacerlo. Solo raras veces el salvaje hucumari (*Ursus ornatus* Fr. Cuv.[15]) visita la puna fría. Se trata de un oso grande y negro, con hocico blanco y bandas claras a los costados de su pecho.

Solo mencionaré a unas pocas especies, características de las numerosas aves que viven en la puna, que pertenecen casi todas a las órdenes de las aves acuáticas o de los pantanos. Fuera del cóndor que siempre vuela sobre las extensas planicies, existe solo otra ave rapaz que es el huarahuau o aloi (*Polyborus megalopterus* Cab.[16]), que pertenece a la familia de las caracaras[17]. Es un habitante constante de las planicies altas y se apodera de animales muertos en grupos grandes, pero no ataca a los vivos. Prefiere mantenerse en la cercanía de las viviendas humanas para devorar los desperdicios botados. Es muy pacífico y tan tímido que se deja matar a palizas. Alrededor de

11 *Hippocamelus vantisensis* D'Orbigny 1834 [B/B]. El nombre «*taruka*» es más común. [K]
12 Hoy una subespecie de L. *viscacia Mol.* [B/B]
13 Hoy *Chinchilla lanigera* (Mol.). [B/B]
14 Tschudi usa los términos «*cougar*» o «*poma*». [K]
15 Hoy *Tremarctos ornatus*. [K]
16 Hoy *Phalcoboenus megalopterus* (Meyen). [B/B]
17 *Phalcoboenus montanus* Orb. es un sinónimo de P. megalopteros. [T]

las rocas vuela el acacli o pito (*Colaptes rupicola* Orb.), pájaro carpintero con manchas marrones en el lomo y color amarillo en el vientre. Su cantidad es extraordinaria, de tal modo que resulta difícil comprender de qué se nutren estos pájaros en la región de la puna, prácticamente carente de insectos, mientras que otros de su familia viven exclusivamente en los bosques.

Entre los fascículos de las gramíneas parecidas a la paja corren las pishacas o yutu, una especie de perdices (*Tinamotis pentlandii* Vig.), que son cazadas por perros. Estos perros de los habitantes de la puna forman una especie propia (*Canis ingae* Tsch.[18]). Se caracterizan por una cabeza pequeña con hocico puntiagudo y pequeñas orejas paradas, una cola enrollada hacia delante y un pellejo largo, denso y áspero. Son de color amarillo ocre con sombras negras onduladas. Viven en un estado semisalvaje, son pérfidos y alevosos. Atacan con furia a enemigos más fuertes que ellos y se arrastran a un ataque, aún cuando están mortalmente heridos. Tienen una aversión especial al hombre blanco. En consecuencia, acercarse a una choza de indios, vigilada por estos perros serranos, es una empresa muy arriesgada para un viajero europeo, ya que éstos saltan al lado de los caballos para morder los muslos del jinete. Son maliciosos aún frente a sus amos y obedecen solo a golpes, pero precisamente por estas características, sirven bien para cuidar los rebaños del ganado o para cazar perdices, que matan a mordidas después de algunos saltos.

Un pájaro pequeño, que apenas alcanza la talla de un estornino, con plumaje modesto de color marrón, con bandas negras en el lomo gris y dos franjas oscuras en la garganta y vientre inferior blanco, se caracteriza por su extraña costumbre de emitir un grito monótono, también durante la noche, después de cada hora. Los indios lo llaman «ingahuallpa» o «gallo del inca» (*Thinocorus ingae* Tsch.[19]) y asocian muchas creencias con sus gritos regulares. Los pantanos y las lagunas abundan en vida animal. En parejas vive la huachua (*Chloephaga melanoptera* Eyt.), un ganso de color blanco brillante con alas de color verde oscuro, cuya cola brilla en un color morado muy vivo. Las patas y el pico son de un rojo intenso. Es muy tímido en las regiones muy frecuentadas, pero en los altos es despreocupado y permite que se le acerque sin problemas. Anida en las rocas. Cuando sus crías pueden volar, la madre les bota del nido. Las que aún no tienen la suficiente fuerza para levantarse en el aire, perecen en las piedras. Los indios capturan a estos gansos cuando están jóvenes aún y los adiestran, pero no se reproducen en cautiverio. El licli (*Charadrius resplendens* Tsch.[20]), un alcaraván con brillo metálico, se parece a la huachua en el color del plumaje, de las patas y del

18 Hoy *Canis familiaris*. [B/B]
19 Hoy considerado como subespecie *Thinocorus orbignyianus ingae*. [B/B]
20 Hoy *Vanellus resplendens*. [B/B]

pico. En grandes grupos permanece en las planicies pantanosas y se acerca a los viajeros sin miedo alguno. Muy frecuentes son también dos especies de ibis, que son endémicas de la puna, pero pueden pasar a los valles más bajos. Una es la bandurria (*Theristicus melanopis* Wagl.[21]), cuya distribución abarca casi toda la América del Sur; la otra es el yanahuico (*Ibis ordi* Bonap.[22]), con plumaje de color verde oscuro, así como pico y patas de rojo carmesí. Largas filas de quiullas (*Larus serranus* Tsch.), nadan en las lagunas. Se trata de gaviotas con cabeza negra y pico rojo; mientras que la gallareta gigante (*Fulica gigantea* Eydoux & Souleyet) nada en parejas. Por el gran peso de su cuerpo y sus alas cortas, no puede alzar vuelo. Es de color gris negruzco, en la base de su pico corto lleva una gran protuberancia amarilla en forma de fríjol, por lo que los indios le dan el nombre de «*anuas sinqui*» ('nariz de frijol'). Anida sobre piedras aisladas en las lagunas y lleva a sus crías sobre sus alas medio abiertas cuando aún no se atreven a nadar solas.

De los pocos anfibios que existen en esta región, merece la mención un sapo pequeño (*Leiuperus viridis* Tsch.[23]), que vive cerca del límite inferior de la nieve permanente.

Las gramíneas de la puna sirven de forraje. Por ello se encuentra a menudo lecherías, llamadas «haciendas de ganado», en los valles protegidos de la puna que poseen grandes rebaños de ganado. No es raro que cuenten con una cantidad de 60 000 a 80 000 ovejas y 400 a 500 vacas. Durante la época húmeda se conduce el ganado a los altos, donde pasta en las regiones más altas, con frecuencia por encima de los 15 000 pies sobre el nivel del mar. Pero cuando la helada marchita las gramíneas, tiene que bajar a los valles pantanosos y padece de hambre. Durante seis meses las vacas no dan leche alguna y en la época más favorable tan solo para llenar un plato pequeño. La razón de ello reside en el desconocimiento de los indios para criar artificialmente a los terneros, por lo que las vacas tienen que dar la mayor parte de su leche para alimentar a sus crías. En las haciendas se prepara mantequilla y queso. La primera es buena; el queso, en cambio, es muy malo, ya que es un producto separado del suero de la leche, sin otro tipo de preparación, aún sin echarle sal. En este estado se le comprime en formas y se le envuelve luego en gramíneas de ichu.

La esquila de las ovejas se lleva a cabo a inicios de la época fría del año. Se convierte la lana en una tela gruesa, la llamada «bayeta», lo que sucede en el mismo lugar. Solo poca de ella se exporta y está muy estimada en los mercados europeos. El ganado viejo se sacrifica y se seca la carne al sol. En esta forma se convierte en el alimento principal de los habitantes de la puna,

21 Hoy *T. melanopis* Gmelin. [B/B]
22 Hoy *Plegadis falcinellus* (L.). [B/B]
23 Hoy *Pleurodema marmorata* (Duméril & Bibron). [B/B]

sobre todo de los mineros. La carne seca de la vaca se llama «charqui»; la de las ovejas, «chalona». Los toros que suelen pastar en los altos más alejados, constituyen la reserva para las corridas. Como ven a los hombres solo raras veces se convierten en animales salvajes, hasta tal punto que los propios pastores no se atreven a capturarlos. Por lo general se encuentran en las regiones pantanosas y pasan la noche debajo de rocas sobresalidas. A causa de estos toros los viajes se vuelven peligrosos en muchas partes de la puna, ya que suelen atacar a los hombres con tanta rapidez que apenas queda un escape. Pero por regla suelen anunciar su ataque con un bramido sonoro, pero aún así resulta casi imposible escaparse en una planicie abierta. Más de una vez solo pude salvarme de un toro que me atacaba con furia, al matarlo con un disparo bien apuntado.

Los edificios de las haciendas se han levantado con burdos muros de piedra. Tienen compartimientos grandes y rectangulares que son siempre húmedos, fríos e incómodos.

Bajo los techos de ichu suelen colgar largas filas de zorros disecados, ya que cada indio que mata un animal adulto recibe una oveja, así como un cordero por un zorro joven. Por ello, los cholos tienen gran ímpetu para la cacería de zorros y suelen tener éxito, ya que los zorros existen en tales cantidades en algunas de estas regiones, que se han convertido en plaga.

Las ovejas encuentran su pasto en las alturas, aún en la época seca del año, con mucho más facilidad que las vacas. Por ello, se les deja en la puna severa durante todo el año bajo la vigilancia de indios. Las noches las pasan en los corrales, grandes espacios rectangulares sin techo, vigiladas por los perros. En el verano se recoge el abono de estos corrales y se lo vende para los hornos de fundición de las minas, ya que son un combustible excelente. Los ovejeros tienen la obligación de quemar las gramíneas secas de la puna una vez por año, con el fin de obtener un mejor forraje. Pero un incendio en la puna nunca ofrece un espectáculo tan grandioso como un incendio en las praderas de América del Norte, probablemente porque las gramíneas de la puna son más cortas y siempre algo húmedas. Estos ovejeros también tienen que destruir las plantas nocivas como el garbancillo y la mala hierba. Las vainas de la primera son un veneno fulminante para los caballos y el ganado vacuno, por lo que un gran número de ellos muere como consecuencia de su consumo. Un arriero que me guió mi carga, me contó que hacía doce años había perdido 54 mulas en Antarangra durante una noche, a causa del envenenamiento por el garbancillo.

Las viviendas de los ovejeros se construyen siguiendo el estilo incómodo y original de todas las chozas indias en la puna. Al viajero europeo no le dan un ejemplo ventajoso de la inteligencia de estos indios, sobre todo cuando piensa en las construcciones complicadas de los castores en América del Norte o en la arquitectura de los palacios sólidos de las termitas en los bosques del

sur. Todo el arte de construcción de estas chozas se limita a un espacio cómodo y algo protegido, de un promedio de ocho a siete pies que se rodea con piedras grandes con cimiento, el cual se tapa con tierra o césped, sobre el que, a su vez, se coloca nuevamente piedras y tierra hasta alcanzar una altura de unos cuatro pies. En el lado opuesto a la principal dirección del viento se deja una apertura de entre uno y medio, y dos pies de ancho que sirve de puerta. El techo se coloca directamente sobre el muro bajo. Consiste de seis a ocho troncos de maguey amarrados en su extremo que apunta ha-



cia arriba. El maguey es el tronco de la cabuya americana (*Agave americana*) que está esponjoso y blanco en su interior, pero tiene fibras muy duras y resistentes, por lo que sirve a los habitantes de las regiones más altas del Perú como material de construcción sumamente liviano pero fuerte. Sobre este armazón se amarran delgados palos en sentido horizontal con cuerdas de paja. Luego, se echa paja de puna sobre esta construcción en forma de pilón

de azúcar. Finalmente, se agregan dos cuerdas de paja cruzadas sobre la parte más alta del techo que cuelgan por los costados y cuyos extremos se amarran con piedras pesadas. Con ello la construcción está completa. La casa o torre alcanza una altura de ocho pies en su centro, pero mide solo tres y medio a cuatro pies en los costados. La entrada es tan angosta que solo permite el acceso agachado y de un costado, muchas veces no pude ingresar mi montura peruana. Un cuero de vaca no curtido reemplaza una puerta de madera.

Con esta incomodidad compiten la pobreza y la suciedad en el interior de este edificio inhabitable, que presenta un aspecto repugnante. Dos piedras forman la cocina, de fuego alimentado pobremente con bosta de vaca[24] y turba («*champa*») de mala calidad. Una olla de barro sirve para calentar la sopa, platos viejos para tostar el maíz, dos o tres calabazas como platos de servicio y un porongo para guardar el agua potable. Esto es todo el conjunto de los utensilios domésticos.

Los habitantes de la choza, el indio y su mujer, yacen sobre viejos pellejos de oveja sucios en los que pululan cantidades enormes de bichos repugnantes. Sobre el piso húmedo, donde el agua que gotea constantemente desde el techo forma charcos, se revuelcan los niños desnudos. Tres o cuatro hambrientos perros ovejeros, terneros que perdieron a sus madres y cantidades de cuyes completan el cuadro de esta comunidad doméstica india.

Pese a esta descripción poco alentadora el viajero, agotado por los peligros, las fatigas del día y de la inclemencia del clima, que alcanza una de estas chozas no se queja del humo sofocante que llena su interior, ni de las legiones de bichos que cubren todo, ni de los perros que ladran impidiéndole el acceso. Agradecido busca su lugar sobre el piso húmedo, prepara su lecho con su montura y se alegra de estar nuevamente bajo un techo hospitalario de hombres, aunque sean aquellos solo poco distanciados de los animales.

Esta alegría modesta, sin embargo, está sumamente nublada por aquellos habitantes de la choza que forman la clase principal debido a su número, los bichos insoportables, que le roban al viajero muchas horas del descanso anhelado. Lo más penoso que se encuentra en estas chozas de la puna son los piojos de la ropa, que se meten tanto en el viajero que solo duerme una noche ahí, que no le es posible librarse de ellos por meses, pese a todos sus esfuerzos y precauciones de limpieza. Todas las prevenciones posibles para protegerse contra ellos son en vano. La ropa, dejada por semanas en el agua helada, dejada para secarse en el sol, sigue cubierta completamente de estos insectos revividos. El único remedio para librarse de ellos, es hervir la ropa y meterla inmediatamente después en agua fría. Los indígenas sostienen que los piojos vuelan, debido a su resistencia tenaz. El indio peruano se ha familiarizado tanto con estos bichos, que no le molestan ni le causan repugnan-

24 Según Tschudi «*buñegas*» [bóñigas]. [K]

cia. Si quiere librarse de ellos, lo hace masticándolos. Para ellos es aún una señal de gran afecto, si uno les saca estos animales de su cabeza o de sus ropas y los mata, machucándolos con sus dientes. Las escenas, altamente repugnantes, en las que los miembros familiares se libran mutuamente de estos insectos con los dientes y labios llenos de sus cuerpos aplastados, se repiten todos los domingos en estas chozas sucias.

La construcción de las casas de los pueblos de la puna se parece a la de las chozas aisladas, pero resulta algo más espaciosa en su interior, con una planta rectangular pero no están menos sucias. Solo cuando algún tipo de negocio, sea la minería o el comercio, trae a un criollo o un europeo por un tiempo o cuando éstos radican ahí, estas casas se convierten en algo más decente, con un toque más acorde con la civilización. Cuando un cholo abandona su choza en compañía de su familia para ausentarse durante algunos días, clausura la entrada con piedras. De este modo asegura su escasa propiedad, ya que otros indios nunca se atreven a retirar estas piedras, aunque sería muy fácil para ellos penetrar en la choza con la entrada tan mal protegida.

El alimento de los indios de la puna consiste en maíz tostado (*cancha*), cebada preparada de forma parecida (*machca*) y macas, enriquecido ocasionalmente con carne seca, tostada sobre el carbón. Aún si tuvieran una variación más amplia de víveres, el aire enrarecido presentaría un gran obstáculo para el desarrollo de un arte culinario más refinado. En estas regiones altas el agua hierve a una temperatura tan baja, que papas y carne, aun si se las cocinan por 24 horas, no se ablandan. Las macas, que se cocinan completamente en un punto bajo de ebullición, tienen, por lo tanto, una gran ventaja sobre las papas. Resulta cómico escuchar a los indios cuando echan la culpa a las ollas, a los pastos o a la edad de los animales cuando la carne no se ablanda, ya que desconocen la causa verdadera de este fenómeno. Aun los peruanos más cultos se pierden en suposiciones, a menudo he visto que un cura se hizo traer ovejas de los valles serranos más bajos, en la creencia de que su carne se ablandaría mejor.

En la puna se encuentran aún muchos restos del gran camino militar de los incas, que se extendía desde el Cuzco hasta Quito a través de todo el Perú. Probablemente es la obra más magnífica que la América poseía antes de la llegada de la civilización europea. Aún quien desconoce el gobierno sabio de los antiguos reyes peruanos, sus leyes perspicaces y su alta cultura que se extendía sobre toda la tierra, tiene que llegar a la opinión más alta del estado de la formación intelectual de este tiempo, solo por esta construcción gigantesca. Carreteras bien instaladas siempre son pruebas de un progreso inmenso de una nación. Actualmente el Perú no posee una sola carretera que pueda compararse lejanamente con este camino militar. Los restos mejor conservados los vi en los altos entre Jauja y Tarma. A juzgar por ellos, la

carretera tenía una anchura de entre 25 y 30 pies y tenía pavimento de piedras lisas y anchas. Cada diez ó doce pasos se observa una fila transversal algo más elevada y angosta que ayuda a la subida por esta especie de terrazas. Su borde también estaba enmarcado con un muro bajo de piedras angostas y regulares.

Sobre las colinas de las planicies altas se ve a menudo las casas bien conservadas que servían de estaciones para los mensajeros, que difundían las órdenes de los incas sobre todo el país. Estas estaciones siempre están construidas sobre puntos más altos, a tal distancia una de la otra que siempre había contacto visual entre una y la siguiente desde un lado. Cuando uno de estos mensajeros, llamado «chasqui», salía de una estación, se izaba una señal para que su reemplazo se la acercara a medio camino, recibía la comunicación oral o el orden escrito en quipu (escritura de nudos, véase adelante). Luego, regresaba a la estación donde era reemplazado por el otro, que repetía lo mismo en la estación siguiente. De esta manera se mantenía un contacto continuo entre la capital y todas las partes del país y así las órdenes de los gobernantes llegaban a las fronteras más alejadas del imperio con una rapidez asombrosa. Como prueba de esta rapidez quiero mencionar un hecho contado por autoridades eminentes. En la mesa real del Cuzco se servía pescado fresco de peces capturados en el mar, cerca del Templo del Sol de Lurín, a una distancia de más de 200 leguas del Cuzco. Se dice que esta distancia era superada en el lapso de un día y medio y una noche.

Las casas de los mensajeros no deben confundirse con las fortalezas, instaladas a lo largo del gran camino incaico con el fin de proteger los depósitos de cereales, levantados por los incas para guardar los víveres necesarios para sus ejércitos en estas planicies altas, carentes de este tipo de apoyo. Sus restos, aún bien conservados, se observan en los altos del Perú Central y Sur. Por regla se trata de torres anchas y circulares, construidas sobre acantilados con aperturas numerosas e irregulares, de cuatro a cinco pulgadas de ancho. Su acceso también es muy angosto; en muchas de estas fortalezas es subterráneo y a gran distancia de la torre.

Aun en las amplias y lisas planicies, en las que no se detecta rasgo alguno de viviendas, los ávidos mestizos peruanos y los criollos revuelven la tierra en busca de tesoros tapados. Ellos se apoyan en la tradición según la cual el último gobernador inca Atabalipa o Atahuallpa le prometió a don Francisco Pizarro, que lo había capturado en Cajamarca, rellenar de oro su prisión de 22 pies de largo y 17 pies de ancho hasta una raya hecha por la espada de Pizarro, como rescate. El oro que el inca pudo reunir en Cajamarca y en sus alrededores alcanzó apenas para rellenar el cuarto hasta la mitad. Por ello, envió mensajeros al Cuzco para completar lo restante con el tesoro real. Efectivamente, se supone que 11 000 llamas salieron del Cuzco en dirección a Cajamarca, cada una cargada con cien libras de oro. Pero antes de que llega-

carretera tenía una anchura de entre 25 y 30 pies y tenía pavimento de piedras lisas y anchas. Cada diez ó doce pasos se observa una fila transversal algo más elevada y angosta que ayuda a la subida por esta especie de terrazas. Su borde también estaba enmarcado con un muro bajo de piedras angostas y regulares.

Sobre las colinas de las planicies altas se ve a menudo las casas bien conservadas que servían de estaciones para los mensajeros, que difundían las órdenes de los incas sobre todo el país. Estas estaciones siempre están construidas sobre puntos más altos, a tal distancia una de la otra que siempre había contacto visual entre una y la siguiente desde un lado. Cuando uno de estos mensajeros, llamado «chasqui», salía de una estación, se izaba una señal para que su reemplazo se la acercara a medio camino, recibía la comunicación oral o el orden escrito en quipu (escritura de nudos, véase adelante). Luego, regresaba a la estación donde era reemplazado por el otro, que repetía lo mismo en la estación siguiente. De esta manera se mantenía un contacto continuo entre la capital y todas las partes del país y así las órdenes de los gobernantes llegaban a las fronteras más alejadas del imperio con una rapidez asombrosa. Como prueba de esta rapidez quiero mencionar un hecho contado por autoridades eminentes. En la mesa real del Cuzco se servía pescado fresco de peces capturados en el mar, cerca del Templo del Sol de Lurín, a una distancia de más de 200 leguas del Cuzco. Se dice que esta distancia era superada en el lapso de un día y medio y una noche.

Las casas de los mensajeros no deben confundirse con las fortalezas, instaladas a lo largo del gran camino incaico con el fin de proteger los depósitos de cereales, levantados por los incas para guardar los víveres necesarios para sus ejércitos en estas planicies altas, carentes de este tipo de apoyo. Sus restos, aún bien conservados, se observan en los altos del Perú Central y Sur. Por regla se trata de torres anchas y circulares, construidas sobre acantilados con aperturas numerosas e irregulares, de cuatro a cinco pulgadas de ancho. Su acceso también es muy angosto; en muchas de estas fortalezas es subterráneo y a gran distancia de la torre.

Aun en las amplias y lisas planicies, en las que no se detecta rasgo alguno de viviendas, los ávidos mestizos peruanos y los criollos revuelven la tierra en busca de tesoros tapados. Ellos se apoyan en la tradición según la cual el último gobernador inca Atabalipa o Atahuallpa le prometió a don Francisco Pizarro, que lo había capturado en Cajamarca, rellenar de oro su prisión de 22 pies de largo y 17 pies de ancho hasta una raya hecha por la espada de Pizarro, como rescate. El oro que el inca pudo reunir en Cajamarca y en sus alrededores alcanzó apenas para rellenar el cuarto hasta la mitad. Por ello, envió mensajeros al Cuzco para completar lo restante con el tesoro real. Efectivamente, se supone que 11 000 llamas salieron del Cuzco en dirección a Cajamarca, cada una cargada con cien libras de oro. Pero antes de que llega-

ran a su destino, Atahuallpa fue ahorcado, siguiendo Pizarro los consejos de Don Diego de Almangra[25] y el monje dominicano Fray Vicente de Valverde. Esta noticia horrorosa cundió con la rapidez de un rayo por todo el país y alcanzó también a los indios enviados, cuando pasaron con sus animales por las planicies altas del Perú Central. En el lugar donde recibieron la triste nueva, escondieron bajo tierra todas sus cargas y se escaparon asustados.

No se puede saber si el número de las llamas corresponde a la realidad histórica. Pero es un hecho que transportes de oro muy importantes se llevaron a cabo y se escondió la carga. También corresponde al carácter cerrado del indio que éstos no exhumaran estos tesoros. Es aún probable que algunos indios conozcan el lugar exacto donde se encuentran pero no lo delatan por un temor sagrado, heredado por los siglos de padre a hijo, para dejar intacto el oro manchado por la sangre de su último rey o para no querer descubrirlo.

Según indicios que guardan una cierta probabilidad, este oro fue enterrado en los altos de Mito, un pequeño pueblo en el valle de Jauja. Ahí ya se hicieron frecuentes indagaciones, pero ¡cuán difícil es topar con un lugar tan reducido y rico en esta inmensa planicie alta! También se ha buscado en otras punas con mucho ahínco, pero siempre sin éxito.

25 (sic) Por Almagro. [O]

Capítulo cuarto

Cerro de Pasco. — Las minas. — Los mineros. — La amalgamación. — El rendimiento de las minas. — La vida en Cerro de Pasco. — Los dueños de las minas. — Los indios. — La riqueza de plata en el Perú. — El carácter reservado de los nativos. — La laguna de Chinchaycocha. — La batalla de Junín. — Indios asaltantes.

Cuando el viajero ha terminado el camino fatigoso desde la capital de Lima, pasando por los estrechos valles de la sierra y a través de la cordillera brava, encontrando solo pueblos míseros y chozas aisladas donde apenas pudo encontrar el abrigo más elemental y después de una travesía monótona por el altiplano de Bombón, detrás del pueblo de Pasco, por un camino pantanoso y empinado hasta el lomo de la cadena montañosa de Olachín, se enfrenta por fin a una ciudad muy poblada en esta región helada, que le ofrece una impresión asombrosamente agradable desde la distancia. Ya se imagina una estadía cómoda, recordándole su patria con sus chimeneas humeantes y las casas bien protegidas contra el clima con los techos de plomo. Esta ciudad es Cerro de Pasco, famosa mundialmente por sus minas de plata. Está ubicada en los 10°48' de latitud sur y los 76° 23' de longitud occidental (Greenwich), a una altura de unos 13 673 pies sobre el nivel del mar, en un lugar donde la Cordillera se junta con los Andes para formar el segundo nudo grande del Perú. Se extiende en una hondonada en forma de tazón, en barrios irregulares, rodeada en su contorno por cumbres de rocas escarpadas y desnudas, entre las cuales serpentean senderos fatigosos, sobre un terreno muy irregular, limitado por todos lados por pequeñas lagunas y pantanos. Por agradable que sea la primera impresión al caminante, por el panorama ofrecido a la distancia, ésta aminora notablemente al entrar en la ciudad. Callejas angostas y sucias se tuercen entre irregulares filas de casas, en las cuales se observan viviendas vistosas, que prestan a la ciudad un carácter casi europeo, entre míseras chozas de indios. Ya esta arquitectura tan variada de las casas le da la impresión al observador de la reunión de sus variados habitantes, sin haber contemplado las masas humanas agitadas que llenan las calles y plazas. Este afán de construir una ciudad de esta importancia con un exterior tan colorido en los trópicos, cerca del límite de la nieve permanente, de la naturaleza salvaje de sus alrededores y el clima severo, casi insoportable-

mente frío, le convencen que todos estos elementos en su conjunción tan íntima se tienen que deber a una fuerza de cohesión muy poderosa. Y no se equivoca. Las ricas vetas de plata que atraviesan el valle y los cerros aledaños en direcciones diferentes, han podido reunir a las más diversas naciones en un solo punto y para un solo propósito en una región inhóspita, donde la tierra no produce nada en la superficie, pero ha abierto sus tesoros escondidos.

La tradición sostiene que un indio llamado Huari Capcha cuidaba sus ovejas en una pequeña pampa al suroeste de la laguna de Lauricocha, la madre del poderoso río Amazonas, hace unos 215 años. Cuando se alejó de su choza algo más de lo habitual, buscó refugio del frío en la falda del cerro de Santisteban. Encendió un fuego grande y notó con gran asombro, a la mañana siguiente, que las piedras se habían fundido debajo de la ceniza y se habían convertido en plata. Con gran alegría comunicó este hallazgo a su jefe, el español don José Ugarte, dueño de una hacienda en la quebrada de Huariaca. Éste se fue inmediatamente al lugar señalado y encontró una veta muy rica de minerales de plata saliendo a la superficie. La hizo registrar bajo su nombre y la explotó con el mayor éxito. Esta mina aún se explota en la actualidad y se la conoce como «La Descubridora». Pronto llegaron a Lauricocha algunos dueños de minas desde el pueblo de Pasco, a solo dos horas de distancia, donde se explotan minas muy ricas en los cerros de Colquirirca. Buscaron y encontraron vetas nuevas e instalaron otras minas. La extraordinaria riqueza de los minerales atrajo cada vez más hombres. Unos se dedicaban al trabajo, otros al abastecimiento de víveres para una población en constante crecimiento. De esta manera, con gran rapidez, se formó una ciudad, que tenía una población de hasta 18 000 habitantes en el auge de la explotación de metales.

No pretendo presentar una descripción exhaustiva de este lugar altamente curioso, sobre cuya historia se podría escribir un libro voluminoso; tampoco quiero detenerme en el método de la extracción y la separación de los metales. Ambos puntos ya fueron tratados con bastante detalle por viajeros europeos, así como por escritores peruanos. En consecuencia, quiero limitarme a presentar algunas notas breves que podrían ser de interés general.

Existen dos muy importantes vetas de plata en Cerro de Pasco, una se llama veta de Colquirirca, que corre en línea recta de norte a sur y tiene, hasta ahora, una longitud de 9600 pies y una anchura de 412 pies. La otra es la veta de Pariarirca, cuya dirección va de este sudeste a oeste noroeste y cruza la primera, supuestamente debajo de la plaza de mercado de la ciudad. Tiene una extensión longitudinal de 6400 pies y una anchura de 380 pies. De estas vetas principales corren innumerables vetas menores de minerales en todas las direcciones, de modo que se puede pensar en un suelo

atravesado por una red de plata. Algunas miles de bocaminas llevan a estas vetas. La mayoría de ellas se encuentran en la misma ciudad, en pequeñas casas, muchas dentro de las viviendas de los dueños de las minas. Muchas de estas minas son muy superficiales (cortes); otras, en cambio, alcanzan una profundidad importante que les hace merecer el nombre de minas (más de 500 pies). Pero todas, tanto las superficiales como las profundas, tienen en común que su explotación es muy desordenada, hasta irracional, ya que el único interés que mueve a sus dueños es el de tener un beneficio grande con la más baja inversión posible. Sin consolidar y asegurar los lugares peligrosos de algún modo sólido, con muros, se dedican solamente a extraer el mineral en el socavón y se descuidan todos los trabajos adicionales obligados por la previsión y la razón. En consecuencia, el desplome de estas minas poco aseguradas es bastante común. No pasa ningún año sin que se sepulten muchos indios en las diferentes minas. Una celebridad triste alcanzó la mina Matagente, en la que perecieron 300 obreros en un solo accidente, como consecuencia de la negligencia. He entrado en varias minas, entre ellas la Descubridora, que es una de las más profundas. Siempre estaba feliz de regresar a la superficie, ya que uno tiene que confesar que la vida en la profundidad no está segura en ningún instante, aun desde un punto de vista neutral. El camino conduce a la profundidad casi perpendicularmente sobre travesaños podridos y piedras sueltas que sirven de escalones, así como cadenas muy oxidadas o sogas modernas en los lugares donde no se puede instalar los maderos, mientras piedras sueltas caen de las paredes húmedas sobre el que está bajando.

Las minas más ricas explotadas en diferentes tiempos, son la ya mencionada Descubridora, Santa Rita, Santa Rosa, Mina Grande, Santa Catalina, Mercedes, Dolores, San Judas, Jesús Nazareno, etc. La mayoría de estas minas llevan los nombres de santos. Se cuenta que un inglés le dio un nombre nada religioso a su mina, pero no pudo convencer a los indios para trabajar en ella. Cuando se llega a cierta profundidad entra agua en la mayoría de los pozos, lo cual dificulta la minería enormemente. Pese a haber perforado lugares para el drenaje, éstos tampoco son suficientes para vaciar las minas, tanto como las máquinas a vapor muy imperfectas o las bombas a mano.

Los mineros que se componen exclusivamente de indios, se subdividen en dos clases: en aquellos que trabajan en la mina durante todo el año por haberse endeudado con los dueños de las minas, inscritos como mineros; y otros, los llamados «maquipuros», que vienen al Cerro atraídos por las boyas. Ellos son oriundos de provincias más lejanas y regresan a su lugar natal cuando los metales ya no rinden lo suficiente. Los mineros, a su vez, se dividen en dos clases: en los barreteros, que rompen los minerales y en los hapiris o chaquiris que los transportan fuera de la mina. Este trabajo es sumamente penoso en los pozos muy escarpados y angostos. Cada hapiri carga unas 50

a 70 libras de un modo sumamente incómodo, en una piel no curtida (capacho) sacándola de la mina. Este trabajo lo realiza completamente desnudo, ya que entra en calor por este trabajo tan pesado que prefiere sacarse la ropa, pese al clima tan frío. Como los trabajos siguen día y noche, los mineros se subdividen en puntas, cada una de ellas trabaja durante 12 horas en las minas. A las seis de la mañana y a las seis de la tarde se cambian las puntas. Cada una de ellas está guiada por un caporal vigilado por un mayordomo. Mientras que una mina está bajo agua o rinde solo metal de inferior calidad, se paga a los obreros con dinero. Por regla los barreteros reciben seis reales diarios, los hapiris solo cuatro reales. Pero cuando descubren una boya, reciben su parte del mineral, llamada 'huachacas', en vez de efectivo. Cuando está por terminar su punta, cada obrero saca una tela llena de metal (mantada) de la mina. En el registro se lo divide en cinco partes: una es para las máquinas a vapor y las demás partes se dividen nuevamente en dos mitades: una para el dueño y la otra para el obrero. Los barreteros y los caporales reciben partes más grandes que los hapiris y los mayordomos más que los demás. Cuando se rompen lugares con alto contenido de metal, los indios tratan de robarse algo de ello, lo cual requiere mucha viveza, ya que se practica un registro muy cuidadoso en cada uno de ellos. Pese a ello, se engaña a los registradores con bastante frecuencia. Un hapiri me contó que pasó por el registro con la cantidad mayor de plata que había visto en su vida. Pasó desapercibido, ya que se había amarrado la placa en su espalda y luego fingió estar enfermo, de modo que el caporal le dio permiso para abandonar la mina. Envuelto en su poncho, fue transportado hacia arriba por dos cómplices, donde se fueron para asegurar el tesoro. Cuando antes se encontraba la llamada «polvorilla», un azufre de plata negro con consistencia de polvo, los obreros se sacaban la ropa y se revolcaban en este polvo de plata que se pegaba a sus cuerpos. Llegados a su casa, se lavaban esta costra que tiene un valor de varios táleres. Pero este engaño ya no es posible desde hace muchos años, por tener que desvestirse completamente en el registro.

La separación de la plata se lleva a cabo en las haciendas de los grandes dueños de minas, a una distancia de varias leguas de Cerro de Pasco. Es un método muy imperfecto, burdo y aún así, muy costoso. Para la amalgamación del mercurio con el metal se usan caballos en un ámbito circular amurallado. Éstos tienen que ir en círculos conducidos por un muchacho, en diversas direcciones, durante varias horas. Estos caballos son de talla reducida, poco vistosos y casi salvajes. Vienen de los departamentos de Ayacucho y del Cuzco, donde se les cría en rebaños enormes. El mercurio ataca sus cascos, ya muy desgastados por la estadía prolongada en la puna. En consecuencia, estos caballos ya no sirven para ningún tipo de trabajo y mueren, después de algunos años, pese a llevarlos al agua inmediatamente después de su estadía en el circo.

Por este tratamiento deficiente de los metales, la masa tiene que descansar por unos dos o tres meses al lado del mercurio, antes de poder separar este último. Esta operación es tan burda como la amalgamación misma. La masa unida de metal se llena en sacos en forma de embudo, hechos de lona y se exprime tanto mercurio como es posible. El residuo, la llamada «pella», se coloca en ollas a prueba de fuego, firmemente selladas. De ellas un viejo cañón de rifle conduce a un recipiente de agua (por lo general, una botija rota). Luego, se prende un fuego grande con combustible de champa, de modo que el mercurio se evapora y se une parcialmente en el agua. Cuando se lo ha eliminado totalmente, lo que sucede después de unas tres o cuatro horas, se rompen las ollas y se saca la plata (la piña). La pérdida de mercurio está calculada en media libra por cada marco de plata. Este mercurio normalmente viene de España (y solo poco de Idria o de Huancavelica), transportado en jarros de hierro que contienen 75 libras de este metal. El precio de cada uno de estos jarros es de 60 a 100 táleres españoles, pero puede alcanzar hasta 135 a 140 táleres. Al considerar la tremenda pérdida, causada por la técnica y las instalaciones muy deficientes a los dueños de las minas, se entiende que la ganancia real esté reducida en un tercio, comparada con la que se podría obtener en las empresas de amalgamación en Europa.

Mucha plata se procesa en los llamados «boliches» de Cerro de Pasco, que funcionan de la misma manera que las haciendas, pero a escala menor. La amalgamación no se lleva a cabo con caballos sino con indios, que pisan las masa mineral por horas, normalmente descalzos. Por ello, el envenenamiento por mercurio, parálisis y otras enfermedades ocurren frecuentemente entre esta gente. Ya que los jarros frecuentemente se rajan durante el proceso de la separación del mercurio, este hecho contribuye también a que estas enfermedades suelan ser muy comunes en el Cerro. Los dueños de los boliches, en su mayoría italianos, son a la vez dueños de las minas. Compran los metales de los mineros como parte del pago de sus huachacas en mercancías, aguardiente, etc. Ellos, a su vez, obtienen el dinero para sus empresas capitalistas, que les imponen intereses que alcanzan seis veces el valor original. Los mismos les consiguen los materiales para la fundición, exigiendo precios muy considerables. Pese a ello, suelen reunir una fortuna enorme en pocos años, ya que tiranizan a los indios de todas las maneras imaginables. El indio, por lo tanto, es siempre el que más trabaja y menos gana.

Por ley, toda la plata obtenida en las minas de Cerro de Pasco tiene que llevarse a una casa de fundición, llamada «callana». Ahí se la funde en lingotes de 100 libras, que reciben un sello, pero también se exige una especie de impuesto, ya que por cada lingote se tiene que pagar 6 táleres para la fundición, 12,5 táleres para el Tribunal de Minería y 25 táleres para los socavones grandes que sirven para drenar las minas. En Cerro de Pasco, el valor de la plata oscila entre siete y ocho táleres por el marco. El valor de moneda en Lima es de 8,5 táleres.

El rendimiento anual de las minas de Cerro de Pasco no se puede indicar, ya que una cantidad enorme de plata pasa por contrabando por el altiplano hasta la costa, donde se embarca la plata para Europa sin que la Callana esté involucrada. Un contrabando de 85 000 marcos de plata fue llevado al puerto de Huacho y embarcado y asegurado en una goleta en el año de 1838. En Lima viven negros exclusivamente dedicados a embarcar plata de contrabando. Lo hacen con tanta audacia y confianza que depositan el valor de la plata no acuñada en dinero hasta que la mercancía esté a bordo, si se les pide. En esta empresa ellos se contentan con una recompensa relativamente reducida.

La cantidad de la plata fundida y registrada en Cerro de Pasco alcanza una suma de 200 000 a 300 000 marcos por año, pocas veces llega a sumas mayores. Entre 1784 y 1820, así como entre 1826 y 1827, es decir en un lapso de 39 años, la suma total llegó a ocho millones y 51 409 marcos, lo cual da un promedio anual de 206 446 marcos; pero en 1784 se produjo menos de 200 000 marcos; en 1785 se registra solo 73 455 marcos, de modo que hubo ganancias por debajo de los 200 000 marcos durante 17 años y solo tres años con más de 300 000 marcos.[1] El rendimiento anual siempre está subiendo y bajando, en tiempos más recientes solía estar muy significante. Las revoluciones permanentes son un gran obstáculo para un auge de la minería. Cuando cayó Santa Cruz se exilió don Miguel Otero, el dueño de minas más importante de Cerro de Pasco. Esto resultó ser una pérdida muy sentida por mucho tiempo. Hace algunos años, en cambio, se ha hecho mucho para mejorar la minería y se prestó mayor atención a una amalgamación más rápida y menos costosa.

La vida en Cerro de Pasco es muy desagradable y solo el interés en ganar dinero puede determinar una estadía prolongada en este lugar. El clima es el típico de la puna, descrito detalladamente en el capítulo anterior. Es frío, con mucho viento, tormentas violentas y continuas tempestades de nieve. Las viviendas de mayor calidad prestan instalaciones cómodas y están provistas con buenas chimeneas inglesas para contrarrestar el frío, pero quien no está sentado detrás de listas de pago y de libretas de usurero en cuartos con calefacción durante todo el día, tiene muchas dificultades para familiarizarse con el aire cortante y frío y el ambiente triste. Para el recién llegado también resulta muy incómoda la sensación de pensar en toda la tierra socavada, al escuchar los tenebrosos golpes de martillo de los indios que le despiertan en la noche. Por fortuna, los terremotos son muy escasos en esta región. Un temblor violento desaparecería a toda la ciudad bajo la tierra.

1 Rivero. *Memorial de ciencias naturales*, tomo I, pág. 164. [T]

Como el cerro[2] no produce otra cosa que la plata, la estadía en este lugar resulta sumamente cara. Todas las necesidades absolutas provienen de afuera, normalmente de distancias considerables. Todos los depósitos abundan con todo lo que exige la necesidad o el lujo; los precios son exorbitantes, determinados por el transporte a larga distancia, la codicia de los vendedores y la abundancia del dinero. El mercado está repleto de víveres de todo tipo y puede compararse fácilmente con el de Lima en la variedad de su oferta, ya que la costa, las planicies altas y la selva envían sus productos a Cerro de Pasco. Sus precios, en cambio, exceden en más del doble su valor real, aun tomando en cuenta las circunstancias especiales. Los alquileres de las casas también son tan altos como en casi ningún otro lugar. El aprovisionamiento de los caballos, si se quedan en la ciudad, también es costoso en extremo. Si el frío hace marchitar la alfalfa en los valles más bajos donde crece solo pobremente la cebada, se puede salvar su caballo del hambre con una ración que cuesta de dos y medio a tres táleres españoles por día, sin que tenga su alimento requerido. En época de lluvia, en cambio, el forraje es más barato. En estos meses, un táler alcanza para nutrir bien a su animal. Por ello, se envía los caballos finos a Tarma y a la quebrada de Huánuco, mientras que los de menos valor y las mulas buscan su pasto en las haciendas cercanas.

Los habitantes de Cerro de Pasco forman una mezcla tan colorida que resulta completamente inesperada en una ciudad a casi 14 000 pies sobre el nivel del mar, en el centro de una montaña salvaje. Los pueblos de dos continentes tienen sus representantes en este lugar. Solo pocos países de Europa o de las Américas no tendrán su representante. El sueco y el siciliano, el canadiense y el argentino están reunidos en el mismo lugar y por el mismo interés. La población de Cerro de Pasco puede subdividirse en dos grupos: los negociantes y los mineros, ambos en el sentido muy amplio de la palabra. Los negociantes son mayormente europeos o criollos blancos y son dueños de los depósitos más grandes. Casi todos los dueños de posadas, cafeterías o bares de aguardiente son italianos, en particular los genoveses, como sucede en Lima. El comercio al por menor está en manos de los mestizos, mientras que los indios se ocupan de traer los víveres de regiones lejanas.

En cuanto a la población dedicada a la minería, se deben mencionar a los mineros o dueños de minas y a los obreros indios. Los primeros suelen ser descendientes de antiguas familias españolas, que ya eran dueños de minas con sumas enormes acumuladas, que perdieron después por un despilfarro insensato de sus riquezas. Solo pocos mineros son lo suficientemente ricos para realizar la minería, sumamente costosa con medios propios. Por ello, tienen que dirigirse a capitalistas de Lima, que les dan prestadas las sumas

2 Cerro de Pasco. [O]

necesarias con intereses anuales de 100 a 120 %, incluyendo la exigencia de enviarles lingotes de plata por un precio menor al de la moneda. La razón de la extracción deficiente de las minas reside en estas condiciones duras y en la necesidad de tener que pagar con metal en caso de una explotación exitosa. El abuso es aceptado por la necesidad. El minero tiene interés en deshacerse de sus deudas pesadas y el obrero de sacar tanto mineral como le sea posible, sin preocuparse si la mina se desploma en tiempo previsible. Los capitalistas no tienen ninguna seguridad más que la palabra del minero y su honestidad, por lo que pueden perder todos sus préstamos considerables, si la explotación no rinde lo esperado.

Existe aún otra razón que explica el porqué el minero escasamente logra levantarse económicamente, que reside en su carácter y su modo de vida. En su codicia insaciable nunca se contenta con el rendimiento rico de sus pozos, por lo que se empeña en meterse en nuevas empresas, en las que pierde el capital ganado. Los ejemplos de dueños de minas que se retiran después de la explotación de una boya con las riquezas finalmente adquiridas después de largos años de trabajos infructuosos, son sumamente escasos. La esperanza vana de aumentar lo ganado por extracción continua, le conduce de lo cierto a lo incierto. Los socavones no dan mucho metal en la actualidad o el agua entra en los pozos. Ya que se ha invertido parte de la ganancia en la continuación de los trabajos, tiene que seguir el resto, pero si no se tiene éxito, se ve obligado a endeudarse nuevamente. Los años pasan y la boya esperada nunca llega, finalmente muere con sus hermosas esperanzas y el minero, antes muy adinerado, deja a sus hijos una mina altamente endeudada, con expectativas de tesoros grandes sumamente inciertas.

Es muy curioso cómo el interés en la minería se eleva a una manía que desconoce cualquier límite. Aunque reconoce la ruina total de su carrera por unas cien veces, su codicia de dinero ensordece la voz de la razón y esperanzas infundadas le pintan el cuadro de una riqueza casi ilimitada, día por día y año por año.

A esta persecución terca y brutal de un camino emprendido, se une la perdición del minero: su inclinación irresistible al juego de naipes y los dados. En pocos lugares del mundo se juega tanto y con apuestas tan altas como en Cerro de Pasco, donde la abundancia de la plata ha alimentado excesivamente este vicio nacional de los españoles y de sus descendientes. Ya desde las tempranas horas de la mañana se mueven los dados y los naipes. El dueño de minas abandona sus listas y sus balanzas de plata y el comerciante, su vara, con el fin de disfrutar del juego durante unas horas del día. En las noches es casi la única distracción en las casas más acomodadas de la ciudad. Los mayordomos, por regla hombres jóvenes de familias buenas de la sierra, que han dirigido los trabajos en la mina, se sientan con sus camaradas a la mesa verde cuando anochece y la abandonan solo cuando una cam-

pana les recuerda que son las seis de la mañana, la hora para bajar al pozo. A menudo pierden su parte prometida de una boya, mucho antes que ésta ocurra. Casi todos los jugadores apuestan por encima de sus posibilidades y suelen perder la expectativa de una existencia sin deudas para muchos años venideros. Como en la minería sucede lo mismo con el juego, la ganancia tiene que juntarse con más ganancia hasta que se pierde todo. Las masas de oro están en constante movimiento y, finalmente, se quedan con muy pocos, por lo general, los jugadores profesionales que nunca faltan, mientras que los demás se consuelan solamente con el recuerdo de posesiones pasadas y apenas mantienen los medios más elementales para alimentarse a ellos mismos y a sus familias.

La clase trabajadora de los mineros se compone exclusivamente de los indios, que proceden de las provincias cercanas y lejanas y cuyo número aumenta considerablemente, cuando se extiende el rumor de varias boyas importantes. Su número total depende del rendimiento de las minas. Si arroja solo metales de mala calidad, se cuenta un total de unos 3000 a 4000, lo que se multiplica al triple en épocas de explotación exitosa.

El viajero que quisiera hacerse una idea de los indios, de acuerdo a los que viven en Cerro de Pasco, obtendría un cuadro muy incorrecto, ya que éstos pertenecen a la clase más depravada que se encuentra en suelo peruano. Pero no son así por su naturaleza, sino por las condiciones en las que se encuentran en este lugar. Aquí se confirma nuevamente el axioma de que el indio está depravado por el grado en que entra en contacto con el blanco codicioso.

Trabaja con una paciencia y resistencia admirables en los pozos y cumple su trabajo en condiciones en las que mineros europeos no podrían hacerlo. Esto vale particularmente para el hapiri. Contento con su alimentación deficiente y su vivienda aún peor, baja a la mina a una hora señalada del día, cumple con su tarea dura, aligerada solo por cuatro pausas, que usa para mascar coca[3] y recibe a lo más un táler en dinero, después de una semana y después de la reducción de todos los víveres y mercancías. Este dinero lo destina para su esparcimiento dominical y consiste en el consumo de chicha y aguardiente, con el que continúa hasta que le alcanza el dinero o el crédito del pulpero. Esta es la vida del indio que trabaja en las minas pobres por un jornal fijo. Pero en condición de socio de la boya por lo cual accede a sumas mayores de dinero, se entrega por completo a su inclinación licenciosa por las bebidas alcohólicas. Las repugnantes pulperías se convierten en su estadía permanente. De la jarra de chicha se apresura para llegar a la pulpería y seguir con el aguardiente, saliendo de ahí se tambalea en la calle y cae desmayado en cualquier acequia o hueco, donde también en-

3 Acerca de la coca, véase más adelante. [T]

cuentra su tumba, debido al extremo frío nocturno y por carecer de parientes que pudieran jalarlo debajo de un techo que lo proteja. Cuando despierta de su ebriedad, vuelve su deseo de tomar más aguardiente y no recupera su estado de sobriedad hasta que haya gastado todo su dinero. Después regresa a las minas, contento con los hermosos días que pasó.

En el exaltado estado previo a la ebriedad total, los indios se muestran extremadamente alegres, pero también muy peligrosos, ya que buscan disputas y pleitos con los blancos o entre su gente, pasan aullando y rabiando por las calles y atacan a los obreros de otras minas. No pasa casi ningún domingo o día feriado sin que haya combates con palos, cuchillos y hondas entre los diversos obreros de las minas, cuyas consecuencias suelen terminar con heridas mortales. Nadie que es conocedor de las condiciones peruanas piensa en la intervención de la policía. El indio herido muestra un estoicismo excepcional bajo las manos del cirujano. Con una indiferencia más que animal, se somete a las operaciones más dolorosas y aún se alegra de que su torturador ya esté pagado. Los obreros de minas tienen médicos señalados que reciben un pequeño salario de los mineros, pero también cada obrero le da un pequeño tributo en metal, cuando la mina está en una boya.

Los vendedores de artículos de lujo procedentes de Europa siempre hacen buen negocio con los obreros de las minas más ricas, ya que un ridículo afán de imitación que suele mostrar el indio en estado medio ebrio, le empuja hacia el despilfarro de su dinero en objetos que no necesitan y que le sirven solo para unas horas. Fui testigo ocular cuando un indio se compró un fino abrigo de tela que le costó 92 táleres españoles. Se lo puso, se emborrachó en la pulpería más cercana, se revolcó en los excrementos de la calle para luego botar el abrigo sucio y roto. Ejemplos parecidos ocurren a diario. Un relojero me contó que un día le visitó un indio para comprar un reloj de oro. Él se lo dio con la advertencia de que su precio era de 12 onzas de oro (204 táleres españoles), lo que probablemente sería algo caro para él. El cholo lo tomó, pagó el dinero señalado, lo arrojó al piso y se alejó con las palabras que no necesitaba esta cosa.

Cuando un obrero indio tiene dinero, nunca piensa en ahorrarlo para su familia, ya que ni él ni su mujer o parientes tienen la ambición de asegurarse una condición de vida mejor que aquella en la que viven. La felicidad máxima para ellos es el aguardiente y se olvidan de todas sus reservas para el futuro por poder disfrutar de este placer momentáneo. ¿Para qué este hombre burdo tiene que reunir dinero para días venideros, si no tiene las exigencias mínimas para su vida? Siempre encuentra medios suficientes para pasar su vida triste. También los cholos que vienen de zonas muy lejanas para participar en la explotación de las riquezas de Cerro de Pasco, vuelven a su tierra y a sus familias, tan pobres como estaban en el momento de su partida pero mucho más corruptos.

El indio dado al vicio de la ebriedad, también es depravado en otro sentido. Es alevoso, falso, astuto y ladrón, lo que requiere un control estrecho de parte de sus vigilantes. Es muy comprensible que indio que cava entre tesoros subterráneos y los saca a la luz del día, también quiera reservar una parte para él mismo, si bien no por el camino honesto y esté interesado en robar las partes más ricas. Tal actitud no se le debería reprochar, si se considera que es engañado por el minero mucho más culto y no tiene otra recompensa que el derecho de la revancha.

El Perú posee otros distritos con extraordinarios yacimientos de metal, fuera de Cerro de Pasco, que pueden compararse con Potosí. Las más lucrativas son las provincias de Pataz, Huamanchuco, Caxamasra[4] y Hualgayoc. En ésta se encuentra el Cerro de San Fernando, cerca del pueblo Micuypampa a 14 leguas de Cajamarca, que se hizo famoso en Europa por Humboldt. Se encontraron las vetas más ricas en plata en 1771, actualmente cuenta con 1400 bocaminas. Venas metálicas atraviesan el cerro aislado en todas las direcciones y son tan fáciles de trabajar como lo son ricas en rendimiento. Minerales extraordinariamente ricos también fueron producidos en las minas de Huantaxaya, donde la plata aparece en forma maciza o al menos con pocas aleaciones diferentes. Su rendimiento era increíblemente alto, pero de poca duración. Actualmente está casi completamente abandonada. En las cadenas montañosas del sur existen otras minas no menos ricas. La de Puno es la más destacada y cuenta con las provincias de Azángaro, Caravayo[5], pero, sobre todo, las de Huacullani y Puno, con una gran cantidad de pozos muy lucrativos. Las más famosas son San Antonio de Esquilache, Tamayos, Picotani, Cancharani, Chupicos, etc. Por la minería deficiente y por medios financieros insuficientes para drenar el agua, muchas de estas minas se encuentran destruidas o no producen nada en la actualidad; o en caso contrario, un rendimiento escaso que no está en proporción razonable con la riqueza que contienen. Una celebridad enorme tenía la mina de Salcedo, tanto por su enorme rendimiento como por el fin trágico de su dueño.

Don José Salcedo era un español pobre que radicaba en Puno, cuando se enamoró de una muchacha india, cuya madre aceptó que se casara con su hija, solo bajo la condición de encontrar una veta de plata. Salcedo cumplió este deseo y trabajaba en la mina con mucho éxito. La fama de su riqueza enorme originó los celos del entonces virrey, Conde de Lemos, que quería apoderarse de las minas. Como Salcedo se había ganado mucho apoyo en la población india gracias a su buen carácter y su generosidad, el Virrey se aprovechó para denunciarlo por alta traición, bajo la pretensión que incita-

4 (sic) Para Cajamarca. [K]
5 (sic) Para Carabaya. [K]

ba a los indios a la sublevación contra el gobierno español. Salcedo fue apresado y condenado a muerte por un tribunal por agitador. En la prisión, le pidió al virrey enviar las actas del proceso a Madrid, para que la corte suprema diera la última decisión y para poder apelar piedad al rey. Para convencerlo, le propuso darle un lingote de plata diario desde el día de la salida del barco del puerto del Callao hasta su regreso. Si se considera que un viaje del Callao a España duraba siempre entre 12 y 16 meses, se podría dar una impresión de la riqueza fabulosa de Salcedo y de su mina. Pero el Virrey no aceptó esta condición, viajó a Puno en persona e hizo ahorcar a Salcedo en el mes de mayo del 1669.

Este acto cruel y irreflexivo, sin embargo, falló en su intento. Cuando Salcedo se vio enfrentado a la muerte sin esperanza alguna, su cuñado, sus amigos y parientes se fueron a la mina y la inundaron, destruyeron las instalaciones y cerraron la entrada con tanta precisión que fue imposible ubicarla. Está perdida hasta hoy en día. Los autores se dispersaron y de los que fueron capturados no se pudo exprimir la ubicación de la mina, pese a promesas y las torturas más penosas. Solo se sabe que quedaba cerca del Cerro de Laycacota y de Cananchari.

Otro ejemplo del rendimiento muy rico de las minas peruanas es la mina de San José, en el departamento de Huancavelica. Su dueño, un amigo del virrey Castro, le rogó a éste levantar a su primer hijo en la pila bautismal. Como sus tareas no le permitieron ausentarse de la capital por un tiempo prolongado, envió a su esposa como representante en este acto. Con el afán de rendir un homenaje especial a su huésped ilustre, hizo colocar una fila triple de lingotes de plata desde su casa hasta la iglesia, que era un camino no tan corto, por el que la virreina Castro acompañó al niño al bautizo. A su partida, el anfitrión le regaló todo este camino de plata, como gesto de agradecimiento por el viaje fatigoso que había emprendido por amistad. Desde este tiempo, las minas y la provincia en la que éstas se ubican, recibieron el nombre de «Castrovirreyna». En la actualidad, la mayoría de ellas está abandonada. Como consecuencia de su manejo deficiente, la más rica de ellas sepultó a 122 obreros. Después de este accidente, ningún indio la ha pisado jamás. Me llamó la atención que se cuenta mucho de apariciones de fantasmas en esta mina, ya que la fantasía del obrero minero indio en este respecto, suele ser muy pobre.

Hay razones para asombrarse de las riquezas inmensurables que han producido las minas peruanas y que siguen produciendo. Pese a ello se explota solo una pequeña parte de las vetas de plata, ya que existe un número muy grande de las minas más ricas que los indios conocen muy bien, pero nunca las delatarán a los blancos codiciosos o a los mestizos que detestan. Los indios han comprendido bien cuántas desventajas les trae la minería. Solo sufren de trabajo duro casi sin satisfacción alguna, más bien están forja-

dos a la minería con cadenas irrompibles. Por lo tanto, prefieren que los tesoros se queden bajo tierra y que hagan uso muy limitado de ellos en casos de suma urgencia. Por siglos, el conocimiento de las más ricas minas de plata se ha heredado como secreto capital de padre a hijo. El hombre blanco probablemente nunca logrará sonsacar estos secretos de los indios cerrados. Hasta ahora todo los intentos en esta dirección han fracasado, hasta el tan poderoso aguardiente ha resultado infructuoso en este caso. En muchas provincias existen los indicios más ciertos de la existencia de vetas de plata muy ricas que se encuentran en la posesión de indios, pero todas las indagaciones posteriores han resultados inútiles. Quiero dar algunos ejemplos respectivos del valle de Jauja. En el gran pueblo de Huancayo vivían, hasta hace poco, los hermanos don José y don Pedro Irriarte, quienes pertenecían a los mineros más ricos del Perú. Supieron de unas vetas de plata casi maciza en la sierra aledaña, por lo que enviaron a un hombre joven al pueblo en cuya cercanía suponían que existían las vetas, con la tarea de indagar cuidadosamente. Se hospedó en la choza de un ovejero sin delatar sus intenciones. Después de algunos meses tuvo una relación amorosa con la hija de su anfitrión. La muchacha prometió a su amante mostrarle una mina muy rica. Le dio la seña de seguirle de lejos cuando cuidaba sus ovejas. Donde iba a dejar caer su manta, solo tendría que sacar la tierra y encontraría la entrada a la mina. El emisario siguió estas indicaciones y después de una excavación corta, se encontró en un pozo profundo que le llevó a los minerales más valiosos. Cuando estaba muy ocupado en romper los metales, fue interrumpido por el padre de la muchacha, quien le mostró su alegría por el hermoso descubrimiento y le ofreció ayudarle. Después de varias horas de trabajo descansaron y el indio viejo le sirvió chicha en un porongo. El joven recibió la bebida con gratitud y se la tomó. Inmediatamente padeció de un malestar violento y llegó a la conclusión de que estaba envenenado. Agarró las alforjas con los metales, montó su caballo y regresó a Huancayo, donde le contó a don José lo que le había sucedido. Describió el lugar del yacimiento con mucha precisión y murió durante la misma noche.

Las indagaciones emprendidas de inmediato no llegaron a ningún resultado palpable. El indio había desaparecido con toda su familia y no se descubrió trazo alguna de la mina.

Un monje franciscano, que también vivía en Huancayo, era un jugador empedernido y siempre se encontraba en problemas financieros. Por su trato amistoso había ganado el amor de los indios, que le llevaban a menudo aves, queso, mantequilla, etc., como regalos. Un día, había perdido nuevamente una suma significativa y confesó su penuria a su compadre, un indio, ante la insistencia de éste. Después de una breve reflexión, le prometió ayudarlo a la tarde siguiente y efectivamente, le trajo un gran saco lleno de los más ricos minerales de plata. Esto se repitió varias veces. Pero el monje no estaba con-

tento y rogó al indio insistentemente para llevarlo personalmente a la mina. Su compadre consintió y llegó en la noche señalada con dos camaradas a la vivienda del franciscano. Con los ojos tapados lo cargaron en sus espaldas, turnándose y adentrándose a la sierra por varias horas de camino. Finalmente lo bajaron y lo dejaron en un pozo poco profundo en el cual brillaba el yacimiento de plata más bello. Después de haberse saciado de contemplarlo y de haberse cargado generosamente con el metal, fue regresado siguiendo por el mismo camino. En este regreso, deshizo su rosario clandestinamente y dejó caer una bola en intervalos, con la esperanza de poder volver a encontrar este camino, guiado por las bolas. Después de haber regresado a su vivienda, los indios lo abandonaron y él se acostó con la intención de buscar el camino al día siguiente. Después de unas horas, sin embargo, su compadre tocó la puerta, le dijo: «Padre, perdiste tu rosario» y le devolvió un puñado de las bolas sueltas.

Durante mi estadía en Jauja, en 1841, me pidió un indio que había conocido en un viaje a la sierra hacía algunos años, que le consiguiera una barreta. Lo hice y después de algunos días me la devolvió cubierta de plata en sus puntas. Poco después supe que fue maltratado por el subprefecto, que lo había metido en prisión por haber vendido minerales de plata de gran valor y por haber contestado a la pregunta por el origen de estos minerales que lo habría encontrado en la calle. Naturalmente no lo creyeron. Un año después, cuando me encontré en Jauja nuevamente, el mismo indio me buscó y me dijo que lo habían encerrado en un hoyo tenebroso por muchos meses y que casi se había muerto de hambre porque el subprefecto quería obligarlo a delatar la ubicación de la mina, pero él había insistido en su versión original. Después de una conversación larga me contó, sabiendo que no lo iba a traicionar y con más franqueza de la que esperaba, que efectivamente conocía una veta de plata azufre muy valiosa, de la cual me mostró pruebas, pero la usaba solamente en casos de urgencia extrema. El pozo solamente tendría la profundidad de dos hombres y el escombro siempre lo llevaba lejos, tapando la boca con cactus y césped de tal modo que era imposible encontrarla. Este indio vivía en una choza mísera y se ocupaba en tallar estribos de madera, un trabajo que apenas le alcanzaba para vivir en las condiciones más elementales. Solo cuando tenía que pagar su impuesto se iba a este lugar, sacaba media arroba de mineral, lo vendía en Jauja y pagaba sus impuestos con la ganancia.

Estos ejemplos bastarán, aunque conozco muchos más de los que tengo la seguridad de su veracidad. Pero los que acaban de presentarse son suficientes como prueba de la aversión de los indios a descubrir sus tesoros y la poca ambición para conseguirse riquezas. Es cierto que no todos los indios son tan cerrados como los de los valles de Huancayo y Junín y que las minas más importantes fueron señaladas por los nativos. Pero hay que considerar

que la población del Perú consistía de muchas tribus, reunidas en una nación por los incas y que cada una tenía sus propias costumbres y un carácter especial. Por lo tanto, el odio contra los blancos inmigrados y sus descendientes no se ha conservado de la misma manera. Por más abiertos que se muestren algunos de ellos, son cerrados y desconfiados los otros. En general, los indios suelen estar más desconfiados de los blancos que buscan minas que de los demás. Cuentan aún con temor y desdén cómo Huari Capcha, el descubridor de las minas de Cerro de Pasco, fue encarcelado en un hueco tenebroso y dejado ahí hasta el fin de sus días. No me consta si esta versión está comprobada. La he escuchado muchas veces de la boca de los indios, que la cuentan como causa de su aversión a ayudar a encontrar nuevas minas.

Volvamos otra vez a Cerro de Pasco. Esta ciudad se ha convertido en una de las más importantes de la república y se levantará cada vez más, bajo un gobierno sensato y una dirección razonable de la minería, para hacer honor a su nombre: «Tesoro del Perú». Pese a su ubicación marginal de las principales vías de comunicación, está ahora en el centro de cuatro carreteras muy frecuentadas. Hacia el oeste se ubica la que pasa por la quebrada de Canta hasta Lima. En ella se transporta toda la plata que procede del contrabando a la capital. Los dueños de grandes recuas de mulas que mantienen la comunicación comercial entre Cerro y Lima, viven en los pueblos de Obrajillo y Canta. Los arrieros hacen la entrega de la plata fundida en lingotes, contentándose con un simple recibo. De esta manera, transportan cargas de más de 100 000 táleres de valor a Lima, sin compañía de los dueños o escolta militar. Pese a ello no están expuestos a ataques de asaltantes, ya que éstos no les roban los lingotes pesados y sellados. La plata acuñada, en cambio, está escoltada desde la capital hasta Llanga o Santa Rosa de Quives por soldados, que no siempre están en condiciones de defenderse de los asaltos de las numerosas hordas de negros.

Hacia el este conduce otro camino por la quebrada de Huariaca al pequeño pueblo de Huánuco y la selva del Huallaga. Hacia el norte otra carretera pasa por el destruido pueblo de Huánuco Viejo, que por sus ruinas incaicas es uno de los pueblos más curiosos del Perú, de ahí se llega a Huaraz y a la costa norte. En dirección sur, el camino conduce por las planicies altas hacia Tarma, Jauja y las demás provincias del sur.

En el antaño tan rico pueblo de Pasco, se separan ambas carreteras hacia Lima y Tarma. La primera pasa por la Pampa de Bombón y el diezmo hacia el abra de la Viuda; la otra va por el Tambo Ninacaca (12 853 pies sobre el nivel del mar) y el pueblito Carhuamayo (13 087 pies sobre el nivel del mar) hacia Junín, que está cerca de un lago muy grande, cuyo nivel está a 13 000 pies sobre el nivel del mar. Este lago, la Laguna de Chinchaycocha, también llamada «Laguna de los Reyes» o «de Junín», tiene una longitud de

doce leguas y una anchura máxima de dos y media horas, por lo que es el lago más grande del altiplano sudamericano después de la Laguna de Titicaca, que mide 84 millas inglesas y cuya anchura máxima, entre Huancané hasta Huaqui es de 41 millas inglesas. Solo tiene dos afluentes poco importantes. Uno es el Carhuamayo (el río amarillo); el otro es algo más grande y nace en una pequeña laguna cerca de Pasco, pasando cerca del pueblito de Vico, pero tiene nombre propio. Su desaguadero bastante grande se llama Río Angosyacu, que pasa por La Oroya. El Río de San Juan nace de los lagos pequeños cerca de Cerro de Pasco (Laguna de Yanamate) y se vacía en el Angosyacu, cerca de su salida de la laguna. Como desde este lago sale más agua de la que se recibe, es evidente que se nutre de agua subterránea. Sus orillas son muy pantanosas, crecidas con totora (*Malacochaete totora*[6]), donde viven muchas aves acuáticas. Según las supersticiones de los nativos, este lago está habitado por grandes animales que se parecen a peces que suben a tierra en ciertos tiempos durante la noche y causan mucho daño en los rebaños del ganado. En su terminación suroccidental atraviesa un lugar poco hondo, la llamada «calzada», que está pavimentada de piedras, estableciendo una conexión entre ambas orillas. En este lugar, se encuentra un pueblo grande a 13 187 pies sobre el nivel del mar. Por delante de este pueblo, llamado «Reyes» en el tiempo del gobierno español, se extiende la célebre Pampa de Junín. En ella tomó lugar la batalla de caballería decisiva para la libertad del Perú, el 24 de agosto de 1824. El general Canterac comandó la caballería española, mientras que don Simón Bolívar estuvo al mando de los insurgentes. Al inicio los españoles tenían la victoria prácticamente asegurada, pero al perseguir al enemigo se dispersaron y fueron abatidos por los patriotas que volvían a reunirse. Éste es el único combate importante en el que Bolívar tomó parte personal, sin poder mostrar sus dotes de jefe de ejército perspicaz o demostrar coraje personal. Su teniente coronel Suárez decidió ejercer una maniobra audaz, sin esperar las órdenes de su jefe indeciso, lo que determinó el fin de la batalla apoyado por el entonces mayor Braun. Ya se sabe además, que el ejército español había sido traicionado antes del inicio de la batalla. Es de saber que Bolívar recibió una carta escrita en clave del campamento español, que envió a su ministro Monteagudo a Cerro de Pasco para descifrarla. Éste le hizo saber que tendría atacar inmediatamente, ya que su victoria sobre los españoles estaba asegurada de antemano. El emisario de esta carta y cómplice en esta traición aún vive y no niega este hecho. Si Loriga hubiera tenido el mando supremo en vez de Canterac, la victoria probablemente no hubiera estado al lado de los patriotas. En honor de este día, el pueblo de Reyes recibió el nombre del campo de la batalla, Junín.

6 Hoy *Schoenoplectus tatora*. [B/B]

Desde Junín, el camino conduce por unas ocho leguas por las planicies altas irregulares y fatigosas hasta Cacas, un caserío de pocas chozas y se prolonga luego por unas tres horas al hermoso valle de Tarma, atravesando quebradas estrechas.

Los indios de las cercanías de Cerro de Pasco, sobre todo los que viven por el camino de esta ciudad hasta Cacas en la puna, suelen dedicarse al oficio de asaltantes. Se esconden detrás de peñascos, aguardando la llegada de viajeros, a los que matan con sus terribles hondas de piedra. Cuando se encuentran importantes boyas en el Cerro, esta carretera es tan insegura que solo se puede viajar en grupos grandes y bien armados. Para los viajeros individuales siempre es muy peligroso pasar la noche en una choza de la puna que quede por este camino, ya que a menudo el anfitrión ahorca a su huésped en su lecho. Aun en los pueblos de Junín y de Carhuamayo, la seguridad no es muy superior. Hace pocos años en Junín, se encontraron tres cadáveres de viajeros debajo de la cama del alcalde, donde ellos habían buscado su albergue y donde él mismo los había matado alevosamente. Un buen número de viajeros desaparece en este camino, son asesinados por los indios y luego arrastrados a una cueva o tapados con tierra en algún lugar. Cuando se encuentra un subprefecto en Cerro de Pasco, algunos de estos asesinos son capturados y fusilados, lo que, sin embargo, no basta para intimidar a los demás. Muchos de estos indios son obreros en las minas, expulsados de la ciudad por su maldad incorregible, que ahora se mantienen por el robo y el asesinato. En ellos no solamente el odio innato contra los blancos, común entre los indios de las provincias sureñas, les induce al asesinato, sino también la codicia, ya que matan a todos los que creen que tienen dinero, aun a los suyos.

Capítulo quinto

Veinticuatro horas en la puna severa del Perú. — Un cuadro de viaje.

La mañana fue despertándose. El sol comenzó a teñir de rojo aún pálido las cabeceras de las cordilleras cubiertas de nieve perpetua. Rayos tenues de luz, anunciando el crepúsculo, penetraron por la abertura llena de hollín en el techo de mi ovejero de la puna para alumbrar el interior de la choza, un misterio oscuro de suciedad y pobreza.

Abandoné el lecho triste que me había cedido el anfitrión de buen corazón, luego de apenas unas horas desde que me había acostado, exhausto de frío y cansancio, con mi ropa puesta. Levanté el cuero de vaca delante de la abertura de la puerta y me agaché para salir, buscar a mi mula y ensillarla para seguir con mi viaje.

Con la sensación de agradecimiento por el abrigo de la noche pasada, abandoné la vivienda triste y traté de cruzar el pantano circundante sin mojarme. Mi buen animal esperaba cabizbajo y con los flancos magros temblando por la helada, amarrado cerca de una piedra. Esta medida de seguridad de amarrar los caballos y las mulas, sea en una piedra, sea en su propio cuerpo, es de una necesidad elemental en la puna. El instinto de estos animales los conduce a distancias de cinco o seis horas en una noche, ya que buscan alimentos más abundantes en un valle bajo que prefieren a las gramíneas cortas de las desérticas planicies altas, que son de poca confortación para los esfuerzos del viaje.

Ensillé mi mula con los dedos entumecidos por el frío y le coloqué las alforjas, en una de las cuales se encontraban mis víveres y en la otra, una pequeña colección de aves disecadas, que había matado a disparos en los días anteriores. Los perros pardo amarillos, maliciosos, que habían compartido mi lecho la noche anterior, siguieron todos mis movimientos gruñendo y con miradas envidiosas. Solo con amenazas directas pude evitar un ataque serio. Mi anfitrión indio me pasó mi rifle y le di unos reales y cigarros de papel como regalo, pregunté por el camino y partí con un amigable «Dios lo pague». Me siguió mirando medio curioso, medio indiferente y se retiró a su choza junto con sus perros.

Una neblina densa y pesada cubrió toda la región y se fusionó en un blanco monótono con la nieve, que había caído copiosamente durante la

noche anterior, como la mortaja se combina con el exánime cuerpo de alabastro de la virgen, en un solo tono incoloro. Mi camino me condujo a pasar cerca de una india vieja, que estaba llevando sus ovejas al pasto. Balando, el rebaño se movió delante de ella, dejando un surco profundo en la nieve. Sin paciencia, estaban a la espera de que el sol victorioso pasara por la neblina y sacara la cubierta molesta, con el fin de alcanzar su alimento frugal. Algo más arriba, encontré al hijo medio salvaje de la misma pastora, muy ocupado en cazar perdices con su perro, para poder venderlas por una pequeñez el siguiente domingo en el pueblo más cercano.

Siguiendo un sendero malo, subí por la pendiente suave de las alturas. Los pantanos o las rocas que no pude cruzar o trepar me obligaron a menudo a tomar desvíos grandes. En particular evité los atolladeros, por tratarse de enemigos peligrosos del viajero. Si uno los quiere circundar pierde mucho tiempo, pero si los quiere cruzar se está constantemente en riesgo de hundirse con el animal. Esto suele ocurrir a menudo y uno puede sentirse feliz si logra dejar atrapado a su animal, pataleando para seguir su camino a pie. Pese a tratarse de terreno abierto, los pantanos no se dejan percibir con facilidad. Súbitamente, el suelo cede cuando se pretendía estar sobre tierra firme. En las mañanas, en cambio, se puede cabalgar sobre lugares sin correr peligro, que más tarde son intransitables bajo la influencia del calor.

Varias horas habían pasado antes de que el sol, por fin, pudo romper la cortina de la neblina. En unos instantes, la nieve desapareció bajo sus rayos ardientes. Con nuevas fuerzas, me pude orientar en la altura despoblada. Me encontré en una planicie alta, de casi 14 000 pies sobre el nivel del mar. De ambos lados me miraron fijamente los picos cubiertos de hielo perpetuo de la cordillera, entre los cuales algunas pirámides gigantescas se alzaban tocando el cielo. Muy abajo, detrás de mí, yacían los valles de la región serrana más baja, con pueblos indios apenas visibles, fundiéndose con la línea del horizonte en una lejanía imperceptible. Delante de mí se extendían las inacabables planicies altas con superficie ondulada, interrumpidas en algunas ocasiones por alargadas lomas de cerros bajos con acantilados empinados.

Me pareció como si el espíritu de la naturaleza exhalara su última fuerza en estos solitarios campos de nieve de la cordillera. Muerte y vida se dan la mano y se combaten en la batalla eterna del ser y del no ser. Yo, el solitario caminante con su animal exhausto, lejos de las chozas humanas, ¿cómo sabré qué lado de la balanza del combate se inclinará para mí? También mi suerte está involucrada, pero en tamaños gigantescos una fuerza de la naturaleza se opone silenciosamente a la otra y ante ellas desaparece el aliento frágil de la vida animal.

¡Cuán poca vida había despertado el sol alrededor de mí! La paja de puna de color amarillo pálido y de una altura de apenas un dedo, se fundió con el verde de los glaciares de la montaña y una vegetación rala apenas

recordaba los pulsos atrofiados de la vida, en la desolada cubierta terrestre. Saludé con alegría a la genciana de color púrpura azul y a la calceolaria marrón, como si fueran viejos conocidos y conté las flores amarillas del echinocactus, que cubre las piedras en colonias extensas. De lejos se parecen a aislados residuos de nieve, con su fieltro suave y blanco que cubre los ramilletes de espinas. Sobre todo, me alegró el cactus piña, que me evocó memorias del cuadro de la exuberante abundancia de la selva, donde las magníficas passifloras y las coloridas begonias y bauhinias se trepan por las enormes palmeras, mientras que las stizolobias de rojo encendido se arrastran sobre la tierra entre los arbustos densos. En la puna, estas cactáceas viven en simbiosis con líquenes y musgos, así como frecuentes syngenesistas marchitas, teñidas de marrón oxidado por el hielo. Ninguna mariposa baila en estas alturas etéreas, ninguna mosca, ningún insecto. El asiduo investigador de la naturaleza solo encuentra como excepción un oscuro coleóptero, debajo de una piedra que voltea. Acá y allá un sapo lento sale de su hueco o una lagartija medio muerta de hambre busca el sol, para calentar sus miembros elásticos sobre una piedra.

Pero, al avanzar, encontré cada vez más vida destacándose en el mundo animal superior. Las aves son particularmente abundantes, no tanto en el número de especies sino más en individuos. En parejas pace la huachua orgullosa, el hermoso ganso de la puna, concentrándose en los carrizos cortos de los pantanos, acompañando cada movimiento con un graznido medio sofocado. El ligli, cuyo plumaje brilla metálicamente, se levantó volando del fondo del pantano con sus gritos desagradables y estridentes, como si anunciara infortunios. Se paró unos pasos delante de mí y volvió a volar para, de esta manera, acompañar cada uno de mis pasos por varias millas. El carpintero de la puna golpeaba con gritos fuertes las rocas, para atraer a un insecto perdido en sus grietas. El eco multiplicó cien veces estos sonidos repugnantes. Sin miedo se acercó la bandurria, cavando en la tierra con su pico largo para hallar gusanos y el yanahuico, una ibis de color verde negruzco, caminando sobre el suelo húmedo con aspecto grave. Sobre las olas de una pequeña laguna por la que pasé en mi camino, se balanceaban las quiullas de cabeza negra y grupos grandes de patos, mientras que el auash grisáceo negruzco, incapaz de volar, disfrutaba buceándose sin pausa. En la distancia vadeaba una gran bandada de los hermosos flamencos con sus patas largas, siempre a la espera, para no dejarse sorprender, retirándose con cada intento de acercamiento.

La riqueza del mundo animal en estas planicies altas podría sorprender, pero se demuestra ahí también la abundancia llena de vida de la región tropical, que produce una riqueza inexpresable de insectos y anfibios hasta las poblaciones de simios y papagayos en las selvas, de acuerdo a su extensión terrestre. Ni el sol ardiente de los llanos ni el frío duro de la puna parecen ser

sus enemigos y se despliega en forma sorprendente después de la primera lluvia y del primer rayo solar.

La monotonía de la región había desaparecido casi por completo. Manadas de vicuñas se acercaron con curiosidad para luego escaparse a alta velocidad. De lejos vi pasar grupos silenciosos y orgullosos de guanacos que me observaron atentamente. En sus escondites rocosos, los corzos se despertaron y corrieron por la suave pendiente de los cerros, emitiendo silbidos fuertes. El ciervo de la puna (tarush) con su cornamenta curiosa, salió de su cueva y me siguió sorprendido con sus grandes ojos negros, mientras que las despiertas vizcachas jugaban confiadas y se alimentaban de las pocas hierbas pequeñas que crecen en las grietas rocosas.

Por varias horas había seguido mi camino áspero y observado la vida variada de este curioso mundo alpino, que se parece en muchos aspectos a la tierra abierta, a la sabana, cuando me topé con una mula muerta. Probablemente fue abandonada por el arriero cuando se había desplomado bajo su carga pesada y había encontrado su muerte mísera, a causa del hambre y del frío. Cuando me acerqué, espanté a tres cóndores apurados y voraces, que habían encontrado a su presa deliciosa con sus miradas agudas de un alcance de varias millas y se habían apoderado de ella. Con orgullo, los reyes del aire movieron sus cabezas coronadas y me dispararon miradas ardientes con su ojo de rojo sangre. Se levantaron con sus gigantescas alas desplegadas y se deslizaron en actitud amenazante, en círculos cada vez más pequeños, sobre mi cabeza. Con graznido furioso uno de ellos se quedó y defendió su presa, hasta que yo había pasado por el lugar tenebroso con mi rifle en alto, preparado para cualquier tipo de ataque, sin ánimo de disputarles en absoluto el almuerzo a los buitres.

Ésta fue la única muestra hostil de la vida animal que encontré en esta puna. Por lo general, todo descansa en la repartición pacífica del gozo frugal de la vida, cada uno tranquilamente por su lado y cerca de los otros. No se encuentran los combates feroces del jaguar con el león sin melena, no hay serpientes gigantescas que acechan al ciervo sediento en la laguna fresca. Ninguna anguila eléctrica ataca al caballo bañándose como en las amplias planicies del este. Tampoco se reducen los tamaños del mundo animal, lo cual sucede con el mundo vegetal de la puna. Pero la vida animal no es tan sanguínea, no se expande en miles de especies diferentes y hostiles como en estas regiones. Parece como si la calma alta de las miles de cumbres silenciosas de la cordillera, se refleja en los animales que viven a su pie descalzo.

Así pensaba y creía que iba a ser el único ser humano que respirara en estas alturas desiertas y tenebrosas, cuando vi con alegría a dos indios pobremente vestidos, cubiertos con sus ponchos densos, que recogían los excrementos de las vicuñas y los guanacos para venderlos como combustible excelente a los hornos de fundición de plata más cercanos. Mientras tanto, un niño pequeño cuidaba las llamas que apacentaban.

El sol ya había llegado a su cenit hacía dos horas. Desde temprano en la mañana había subido la montaña paulatinamente. Mi mula jadeante había acortado su paso, parándose de tiempo en tiempo y parecía poco dispuesta a subir la altura que estaba en mi camino. Bajé para aliviar a mi pobre animal trabajoso y para mover mis extremidades inferiores, que no habían salido de la silla. Vigoroso subí a pie, pero pronto comencé a sentir la influencia dañina de la reducida presión del aire en estas alturas y sentí una sensación desagradable nunca antes conocida. Tuve que pararme para captar aire, pero apenas lo encontré. Traté de caminar, pero un pavor indescriptible se apoderó de mí. Pude escuchar el latido de mi corazón contra las costillas, el aliento se tornó corto y agitado, un mundo me pesaba sobre el pecho. Los labios se tornaron azules, se hincharon y se agrietaron, los finos vasos capilares de los párpados se rompieron y la sangre salió a gotas. En la misma medida se redujeron mis facultades sensitivas, ya no vi ni sentí, una neblina grisácea negra flotaba ante mis ojos, ahora enrojecidos de tal forma que les salió una lágrima sangrienta. Ahora me vi involucrado en una lucha entre vida y muerte, la que antes había presentido en la naturaleza. Me sentí muy mareado, mis sentidos se desvanecieron y tuve que echarme al suelo temblando en todo el cuerpo. En verdad, si ahora me hubieran esperado los productos más deliciosos de la tierra o la gloria de la eternidad a unos cien pies más altos, me habría sido física y moralmente imposible alzar mi mano para alcanzarlos.

Después de haberme quedado echado en el suelo durante un tiempo, me recuperé tanto como para poder montar mi animal con mucho esfuerzo, ya que tuve que salir de este lugar. Nubes negras y pesadas se habían amontonado en el horizonte anunciando tormentas. Innumerables relámpagos alumbraron sobre su fondo oscuro y el trueno estaba acercándose al desamparado con un terrible espectáculo de la naturaleza. Pero la tormenta se concentraba alrededor de las cumbres ricas en metales de la cordillera y solo nubes livianas se me acercaron con gran velocidad. Pero pronto se desató en una huracanada tempestad de nieve. El viento helado chocó contra mi cabeza como latigazos, de tal manera que amenazaba cortarme el aliento a cada momento. En menos de media hora, toda la región estaba cubierta de nieve con una altura de varios pies. Pantano y cerro, valle y acantilado rocoso parecían una sola planicie. Cada trazo del camino había desaparecido y mi condición empeoraba a cada instante. Si hubiera conocido la puna como la conocería después, me hubiera guiado por el vuelo de las aves. Por desgracia, seguí las huellas frescas de una manada de vicuñas que se perdió en un pantano. Noté demasiado tarde que mi mula se había hundido tanto que no podía salir por su propia fuerza. Comencé a sentir miedo, me bajé con cuidado, logré sacar sus patas, al cavar alrededor de ellas con mi daga bajo esfuerzos indescriptibles y pude regresarla al sendero recorrido. Por largo

tiempo cabalgué en diferentes direcciones, buscando mi camino en este desierto sin límites. Por fin lo encontré, señalado por montones de cráneos y esqueletos que surgían con sus filos cortantes por debajo del gran manto blanco, indicando la muerte mísera de los animales que sucumbieron bajo su carga pesada. ¡Qué señal tan bienvenida y a la vez tan fatal para el caminante solitario! De improviso, se separaron las nubes y los rayos ardientes del sol tropical se reflejaron sobre la superficie de nieve con su blancura cegadora. En el mismo instante, mis ojos fueron atacados por el surumpe. Comencé a sentir un intenso dolor punzante y solo pude avanzar en mi camino con una tela que me cubría la cara, atormentado constantemente por el miedo de haber sido víctima de una enfermedad crónica o aun de una ceguera completa.

Después de media hora se repitió el mismo espectáculo. El cielo, súbitamente oscurecido, descargó enormes masas de nieve, acompañados por relámpagos y truenos y una tempestad estremecedora. Luego volvió el sol, pero solo para esconderse poco después, detrás de nuevas tormentas. Con mis últimos esfuerzos seguí por el camino. La mula apenas pudo pasar por la nieve, que se amontonó formando torres, por lo poco que le quedaba de fuerza. Llegó la noche. Entumecido por el frío y exhausto por el hambre y las peripecias del camino, apenas pude agarrar las riendas y ya no sentía mis pies, algo protegidos por los anchos estribos de madera. Además de ello, tuve la certeza de que el techo hospitalario más cercano, me esperaba a una distancia de poco más de ocho horas alemanas de camino. La oscuridad nocturna y la nieve alta impedían encontrar el camino o aun orientarse. Mi animal exhausto ya no podía seguir, después de haber subido por unas catorce horas sin descanso ni alimento con una carga pesada en su lomo. Ya me sentía perdido, con el destino de caer víctima por el frío que se incrementaba y la nieve cayendo cada vez más densamente. En ese momento me percaté de una roca, que sobresalía como una cueva en la oscuridad. ¡La madre naturaleza en cuyos servicios hice esta caminata llena de privaciones, no me dejó sucumbir en la lucha con los elementos! En el último instante, en el tiempo justo, me ofreció un abrigo, aunque pobre en extremo. Investigué la cueva rápidamente y constaté que me servía para protegerme de viento y nieve. Con mucho esfuerzo, desensillé y me preparé un lecho miserable con mis mantas de silla y los ponchos sobre el suelo húmedo. Amarré la mula en una piedra, con voracidad cavó por debajo de la nieve, buscando las pocas hierbas que ofrecía la poco generosa montaña alta. También con un hambre parecido consumí mi cena, que consistía en un poco de maíz tostado y un pedazo de queso. Luego me eché sobre mi lecho duro, sumamente exhausto por los grandes esfuerzos realizados. Pero por mucho tiempo me quedé despierto, por los constantes graznidos y aullidos estridentes de las aves nocturnas.

Cuando por fin el cansancio me venció, comenzaron los síntomas del surumpe con renovada intensidad. Desperté debido a un ardor insoportable en mis ojos heridos. Los párpados se habían pegado por la sangre coagulada. Salté y grité por el dolor punzante. Ya no hubo más descanso ni sueño. Temblando por el frío y enfurecido por la tortura violenta, esperaba con ansias la llegada del día, tanto parado como sentado sobre una piedra. Pero para el infeliz la noche tarda mucho. El cielo límpido y lleno de estrellas se levantaba sobre la montaña eterna y cada respiro de la atmósfera congelada se oponía con hostilidad a la vida en la puna alta. El silencio de la muerte cubría la región y como sepulturero se hizo notar el incahuallpa, cuyos gritos monótonos indicaban el transcurso lento de las horas.

Muchas de ellas pasaban con una lentitud que parecía una eternidad. Cuando calculé que el crepúsculo debería haberse iniciado, abrí mis ojos dolientes con mucho esfuerzo. Fue solo para reconocer mi condición tenebrosa en su plenitud. Al investigar la cueva, mi albergue nocturno, me percaté con horror que un cadáver humano congelado me había servido de almohada. Me aparté estremecido y busqué mi mula, para abandonar este lugar fatal, pero mi destino adverso no se había completado aún. Mi buen animal yacía muerto en el suelo. En su hambre voraz no había escogido bien las hierbas, había comido el garbancillo venenoso para encontrar pronto su triste muerte. Mi pobre compañero de viaje, ¡tantas horas duras había compartido conmigo!

Mi condición desesperada hubiera sacudido aun al más estoico de los hombres. Volví a la cueva. ¿Qué más podría hacer? Encima del mundo libre de neblina, brillaba el joven y victorioso sol de la mañana. Las llanuras y las colinas cubiertas con gruesas capas de nieve en la noche, ahora estaban claras y verdes. El gárrulo acacli saltaba confiado a mi lado, las vizcachas jugaban despreocupadamente en las rocas y las vicuñas con cuello alto se acercaban con curiosidad, como si no supieran nada de los espantos de la noche pasada. Un consuelo indescriptible llenó mi alma tenebrosa y entré nuevamente en la cueva con tranquilidad renovada, para mirar de cerca a mi compañero difunto. ¡Fue acaso un viajero como yo, vencido por el hambre y el frío? No, era un mestizo. Varias heridas profundas y letales en su cabeza me indicaron que la causa de su muerte fue la mano alevosa de un indio, que lo había asesinado con una honda de piedra y luego arrastrado a este lugar. En su rapacidad aun le habían quitado su ropa.

Agarré mi rifle y maté una vizcacha, me busqué un poco de combustible y me asé la carne en un asador, que en este caso era un hueso, preparándome un desayuno no muy sabroso. Después, esperé con calma cómo se desarrollara mi destino.

Alrededor de las doce del día escuché entrecortados gritos monótonos en intervalos regulares. Asustado y alegre, reconocí bien los sonidos. Subí a

la roca más cercana y miré hacia abajo, donde vi a los dos indios con los que me había encontrado el día anterior, ocupados en guiar a sus animales cargados con taquia para venderla en la mina más cercana. De inmediato bajé corriendo y les persuadí dejarme una llama en reciprocidad de un pequeño regalo de tabaco. Con buena voluntad me siguieron a la cueva, la llama fue cargada con mis pertenencias, eché un puñado de tierra sobre el cadáver con una sensación de tristeza dolorida y abandoné este lugar desdichado. Era la cueva de Leñas en los altos que conducen a la quebrada de Huaitará en dirección hacia el sur, en el día 13 de enero de 1840.

Conmovido por los acontecimientos de las horas pasadas y reflexionando sobre las vicisitudes de la suerte humana y lo efímero de las cosas terrenales, caminé con mi rifle detrás de las llamas obedientes y llegué mojado y hambriento a la mina al ocaso de la noche. A la mañana siguiente continué con mi camino fatigoso sobre una jaca medio muerta de hambre.

Capítulo sexto

La sierra. — El clima. — Los caminos. — Los habitantes. — Los comerciantes. — Los mestizos. — La agricultura. — Los frutos cultivados. — La habilidad manual de los indios. — La hospitalidad de los serranos. — La vida social en la alta sociedad. — Las fiestas de los indios. — La preparación de la chicha. — Los bailes. — Las corridas de toros. — Las ceremonias eclesiásticas. — La requisición de los indios. — Los mensajeros. — La venta de mulas. — Las características constructivas en pueblos y ciudades. — El convento de Ocopa. — La Ceja de la Montaña.

La montaña peruana, de cuya extensión mayor como puna nos hemos ocupado en los capítulos previos, está cortada por numerosos valles, estrechos y anchos, que se ubican a varios miles de pies por debajo de las planicies altas, lo que les presta un carácter muy diferente. A estos valles se les llama «sierra». No obstante, el limeño toma esta expresión para señalar a toda la extensión del interior del Perú hasta la selva y cada peruano que no es habitante de la costa o de la floresta, es serrano para él. En el sentido estricto de la palabra solo los profundos valles de la montaña, entre la Cordillera y los Andes, son la sierra, por lo que usaré este término con el significado indicado[1].

El viajero europeo que pudo saborear todo lo agradable y desagradable que le ofrece el cielo del trópico, eternamente inalterado en su vegetación exuberante o en los desiertos arenosos disecados y tenebrosamente solitarios, en una estadía ansiosamente deseada, y que luego permanece por un tiempo prolongado en la Cordillera o en la puna, casi congelado en el sol vertical del mediodía, rodeado por una naturaleza extraña; siente una alegría indescriptible cuando puede bajar a los valles de la sierra. Ahí encuentra un clima y un mundo vegetal que le presenta un cuadro vívido de su lejana tierra natal; por encontrarse en una altura sobre el nivel del mar en la que la atmósfera limpia ha deshecho la influencia enervante del ardiente sol tropical. Pero no está tan alto como para que el aire enrarecido se oponga en forma hostil a la vida. Está protegido contra los vientos fríos y las montañas de nieve por numerosas cadenas de cerros, con lo que la sierra reúne todas

1 También se llama «sierra» a las quebradas en el flanco occidental de la cordillera, a alturas entre los 6000 y los 10 000 pies sobre el nivel del mar. [T]

las ventajas con las que un cielo templado favorece la naturaleza. Los alrededores salvajes y estériles, los que se vencen solo después de muchos días fatigosos y poco amigables, sirven para ensalzar la impresión agradable de estos valles en una luz más brillante. Resulta muy comprensible que un viajero anterior (Bouguer), fuera llevado a decir la siguiente expresión favorable: «En este país feliz, la naturaleza pinta el cuadro de un paraíso terrenal con toda su abundancia o mejor dicho, exuberancia».

Solo existen dos estaciones del año. En octubre comienza el invierno o la época de lluvias, que no es tan prolongada y molestosa como en la selva. Raras veces las lluvias duran más de dos a tres días seguidos, pero las tormentas son frecuentes, sin repetirse con tanta regularidad diaria como en la puna y nunca están acompañadas de nieve, aunque sí de granizada. El termómetro no baja a más de + 4° R y se mantiene durante el día en un promedio de + 11° R. En el mes de abril comienza el verano y con él se inicia una secuencia casi ininterrumpida de días alegres y cálidos. Las noches, en cambio, son más frías que las del invierno, ya que el termómetro baja al punto de congelación y ocurren heladas violentas y a menudo muy nocivas. Las horas del mediodía se caracterizan por un calor sofocante, pero el promedio diurno es de solo 13,9° R. Durante esta época del año el horizonte suele cubrirse de nubes pesadas y negras, que solo raras veces se descargan en los valles, pero se mantienen amenazando en los cerros. Los nativos llaman a este fenómeno *misti manchari*[2] («el temor de los mestizos»)[3], ya que los habitantes de la costa temen la llegada de tormentas violentas por el aspecto de estas nubes.

Este regular clima templado favorece la fertilidad natural del suelo, por lo que éste rinde abundantemente ante el esfuerzo de los nativos. Las plantas domésticas propias de los trópicos calurosos no dan en esta zona. Antes de las migraciones europeas al Perú se cultivaba el maíz, la quinua y algunos tubérculos; desde la conquista se han introducido algunos cereales, muchas frutas y la alfalfa, que crecen en forma excelente en este clima que les es muy propicio. Lo que el europeo extraña más en ésta como en las otras regiones visitadas, son los bosques. Contempla con cierto desagrado las pendientes de los cerros, en las que ve especies enormes de cactáceas y vegetación abundante de maguey, mientras que está acostumbrado a densos bosques en su patria. Solo un sauce (*Salix humboldtii*[4]) que alcanza una altura de 20 a 25 pies, crece en grupos menores en la ribera de los ríos. Esporádicamente, árboles de queñua de altura reducida forman arbustos poco significantes.

---

2 La expresión correcta es, según Cerrón-Palomino, «*misti manchachiq*». [K]

3 Los indios llaman a todos los que no son indios o negros, «*mistis*» o «mestizos», aunque sean europeos, criollos blancos o las diferentes gradaciones hacia el indio. [T]

4 Probablemente *Salix humboldtiana* Willd. [B/B]

Desde los tiempos más remotos, el peruano ha preferido estas regiones tan favorecidas por la naturaleza, convirtiéndolas en su hogar. Por consiguiente, el número de habitantes en la Sierra es mayor que en cualquier otra parte del país, pese a la extensión geográfica no tan importante. Numerosas ciudades, aldeas y caseríos adornan estos valles y ganarían mucho en importancia, si gozaran de una intercomunicación más eficiente. Pero cada valle está rodeado por cerros altos, por los cuales conducen largos caminos peligrosos y muy fatigosos. Por un lado suben con gran esfuerzo por las lomas empinadas de la montaña, en otro serpentean por quebradas angostas, casi intransitables por los enormes trozos de roca dispersos en ellas o pasan por las desérticas y solitarias planicies altas. Un viajero alemán[5] que visitó el Perú en el siglo pasado lo describe en palabras sencillas: «Aun el más despreocupado escéptico haciendo caso omiso de la prudencia, tiene que admitir con vergüenza y pavor que el ser que ama a todos aparentemente concede su protección paternal a los pasos audaces del mortal, sin la cual hombres y ganado tendrían que perecer irremediablemente». La comunicación con la capital no es menos difícil y lejana, por lo que solo pocos productos llegan a este destino.

Los habitantes de la sierra, llamados «serranos» en lo general, se constituyen por indios en su gran mayoría, sobre todo en los pueblos más pequeños. En las ciudades y en los pueblos más grandes predominan los mestizos, por lo general, los blancos son muy escasos. No obstante muchos se presentan como tales, pero si uno se concentra en su descendencia se suele encontrar sangre india ya en la segunda generación. Muchos serranos ricos cuyos rasgos faciales son netamente indios, se presentan al extranjero como españoles antiguos. Por lo general, los mestizos se consideran iguales en el rango que los blancos y desprecian a los indios, pese a proceder del mismo origen, mientras que se muestran impertinentes y rastreros frente a los blancos, lo que es mucho más acentuado en la sierra que en la costa. Su descendencia también permite deducir su profesión. Los europeos o los criollos blancos de la sierra suelen ser comerciantes, el mestizo rico es un hacendado perezoso, el pobre un haragán, mientras que el indio es campesino o jornalero.

Los españoles antiguos que viven en la sierra, a menudo eran soldados del ejército español, que se establecieron después de la guerra de liberación para instalar una tienda de mercancías, ya que no sabían otro oficio. Algunos de ellos se han convertido en hacendados por matrimonio y ahora pretenden ser hombres cultos de la manera más ridícula, con su orgullo ilimitado, su ignorancia aún mayor y su presunción repugnante. Los criollos suelen vender la mercancía europea, por lo que viajan a Lima dos o tres veces al año para abastecerse de ella. Telas de algodón blancas o estampadas, objetos de

5 A. Z. Helms. *Tagebuch einer Reise durch Peru*, etc. 1789, pág. 151. [T]

lana, quincallería, cuero, jabón, cera e índigo son los productos principales del comercio. Una enorme cantidad de índigo se vende en la sierra, ya que los indios tiñen toda su ropa de este color. Otra cantidad importante está representada por la cera, ya que las iglesias tienen que estar bien iluminadas en las fiestas religiosas mayores que se repiten casi a diario. Los nativos contribuyen poco al comercio, en particular se trata de ponchos y frazadas de lana, lana teñida, estribos de madera, sillería y herraduras. Los arrieros compran estos últimos productos en la costa. Suena algo raro si se dice que las herraduras se compran en cantidad para tener reservas, ya que en Europa la herradura se ajusta al casco del animal por lo que se forja al momento, pero en el Perú se corta el casco para ajustarlo a la herradura. El aguardiente de Ica se vende casi más que todos los demás productos en conjunto. La cantidad de esta bebida importada anualmente a la sierra, linda con lo increíble. Si uno ve las caravanas largas de mulas cargadas con los odres llenos, se podría llegar a la conclusión que se trata de reservas para muchos años. Al contemplar a los indios corriendo a todas las tiendas con sus jarras y botellas en los días feriados o los domingos, uno constata a su pesar que se distribuye más aguardiente en un día, que en las ciudades mucho más grandes de Europa durante todo un año. En muchas regiones, como por ejemplo en la provincia de Jauja, los huevos de gallina sirven de moneda, al calcular una cantidad de 48 a 50 piezas por un táler. En el mercado y en las tiendas, los indios compran la mayoría de sus productos de mayor necesidad con esta moneda frágil. Uno compra aguardiente con algunos huevos, otro les da para índigo y un tercero para cigarros. Los dueños de las tiendas empacan los huevos en pequeñas cajas para enviarlas a Lima. Solo desde Jauja llegan anualmente varios miles de cargas a la capital.

Los mestizos más acomodados son, a menudo, dueños de chacras, cuya cosecha en cereales, verduras o alfalfa, venden a las ciudades mayores o a las minas de la puna. Las ganancias de estas chacras suelen alcanzar para un modo de vida decente. Por ello, los mestizos no piensan en otra ocupación más que en la de divertirse y pasan su vida en una pereza casi incomprensible. Según la usanza típicamente española, están parados en grupos en las esquinas, envueltos en sus mantas o en las tiendas, si el tiempo es malo y conversan sobre novedades insignificantes o se juntan para jugar a los dados o para ver las peleas de gallos. Estas peleas no se someten a reglas tan estrictas como en Lima, pero se llevan a cabo con la misma pasión. Siempre están acompañadas de apuestas importantes, que han llevado a la ruina a muchos hombres ricos. Aficionados férreos de las peleas de gallos, que abundan en la sierra, no piensan en otras cosas. Todo su pensamiento, sus conversaciones y sus actos giran alrededor de los gallos. Su placer máximo es conversarles, acariciarlos, alimentarlos, irritarlos o probarlos en su patio. En cada ciudad se forman dos partidos, cada uno con sus gallos haciéndoles

pelear uno contra el otro, lo que suele adquirir un carácter político con el tiempo. Siempre los gallos pelean con cuchillos afilados atados a sus patas. Las peleas con sus armas naturales, el pico y la espuela, comunes en muchas regiones de Inglaterra, no se han introducido en la sierra. Primero los animales son llevados al circo y se les muestra al público solo después de haber arreglado las apuestas. No se puede retirar la apuesta, pero se puede arreglar nuevas. La mayoría de las peleas solo se realiza entre dos gallos, pero también hay combates entre cuatro o seis animales. Para evitar que se ataquen gallos del mismo partido, se cría a los que se determina para este tipo de pelea en el mismo establo; por regla, cada gallo de pelea está criado por separado.

La agricultura está exclusivamente en manos de los indios que tienen sus chacras propias o cultivan las de los mestizos por un sueldo muy bajo. Las chacras se aran en el mes de setiembre y se las prepara para la siembra. El arado consiste de un tronco largo al que está fijado la reja, así como de dos palos para guiarlo. Está jalado por bueyes, amarrado simplemente en sus cuernos. La siembra se lleva a cabo en el mes de octubre y se cosecha en abril o mayo, por lo cual está en el campo durante toda la época de lluvias. En febrero suele haber heladas nocturnas muy fuertes, que hacen mucho daño a los cereales y llevan a malas cosechas y a hambruna. Por esta razón se celebran procesiones en todas las aldeas y ciudades en este tiempo, durante las noches claras y frías, con el fin de rogar por la misericordia del cielo. A menudo suenan las campanas por medianoche y de improviso. En todas las casas se toca las puertas y los habitantes se apresuran para llegar a la iglesia y juntarse para participar en estos desfiles. Penitentes vestidos en sacos, pasan por las callejuelas y se flagelan y los indios gritan en su idioma profesando oraciones, votos o maldiciones al cielo. Este tumulto en las calles dura por horas y solo al amanecer los habitantes se retiran a sus viviendas, con temor y con esperanza. Tales inesperadas procesiones nocturnas tienen algo de tenebroso, a lo que contribuyen los niños indios que corren gritando y llorando por las calles, echándose al suelo y portándose como desesperados, probablemente por la falta de conciencia al ignorar el fin de estos actos. El día del último juicio no podría causar más exaltación que este temor a las heladas nocturnas. Pero es cierto que el destino de los indios en tales malas cosechas es sumamente triste, ya que no encuentran ni el alimento más miserable para satisfacer su hambre. Vi en el año de 1840 que niños indios comían el pasto de los campos como si fueran ganado.

El maíz es la especie de cereal más cultivada, es de una calidad excelente, algo más pequeño que el de la costa, pero mucho más sabroso. El trigo que también da muy bien se cultiva solo para satisfacer la demanda en la sierra. El pan preparado de este trigo es muy malo, en parte por el hecho de que la harina no está bien molida en los molinos sumamente deficientes, en

parte también porque los nativos no saben preparar la masa bien y mantenerla limpia. Los panes suelen ser tortillas pesadas de color negro marrón, ya que se agrega siempre manteca de chancho. Con la excepción de la cebada, los peruanos no conocen los demás cereales europeos. En su reemplazo tienen la quinua (*Chenopodium quinoa* L.[6]), que es un alimento nutritivo, sano y sabroso. Las hojas de la planta, antes de madurar, se consumen como una especie de espinaca, pero mucho menos que las semillas. En la cosecha se arranca los tallos con sus raíces, que se golpean contra una tela, con lo que se sueltan las semillas maduras. Se la prepara de muchas maneras. Por lo general se la cuece con leche o extracto de carne, a veces con queso o con ají. Los tallos secos sirven de combustible, su ceniza es un ingrediente importante para mascar la coca.

Hubo algunos ensayos de introducir el cultivo de la quinua en algunas regiones de Alemania, los que han dado buen resultado. Pero parece que su sabor no encontró muchos adherentes, lo que asombra al europeo que la ha probado en el Perú, que la reconoce como plato muy sabroso. Es de desear que esta planta se cultive más en Europa, ya que precisamente en los tiempos en los que la papa está plagada por enfermedades tan nocivas, podría ser de gran utilidad. Si se considera como la papa y el té no encontraron mucho aprecio en el inicio de su introducción y pese a ello se difundieron tanto después, no se debería dejar influenciar por las voces de algunos a los que no les gusta su sabor, tratándose de una planta que produce uno de los alimentos más sanos y que se da extraordinariamente bien en nuestros países, para darle una acogida generalizada.

Se cultivan cuatro especies de tubérculos: la papa, el ulluco, la oca y la mashwa. La papa es excelente y aparece en muchas variedades. Los serranos tienen un modo peculiar para conservarla por años, al convertirla en chuño y chochoca. El chuño tiene color negro o blanco. Para preparar el chuño negro se toma papas comunes, se las deja en el sol por algunos días mientras se congelan durante la noche. Cuando se hayan encogido totalmente, los indios las pisan para exprimir el jugo concentrado debajo de la cáscara. Luego se vuelve a exponerlas a la helada. El chuño también se llama «moray» y se hace de una variedad de papas que no existe en Europa. Es de gran tamaño, de color blanco amarillento y de sabor tan amargo, que apenas es comestible preparada de la manera común. Estas papas se meten en un saco que se coloca en el agua después de la puesta del sol para congelarse. Antes de la salida del sol se le saca nuevamente para guardarlas en un lugar oscuro, ya que la luz del sol las tornaría negras. Este procedimiento se repite por un lapso de entre 20 y 25 días, luego se las pisa y se las deja congelar

6 Más correctamente *Chenopodium quinoa* Willd. [B/B]

durante unas cuatro o cinco noches. La chochoca o papa seca consiste de papas cocidas y luego peladas, dejadas expuestas al hielo durante algunas noches. Las papas, preparadas de este modo, pueden conservarse en lugares secos durante muchos años sin malograrse. Los indios suelen exportarlas a la costa, donde son muy populares. También se las lleva en los barcos como provisiones valiosas. Los peruanos tienen una predilección por estas papas secas, en particular, por el moray y encuentran en ellas un agradable alimento de fácil digestión. En consecuencia, los médicos permiten que el enfermo se alimente más que nada de chuño. Tengo que confesar que no me agradó ni la chochoca encogida ni el chuño viscoso. También he notado que, por lo general, los extranjeros tienen una aversión a estos platos favoritos de los nativos.

El ulluco (*Tropaeolum tuberosum*)[7] es de un tamaño menor que la papa y muestra formas diferentes. A veces es redondo, otras veces alargado, recto o curvado. Tiene un color amarillo rojizo, una cáscara muy fina y un interior verduzco. Cocido en agua tiene un sabor insípido, pero preparado como picante es muy sabroso; es difícil de digerir en cualquier tipo de preparación. Solo se conserva por un máximo de dos meses, pero al exponerse por unos días al sol y luego al hielo, puede durar hasta más de un año, aunque pierde su sabor.

La oca (*Oxalis tuberosa*) es un tubérculo redondo y alargado, de color rojo pálido con interior blanco. Tiene mucha agua y un sabor dulce, por lo que es muy apreciada por los peruanos. Si se la expone al sol y al hielo por unos días, se vuelve más dulce y harinosa, pero puede conservarse en esta forma solo por unos meses.

La mashwa es un tubérculo aún desconocido por los botánicos[8]; es cultivada y preparada como la oca. Difiere mucho de esta última en su forma, ya que se parece a una pirámide achatada, que termina hacia abajo en una punta a modo de hilo. Contiene mucha agua y es de sabor insípido, pero a los serranos les gusta mucho. También se conserva por poco tiempo y no soporta la exportación, por lo que es casi desconocida en Lima. Los indios también la usan como medicina, en particular para curar la hidropesía, la indigestión y la disentería. La oca y la mashwa sirven también para preparar la llamada «caya». Se deja podrir las raíces en el agua. Luego se las seca en el sol y se deja congelarlas durante la noche por unos ocho o diez días, echadas sobre una tela. La masa negruzca que resulta de este proceso se cuece con agua para convertirla en una mazamorra y los indios la saborean así. Nunca he visto un plato más repugnante que esta caya podrida, ya que despide un olor a cadáver al cocerse y tiene un sabor correspondiente. Cuando

7 Identificación incorrecta. Lo correcto es *Ullucus tuberosus*, Basellaceae. [K]
8 *Tropaeolum tuberosum*, Tropaeolaceae. [K]

se viaja a mediodía por estas regiones, en las que ésta es el plato diario de los indios, el olor se siente mucho antes de llegar al pueblo. Repetidas veces he preguntado a los nativos si este alimento podrido les cae bien. Siempre me contestaron que sí y que lo toman por sano y agradable. Realmente hay que tener un estómago de indio o un hambre muy fuerte por el viaje para poder engullir esta mazamorra de caya.

Las verduras europeas crecen abundantemente en la sierra, pero solo pocas de estas especies fueron introducidas. En general, no se las estima mucho. Solo se cultivan algunas especies de col y de lechuga, cebollas, ajo y algunas leguminosas. Llama la atención que esta región no tiene árboles frutales endémicos. La única fruta comestible es la tuna de varias especies de cactáceas. En algunas quebradas bien protegidas crecen naranjas, limones y granadillas a una altura de 10 000 pies sobre el nivel del mar. Las especies de frutas introducidas de Europa suelen dar muy mal, ya que no se cuida el cultivo de los árboles en lo más mínimo y no se aplica los injertos. En particular, esto vale para las manzanas, las peras, las cerezas y las guindas. Las cerezas y las castañas se desconocen, pero duraznos y melocotones crecen en cantidades asombrosas y aparecen en muchas variedades, sobre todo en las provincias del sur. Las caminatas a los duraznales en los meses de abril y mayo para comer las frutas maduras son una de las distracciones favoritas de los serranos. Algunas regiones son famosas en todo el Perú por la abundancia de frutas. Esto vale para los valles muy profundos, que difieren del carácter particular de la sierra y corresponden más a la región boscosa, como por ejemplo, Huanta.

En los tiempos de la siembra y de la cosecha, los indios festejan divirtiéndose tumultuosamente. Esta costumbre probablemente proviene aún del tiempo del gobierno de los incas, cuando estas dos épocas del año eran las subdivisiones principales del cómputo anual. Ni siquiera una cosecha mala perturba la distracción. Con los sonidos de tambores, violines y flautas se corta los cereales, enormes recipientes llenos de chicha están a la libre disposición de los trabajadores, que están borrachos permanentemente, pero aún en este estado bailan con las cargas más pesadas de las gavillas. El almuerzo se prepara en calderas inmensas en el campo y debe haber comida abundante y sabrosa. Para comer todos se sientan sobre el piso en una fila larga, uno entre las piernas cruzadas del otro, lo que resulta en un cuadro gracioso. Lo hacen así porque ya no pueden mantenerse erguidos, por lo que caen para los lados, hacia atrás o hacia delante y se les cae la comida de sus platos de calabaza si sus esposas, menos borrachas, no se acercan corriendo para ayudarlos. El trigo y la cebada se amontona en los campos de cultivo y se saca los granos con caballos, que se envía sobre estos montones corriendo en círculos. Cuando se haya hecho esto, los delegados del gobierno y el cura aparecen para exigir su diezmo.

En los pueblos mayores y en las ciudades, los indios suelen ocuparse en la artesanía y alcanzan en ella un alto grado de perfección, ya que no les falta ni dotes ni habilidad mecánica. Sobre todo los orfebres, son muy hábiles y elaboran los trabajos más refinados y delicados, que pueden compararse con los mejores trabajos de las capitales de Europa. Los recipientes y figuras de filigrana, elaborados por los cholos de Ayacucho, siempre han gozado de gran celebridad en España. En Jauja se hacen trabajos en hierro muy hermosos, que encuentran gran estima en todo el Perú y tienen una alta demanda. En esta zona también se preparan trabajos en cuero, como sillería, riendas, etc., que destacan por ser mucho más elegantes y por lo menos tres veces más baratos que los que se hacen en Lima. Muchos indios en el Cuzco y en las provincias aledañas se dedican a la pintura en óleo, que no son obras maestras. Sin embargo, al contemplar sus logros en los cuadros de los altares de las iglesias y al considerar que hicieron estas pinturas con materiales muy burdos, se tiene que reconocer sus grandes dotes, que podrían desarrollarse muy por encima de la mediocridad bajo una guía apropiada. Los indios de Tarma y sus alrededores tejen telas de excelente finura. Hay ponchos de lana o de hilo de vicuña por los que se paga entre 100 y 120 táleres y que exceden en calidad a las telas europeas. Parece incomprensible esta calidad si uno conoce el mecanismo burdo que sirve de telar a los nativos. En cualquier rincón de su choza el indio estira los hilos en una varilla en la pared, junta todos ellos en otra varilla, que se amarra por la cintura, se sienta sobre el piso y pasa un pedazo de madera que le sirve de lanzadera con un hilo de un lado al otro. De este modo, teje figuras e inscripciones con varios colores en la tela solo con cambiar el orden de los hilos. Así trabaja con una velocidad que casi equivale a la de los telares verdaderos. Los tejidos más valiosos que elaboran son los de lana de vicuña, alpaca y vizcacha, pero también otros muy estimados son de algodón y de seda. Llama la atención que los indios de cada provincia ejerzan un tipo de artesanía diferente y descuiden las demás.

La vida social en la sierra es tan peculiar que resulta comprensible que los habitantes de Lima se burlen de los serranos y los traten con cierto desprecio. Si bien el limeño no supera significativamente al serrano en su formación intelectual, se comporta siguiendo ciertas formas exteriores totalmente descuidadas por estos últimos, las que se extraña aun en las familias más importantes. Ya el lenguaje de los serranos los caracteriza, es duro, incorrecto y mezclado con muchas palabras quechuas, pero más aún los delatan sus maneras torpes y demasiado libres. Por ello se sienten a gusto solo por poco tiempo en la capital, donde se convierten en blanco de las burlas femeninas y pronto extrañan sus cerros natales, donde pueden vivir de manera más desenvuelta con la mayor tranquilidad del mundo. Inicialmente, el extranjero suele encontrar muchos rasgos desconocidos u obscenos en los habitantes de la sierra, pero pronto se siente muy bien entre ellos, ya que goza de una

hospitalidad sumamente agradable y candorosa que hasta se le considera otro miembro de la familia. Puede permanecer por varios meses bajo el mismo techo hospitalario sin encontrar la menor señal de que su presencia no sea bienvenida. Si regresa después de una ausencia prolongada, se le vuelve a recibir de la manera más cordial. El viajero que llega sin recomendaciones particulares a una ciudad de la sierra, encuentra un albergue hospitalario en cada lugar donde toca la puerta, lo que es doblemente agradable por el hecho de que apenas existen albergues verdaderos. Me pasó reiteradamente que fui invitado amigablemente a quedarme en la casa del primero que se me acercó a mi llegada en uno de los pueblos mayores. Al seguir mi viaje para llegar al siguiente pueblo, el mismo hombre me dijo que debería a buscar una persona señalada por él, saludarla de parte de él y encontraría un recibimiento bueno. Efectivamente, lo encontré en todas estas ocasiones. En vez de enfrentarse a asombro por ver a un huésped inesperado y desconocido entrando a su patio a caballo, siempre fui saludado amigablemente con la invitación de bajarme y quedarme. Después de poco tiempo de estadía el huésped es conocido por un gran número de habitantes, ya que el anfitrión se ve obligado a presentarlo a sus amigos y llevarlo a todos los eventos sociales o distracciones.

Los serranos son muy sociales y organizan fiestas campestres o reuniones sociales nocturnas con canto y baile, sirviéndose de cualquier motivo. Pero es precisamente este esparcimiento que le cuesta al extranjero, ya que el aguardiente juega el papel principal en estos eventos. Apenas se ha reunido el grupo social, se trae algunas botellas de esta bebida y algunos vasos y cada uno toma a la salud del otro en una rueda. Las damas no se quedan atrás de los señores y son incansables en el ofrecimiento y el recibimiento de saludes. Para una reunión social de unas treinta o más personas suele haber solo tres o cuatro vasos, que pasan ininterrumpidamente de mano en mano y de boca en boca. Cuando las primeras botellas han originado una sensación de alegría, siguen otras y otras y toda la noche se pasa con baile y con la bebida de aguardiente. El viajero europeo no puede recuperarse de su asombro y no sabe cómo evitar los ofrecimientos llegados de todos lados para tomar un vasito, ya que el rechazo se toma por insulto. Solo una retirada rápida pero clandestina, garantiza mantener el dominio sobre los sentidos. Pero si por casualidad se deja atrapar al escaparse, se le regresa a la fuerza y tiene que aceptar un castigo por su intención, con varios vasos de aguardiente. Si se disculpa diciendo que esta bebida le hace mal, las damas se apoderan de él, se burlan y le prometen acostumbrarlo. Como primera clase de instrucción, tiene que tomar un vaso con cada una de ellas. No le queda otro remedio que rendirse incondicionalmente y sufrir varios días de malestar como consecuencia de ello. La cantidad de aguardiente que se consume en una noche es asombrosa. He observado reiteradamente que cada uno de los participantes

de la reunión social, las mujeres incluidas, tomó como promedio, casi una botella entera del tamaño de las botellas en las que se envía el vino de Burdeos. Es comprensible que estas jaranas, como los nativos llaman a estas reuniones, terminen en fiestas tumultuosas y desenfrenadas, a menudo acompañadas de consecuencias sumamente desagradables. La frecuente repetición de estas reuniones, evidentemente, debilita el efecto del aguardiente en los serranos, por lo que la cantidad consumida tampoco es tan significativa como parece a primera vista. Quiero anotar aún que estas jaranas no se organizan por indios devotos a la bebida, sino por las familias más renombradas, por blancos y mestizos, por lo que los serranos no encuentran nada anormal en ellas. Cuando estuve por primera vez en una de las ciudades mayores de la sierra, en el año de 1839, se organizó un baile en homenaje al mariscal chileno Bulnes y a su estado mayor, en la misma casa en la que me hospedé. En esta fiesta el aguardiente corrió en tal cantidad, que encontré bailarines masculinos y femeninos yaciendo embriagados en el piso en la mañana siguiente. Tal estado no tiene nada de raro, tampoco significa deshonra y apenas sirve de materia de burla de los implicados en los siguientes días. Esta anécdota deja una impresión poco favorable de los habitantes de la sierra, pero es conveniente tener en cuenta la escasez de su formación intelectual, debido tanto a una educación deficiente como al poder de la costumbre. Por consiguiente, no se debería juzgar demasiado severamente al serrano y rápidamente condenarlo, porque tiene muchas características excelentes. Por apasionado que se muestre al consumo de aguardiente en las reuniones sociales, tan abstinente es en su vida común, de modo que es muy raro encontrar a un ebrio empedernido en las familias mejores. Aunque existen también excepciones honrosas que reconcilian a la gran masa.

Si las bebidas alcohólicas juegan un papel tan preponderante entre las clases cultas, lo tienen aún mucho más en las distracciones de los indios comunes. Cada una de las fiestas que se repiten con mucha frecuencia, se festejan con desenfrenadas bacanales de varios días de duración, durante los cuales se consumen cantidades asombrosas de aguardiente y de chicha. En algunas regiones de la sierra, los indios preparan la chicha de una manera bastante peculiar. En vez de hacer brotar los granos de maíz por la humedad y luego secarlos en el sol («jora») para molerlos entre dos piedras, de acuerdo con el procedimiento normal, los muelen entre sus dientes. Para este fin se juntan en círculo varios hombres y mujeres alrededor de la jora amontonada. Cada uno toma un puñado de ella, la pone en su boca, la masca hasta que se convierte en masa fina y la escupe luego en un recipiente especial. Esta masa se cuece con agua, luego se la deja para la fermentación. El producto final es la chicha mascada, preferida a cualquier otra y la que, efectivamente, tiene un sabor mejor. Pero el que ha sido testigo ocular de este procedimiento repugnante y que ha visto esta masa mezclada con saliva de

coca de olor nauseabundo, recordándose además de otras escenas domésticas, en las que se hace uso de los dientes, solo decide con gran dominio sobre sí mismo, aceptar la invitación del indio hospitalario y probar algo de la bebida ofrecida amigablemente. Los cholos que suelen preparar la chicha de esta manera, tienen una dentadura completamente desgastada y sus incisivos apenas sobresalen por la encía, al adoptar la forma cuadrangular de las muelas.

Con el fin de convertir a la chicha en una bebida muy fuerte y sabrosa, se la llena en un gran recipiente de cerámica y se coloca dentro de éste un pedazo de carne cruda de buey de varias libras de peso. Luego se sella este recipiente con yeso y se le entierra a varios pies de profundidad, para dejarlo en este lugar por un lapso de varios años. Con motivo del nacimiento de un niño se suele enterrar una botija llena de chicha y se la saca para tomarla solo después de su matrimonio. Esta bebida adquiere un sabor extrañamente agradable, pero es tan fuerte que un vaso lleno embriaga al chichero más acostumbrado.

Cada pueblo tiene su santo patrón, cuyo día se celebra con grandes fiestas. Dos indios tienen que aceptar la dirección: uno es el mayordomo que tiene la obligación de encargarse de las festividades en la iglesia, pagar al cura por el oficio solemne y conseguir las velas de cera. Estos gastos alcanzan la suma de 300 a 400 táleres en los pueblos mayores, en los más pequeños se reducen a 100 táleres. El segundo es el capitán. Su tarea es dirigir el esparcimiento que consiste en bailes y corridas de toros. Los bailes constituyen una tradición de los bailes mensuales, llamados «raymi», que servían de cómputo del tiempo a los incas. En todo caso, pertenecen a los fenómenos más interesantes que el viajero puede ver. Los bailarines se visten a la usanza de los antiguos peruanos en ocasiones similares, visten cascos de plumas, ponchos de plumas, tienen las caras y brazos pintados y llevan brazaletes y anillos en los pies, así como porras, espadas de madera, carcaj, arco y flechas. También tocan la misma música que sus ancestros, al tocar una flauta de caña y un tambor de mano, que consiste de una piel estirada sobre un simple aro. Bajo el sonido poco armónico de ambos instrumentos, acompañados por un canto monótono de canciones en quechua, comienzan a estrenarse los bailes solemnes con que los incas veneraban al sol. Pero luego adoptan un carácter más alegre, para convertirse en impetuosos bailes guerreros, que pueden cambiar de broma a peleas serias bajo el consumo generoso de la chicha. En las ciudades mayores, donde el número de mestizos ha crecido enormemente, estos bailes se han vuelto escasos y terminarán pronto por completo, pero por ello la población puramente india los conserva aún más celosamente.

Las corridas de toros, en las que el capitán tiene que proveer al menos ocho o diez toros, que le cuestan más de 80 táleres, siempre se llevan a cabo

en la plaza mayor rectangular, que se convierte en arena, luego de clausurar la calle con troncos. Esta distracción apasionadamente adorada por los serranos, aun supera a las corridas de Lima en crueldad y brutalidad, lo que las convierte en escandalosas diversiones barbáricas. Primero los indios se reúnen en la casa del mayordomo después de la misa, donde se les sirve un desayuno. Luego pasan a la casa del capitán para ingerir aguardiente y chicha en abundancia. A la hora señalada el capitán se coloca a la cabeza de los participantes en la pelea, vestido con un viejo uniforme de general español, montado en un caballo ridículamente adornado. Con la banda ebria pasa por las calles del pueblo y entra a la arena. Llegado a este lugar hace evoluciones tan largas con sus compañeros que los caballos casi se caen exhaustos. Solo después se da la señal para soltar al toro del toril. Todos los peleadores se colocan al lado opuesto de la plaza con el fin de esperar al animal. Algunos avanzan sobre sus caballos, los irritan por un tiempo, hasta que el capitán agarra una lanza y da la señal de la matanza. En el mismo instante todos los indios a pie y a caballo se abalanzan sobre su víctima y la perforan con pinchazos innumerables. Se festeja la victoria con música y los peleadores se apresuran para llegar a la olla con chicha, que les renueva su coraje. Cuando los indios están completamente ebrios y ahora sin miedo, se enfrentan al toro, lo que da lugar a innumerables escenas sumamente cómicas pero también terribles. He asistido a más de veinte de estas corridas de toros y siempre me asombró la indiferencia del cholo en estas peleas, pero también su sangre fría. En Tarma, vi a un toro que se abalanzó sobre un indio y le introdujo con fuerza uno de sus cuernos en el vientre. Todo el público creía que el cogido estaba condenado a una muerte segura, cuando éste comenzó a sacar el manto sobre el lomo del animal, del que colgaban táleres, para luego agitarlo en el aire, siempre flotando sobre el cuerno del toro furioso. El cuerno se había metido debajo de su correa ancha, que los nativos siempre llevan entre el pecho y entrado en la ropa, sin haberlo herido. En Chacapalca, una obligación moral me hizo entrar a caballo en la arena como participante para una corrida en homenaje a San Laurencio. Durante este evento, un toro corrió metiendo su cabeza por debajo del caballo de un indio y lo levantó junto con su jinete. Éste rápidamente comenzó a pegar al atacante con su látigo, lo que asustó al animal que se retiró corriendo. He visto a muchos indios, lanzados al suelo y pisados por los toros, pero que inmediatamente después se levantaron riéndose, para seguir irritándolos. Si un toro se cae, inmediatamente los cholos se acercan corriendo y toman la sangre que emana de sus heridas, ya que creen que el toro siguiente la huele y no se atreve a atacarlos. Se aferran a esta opinión, pese a que la experiencia en muchas ocasiones les enseña lo contrario. Como ejemplo mencionaré el caso de un indio, que acabó de confortarse con sangre fresca para luego pararse a pocos pasos delante del toril y esperar al toro. Éste al abalanzarse le clavó su cuer-

no profundamente en el pecho, de modo que el incauto cayó muerto en el mismo instante. Cada corrida de toros en la sierra cuesta la vida de hombres y caballos y a menudo el número de las víctimas es muy elevado. En mi presencia en Jauja, 14 indios y 19 caballos fueron muertos o heridos gravemente en un solo día. Pero estas pérdidas no impresionan a los nativos. Riéndose observan cuando un toro le abre el vientre a un cholo y le arranca los intestinos con la punta de su cuerno al retirarse. Cuando terminan estas corridas, suelen iniciarse peleas entre los indios embriagados, que se convierten en un combate violento. Cuando presencié la fiesta de Santa Elena, en Jauja, en el año de 1839, los indios comenzaron a discutir, lo que pronto adquirió un carácter serio. Se dividieron en dos partidos, se pusieron en orden de batalla e iniciaron el combate con la terrible honda de piedra. Las mujeres ayudaron a los combatientes al proveerles con piedras, los animaron con gritos y chicha y arrastraron a los caídos. Fue un espectáculo horrible cuando estas hordas salvajes comenzaron a agarrarse y se degollaron con palos y cuchillos, gritando constantemente amenazas horribles contra los mistis. El partido más débil tuvo que ceder, saliendo de la plaza y retirándose al campo santo, donde el combate continuó con furia recobrada. Solo tarde el subprefecto logró terminar el combate, con la ayuda del militar que, por coincidencia, estuvo en guarnición. Más tarde, se supo que los indios tuvieron la intención de saquear la ciudad y de matar a todos los blancos y mestizos, con lo que hubieran tenido éxito fácil sin la casual ayuda militar.

Los indios de la sierra celebran también las fiestas en las que no hay corridas de toros, de un modo peculiar, que le presta un toque original a las celebraciones religiosas. En la misa de medianoche de la Noche Buena, ellos imitan las más diversas voces de animales. De este modo se puede escuchar el cacareo de los gallos, el rebuzno de los burros, el balar de las ovejas, con tanta fidelidad que se tiene la impresión de que estos animales, efectivamente, se hubieran reunido en el templo para hacer público su júbilo.

Después del fin de la misa, tropas de mujeres pasan por las calles durante toda la noche. Su cabello largo y negro está suelto y cae desarreglado sobre sus hombros y pechos desnudos. Llevan una vara en cuyo extremo superior cuatro o cinco palos pequeños están amarrados, a los que están fijados listas ondeantes de papel. Acompañadas por los sonidos de un arpa, un violín y una flauta, cantan extrañas melodías hermosas y bailan golpeando la vara para marcar el compás.

En el día de Navidad aparecen los llamados «negritos». Se trata de indios vestidos con camisas ricamente labradas, con hilos de oro y de plata, llevan pantalones blancos, un sombrero con una gran pluma negra ondeante y una repugnante máscara de negro. Cada uno lleva en la mano una calabaza pintada con varios colores, que está casi cerrada y en la que se mueven semillas secas, que producen un sonido que les marca el compás. En grupos

de cuatro ejecutan los bailes de los negros de Guinea e imitan los movimientos y el idioma de ellos, que representan una raza muy despreciada por ellos. Por el lapso de tres días y noches pasan por las calles, entran en la mayoría de las casas y exigen que se les dé aguardiente y chicha. Normalmente se responde a sus exigencias, ya que en caso contrario se vengan con insultos desagradables.

Se ejecutan otras procesiones en el día de Año Nuevo. Ya desde la mañana temprano se anuncian los corcovados. Envueltos en telas gruesas de lana gris, con un viejo sombrero de vicuña en la cabeza, una cola de caballo en la nuca y una máscara grotesca con barba larga, así como grandes zapatos, se pasean con grandes palos como si fueran caballos, acompañados por una música sumamente ridícula. Todo lo que había ocurrido en las diferentes familias durante el año pasado, sirve de materia para canciones en quechua, cantadas en las casas respectivas. Las peleas entre maridos constituyen el tema favorito, se representan en canciones de un modo bastante cómico. Este esparcimiento tiene una duración de dos días y termina con bacanales y, frecuentemente, con asesinatos. Cuando se encuentran dos grupos de corcovados y uno de ellos representaba con burla lo que el otro protegía, se arman incidentes muy sangrientos, al usar los palos largos que les sirven tanto de caballos como de armas.

Los monjes españoles que acompañaron al ejército de Pizarro trataron de representar alegóricamente en forma de espectáculos, tantas escenas de la vida de Jesús como les era posible, con el fin de hacer más comprensible la religión cristiana a los indios acostumbrados a la idolatría. En las ciudades mayores tales comedias ya se han dejado de estrenar desde hace mucho tiempo, pero se han conservado en la mayoría de los pueblos de la sierra. Tampoco se les puede suprimir, ya que los respectivos esfuerzos de curas liberales encontraron amenazas serias de parte de los indios.

En el Domingo de Ramos se lleva a cabo una gran procesión en la Plaza Mayor, con una imagen de Cristo sobre el lomo de una burra acompañada por un potro. Los indios echan ramos de palmeras sobre el animal y se pelean por poder estirar su poncho sobre el suelo, para que pueda pasar sobre el mismo. Esta burra está destinada a este servicio desde su temprana edad y no debe llevar otra carga sobre su lomo. La comunidad la alimenta y ella recibe de parte de los habitantes comida abundante en cada casa donde se para. Casi la toman por santa y solo la llaman «la burra de Nuestro Señor». En algunos pueblos he visto a estos animales tan gordos que apenas podían moverse.

El Viernes Santo se celebra de una manera peculiar, que para el indio ingenuo es, por una parte, cómica; por la otra, muy patética. Desde las tempranas horas de la mañana, la iglesia se encuentra atestada de indios que pasan todo el día en ayunas y con oraciones. A las dos de la tarde se trae una gran imagen de Cristo de la sacristía y se la deja a alguna distancia del altar

velado. Poco después todos los presentes se acercan corriendo, con el fin de tocar las heridas con un poco de algodón. Se inicia una gritería, todos se empujan y se pegan al estilo más burdo de la feria del mercado, hasta que un cura le pone fin al tumulto. Ahora la imagen de Cristo se clava a la cruz con tres clavos grandes de plata y se le coloca sobre la cabeza una corona ricamente adornada de plata. A cada costado se encuentra una cruz con un malhechor. Boquiabiertos, los indios observan este acto y se dispersan. A las ocho de la noche se inicia el solemne descendimiento de Cristo de la cruz. La nave muy iluminada y los atrios de la iglesia se atestan de indios que esperan el acto con las mayores ansias. Al pie de la cruz están parados cuatro curas envueltos en vestidos blancos. Son los santos varones que deben descender al salvador de la cruz. Un poco más abajo se encuentra la Virgen María en vestido de luto, con una manta blanca en la cabeza, sobre un andamio grande. En un sermón extendido, un cura explica la relevancia de la presente hora y se dirige a los santos varones, hacia el fin de su discurso solemne exclama: «¡Oh santos varones, subid por la escalera de la Cruz y descended el cuerpo del Salvador!». Dos de ellos suben con martillos y el cura sigue: « ¡Oh, santo varón, al lado derecho del Redentor, pegad el clavo de la mano con el primer golpe del martillo y sacadlo!». Este orden se cumple y apenas se desvanece el sonido del golpe sórdido, toda la iglesia retumba bajo el grito angustioso de miles de gargantas: «¡Misericordia! ¡Misericordia!» y se inician lamentaciones tenebrosas y desgarradoras, que causan una impresión penosamente inquietante. Se entrega el clavo al cura parado al pie de la cruz, que lo pasa a otro que lo lleva a la Virgen María, parada en el centro del andamio. Ahora el cura se dirige a ella y exclama: «¡Oh, Madre dolorosa, venid y recibid el clavo que ha perforado la mano derecha de tu hijo divino!». Al momento que el cura se le acerca, ella se mueve en dirección a él, movida por un mecanismo y recibe el clavo con ambas manos, se seca sus lágrimas y regresa al centro del andamio. Lo mismo se repite cuando se le entregan los dos clavos restantes y la corona. Todo el acto está acompañado por los sollozos y aullidos ininterrumpidos de los indios presentes, que se intensifican con cada golpe del martillo, hasta convertirse en penetrantes gritos de dolor, sobre todo cuando los cuatro curas entregan el cuerpo de Cristo a la Virgen, que vuelve a llorar con mucho sentimiento. En este momento, el cura termina con su sermón y la imagen de Cristo se coloca en su sepulcro, hermosamente adornada de flores. En esta forma se la pasa en procesión por las calles, acompañada por la Virgen. Esta procesión nocturna, acompañada por miles de velas de cera y las andas magníficamente iluminadas y adornadas con maravillosas coronas, producen un espectáculo imponente y solemne. Durante la procesión, los indios erigen doce arcos de flores frente a la entrada de la iglesia y colocan entre cada pareja una alfombra de flores, que es de lo más sencillo y hermoso que se puede ver en este género. Cada uno de ellos

está elaborado por dos cholos. Aparentemente sin preocuparse del otro, colocan las flores una al lado de otra, con una rapidez increíble y una armonía admirable, formando de esta manera las figuras más exquisitas, con una asombrosamente hermosa selección de colores. Casi por magia aparecen arabescos, paisajes y animales. Fue interesante para mí encontrar en una de las alfombras en Tarma al águila bicéfala de Austria, tal como los indios la ven en las jarras de mercurio de Idria. Cuando la procesión regresa a la Plaza, cargan a la Virgen María pasando por estos arcos de flores, hasta llegar al centro donde la bajan. Luego, las beatas cantan algunas canciones en voz baja, acompañadas por arpas y regresan finalmente a la iglesia con el anda, donde vigilan el sepulcro durante la noche.

En la mañana siguiente, a las cuatro, se ahorca a Judas en la Plaza delante de la iglesia. Se trata de una figura de papel a tamaño natural, rellena de cohetes y petardos. Muy a menudo se trata de una representación asombrosamente fiel de un habitante odiado por el pueblo. Con gritos de alegría y bailes, los cholos encienden la mecha y gozan de la explosión de su enemigo.

Los sacerdotes de la sierra, al igual que los costeños, son más tiranos que asistentes espirituales. Solo la veneración muy profunda, casi idólatra de los indios, protege a los curas de su odio y su venganza. Es muy lamentable cuando uno es testigo de cómo los curas peruanos equiparan a diario a los indios con los animales y solo se muestran amigables cuando reciben alguna ventaja. En ello les ayuda mucho el vicio de las bebidas alcohólicas de los nativos. Apoyados en ello, con mucha frecuencia organizan fiestas religiosas, que los indios tienen que pagar con mucho dinero, pero siempre ansían sus bacanales, ya que no encuentran oposición a ellas.

Maltratos parecidos a los de los sacerdotes, los sufren por parte de la administración civil, lo cual se siente más cuando pasan las tropas por el lugar, lo que ocurre a menudo. En estas ocasiones se les recluta para los servicios más severos, sin remuneración alguna. Encima tienen que entregar la cosecha de sus campos de cultivo para la alimentación de las tropas, así como sus caballos y mulas para el transporte. El indio, al que se ha tomado su único animal de carga, no se desanima y sigue de lejos a las tropas por semanas, para esperar una ocasión oportuna para robarla en la noche cuando esté pastando. Al recibir la noticia de la marcha de un batallón, los nativos esconden sus animales en las regiones serranas más apartadas, ya que se los devuelven raras veces, cuando los soldados los reciben a la fuerza. Las pérdidas más sentidas las sufren los arrieros, ya que todos los rebaños grandes se quedan confiscados inmediatamente por la administración civil. Si tienen la suerte de recibirlos de vuelta después de un tiempo, suelen estar en un estado tal, que ya no sirven para sus tareas por meses o aún por años. Las tropas grandes de animales de carga siempre siguen a una yegua que les guía, llamada «madrina», que lleva una campanilla en su cuello cuyo sonido

orienta a todos los demás. Cuando los arrieros quieren cargar sus animales en la mañana, solo hacen sonar la campanilla y de inmediato se reúne todo el rebaño disperso. Por esta razón, los alguaciles, enviados por la administración, se apoderan primero de la yegua y de la campanilla, para poder llevarse a los demás con más facilidad. Pero los indios usan la misma táctica para recuperar a sus animales, como lo muestra la siguiente anécdota. Cuando los chilenos se dirigieron al Cuzco en 1839, confiscaron unas 83 mulas a un arriero de Huanta que conocía. Por suerte, uno de sus muchachos había soltado a la madrina antes y la había escondido. Cuando reunieron a las mulas en el patio del subprefecto a la mañana siguiente, el cholo entró en medio de ellas montado en caballo de buena calidad y sacó una campanilla debajo de su poncho. La tocó saliendo a galope del patio con todas sus fuerzas y todas las mulas le siguieron al sonido conocido. Su guía solo se paró con su rebaño recuperado, después de una cabalgata forzada de ocho horas en los altos alejados.

Otro servicio impuesto a la fuerza es el de mensajeros, que los indios tienen que cumplir con sus animales sin recibir pago alguno. Dos o tres cholos de cada pueblo tienen que servir durante ocho días en lo que llaman «el servicio postal». Tienen la obligación de servir de guías a los oficiales que viajan con los despachos, tienen que vigilar los caballos durante la noche y transportar el correo a su destino. Una valija pasa cada quince días de Lima por Tarma, Jauja, Huancavelica, Ayacucho, Cuzco y de ahí a Bolivia, otro va a las provincias del norte (Valles), uno a Arequipa y las provincias del sur y cada ocho días sale uno para Cerro de Pasco. Se le entrega a un indio, que lo lleva con su mula a la estación próxima, a una distancia de entre seis y 12 millas. En esta estación otro lo recibe y así sigue por todo el camino, sin acompañamiento de mensajeros, solo de cholo en cholo. Apenas la valija llega a una estación, se iza una bandera en la casa del administrador de correos y todos los que esperaron cartas pueden recogerlas. No se las entrega a sus casas. Más bien es un gran favor si el administrador se decide indicar que se tiene una carta destinada a alguien, por medio de una tercera o cuarta persona después de muchos días. Estos servicios son tan lentos como desordenados. Una vez partí de Lima dos días más tarde que el mensajero. Sin cabalgar muy rápido, llegué a Tarma un día y medio antes que él. Al subir por la cordillera, me encontré con un indio que condujo su burro y la valija con la mayor lentitud.

No se puede enviar dinero o paquetes con el correo, ya que suelen extraviarse por los desleales encargados de correo en las estaciones intermedias. Entre las ciudades que no se ubican en las rutas indicadas, no existe conexión postal alguna, como por v.g. entre Pasco y Cajamarca o Pasco y Tarma o Jauja. Para poder enviar cartas de una de estas ciudades a la otra, se tiene que mandar a un mensajero a pie llamado «propio». Otra posibilidad es

depender de la amabilidad de los viajeros si uno no prefiere o no puede hacer este viaje. En consecuencia, los asuntos de negocios que en Europa se arreglan por carta, se tienen que resolver personalmente, por regla. El viajar es incómodo pero no tan caro, ya que todos poseen caballos o mulas, por lo que se decide más fácilmente por un viaje de algunos días en vez de entregar una carta importante a un amigo, que la guardará por semanas en sus bolsillos o aun podría perderla.

La demanda de mulas de la mejor calidad se suele cubrir con animales procedentes de la provincia de Tucumán, en la República de Buenos Aires. Antes, los arrieros pasaban por Bolivia y la sierra del Perú con varios miles de mulas para llegar hasta Cerro de Pasco, donde vendían el resto en su totalidad. En el tiempo del gobierno español, este comercio de mulas estaba en manos del gobierno y formaba parte de los tristemente célebres repartimientos. Cada indio tenía la obligación de comprarse una, sin cederle el derecho a escoger, ya que eran repartidas por las autoridades y atadas delante de la puerta de su vivienda. En una fecha fijada, los alguaciles llegaban para cobrar el pago. Por las guerras en Buenos Aires, este comercio ha sufrido mucho y ya han pasado casi doce años que no llega ningún animal desde esas regiones al Perú. En el año de 1840, volvieron a aparecer los tucumanos con sus mulas, siendo recibidos con gran alegría por los serranos y pudieron vender bien sus animales. Estos tucumanos son muy originales y existen innumerables anécdotas sobre ellos. Con el fin de elogiar a sus animales, los comparan con los santos. No es raro escuchar de una mula que sea tan bonita como la Virgen María y el Niño Jesús o que un macho viejo tenga la cara de San Francisco.

En mi caracterización de la sierra, me he concentrado en lo general, para no cansar al lector con la descripción de cada ciudad o pueblo. Todos estos están construidos siguiendo un patrón compartido. Tienen una gran plaza cuadrangular, encerrada por casas en tres de sus lados. Entre éstas siempre se encuentran la prisión y el cabildo; el cuarto lado está ocupado por la iglesia. De esta plaza parten ocho calles más o menos anchas en dirección recta, cruzadas por otras en ángulo recto, con lo que se muestra la misma regularidad que en Lima.

Las casas son espaciosas, rodeadas por un patio grande y consisten en un piso, el segundo falta en la mayoría de los casos. Están construidas de adobe y cubiertas de ladrillos. Tienen una gran ventaja comparada con las de Lima, que es la ausencia de las poblaciones de bichos debido al clima frío. Las iglesias suelen carecer de gusto, pero en las ciudades mayores existen algunas que tienen interiores agradables y una rica decoración interna. Los pequeños pueblos de indios son míseros, construidos con menor regularidad, pero no les falta nunca la plaza cuadrangular y por lo menos cuatro calles rectas saliendo de ella.

La sierra es la parte más poblada del Perú. En ambas riberas de los ríos que atraviesan los valles fértiles, se observa hileras de pueblos que, a menudo ofrecen un aspecto sorprendentemente agradable, doblemente amigable después de cruzar el resto desolado del país. Por todos lados las chacras cultivadas son pruebas de una cultura progresiva. Solo aquí se puede obtener una impresión de cómo el país se podría desarrollar con una población creciente.

Finalmente quisiéramos detenernos algunos instantes en el interesante convento de Ocopa, la sede de los misioneros peruanos. Se ubica en el valle hermoso que se extiende entre Jauja y Huancayo por una longitud de nueve leguas, al pie de la estéril cadena montañosa del noreste. Su fundador fue Melchior Francisco Ximenes de Mondéjar, España, que ingresó al convento de San Francisco Extramuros en la ciudad de Agreda, en Castilla la Vieja, desde la más temprana juventud. Al hacer el voto monástico adoptó el nombre de Fray Francisco de San José. A la edad de los 55 años se fue al Perú en condición de misionero, trabajó en la conversión de los indios bravos con gran afán por unos 27 años y fundó el convento de Santa Rosa de Santa María de Ocopa, en el valle referido, que debería mantenerse solo en base de limosnas. Su solicitud de instalar un colegio para la formación de misioneros en este convento le fue concedida por ordenanza real. A partir de este tiempo trabajaba con celo redoblado en su hermosa tarea. Fundó las misiones de Jauja, Tarma y Huánuco, y murió en Ocopa, el 26 de noviembre de 1736 a la edad de los 82 años; felizmente, antes de tener que sufrir el dolor amargo de ver la destrucción de su trabajo penoso durante tantos años, en pocos meses por manos de un apóstata. Con admirable dedicación y numerosos sacrificios, los monjes de Ocopa pudieron continuar con sus misiones. Pudieron reestablecer varias conversiones y volvieron a establecer posesiones en Cajamarquilla, Pongoa, Tarapoto, Huanta y Chulluay, en el año de 1751. Bajo el gobierno de Carlos IV se les entregó también la de Maynas, que antes estaba en manos de los jesuitas. Con el noble empeño con que Fray Francisco de San José había iniciado su obra la continuaron sus seguidores, en particular el guardián del convento, Fray Manuel Sobreviela y el audaz Fray Narciso Girbal y Barcelo, que se destacaron por su coraje y su abnegación. Cuando se escuchó el clamor de la libertad a través de todo el Perú, los monjes de Ocopa se vieron obligados a huir y se retiraron a las misiones de Pongoa, bajo la dirección del arzobispo de Las Charcas. Muchos de ellos murieron en este lugar, los demás regresaron al convento después de dos años. Luego parte de ellos se pasó al Cuzco, para regresar a España a través de Bolivia y Buenos Aires. Los que se quedaron fueron capturados en 1823 por un decreto patriótico. Bajo vigilancia militar fueron trasladados a Lima y tratados muy mal por los insurgentes, para los que nada era sagrado. Cuando se había quebrado el gobierno español por completo, fueron repartidos entre los conventos de Lima y el Colegio de Ocopa fue destinado a convertirse en

escuela. Pero esto no duró mucho, ya que las autoridades encargadas descuidaron sus obligaciones completamente y los indios no querían que sus hijos recibieran mejor formación que ellos mismos. El convento fue clausurado nuevamente y comenzó a convertirse en ruina. En este tiempo lo visitó el cónsul francés en el Perú, Chaumette des Fossées, que robó parte de los tesoros literarios sumamente valiosos, guardados en la biblioteca, con la ayuda de un infame administrador sobornado. Chaumette des Fossées murió hace poco durante su travesía a Europa y su rica colección de libros fue rematada por sus herederos. Fue para mí una sensación muy dolorosa ver libros y manuscritos con las etiquetas del convento de Ocopa, muy familiares para mí, dispersos en las tiendas de anticuarios de París. Por encargo del gobierno boliviano, el monje Fray Andrés Herrera se fue a Roma para conseguir misioneros para Bolivia. Esta oportunidad la aprovechó el entonces Arzobispo de Lima, Benavente, para darle el encargo de conseguir también algunos para poblar nuevamente el convento de Ocopa. Dos años después llegó al Callao un grupo de jóvenes monjes franciscanos españoles, escapados del terrorismo de Cristina a Italia y acompañados por algunos italianos. Fueron recibidos con júbilo y enviados a Ocopa.

Desde hace nueve años el convento está ocupado nuevamente, pero el espíritu pacífico y el celo sagrado de los monjes de antes no ha regresado con sus habitantes nuevos. Pocos de ellos han tenido el coraje de penetrar a las misiones abandonadas y cumplir con el destino con el que fueron llamados al Perú. Muchos han abandonado el convento bajo pretextos diversos y viven en los pueblos aledaños en un aislamiento menor. Los pocos que han quedado viven en discordia, ya que les falta un guía calmado y mayor. De este modo el colegio, que antes era admirado en toda Sudamérica, ahora está encarando un futuro triste. Probablemente se volverá a abandonar completamente y se quedará como ruina desolada.

Dos caminos diferentes conducen de la sierra a la pendiente oriental de los Andes. Uno pasa a lo largo de ríos bravos que rompen esta cadena montañosa, el otro va por su cresta. Solo en pocos lugares es posible seguir el primero, ya que las corrientes montañosas se empujan por quebradas estrechas, limitadas por farallones perpendiculares y se pierden pronto en el bosque impenetrable. Este último conduce de la sierra nuevamente a la región de la puna y luego por el lomo empinado de los Andes a su cresta desnuda. A partir de este lugar no suele bajar inmediatamente a los valles boscosos, sino que pasa por el lomo angosto de uno de los muchos brazos laterales de la cordillera interior que se pierden en el este. Los peruanos llaman «cuchillas» a estas crestas afiladas. Apenas se ha pasado por los Andes y luego de haber bajado por unos cuantos cientos de pies, se abre una naturaleza completamente distinta de la que se ha abandonado en la pendiente occidental. Ya se muestra una vegetación relativamente rica, que se multiplica con cada

milla ganada, tanto en abundancia como en tamaño. Con frecuencia, el camino abandona las cuchillas para seguir un río en un valle estéril que se ha cavado un lecho profundo. Pronto sube nuevamente para pasar por otro lomo montañoso con inclinación suave. Estas regiones, coronadas con bosques bajos, se convierten en forma escalonada en bosques densos. Los nativos las llaman «ceja de la montaña». Ésta tiene su carácter particular, como todas las demás por las que ha pasado el camino. En general, su clima es más cálido que en la sierra ya que el termómetro no baja al punto de congelación, pero también es tan caluroso como en los valles cálidos de la sierra en las horas del mediodía. Todas las mañanas durante todo el año la región está cubierta por neblinas densas, que suben de los ríos del fondo de los valles y ceden a los rayos del sol en la época seca del año o están perseguidas por los vientos fuertes hacia las regiones más bajas. En la época de invierno se empujan cada vez más hacia arriba, se depositan alrededor de las crestas montañosas y se disuelven en chubascos interminables. Tampoco están muy pobladas, ya que el suelo permanentemente húmedo no deja crecer bien las plantas cultivadas, con la excepción de la papa. En los valles algo más elevados, crecen plantas para el forraje y en estos lugares se puede encontrar haciendas aisladas dedicadas a la ganadería. Las aldeas son muy escasas en esta región y aparecen solo en el sur del Perú. Los indios prefieren el aire puro alpino a la atmósfera eternamente húmeda de la ceja de selva.

Capítulo sétimo

El camino hacia la selva. — Las barbacoas. — La vegetación. — Las cañadas. — El deslizamiento de las mulas. — Los habitantes. — Las plantaciones. — El trato de los indios. — La recolección de la quinina. — Los indios errantes. — Los indios bravos. —Los cashibos. — Sarayacu. — Las costumbres de los indios bravos. — La vestimenta. — Las armas. — Las viviendas. — La religión. — La fisionomía. — Los mamíferos. — Las aves. — Los anfibios. — La mordedura de las serpientes. — Huaco. — Los insectos. — Las plantas. — La vida de un naturalista en la selva.

Al abandonar la Ceja de la Montaña, nos encaminamos hacia la selva que se extiende al pie de los Andes orientales. Sobre toda la planicie, interrumpida por bajas cadenas montañosas, se asienta un denso velo de neblina. Solo se levanta en las horas del mediodía para ofrecer un panorama sorprendente de una inmensa cobertura ondulada de color verde oscuro, siempre rodeada por un peculiar círculo de vapor. El europeo mira estas lejanías ilimitadas con ansias. Su corazón palpita más por alegría, al solo pensar en la selva y el paso tranquilo de su animal pausado le es demasiado lento para sus deseos y esperanzas. ¡La meta de su viaje está en esta selva! En este lugar la naturaleza se ofrecerá en toda su magnificencia virginal y su abundancia a su ojo asombrado, para darle una satisfacción nunca antes sentida. Ignora los peligros, las penurias y solo saborea la sensación de un cercano futuro de una riqueza ilimitada. Pero pronto regresa a la realidad desolada y siente que cada premio se gana con trabajo duro.

El camino es angosto, empinado y desigual. Cuando pasa por los lomos montañosos con sus bosques bajos se avanza fácilmente, pero cuando se inclina a las profundidades se une a todas las penurias peligrosas de las que han escrito los primeros viajeros del Perú. Por casi todos lados se usan pasos naturales por los cuales se conduce el sendero, por lo general son quebradas cavadas por el agua o deslizamientos de tierra. La escasa población de las regiones aledañas, la pereza innata de los indios y la ausencia casi completa de la necesidad de satisfacer su comodidad propia, son los obstáculos más importantes que impiden que se construya un camino transitable sin mayores peligros o grandes penurias. En los lugares donde la naturaleza obliga al

hombre a la producción de una conexión, ésta se lleva a cabo de una manera sumamente burda e insuficiente.

Las pruebas más llamativas son las llamadas «barbacoas». Cuando un camino se ha interrumpido por un derrumbe o por una roca que no se puede evitar, se clava palos de entre tres y tres y medio pies de largo en las grietas de la roca o en forma vertical en la tierra. Sobre éstos se amarra algunas ramas fuertes y se llena los intersticios con ramas de árboles más delgadas o cañas, entrelazadas a modo de estera. Sobre esta construcción se echa una capa de tierra o lodo y el puente está acabado. Si el terreno lo permite —lo que aparece en muy pocos casos— esta barbacoa está provista con un muro de piedras grandes hasta la mitad de su anchura. Al considerar que por un lado se encuentra una roca empinada o una pendiente casi perpendicular con derrumbe suelto y en el otro, un abismo profundo sin protección alguna, se le perdonará al viajero que sienta un secreto pavor al pisar este puente, solo fijado en un extremo, flotando libremente en el aire y que se balancea y cruje al momento de encontrarse sobre él. A menudo estas barbacoas están tan desgastadas que las patas de las mulas perforan la capa de tierra y caña. Al esforzarse por salir nuevamente, caen del puente de apenas tres pies de ancho y se matan estrellándose en la profundidad. Con frecuencia les sigue toda la barbacoa mal amarrada y arrancada de sus fugas por los movimientos violentos de los animales agitados. Luego de este incidente, el camino ya no es transitable por semanas o aun meses. ¡Cuán triste es la situación del viajero que ve salvada parte de sus cargas pero está separado del resto, contemplando el puente aéreo muy abajo en el abismo junto con su bestia de carga estrellada, sin que encuentre consejo o consuelo!

Siempre pensé que los indios copiaban fielmente a la gran maestra, la naturaleza, en la construcción de las barbacoas con su sencillez admirable. La mayor parte de la vegetación en estas regiones es aérea, si se me permite esta expresión. Las raíces de los pequeños árboles nudosos con ramas bajas penetran solo por la mitad a la tierra, la otra se serpentea sobre el suelo, agarra las raíces o ramas de un vecino, entra en una unidad estrecha con él y forma un puente aéreo de esta manera, entrelazada con las exuberantes enredaderas y reforzada en una impenetrable red densamente tejida. Todos los árboles y arbustos están cubiertos por innumerables parásitos, que aparecen en la forma de líquenes o musgos en las regiones más altas. En estas zonas bajas están más desarrolladas como orquídeas, tillandsias, etc., que se adhieren con raíces débiles al tronco madre, mientras que cuelgan libremente en el aire con fuerza plena de vida, con sus hojas verde oscuro y sus flores maravillosas, en dirección inclinada u horizontal.

Todo este mundo vegetal tiene un carácter propio e inolvidable. Muestra una abundancia ilimitada, una exuberancia y variación sin un desarrollo de elevación. Solo a pocos pies sobre el nivel del suelo se levantan los árboles,

arbustos, enredaderas y gramíneas en colorida mezcla, calentándose, protegiéndose y ahogándose. De la sustancia podrida de materia muerta, prolifera la nueva generación con renovado afán de vida. Parece como si los Andes congelados envidiaran el crecimiento exuberante del cálido suelo boscoso y buscaran sus derechos, al enviar sus vientos fríos durante todas las noches. En efecto, la baja temperatura nocturna parece evitar el crecimiento de las plantas, pese a la gran humedad y el fuerte calor diurnos. Lo que no logran en cuanto al crecimiento vertical lo ganan en extensión horizontal, por lo que se protegen mutuamente contra la temperatura que cambia constantemente.

En la medida en la que se baja por la pendiente oriental, el camino se vuelve más incómodo. Por largos trechos conduce por surcos profundos y muy angostos, cavados por el agua. Su fondo es desigual, interrumpido por huecos y sus paredes laterales a veces se encuentran tan juntas que el jinete no puede colgar sus pies a los costados, sino que los tiene que estirar por el cuello del animal y aún se ve obligado a soltar los grandes estribos de madera, para evitar que los bordes chapados con metal hieran a la mula. A menudo, las raíces gruesas de los árboles forman un techo densamente tejido encima de estas quebradas estrechas, de modo que el viajero se ve de improviso en un peculiar túnel natural, solo iluminado con la luz tenue que penetra a través del entrelazado de las raíces del techo.

Los encuentros con animales de carga viniendo de direcciones opuestas son un asunto sumamente desagradable en este tipo de caminos y suelen provocar espectáculos sangrientos. Después de estas disputas, se descarga a los animales del partido más débil, se les voltea sobre sus pies traseros y se les conduce hacia atrás por distancias considerables, con el fin de ceder el espacio al otro. En la Noche Buena de 1840 tuve la oportunidad de encontrar a un burro muy cargado, bajando de la sierra. Sin tener tiempo de bajar del caballo saltando, el animal respingoso empujó con toda su fuerza y botó a mi caballo hacia atrás cerro abajo, de modo que fui lanzado lejos. Diez meses más tarde se me enfrentó el mismo destino, que solo pude evitar al matar al burro con un tiro. El indio negligente, dueño del animal de carga, estaba consciente de la situación precaria, pero no había anunciado su llegada con la llamada de advertencia que suelen emitir los arrieros al entrar en un camino de este tipo, tampoco había parado a su burro pese a mis gritos. Por ello, prefirió que arreglara yo la situación y desapareció en el bosque denso sin dejar rastro alguno.

Los indios colocan piedras grandes a modo de peldaños por largos trechos, aparentemente con la intención de mejorar el camino. Cada peldaño es angosto y dista del siguiente por una distancia de entre uno y medio, y dos pies, lo que convierte el uso de estas escaleras, incómodas a caballo, en una empresa sumamente fatigosa. Las mulas solo pueden colocar dos patas en

un peldaño, por lo que tienen que saltar con sus pies delanteros desde un peldaño, mientras que los traseros están aún dos peldaños atrás, para poder colocarlos en el de en medio. Durante esta maniobra el animal se estira mucho, lo que obliga al jinete a echarse sobre su lomo, para no caerse con la cabeza hacia delante debido al fuerte tirón. Es una verdadera tortura tener que cabalgar por estas escaleras durante cinco a seis horas ininterrumpidas. Luego el jinete baja completamente molido. Para evitar este suplicio, gustosamente seguiría a pie detrás de la mula, pero la naturaleza respingosa de estas criaturas no lo permite sino en raras ocasiones. Algunas se escapan inmediatamente al verse libradas del jinete y corren a pleno galope hacia abajo al deshacerse del pellón, de las alforjas o aún de la silla. En consecuencia, el jinete tiene que cargarse con todo esto y seguir jadeando hasta que el animal se pare, sea por voluntad propia o por haberse enredado con las riendas sin poder moverse más. Otras se quedan paradas como ya queda mencionado y ni se mueven del lugar hasta que el jinete esté sentado sobre ella. Esta actitud desagradable conduce a escenas cómicas. En el camino a Vitoc, pasando por una quebrada, me topé con el tronco de un árbol caído inclinado contra una roca, de tal manera que solo dejó el espacio suficiente para el pase de una mula descargada sin jinete. Todos mis esfuerzos de hacer que el animal pasara descargado resultaron en vano. En consecuencia, no me quedó otra cosa que cabalgar hasta el árbol, dar las espuelas a la mula para que pasara, agarrar el tronco y dejarme colgar de él.

No menos desagradable son las escaleras en las pendientes empinadas con suelo de lodo, que se encuentran a menudo en estas regiones. Las mulas no encuentran punto fijo alguno para pisar seguro y se resbalan con cada paso. Su instinto admirable, sin embargo, les ha mostrado una salida. Estos animales acercan sus patas traseras a las delanteras, casi como una gamuza que se prepara para el salto, bajan el tronco trasero y se deslizan, medio parados, medio sentados, sobre la escurridiza planicie inclinada con la rapidez de una flecha. Es una sensación fastidiosa deslizarse de esta manera por primera vez. Aun con repeticiones no se pierde el temor, ya que no siempre resulta exitoso. Conozco varios ejemplos de casos en que animal y jinete perecieron en este intento. Cuando los arrieros suben con sus cargas por estos planos deslizados, tienen que cortar escalones en el suelo blando para que sus animales puedan encontrar el soporte necesario.

El gran número de animales de carga, víctimas de hambre y de cansancio en estos caminos angostos y profundos, es un gran obstáculo para el viajero, ya que suelen cerrar el paso por completo. La mayoría de los caballos y mulas se asustan de sus congéneres muertos, es muy trabajoso y significa una gran pérdida de tiempo, tener que pasar por encima de una docena (o aún más) de cadáveres en un solo día de viaje. Solo después de haberse

reducido a esqueletos, por la actividad de los buitres y de las hormigas, los indios los sacan del camino.

Por ricas en plantas que sean estas regiones, no son hospitalarias para el viajero. Raras veces encuentra un manantial, aún más escaso es el forraje para su animal o alimento para él. Viviendas humanas solo aparecen en distancias muy apartadas, frecuentemente distan unas 25 a 30 horas entre una y la siguiente. Por ello tiene que buscar su refugio nocturno en una cueva o construirse un precario techo de ramas y hojas, que apenas le protege contra la lluvia que a menudo cae a chorros interminables. Ni siquiera puede gozar del beneficio de un fuego calentador en las noches frías, ya que no encuentra un pedazo de madera combustible pese a la abundancia de árboles; todo está saturado de agua.

El mundo animal de estas regiones es algo más colorido que en las montañas más altas, pero se caracteriza por pocos rasgos propios. El venado huidizo de las cordilleras también pasa por estos lugares y se encuentra entre los arbustos densos, pero evita el caluroso bosque de troncos altos. El nasua de color marrón oscuro (*Nasua montana* Tsch.[1]) cava por las raíces de los árboles en busca de alimento, emitiendo un aullido sórdido. La tímida zarigüeya se esconde temerosa debajo de las hojas, el lento armadillo va camino a su cueva ruidosamente. Solo raras veces el cruel jaguar o el cobarde león se pierden por estas zonas para competir por el territorio con el oso negro (*Ursus frugilegus* Tsch.[2]); el pequeño tapir lanudo (*Tapirus villosus* Wag.[3]) se atreve a dejar su guarida solo en el crepúsculo, para buscar los escasos lugares del bosque abiertos y cubiertos por gramíneas altas y densas. Se ven pocas especies de aves, que destacan a menudo por su plumaje colorido que no es brillante. Para estas regiones la tanagra (*Tanagra igniventris* Orb.[4]); la piranga de color de fuego (*Phoenisoma bivittata* Tsch.[5]), con dos bandas blancas en sus alas; dos urracas, una de un azul hermoso (*Cyanocorax viridicyanus G. R.* Gray[6]), la otra con color verde sobre su lomo y amarillo claro en su vientre (*Cyanocorax peruanus* Cab.[7]), son las especies más características. Los indios llaman a la última «quien-quien», ya que emite estas sílabas con sonido estridente. Otras aves galliformes de la familia de los penclovídeos (¿cracidos? [B/B]) (*Penelope rufiventris*[8] y *Penelope adspersa* Tsch.[9])

1 Hoy *Nasua nasua* (L.). [B/B]
2 Hoy *Tremarctos ornatus* (Cuvier). [B/B]
3 Probablemente *Tapirus pinchaque* (Roulin). [B/B]
4 Hoy *Anisognathus igniventris* (D'Orbigny & Lafresnaye). [B/B]
5 Hoy *Piranga leucoptera ardens* (Tschudi). [B/B]
6 Hoy *Cyanolyca viridicyana* (D'Orbigny & Lafresnaye). [B/B]
7 Hoy *Cyanocorax yncas* (Boddaert). [B/B]
8 Hoy una subespecie de *Chamaepetes goudotii.* [B/B]
9 Hoy una subespecie de *Ortalis guttata.* [B/B]

y el verde comedor de pimienta (*Pteroglossus coeruleocinctus* Tsch.[10]; *Pt. atrogularis* Sturm[11]) viven también en estos bosques bajos.

Al seguir bajando por este camino fatigoso, se llega finalmente a la montaña. Los peruanos usan este término para denominar a las selvas extensas que atraviesan todo el país, desde el norte hasta el sur, a lo largo del pie de monte de los Andes orientales. Los bosques que se encuentran algo más elevados que estas últimas, caracterizados por árboles altos en cuyos intersticios crecen enmarañados arbustos y enredaderas, reciben el nombre de «montaña» a secas, los que se muestran libres de los últimos se llaman «montañas reales». A primera vista dan la impresión de un bosque de robles muy viejos. Para los rastreos del cazador y para el trabajo del asiduo naturalista son mucho más cómodos que los primeros.

Las distancias entre la ceja de la montaña y la montaña verdadera son variadas. En muchas regiones se requiere un viaje muy incómodo de seis a ocho días desde la cresta de los Andes; en otras en cambio, el viajero sale de la choza de la puna, cubierta de nieve, temprano en la mañana y ya puede saborear piñas y plátanos recogidos por él mismo, en los márgenes cultivados de los bosques vírgenes, en la puesta del sol del mismo día. Semejante día permanecerá entre los más gratos de su vida, ya que pasa por los climas más opuestos de la tierra y por los diferentes estadios del desarrollo en crecimiento del mundo vegetal, en un lapso de unas pocas horas. El caminante que ha absorbido el matutino cuadro monótono de las desoladas planicies altas con sus amarillentas gramíneas míseras o los líquenes secos en los barrancos casi desnudos, contempla asombrado las palmeras gigantes, las magnolias con sus flores grandes o los inmensos árboles de mil años de edad en la tarde. En ese momento voltea su mirada hacia las cumbres de los Andes, altas como las nubes y desapareciendo en la neblina gris y trata de recordar cada paso de este día tan rico, para dejar este cuadro para siempre en su memoria.

La mayoría de estas montañas peruanas están solo esporádicamente habitadas por indios bautizados. Ellos viven en las fronteras de la civilización, principalmente para satisfacer las necesidades de los habitantes de la sierra fría. Cultivan sus chacras o trabajan en las haciendas mayores como jornaleros. Los productos de estas haciendas consisten mayormente en azúcar, café, maíz, coca, tabaco, naranjas, plátanos y piñas, todo lo que exportan a la sierra. Un gran número de indios se ocupa de la recolecta de la corteza de la quina, bálsamo, resinas olorosas, miel y cera.

Normalmente estas haciendas están construidas sobre lugares elevados, con paredes de caña sobre las que se echa barro húmedo, su techo es de paja o de hojas de palmeras. Las chacras rodean al edificio. Para cada planta

10 Hoy *Aulacorhynchus coeruleicinctis* D'Orbigny. [B/B]
11 Hoy una subespecie de *A. prasinus*. [B/B]

cultivada se escoge cuidadosamente el suelo apropiado. Los arbustos del café crecen cerca de la casa alargada; otros edificios secundarios sirven de depósitos. Los árboles frutales se levantan a lo largo de las chacras de maíz como una especie de alameda. En los lugares pantanosos se extienden los verdes campos de la caña de azúcar; alrededor de los pozos y los riachuelos crecen en abundancia los platanales útiles. En las faldas secas y calurosas de los cerros se ven las filas de las piñas deliciosas. Finalmente, las chacras de coca son las más avanzadas en las quebradas angostas y calurosas.

La humedad del aire y los innumerables insectos, ratones y zarigüeyas son obstáculos importantes para el almacenamiento de estos productos. Por ello, los habitantes de los bosques tratan de poder venderlos lo más pronto posible o hacer trueque, por lo que existe un tráfico bastante activo entre las montañas y la sierra. Los indios de la sierra llegan con sus llamas y burros y traen carne seca, papas, quinua y sal, para intercambiarlos por frutas; solo pocas veces se ve dinero en estas transacciones. Solo los hacendados exportan sus productos personalmente y los venden por dinero en efectivo. En las ciudades de la sierra compran mercancía europea como cotón estampado, tocuyo y tejido grueso de lana («bayeta»), cuchillos, hachas, anzuelos, etc., con la que pagan a sus obreros, cobrándoles cinco a seis veces el valor real.

Ya que existe una notable escasez de hombres en estas plantaciones boscosas, los hacendados tratan de ligar a los pocos indios que viven cerca por su propia voluntad, para siempre como trabajadores suyos. Les venden la mercancía necesaria a precios exorbitantes, bajo la condición de pagarla con su trabajo en los campos de cultivo. He visto a un indio que tuvo que trabajar durante cinco días, desde las seis de la mañana hasta la puesta del sol, por un pañuelo rojo que apenas tenía un valor de cuatro centavos. El deseo de adquirir telas para sus vestidos pobres o la necesidad de tener herramientas para trabajar en su campo propio, en las pocas horas libres que les quedan, conduce a los indios a acumular deudas sobre deudas con el hacendado, pero más que todo lo demás, es su vicio por la coca y las bebidas alcohólicas.

En las plantaciones no se suele convertir la caña en azúcar. Por lo general, se cuece el jugo hasta que adopta el aspecto de un pastel marrón (chancaca) o lo queman para producir ron. Los indios aman apasionadamente este aguardiente muy fuerte y el jugo fermentado (guarapo), lo hacen todo para poder gozar de ellos. Cuando han comenzado a embriagarse piden más y más de estas bebidas, las que se les conceden de buena voluntad, ya que coincide con el interés del hacendado. Después de haber regresado sobrio a su trabajo luego de algunos días, el mayordomo les muestra en cuánto se había agrandado su deuda. El cholo mira asombrado que tendrá que pagar su borrachera con varios meses de trabajo, ya que los mayordomos deshonestos anotan en el libro de hacienda la cantidad doble de lo que realmente se consumió. Evidentemente, los indios casi inconscientes no pueden

controlarlo. De esta manera, los infelices se entregan a las cadenas más pesadas de la esclavitud.

Su tratamiento es bastante tiránico por lo general, ya que los hacendados, como gobernadores irrestrictos, no conocen otro interés que el de utilizar las pocas fuerzas de trabajo que tienen de la manera más beneficiosa para ellos. Los esclavos negros tienen una vida menos penosa y más cómoda que los indios libres en las haciendas de la selva. Con la salida del sol tienen que reunirse en el patio de la hacienda, donde el mayordomo les indica las tareas del día y les entrega sus herramientas, para acompañarles luego a los campos de cultivo. Llegados ahí, tienen que trabajar durante todo el día en el calor sofocante y solo descansan tres veces al día para mascar coca y una cuarta vez para comer. Obstinación y pereza se castigan por lo general con el cepo, que consiste en colocar el cuello y los pies del castigado entre dos troncos durante un lapso de entre 12 y 48 horas.

La roza del bosque, llamada «chaupear», pertenece a los trabajos más duros en las montañas, ya que solo puede efectuarse durante la época calurosa del año. Como el suelo queda húmedo permanentemente y como los árboles guardan mucha humedad interna, éstos tienen que estar talados al fin de la época de lluvias para que se sequen durante varios meses. Luego se los quema, pero raras veces se han secado lo suficiente para que se quemen por completo. Pero estos residuos no presentan obstáculo alguno, ya que se siembra entre los troncos carbonizados. Por regla se siembra maíz en los lugares quemados en el primer año. Crece en una abundancia increíble y da un rendimiento extraordinariamente alto. Después de cada cosecha se retira parte de los troncos quemados, con el fin de ganar más espacio para las plantas cultivadas perennes.

Algo más feliz que la vida de los indios en la cercanía de las haciendas, es la de los que viven en el interior de los bosques, tan lejos, que mantienen poco contacto con el mundo civilizado. Ellos se contentan con lo que la naturaleza les ofrece y desconocen las necesidades de la vida refinada, por lo que no quieren nada más que lo que encuentran en el bosque sin mayores esfuerzos. Ahí cultivan sus chacras pequeñas cuyo cuidado está a cargo de las mujeres, mientras que los hombres se van a la caza con cerbatanas y flechas, alejándose de sus viviendas con frecuencia durante semanas, a veces durante meses. Los días se siguen con cambios regulares y monotonía, convirtiéndose en años.

La época de lluvia les obliga a quedarse en sus chozas livianas, en las que se dedican al descanso con una tranquilidad indiferente, solo interrumpida por la elaboración de armas para la pesca. El cielo límpido les llama nuevamente a sus excursiones, que garantizan el alimento durante todo el año.

Pero en los lugares donde se encuentran las riberas de los ríos mayores, su vida ha cambiado debido a los intereses comerciales. Los europeos y los

criollos supieron hacerles dependientes de ellos, por medio de crear necesidades superfluas, semejantes a las de los indios de haciendas y, por medio de este control, obligarles a entregar los recogidos recursos valiosos de los bosques. En las montañas más altas tienen que buscar la corteza de la quina, en las más bajas y más húmedas la zarzaparrilla y maderas que sirven para teñir como la llangua, que aún no ha encontrado su camino en Europa. Para este trabajo siempre escogen la época seca del año.

Bajo la dirección de un negociante, los indios se reúnen en el mes de mayo con el fin de recoger la corteza de quina y se van a los bosques de chinchonas. Llegados a este lugar, uno de ellos trepa un árbol muy alto, para tener un panorama libre sobre la superficie de las coronas de los árboles y detectar los grupos (manchas) de los que tienen esta corteza. A este trabajo lo llaman «catear» y a los que se dedican a ello «cateadores». Estos son bastante experimentados, ya que tienen que ser capaces de descubrir los grupos de chinchonas entre los árboles que los rodean, ya que se diferencian de los demás solo por la coloración de las hojas, en un grado que parece casi imperceptible.

El cateador memoriza el lugar de la mancha encontrada, luego baja para unirse a sus compañeros que lo han esperado y los lleva al grupo a través del bosque, casi impenetrable, con una admirable seguridad. Apenas llegado, se levanta una choza para tener un refugio durante la noche, para protegerse de las lluvias y para secar y guardar la corteza en un lugar seguro. Luego se talan los árboles, en lo posible cerca de las raíces, y se los corta en pedazos de tres a cuatro pies de largo. Asimismo, hacen incisiones longitudinales en la corteza con un cuchillo corto y ligeramente curvado. Después de cuatro a seis días, los pedazos ya se han secado un poco y se les quita la corteza, ya cortada en franjas largas y lo más anchas posible. Éstas se guardan en la choza para dejarlas secarse más. En muchas regiones, particularmente en el centro y el sur del Perú, donde no hay mucha humedad, la corteza se seca completamente en los bosques, se la coloca en grandes haces, amarrados con enredaderas. En otras zonas, en cambio, se la junta aún en estado inmaduro y se la envía a los pueblos más cercanos para secarla ahí. Hacia fines de setiembre, los cascarilleros regresan a sus viviendas.

La corteza de la cascarilla fue un importante producto comercial del Perú en tiempos anteriores, pero ya desde los inicios del presente siglo su valor se ha reducido significativamente. Este hecho se debe a la exportación de muchas especies falsas o de poco valor desde otras regiones, quizá también por el uso más frecuente de la quinina, ya que para producir el alcaloide no se necesita tanta corteza, como la que antes fue usada como sustancia.

Durante la guerra de liberación el comercio de la cascarilla sufrió su golpe de gracia y pasaron muchos años en los que se exportaron apenas unos cuantos quintales de corteza del Perú. Las montañas de Huánuco, que antes habían abastecido las farmacias de Europa con el «medicamento divi-

no», volvieron a proveer su material almacenado, ya que se han desarrollado nuevas plantas productivas de las raíces de los árboles previamente talados. En las montañas de Huamalíes existe una especie muy poderosa, aún desconocida por los botánicos. Desde las montañas de Urubamba, finalmente, viene la muy estimada cascarilla de Cuzco, que contiene un alcaloide llamado «kuzconina»[12] por la antigua residencia incaica.

Quizá la corteza de la quina pueda convertirse nuevamente en un floreciente ramo de comercio, pero ya no alcanzará la importancia que tenía hace unos siglos. Durante el tiempo de mi estadía en el Perú existía el proyecto de la construcción de una fábrica de quinina en Huánuco, que tendrá un éxito muy notable si se le lleva a cabo debidamente. Ya existe una fábrica respectiva en Bolivia, dirigida por un francés, pero sus productos no tienen la pureza necesaria por lo que no están tenidos en gran estima. Los habitantes de los bosques del Perú usan la corteza verde de la quina en infusión como remedio contra la terciana. En varios casos he tenido la experiencia que es mucho más efectiva que la seca, ya que la mitad de la dosis normal resulta en la curación total de los repetidos ataques de fiebre en un tiempo menor. Una especie, llamada «cascarilla boca colorada» (*Cinchona purpurea* R., Rubiaceae), cuyas hojas verdes y las ramas se muelen, se hierve en agua y se aplica contra hemorragias con gran éxito.

Una cierta clase de indios, los que viven en el interior de los bosques, en particular los del sur del Perú y de Bolivia, se ocupan casi exclusivamente de la recolecta de bálsamo, sobre todo el peruano, jolu y copaiva; también de resinas olorosas que se queman como incienso en las iglesias; así como de una gran cantidad de remedios simpatéticos, entre los cuales destacan las pezuñas de tapir contra la epilepsia, los dientes de víboras, que cuidadosamente pegados sobre hojas y colocados en un pequeño tubo, sirven contra la migraña y la ceguera senil. Ellos preparan ungüentos, emplastos, pólvoras, semillas, raíces, cortezas y otros, cada uno con una eficiencia infalible contra una enfermedad específica y los llevan al mercado.

Al inicio de la época de lluvias abandonan los bosques y suben en filas largas hacia la sierra. Los hombres llevan las cargas, en contra de su costumbre normal, pero las mujeres les acompañan hasta que llegan a la sierra, ya que los bultos pesan mucho, entre 100 y 125 libras. Al frotarse contra las espaldas del cargador durante su subida larga, le causan inflamaciones, que son curadas por las mujeres que se encargan del oficio de quirúrgicos. El hombre herido se coloca de pies y manos, se lava cuidadosamente el lugar de la herida, se aplica el bálsamo copaiva, se hace un emplasto de hojas, protegido a los costados por franjas de pieles y se tapa todo con el cuero de un

12 La kuskonina fue descubierta por Coriol y Pelletier en la cascarilla embarcada en Arica; por ello, llamaron al mismo alcaloide «aricina». [T]

animal del bosque, por lo general del jaguar. Luego se le coloca su carga nuevamente. Por mientras los indios caminan por los bosques; las mujeres se visten con una camisa sin mangas de aspecto de saco, los hombres se limitan a un cinturón. Andan descalzos, pero se pintan los pies con el jugo del huito (*Genipa oblongifolia* R. & Pav., Rubiaceae) a manera de media bota, con lo que se protegen contra las dolorosas mordeduras de los insectos. La pintura penetra tanto a la piel que ya no sale con agua, pero cede rápido con la aplicación de aceites. En la sierra, en cambio, los indios requieren una protección más eficaz contra el frío; para ello se sirven de unas botas hechas de enredaderas entrelazadas llamadas «aspargetas». También se visten como los indios serranos.

Venden muy rápidamente todo su surtido de remedios y regresan a su lugar natal después de varios meses. Algunos de ellos se alejan por unas 200 a 300 horas de los bosques, atraviesan la mayor parte del Perú y a menudo llegan a Lima con sus grandes botellas de calabaza (*Lagenaria vulgaris* D. C.[13]) llenas de bálsamo. Varias veces compré remedios de estos indios que venían del sur del Perú. Su llegada, que se repite anualmente con bastante regularidad, es siempre esperada con ansias en los pueblos de la sierra. En estos lugares, la fe en los efectos milagrosos de estos remedios es mayor que en todas las medicinas recetadas por un médico.

Estos indios errantes no se contentan con la venta de sus productos, también curan a los enfermos y llevan a cabo operaciones. Suelen ser muy habladores y les encanta contar las historias más milagrosas y llenas de aventuras, cuyo origen probablemente viene de su fantasía exaltada. En sus conversaciones, sus gestos y sus curas, se muestran como los más perfectos charlatanes. Entre ellos destacan los ccamtas de la provincia Choqueccamta de Bolivia, famosos desde los tiempos más remotos. Es un fenómeno muy curioso el que estas tribus se sientan tan a gusto en su vida vaga, muy a diferencia del carácter de los indios sudamericanos. Buscan el contacto con otras naciones y no se muestran desconfiados y cerrados sino, al contrario, tienen un afán de comunicación que resulta molesto. No resulta fácil encontrar una explicación para esta excepción peculiar o indicar el tiempo del origen de la costumbre de pasar por el país como médicos o boticarios, ya que los primeros autores mencionan la presencia de tribus negociando con medicinas desde la época más temprana de la historia peruana.

Los indios a los que nos hemos dedicado hasta ahora, son todos cristianos y se les distingue estrictamente de los indios bravos, que viven exclusivamente en las montañas más orientales del Perú, hacia la frontera con Bolivia. Pertenecen a un sinnúmero de tribus, todas con sus propias costumbres, religiones y, en su mayoría, también con su propio idioma. Se conoce más de

13 Hoy *Lagenaria siceraria* (Molina) Standl. y *Crescentia cujete* L., Bignoniaceae. [B/B]

animal del bosque, por lo general del jaguar. Luego se le coloca su carga nuevamente. Por mientras los indios caminan por los bosques; las mujeres se visten con una camisa sin mangas de aspecto de saco, los hombres se limitan a un cinturón. Andan descalzos, pero se pintan los pies con el jugo del huito (*Genipa oblongifolia* R. & Pav., Rubiaceae) a manera de media bota, con lo que se protegen contra las dolorosas mordeduras de los insectos. La pintura penetra tanto a la piel que ya no sale con agua, pero cede rápido con la aplicación de aceites. En la sierra, en cambio, los indios requieren una protección más eficaz contra el frío; para ello se sirven de unas botas hechas de enredaderas entrelazadas llamadas «aspargetas». También se visten como los indios serranos.

Venden muy rápidamente todo su surtido de remedios y regresan a su lugar natal después de varios meses. Algunos de ellos se alejan por unas 200 a 300 horas de los bosques, atraviesan la mayor parte del Perú y a menudo llegan a Lima con sus grandes botellas de calabaza (*Lagenaria vulgaris* D. C.[13]) llenas de bálsamo. Varias veces compré remedios de estos indios que venían del sur del Perú. Su llegada, que se repite anualmente con bastante regularidad, es siempre esperada con ansias en los pueblos de la sierra. En estos lugares, la fe en los efectos milagrosos de estos remedios es mayor que en todas las medicinas recetadas por un médico.

Estos indios errantes no se contentan con la venta de sus productos, también curan a los enfermos y llevan a cabo operaciones. Suelen ser muy habladores y les encanta contar las historias más milagrosas y llenas de aventuras, cuyo origen probablemente viene de su fantasía exaltada. En sus conversaciones, sus gestos y sus curas, se muestran como los más perfectos charlatanes. Entre ellos destacan los ccamtas de la provincia Choqueccamta de Bolivia, famosos desde los tiempos más remotos. Es un fenómeno muy curioso el que estas tribus se sientan tan a gusto en su vida vaga, muy a diferencia del carácter de los indios sudamericanos. Buscan el contacto con otras naciones y no se muestran desconfiados y cerrados sino, al contrario, tienen un afán de comunicación que resulta molesto. No resulta fácil encontrar una explicación para esta excepción peculiar o indicar el tiempo del origen de la costumbre de pasar por el país como médicos o boticarios, ya que los primeros autores mencionan la presencia de tribus negociando con medicinas desde la época más temprana de la historia peruana.

Los indios a los que nos hemos dedicado hasta ahora, son todos cristianos y se les distingue estrictamente de los indios bravos, que viven exclusivamente en las montañas más orientales del Perú, hacia la frontera con Bolivia. Pertenecen a un sinnúmero de tribus, todas con sus propias costumbres, religiones y, en su mayoría, también con su propio idioma. Se conoce más de

13 Hoy *Lagenaria siceraria* (Molina) Standl. y *Crescentia cujete* L., Bignoniaceae. [B/B]

cerca solo a pocas de ellas, ya que toda comunicación se ha interrumpido desde la destrucción de las misiones. Nunca pude obtener noticias más detalladas sobre los indios bravos de las montañas del sur del Perú. Son completamente desconocidos, ya que bosques impenetrables y salvajes les separan del mundo civilizado, pocas veces un europeo se habrá perdido en estos lugares. En el Perú central, las tribus de los indios bravos se encuentran en mayor proximidad con los cristianos, particularmente los iscuchanos[14] en la montaña de Huanta y los chunchos en la Montaña de Vitoc. Los iscuchanos mantienen trueque con los habitantes de Huanta de tiempo en tiempo, pero luego surgen largas épocas de hostilidades. Los iscuchanos, pese a su general carácter bondadoso, insultan a los huantinos de varias formas. Les llevan el ganado de sus pastos, les roban sus plantas cultivadas y tratan de alarmar a toda la región. Hace unos años los huantinos se habían reunido para la solemne procesión de *Corpus Cristi,* cuando se les abalanzó un grupo de toros salvajes irritados por los indios que les empujaron contra la comunidad reunida. Todos se dispersaron corriendo bajo la risa burlona de los salvajes, muchos de los huantinos fueron muertos o gravemente heridos. Los iscuchanos están tan protegidos por el terreno que una expedición militar, persiguiéndolos por los bosques, no tendría éxito.

Los chunchos, a los que me dedicaré más en adelante, son mucho más peligrosos y forman una de las tribus más terribles de los indios bravos. Viven en la parte más meridional de la Pampa de Sacramento, la *terra incognita* del Perú, particularmente en la zona ribereña de Chanchamayo y del Perené. Desde el lugar donde el Perené se une con el Apurímac para formar el Capanegua, para luego adoptar el nombre de «Yana yanitiri» y finalmente el de Ucayali, hasta la confluencia de este último con el Marañón, vive un gran número de tribus, que en su gran mayoría solo se conocen por nombre. Lo mismo vale para las tribus que habitan la extensa Pampa del Sacramento, ubicada entre el Ucayali y el Huallaga, concentrándose a lo largo de las riberas del río Pachitea.

Los vecinos de los chunchos son los sanguinarios campas o antes, que han destruido las misiones de Jesús María en Pangoa y que aún hoy en día suelen llevar a cabo visitas hostiles a San Buenaventura de Chavini, el puesto de avanzada cristiano más oriental en la Montaña de Andamarca. Cerca de ellos viven los piras o simirinches, tristemente célebres por su carácter de ladrones, pícaros y sanguinarios. En la ribera oriental del río Yanayanitiri viven los ruanaguas y los combos, más al norte los pichobos, soboibos, camariniguas, sanihuacanaos, amahuacas y maspos.

En la ribera occidental, donde el río limita el extenso pajonal (un lugar del bosque libre de árboles con muchas gramíneas y caña) se encuentran los

14 El nombre correcto es «iquichanos». [O]

campas y los mochobos. A lo largo del Pachitea vive la salvaje tribu de los casibos (cashibos), el enemigo más atroz de todas las naciones circundantes, con las que se encuentra en una guerra permanente y que quiere destruir con todos sus medios. Según las noticias disponibles, proveídas por los misioneros, ellos son antropófagos, al igual que los antes y los chunchos. Por ello realizan sus expediciones bélicas para proveerse de prisioneros, con el motivo de comérselos luego. Cuando los simirinches, los amahuacas o los consbos[15] se trasladan a los bosques occidentales con fines de caza después de la época de lluvias, normalmente se convierten en víctimas de los casibos, que imitan a la perfección las voces de los animales del bosque y engañan de esta manera a los cazadores de las tribus vecinas, a los que llevan a sus viviendas para sacrificarlos. En el caso de que ellos hayan resultado vencidos, se les convierte en esclavos de otras naciones. Pero aún así siguen siendo enemigos sumamente peligrosos, debido a su carácter sanguinario y a su falsedad. El dueño nunca está a salvo del peligro de terminar como comida de sus sirvientes.

Beltrán cuenta que el Padre Plaza de la misión de Sarayacu criaba a un cashibo joven de diez años, a quien trataba con la mayor amabilidad. Un día, sin embargo, éste persiguió a un niño para matarlo, dando rienda suelta a su naturaleza animal. Cuando Plaza se lo reprochó, se disculpó con la explicación de que tenía hambre, así que por esta razón quería comerse al niño. Entre los cashibos existe la costumbre de matar a los hombres de su propia tribu y devorarlos. Los parientes más próximos reciben invitaciones para comidas y se les ofrece las partes más sabrosas como las orejas, la nariz, las manos y los pies. Algunas de estas noticias acerca de las crueldades de esta tribu bárbara probablemente son exageradas, sobre todo aquellas que provienen de los primeros misioneros, en los siglos en los que cuentos de aventuras y exageraciones de todo tipo eran muy comunes. Pero las informaciones más recientes de los misioneros de Ocopa del año de 1842 constatan que los cashibos aún son antropófagos salvajes.

Es de destacar que no suelen comer a las mujeres. Esto podría llevar a inclinarse hacia la opinión de la existencia de un tierno respeto al sexo bello, pero en realidad tiene una razón muy diferente y menos humana. Todos los indios de Sudamérica están bajo la influencia demoníaca de sus brujos y médicos (que ejercen un poder físico y moral casi sobrehumano en ellos), éstos desprecian a la mujer como algo impuro y dañino. Entre las naciones menos rudas esta repugnancia se muestra en la vida doméstica, en forma de una cierta aversión insuperable hacia la mujer; entre los antropófagos ésta se extiende a su carne, a la que toman por venenosa. Parece que todos los pueblos que comen carne humana aprecian las mismas partes del cuerpo

15 (sic) Probablemente conibos. [K]

como las más deliciosas. Sabemos que los antropófagos de Nueva Zelandia y de Nueva Guinea, así como los que vivían en las islas de las Indias Occidentales, aprecian las manos con los tendones y las plantas de los pies como las partes más deliciosas.

Al norte y al este del terreno de los cashibos viven los conibos, los setebos, los shipeos[16] y los puynahuas, la mayoría de ellos con poblaciones grandes en terrenos muy extensos. En la frontera de estas tribus, por el Ucayali, se encuentra la única misión verdadera, llamada Sarayacu, que existe en el Perú, en la actualidad. Fue fundada al inicio del signo XVII y se ha conservado sola en todos estos tiempos tormentosos, mientras que todas las demás misiones perecieron. Pero tenía la suerte de estar dirigida siempre por misioneros excelentes, que predicaban la palabra de Dios como religión del amor y de la benevolencia en su función de sacerdotes verdaderos, convirtiéndose en ejemplos de su doctrina. Como padres fieles de sus discípulos llevaban una vida pura, con dedicación abnegada que les hacía parecer como seres superiores a los indios. Por ello fue posible conservar esta pequeña iglesia, por los siglos separada desde el exterior de todo tipo de apoyo, mientras que alrededor de ella vivían las naciones más hostiles en su salvajismo animal, en el estado más primitivo de la humanidad.

En la parte final de la larga fila de hombres destacados que ha dirigido la misión en todos estos años, se encuentra el venerable monje franciscano Fray Manuel Plaza, un anciano de casi cien años de edad. Es el único sobreviviente de la masacre de 59 misioneros, que viajaron al mismo tiempo y con el mismo propósito al Ucayali y que cayeron víctimas de las manos de los indios sanguinarios, por lo que pudo cumplir su tarea con éxito benéfico. Solo en 1840 fueron enviados algunos ayudantes jóvenes y activos desde el convento de La Ocopa, con el fin de apoyar al sacerdote doblegado por el peso de los años y de su vida sacrificada. Pudieron ampliar la misión y trabajar con celo en el amplio campo que se les ofrecía.

Sarayacu se encuentra en terreno de la tribu de los panos, pero muestra una colorida mezcla de naciones, que fueron llevadas a Sarayacu, bautizadas como cristianos en la plaza y liberadas después. Ya que a estos neófitos normalmente ya no se les recibe como parte de sus tribus, siguen viviendo en las cercanías de Sarayacu. Al norte de la misión viven los sensis, que compiten en su coraje bélico con los cashibos, pero no les igualan en crueldad. Son los hombres más hermosos del Bajo Ucayali. Ellos tienen un castigo terrible para el adulterio. El hombre insultado lleva a su esposa al bosque, la amarra a un tronco de un árbol lleno de hormigas que muerden, la golpea hasta que le sale la sangre y deja a la infeliz expuesta a esta tortura horrible por el lapso de un día y una noche. Por lo general, muere antes de este tiempo.

16 (sic) Probablemente shipibos. [K]

Menciono solo algunas de las tribus que viven en los numerosos bosques entre Sarayacu y el Marañón. Hacia el oeste del Ucayali se encuentran los remos, maparis, aguanos, y tibilos, hacia el este del mismo río viven los manahuas, cascas, sinabus, diabus, runabus, mayorunas, entre otros.

Solo pocas de las naciones nombradas mantienen relaciones amistosas entre ellas. Los cashibos son los más aislados y hostiles y suelen perseguir con preferencia a los setebos, shipibos, remos y conibos. Los panos dirigen sus expediciones bélicas contra los capanahuas, los nates, mayorunas y amahuacas, mientras que celebran contratos de amistad con los simirinches, conibos, shipibos y sensis. En general, se nota que cada tribu se encuentra casi permanentemente en guerra con sus vecinos y solo pocas veces se da descanso a otras o a sí misma. El motivo de estas expediciones se centra en el deseo de hacer prisioneros para poder venderlos como esclavos, usarlos para el trueque o comérselos.

Los idiomas de estas naciones son muy diversos, pero uno solo permite reunir a varias tribus. Desde el Alto Marañón hasta Omaguas se habla el quechua, la lengua de los incas. En la ribera izquierda del Ucayali predomina el idioma de los panos. En la ribera derecha los cascas, sinabus y diabus tienen sus idiomas propios, tan diferentes que las naciones no pueden entenderse mutuamente. En el Alto Ucayali aparece la misma relación entre los simirinchis, las campas, runaguas y mochobos. Resulta imposible llegar a un consenso en este punto, ya que las informaciones de los misioneros en épocas más tempranas son muy deficientes, mientras que la mayoría de estas naciones es inaccesible en la actualidad. Según los esbozos de viajes que pude estudiar en el convento de Ocopa, me parece segura la presencia de los idiomas de los panos, cascas, simirinchis y chunchos al lado del quechua, como tribus lingüísticas claramente diferenciadas. El idioma de los chunchos supuestamente se parece mucho al de los cholones del Huallaga.

El modo de vida de todos estos indios es casi uno solo. La guerra y la caza en el verano y la elaboración de armas en el invierno son las ocupaciones principales de los hombres. Las mujeres cuidan a los hombres, cultivan las chacras, secan los productos para el almacenaje y pescan al moler plantas narcóticas («barbasco»), lanzándolas al río. Los peces desmayados flotan en la superficie y se dejan agarrar fácilmente. También capturan tortugas («charapas»), tejen y cocinan. Su vestimenta es muy sencilla. En muchas tribus es inexistente. En vez de ello se pintan el cuerpo parcial o enteramente. En otras tribus, los hombres llevan camisas sin mangas y las mujeres, unas faldas que les llegan de la cintura a las rodillas. Estas telas son de algodón de árboles no cultivados (*Bombax*). Por regla, se las pinta de blanco, azul o rojo.

Entre varias tribus existe la costumbre de perforarse los lóbulos de las orejas, el tabique de la nariz o el labio inferior para poder llevar adornos, lo que es muy común entre los panos, shipibos y pirras. Los adornos del cuerpo

consisten más en pintura que en tatuajes. En algunas tribus estos adornos corporales consisten en dibujos y diversas figuras de formas y colores diferentes. En algunas, como entre los panos y los cashibos, su elaboración está llevada a cabo con el mayor cuidado, pero otras se contentan con manchas hechas de una manera muy poco graciosa. Las mujeres de los sensis se pintan con dos bandas, que pasan de la espalda por el pecho hasta el estómago; las pirras llevan una banda en forma de cinturón por el cuerpo, así como otras tres sobre cada pierna superior. Éstas son de color negro que ya no se puede sacar lavándose, una vez aplicado. Es del fruto inmaduro de una rubiácea. Los remos solo se pintan la cara, mientras que los diabus evitan esto estrictamente y se adornan solo los brazos, los pies y el esternón.

Las armas principales para la caza de los indios son el arco y la flecha. En la guerra también emplean porras y una especie de espadas de madera. Las flechas consisten de caña, suelen tener una longitud de cinco a seis pies y el grosor de un dedo. La punta es de madera muy dura, con ganchos tallados o con dientes de peces dirigidos hacia atrás, de una longitud de tres pulgadas. El otro extremo de la flecha normalmente lleva plumas de ara. El arco mide unos cinco a cinco y medio pies de longitud y es tallado de madera muy dura, suele ser plano y decorado en ambos extremos; los remos suelen usar arcos redondos y sencillos. Los indios del Chanchamayo, del Perené y del Yanayanitiri usan una palmera para este fin, la llamada «chunta» (*Martinezia ciliata* R. & P.). La cuerda, bastante gruesa, es de la fibra torcida de las hojas de la cabuya, solo está amarrada fijamente en un extremo, en el otro está convertida en un lazo con el que se arma el arco cuando se requiere su uso. La cuerda puesta significaría un obstáculo en las caminatas a través del bosque denso. Para el carcaj sirve una caña muy gruesa, adornada con muchas figuras extrañas, talladas y pintadas. Los cashibos que no conocen otra arma que la descrita, usan arcos de longitudes extraordinarias, sus flechas miden diez a doce pies y sus arcos de siete a ocho pies.

Para muchos indios, sobre todo los que viven en las regiones al norte y al oeste de la Pampa de Sacramento, la cerbatana o pucuna es el arma de caza más común. Se la elabora de una caña larga o de jóvenes palmeras ahuecadas; mide ocho, diez o más pies. En un extremo están insertos los dientes del jabalí (*Dicotyles labiatus* Cuv.[17]), que sirven para apuntar. Las flechas solo miden entre una y media, y dos pulgadas de largo y tienen el grosor de una espina de cactus, amarradas en su extremo basal con fibras finas. Casi todas estas flechas pequeñas están envenenadas, ya que la herida causada por ellas sería tan insignificante que ni mataría a un pájaro pequeño. Este veneno de flecha difiere entre las naciones, por regla su elaboración se lleva a cabo en ceremonias secretas, por lo que el modo de su preparación y los

17 Hoy *Tayassu pecari* (Link). [B/B]

ingredientes usados son solo parcialmente conocidos por los europeos. Los ingredientes principales son algunas plantas aún desconocidas botánicamente, entre las que destaca la apihuasca y el cápsico venenoso. Fuera de ellas se usan hojas de un tabaco muy fuerte y las del sanaño (*Tabernaemontana sanaño* R. & P.[18]), así como las de euphorbiáceas.

Viajeros más recientes han sostenido, en contra de los historiadores peruanos más antiguos, que no se usan sustancias animales para elaborar el veneno de la flecha. En cambio, pueden confirmar que se utilizan no solamente a la hormiga negra, muy venenosa (*Cryptocerco atrato affin.*), sino también los dientes de la serpiente terrible, conocida como Miuamaru o jergón (*Lachesis picta* Tsch.[19]), según el testimonio de un indio que solía preparar este veneno con sus propias manos. Según este cuento algo críptico, estos venenos animales se encuentran en un pequeño saco de algodón que cuelga en la olla en la que hierve la masa.

El efecto de este veneno de flecha es muy violento y rápido. Tanto hombres como mamíferos mayores mueren en un máximo de cuatro a cinco minutos después de producirse la herida, aves y mamíferos más pequeños mueren después de dos minutos. La cerbatana empuja estas flechas terribles con bastante seguridad hasta una distancia de 32 a 36 pasos. Al disparar a esta distancia se sigue la regla general, que el cazador tiene que apuntar por debajo del animal a la misma distancia que está entre su boca y el ojo, de otro modo dispararía muy alto. Se tiene que expirar el aire con fuerza, rapidez y regularidad para enviar a la flecha a un curso en línea recta. Su punta suele estar cortada para romperse al producir la herida.

La caza con la cerbatana requiere un ejercicio muy largo para adquirir una habilidad regular en su uso, así como un cuidado extremo para no herirse con las pequeñas flechas afiladas. Conozco el ejemplo de un indio al que se le cayó una flecha de su carcaj sin notarlo. La pisó, le penetró por la planta del pie y se quedó cadáver después de pocos minutos.

La porra, llamada «matusino», tiene una longitud de unos cuatro a cinco pies. En su extremo más ancho está rodeada por una fila de cornamenta del venado rojo, que la circunda. Un cuerno simple y largo está amarrado en el centro, sirve para meter la porra en el suelo cuando no se la usa. Solo pocas tribus del Alto Ucayali y los sensis de su curso bajo, se sirven de esta arma terrible, cuyo transporte es algo difícil en los bosques densos. La espada y la macana, se elaboran de la dura chunta, al igual que el arco. Esta madera tiene un color marrón oscuro, es muy dura y pesada y se la emplea para todos los objetos que requieren alta dureza y duración. La macana tiene una longitud de unos cuatro pies, una pulgada de espesor y está aplana-

18 Hoy *T. sananho*, Apocynaceae. [B/B]
19 Hoy *Bothrops pictus*. [B/B]

da hacia atrás, donde se encuentra el mango redondeado que tiene el ancho de unas tres pulgadas. Ambos filos están tan afilados que equivalen a los de una afilada espada de metal. El mango tiene un lazo para la mano y la mitad inferior del arma está envuelta con una decoración de bandas y cuerdas. Es tan pesada que su uso requiere ambas manos. Su forma cambia poco entre las diferentes tribus; su longitud, en cambio, marca diferencias notables. Las espadas más cortas son las de los remas, sensis y pirras, las más largas son las de los panos y shipibos. Su uso es mucho más común que el del matusino y habrá apenas media docena de tribus, entre las cuales se encuentran los cashibos, que la ignoran.

Fuera de estas armas de ofensiva existen también las defensivas. Se trata del «viche», un escudo sencillo de 1,2 a dos pies de diámetro. Tiene un marco fuerte de enredaderas (bejucos), sobre el cual se estira el cuero de un venado o un tapir amarrado con hilos. En su lado interior existen dos ganchos para el brazo, cosidos en la piel. El borde está decorado con plumas coloridas. Solo las más aguerridas tribus del Alto Ucayali usan este escudo, su distribución no es mayor que la de la porra.

Raras veces los indios de todas estas tribus viven en aldeas, por regla prefieren usar aisladas chozas en el bosque. A veces construyen viviendas para varias familias, con lo que se forma un caserío. A partir de cierto límite, sin embargo, una parte de sus habitantes se retira hacia el interior del bosque. Las chozas tienen planta rectangular, a lo largo de las riberas del Huallaga, entre los remos y los shipibos; u ovalada redondeada, como entre los panos; o circular, como entre los simiriches del Pangoa. Sus paredes consisten de fuertes troncos de árboles, entrelazados con enredaderas. El techo es de un armazón de caña, cubierto con hojas de palmeras; la entrada se limita a una simple abertura en la pared, opuesta a la dirección del viento, solo raras veces protegida por una puerta. He visto una construcción sumamente sencilla de los chunchos; se parecía mucho a un paraguas abierto, colocado sobre el piso. La única pared, que a la vez sirve de techo, consiste de ocho cañas largas extendidas a modo de un abanico hacia abajo, inclinadas en el suelo y amarradas a tres troncos de árboles transversales. Sobre este armazón sencillo yacían en dirección longitudinal hojas del omero, una especie de palmera. Un inclinado palo fuerte clavado en la tierra, alcanzó el centro de la pared interior y sirvió de apoyo a esta construcción liviana; a veces se trata de dos palos menos fuertes colocados en los costados. De acuerdo a la dirección del viento se voltea también la choza, que solo puede dar suficiente refugio a los hombres acostumbrados a vivir en la naturaleza con las comodidades más elementales.

Cada choza de los indios está aislada de la otra. Y solo raras veces se ve una subdivisión interna a modo de cuartos. Esto también está relacionado con el reducido tamaño, ya que la mayoría no excede un área de 60 pies

cuadrados. En el lugar de la sede principal de una tribu, las chozas se encuentran dispersas sobre el contorno de varias millas en el bosque, algunas están aún más alejadas como puestos de avanzada. En resumen, no se puede hablar de la existencia de aldeas o pueblos de los indios bravos; aún las de los indios bautizados del Huallaga no merecen tal calificativo, ya que muchas de ellas consisten de solo tres a cuatro chozas y no cuentan con más de una docena de habitantes.

Una específica forma de gobierno se desconoce por completo entre muchos indios bravos del Perú. Idioma, costumbres y armas reúnen un cierto número de indios a una tribu, lo cual, sin embargo, no significa relaciones de dependencia o de obediencia a un poder superior, escogido libremente o impuesto a la fuerza. Los habitantes del Perené y del Pachitea se destacan por esta característica; los del Bajo Ucayali, en cambio, tienen jefes aceptados tácitamente entre los más ancianos o los más valientes de la tribu. El respeto a los ancianos solo se percibe en algunas tribus como los setebos, mayorunas[20], panos y otros; mientras que se los mata a golpes entre los campas, cashibos y chunchos. Una costumbre muy difundida consiste en la matanza inmediata de los ancianos entre los prisioneros de guerra. El individuo puede alcanzar una posición digna de respeto e independiente a causa de su valor personal, su audacia y el prolongamiento intencional de torturas autoinfligidas. De esta manera puede ejercer una autoridad ilimitada, aunque sea de corta duración.

Las reuniones sociales escasean entre estas tribus. De carácter cerrado, desconfiado y huraño, el indio se siente mejor dentro del círculo social que él se ha formado. Pero cuando toque los asuntos generales de la tribu, se reúne con sus compañeros y defiende el interés común. A las reuniones comunes pertenecen las largas expediciones de caza y las de motivos bélicos. Celebran la salida y el regreso con fiestas tumultuosas, en las que se consumen bebidas alcohólicas en cantidades enormes. Éstas se hacen en base de yuca o de frutos de la chunta, el llamado «masato», o de otras palmeras. La preparación de las bebidas embriagadoras se conoce en los bosques más alejados y entre las tribus más aisladas. En toda Sudamérica no existe tribu alguna que las ignore. Bailes desenfrenados acompañan estos bacanales, que suelen terminar en una masacre sangrienta.

La mayoría de las tribus celebra los matrimonios en forma de fiestas sociales, con la excepción de las que han introducido la poligamia. Las formas en que estos eventos se celebran difieren de nación en nación. Algunas son ceremonias muy dolorosas para la novia, en otras tribus consisten en largos períodos de hambre y de tortura para el novio. Por regla el indio escoge su esposa, pero en otras tribus los hombres jóvenes tienen que pelear a muerte

20 Tschudi escribe «mayorhunas». [K]

por las vírgenes, que son sus premios. Los guerreros ancianos fungen de jueces y ellos entregan los premios obtenidos con gran esfuerzo a los vencedores; así se suele hacer entre los habitantes del río Santa Catalina. Entre los mismos, el nacimiento de un hijo se celebra con ceremonias. Los más ancianos de la tribu se reúnen y reciben al niño. Soplan sobre él repetidas veces, para ahuyentar a los demonios y las enfermedades. Luego, recibe el nombre de un animal y los testigos graban jeroglíficos en algunas hojas, usando unos lápices de madera. Éstas se guardan cuidadosamente y se las coloca a su lado cuando se entierra a la misma persona[21]. La peculiar costumbre del esposo, de permanecer en la cama y de dejarse alimentar por algunas semanas antes de que la mujer dé a luz, también existe en todas las tribus menos belicosas del Ucayali.

A los muertos se los entierra en sus chozas. Sus parientes, después de haber manifestado su dolor al romper su vestimenta y con un triple grito plañidero, abandonan el lugar y se construyen otra choza en una zona apartada; también rompen todo el servicio doméstico y las herramientas del difunto, pero entierran sus armas y sus herramientas agrícolas, ya que están convencidos que las necesitará en su domicilio futuro. Una costumbre peculiar de varias tribus consiste en cortar un pedazo del talón del difunto padre, que el hijo mayor se cuelga en el cuello como reliquia. Algunas naciones del Perené y Capanegua no tienen ni la veneración propia de la mayoría de los pueblos salvajes. Ellos botan a los muertos al bosque, sin enterrarlos, donde son alimento para los animales de rapiña.

Sabemos muy poco acerca de la religión de los indios bravos del Perú. Todos, sin excepción, creen en la existencia de seres superiores a ellos y hacen la distinción entre seres buenos y hostiles. Veneran a ambos; a los primeros por alegría, a los últimos por temor. Unos son los poderes benéficos; los otros, los poderes dañinos de la naturaleza. Por ello el cielo, la atmósfera y la tierra son los objetos de su adoración. Algunas constelaciones de estrellas les parecen ser fenómenos amigables, mientras que contemplan otras con horror secreto. Todos veneran al sol con alegría, sobre todo los que han estado en relación con el imperio de los incas. Rinden tributo tímido a la luna, probablemente, porque su luz pálida pinta cuadros tenebrosos en los bosques oscuros alrededor de ellos, también porque las fases lunares están envueltas en una oscuridad misteriosa. Creen que el trueno y el relámpago se deben a influencias demoníacas, lo que vale también para algunos vientos, particularmente, los que tienen influencias nocivas sobre la salud, que pasan por los pantanos y llevan capas pesadas de malaria y del venenoso miasma pantanoso hacia regiones apartadas.

Pero sus contemplaciones religiosas no se detienen en los fenómenos naturales inexplicables para ellos, sino se extienden sobre la naturaleza que

21 Don Pedro Beltrán. *Diario*, etc., pág. 33. [T]

les rodea y en ella también aparecen dos principios: uno benéfico y el otro nocivo para ellos. En todo ven estos poderes benéficos o demoníacos, en los animales del bosque, en las plantas y en las piedras. Estos poderes pueden destruirse mutuamente o neutralizar el efecto del otro. Según sus conceptos, cada pensamiento, cada acto, lleva al hombre a uno de estos dos poderes y no le permite una decisión de voluntad libre. Si bien el indio está dominado por un materialismo crudo, suele estar consciente de una relación entre lo perceptible, por medio de los sentidos y algo superior, que se encuentra fuera de la esfera de la percepción material. Pero no saben en lo que consiste esto último y tampoco tratan de averiguarlo, sino se contentan con una oposición oscura de lo visible y lo invisible, pero aún en una forma muy restringida, por adjudicar un tegumento corporal a todo lo espiritual y convierten a los objetos con los que están más familiarizados, en sedes de poderes invisibles que les son favorables o dañinos.

Ninguna de estas naciones parece haber llegado a la convicción de la existencia de leyes inamovibles que guían a toda la naturaleza y que solo hay una voluntad que gobierna a través de ellas. Desconocen por completo la idea de unidad espiritual y la fe en un solo dios. Pero todos concuerdan en su creencia de la existencia del espíritu después de la muerte. Ellos ven que el cuerpo de un difunto queda inmóvil y está destinado a convertirse en polvo, por lo que tienen la prueba fehaciente de que el tegumento terrestre no puede servir como sede del alma, pero como no pueden imaginarse algo espiritual, crean nuevos cuerpos para la vida nueva. Algunos creen que se convertirán en hombres más bellos y perfectos, otros piensan que reaparecerán en forma de animal. En este caso, cada uno se convierte en un animal que corresponde a su naturaleza, de acuerdo a su carácter durante la vida. Las diferentes tribus se distinguen en su creencia de la forma de esta metamorfosis. Las que piensan que los difuntos siguen viviendo en su aspecto humano, les entierran con sus armas de caza y sus herramientas agrícolas. Ignoran dónde llegarán a usarlas y contestan a la pregunta respectiva con expresiones confusas. Supuestamente es un lugar hermoso, lejos de los lugares de sus viviendas, pero aún en la tierra, según sus conceptos. Las tribus que creen en una metamorfosis en animal, están convencidas de que los muertos viven en los bosques conocidos en su forma nueva y son capaces de vengarse de maldades que han recibido en vida. Sobre todo los habitantes del Alto Ucayali y del Pachitea comparten esta opinión.

Contemplemos aún brevemente a los indios bravos, respecto a su constitución física. Se subdividen en dos grupos naturales: en los habitantes de las montañas más altas y los de la llanura más baja. Los primeros viven a lo largo del lado oriental de la cadena montañosa que separa las cuencas fluviales del Huallaga y del Ucayali; asimismo se los encuentra en las cuencas del Chanchamayo, del Perené y del Apurímac (iquichanos). Son de talla bastante

grande, más esbeltos que macizos, con extremidades fuertes pero con manos y pies pequeños. Las puntas de estos últimos están muy inclinadas hacia adentro. La cabeza es relativamente grande y de huesos gruesos, la frente es baja, el ojo pequeño y vivaz, la nariz pronunciada y más puntiaguda que achatada. Los huesos de la mejilla no son muy notables, la boca no es grande y los labios son de corte fino, pero frecuentemente se encuentran desfigurados por adornos. Las orejas son pequeñas, al contrario de los indios de la llanura y el mentón solo tiene dispersos pelos de barba, que aparecen solo con la edad avanzada, pero nunca crecen en las mejillas. La cabellera es larga, fuerte, tiesa y brillante de color negro, pero está teñida en muchas naciones. Los chunchos prefieren el color rojo, los antis la tiñen de azul[22]. Su piel es fina, suave y de buen olor, su color es un marrón rojizo bastante intenso. Por lo general se usa el término «rojo cobrizo», al hablar del color de los indios sudamericanos, pero pienso que tal denominación es poco apropiada, ya que hay no hay tribu alguna a la que se la pueda adjudicar con justificación. Todas tienen un color más amortiguado, con tendencia hacia una coloración marrón o amarilla. El término «rojo oxidado» me parece mucho más indicado.

El segundo grupo natural de los indios bravos vive en la mitad septentrional de la Pampa de Sacramento, en las riberas del Ucayali y del Marañón. Son de talla menor que los descritos y achatados de adelante hacia atrás, si se me permite esta expresión, ya que tienen los hombros anchos, una caja torácica achatada y clavículas bajas. Sus extremidades son delicadas; las manos, bastante pequeñas; las plantas de los pies, anchas y planas. La cara es baja pero ancha; los ojos, rasgados, abiertos, con el globo ocular hundido. La nariz es algo achatada y, frecuentemente, en forma de silla de montar, con grandes ventanas oblicuas. Los huesos de la mejilla sobresalen en forma más rectangular y achatada en vez de abultada, con lo cual toda la cara adquiere un aspecto ancho. La boca ancha tiene labios gruesos, que en algunas tribus aparecen muy cerca de la nariz; el mentón es pequeño y redondeado. Las orejas grandes tienen cartílagos delgados y están muy separadas de la cabeza. En cuanto a la cabellera y la barba se parecen a los del primer grupo. El color de la piel varía notablemente, en algunos es de un claro marrón oxidado; en otros, de un amarillo de trigo, parecido a los mongoles. Las mujeres de todas estas tribus son feas y no corresponden ni siquiera a la idea más modesta que el europeo puede tener de las hijas de la selva. Envejecen muy rápido y se ponen decrépitas, ya que no solo tienen que cumplir sus deberes de mujer sino también realizar la mayor parte de los trabajos duros, llevados a cabo normalmente por los hombres más fuertes que ellas.

22 Esta última indicación proviene de informaciones de Fray Jerónimo Leceta, pero no me parece muy probable. [T]

No se puede trazar nítidas fronteras antropológicas o políticas entre ambos grupos, ya que se fusionan en numerosas gradaciones. Las características señaladas aparecen en forma pura solo en pocas tribus. Si bien los indios evitan casarse con mujeres de otras tribus, las esclavas conquistadas en las continuas expediciones bélicas prácticamente adquieren los derechos de las mujeres de la tribu en la que se encuentran, pero sus hijos siguen considerados como esclavos. Éstos, sin embargo, tienen el derecho de casarse con miembros de la tribu, sobre todo si se destacan por características físicas o por su valentía, con la condición de adoptar las costumbres, el culto y el idioma de la tribu nueva, mediante lo cual adquieren una cierta nacionalidad. Debido a ello, la constitución física propia se borra finalmente por completo. En diferentes épocas, hubo importantes migraciones de los grupos de indios en la selva del Perú. No se conocen muchos ejemplos históricamente documentados, pero existen indicios seguros en las características y en la constitución física de algunas naciones del Bajo Ucayali. Como ejemplo presento la tribu de los bellos y belicosos sensis, que ahora viven en riberas bajas y pantanosas del río Maquea y la Playa de los Ahorcados. Ellos vivían antes en las montañas del Apurímac y se trasladaron hacia el norte por voluntad propia o a la fuerza. En la forma de la cara, sus armas y sus costumbres coinciden exactamente con los habitantes del Apurímac y de Capanegua.

Acabo de describir a los habitantes de la selva en trazos rápidos. Ahora trataré de esbozar un cuadro del mundo animal de estas regiones exuberantes.

En contraste marcado con la tranquilidad pacífica que rige en la vida animal de las planicies altas, la selva está llena de escenas continuas de la lucha del fuerte contra el débil, del fastidioso contra el descuidado, y permanentemente se miden fuerza, reflexión, cuidado e instinto. Formas y colores llamativos se intercambian en las tonalidades más variadas y se manifiestan en los contrastes más peculiares. El picaflor con su plumaje dorado, en los maravillosos reflejos de colores, vuela ligero sobre el pesado tapir negro grisáceo. Mientras que el cantor alegre entona su canción melódica en las coronas llenas de hojas de los árboles muy viejos, el sanguinario jaguar busca a sus víctimas entre las enormes raíces. Solo paulatinamente el oído y la visión se acostumbran a la vida bulliciosa, aparentemente caótica, y aprenden a diferenciar lo individual del total y reconocen las formas huidizas y los sonidos que provienen de la lejanía.

Todo el mundo animal está representado en abundancia. Sería difícil decidirse a favorecer a alguna clase, pero el ejército de plumajes coloridos de las aves probablemente es la más representativa. También el número de los mamíferos es significativo pero aparecen con menos frecuencia ante el cazador durante el día; a partir del crepúsculo salen de sus escondites y se convierten sorpresivamente en los animales más frecuentes. Queremos contemplarlos más de cerca, de acuerdo a sus órdenes naturales.

Grupos numerosos de simios corren silenciosamente, miran tímidamente por sus alrededores o pasan de árbol en árbol con aullidos quejumbrosos. A veces se trata de tropas de magros marimondas negros (*Ateles*), con sus brazos largos y esbeltos y caras marrón rojizas, rodeadas con pelos blancos (*A. marginatus* Geoff.). Por su fisionomía, se parecen mucho a un negro viejo. Otras veces se ve a una sociedad de simios de color gris plateado (*Lagothrix humboldtii* Geoff.[23]), que pasan por ramas crujientes al buscarse un lugar de descanso, donde pasan una parte del día jugando, peleándose o durmiendo al emitir un sordo aullido suprimido. Estos simios son los de mayor talla entre los de Sudamérica, alcanzan una altura de casi tres pies y son atrevidos, maliciosos e impertinentes. Atacan al cazador herido cuando se ha caído al suelo. El simio herido suele emitir un grito estridente. Al instante sus compañeros, ya en plan de huida, bajan por los árboles para ayudar a su amigo acosado, pero un segundo grito, corto, sordo y quejumbroso es el de la agonía, los hace retroceder nuevamente y se dispersan, escapándose precipitadamente. El apático aullador emite sus gritos melancólicos y tenebrosos de largo alcance, que ya han servido de materia para los cuentos más fantásticos. Los astutos sayus suelen acercarse a las viviendas humanas para saquear las chacras de maíz con una agilidad asombrosa. Los delicados monos de seda, de pelo sedoso y temblando ante todo aire fresco o chubasco, se esconden en denso follaje y buscan con sus ojos vivaces el peligro que les amenaza.

Después de la puesta del sol, los inquietantes murciélagos vuelan sobre los campos y el bosque hacia todas las direcciones, en su búsqueda ávida de insectos que se despiertan para seguir sus actividades también después del crepúsculo. Algunos de ellos se destacan por su talla, ya que alcanzan una envergadura de casi dos pies (*Phyllostoma hastatum* Geoff.[24]), otros por su fealdad o su repugnante modo de vida (*Molossus*). Éstos escogen viejos troncos de árboles, grietas en las rocas o cavernas de donde se prenden, ovillados en forma de cadenas durante el día y se separan solo en el inicio de la noche. De estos bultos siempre gotea un repugnante líquido negruzco, segregado por las glándulas en el cuello de los machos, de modo que se forma una especie de laca en el suelo que despide un olor insoportable. Son sumamente impertinentes, ya que vuelan a las chozas y molestan a sus habitantes durante las noches. Ellos no pueden librarse de estos animales, ni con fuego ni humo u otros medios de protección, hasta que la hora de medianoche los llama a sus propios lugares de descanso.

No menos hostiles son los murciélagos de hocico achatado (*Phyllostoma*), que atacan tanto a hombres como animales. Con alas semiabiertas colocan

23 Hoy *L. lagotricha* Humboldt [B/B]
24 Probablemente *Phyllostomus hastatus* Pallas. [B/B]

su hocico en el punto escogido para chupar, raspan para sacar la piel hasta que sus dientes finos y afilados han cortado la cobertura exterior. Luego cierran las alas, se estiran y se adhieren por succión, con pequeñas arrugas que se ubican en dos filas en ángulo cerrado, del labio inferior por la punta del hocico. De este modo sacan la sangre de la arteria perforada. Al hacerlo se mueven deslizándose a lo largo, lo que se parece al serpenteo ondulante de las sanguijuelas. Muchos viajeros han mencionado que se abanican con sus alas, lo cual nunca he podido observar.

Los animales domésticos con pelo liso sufren más por estos murciélagos chupadores de sangre y muchos se mueren a causa de los ataques nocturnos y de las repetidas extracciones de sangre. El murciélago chupa solo unas pocas onzas de sangre, pero cuando se cae al suelo satisfecho y luego se aparta volando, la herida sigue sangrando por mucho tiempo y con frecuencia se encuentra a los animales, cubiertos por costras gruesas de color rojo negruzco a la mañana siguiente. Una de mis mulas fue víctima de varios murciélagos de hocico achatado, que saciaban su apetito de sangre todas las noches. Solo pude salvarla de la muerte por agotamiento, al untar su lomo con un preparado de alcohol alcanforado, jabón y petróleo. Los chupadores de sangre mostraban tal aversión contra el intenso olor repugnante, que ya no se acercaban a la mula. Estos murciélagos son la causa principal para no criar animales de carga o ganado vacuno en la selva. Existen discusiones acaloradas sobre el problema de si estos murciélagos también atacan a hombres o no. Muchos viajeros lo han negado, pero puedo afirmarlo con seguridad, ya que conozco un ejemplo positivo. Un murciélago (*Ph. erythromus* Tsch.[25]) se paró en la nariz de un indio ebrio, echado en el patio de una hacienda. Se llenó de sangre de tal manera que ya no pudo salir volando. La pequeña herida se convirtió en una inflamación violenta y un tumor, que desfiguró la cabeza del indio hasta no poder reconocerlo.

Muchos animales de rapiña, uno de ellos con una fuerza terrible y muy salvaje, causan muchos destrozos entre el resto de los animales. En las montañas de más altura vive el oso negro (*Ursus frugilegus* Tsch.[26]), que es casi tan salvaje como su pariente en las cordilleras. Suele dirigir sus ataques a las chacras de maíz de los indios, donde rompe los tallos verdes con las mazorcas jugosas y los lleva en manojos a su caverna. Con frecuencia los indios están prevenidos y lo persiguen para quitarle su carga, al pegarle con palos hasta que deja caer el maíz para perseguirlos. Después se dispersan; mientras que uno al que persigue más tenazmente corre con desvíos a las chozas, los otros recogen lo que el animal les ha dejado y lo ponen a salvo. Cuando el oso no consume alimentos vegetales, que consisten en preferencia de una

25 Hoy *Sturnira erythromos*. [B/B]
26 *Tremarctos ornatus*. [B/B]

pandanácea (*Phytelephas*), persigue corzos y jabalíes o mata a los bueyes que mueven los rodillos de los trapiches y hasta ataca a viajeros solitarios.

Los vivaces coatíes corren en grupos por el interior de los bosques, se reúnen alrededor de las raíces de árboles y cavan para encontrar larvas de insectos o trepan por arbustos o troncos de árboles, para buscar los nidos de aves y comerse los huevos o las crías. Con un aullido monótono que se parece en algo al de los perros en las noches claras de luna, la comadreja (*Galictis barbara* Wieg.[27]) con pecho amarillo, llamada «omeyro» por los indios, anuncia su llegada. Las aves tímidas y los animales pequeños, que mata solo para chuparles la sangre, se escapan al escucharlo. Todos temen a los terribles felinos, los enemigos astutos y sanguinarios de todos los habitantes de la selva. El yaguarundi, de color negro grisáceo sin manchas, no es mucho más grande que un gato silvestre de Europa. Persigue a todas las especies de aves, sobre todo a las palomas, las perdices y las penélopes. El valiente oscollo (*Felis celidogaster* Tem.[28]), con su piel marrón amarillento como fondo y manchas llenas de marrón oscuro en filas regulares; el uturuncu (*Felis pardalis* L.[29]), cuyo lomo marrón rojizo lleva anillos en cadena y líneas negras en cara y nuca; así como el gato tigrillo (*F. macroura* Pr. M.[30]); todos ellos aguardan atacar a los mamíferos más fáciles de capturar como venados, monos y otros. También se atreven a asaltar mamíferos más grandes y penetran en los patios de las haciendas, donde matan a los perros y las aves domésticas.

El león monócromo sin melena, el puma (*Puma concolor* (L.)[31]), ronda por los bosques más altos, donde posee un territorio de caza indiscutido. Es fuerte y valiente cuando se enfrenta a un enemigo que apenas puede defenderse. Por ello se especializa en caballos, mulas y burros y les saca pedazos grandes de carne de las costillas o de los muslos, pero nunca ataca a los bueyes. Teme al hombre y huye aún de los indios desarmados. Disparé a un puma grande con perdigones finos. Con grandes gritos y saltos enormes huyó al instante. Cuando está gravemente herido y acosado se defiende desesperadamente y puede matar al cazador. Alcanza un largo de cuatro pies y una altura de más de dos pies.

Mucho más terribles que los demás felinos es la onza[32], tanto por su fuerza como por su coraje furioso. Todas las montañas bajas le sirven de territorio,

27 Hoy *Eira barbara* (L.). [B/B]

28 Hoy *Profelis aurata celidogaster*, una especie africana: probablemente se trata de *Oreailurus jacobita* (Cornalia). [B/B]

29 Hoy *Leopardus pardalis*. [B/B]. El término «uturuncu» normalmente se refiere a jaguar, pero aquí es tigrillo [K].

30 Hoy *Leopardus wiedii* Schinz. [B/B]

31 Hoy *Felis concolor* L. [K]

32 Llamada por los indios chaqué «*chinca*», la variedad negra se denomina '*Yana chinca*'; los españoles la llaman tigre o jaguar (*Panthera onca* (L.)). [T]

pero le gusta escoger la cercanía de los pueblos y haciendas donde difunde temor y susto entre los habitantes, ya que rodea sus viviendas durante todas las noches y secuestra perros, puercos y, con cierta frecuencia, hombres. Visité a un conocido inglés que conocí radicado en las montañas del norte del Perú, en su vivienda en la sierra. En mi presencia una onza derribó la puerta y sacó a un niño de diez años, que dormía en una hamaca y se lo comió. En vez de temer al hombre, lo ataca y no teme entrar en los pueblos de la selva durante el día, si el hambre le obliga a hacerlo, con el fin de conseguir su alimento. Una vez conseguido su propósito, es muy difícil quitarle a su presa.

En la montaña de Vitoc fui testigo de una escena bastante cómica. Una noche un indio escuchó gritar a su puerco quejándose amargamente. Salió de su choza para averiguar lo que pasaba y vio a una onza que había agarrado al chancho por la cabeza, con el objetivo de escaparse con su presa. El cholo no quería perder su propiedad que le había costado muy caro, así que la agarró por las patas traseras para disputarla con el animal de rapiña. Esta lucha extraña duró por mucho tiempo. La onza, con sus ojos que ardían en la noche oscura, jalaba por la cabeza y el valiente indio lo hacía del lado opuesto, hasta que las mujeres llegaron corriendo con fuego y lograron ahuyentar al jaguar, que se retiró al bosque bramando terriblemente. Por lo general los indios temen mucho a estos animales y raras veces se atreven a pasar por los bosques sin compañía. Solo los cazadores de onzas caminan solos, armados con lanzas largas, atacan al jaguar y lo matan con la lanza. Éste los espera tranquilamente y deja que se acerquen hasta una distancia de pocos pasos. Si la estocada no alcanza inmediatamente la sede de su vida, el indio suele quedarse como víctima de su empresa audaz. Aún antes de poder pensar en su defensa, el herido animal de rapiña lo devora.

Por lo general los indios se juntan para cacerías comunales, acosan a las onzas, sobre todo obligándoles a trepar por un árbol y las matan con flechas largas o con la cerbatana. Solo en pocas regiones se suele colocar trampas, al cavar huecos profundos, clavar palos puntiagudos en sus centros y taparlos con ramas de árboles, sobre los cuales se coloca añagazas. Las onzas son demasiado astutas para dejarse atrapar de esta manera. Solo si el hambre les obliga se acercan a este cebo. En este estado suelen volverse rabiosas y no temen peligro alguno para conseguir el alimento anhelado. En algunas regiones se han multiplicado tanto y han hecho tanto daño a los nativos, que éstos se han visto obligados a emigrar y vivir en zonas menos peligrosas. Como ejemplo mencionaré la quebrada de Mayunmarca en las montañas de Huanta, cerca del camino a Anco. En este lugar existía antes el pequeño pueblo de Mayunmarca. Está abandonado desde hace más de cien años. Los indios que vivían en este lugar fueron víctimas del jaguar por muchos años, hasta que se redujo la población. Hasta ahora esta quebrada es tan temida, que nunca un indio entraría sin compañía.

También existe una variedad negra de onzas, que está considerada equivocadamente por varios como una especie propia. Tiene las mismas marcas que caracterizan al jaguar normal, solo el color básico es marrón negruzco oscuro, por lo que las manchas completamente negras no se distinguen bien. En el Bajo Ucayali y en el Marañón se encuentra esta variedad negra con cierta frecuencia. Supuestamente suelen ser más grandes, más fuertes y más atrevidas que la variedad clara. He visto algunas pieles negras, que efectivamente superaban el tamaño normal, pero no se dejan definir diferencias específicas. La superstición de los indios, que adjudica poderes extraordinarios a cada fenómeno que diverge de la norma, también ha atribuido características destacadas a la onza negra. En la religión de algunas tribus, la yana chinca desempeña un papel importante.

Dediquémonos a los habitantes pacíficos de estas regiones tenebrosas, después de este terror de la selva. En los troncos huecos de los árboles o debajo de sus raíces encorvadas como arco encontramos a los marsupiales (*Didelphis impavida* y *D. noctivaga* Tsch.[33]), que temen a la luz. Se mantienen en sus huecos oscuros, hasta que el sol se esconde en el horizonte. Después de ello salen de su escondite y buscan insectos y frutos. Son curiosos e impertinentes y llegan hasta las chozas mal protegidas, buscan en cada rincón, olfatean a los habitantes durmientes, pasan por sus caras y cuerpos y suelen atraparse en las trampas puestas, al tratar de comerse el pedazo de plátano o de piña puesto como cebo.

Las altas therebintináceas, con frutos que se parecen a nueces, están pobladas por ardillas rojas y negras, que con sus saltos alegres presentan al europeo vivamente el cuadro de los bosques en su país natal. Muchas especies de ratones, desde el pequeño ratón de árbol (*Drymomys parvulus* Tsch.) de apenas una pulgada de largo, hasta la grande y fea rata espinosa (*Echinomys leptosoma* Wag.), se distribuyen por todas las montañas y prefieren quedarse en la cercanía del hombre, donde permanecen pero siempre destruyéndole la cosecha recogida con tanto esfuerzo, hasta convertirse en una plaga en estas regiones alejadas.

Es llamativo que ciertos animales sean casi inseparables del hombre y se encuentren en todos los lugares donde está él o le sigan. Los ratones pertenecen a ellos; en la costa se encuentran otras especies que en la sierra y en la selva, pero siempre abandonan sus lugares de estadía para cambiarlos por las viviendas humanas. Si los ratones y ratas dañan los frutos cosechados, los agutíes destruyen los que aún crecen en las chacras. Solo pocas veces se encuentra a estos animales tímidos en los bosques, pero sí con bastante frecuencia en las lindes del bosque, cerca de las chacras de los indios. Antes de la puesta del sol, abandonan los arbustos y corren precavidos a las chacras

33 Hoy *Marmosa impavida* y *M. noctivaga*. [B/B]

de maíz, yuca y piña, cavan las raíces y comen de los frutos, pero se retiran a sus escondites cuando perciben el más ligero ruido.

En las partes interiores del bosque se escucha el llamado monótono del perezoso, consistente en un dilatado I y un corto A como suspiro, en las horas de medianoche. Como símbolo del mayor hastío de la vida, de la torpeza más desolada y la tranquilidad más estúpida, este cuadro de miseria se agarra de su rama casi deshojada, expuesto a todo enemigo sin protección o defensa alguna. El armadillo tiene mejor defensa en su armazón de cintura en forma de escamas. En la tarde cava huecos profundos en la tierra para encontrar larvas de insectos o se atreve a dejar el bosque y visita las chacras de yuca, donde excava las raíces sabrosas.

El oso hormiguero, con su denso pelaje y su cola larga, rompe las hormigueras con sus fuertes garras curvadas, mete su elástica y pegajosa lengua en forma de rodillo en la multitud hirviente y la retira densamente cubierta con los insectos agitados.

En el blando fondo del pantano o en los húmedos rincones umbrosos del bosque, descansa el lento tapir en el calor del día. Cuando comienza la frescura refrescante de la tarde, se va a los ríos pantanosos, donde se encuentra con sus congéneres, se revuelca en el lodo, se pasea por los bosques con ellos, arranca las ramas tiernas de los arbustos y se alimenta de las gramíneas altas de los pajonales densamente cubiertos de vegetación. A veces se observa a un grupo de ellos que sale de los bosques, buscando los campos de cultivo de los indios, donde dejan un surco profundo con sus huellas, pisotean todas las plantas y se las comen. Semejante visita es sumamente nociva para las chacras de coca, ya que los tapires prefieren las hojas sabrosas de estos pequeños árboles y suelen destruir en una noche un campo de coca que ha costado años de duro trabajo.

Manadas de sajinos atraviesan las montañas planas con gruñidos medio sofocados y se pelean entre ellos por los alimentos encontrados. Cuando un cazador los ataca, todos se le enfrentan y se salva solo si trepa a un árbol lo más pronto que pueda para escapar de su furia. Luego rodean el tronco, silbando y gruñendo y cavan en las raíces como si quisieran tumbar el árbol, con el fin de alcanzar a su enemigo pese a todo. Aislados viven los venados rojos en los arbustos más densos, para escapar de la mirada de la onza ávida. Al caer la noche salen corriendo de sus escondites y se atreven a pasar por las lindes del bosque, para llegar a los campos de maíz de las haciendas, donde permanecen hasta muy avanzada la noche.

Los mismos opuestos, aún con más variación, se encuentran en el innumerable ejército de las aves que pueblan la densa cobertura del bosque. En los árboles más altos o sobre rocas aisladas anidan las águilas, milanos y halcones. El más terrible de ellos, la harpía (*Morphnus harpiya* Cab.[34]) desta-

34 Hoy *Harpia harpija* (L.). [B/B]

ca por su audacia y su fuerza. Se lanza sobre los animales más grandes y no teme la lucha con ninguno de los habitantes del bosque. Con ligero aleteo las lechuzas (*Noctua*[35]; *Scops*[36]; *Strix*) y las chotacabras (*Caprimulgus, Hydropsalis, Chordiles*) vuelan sobre sus territorios para sorprender a sus presas en sus sueños. En la montaña alta, el negro pájaro buey (*Cephalopterus ornatus* Geoff.), el toropishu de los indios, llena el bosque con sus sordos gritos, que se parecen al bramado lejano de un toro. Al emitirlos, echa su cabeza hacia atrás y sus largas plumas amarillas que lo adornan, se mueven al mismo ritmo. En estas mismas regiones vive el tunqui[37]. La hembra es de color marrón rojizo, los nativos la llaman «tunqui mulato»; el macho recibe el nombre de tunqui colorado. En algunas montañas se conoce al *Cephalopterus ornatus* bajo la denominación de yana tunqui. Por lo tanto, los indios han interpretado correctamente el parentesco entre estas aves, que efectivamente pertenecen a una sola familia (Ampelidae). Tiene el tamaño de una gallina, todo su cuerpo tiene color rojo intenso, mientras que sus alas son negras. Sobre la cabeza tiene un hermoso ramo de plumas rojas, debajo del cual aparece el pico de color amarillo anaranjado ligeramente curvado. Suele vivir en grupos dentro de arbustos enmarañados o en los árboles chinchonas, cuyos frutos representan parte de su dieta. Sus repugnantes gritos agudos se parecen al gruñido de un puerco y forman un contraste llamativo con su plumaje brillante.

Innumerables papamoscas y alcaudones (Muscicapidae y Laniidae), con su canto variado y armónico, se balancean en árboles y arbustos y aguardan insectos que capturan con mucha habilidad. Los pinzones comedores de semillas gorjean en las coronas de los árboles más altos, fuera del alcance del rifle del cazador. Destacan como las aves adornadas (Ampelidae), por su plumaje de colores vivos casi brillantes, que no están resaltados por el reflejo de la luz, lo que realza su belleza. En la densa selva canta el organista[38] su hermosa canción encantadora, por regla como anuncio de la llegada de una tempestad. Tiene un modesto vestido marrón canela, con cabeza y nuca de color olivo negruzco. Los sonidos suaves, casi melancólicos, tocan las variaciones más diversas con una claridad peculiar y alcanzan el oído del caminante sorprendido, que absorbe estos tonos maravillosos como cautivado por un poder invisible y se olvida del peligro que le amenaza por la tempestad cercana.

---

35 Hoy *Athene.* [B/B]

36 Hoy *Otus.* [B/B]

37 *Rupicola peruviana* Ch. Dum. [T]. Hoy, *R. peruviana* (Latham). [B/B]

38 Los organistas del Perú, Brasil, Guayana y otros países, mencionados por muchos viajeros, pertenecen todos a la subfamilia de los Troglodytinae y a los dos géneros: *Troglodytes* Vieill. *y Cyphorhinus* Cab. El organista peruano, del que se trata aquí, es el *Troglodytes leucophrys* Tsch. (hoy *Henicorhina leucophrys* [B/B]); véase *Consp. Avium* n.° 118. En Guayana parece ser el *Cyphorhinus carinatus* Cab. (hoy, *Myrmornis arada* Hermann [B/B]). [T]

Los activos trepadores[39] y los carpinteros coloridos suben y bajan por los viejos troncos podridos y sacan a los insectos de debajo de la corteza; con sus picos puntiagudos o con sus golpes fuertes, los hace salir de sus escondites oscuros. El *Opetiorhynchus ruficaudus* Pr. Max.[40] construye su sólida vivienda en forma de horno de arcilla, como si fuera hecha para durar eternamente. Algunos estorninos[41] cuelgan sus nidos en forma de saco, de cuatro a cinco pies de largo, en ramas delgadas, donde el menor movimiento de aire los balancea suavemente. Los colibríes brillantes surgen como una deslumbrante ráfaga de colores que aparece súbitamente y desaparece o rodean las flores, de las que chupan la miel, casi como la rueda colorida de un fuego artificial. Todo lo que se pueda juntar en magnificencia de colores está en el pájaro de cola dorada (*Trochilus chrysurus* Cuv.[42]), que evita la selva calurosa y suele vivir más en el aire puro de las montañas, que forma un cinturón alrededor de la Ceja.

No menos brillante que estos pequeños chupadores de miel, pero más pesado y grande es el cucú de seda (*Trogon heliothrix* Tsch.[43]), que se sienta en la hojarasca más densa, en la que brilla su cuerpo de color rosado suave como una flor hermosa. Con gritos estridentes, los voraces chuquimbis[44] anuncian su cercanía al caminante y lo acompañan en muchas variantes hasta la selva densa. Ahí también encuentra el «Dios te dé»[45], un pariente de ellos. Cuando emite su llamado característico, echa su enorme pico hacia atrás y balancea su cuerpo oscuro. Los indios, a quienes les encanta atribuirle algo misterioso a toda la naturaleza que los rodea, afirman que el cazador que mata estas aves al emitir el nombre de Dios, tendrá que enfrentarse a un desastre. Largas bandadas de loros verdes llenan el aire con su gritería tumultuosa y se lanzan sobre los árboles, llenos de flores y de frutos maduros, a los que desnudan rápidamente de sus adornos. De interés particular es una especie de estas aves (*Psittacus mercenarius* Tsch.[46]), por sus movimientos regulares. Todas las mañanas pasan de las regiones más altas de la selva a las bajas en bandadas bien ordenadas, pasan el día ahí y regresan en la misma formación a sus lugares de descanso nocturno, antes de la puesta del sol. Año tras año, estos loros abandonan sus albergues nocturnos a diario y vuelven con la misma puntualidad, casi al minuto, en un ritmo diario sumamente regular. Debido a esta costumbre, los nativos los llaman «jornaleros».

39 *Xenops, Anabates, Dendrocolaptes* y muchas especies de *Capito* y *Picus*. [T]
40 Hoy *Furnarius rufus albogularis* (Spix). [B/B]
41 Varias especies de *Cassicus*, hoy *Cacicus* e *Icterus*. [T]
42 Hoy *Sapho sparganura* (Shaw). [B/B]
43 Hoy *Trogon personatus assimilis* Goulg. [B/B]
44 Especies de *Pteroglossus*. Los que se encuentran en las montañas más altas son el *Pteroglossus atrogularis* Sturm (hoy, subespecie de *Aulacorhynchus prasinus* [B/B]) , *P. coeruleo cinctus* Tsch. (*Aulacorhynchus coeruleicinctis* Orb.) y *P. derbianus* Gould (*A. derbianus* [B/B]). [T]
45 El nombre se refiere al grito de la mayoría de los comedores de pimienta. [T]
46 Hoy *Amazona mercenaria*. [B/B]

Con frecuencia se escucha voces que se parecen a humanas desde el fondo del bosque. El cazador sorprendido se cree en cercanía de sus compañeros o de indios enemigos. Atento escucha estos sonidos y solo después de un tiempo los reconoce como el grito melancólico de palomas de bosque (*C. infuscata* Licht.[47]), en caso de que esté familiarizado con las voces variadas de los habitantes del bosque. No menos inquietante es la risa burlona de palomas más pequeñas, que suena como eco en el tenebroso bosque. Cuando el día llega a su fin, se reúnen grandes grupos de hachahuallpas[48], que se parecen a faisanes, en un árbol bajo y llaman a sus compañeros más alejados con un nítido «¡ven acá, ven acá!». Pasan la noche en compañía y se separan al comenzar la mañana con chillidos fuertes. Los tímidos hoccos, los inteligentes pauxi y las pavas circunspectas, pertenecen todos a la familia de las gallinas de bosque y pueblan los bosques enmarañados de las alturas y los de los troncos altos en las zonas más bajas.

No solamente los árboles sirven de vivienda para el copioso pueblo de las aves. Sobre el suelo se observan otras especies que nunca vuelan hasta las ramas, sino que construyen sus nidos de las hojas caídas y de las raíces y confían más en la rapidez de sus patas que en la fuerza de sus alas. En estos lugares se encuentran las turcazas gordas; las palomas corredoras, de ricos colores opalescentes; así como las jaspeadas gallinas dentadas (*Odontophorus speciosus* Tsch.) y las gallinas de hierba[49] de cola corta, cuya carne blanca tiene un sabor exquisito. En los extensos pantanos y en las riberas lodosas de los ríos, zancajea el yaribu (*Mycteria americana* L.), parecido a una cigüeña. Tiene un negro cuello desnudo, con una franja de rojo intenso. También se ve a la cuchareta (*Platalea ajaja* L.[50]), de color rojo rosado, con su pico ensanchado en forma de disco; al glotón (*Tantalus loculator* L.), con su apetito insaciable de peces; becasinas (*Rhynchaea hilairea* Val.[51]); grullas coloridas y alcaravanes; rascones y reyes de codornices; hasta golondrinas de mar[52] se pierden a veces en esta región boscosa. En los ríos, viven los patos que se dejan llevar por las olas desde los Andes o pasan volando en grandes bandadas, desde los lagos continentales de Brasil.

Entre los anfibios de la selva peruana, solo la gran tortuga de río (*Hydrapis expansa* Fitz.[53]) es de algún uso, por sus huevos que esconde debajo de la tierra, en las riberas arenosas. Los indios producen aceite de ellas y también

47 Hoy *Columba plumbea* Vieillot y *C. melancholica* Tsch. [B/B]
48 Varias especies de *Penelope* (Cracidae). [T]
49 Siete especies de *Crypturus*, hoy *Crypturellus*. [T] y [B/B].
50 Hoy *Ajaia ajaja* (L.) [B/B]
51 Hoy *Nycticryphes semicollaris* (Vieillot). [B/B]
52 *Sterna erythorhynchos* Prinz Max. (hoy, *Thalasseus maximus* (Boddaert) [B/B]) y *S. magnirostris* Licht (hoy, *Phaetusa simplex* (Gmelin). [B/B]) [T].
53 Hoy *Podocnemis expansa* Schweigger. [B/B]

se nutren de su carne sabrosa. Los demás anfibios infunden terror y miedo o al menos, una aversión secreta. En la arena caliente de las riberas descansan los perezosos caimanes, que yacen en filas largas, lo que les confiere un aspecto de raíces nudosas de árboles viejos. Sus bocas están abiertas, las cierran solamente para engullir a las innumerables moscas que se posan en sus lenguas y gargantas. Gracias a su torpeza en tierra, los nativos no tienen que contarlos como los enemigos más peligrosos de la selva. En el agua, sin embargo, su velocidad y su audacia son terribles. El número de las lagartijas no es grande, tampoco alcanzan los tamaños de especies en otras regiones ecuatoriales. Solo sus movimientos lentos y su pasada inadvertida, así como sus formas extrañas pueden asustar al novato en la selva.

Peligros más serios presentan las serpientes. Solo al verlas el caminante retrocede con temor, ya que no le es posible decidir al primer momento si se trata de una especie venenosa o inofensiva. Numerosos accidentes, cuyos relatos aún agrandan la aversión innata a estos animales, lo inducen a buscar la oportunidad de un ataque sorpresivo para apoderarse de ella o a retirarse de su alcance deletéreo lo más rápido que pueda. Pero no siempre tiene la suerte de ver al enemigo. Inadvertidamente la mordedura lo alcanza, lo pone en un alto riesgo de perder su vida y, efectivamente, suele tener la consecuencia de una muerte casi instantánea. Si no es así, le preocupa sobremanera saber si la serpiente era venenosa o no. En los bosques las hojas caídas forman capas gruesas de material podrido, de modo que el pie del cazador se hunde a cada paso y mueve estas capas. Este ambiente es el hábitat preferido para las crías de estos anfibios dañinos, cuyas húmedas y calientes capas de hojas podridas favorecen altamente su crecimiento rápido. Cuando se espanta a éstas y muchas otras criaturas no menos peligrosas de su descanso, se vengan con su mordedura dañina por esta interrupción inesperada. El cazador que se mete en este terreno alevoso, puede considerarse sumamente feliz si se puede retirar ileso.

Pero estas serpientes no solamente viven en estos lugares, predestinados por la naturaleza para la estadía de estos bichos venenosos. Se les encuentra también entre las raíces de troncos grandes, en los arbustos enmarañados con lianas, en campos abiertos de hierba, en las chacras de maíz y de caña de azúcar de los indios y hasta en sus chozas. Es una suerte extraordinaria para los habitantes de estas regiones que las venenosas sean mucho menos frecuentes que las inofensivas. Solo pocas especies se conoce científicamente cuya mordedura tiene consecuencias altamente peligrosas. El ya referido minamaru o jergón (*Lachesis picta* Tsch.[54]) alcanza un largo de solo tres pies, tiene cabeza cordiforme y un abultado labio superior de aspecto malicioso y vive en los bosques altos; mientras que un pariente de género, el flamón

54 Hoy *Bothrops pictus*. [B/B]

(*Lachesis rhombeata* Prinz Max.[55]), de seis a siete pies de largo, toma su lugar en las regiones más bajas. Enrollado en un círculo, con la cabeza erguida, en la cual relampaguean ojos ardientes y malignos, acecha a su presa y la hiere con un salto tan rápido como una flecha, se encoge nuevamente y contempla con calma la agonía de su víctima. La engulle solo cuando yace sin vida. Estas serpientes peligrosas no solo hieren a los animales requeridos para su alimentación, sino que atacan a los que pasan pacíficamente. Indudablemente, estos anfibios tienen plena conciencia del efecto terrible de su arma, por lo que siempre buscan la lucha, aun cuando nadie se la ofrece.

Mucho más terrible que estas dos serpientes es la víbora marrón de unas diez pulgadas de largo, pero felizmente es mucho más escasa; también aparece en la costa. Es de color marrón, con dos filas de manchas circulares negras. Su mordedura tiene un efecto tan rápido que un hombre fuerte muere después de dos a tres minutos. Los nativos conocen este efecto horrible tan bien que ni siquiera buscan un remedio, sino que se preparan para morir inmediatamente después de recibir la herida. En las montañas de Pangoa esta víbora es más frecuente que en cualquier otra región. Por ello los cholos tiemblan cada año, cuando tienen que emprender su viaje para cosechar la coca, ya que anualmente hay víctimas por la mordedura de este animal. Solo raras veces se escucha el sonido de advertencia de los cascabeles en las montañas calurosas, los que no viven en las regiones más altas.

La naturaleza ha dado a los nativos un remedio contra las mordeduras peligrosas de las serpientes, en su afán de mantener en todos lados el equilibrio general. Los dos más frecuentes son, por un lado, las raíces del amarucachu (*Polianthes tuberosa* L.), cortadas en rodajas, que se colocan sobre las heridas. El otro es el jugo de una enredadera, el bejuco de huaco (*Mikania huaco* Kth.[56]), que ya ha adquirido fama mundial. Este último fue un hecho conocido por los negros de la provincia de Choco. Ellos notaron que un gavilán, llamado huaco, escogía serpientes venenosas como alimento principal. Cuando una de ellas lo mordía, volaba al bejuco y comía algunas de sus hojas. Por ello se les ocurrió hacer algunos experimentos. Tomaron el jugo exprimido de sus hojas cuando sufrieron de las heridas de las mismas serpientes y siempre resultó que la mordedura se hizo inofensiva gracias a él. Como consecuencia, el uso de esta planta se difundió rápidamente. En algunos lugares, aun se inyectó a personas este jugo como profiláctico. En este procedimiento se toman algunas cucharadas de este líquido exprimido, se deja caer varias gotas en incisiones hechas en las manos, los pies y el pecho y se frota fuertemente las heridas con frescas hojas de bejuco. Según testimonios de personas fidedignas, esta operación sirve para neutralizar el efecto de mordeduras de la serpiente más venenosa por un tiem-

55 Hoy *Lachesis muta* (L.). [B/B]
56 Hoy *Mikania guaco* Bonpland, Asteraceae. [B/B]

po prolongado. Fuera de estas dos plantas descritas se usan muchas otras con éxito más o menos positivo, que hasta se puede sostener que los habitantes de cada montaña tienen sus propios remedios. Pero también se aplican otros tipos de remedios que son tan repugnantes que no quisiera describirlos. Pero hasta éstos tienen su efecto, ya que provocan vómitos violentos y la aparición de sudor abundante. El tratamiento exterior de las heridas es muy variado, frecuentemente se las cauteriza. He visto que un indio preparó una masa de pólvora mojada, azufre pulverizado y tabaco finamente molido, la aplicó a la herida y le prendió fuego. Esta moxa extraordinariamente violenta, combinada con el uso oral de otro remedio muy repugnante, tuvo un éxito rotundo.

Culebras inofensivas[57] se serpentean sobre enredaderas en su vestido colorido o yacen descuidadamente sobre las marchitas hojas caídas de color marrón amarillento como cuerdas de corales (*Elapis affinis* Fitz.). Allí donde los ríos entran en el bosque oscuro formando brazos laterales muertos que se convierten en lagunas pequeñas, sobre las que las coronas muy enmarañadas de los árboles se juntan en una cúpula a través de la cual casi no penetra la luz del día, vive, rodeada de una oscuridad tenebrosa, la enorme serpiente gigante (*Eunectes murinus* (L.)). En su idioma rico en metáforas, los indios la llaman 'yacumama', la madre del agua. En este elemento yace estirada en calma perezosa y digiere lentamente a la presa ahorcada o se enrosca en un viejo tronco de árbol inclinado sobre el agua, bañando su cola en la laguna fresca. Con el cuello estirado observa, buscando a los animales del bosque que vienen para saciar su sed. Con su mirada fija de efecto encantador, describe un círculo mágico alrededor de ellos, del que ya no pueden escapar por no tener ya voluntad propia. Luego, se abalanza sobre su víctima temblorosa.

Durante el día, los anfibios batracios se esconden en una calma absoluta, pero después de la puesta del sol alzan sus voces de gran alcance y carentes de melodía. Por toda la noche llenan el aire con sus conciertos sumamente molestos. El violáceo *Cystignathus silvestris* Tsch.[58] se queja con su llamado monótono, ruidoso, como martilleo desde los arbustos o aún penetra en las chozas de los habitantes de la selva y les quita su sueño reparador. De las capas húmedas de hojas de plátanos, el gran sapo trapichero del tamaño de un zapato deja escuchar un gruñido cortante, que se parece al crujido de un trapiche, lo cual explica su nombre. Otras voces altas o bajas de estos animales poco amigables, se reúnen para realzar más lo tenebroso de una noche en la selva.

57 *Sphenocephalus melanogenys* Tsch. (hoy, *Oxyrhopus melanogenys* [B/B]); *Lygophis reginae* Wagl. (hoy, *Liophis reginae* (L.)[B/B]); *Lygophis taeniurus* Tsch. (hoy, *Liophis taeniurus; Lygophis elegans* Tsch. (hoy, *Alsophis elegans* [B/B]); y otras. [T]

58 Hoy *Eupsophus roseus* (Duméril & Bibron). [B/B]

En una abundancia exuberante se presentan los insectos más variados en estas regiones. Solo pocos de ellos alegran la vista por la magnificencia de sus colores, pero muchos captan la atención por sus peculiares modos de vida y muchos más requieren de una precaución casi temerosa, para protegerse de sus persecuciones molestosas y frecuentemente peligrosas.

Mariposas coloridas flotan silenciosas entre los árboles de brazos anchos, se balancean en las hojas temblorosas o se asolean sobre las capas calientes del suelo de material podrido que despide vapor. Entre ellas destaca el atlas de tamaño grande, cuyos hermosos colores azules brillan extrañamente en la oscura noche del bosque, que prefieren como hábitat favorito. Cicindelas con manchas brillantes corren sobre los montones de piedras secas o sobre las riberas arenosas, e innumerables luciérnagas alumbran las primeras horas de la noche con sus puntos fosforescentes en cabeza y cuerpo, que se parecen a estrellas que aparecen y desaparecen. Pero difícilmente se puede gozar de estas bellezas de una riqueza insondable que ofrece la naturaleza, ya que los insectos molestosos y sangrientos constantemente sacan al observador asombrado de sus contemplaciones más hermosas, para recordarle del lado oscuro de cada punto de luz en un contraste estridente. A lo largo de las riberas y en cada lugar donde existe suelo caluroso y pantanoso aparecen los enjambres de los pequeños mosquitos voraces, cuya mordedura causa una quemazón insoportable y frecuentemente provoca una inflamación violenta.

Más impertinentes y más comunes son las legiones de zancudos, que atacan al hombre y lo muerden sin misericordia. Su mordedura es dolorosa y acompañada de inflamaciones y tumores. Durante mi primera estadía en la montaña tuve que descansar por varios días sin moverme, con la cabeza y las extremidades altamente hinchadas a causa de las mordeduras de estos mosquitos insoportables. Pese a que estas heridas pequeñas no llevaron a la formación de tumores y que la piel ya se estaba acostumbrando, las mordeduras siempre se sentían sensiblemente. Estos pequeños insectos son capaces de provocar un estado que linda con la desesperación en el habitante selvático, ya que por todas partes se abalanzan en enjambres sobre él, por donde quisiera descansar solo por un instante. En ninguna estación del año, en ninguna hora del día o de la noche se está a salvo de ellos. Solo frotarse todo el cuerpo con sustancias o con el jugo ácido de algunas plantas le pueden proteger durante el día, una carpa herméticamente cerrada de tocuyo o de fibras de palmeras le sirve en la noche. La vestimenta ordinaria normalmente no es suficiente, ya que el aguijón de las especies más grandes penetra a través de ella, sobre todo del temido zancudo huirpasimi (mosquito de labio). La época de lluvia en el año y el crepúsculo del día cumplido producen nuevos enjambres inmensos de estos insectos torturadores. Casi parece que su existencia breve solo está destinada a la carga y la tortura de los habitantes selváticos de sangre caliente.

Las garrapatas (*Ixodes*), frecuentemente adornadas con diseños muy coloridos, destinadas por la naturaleza para chupar los jugos de las plantas, abandonan los árboles, arbustos y hierbas, para colgarse de los hombres y animales que pasan cerca de ellas. Se clavan con sus tenazas afiladas en su piel y, lentamente, penetran con toda su cabeza, a la que no sigue el repugnante cuerpo hinchado, liso y brillante. Nada es capaz de sacarla de su nuevo domicilio. Si se la arranca con fuerza, se queda la cabeza firmemente perforada en la piel, que suele producir tumores muy dolorosos. Los indios que regresan de sus chacras después de su trabajo diario, siempre traen a la choza estas garrapatas, a veces del tamaño de una avellana. No parecen tener preferencia por una clase animal en particular. Se las encuentra entre el pellejo de mamíferos muertos o debajo de las plumas de pájaros. Ni siquiera el hinchado sapo con sus arrugas ni la mucosa rana de piel lisa o la lagartija escamosa se libran de ellas.

Más peligrosas que estas garrapatas grandes son las antanas, invisibles para el ojo humano. Penetran debajo de la piel, donde se multiplican enormemente. Solo cuando han alcanzado la cantidad de miles de ellas, forman una mancha negruzca de color feo que se agranda rápidamente. Si no se logra matar a estos bichos poco después de su aparición, su número crece con una velocidad fabulosa y destruyen la piel y los órganos con los que se topan. En las montañas de Pangoa esta plaga está muy difundida y los indios que tienen que cosechar la coca en estas regiones, a menudo regresan con las caras carcomidas de la forma más repugnante a modo de tumores cancerosos. En Chavini y Andamarca viven muchos de estos infelices. El lavarse con aguardiente, que es muy efectivo contra los isancos rojos (que también penetran debajo de la piel con efectos menos nocivos), no sirve para destruir a las antanas. Se las elimina solo con alcohol vínico muy fuerte, al que se agrega sublimado corrosivo y se moja el lugar afecto con frecuencia.

¿Quién puede describir el número incalculable de las hormigas en estos bosques extensos? Cada árbol, cada arbusto, en plena fuerza de su vida o desintegrado en material podrido o polvo, alberga especies peculiares que, junto con sus parientes de género, a menudo viven exclusivamente en él y nunca en otro. Por donde se dirija la mirada del observador ve multitudes de ellas, pero pronto aprende a diferenciar a las que entran en contacto directo y frecuentemente, muy desagradable con él. No solo en las afueras tiene que cuidarse de ellas, también en su vivienda pulula su engendro. En este lugar, sus acompañantes constantes son las grandes *puca-çiçi*. En multitudes pululantes investigan todas sus pertenencias, pese a guardarlas cuidadosamente. Durante la noche se meten en su cama, como si buscaran el calor y llenan los pliegues de las mangas de camisas. No muerden, pero el constante cosquilleo causado por pasar sobre el cuerpo es sumamente desagradable. También son ofensivas por destruir las provisiones o las colecciones adquiridas

con mucho esfuerzo. Están apoyadas en estas actividades maliciosas por las más valientes y más pequeñas *yana-çiçi*. A menudo rompen los derechos de la hospitalidad por sus mordeduras dolorosas, cuyo efecto desaparece pronto.

Muchas especies más permanecen en las chozas y en sus alrededores, que no molestan directamente al hombre, pero destruyen sus chozas y sus sembríos. En los bosques densos habitan hormigas aún mucho más peligrosas, entre las cuales el sunchirón, de una pulgada de largo y de color negro intenso. Es bastante temido, ya que la picazón de su aguijón en el extremo posterior de su cuerpo es sumamente dolorosa y puede tener consecuencias graves. Mi valiente compañero de viaje, E. Klee, fue picado por uno de estos animales y sufrió un dolor que se intensificó casi hasta la locura. Pocas noches después, durante el sueño, me tocó el mismo destino, de modo que me desperté con un salto convulso. Confieso que nunca he sentido un dolor más insoportable durante toda mi vida. Lo que es el jergón entre las serpientes, lo es el sunchirón entre las hormigas. Confía en el efecto infalible de su arma, por lo que se muestra atrevido y ataca aun sin ofensa previa.

El fenómeno más peculiar entre estos insectos siempre activos son los ejércitos de la *ñaui-hauacan-çiçi*[59], la gran hormiga migratoria. En desfiles de millones y millones de individuos aparecen súbitamente los que marchan en filas organizadas, pero aparentemente desordenadas, en dirección recta sin dejarse desviar. En su centro caminan las más pequeñas, débiles, sin sexo, mientras que las fuertes y grandes flanquean el ejército, lo protegen y están al acecho de presas. Cuando esta multitud inacabable, llamada chacu por los nativos, topa con viviendas humanas, la ocupa inmediatamente y la limpia de toda clase de insectos, anfibios y otros huéspedes nocivos, para luego seguir su marcha en filas ordenadas. La fuerza reunida de estos pequeños animales valientes es grande, por lo que los cuentos sobre ellos no son ficticios; relatan que sorprenden no solo a serpientes, sino también a mamíferos grandes (como los agutíes, los armadillos y otros, sobre todo cuando duermen) y los matan en poco tiempo. En los secos claros de los bosques en la montaña más alta, se encuentran las grandes comejeneras cónicas de color marrón grisáceo, cuya construcción es tan dura que una bala de rifle disparada a distancia corta no la penetra. Aparecen aisladas o agrupadas a modo de colonias y recuerdan vivamente a las sencillas chozas cónicas de los habitantes de la puna.

Antes de abandonar el mundo animal de estos bosques, que pude esbozar solo con brevedad fragmentaria, quisiera mencionar otros dos insectos sumamente molestos. Se trata de la cucaracha y de la chilicabra, ambos de tamaños considerables. Existen en una cantidad tan increíble que solo por

59 De *ñaui*, ojo; *huacay*, llorar y *çiçi*, hormiga. Este nombre que le han dado los indios se refiere al dolor que produce lágrimas al atacado por numerosos picazones de estos animales. [T]

este hecho, pero aún más por su impertinencia ilimitada, desesperan tanto al indio como al europeo inmigrado. La cucaracha prefiere las regiones boscosas más bajas, tiene una longitud de una pulgada y media y una anchura de media pulgada, es de color marrón oxidado con un cuello amarillo sin manchas. Las chilicabras son más reducidas en tamaño, pero aún más terribles por su cantidad. Voraces, valientes, astutas, penetran todas las chozas, destruyen las provisiones, carcomen los vestidos, se meten a las camas de los durmientes, en el plato de los que comen y se burlan de toda medida de prevención, que trata de protegerse de ellas.

Felizmente tienen enemigos, que causan estragos considerables entre ellas. A éstos pertenece una hormiga de color rojo amarillento muy pequeña, que los indios llaman «*pucchu-çiçi*»[60]. En cantidades extraordinarias vive en las chozas del bosque y se convierte en la más útil de la gran familia de las hormigas grandes y nocivas. Otro enemigo es un pequeño pájaro gracioso (*Troglodytes audax* Tsch.[61]), el llamado «cucarachero», que se apodera de su presa solo con grandes esfuerzos. Primero les quita la cabeza, luego se come el cuerpo y después bota las alas incomestibles. Cuando termina con su trabajo, vuela al arbusto más cercano y comienza con su canto melódico, que imita bastante fiel las palabras «acabé la tarea»[62], término con el cual también se conoce a este pajarito. Podría llenar páginas largas con descripciones de otros insectos peligrosos o molestosos, entre los que se encuentran la escolopendra, del tamaño de un zapato o los grandes alacranes negros y rojos, las innumerables avispas venenosas y las casi insoportables chicharras, pero lo referido bastará para darse una idea del trajín siempre activo de la vida animal en la selva.

Me encantaría presentar también un panorama de la vegetación de la selva en su desarrollo progresivo y sus variaciones, desde las montañas altas de la pendiente oriental de los Andes, hasta la llanura baja y húmeda de las corrientes de mayor tamaño. Pero no me siento capaz de emprender tal tarea, ya que viajeros de gran intelecto y de conocimiento íntimo del mundo vegetal han cumplido con pluma magistral en descripciones vivas y magníficas[63]. En estas regiones me dediqué completamente al estudio de la zoología y solo pude darme una impresión general de la vegetación extraordinariamente exuberante, debido a mis conocimientos incompletos de la botánica, sin atreverme a detallar esta vegetación exuberante. En las montañas más altas, la patria de las chinchonas, las orquídeas gigantescas con sus flores

60 La hormiga agria, ya que siempre despide un olor agrio. [T]

61 Hoy una subespecie de *T. aedon*. [B/B]

62 En algunas regiones se llama «cásate soltera», ya que estas sílabas también describen bien su canto. [T]

63 A.von Humboldt, von Martius y, sobre todo, Pöppig, cuyo viaje por el Perú está descrito en un lenguaje sencillo y hermoso, dotado con una precisión excelente, de modo que ofrece un placer muy rico al lector. [T]

curiosas captan la fascinación, así como innumerables helechos en un desarrollo peculiar de forma y tamaño, las ortigas a modo de árboles, las maravillosas begonias y las demás enredaderas densamente enmarañadas. Más abajo, donde se esclarece el bosque, aunque todavía cuenta con arbustos y zarcillos, el ojo se deleita de las formas variadas de palmeras, que carecen por completo en las regiones más altas. También existen las therebintináceas, de un tamaño nunca visto en otras partes, las leguminosas con hojas densas, cuyo jugo ofrece el delicioso bálsamo, las lauríneas con sus frutos condimentadas o las pandáneas útiles. También se puede admirar las heliconias con sus hojas grandes, las solanáceas con sus flores gigantescas y miles de flores que captan la atención por sus colores maravillosos o por su olor sumamente agradable. Al subir aún más a la llanura, el bosque adquiere un aspecto tenebroso que puede causar temor. Las coronas densas de los árboles forman arcos sobre los troncos de miles de años de edad y tapan la luz del día con una cobertura casi impenetrable. Sobre el suelo cubierto por gruesas capas de materia podrida no crecen arbustos, ninguna planta tierna da flores coloridas, los árboles enormes se reúnen en filas rígidas como las lápidas en el cementerio. Solo las criaturas de las tinieblas, los hongos de crecimiento rápido, proliferan en la tierra húmeda y calurosa.

Con una sensación de nostalgia el naturalista se despide y emprende su caminata llena de esperanza, acompañado por un amigo fiel, con el fin de cumplir la tarea que se ha trazado, de vivir lejos de las viviendas humanas, para construir su choza en el interior de la selva con el fin de poder estudiar sin distracción la rica naturaleza, despidiéndose también de los indios, cuyos ranchos ya se encuentran como puestos de avanzada de la civilización. Dirige su mirada nuevamente hacia atrás, donde abandona sus colecciones reunidas con gran esfuerzo bajo el techo hospitalario, junto con la mayoría de sus pertenencias. Luego contempla el bosque oscuro, su futuro domicilio y apenas se figura lo que le espera en este lugar, cuáles serán los poderes hostiles que se le enfrentarán a su afán incansable. Los indios amigos no han dejado de describirle con detalle y en los colores más vivos todos los terrores del bosque solitario y tenebroso, en particular, las tribus de los indios bravos, que atraviesan la selva continuamente, persiguen a los habitantes cristianos y los aterrorizan. Se los considera los más terribles de todos los enemigos, por lo que le han aconsejado declinar en su proyecto osado. Pero su decisión está tomada. La atracción de estas regiones herméticas, en las que se le abrirá un mundo nunca antes visto, es demasiado grande, su pasión le empuja tanto que no presta oídos a las voces de advertencia. Con su acompañante camina vigoroso hacia delante y pronto ambos han desaparecido, detrás de un grupo de densos árboles.

Cargados con sus pocas pertenencias, en su mayoría implementos necesarios para guardar los tesoros naturales adquiridos, dejando atrás los obje-

tos más elementales para su propia comodidad, pero provistos con las herramientas indispensables y abundantes armas, penetran en el monte y cruzan el río límite entre los indios cristianos y los indios bravos. El camino es pesado, cada paso en el monte bajo está impedido por innumerables bejucos que pasan entre árboles y arbustos. Con gran esfuerzo se tienen que abrir espacio con cuchillos y hachas. Frecuentemente se tienen que arrastrar sobre manos y pies por debajo de la red densa y solo lentamente avanzan en su lucha continua con el exuberante mundo vegetal. Tienen que trepar pendientes empinadas, sirviéndose de las lianas como peldaños para sus pies, atraviesan pequeñas pampas con gramíneas cortantes o evitan palmas espinosas caídas. En otras ocasiones una corriente impetuosa obstaculiza el camino, flanqueada por empinados deslizamientos de tierra. Solo se la puede cruzar usando un tronco medio podrido como puente inseguro. Algunos lugares se escogen para levantar una choza, pero se deshecha el proyecto luego de inspeccionarlos detenidamente, hasta que se encuentra por fin un sitio adecuado, convirtiéndolo en su domicilio nuevo, después de una larga y penosa caminata. Se trata de una llanura oscura, pero en su cercanía se encuentra un manantial con agua clara, que determina la selección.

Después de haber refortalecido los miembros cansados por el descanso nocturno, el primer rayo solar de la mañana llama para iniciar la obra importante. Se comienza con el talado de árboles, para crear un espacio libre para la luz del día y del calor, que servirán para la vivienda futura. La mano, acostumbrada hasta ahora en guiar la pluma o el cuchillo anatómico, tiene que cortar árboles con el hacha sin filo durante días, lo que la hace sensible por el trabajo desconocido y deja caer la herramienta lastimada y sin fuerza, pese a la buena voluntad de seguir vigorosamente, pero la posibilidad física no siempre puede seguir a la voluntad seria. En esta situación el naturalista se siente feliz de tener a su compañero, acostumbrado a esta tarea dura por muchos años, que sigue trabajando con mucho empeño y avanza con el trabajo mucho más rápido de lo que podría hacerlo él mismo. Se prefiere escoger los árboles más grandes para la tala, ya que éstos suelen hacer arrancar a docenas de otros en su caída o les rompen las coronas, lo que siempre es de gran ventaja para el contorno de la vivienda. Se escoge cuatro árboles entre todos los caídos, se les quita todas las ramas con la excepción de dos, que se tallan en horqueta. Éstos sirven para las cuatro pilastras angulares de la choza, clavados un par de pies en la tierra a una distancia de ocho pies uno del otro. Para este fin sirve mejor el árbol de sangre de dragón, que tiene el tronco recto y una corteza blanca, no se pudre rápidamente y no atrae hormigas por su rojo jugo amargo. En las horquetas de los pilares se inserta fuertes vigas transversales. Sobre ellas se coloca el armazón del entramado de tejado. Éste consiste de dos tijeras triangulares que descansan, cada una de las cuales sobre dos pilastras angulares. Un delgado tronco las une arriba

y forma el remate de la casa, que apenas mide diez pies de altura. Cañas bravas transversales llenan el intersticio entre ambas tijeras. Se trata de una caña dura y llena, que se amarra a los palos principales con franjas delgadas de corteza de árbol. A modo de descanso de la pesada tala de árboles se realizan excursiones, sea al distante río, para cortar la cantidad requerida de caña usando un cuchillo fuerte, sea a exploraciones en el bosque, para sacar la corteza de árboles determinados y cortarla en franjas delgadas. Se busca también al omero y se lleva cargas pesadas de él hasta el lugar de la construcción. Las hojas de esta planta, que pertenece a la familia de las pandáneas (*Phytelephas macrocarpa* R. & Pav.), constituyen el mejor material para un techo impermeable. Tienen una longitud de un pie a un pie y medio y crecen en dos filas en el tallo de 15 a 20 pies de longitud. Para usarlas se dobla una fila de las hojas sobre la otra, de modo que se cubren y forman una especie de peine adherido al tallo. De esta forma se las amarra al entramado del techo, con la punta hacia abajo a modo de tejas. Para el amarre sirve el hachahuasca[64]. Si se las coloca muy juntas, se requieren muchas de estas hojas, pero el techo gana una solidez que resiste todas las tormentas y tempestades por años. Por suerte el omero suele crecer en grupos, lo que facilita el transporte, pero si se ha explotado una familia de ellos, hay que buscar por horas en el bosque antes de encontrar a otra. En el camino se puede cortar al paso también los más grandes, que crecen aislados. Se los ata sobre la espalda, hasta que la carga es lo suficientemente pesada para emprender el largo camino de regreso a la choza.

Las paredes laterales de la vivienda que diariamente se desarrollan más, se levantan usando troncos de árboles delgados y rectos. Con su extremo inferior se les clava en la tierra y se les amarra arriba con las vigas transversales. No se puede encontrar palos rectos con facilidad, por lo que también se usa los nudosos y curvos, pero se los coloca siempre de la manera que quede el menor intersticio libre. De este modo se originan huecos que permiten introducir la mitad del cuerpo, pero cañas transversales o ramas los tapan, aunque no se gana en belleza arquitectónica con este procedimiento sino un aspecto más bien extraño. Dos troncos largos en el centro de las paredes laterales apoyan el techo. El relleno de las paredes con musgo no es necesario. El clima caluroso no requiere tal medida de precaución. Además de ello, la circulación de aire ayuda a eliminar el olor a vegetación podrida, que se regenera constantemente debido a la gran humedad. La puerta es de caña, amarrada verticalmente sobre dos ramas colocadas en forma de cruz. Cuelga en el poste, en dos lazos de cuerdas fuertes de vegetación del bosque. En lugar del candado se usa una cadena de una valija. No se requieren ven-

64 De «*hacha*» ('bosque') y «*huasca*» ('cuerda'). Los indios usan esta denominación para todas las cortezas de árboles o enredaderas que les sirven para amarrar. [T]

tanas, ya que la luz penetra tanto por la entrada como por las paredes bastante translúcidas.

El arreglo interior es tan rústico como el exterior. Un techo de caña subdivide la choza en dos pisos. El superior está formado por el espacio interior del techo, en su centro no mide más de cuatro pies y termina hacia los costados en ángulo cerrado. Este espacio está destinado como dormitorio, ya que está menos expuesto a la humedad. Las camas consisten de dos ponchos, uno que sirve de colchón y el otro como frazada. Un hueco cuadrangular conecta ambos pisos, un tronco con incisiones a modo de peldaños sirve de escalera. El primer piso es un cuadrangular interior espacioso de seis pies de



altura, ocho pies de anchura y lo mismo de longitud. El piso es de tierra apisonada, limpio de toda raíz o planta. Una pequeña fosa, a lo largo del lado interior de las paredes de empalizada, drena el agua acumulada. Cuatro palos clavados en el centro de la choza soportan una plancha de cañas bravas amarradas, lo que sirve de mesa. A su lado están estructuras parecidas de la caña (*Gynerium*) de valor incalculable, éstas son las bancas. De dos palos, que atraviesan la vivienda, cuelgan la olla de reserva, los sacos herméticos, con las pocas pertenencias que luego tienen que ceder su lugar a los objetos naturales coleccionados y las provisiones, en caso de que estén disponibles por coincidencia. Un pequeño tronco delgado en el lado exterior de una de las paredes, lleva algunos ganchos de fierro, de los que cuelgan los animales muertos, con el fin de poder sacarles el pellejo con más facilidad,

éstos son la materia para futuros trabajos científicos. Entre las raíces altas de un árbol de la cercanía se instala la cocina. Dos incisiones sirven de soporte para un palo de madera dura, de la que cuelga la olla de cocina. Solo cuando el árbol ya no garantiza la protección suficiente contra la lluvia intensa, la cocina se traslada al lugar protegido por el techo, donde el humo es un acompañante muy cercano y molesto. Provisiones de madera seca también se guardan en este lugar.

Después de doce días de trabajo esforzado, la construcción finalmente queda terminada. La choza, construida con las propias manos, puede contemplarse con satisfacción. Es imperfecta y burda, pero sirve de suficiente abrigo contra el calor ardiente del día y las tormentas nocturnas. Con una sensación de gran satisfacción personal se la inaugura, ya que es un gozo enorme poder disponer de un lugar propio, por más pobre que sea, sobre todo después de haberlo logrado con mucho esfuerzo y sudor, más aún tratándose de errantes ya casi carentes de patria. Con coraje pueden comenzar ahora una vida nueva, que se repite en un orden regular día por día. La ocupación principal es la caza, cuya finalidad es doble. Por un lado debe cubrir la necesidad de subsistencia, ya que en estos lugares no se puede cultivar plantas para un individuo y los frutos silvestres del bosque son consumidos o convertidos en incomestibles por los monos, las zarigüeyas, los loros, las perdices o por los innumerables insectos, por lo que el hombre tiene que cederle esta presa a sus rivales voraces. Por otro lado aumenta el rendimiento científico, que es la finalidad de esta estadía solitaria en la selva.

Apenas el primer brillo del día naciente penetra por el bosque oscuro, se abandona el campamento duro y se toma un sorbo de agua en el claro manantial cercano y se prepara un desayuno frugal con los restos de la cena del día anterior, lo que tiene que satisfacer las necesidades del estómago hasta la puesta del sol. Después de haber limpiado los rifles dobles y haberlos cargado y asegurado la puerta de la choza con la cadena, para que sirva de un obstáculo, al menos preliminar, a visitas no deseadas, los dos compañeros se separan, cada uno por su lado esperando suerte en la caza y reunirse nuevamente en la tarde. En el inicio, cuando falta aún la familiaridad con los alrededores, solo se llevan a cabo exploraciones en la cercanía, pero, a medida que la repetición diaria permite tener un conocimiento más preciso del bosque y al mismo tiempo que los animales se retiran cada vez más, ahuyentados por la presencia de hombres enemigos, las excursiones de caza se extienden.

Con la distancia aumenta también la precaución, ya que en este bosque casi impenetrable no es fácil encontrar el lugar de la choza, aun con la ayuda de una brújula, sobre todo si la densa bóveda de hojas impide la vista del sol que sirve de guía. Hay que hacer miles de desvíos para evitar lugares imposibles de pasar o retorcerse para pasar por el matorral con gran esfuerzo, para seguir al animal herido. Algunas marcas cortadas en los árboles a

cierta distancia, constituyen el hilo más seguro para encontrar el regreso de este laberinto. Pero poco a poco aun estas medidas de ayuda se hacen superfluas. El ejercicio continuo cultiva los sentidos. Aun el cazador europeo, que inicialmente pensaba que todo el bosque se encontraba enteramente sin presas o solo se percató de ellas por las voces altas o movimientos, aprende a descubrir a los animales en su descanso y captar el ruido más leve y escudriñar el bosque con ojos y oídos afinados. El temblor de una hoja, el balanceo de una rama, el ruido casi imperceptible de la hoja seca merece ser investigado a fondo, ya que la causa de ello suele ser un animal bienvenido. Observa las ramas medio comidas con atención y persigue las huellas en el suelo húmedo o en las gruesas capas de las hojas podridas. Pero si se topa con frescas huellas humanas, siente una sensación inquietante, ya que éstas le señalan la cercanía del enemigo más terrible, los indios bravos. De inmediato se carga el rifle con otra bala, se alista los gatillos y se procede con cuidado. Pronto descubre el fogón aún humeante, donde la horda había acampado durante la noche. Se puede calcular fácilmente cuántos eran, ya que cada indio se entrelaza un aro de ramas de árboles que le sirve de asiento cerca del fuego. La prudencia aconseja escoger la dirección opuesta para seguir, con el fin de evitar un encuentro con estos enemigos superiores, siempre muy peligroso para una sola persona pese a la imponente arma de fuego.

Cuando se siente que el hambre no podrá satisfacerse todo el día con el desayuno frugal, se recogen algunos frutos del omero y se los consume sentado sobre un tronco caído, como almuerzo insípido y difícil de digerir. Estos frutos crecen poco por encima de la raíz, que contiene una gelatinosa masa gris en varios compartimentos, es bastante poco sabrosa. Cuando ésta se consolida, adquiere un color blanco y una consistencia muy dura. En este estado se la conoce en el comercio como marfil vegetal. Después de ocho a diez horas de rastreos se emprende el camino de regreso a la choza, a menudo con un botín rico, pero con frecuencia se trata solo de unos pocos pájaros del tamaño de gorriones. En este caso el regreso no resulta alegre, ya que si el compañero también ha tenido mala suerte, les espera un ayuno involuntario después de un día arduo, pero infructuoso. Hasta la alegría de encontrar algunas especies nuevas entre las aves cazadas se reduce, ya que la más cercana necesidad física se sobrepone al goce más alejado y espiritual. Al llegar a la choza se vacía el contenido de la bolsa de caza y se analiza también el del compañero que no tarda en llegar. Luego se inicia la segunda parte del trabajo de todos los días. Se mide los animales, se anota las observaciones, se los desuella y se arroja sus cuerpos en una olla, para cocinarlos sin condimento. Resulta una mezcla bastante variada para un solo plato. El loro, la zarigüeya, el comedor de pimienta, el coatí, el mono y el gran caracol terrestre, todos tienen que contribuir para que la comida principal sea lo más abundante posible. Después de haber preparado los pellejos de los animales

para que se sequen, de haber hincado los insectos y escrito las observaciones anatómicas y zoológicas y de haber visto que la carne está en su punto, se lleva la olla a la mesa de la choza, se sirve la comida en un plato grande de calabaza y se la saborea con un hambre propio de la selva. Aun los ciempiés y otros insectos que caen del techo de caña en la sopa, aturdidos por el plato humeante, no son capaces de disminuir las ganas de comer, ya que se les elimina cuidadosamente. A menudo también hay platos finos cuando se ha cazado las gordas palomas corredoras, perdices o tiernas gallinas de bosque, también el mono asado en el cargador del rifle es una delicia.

En los museos europeos, el naturalista ve en años posteriores con sensación rara los pellejos disecados de los animales, cuyos cuerpos magros le han servido de alimento más frugal durante su estadía en la selva, ahora exhibidos para satisfacer la curiosidad del público o para usos científicos. Después de la cena se llevan a cabo otras tareas necesarias, como lavar la olla, traer agua, cortar madera y trenzar cuerdas de la fibra de hojas del maguey, para volver a ajustar las paredes de la empalizada. Todos estos trabajos terminan con la noche y ahora llega el tiempo para recompensarse con algo más agradable. Se saca el rollo duro de tabaco negro de Bracamoros, se corta algunas tajadas y se las desmenuza, envolviéndolo en papel para convertirlo en cigarros. Uno cuenta al otro lo que le ha pasado durante el día, ambos recuerdan la Europa lejana, repiten los relatos ya escuchados por más de cien veces y arman planes para el futuro, todo durante una hora de descanso delante de la choza, en el aire fresco de la tarde. Antes de retirarse se investiga aún los árboles cercanos por medio de una linterna fuerte, para recoger los escarabajos que aparecen en la noche. Después de haber barreado la puerta desde el interior y preparado los rifles para estar preparado ante un eventual ataque de los indios bravos, se puede estirar, por fin, las piernas cansadas sobre la cama dura. Pero aún pasa mucho tiempo antes de encontrar el descanso anhelado, ya que los huéspedes desagradables de la choza compiten con los habitantes del bosque en ahuyentar el sueño. Los murciélagos chupadores de sangre vuelan en el espacio angosto y chocan continuamente contra el techo, zarigüeyas impertinentes pasan por encima de los cuerpos aflojados, ejércitos de hormigas llegan para compartir la cama y los zancudos insoportables hieren cara y manos con sus aguijones puntiagudos. Afuera suenan las voces lúgubres de los animales nocturnos en sus variaciones más amplias. El bramido de un sangriento animal de rapiña domina el aullido quejumbroso de la presa perseguida o alcanzada, el ladrido de una comadreja se alterna con los gritos lastimeros del perezoso indefenso, la voz estridente de la lechuza con el chillido de la gallina aburrí, el martilleo fuerte de la rana acompaña la voz ronca y de gran alcance del sapo inerte. A menudo también se escucha por la selva el sonido lúgubre e inquietante de las trompetas de caña de los indios, que se juntan para dormir. Pero la naturaleza exige sus

derechos; pese a estas molestias desagradables y a la quemazón casi insoportable de la piel dañada por arbustos y enredaderas, el sueño llega finalmente. Si bien las cañas dejaron profundos surcos en el cuerpo, la obra del día nuevo se emprende con tanta alegría como si se hubiera descansado en las camas más confortables.

La vida en el bosque es triste y lúgubre cuando los chubascos interminables imposibilitan las excursiones, ya que se presentan dos enemigos que son difíciles de vencer. Uno es la humedad; el otro, la preocupación por los alimentos. Apenas se puede escribir sus anotaciones en el diario por el papel mojado. Las herramientas y las armas se cubren de una densa corrosión, la pólvora en el rifle se convierte en una mazamorra, las colecciones adquiridas con mucho esfuerzo se enmohecen. El último resto de sal gema se convierte en un charco de agua, las sandalias sacadas en la noche anterior han adquirido una apariencia esponjosa y ya casi no sirven, la madera seca guardada cuidadosamente nuevamente se moja y solo quema con grandes esfuerzos, alrededor de la choza se forma lodo, que fosas profundas de drenaje no pueden desaparecer. En la vivienda aparecen charcos y la pequeña cámara debajo del techo queda como único lugar seco, por lo que sirve para el traslado de las colecciones y las pocas pertenencias. Todo el bosque se convierte en pantano, que dificulta la caminata sobre la tierra húmeda y humosa. Al rozar un arbusto se recibe una lluvia densa, el viento más débil sacude los árboles y derrama las masas de agua acumulada en ellos. Los animales se han retirado a sus cuevas seguras, las aves a sus nidos protegidos, por lo que solo raras veces se logra matar a una presa, ya que aun el tiro recién cargado suele fallar por la humedad del cañón. En consecuencia, la escasez de alimentos aumenta en ritmo diario y pronto se hace sentir. El insípido fruto del omero calma el hambre más feroz por un tiempo, pero después de varios días resulta repugnante e incomestible y causa desarreglos estomacales por su difícil digestión. La única fuente de consuelo es un riachuelo cercano poblado de peces pequeños. Se saca los anzuelos, se los ata a cuerdas largas amarrándolas a piedras, para dejarlos en el agua durante la noche con cebo de gusanos.

Las noches lluviosas y nubladas sirven más para la pesca, ya que los peces pertenecientes a los bagres no muerden de día ni en las noches claras de luna. Pero aún así la cosecha no es muy grande, con suerte se saca una docena de estos peces, del largo de un codo, durante toda la noche. El río, que sube su nivel paulatinamente, suele romper las cuerdas pese a todas las medidas de precaución, lo que significa una pérdida doble en estas tristes circunstancias.

En esta situación, los días se siguen en forma monótona y lenta. Cuando se haya terminado con las anotaciones de observaciones y acontecimientos, se limpian las armas y se las unta con grasa animal preparada para este fin, se controla las colecciones y se elimina el moho formado. Se remienda la

ropa o se la cambia por otra nueva, lo que vale sobre todo para las camisas que tienen grandes huecos en espalda y mangas, aún después de un día de uso en la selva. Se las confecciona de un pedazo de lona, originalmente destinado para otro fin y se las cose con agujas del instrumental anatómico e hilo preparado con sus propias manos. Las sandalias que se pudren tienen que reemplazarse por otras nuevas, hechas de las pieles de animales mayores. El resto del tiempo disponible está destinado al hilado de hilo, de cuerdas para anzuelos y de sogas. Lamentablemente, no se puede gozar del agrado de ocupar el espíritu con la lectura, ya que toda la biblioteca consiste de un par de opúsculos sistemáticos en dozavo, que causan más repugnancia que goce al zoólogo. El domingo se distingue de los demás días de la semana solo por estar destinado a la limpieza de las plantas, que han brotado en el interior de la choza durante la semana, con el fin de darle un aspecto más festivo. Se deja los trabajos no muy necesarios para mantener su existencia frugal y se permite una ración doble de tabaco. Resulta cómico de descubrir que se ha celebrado el miércoles como si fuera el domingo, debido a un cálculo equivocado en el diario, que no fue puesto al día constantemente.

Con gran alegría se saluda los primeros días hermosos y sin lluvia. Casi todos los animales abandonan sus refugios escondidos y estiran sus cuerpos tiesos en los calurosos rayos del sol. Los habitantes del bosque también salen de la choza después de mucho tiempo y buscan los bien conocidos lugares para calentar los cuerpos, pesados de la humedad. ¡Cuán diferente es el aspecto del bosque, relacionado al tiempo antes de la lluvia! Es más exuberante, pero también más lúgubre y difícil de transitar, en algunos lugares casi irreconocible. Grandes deslizamientos de tierra han arrancado troncos enormes por las pendientes. Muchas partes se han hundido por los árboles caídos y forman un enmarañado de ramas cubiertas de densas hojas que impiden el avance. Éste es un fenómeno que se ve a menudo en este suelo blando. El agua sale de manantiales donde antes solo se percibió un surco débil entre las hojas caídas. Los ríos se han desbordado y han inundado los alrededores, en cada depresión se observan pantanos y lodo. Pero después de pocos días el ardiente sol seca el suelo boscoso, los ríos regresan a sus cauces y el agua empozada se evapora.

Destrozos casi tan grandes como los causados por las lluvias prolongadas, se deben a las tormentas durante la época calurosa del año. Después de una calma de viento y un calor bochornoso y sofocante se oscurece el firmamento, relámpagos cruzan las nubes negras y las parten, el trueno retumbante estremece la selva temblorosa y se multiplica en centenares de ecos. El huracán bramante arranca árboles de mil años de edad, que caen al suelo con gran estruendo y pliegan en su caída a los troncos circundantes como si fueran cañas o los arrancan con sus raíces y los sepultan debajo de su enorme masa. La gritería angustiosa y lúgubre de los animales asustados acom-

paña esta música salvaje, y, con horror, el cazador que pasa por el bosque se ve involucrado en la furiosa lucha de los elementos. Lejos de su casa se agarra a un tronco carente de toda ayuda, con la conciencia de que éste puede ser partido por el rayo ardiente de un relámpago, en cualquier momento. Tampoco se siente seguro en su choza. ¡Cuán fácilmente el huracán puede tumbar la ligera construcción y dejarlo sin refugio en un solo instante, si los árboles más viejos no pueden resistir su poder!

Cuando después de una larga estadía en esta región boscosa, el rendimiento científico ya no corresponde a los peligros y esfuerzos diarios, se toma la decisión de regresar a la montaña de los indios cristianos, de la que se partió muchos meses atrás. Los tesoros adquiridos bajo grandes esfuerzos se embalan en sacos seguros, se lleva las herramientas más importantes y las armas, y se abandonan las pertenencias que se dejan reemplazar fácilmente. En agradecido reconocimiento por el refugio concedido se dice adiós a la choza, con la que se ha enternecido con el tiempo, casi con pena y sin quererlo. Ahora, en estado abandonado, solo habitada por animales nocturnos y carcomida por innumerables insectos, será aplastada al fin por los arbustos exuberantes. Antes de terminar el curso de un año, ya no se reconocerá el lugar donde se erigía. Con cargas pesadas se emprende el camino de regreso, y se cuenta la estadía en la selva como el período más hermoso de su vida. Hubo muchos esfuerzos y peligros pero la recompensa es adecuada, no solo por el rendimiento material, que será de algún uso para algunas ramas de la ciencia durante cierto tiempo, sino por las experiencias acumuladas y la adquirida conciencia de su propia fuerza, que solo se puede desarrollar plenamente cuando un hombre está solo, en la constante lucha contra obstáculos indescriptibles que supera por su esfuerzo propio.

Atónitos, los indios pacíficos de las montañas saludan a los ya tomados por muertos. Su reaparición les parece como un cuento de fantasía, que será contado de choza en choza.

Capítulo octavo

Palca. — Maraynioc. — La montaña de San Carlos de Vitoc. — Los pueblos. — La frontera. — Los habitantes. — El alcalde. — La hacienda de Pacchapata. — La coca. — Su cultivo. — Su efecto. — Su utilidad. — Blasio Tomán. — Los animales. — El carbúnculo. — Los chunchos. — Sus costumbres. — La historia de las misiones en el Cerro de la Sal. — Juan Santos Atahualpa. — Los monjes franciscanos. — El despoblamiento de Vitoc.

En el capítulo anterior he tratado a la selva peruana en su aspecto general. En el que sigue quisiera describir una de las montañas en particular, así como agregar unas notas históricas acerca de las misiones peruanas, su tiempo de auge en los siglos anteriores y su ocaso en el presente.

Indudablemente, la montaña de San Carlos de Vitoc es una de las más interesantes del Perú ya que, por un lado, se encuentra a poca distancia de pueblos con numerosos habitantes en la sierra. Por otro lado, linda con los territorios de caza de los indios bravos y fue antes la clave de acceso a las misiones de la Pampa de Sacramento, del Chanchamayo, Perené y del Alto Ucayali. Dista solo veinte horas de Tarma, el más cercano lugar importante. De este pueblo el camino pasa por el fértil valle de Acobamba, la hermosa hacienda del general Otero Ocallapa, llamada «La Florida», hasta Palca, a la margen derecha de un río que se crea por la confluencia de tres brazos: el río de Chancho, río de Acobamba y río de Tarma, por lo general llamado río de Palca. Después de haberse librado de los Andes su nombre cambia a río Chanchamayo y luego a Perené, donde se convierte en uno de los afluentes más importantes del río Capanegua o Alto Ucayali. Palca es un pequeño pueblo de indios a cuatro leguas de Tarma. Por lo general sus habitantes se ocupan de la tala para obtener madera de construcción, que crece a unas horas de camino detrás del pueblo, en las riberas del Chanchamayo. La venden a precios exorbitantes en Cerro de Pasco y Tarma. El suelo es muy fértil y da cosechas ricas de maíz, papas y ocas. Solo una pequeña parte está destinada para el consumo de los habitantes del valle, la mayor parte es exportada a las minas de Pasco. Existen muchos pueblos en el Perú que llevan el nombre de Palca (o mejor «*Pallco*»), ya que esta palabra del idioma quechua significa 'punto de reunión'. Por ello, los lugares donde chocan dos valles o

confluyen dos ríos se llaman «*Pallca*». El mismo término se usa para el punto en el que se une una rama menor con otra más principal o esta última con el tronco; señala también la unión de los dedos en una mano humana, en sentido figurativo se extiende a los dedos o las ramas. El punto de reunión de dos ríos y los pueblos que se levantan ahí, se llama también Tingo y el ángulo en que se juntan dos ríos, ambos arrasando quebradas y los valles mismos, recibe la denominación de Tingopalca.

En el extremo oriental de Palca se encuentran las ruinas de una fortaleza, que en tiempos anteriores debe haber sido muy importante. Los indios bravos llevaron a cabo ataques desde los bosques en reiteradas ocasiones y solo pudieron ser refrenados por este baluarte, que defendía la estrecha quebrada de este valle con cuatro cañones pequeños, pero con tal efectividad que evitó su avance hasta Tarma. Un sendero con un ascenso increíblemente inclinado sigue por una hora y media subiendo a la sierra, para luego tomar un curso más plano hasta el pie de la cumbre de los Andes, que en esta parte alcanza apenas 14 000 pies sobre el nivel del mar. Trepar por esta lomada bastante empinada de la cadena montañosa es dificultado por las muchas piedras sueltas en su pendiente occidental. La impresión causada por los Andes no es tan magnífica como la de las cordilleras, ya que les faltan los glaciares y las cumbres rocosas muy escarpadas. Las puntas más altas solo se elevan por un par de cientos de pies sobre la cresta. Tal como se observa en las cordilleras, la pendiente oriental es más suave y menos inclinada que la occidental, pero el camino está lleno de lodo y de huecos profundos, de modo que las mulas suelen hundirse profundamente, lo que lleva a accidentes. Dos horas después de haber pasado la cumbre de los Andes, se llega a la hacienda Maraynioc, que posee grandes rebaños de ganado que encuentran pasto hasta la cresta de la montaña. Al igual que en todas partes de la Ceja de Selva, el clima es extremadamente húmedo, por lo que exige del mayor cuidado para guardar las provisiones sin que se pudran.

Alrededor de la hacienda se cultiva la papa, que tiene fama en muchas partes de la sierra colindante, a causa de su buen sabor. Nunca la he visto crecer tan bien como en este lugar, donde todas las mañanas, durante todo el año, neblinas pesadas descansan sobre la tierra, donde llueve por varios días en la semana y la caída de nieve no es rara. Pese a esta humedad casi increíble, nunca tiene que temerse una cosecha mala. En cambio, no se puede cultivar el maíz o el trigo, porque las semillas comienzan a pudrirse poco después del brote. Entre los pocos indios empleados para el servicio en la hacienda, hay algunos apasionados cazadores de venados. En mi estadía destacó uno que llevaba el apellido del famoso poeta español Calderón. Poseía gran astucia en perseguir a los animales y reencontrar la bala disparada. Como no tenía mucho plomo no se desanimaba al revolver la tierra en búsqueda de la bala perdida, durante días. El mismo plomo, que cada vez martillaba para volver a darle una forma redonda, le servía para matar a nueve corzos.

Cerca de la hacienda pasa un riachuelo, que alcanza la montaña de Vitoc después de tres horas. Antes el camino pasaba cerca de su ribera, pero con el despoblamiento repetido de Vitoc volvió a ser intransitable y ya está cubierto por bosque denso desde hace buen número de años. Actualmente pasa por la cresta escarpada (cuchillo) de una lomada de cerro, con lo que tiene un largo que es cuatro veces mayor que el anterior y mucho más difícil. Partiendo de Maraynioc se sigue primero un valle cubierto de arbustos bajos, luego se sube por un brazo lateral de los Andes, que es casi tan alto como la cadena principal. Los indios llaman a esta lomada «*Manam rimacunan*» ('no hables'), ya que en este lugar sopla un viento violento acompañado por tormentas de nieve, de modo que efectivamente no es posible abrir la boca para hablar. Antes de llegar a la cumbre, se llega a una cueva formada por una roca sobresaliente, que presta un refugio muy deficiente. Pese a ello se la busca como lugar de descanso durante la noche, pero pertenece a lo peor que uno pueda encontrar. Por lo general el piso está convertido en un charco, tiene que cubrirse con una capa de ramas si no se quiere echar con las frazadas de silla directamente al agua.

El camino de Manam rimacunan que baja a la montaña se parece mucho al que ya se describió en el capítulo anterior. Por el lapso de siete horas conduce sobre piedras colocadas a modo de peldaños de escalera o por muy resbaladizos caminos formados por el agua, en ángulo muy inclinado hacia las profundidades, casi siempre rodeados por bosque impenetrable. El único lugar abierto es el campo de Chilpes de unos cien pies de largo. Es muy interesante observar cómo la vegetación se vuelve más majestuosa después de cada cuarto de hora; también el mundo animal muestra un cambio colorido. Mientras que solo crecen las magras hierbas de puna en la cumbre de la cadena montañosa, se llega después de pocas horas a la región de los árboles de quina y en la tarde a las enormes palmeras. Las primeras viviendas humanas desde la entrada a la montaña son una media docena de pequeñas chozas: el caserío Amaruyo, antes llamado Sibis, y poco después se llega a la aldea principal de Vitoc, a Pucara. Consiste de unas cincuenta chozas míseras y tiene una iglesia pequeña, en la que se da la misa dos veces al año para los habitantes de todo el valle. Una hora de camino por debajo de la aldea se encuentra la hacienda Pacchapata, que está convirtiéndose rápidamente en ruina.

Vitoc está enmarcado por dos ríos que confluyen en ángulo recto en el Tingo y separan el valle del terreno de los indios bravos. Uno de ellos es el Tullumayo o río de Marancocha, que nace en la montañas de Uchubamba y Monbamba y forma la frontera occidental. Fluye en una anchura considerable por el pie de la cadena montañosa Cuncachari, habitada por los indios bravos, y es el afluente mayor del Chanchamayo. El otro se llama Aynamayo, nace por encima de Maraynioc y forma el límite oriental y la línea de separación entre los indios bravos y cristianos. El valle es muy escarpado y cortado

por quebradas, pero destaca por una fertilidad extraordinaria y está menos expuesto a la plaga de los insectos que otras montañas aún mucho más altas. Pero su población es esporádica, ya que fuera de los dos pueblos mencionados, y la hacienda cuenta con algunas chacras aisladas. El número total de habitantes en esta montaña, dotada por la naturaleza de una enorme riqueza, alcanza apenas 200 almas. Los habitantes de los pueblos se dedican principalmente al cultivo de la piña, que exportan a Lima. Los indios de Palca y Tapo les traen papas, sal y carne y los intercambian por piñas. Con burros la llevan a la costa, donde raras veces llega con buen sabor. También los otros frutos de las montañas como el maíz, naranjas, plátanos, paltas, ají y otros los reciben por trueque, pero los venden solo en la sierra. Cada habitante del pueblo tiene su campo de cultivo que puede ampliar libremente, pero son demasiado perezosos para dedicarse a la agricultura con seriedad. Solo cuando el gobernador de Tarma les obliga a pagar su contribución anual, se esfuerzan un poco más, van a la sierra con los productos de sus chacras y los venden por dinero en efectivo.

Vitoc y algunos pueblos de la sierra cercana forman una sola diócesis, cuyo sacerdote vive en Tarma durante todo el año. Solo cada seis u ocho meses se traslada a Pucara para celebrar un par de misas, para matrimonios y el bautizo de niños, pero básicamente para cobrar honorarios por los sepelios que ocurrieron en su ausencia. Los precios suelen ser muy altos, ya que se le paga normalmente en frutas. Para los indios la llegada del cura es una fiesta de gran alegría, ya que es el día del santo del valle y del pueblo, que se festeja con bacanales desenfrenados. Pero la persona y la dignidad del párroco no recibe tanta atención como entre los indios, en general. No es raro ver que un cholo celoso se acerque al cura, armado de sable o de cuchillo de bosque, para obligarle a tomar la confesión a su mujer. En sus funciones eclesiásticas, el alcalde tiene que apoyar al cura, tiene la obligación de darle domicilio y alimentación, así como los indios requeridos para su regreso, con el fin de transportar las numerosas cargas de frutas de la montaña.

En Pucara existe la costumbre original de entregarle una jeringa al alcalde de turno con la mayor solemnidad, la que tiene que guardar en su domicilio para el uso de todos los habitantes del valle. Cada uno de ellos tiene el derecho de recogerla en este lugar. Cuando se la requiere en una choza lejana, el alcalde suele mandarla con un regidor, ya que la responsabilidad para un instrumento tan querido por todos los peruanos, desde el presidente hasta el negro más miserable, pesa mucho en él. Cuando se haya malogrado se la envía a Tarma, donde se la recompone a costo de la comunidad.

La hacienda de Pacchapata posee terrenos muy extensos pero rinde muy poco, ya que solo una docena de obreros se dedica a los trabajos en los campos de cultivo. El sistema ya referido en que los indios se reducen a esclavos por los préstamos de vestimenta, carne, aguardiente y otros productos, exis-

te en esta hacienda en alto grado. Cada uno, registrado en el libro de la hacienda con una deuda de entre diez y 12 táleres, queda endeudado hasta el fin de sus días. Si quiere librarse de su deuda por medio del trabajo duro y continuo, el hacendado manda quemar aguardiente al que normalmente no puede resistir. La carne que los obreros consumen consiste de la de oveja seca («chalona»). Por regla, se trata de animales de la sierra muertos por la edad avanzada o por enfermedades. Por una chalona magra, dura y repugnante tienen que pagar uno y medio a dos táleres, mientras que una oveja viva en la sierra cuesta apenas la mitad. Con los demás objetos que reciben del hacendado, pasa básicamente lo mismo. Las mercancías europeas, normalmente productos usados y casi inservibles, son compradas por el hacendado en la sierra por precios muy bajos. Los pobres indios, en cambio, tienen que pagarlos con meses de trabajo duro.

Fuera del maíz, la yuca y los frutos comunes también se cultiva azúcar, café y coca en Pacchapata. La caña de azúcar da extraordinariamente bien y es de buena calidad. El jugo se exprime en un trapiche mísero jalado por bueyes, luego se lo cuece para convertirlo en chancaca. Después se la quema para obtener aguardiente. El café es de una calidad excelente y pertenece a las variedades más conocidas, su grano es pequeño, ligeramente curvado y de un brillante color azul verduzco. En tiempos anteriores los virreyes enviaban el café de Vitoc a la corte de Madrid, considerándolo un regalo de alto valor. La coca también es de buena calidad y rinde tres cosechas al año, lo que solo se obtiene en pocas montañas, como la de Pangoa y la de Huanta. Quiero agregar algunas notas sobre esta planta sumamente curiosa.

La coca (*Erythroxylon coca* Lam.) es un arbusto de unos seis pies de altura. Tiene hojas verdes y brillantes y flores blancas, a las que siguen pequeñas bayas de color rojo escarlata. Se la cultiva de las semillas en almácigo y se coloca los plantones de uno y medio a dos pies de alto en cocales regulares, a una distancia de tres codos uno del otro. Por necesitar mucha humedad y para proteger la coca de los efectos nocivos del sol, se planta maíz entre las matas, con cuidado, en el primer y a veces también en el segundo año. Cuando ya no requieren de esta protección, la atención se dirige a la eliminación de la mala hierba («huriar»). Además, la tierra tiene que ser removida cada ocho a diez semanas. Dado este cuidado, un cocal en Vitoc da la primera cosecha en el tercer año. Cuando las hojas están maduras, cuando son quebradizas que se parten o rompen al plegarlas, se las saca de las ramas, lo que suele ser ocupación de las mujeres. Requiere algo de cuidado, ya que es preciso proteger las hojas tiernas y las ramas[1]. El arbusto, sin hojas, se reviste de verde nuevamente, lo que ocurre en Vitoc con tanta rapidez que las hojas ya

1 En algunas regiones, los indios recogen la coca con mucha delicadeza, al remover cada hoja con las uñas muy cuidadosamente. [T]

están maduras para la próxima cosecha (mita) después de tres y medio o cuatro meses, mientras que en otras montañas cada arbusto solo permite una cosecha al año. En Pangoa las hojas se cosechan tres veces en dos años, lo que se acerca al rendimiento de Vitoc. Después de ocho a diez años se reemplaza los arbustos por nuevos, ya que las hojas del arbusto viejo ya no son estimadas y aparecen también en menor cantidad. Se coloca las hojas sobre telas de lana gruesa en el patio de la hacienda con el fin de que se sequen, lo que sucede entre dos y seis días de acuerdo a las condiciones climáticas (en Pacchapata suelen ser dos días). Después de este proceso las hojas han adquirido un aspecto liso y un color verde mate. Este proceso de secado requiere mucho cuidado, ya que las hojas que se han mojado una sola vez se vuelven marrones y más frecuentemente negras y arrugadas, lo que en ambos casos resulta en un precio mucho más bajo que el que se paga por las hojas verdes. La coca seca se guarda apretada en sacos de lana, y se la envía en este estado. Estos sacos tienen colores y formas diferentes de acuerdo a las montañas. Los de Huánuco son grises y negros y tienen un peso de 75 a 80 libras con su contenido; los de Vitoc son grises y blancos y pesan 150 libras; los de Huanta y Anco son angostos, de color negro y marrón y solo llevan una arroba. En las montañas de Urubamba, Calca y Paucartambo las hojas están empacadas en cestos y enviadas en esta forma. El transporte también requiere precauciones. Cuando entra humedad en los sacos, las hojas se calientan, se enmohecen y pierden su valor. La coca de las montañas de Huánuco solo se consume en las provincias norteñas y se la exporta a la costa, donde su consumo entre los negros de hacienda comienza a ser excesivo. Más al sur de Tarma ya no se vende, los indios botan aun la mejor de ella, considerándola de mala calidad. En el mercado de Tarma se vende la coca de Huánuco y de Vitoc; en el de Jauja, la de Uchubamba y de Pangoa; en los mercados de Huancayo, Huancavelica, Ayacucho y más al sur solo se consigue la coca de Huanta, Anco y Urubamba. La coca de cada montaña difiere de la otra en su sabor, por lo que los indios acostumbrados a una consumen otra, solo obligados por la necesidad. En la opinión de los indios de Cerro de Pasco, donde se encuentran cholos de las más distantes regiones del Perú, la variedad de Huánuco es la de peor calidad.

Los indios mastican la coca. Cada uno de ellos tiene colgado una bolsa de cuero, llamada «huallqui» o «chuspa», en la que tiene provisiones de hojas, así como una calabaza finamente tallada, llamada «ishcupuru», con cal viva pulverizada. Por lo menos tres veces al día, pero por regla cuatro veces, los indios se toman un descanso de su trabajo para chacchar o acullicar. Para este fin sacan con cuidado las hojas por separado del huallqui, eliminan el nervado, meten la hoja separada en la boca y la cortan con los dientes, con lo que siguen hasta que se haya formado una bola (acullico) por debajo de sus molares. Luego, meten un delgado palo de madera mojado en

la cal viva y lo hincan en la bola de coca en la boca con el polvo adherido. Este procedimiento lo repiten varias veces hasta que tenga el condimento necesario. La saliva (que se produce en abundancia) que se mezcla con el jugo verde de las hojas no la suelen escupir, sino que prefieren tragarla. Cuando la bola ya no produce el jugo necesario, la botan y se preparan otra. He observado varias veces que un padre le pasó su acullico casi sin jugo a su hijo, que lo puso en su boca con avidez y lo mascó durante un tiempo prolongado. En Cerro de Pasco, pero más aún en el sur, los indios se sirven de la ceniza fuerte de la quinua (*Chenopodium quinoa* L., [*C. quinoa* Willd., Chenopodiaceae B/B]) en vez de la cal viva. La mojan, la amasan en tortillas rectangulares de unas dos pulgadas de largo y tres a cuatro líneas de alto, que conservan. Esta ceniza preparada se llama llucta o llipta. Para usarla se rompe un pedazo y se la masca con el acullico. En algunas montañas, los indios preparan la llucta de la ceniza de algunas raíces. La aplicación de la cal viva requiere precauciones para evitar que los labios o la encía entren en contacto directo con la cal viva, lo que produce una quemazón insoportable; sobre todo el europeo es muy sensible a ello cuando quiere imitar a los indios. En una cabalgata fatigosa por el altiplano, cuando el viento congelado y cortante casi me impidió la respiración, mi arriero me aconsejó chacchar y me dio su huallqui. Pero en mi torpeza me cautericé los labios de modo doloroso, lo que me bastó para no volver a intentarlo.

El sabor de la coca no es desagradable, es ligeramente amargo, algo aromático, parecido a las variedades malas del té verde chino. Mezclada con ceniza se vuelve un poco picante y resulta más agradable para el paladar europeo. El olor de las hojas, recientemente secadas y guardadas en grandes cantidades, casi desmaya, pero cuando se las guarda en sacos éste se pierde casi por completo. Todos los que mascan coca tienen una transpiración altamente desagradable, un aliento maloliente, labios y encías pálidos, dientes verdes y desgastados, así como un repugnante borde negro en sus comisuras. A los que mascan la coca apasionadamente, los llamados coqueros, se los reconoce a primera vista por su caminata insegura, tambaleante, la piel floja de coloración amarillenta gris, los ojos hundidos sin brillo, rodeados por profundos círculos de color violáceo marrón, los labios temblorosos y un incoherente modo de hablar, así como por su general comportamiento apático. Su carácter es desconfiado, indeterminado, falso y alevoso. Se convierten en ancianos poco después de haber adquirido su plena fuerza viril. Cuando alcanzan la edad de ancianos, la demencia es la consecuencia ineludible de su pasión desenfrenada. Rehuyen a la sociedad humana y prefieren esconderse en el bosque oscuro o en las solitarias ruinas de las viviendas de sus ancestros, donde se entregan al consumo apasionado de estas hojas durante días enteros. En este ambiente su fantasía exaltada les da las visiones más maravillosas, a veces en forma de seres de una belleza indescriptible y suma-

mente agradables, pero también en imágenes horrorosas, sobre todo si se retiran a las ruinas de aldeas destruidas o a los sepulcros de sus ancestros. En estos lugares, en la seguridad de haber evitado cada disturbio insoportable, los coqueros se agachan en una esquina con la mirada fija sobre el piso y solo el movimiento automático de la mano que lleva la coca a la boca y el de los dientes que la mascan, indican que les queda un rasgo de conciencia.

A veces se libra un lúgubre gemido de las profundidades de su pecho, probablemente cuando la imaginación enfermiza y exaltada les produce escenas de horror, pero no son tampoco capaces de librarse de ellas como de separarse de sus sueños hermosos.

Nunca he podido averiguar precisamente cuáles son las condiciones para que el coquero vuelva a su estado normal. Parece que no se trata tanto de la necesidad natural del dormir o de alimentarse como más bien la escasez de coca, la que termina esta ebriedad de varios días. Solo cuando el huallqui está vacío, el coquero regresa a su choza. Durante los tres días en los que se ha aislado, ha consumido cerca de tres cuartos de libra en hojas y alrededor de una onza de cal o de ceniza, ya que suele usar de este medio de intensificación más del doble de la ración normal.

Todos los indios de la sierra sin excepción mascan la coca y necesitan dos a tres porciones por día, lo que se duplica en ocasiones festivas. Están tan acostumbrados a este consumo que prefieren dejar la comida en vez de la coca. En la minería y en las faenas agrícolas, el hacendado tiene que conceder a sus obreros tiempo de chacchar, por lo menos tres veces al día. Este descanso suele durar media hora, pero de ninguna manera menos de un cuarto de hora. Después de haber mascado inhalan, por lo general, algunas bocanadas de humo de un cigarro de papel porque, en su opinión, se culmina el goce convenientemente. Para que se pueda dar una idea de la dificultad de dejar la coca, después de haberla consumido con regularidad, se menciona a altos funcionarios del gobierno en Lima, que se retiran a sus cuartos más íntimos varias veces al día, con el fin de mascar las hojas aromáticas. No se atreven a hacer esto en público, ya que el hábito de chacchar es despreciado por todos los peruanos cultos, como una costumbre propia de los indios más comunes. No resulta raro que los blancos se entreguen a este vicio de mascar la coca, lo que sucede de una manera terrible. Conozco a dos europeos: un vizcaíno y un italiano, que se han convertido en coqueros verdaderos. En Cerro de Pasco se han formado grupos sociales que se juntaban en determinadas noches para chacchar, en estas reuniones participaban con preferencia ingleses. En vez de la cal o de la ceniza se servía azúcar para acompañar el consumo de las hojas. Por testimonio de un miembro de tal club, ésta adquiere un sabor muy agradable después de una repetición de varios días, aunque provoca luego la necesidad de recurrir a ingredientes más picantes en vez del azúcar.

El efecto de la coca se parece al de un narcótico. Aplicada en una dosis reducida, se la compara con el de la datura, mucho menos que el del opio. Ya hemos visto el efecto terrible que tiene la infusión de la datura; si comparamos el de la coca en coqueros empedernidos, encontramos síntomas parecidos aunque en menor grado. Quisiera dirigir la atención a un hecho que no ha sido considerado hasta ahora. Después de chacchar durante un tiempo prolongado, los indios y sobre todo los coqueros, huyen de la luz cuando regresan de su solitaria sesión inquietante y se les nota un agrandamiento de la pupila. Este mismo fenómeno es causado al aplicar al ojo un extracto de hojas de coca muy hervidas. La coca se distingue del opio en que no provoca una alienación absoluta de los sentidos o del sueño, aún después de haber ingerido dosis muy altas. Por otro lado coincide en que impulsa la actividad del cerebro, pero elimina las actividades de los sentidos de impulsos después, por años, a causa de un consumo exagerado.

Hasta los observadores más tempranos han registrado que los indios requieren muy pocos alimentos cuando ingieren la coca con regularidad; con dosis duplicada casi no la necesitan en absoluto. Pese a ello se encargan de los trabajos más pesados con bastante facilidad. Por ello atribuían fuerzas extraordinarias a la coca y aún creían que podría reemplazar el alimento por completo. Por más que se haya exagerado el efecto de estas hojas, es preciso enfatizar que otros viajeros más recientes la han desprestigiado demasiado, al opinar que la coca es solo un estimulante momentáneo, después de cuyo efecto las necesidades corporales exigen sus derechos con fuerza redoblada y declararon la coca como absolutamente dañina. No comparto esta opinión y creo que un consumo mesurado no solo carece de aspectos negativos, sino que es benéfico para la salud. Quisiera llamar la atención a los casos de una edad extraordinariamente avanzada, lo que trataré más adelante, de indios que han mascado las hojas tres veces por día, han consumido en su vida la enorme cantidad de 2 700 libras y se encuentran en un estado de salud muy bueno[2]. El alimento común del indio consiste casi enteramente de sustancias vegetales, sobre todo en forma de maíz tostado y cebada tostado y luego molida en una especie de harina (machica), que se engulle seca sin otros ingredientes. Las obstrucciones violentas que causan estos platos, se arreglan con el efecto digestivo de la coca, con lo que se evita muchas enfermedades graves. Tampoco se puede negar que la coca tenga un alto valor nutritivo. Las fatigas increíbles de la infantería peruana bajo las condiciones de una alimentación más frugal, el pesado trabajo diario del minero indio, que continúa bajo las mismas circunstancias durante muchos

2 No hablo de los casos no muy escasos de personas de una edad de 130 años. Si pensamos que estos indios han iniciado su consumo de coca a los diez años de edad y aceptamos un mínimo diario de dos porciones, llegamos a la importante cantidad de 27 quintales en 120 años. [T]

años y sin alimento corporal, no pueden atribuirse a un estímulo efímero, sino son la consecuencia del principio nutritivo de estas hojas. Quiero presentar un ejemplo de la gran resistencia de los indios sin otro alimento que la coca. Un cholo de Huari, llamado Hatun Huaman «el gran buitre», hizo para mí excavaciones muy trabajosas durante cinco días y la misma cantidad de noches, sin ingerir alimentos durante este tiempo y con solo dos horas de descanso por noche. Pero cada dos horas y media a tres horas mascó media onza de hojas y se quedó con el acullico en la boca durante todo el tiempo. Estuve todo el tiempo con él, por lo que pude observarlo detenidamente. Después del trabajo cumplido me acompañó por una cabalgata de dos días y 23 leguas por el altiplano, durante la cual corrió a pie al lado de mi mula sin fatiga y solo descansó cuando sentía la necesidad de chacchar. Cuando me abandonó me aseguró que volvería a cumplir los mismos trabajos de inmediato y sin comer, solo si le daba suficiente coca. El hombre tenía la edad de 62 años como me lo aseguró el cura del pueblo, y supuestamente no había tenido enfermedades en toda su vida.

Los indios sostienen que la coca es el mejor remedio para dificultades de respiración al trepar rápidamente por la cordillera y la puna. Estoy completamente convencido de este efecto, ya que lo he probado personalmente. Cuando cazaba en la puna, a una altura de 14 000 pies sobre el nivel del mar, siempre tomaba un té fuerte de hojas de coca y podía trepar entre las rocas por días y perseguir a la presa herida sin sentir mayores dificultades en mi respiración, como si hubiera corrido rápidamente en la costa. En general nunca he sentido síntomas de irritación cerebral, malestar o exaltación, aun después de ingerir una infusión muy cargada de estas hojas, a diferencia de las observaciones de otros viajeros. La razón puede deberse al hecho que hacía uso de este té solo en la puna fría, donde el sistema nervioso es menos irritable que en el clima exuberante y debilitador de la selva. Siempre me sentía satisfecho después de ingerir la infusión de coca y aun sin desayuno, la necesidad de alimentación se presentaba siempre más tarde de lo habitual.

La coca tiene algo de misterio para los indios peruanos. Desempeñaba un papel muy importante en la religión de los incas. Se la usaba en todas las ceremonias, tanto religiosas como bélicas, para el incienso en los grandes sacrificios, como parte de las fiestas principales como el Inti Raymi, Uma Raymi y otras; así mismo servía de ofrenda. Durante las exequias, los sacerdotes mascaban la coca; no se podía conseguir el favor de las divinidades si no se les ofrecía las hojas o si uno de los solicitantes se les acercaba con un acullico en la boca. Ningún trabajo tenía buenos augurios si se iniciaba sin las hojas de coca y hasta el arbusto mismo gozaba de veneración divina. El cristianismo no ha logrado erradicar la superstición profundamente arraigada después de trescientos años, en todos lados se encuentran rasgos de la

fe en el efecto secreto de esta planta. Los obreros de las minas de Cerro de Pasco echan coca mascada a las duras venas metalíferas aún en la actualidad y sostienen que se dejan trabajar más fácilmente por este acto. Esta costumbre se deja explicar fácilmente, aunque los indios modernos ya no la saben explicar. Se sabe que en el tiempo de los incas reinaba la convicción de que las llamadas coyas, las divinidades de los metales, causaban que los cerros quedaran impenetrables si no se les aplacaba con coca. Aún en la actualidad los indios colocan hojas de coca en la boca del difunto, para facilitarle la aceptación favorable en la transición a su vida futura. El indio peruano que se encuentra con una momia en su camino, le ofrece algunas hojas de ofrenda en veneración tímida.

En el primer período después de la conquista del Perú, cuando los españoles consideraban al indio, tanto como hombre como por sus costumbres, con el máximo desdén, el uso de la coca fue objeto de rechazo para todos los blancos, ya que solo miraban el lado desagradable y repugnante. No podían apreciar su beneficio y sostenían que residía un efecto demoníaco en la coca, debido a la veneración de sus hojas por los nativos. Los administradores y los eclesiásticos trataban de erradicar esta costumbre de todas formas, lo que debe considerarse también como una causa, totalmente ignorada, del odio de los indios contra los blancos. En el segundo Concilio de Lima (1567), se define a la coca en el canon 120 como «un objeto sin beneficio, creado para los abusos y la superstición de los indios». Un decreto real del 18 de octubre de 1569 llama «una ilusión del demonio», a la creencia de los indígenas de que la coca les daba fuerzas. Los dueños de las minas fueron los primeros en reconocer la importancia del chacchar en los trabajos agotadores de los indios, lo que les convertía a ellos, y luego también a los hacendados, en defensores acérrimos de la coca, de modo que su consumo aumentaba en vez de disminuirse, pese a todas las órdenes reales o eclesiásticas. Uno de los defensores más ardientes de esta planta fue el jesuita don Antonio Julián en su *Perla de América*. Lamenta que no se la haya exportado a Europa, ya que sus excelentes cualidades superarían largamente las del té y café. Dice que «es muy lamentable que las familias pobres no posean este remedio contra el hambre y la sed[3], que tantos jornaleros y artesanos tengan que prescindir de este medio de fortalecimiento en sus trabajos continuos, que tantos hombres viejos y jóvenes que se dedican al trabajo difícil del estudio y de la literatura, no tengan esta hierba para gozarla contra la debilidad de la cabeza y del

3 El venerable abad Julián se olvida que la coca costaría muy cara en Europa, ya que en Tarma y Huánuco la arroba (25 libras) cuesta un promedio de seis táleres españoles (por lo tanto más de 31 francos franceses). Si se agrega los costos de transporte a Lima y los de la carga a Europa, los impuestos de aduana y otros gastos, el precio subiría casi al doble, por lo que la gente pobre preferiría comprarse pan y papas en vez de la coca. [T]

estómago, que es una acompañante inseparable del estudio sostenido», etc. El doctor don Pedro Nolasco Crespo, al igual que el abad Julián convencido de la importancia de la coca, llama la atención sobre esta planta en un tratado aún inédito de 1793. Sugiere que sería de gran utilidad para la marina europea, sobre todo durante los largos viajes de descubrimiento y desea que se efectuara experimentos respectivos[4]. El deseo del doctor Crespo se basa en un conocimiento profundo de la coca, pero nunca se hará realidad. No se puede negar que el uso de la coca precisamente en las condiciones propuestas sería de gran utilidad. Los trabajos arduos de los marineros, en tiempo malo y en las regiones frías y tempestuosas, podrían aliviarse con el mascar de la coca, pero al mismo momento no sería oportuno al lado de la alimentación con carne salada. El consumo del aguardiente, considerado como fortalecimiento, es mucho más nocivo. El repugnante pero muy usual mascar de tabaco entre los marineros, que no produce ningún efecto benéfico, podría ser reemplazado por el de la coca. Si ésta fuera repartida en raciones por el capitán, como lo hace con las bebidas alcohólicas, no tendrían porqué temerse las consecuencias nocivas debido al consumo excesivo, como entre los coqueros. Los esfuerzos de los marineros podrían mejorarse con la coca en los momentos peligrosos; las vigilias nocturnas que se prolongan penosamente para toda la tripulación en tiempos de tormentas podrían soportarse mejor y el agotamiento sería menor que después de la ración doble o triple de ron o de coñac que suele repartirse en estas ocasiones. ¡Qué consuelo extraordinario sería una provisión de coca a bordo de un barco en tiempos de escasez de alimentos! Durante semanas la tripulación podría contentarse con raciones muy reducidas de alimentos si se les proporcionara una doble ración de coca, sin tener que sufrir la tortura de una hambruna. Aunque a la mayoría le parecería una propuesta absurda introducir la coca en la marina europea, no se la debería juzgar prematuramente. Un experimento prueba más que todas las discusiones. Quizá se pueda proponer lo mismo a una expedición polar, ya que las consecuencias negativas de la coca no tienen que temerse en estas regiones frías, solo resaltaría su utilidad. En las manos de un capitán circunspecto nunca podría ser nociva.

Mi opinión acerca de la coca se basa en observaciones de sus efectos durante varios años, por lo que sostengo que su uso mesurado no tiene consecuencias negativas para la salud. Sin ella, el indio no sería capaz de realizar sus duros y continuos trabajos físicos con una salud estable, debido a su

4 Esta noticia como algunas otras se ha sacado de un tratado excelente del doctor don Hipólito Unánue, considerando el tiempo en que fue escrito. Lleva el título: *Disertación sobre el aspecto, cultivo, comercio y virtudes de la famosa planta del Perú, nombrada Coca. Lima 1794*, dedicado al virrey don Luis Fermín de Carvajal y Vargas, Marqués de la Unión. Importantes notas estadísticas se encuentran en Pöppig, *Reise II*, pág. 248 y siguientes. [T]

alimentación frugal y difícil de digerir. Pienso que esta planta es un gran beneficio para este país y uno de los medios más esenciales para preservar la nacionalidad de los indios y prevenir su triste destino, el ocaso completo y final de esta gran tribu a causa de las enfermedades y de los trabajos excesivos. El mascar coca, tanto como el beber vino, no es un vicio. Solo su consumo excesivo lo convierte en tal, al igual que el vino. El ebrio que pierde el sentido es tan desdeñable como el coquero de exaltación inquietante y de un entusiasmo anormal. El consumo excesivo del vino conlleva consecuencias tan nocivas como el de la coca. Uno lleva al alcoholismo demencial, el otro a un embrutecimiento total de las actividades sensoriales, así como a problemas gástricos.

Volvamos a la montaña de Vitoc. El cultivo de la coca en este valle fue muy importante en años anteriores, ya que se enviaban anualmente más de 4000 arrobas al mercado de Tarma. En la actualidad ha disminuido tanto que la exportación anual apenas llega a 50 arrobas. La hacienda posee una sola chacra de coca, y los insignificantes campos de cultivo de los indios apenas bastan para las necesidades de los habitantes del valle. En vista del número reducido de obreros de los que dispone la hacienda y del camino difícil hasta Tarma, no hay esperanza de que se pueda recuperar pronto, sobre todo por el hecho de que algunos indios quieren entrar en competencia con ella y tratan de quitarle los pocos jornaleros que tiene. El que es más generoso con el aguardiente y el guarapo tiene también a la mayor cantidad de obreros. A menudo el hacendado se ve en la necesidad de ir a las chacras de otros con hombres armados para recuperar a sus obreros que se encuentran ahí. Un indio que vivía en un brazo lateral de Vitoc fue por años el rival más importante de la hacienda, ya que se embriagaba constantemente con sus obreros, y raras veces arregló sus cuentas con ellos. Destacaba por su originalidad, de tal manera que quiero mencionar algunos eventos de su vida y de su sepelio. Blasio Tomán, así se llamaba, era un cholo de poca talla y de espaldas anchas, con cabeza gorda, pequeños ojos pícaros, una gran nariz achatada y cabello despeinado. Su vanidad no conocía límites y no temía sacrificio alguno para satisfacerla. Mandaba preparar una cantidad grande de guarapo para cada fiesta con el fin de servir a todos los habitantes del valle, que le otorgaban el título de «General de Vitoc», en agradecimiento. Este título le proporcionaba su mayor orgullo. Su casa era más espaciosa que la mayoría de las viviendas indias. Estaba pintada con las figuras más extrañas en colores vivos y amoblada de una manera rebuscada, pero muy graciosa. De esta manera, los respaldos de las sillas formaban un ángulo tan inclinado con el asiento que el que se sentaba en ella quedaba en una posición sumamente incómoda, muy inclinado hacia delante. Todos los días se paseaba con un parasol, cuya cobertura faltaba completamente en un lado. En la otra mano sostenía un telescopio con un solo lente. En intervalos, saca-

ba su reloj de bolsillo sin aguja. Si alguien le preguntaba por la hora, siempre aseguraba que su reloj acababa de pararse. Con un instrumento de cartulina miraba siempre al Cuncachari, que quedaba al frente de su casa, y a menudo creía ver a los indios bravos. En este caso hizo que se colocara una docena de cholos alrededor de la casa como su guardia personal, que tenía que exclamar su «centinela alerta», a cada instante. Tenía dos caballos o mejor dicho, dos esqueletos: uno cubierto con una piel roja; el otro, con una negra. Para los días festivos hizo ensillar el alazán y colocarle una frazada de silla, se puso un viejo uniforme español con cordones de oro, encima del cual se colocó un poncho rojo y se puso un sombrero triangular con pluma blanca. ¡En todo un moderno «Don Quijote»! Armado con un sable de húsares, galopaba a la aldea y de regreso. Luego se apresuró para montar el negro, cambió la pluma blanca por otra negra, así como el sable por una daga y volvió a emprender la misma cabalgata. De esta manera siguió con sus cambios de caballos y armas hasta que quedó vencido por el cansancio y por el aguardiente, se dejó caer del jamelgo y reunió nuevas fuerzas para su obra diurna, bajo la vigilancia de algunos cholos. Fuera de su esposa legítima, de la que estaba separado, tenía media docena de otras mujeres, entre ellas dos favoritas: una para ama de casa, la otra para controlar el trabajo en la chacra y ambas de una fealdad espantosa. Cuando la viruela asoló Vitoc, se enfermó Blasio también. Todas las mujeres del valle se apresuraron para ayudarlo, pero más con la intención de robarle. Después de una enfermedad de cuatro días, se murió sin haber indicado donde tenía enterrado su dinero. Al instante se acercó su compadre y amigo del alma, acompañado por el alcalde y una cantidad de cholos, para asegurar las preparaciones necesarias. El cadáver, horriblemente desfigurado, fue echado sobre el corredor y se le buscó el dinero. Pero como notaron que todo era en vano, le daban puntapiés a la cara del muerto y maltrataron a su general, antes tan venerado, de la manera más vil. El alcalde contempló este desorden con tranquilidad y solo levantó su voz para exigir el pago de sus honorarios de asistencia en forma de coca. Pasados los dos días se pasó al sepelio. En la mañana a las 11 horas comenzó la procesión (la distancia entre la casa y el panteón es de apenas media hora). Delante marcharon cuatro cholos con grandes recipientes llenos de guarapo, siguió el mayordomo de Pacchapata, cantando los responsorios por un honorario de cinco táleres. Detrás de él siguió el ataúd, cargado por seis indios. Cada cinco minutos se hizo una pausa para descansar y beber guarapo. Finalmente al caer la noche se llega al panteón; al bajar el ataúd, éste se desliza de las manos de los cargadores y cae destrozado al suelo. La oscuridad obliga a la prisa, pero los indios ebrios ya no pueden reparar el daño. Se lanza el muerto a la fosa, le siguen las planchas del ataúd y se echa tierra encima. El cura, en este momento a 15 horas de distancia, se hizo pagar la suma de 200 táleres por el sepelio de parte de los herederos.

Relaté este caso solo para dar un ejemplo de la brutalidad de estos indios. Como los habitantes de la mayoría de las montañas donde se prepara guarapo y aguardiente, ellos son muy corruptos, brutales, inclinados al robo, alevosos y perezosos.

En Vitoc no crece forraje apropiado para los caballos y las mulas, por lo que estos animales siempre son muy delgados y suelen perecer después de un par de años. Los murciélagos vampiros y los innumerables tábanos grandes también los torturan, tanto que ya están exhaustos después de una estadía de pocas semanas y apenas alcanzan la puna. El ganado vacuno, en cambio, crece muy bien en estos bosques, pero no es posible criarlo en grandes rebaños, ya que los terneros recién nacidos suelen caer víctimas de los animales rapaces. Las llamas que llegan a Vitoc con los cholos saliendo de Tapo, se agotan ya al segundo día de su estadía y tienen que regresar inmediatamente a las regiones más frías.

Los animales rapaces mayores, rara vez se acercan a las viviendas, aunque aparecen algunos jaguares de vez en cuando y el puma baja de la ceja de selva. En cambio, los otros felinos son bastante frecuentes e imposibilitan la avicultura. También se ha visto en Vitoc repetidamente el animal fabuloso, llamado «carbúnculo». En casi todos los lugares donde he llegado tanto en la costa, como en la sierra y las montañas, me contaron de él y varias personas aseguraron haberlo visto. Es del tamaño de un zorro, con pelo largo y negro. Solo aparece en la noche, arrastrándose entre los arbustos y los amontonamientos de piedra. Cuando se siente perseguido, abre una válvula en su frente que cubre un objeto de una extraordinaria luminosidad —según la creencia de los nativos se trata de una piedra preciosa— que ilumina la noche con un extraño brillo, que ciega al osado que quiere apoderarse de él. Pero pronto cierra la válvula y el animal desaparece en las tinieblas. Este es el tenor de la mayoría de los cuentos, pero según otros, el animal sale de su escondrijo con la válvula abierta y la tapa al momento que se lo persigue. Esta creencia en la existencia del carbúnculo, estaba difundida por todo el Perú desde los tiempos más remotos y parece haber existido ya antes de la conquista, de modo que no se debe a la introducción por parte de los españoles. Llama la atención que existe también entre varias tribus de los indios bravos, donde la registraron los primeros misioneros. Es evidente que nunca se logró capturar semejante animal, pese a que los españoles se han esforzado de mil maneras con el fin de apoderarse de la joya ansiada. Los virreyes solían colocar el carbúnculo en la primera fila de sus *desiderata* en las instrucciones de los misioneros. Resulta difícil determinar qué animal podría haber motivado estos cuentos fabulosos, probablemente se trata de especies diferentes que varían según la región. En la costa podría tratase del añash, un zorrillo que busca su alimento en la noche. Varias veces pude ver que sus ojos brillan maravillosamente por un momento, cuando se siente irritado.

Los enemigos más feroces en esta hermosa montaña de Vitoc son los indios bravos, separados por los cristianos por solo dos ríos: el Aynamayo y el Tullumayo. Ellos pertenecen a la terrible tribu de los chunchos, que se parecen en sus costumbres a los referidos cashibos y campas. Su sede principal se ubica en Chibatizo, a nueve leguas de Pucara, pero a solo tres leguas de Pacchapata, en la confluencia de los ríos Chanchamayo y Tullumayo. Se trata de una aldea bastante grande, y tienen otro sitio de ocupación menos permanente en Palmapata que está más cercano aún. Con frecuencia llegan a las riberas de los ríos limítrofes durante sus expediciones de cacería. En estas ocasiones suelen penetrar en la región de Vitoc y asesinan sin piedad a todos los cholos que encuentran. No hay posibilidad de llegar a una comunicación amical con ellos. He tratado de lograrlo de muchas maneras, pero todo fue en vano. Cuando se encontraban en sus expediciones de cacería, até cuchillos, cañas de pescar, aretes y otros objetos en sus chozas. Ellos, en cambio, colocaron raíces comestibles como yucas delante de la mía, pero todas estaban envenenadas, de modo que yo y mi osado compañero E. Klee hubiéramos caído como víctimas de su traición sin el cuidado permanente. En sus expediciones los chunchos suelen andar o completamente desnudos o vestidos con camisas cortas de color blanco marrón, sin mangas. Solo la camisa de su jefe es de color rojo. Se tiñen su cabello de achiote (*Bixa orellana* L.) que da un intenso rojo, el mismo que usan también para pintarse cara y pecho. Sus armas consisten de un arco de chonta (*Guilielma speciosa*[5]) de cinco pies de largo, con el cual disparan dos tipos de flechas. Una es muy larga y tiene un extremo redondeado con un anzuelo de chonta; la segunda es algo más corta, con una punta cóncava cortante de caña, que produce heridas profundas que sanan con mucha dificultad. También se sirven de una espada grande de madera, la macana. Algunos días después de haber levantado una cruz en el bosque, ataron una macana y dos flechas a la misma, como señal de una enemistad irreconciliable. Sus instrumentos musicales de guerra son tubos de dos pies de largo y cuatro pulgadas de ancho. Al soplarlos producen un sonido terriblemente lúgubre.

Los habitantes de Vitoc tienen la costumbre de organizar expediciones contra los chunchos, lo que sucede en varias ocasiones en el curso de un año. Se trata de las empresas más ridículas que he visto. Todos los cholos del valle se arman con palos, hachas, machetes y dos rifles[6] y salen, encabezados por

5 Hoy *Bactris gasipaes* Kunth, Arecaceae. [B/B]

6 En todo el valle de Vitoc solo existen dos rifles, que se encuentran en mal estado, y siempre hay escasez de pólvora. Durante mi estadía en Vitoc solía darle al alcalde parte de mi pólvora, cuando partía con sus cholos al registro o cuando se iba a disparar en las fiestas. La escasez, en un número razonable, de rifles de buena calidad es la mejor prueba de la estupidez de los habitantes de Vitoc, en vista de la cercanía peligrosa de los chunchos. [T]

su alcalde, para investigar las riberas de ambos ríos. Por delante marcha un tamborilero que toca su instrumento sin descanso, así como varios indios con grandes calabazas llenas de guarapo, de las que se sirven generosamente cada media hora. Si detectan a los chunchos se retiran al instante por medio de la huida rápida y se reúnen poco antes de volver a llegar al pueblo. En este momento se escuchan poderosos gritos de guerra, ellos disparan los rifles y se retiran a sus domicilios, orgullosos de su hazaña. El temor de los habitantes a los chunchos es tal, que tiemblan al escuchar el sonido de sus cuernos y en caso de un ataque de ellos, abandonan sus chozas al instante y se retiran a Maraynioc, sin pensar en defenderse.

Los chunchos están en posesión de un rico yacimiento de sal, que está a una distancia de unas 12 a 14 leguas de Vitoc. A este lugar acuden también los vecinos con los que viven en paz, con el fin de satisfacer su demanda de sal. También los campas y los callisecas llegan ahí de cuando en cuando, lo que suele ser motivo de guerras cruentas. La mina de sal supuestamente, pasa de la cima de un cerro, llamado «Cerro de la Sal», en dos direcciones: hacia el sudoeste y hacia el noreste. En cada una de estas direcciones sigue un curso por unas tres horas y tiene una anchura de 30 codos. La sal está mezclada con tierra roja[7]. Probablemente se trata de una continuación de los yacimientos grandes de Maynas, y se extiende hacia el este, a lo largo del margen izquierdo del Perené hasta Sabirosqui y Quisapongo, donde se encuentra el enorme pajonal.

En tiempos anteriores se hicieron varios intentos de convertir a los chunchos al cristianismo, parcialmente éstos tuvieron éxito. El primer misionero que se atrevió a llegar hasta ellos, fue el intrépido y digno Fray Gerónimo Jiménez. Desde Huancabamba penetró hasta el Cerro de la Sal en 1635, para predicar ahí el Evangelio. Se familiarizó con la lengua, construyó una capilla y luego siguió hacia el sudoeste a la región de Vitoc, donde fundó el pueblo San Buenaventura. Dos años más tarde se embarcó en el Chanchamayo, para seguir con sus misiones entre los campas, pero fue asesinado por los indios, junto a su compañero Fray Cristóbal Laríos y 28 españoles. Varios misioneros le siguieron hasta el Cerro de la Sal y se ganaron el favor de los chunchos, de modo que tenían siete pueblos con chunchos, campas y amagas, bautizados en 1640. Pocos años después, en cambio, todos los misioneros y los soldados fueron muertos y las capillas destruidas. El celo incansable de los monjes franciscanos logró que otros misioneros fueran al fatal Cerro de la Sal en 1671. Pudieron fundar otro pueblo, en el que reunieron unos 800 neófitos y fundaron otro más pequeño en la cercanía del destruido San Bue-

7 Fray Manuel Sobreviela. «Varias noticias interesantes de las entradas, que los religiosos de mi Padre San Francisco han hecho en las montañas del Perú». *Mercurio Peruano III*, 1791. Pág.99. [T]

naventura, llamándolo Santa Rosa de Quimiri. Pero la avaricia de algunos españoles, que imaginaron la existencia de ricas minas de oro en el Cerro de la Sal, logró privarles la dirección de las misiones a los sacerdotes, con el fin de convertirlas en instituciones políticas y oprimir a los indios. Éstos se levantaron en masa en 1674 y asesinaron a todos los blancos. De esta manera se perdió, nuevamente, esta conversión. Por mucho tiempo todos los intentos de convertirlos nuevamente quedaron infructuosos y los misioneros que se les acercaron fueron muertos a flechazos. Pasaron casi treinta años y los chunchos habían regresado al estado de su original salvajismo, cuando el fundador del convento de Ocopa, el Fray Francisco de San José, penetró a la región de los chunchos a través del valle de Vitoc, acompañado por dos hermanos laicos. En ese tiempo, en el año 1709, Vitoc fue repoblado por primera vez. La actividad incesante de estos monjes no dejó de tener éxito. Supieron cómo ganarse la confianza de los chunchos y en el curso de 20 años habían reconstituido y fundado nuevamente las seis aldeas grandes de Quimiri, Nijandris, Cerro de la Sal, Eneno, Pichano y San Tadeo de los Antis. Al mismo tiempo descubrieron el Gran Pajonal, entre Pachitea y Yanayanitiri, donde fundaron los pueblos de Tampianiqui y Aporoquiaqui. Estas misiones, volviendo a su auge, tenían diez pueblos con unos 3000 indios bautizados en el año 1739[8]. Tres años más tarde, en cambio, estalló la terrible rebelión dirigida por el apóstata Santos, durante la cual casi todas las misiones volvieron a perderse.

Juan Santos era un indio oriundo de Huamanga y pertenecía, según sus indicaciones, a la línea del último inca, lo cual no es improbable, ya que llevaba el apellido Atahualpa (que concuerda con el del inca asesinado por Pizarro), aún antes de su rebelión. Tenía un carácter orgulloso, inteligente, valiente y astuto. En una discusión mató a un español noble en 1741, huyó a los bosques para escapar de la justicia, donde planeó cómo vengarse de los opresores de su nación. Primero estableció contacto con la tribu de los campas. Les contó que era un descendiente de reyes poderosos y escogido para volver a crear un imperio grande y se otorgó el título *Apu Inga Huaynacapac*. En sus discursos ante los salvajes dijo que conocía todos sus pensamientos y llevaría la imagen de cada uno de ellos en su corazón. Llamó a uno tras otro para que se acercara, levantó su camisa y les dejó mirarse en el espejo que colgaba sobre su pecho. Cuando los indios vieron su cara en forma tan sorpresiva, se les infundió una veneración tímida hacia este hombre y seguían su voluntad incondicionalmente. Luego de haber ganado a los campas para su causa, avanzó hasta Quisapongo en el Pajonal. Desde ahí llevó a cabo el primer asalto de la conversión de Cerro de la Sal. Los españoles habían escuchado

8 Noticias más detalladas acerca de estas misiones se encuentran en *Amich Com.hist.*, Tema: Misión y Sobreviela l.c. [T]

noticias de la rebelión de los indios, pero la consideraban muy insignificante como para preocuparse y emprender medidas serias. En su despreocupación fueron sorprendidos por el ejército creciente de los rebeldes y muertos por ellos. La sublevación se expandió con una increíble velocidad. Juan Santos dirigió los ataques en persona. En una noche tomó la fortaleza Quimiri y asesinó a todos sus ocupantes de la manera más cruel. Los había sorprendido en sus sueños, de modo que ni les fue posible disparar sus fusiles. Sus acompañantes colocaron todos los rifles cargados en un montón y les prendieron fuego. Luego ejecutaron un baile de guerra alrededor de ellos. Calentados por el fuego, explotó la pólvora, causando grandes destrozos entre las hordas salvajes. El bien vigilado fuerte Pacaritambo fue ocupado por un grupo reducido de chunchos, guiados por Juan Santos. Temprano en la mañana se mostraron delante del fuerte con gran gritería de guerra, luego se retiraron al bosque, pero volvieron pronto desnudos desde el lado opuesto y obligaron a los españoles a que se rindieran, ya que éstos pensaban que se trataba de un número mucho mayor que ellos mismos. Todas las iglesias fueron destruidas, las imágenes de santos fueron echadas al río, se quemaron los pueblos y se destruyeron los campos de cultivo. El número de los soldados asesinados alcanzó 245 personas, el de los sacerdotes llegó a 26. En el lapso de pocas semanas todas las misiones del Perú Central fueron completamente destruidas, y el terror y el miedo predominaron hasta en la sierra alta. El gobierno español se vio en la necesidad de emprender medidas drásticas, ya que se temió una sublevación de todos los indios serranos. En consecuencia, se construyeron fortalezas y fuertes en las fronteras de todas las montañas, todos ocupados fuertemente, pero la rebelión ya no se expandió más. No se sabe con certeza qué destino le deparó a Juan Santos Atahualpa después de la sublevación. Algunos sostienen que se convirtió en señor poderoso y había reunido a las tribus de los chunchos, pacañes, chichirrenes y simirinches. Encontré una glosa en un viejo manuscrito del convento de Ocopa que rezaba lo siguiente: «Sobre el monstruo, el apóstata Juan Santos Atahualpa cayó la ira divina después de su diabólica destrucción de nuestras misiones, ya que sufrió el mismo destino que Herodes, que fue comido por los gusanos».

Poco después del ocaso trágico de estas misiones, los dos sacerdotes Fray Francisco Otasua y Fray Salvador Pando se atrevieron a llegar hasta las ruinas de Quimiri para tratar de apaciguar a los rebeldes, pero todo fue en vano. Después de tres meses, durante los cuales tuvieron que tolerar los maltratos más terribles de parte de los chunchos, tuvieron que regresar al convento de Ocopa.

Durante la lectura de este recuento breve, asombra el heroísmo y el sentido de sacrificio irrestricto de los misioneros. Todos pertenecían a la orden de los franciscanos. Con una valentía casi única y una dedicación ciega a su hermosa profesión, penetraron en los bosques más apartados y buscaron a

las hordas más crueles. Pero ni las privaciones más increíbles y los esfuerzos más penosos en la selva impenetrable, sin comida ni albergue, ni las torturas más terribles y la convicción segura de tener que sufrir el destino de ser asesinados de la manera más cruel, nada de esto les detuvo para predicar el evangelio a los indios bravos, siguiendo un impulso interior. Cuando llegó la noticia de la muerte violenta de algunos de los hermanos, se presentaron de inmediato otros para ocupar el lugar de los sacrificados. Con frecuencia los superiores de la orden tuvieron que frenar el celo demasiado grande de los monjes, al ver que perderían a los hombres más activos sin beneficio alguno. En las misiones del Perú del norte y del centro, los indios bravos han asesinado a 129 monjes franciscanos; éstos figuran con sus nombres en los registros. Otros han desaparecido sin dejar rastros, el número de los hermanos laicos muertos es aún mucho más alto. Da pena si se fija en la ganancia de la muerte de tantos hombres valientes. Las conversiones han desaparecido casi por completo, los indios han regresado a su original estado de salvajismo, en el que se encontraban antes de la conquista del Perú. Quizá se cuenten ahora entre las tribus fragmentos de la religión cristiana como fábulas, quizá se hayan fusionado con sus originales creencias de dioses, reavivadas posteriormente. En la mayoría de ellos, sin embargo, se habrán borrado en su totalidad.

Los monjes franciscanos enseñaron con benevolencia y con una paciencia extraordinaria. Seguían el principio de que la religión cristiana debe llevar sus frutos por sí misma, por lo que rechazaron todo medio de violencia como medida para efectuar sus propósitos. Los monjes dominicanos, en cambio, que llegaron con los primeros conquistadores al Perú, predicaron el cristianismo con el fuego y la espada. Los jesuitas, a los que se había confiado las misiones del sur del Perú, usaron tanto ésta como la otra estrategia, por lo que recibían la mayor parte de las conversiones, pero por regla, ellos también ganaron a los neófitos con el amor. Sus misioneros, en su mayoría, eran hombres cultos, por ello debemos a esta orden las noticias geográficas y estadísticas más importantes. Son de valor especial las informaciones sobre la lengua de cada tribu que convertían, en forma de una gramática y de un diccionario. Los monjes dominicanos eran en su mayoría fanáticos burdos. A su ciego celo de conversión sacrificaron todos los monumentos de la civilización anterior y destruyeron la formación intelectual de los nativos, en vez de conservarla. Los monjes franciscanos solo seguían su ímpetu noble de traer la enseñanza de Cristo a los habitantes salvajes de los bosques más alejados, pero no contribuyeron mayormente al servicio de las ciencias. Algunos mapas deficientes y noticias pobres sobre las costumbres y usos de los indios son todo lo que poseemos de ellos.

En 1779 se realizó otro intento de llegar al Cerro de la Sal. Se abrió un camino de Palca a Chanchamayo y se instaló una fortaleza en este lugar.

Cinco años más tarde, sin embargo, el gobierno la hizo destruir, ya que los ataques continuos de los chunchos no pudieron ser controlados. El intendente activo de Tarma, don Juan María de Galvas, apoyado por el valiente guardián de Ocopa, Fray Manuel Sobreviela, hizo asequible nuevamente el valle de Vitoc, en ese entonces totalmente abandonado desde la revolución de los indios. De nuevo fundó el pueblo de San Teodoro de Pucara e hizo reconstruir la fortaleza destruida de Santa Ana de Colla. Pronto se volvió a poblar la montaña y en poco tiempo contaba con más 40 haciendas y chacras grandes. Los chunchos vivían en el pueblo de Sorriano, apenas a dos horas de camino de Colla. Se acercaron a los habitantes de Vitoc con ánimos amistosos, recibieron de ellos herramientas, carne y otros productos y en recompensa, trabajaron en sus chacras. Pronto, sin embargo, los hacendados abusaron de su confianza, vendieron muy caro su mercancía y maltrataron a los indios bravos. Les calcularon dos días de trabajo por una aguja, cuatro por una caña de pescar, ocho a diez por un cuchillo de mala calidad, etc. Ya hartos de esta relación, los chunchos quemaron su propia aldea y se retiraron a Chanchamayo. Aún mantenían un contacto amistoso con los cholos, hasta que uno de ellos, de una manera muy arbitraria, mató con un disparo a un chuncho durante una fiesta. Miles de ellos llegaron para vengar el asesinato, destruyeron los campos de cultivo de los cristianos y masacraron a todos, que no pudieron escapar. De este modo Vitoc de nuevo fue despoblado, hasta que Cárdenas, el gobernador militar de Tarma, llevó a cabo otro intento de cultivar este valle hermoso. Hizo transitable los caminos ya cubiertos por el bosque alto, hizo instalar la gran hacienda de Chuntabamba y construir la fortaleza de Colla, vigilada por 15 soldados y dos cañones. En el lugar del antiguo pueblo de los chunchos, Sorriano, fue preparado un cocal, cuyo rendimiento anual superó las 2500 arrobas. A diario trabajaron de 80 a 90 obreros en esta plantación, probablemente nunca la montaña fue más floreciente que en ese tiempo. Pero siempre los chunchos inquietaron a sus vecinos, sobre todo en el tiempo de la cosecha de la coca, cuyas hojas se reunieron bajo cubierta militar muy fuerte. Cuando uno de los obreros fue muerto de un disparo por los indios bravos, todos los cholos se escaparon, nadie se convenció de regresar a Sorriano y el hermoso cocal se marchitó y quedó inservible. Poco después Cárdenas murió y la hacienda grande, ya sin cuidado, se convirtió en bosque. Años después fue instalada la hacienda Pacchapata, algo más hacia el este. Durante la guerra de liberación, los españoles destruyeron también la fortaleza Colla y ahora los habitantes de Vitoc están indefensos ante sus enemigos salvajes.

El último intento de subyugar a esta tribu fue una maniobra militar realizada por el general don Francisco de Paula de Otero. El plan no fue preparado con la suficiente prudencia, ya que Otero pasó por los bosques densos de la Quebrada de Palca en vez de penetrar desde Vitoc. Como era de espe-

rar, la expedición no tuvo un final feliz. La escasez de víveres, lluvias intensas y el número superior de chunchos obligaron a una retirada veloz.

Apenas han pasado 25 años desde que el valle de Vitoc estuviera en el auge de su hacienda rica, ahora solo quedan leves rasgos de esta gran plantación. La hacienda Chuntabamba ha desaparecido sin dejar rastro alguno. Algunos aislados árboles de café, cuyos frutos ya no maduran en la sombra del bosque, señalan el lugar donde estaban los edificios de antes. Sobre los muros de la fortaleza Colla, demolidos completamente, un viejo indio está cuidando sus piñas, y en Sorriano se levanta un bosque casi impenetrable. Solo de vez en cuando se percibe un arbusto de coca en lugares sin luz, vegetando en forma miserable. Aún estas hojas enfermas son víctimas de hurtos de las hordas errantes de los chunchos.

La historia de la montaña de Vitoc, que he contado algo más detalladamente a propósito, es la historia de la mayoría de las montañas del Perú. Por todos lados encontramos el aparecer y desaparecer de la cultura y civilización, debido a las invasiones de los indios bravos y al celo de los misioneros. En todos, sin excepción, vemos un deterioro extraordinario en el presente, causado por la guerra de liberación, por las continuas guerras civiles. Pero debido a la calma interior del país y su población que va en aumento, se puede calcular un pronóstico favorable.

Capítulo noveno

El indio peruano. — Su relación con los blancos en las épocas diferentes. — Opresiones por parte de los españoles. — Los repartimientos. — La mita. — La revolución de Túpac Amaru. — Su ejecución. — La guerra de liberación. — El odio a los blancos. — El futuro del Perú. — El carácter de los indios. — Su música. — Su vestimenta. — Sus supersticiones. — Las diferencias entre los indios. — Su edad. — Los habitantes primordiales del Perú. — La disminución de la población. — Observaciones sobre la historia.

Con el fin de captar una idea cabal del indio peruano, se le tiene que buscar y observar en los lugares donde entra poco en contacto con los mestizos o los blancos, donde no está muy familiarizado con la civilización europea y ha conservado las viejas costumbres y usos; en la medida en que la doble revolución política y la religiosa del país lo permita. Esto significa que no se tiene que buscar en las ciudades o en las minas, sino en los pueblos de los altiplanos apartados o en los cerrados valles serranos, donde se pierde pocas veces un extranjero. En estos lugares vive el núcleo del pueblo y se muestra en su carácter nacional puro, se siente aún con todo su vigor; mientras que el indio que está en contacto frecuente con los mestizos o los criollos se le ve oprimido, infeliz y depravado. En los capítulos anteriores he tenido la ocasión para hablar del modo de vida y del carácter de estos indios. Aquí quiero concentrarme en la posición del habitante indio, con énfasis especial sobre el de las partes altas del país, frente al gobierno y a la población no india, así como observar más detalladamente sus costumbres religiosas y sus usos.

Si echamos un vistazo a la historia del Perú antes de la conquista del país por los españoles, notamos que los indios fueron sometidos a una dinastía a la que obedecían más por convicción que por la fuerza. Nos encontramos con una secuencia ininterrumpida de rebeliones y guerras, ya que naciones de diferentes lenguas, religiones y costumbres fueron reunidas en un todo en la expansión continua del imperio. En el primer tiempo de su sometimiento se mostraba aún su inclinación a su antigua independencia y forma particular de gobierno, pero el dominio sabio de los incas supo reestablecer siempre la paz y unir a los pueblos, por lazos leves pero irrompibles, sea por leyes suaves, sea por su tolerancia en momentos apropiados y, en particular, por

la difusión de su religión, tan íntimamente ligada al dominio secular. El enorme tamaño del imperio conllevó finalmente a su final, Huayna Cápac lo dividió entre sus dos herederos. A su hijo legítimo y mayor, Huascar, le dio la parte sureña y el menor Atahualpa, cuya madre era la hermosa Scryri Paccha, hija del último rey de Quito, recibió la norteña. Entre ambos hermanos estalló una guerra perniciosa y en esta época fatal, Pizarro desembarcó con sus hordas. Con una velocidad impensable en épocas de paz interior los españoles se apoderaron del país, ahorcaron al rey, masacraron a sus súbditos, destruyeron sus santuarios y difundieron nuevas leyes y una religión nueva. Una profecía del Inca Viracocha, tomado por dios, había predicho el ocaso del imperio por hombres blancos con barbas largas, casi dos siglos antes. Por ello la llegada de Pizarro causó doblemente miedo y temor y paralizó a la población, impidiendo una resistencia seria, que se hubiera llevado a cabo sin el augurio terrible de Viracocha. Mudos los nativos, observaron cómo ellos destruyeron sus templos y violaron sus santuarios, pero en la fe firme de que las divinidades insultadas iban a destrozar a los sacrílegos. Una venganza visible, sin embargo, no sucedió y reconocieron con secreto espanto que los extranjeros eran más poderosos que sus dioses. Aniquilados moralmente por esta convicción, se sometieron a los conquistadores sin mayor resistencia. Al reconocer su naturaleza en todas sus maldades, en cambio, desapareció el nimbo de lo sobrehumano que habían visto en ellos al inicio, pero ya era demasiado tarde. Los españoles ya habían consolidado su dominio y difundieron sus leyes y su religión con todos los terrores imaginables. Pero pese a la aplicación de todas estas medidas de fuerza, los nativos no eran capaces de negarles una cierta superioridad. Acostumbrados a una sumisión incondicional, bajaron sus nucas también a este yugo nuevo, tanto más pesado. Cuando los conquistadores se dieron cuenta de esta resignación incondicional, abusaron de su poder de la manera más terrible. No quiero repetir las crueldades increíbles cometidas por los primeros españoles contra los habitantes del Perú, éstas son imperdonables, totalmente injustificables. Solo quiero referirme a dos sistemas de opresión, aplicados cuando el dominio ya estaba consolidado firmemente: uno es el repartimiento y el otro la mita. El primero consistía en la repartición de mercancías europeas y bienes de lucro por la administración jurídica de las provincias, los corregidores y los subdelegados. Cada corregidor era una especie de negociante. Hizo llegar toda clase de mercancías de la capital y obligó a los indios a adquirirlas por medio de decretos legales. Los precios eran risiblemente altos. Una aguja costaba un real, un cuchillo de mala calidad o una libra de hierro un táler, un codo de tela de algodón impresa dos o tres táleres, etc.; a los ricos se les repartió blondas de Bruselas, calcetines de seda, joyas falsas, etc. Después de un plazo corto cada uno tenía que pagar lo suyo. Si no era capaz de hacerlo, se le confiscaba sus pertenencias, se le imponía castigos corporales y eran enviados con su familia como esclavos a las plantaciones o minas. No solo se les obligó a

aceptar objetos sin valor para ellos, como v.g. hojas de afeitar para los indios carentes de barba, sino también aquellos que les causaban daño. Parece increíble, que un corregidor al que un amigo de negocios le había enviado anteojos, decretó que ningún indio podría participar en ciertas fiestas sin anteojos, solo por vender esta mercancía sin valor para él con ganancias exorbitantes.

Mucho más terrible que el repartimiento era la mita, un servicio forzado de los indios en las minas y las plantaciones. Cada español que quería desempeñarse como minero, podía disponer de un cierto número de indios que le eran repartidos por el corregidor. Tenía la obligación de pagarles cuatro reales a diario como sueldo y se responsabilizaba de pagar sus contribuciones anuales de ocho táleres. Los indios, sin embargo, solo recibían dos tercios de su sueldo en efectivo y el resto en bienes. Con ello no podían cubrir sus gastos corrientes y tenían que pedir víveres a su dueño, por lo que solían endeudarse para toda su vida. En los capítulos previos he descrito en más detalle este sistema que aún está en uso. Los indios repartidos a hacendados sufrían un destino más cruel aún. Solo recibían dos reales y tenían que trabajar desde las tres de la madrugada hasta una hora después de la puesta del sol. No se les permitía un descanso los domingos. En estos días tenían otro mitayo, que consistía en conseguir material de construcción. Trabajos sumamente pesados se realizaban en las plantaciones de la selva, donde había que hacer la roza y preparar los campos de coca. Fuera de estas mitas pagadas existían otras no tan severas, pero no menos desagradables por los maltratos. Se trataba del servicio que los indios tenían que cumplir en las viviendas del corregidor, del subdelegado y del cura. A estos sirvientes se les llama pongos, tenían que cumplir un año antes de ser cambiados por otros. A menudo un corregidor tenía media docena de estos pongos, a los que solo daba alimento deficiente y la vestimenta más elemental. Aún en la actualidad este servicio existe en muchas comunidades de la sierra. El cura recibe una cocinera todos los domingos (llamada «mita»), así como un joven (al que se sigue llamando «pongo»). Ambos tienen que servirle durante ocho días.

Las mitas pesadas en las minas y las plantaciones han arrebatado un número enorme de nativos por cada año, ya que no estaban acostumbrados a estos trabajos forzados. Es muy probable que la cifra de nueve millones de indios, muertos en las minas durante un lapso de tres siglos, indicada por varios autores no sea exagerada. En consecuencia, se puede agregar otros tres millones que cayeron víctimas de los mitayos en las plantaciones, en particular en los cocales de la selva.

Al principio causa asombro que tales sistemas perniciosos, que de forma inevitable tenían que llevar a la destrucción de la nación, fueran autorizados por el gobierno en España. Una mirada a las leyes de Indias, en cambio, muestra fehacientemente cuán diferente era la opinión del rey de la administración real del país. Fuera de pocas excepciones estas leyes son prácticas,

benévolas y muestran que el monarca tenía interés verdadero en el beneficio de las colonias. La ejecución de estas leyes estaba en las manos del Consejo de Indias que residía en España y consistía en un número de hombres que no impedían los abusos, ya que estaban sobornados con el oro indio, pese a conocer la situación real, al menos en forma parcial. Ellos elegían a los virreyes y a los burócratas de alto rango en las colonias, los que a su vez acumulaban grandes riquezas durante su período de cargo gracias a la opresión de los indios. Uno de los últimos virreyes llegó pobre a Lima, pero se apoderó de la enorme suma de cinco millones de táleres en solo tres años[1].

Las leyes de Indias, efectivamente, ordenaban la mita y el repartimiento, pero ambos en una forma práctica y suave. La primera estaba destinada a facilitar la colonización por los españoles sin oprimir a los indios. El reparto debería ayudar a los nativos a la posesión más fácil de la vestimenta necesaria y los productos requeridos. Solo la interpretación infame de burócratas viles, las convirtieron en el flagelo terrible de la población india del Perú. Pese a que la bula papal del 2 de junio de 1537 declaraba que los indios eran hombres verdaderos y que algunos hombres nobles como Fray Bartolomé de Las Casas, el Obispo de Chiapas, y, más tarde, don Antonio de Ulloa, defendían a la nación india tratada inhumanamente, con palabras directas y sin temor, pese a que reprendieron severamente al gobierno español por lo pernicioso de su sistema de colonización, el destino de los indios no mejoró en lo más mínimo. Casi parecía que cada queja ante el consejo resultaba en una opresión aún más cruel de los indígenas americanos.

Ante esta situación no puede sorprender que los indios, al fin, se cansaran de ella y se animaran a romper el yugo pesado. Por dos siglos habían soportado sin quejas, sin el menor intento de liberarse, hasta que Juan Santos Atahualpa hiciera la primera rebelión de los indios contra los españoles. Hemos conocido su origen, su desarrollo y su final en el capítulo anterior. Esta sublevación tenía consecuencias más graves de las que el gobierno miope en Lima soñara. Debería haberle servido de advertencia para llevar a cabo un sistema de gobierno más moderado. Los indios, llegados a la conciencia de que aún les quedaban fuerzas para oponerse a sus torturadores gracias a esta rebelión, se levantaron repetidas veces con el fin de liberarse, sobre todo en el Sur del Perú, pero sus intentos resultaron infructuosos. Siempre les faltaba una cabeza para guiar sus movimientos, pero ésta al fin se encontró, en la persona del cacique infeliz de Tungasuca, un descendiente de los últimos incas. En 1562 Cusi Titu Yupanqui, nieto de Manco Cápac II,

1 Existe la siguiente anécdota de él. Pocos días antes de su regreso a España, apareció un papel en el muro del palacio con las palabras breves «u u u ya se va el cucú de Perú». El virrey hizo sacar este papel, agregó debajo las palabras: «y y y que se me da a mí, cinco millones me llevo de aquí» y mandó que se lo colgara nuevamente. [T]

hermano del Inca Atahualpa que fuera asesinado por Pizarro, fue coronado por los indios de Vilcabamba y Urubamba. Después de 16 años murió sin hijos, por lo que su hermano Túpac Amaru heredó la corona. Después de un gobierno de tres años no quería dejar el poder al quinto virrey del Perú, Don Francisco de Toledo, por lo fue capturado y ahorcado en el Cuzco. La mayoría de sus hijos compartieron su destino, pero algunos fueron escondidos por los indios en la selva. Estos perpetuaron la genealogía de los incas y siempre fueron venerados por los indios, de acuerdo a su alta alcurnia. Don José Gabriel Condorcanqui, con el epíteto de su antepasado Túpac Amaru, pertenecía a esta línea. Nació a mediados del siglo XVIII y recibió su educación en el colegio de San Francisco de Borja, en el Cuzco, más tarde se le otorgó el cargo de cacique de Tungasuca en la provincia de Tinta. Sus dotes naturales y su formación le elevaron por encima de los indios y le permitieron reconocer mejor el trato indigno de su nación. Por su nacimiento y sus capacidades se creía llamado a recuperar la libertad perdida de su patria. Durante muchos años elaboró este plan. Se dice que ya contaba estas ideas a sus condiscípulos blancos de su colegio a la edad de apenas veinte años, por lo que éstos le dieron el apodo de Inca Túpac Amaru, burlándose de él. Cuando subió al cargo de cacique supo formar un gran grupo de indios simpatizantes, debido a su descendencia real, su valentía personal y su estatura imponente, y les ganó para apoyar sus planes. Las huellas de su conspiración se remontan a 1775, pero durante un lapso de cinco años el gobierno peruano se mantuvo ignorante, pese a que todo el Perú hasta Buenos Aires estaba enterado de este secreto. Cuando Túpac Amaru se creía lo suficientemente fuerte para enfrentarse a sus adversarios, aprovechó de la primera oportunidad para romper las hostilidades. Ésta se le presentó en 1780 cuando el corregidor de Tinta, don Antonio Arriaga, exigió la cantidad de 340 000 táleres españoles en un solo año de repartimiento y recaudó el dinero para mercancía inútil con una severidad cruel. El cacique de Tungasuca reunió a los indios exasperados, capturó al corregidor y lo hizo ahorcar. Ésta fue la señal para una sublevación generalizada y abierta en todas las regiones, el ejército de Túpac Amaru creció de día en día, pero carecía de las armas necesarias y el general en jefe no poseía los conocimientos militares requeridos para continuar una expedición exitosa y regular. Guiado por el odio y la venganza condujo una terrible guerra de destrucción durante meses, se hizo otorgar oficialmente el título de Inca y exigía una veneración digna de un rey. El gobierno vio con temor la sublevación creciente y tomó las medidas más drásticas para rebajarla. Todas las tropas de las provincias del sur fueron concentradas, desde Lima 2000 soldados de infantería fueron enviados a Puno bajo el mando del inspector Valle. Hasta esta zona se habían dirigido los rebeldes, después de haber destruido muchas ciudades y pueblos y haber asesinado a innumerables españoles. Ya al inicio de la revolución, el visita-

dor don José Arreche fue enviado al Cuzco por orden del virrey Marqués de Avilés[2] con poderes irrestrictos. Túpac Amaru le escribió una carta larga fechada del 5 de marzo de 1781, en la cual le expone la causa de la sublevación, le reprocha las opresiones de los indios y le demostró que las autoridades actúan en contra del tenor de las leyes de Indias de modo sumamente vil. Concluye con el pedido de enviarle algunos hombres honrados e imparciales, con el fin de resolver los conflictos surgidos basándose en la voluntad del rey, confirmando su lealtad, en calidad de mediadores entre el gobierno y los rebeldes. Además desea la presencia de dos sacerdotes virtuosos e iluminados para que ellos le mostraran el correcto camino espiritual. Esta carta de la pluma de un indio es uno de los documentos más relevantes para el conocimiento del estado social y político de los nativos de una nación oprimida de este tiempo. Además de ello es de sumo interés por la justificación del camino violento escogido. La respuesta de Arreche fue breve. No iba a autorizar negociaciones con los rebeldes, solo les quedaba rendirse incondicionalmente. Exasperados por esta reacción, los indios continuaron su guerra con más furor y quemaron la gran aldea de Chucuito el 13 de abril, para luego dirigirse al Cuzco, donde exigían la rendición de la ciudad desde el Cerro de Piccho. En este lugar, cerca de la residencia de sus antepasados reales, Túpac Amaru fue sorprendido por un destacamento de caballería en los últimos días de abril y fue capturado con toda su familia. Se le inició un proceso, encabezado por Arreche, en el que fue sentenciado a muerte. Éste consistía en que fuera arrastrado a la Plaza Mayor de la ciudad para presenciar la ejecución de su esposa Micaela Bastidas, de sus dos hijos Hipólito y Fernando Túpac Amaru, de su cuñado Antonio Bastidas y de varios otros jefes. Luego el verdugo le arrancaría la lengua y por último, cuatro caballos lo descuartizarían. Esta sentencia horrorosa fue llevada a cabo el 18 de mayo de 1781. En el cerro Piccho el cuerpo destrozado fue quemado y la ceniza llevada por el viento. La cabeza fue llevada a Tinta, donde permaneció en la horca durante tres días. Luego fue expuesta clavada en un palo en la entrada de la ciudad. Un brazo fue transportado a Tungasuca, donde Túpac Amaru había sido cacique; el otro a Caracaya; un muslo a Livitoca en la provincia de Chumbivilca; el otro a Santa Rosa, en la provincia de Lampas. En todos estos lugares involucrados en la sublevación, sus restos fueron expuestos durante semanas.

Conocí a un criollo viejo en Huancayo en 1839, que fue testigo ocular de la ejecución del cacique infeliz de Tungasuca, cuando tenía la edad de 16 años. Se acordó de él como un hombre alto y hermoso, con facciones audaces y serias y una mirada penetrante y vivaz. Con gran emoción, presenció la ejecución de su familia y la de ocho jefes con serenidad calmada y sin emitir sonido alguno soportó su propio horroroso castigo de muerte.

2 (sic) El correcto es el virrey Agustín de Jáuregui. [O]

Los españoles le reprocharon a Túpac Amaru, como antes a Santos Atahualpa, de haber usurpado su título por no ser descendiente directo de los incas antiguos, con el afán de infundir respeto a los indios. La causa de este reproche residió en el afán del gobierno de privar a los nativos de su fe acerca de la existencia de descendientes directos de los incas, ya que sabía que los indios seguirían con el mismo entusiasmo a cada uno de los descendientes de sus reyes tan venerados por ellos. Existe un lugar en la sentencia de muerte, que ordena que todas las actas acerca de su descendencia reunidas en la corte real y en Lima, sean quemadas públicamente por las manos del verdugo, para que no quede memoria de estos documentos, lo que demuestra claramente cuán convencido estaba el gobierno de su descendencia real.

La ejecución inhumana de Túpac Amaru no pudo refrenar la revolución por mucho tiempo. Muy al contrario, instigó a los rebeldes para una venganza terrible. De todos lados los indios se reunieron para una terrible guerra de destrucción, bajo el mando del hermano del asesinado, Casimiro Túpac Amaru, su hijo Andrés y el audaz jefe indio Ricacatari[3]. Después de que los dos últimos quemaran las aldeas españolas del Alto Perú, atacaron la gran y fortificada ciudad Sorrata, adonde todos los españoles de los alrededores se habían retirado, confiando en sus murallas con sus numerosos cañones. Andrés Túpac Amaru efectivamente no pudo enfrentarse a la artillería enemiga con sus indios armados de cuchillos, hondas y porras. Por ello desvió las aguas de una montaña cercana hacia la ciudad, la rodeó de un lago que se metió por debajo de las fortificaciones erigidas de tierra, las hizo derrumbarse y la tomó de asalto. Todos los sitiados, un total de 22 000 personas, fueron asesinados de la manera más cruel y solo se perdonó la vida a 87 sacerdotes y monjes. De este lugar los rebeldes se dirigieron hacia el oeste y señalaron cada uno de sus pasos con destrozos terribles. Vencieron a varios cuerpos del ejército español. Un terror generalizado se expandió sobre todo el país. Pero lo que las armas y las ejecuciones de los españoles no lograron, lo hizo su oro. Un indio de sangre impura, llamado Huquihuasa, que había

3 Algunos viajeros que han tocado esta parte de la historia del Perú, conceden el epíteto «Ricacatari» de modo equivocado a José Gabriel Túpac Amaru o a su hermano Casimiro. En general, existe una gran confusión y ausencia de claridad acerca de estos eventos tenebrosos, ya que la mayoría de ellos redactaron lo suyo basados en los cuentos más extraños de segunda mano, mezclaron personas, hechos y años o los adaptaron libremente a sus descripciones. Probablemente no se logrará nunca obtener una descripción totalmente clara y detallada de este episodio de la historia peruana, ya que las mismas actas del proceso contienen importantes datos incorrectos colocados a propósito. Documentos importantes fueron destruidos durante la revolución o más tarde, en las guerras de liberación. [T].

En el movimiento suelen distinguirse dos fases. La primera fue la cusqueña o quechua dirigida por el propio José Gabriel Túpac Amaru, curaca de Pampamarca, Tungasuca y Surimana. La segunda fase se inició con la captura del caudillo cuando la rebelión fue conducida por familiares del rebelde y, luego, se articula con el movimiento que en el Alto Perú encabezaba el jefe aimara Julián Apasa Túpac Catari. [O]

acompañado a Andrés Túpac Amaru durante toda la revolución, señaló, a un destacamento de soldados españoles, el lugar donde los jefes solían reunirse para su consejo, sin acompañantes, luego de tentadoras promesas de dinero. Efectivamente fueron sorprendidos en este lugar, se les capturó y se les sentenció a muerte. Intimidados y sin directiva, los indios se dispersaron hacia sus lugares de nacimiento o a los bosques. Víctimas innumerables cayeron por intervención del gobierno español que ahora emprendió con fuerza su afán de destruir por completo la nacionalidad de los nativos. Se les prohibió sus bailes, su música, trajes y todo lo que les recordaba a sus ancestros. Se les prohibió aun bajo amenaza de castigos severos de hablar su lengua materna, el quechua. La única consecuencia beneficiosa de toda esta guerra que había costado cientos de miles de vidas humanas fue la abolición de los repartimientos, la causa principal de la rebelión.

De esta manera se reestableció de modo aparente la paz, pero siempre se mostraron aún huellas de las conspiraciones muy generalizadas, que pudieron ser controladas rápidamente en su mayoría. Este estado tenebroso se mantuvo hasta que los mismos criollos dieron la señal para la revolución y estallara la guerra de liberación en todas las colonias de Sudamérica. Es evidente que no costó mucho esfuerzo convencer a los indios para participar en esta empresa. Sería completamente equivocado, sin embargo, creer que los nativos indios hubieran hecho causa común con los criollos para lograr la forma del gobierno actual en contra de los españoles. Querían romper el yugo e introducir su propia dinastía de acuerdo al ejemplo de sus ancestros. No querían una república sino una monarquía y un rey de la familia de los incas, tomada por sagrada. Los jefes del partido revolucionario reconocieron este hecho muy pronto, pretendieron respetar las ideas de los indios y les mintieron que iban a ayudarles a lograr la constitución deseada. Como éstos no entendían bien las circunstancias en las que blancos luchaban contra blancos, los indios dirigían sus armas contra todos los pucacuncas (caras pálidas) y mistis, y mataron tanto a españoles como a patriotas cuando los pudieron alcanzar. Su furor creció a tal grado que todos los no indios tuvieron que huir de muchas provincias, pese a tratarse de enemigos más activos de los españoles. En Jauja, los indios juraron no dejar vivir a un perro o un gallo blanco y rasparon las paredes de las casas, quitándoles el enlucido blanco. Todas las mañanas llevaban sacos con las cabezas de los blancos al mercado y abrían los vientres de los españoles aún vivos «para medir cuántos codos de intestinos tiene un godo (apodo despectivo de los españoles)». Después de que el general Valdez pasó el río de Jauja con un escuadrón de caballería y los atacó cerca del pueblo de Ataura, los indios reunidos en este lugar no trataron de escapar sino que agarraron las lanzas de los soldados y ellos mismos las clavaron en su pecho, con las palabras «¡mátame Godo!». Parecían odiar demasiado a sus enemigos como para preocuparse en huir. Unos

2000 indios muertos cubrieron el campo de batalla. Solo cuando los españoles ya no pudieron manejar sus armas por el cansancio, se retiraron a Jauja sin haber perdido un solo hombre.

El gobierno provisorio de los patriotas ordenó el reclutamiento de tropas en las provincias conquistadas con el fin de reforzar su ejército. En esta época los indios fueron usados como soldados en ejércitos regulares por vez primera, pronto adquirieron su fama por tener sangre fría y una resistencia increíble. Solo en pocas regiones participaron voluntariamente, en las demás obedecieron a la conscripción y dejaron las armas en cada ocasión oportuna. El dominio español fue abolido, la guerra de liberación terminada y la constitución republicana introducida. Lo que los indios ya habían presentido, les quedó evidente después de la paz: el hecho de haber sido traicionados por los jefes de la revolución. Su condición general no mejoró significativamente. Si bien algunas opresiones fueron eliminadas, tuvieron que soportar otras, aún más pesadas y de nuevo se encontraron en el papel de esclavos en el suelo de sus padres. De esta manera, el indio peruano fue subyugado, sometido y maltratado, desde que los primeros europeos pisaron victoriosamente la costa de su patria, situación que no ha cambiado hasta el día de hoy. ¿Cómo puede sorprender que uno de los rasgos básicos de su carácter sea un odio inextinguible contra todos los que no pertenecen a su tribu? ¿Cómo puede sorprender que deje rienda suelta a este odio para vengarse en víctimas inocentes? Estos sentimientos se ven, sobre todo, en los nativos que no están corrompidos por viles intereses pecuniarios o por contactos frecuentes con los criollos.

Aún se sienten con toda su fuerza y se entregan a la hermosa esperanza de recuperar el dominio y sus derechos perdidos hace tanto tiempo. Los eventos y la memoria de este tiempo se renuevan cuidadosa y constantemente. En la mayoría de las provincias sureñas, los indios se reúnen en días señalados en la choza del más anciano o del cacique y escuchan los cuentos de la historia de los incas, de los hechos de sus descendientes y de la revolución de Túpac Amaru. Se les infunde el odio contra los pucacuncas, se les pronostica que el gobierno de sus reyes se renovará y se les muestran sus imágenes cuidadosamente guardadas. Estas tradiciones y profecías seguramente tendrán éxito en el futuro. El gobierno arbitrario y los criollos que toman al indio más por animal que por hombre, están llevando a una situación en la que rebalse el vaso. Otra vez más los indios se decidirán e iniciarán una guerra de liberación como lo hicieron bajo el mando de Túpac Amaru. Después de combates terribles conquistarán su patria e introducirán de nuevo su constitución, quizá adaptada a las circunstancias modernas, pero los no indios caerán víctimas de una venganza cruel.

Algunos de los que lean estas líneas y que conozcan las condiciones peruanas, se sonreirán incrédulos y pensarán que mis pronósticos son muy audaces, pero no discutirán su probabilidad después de una reflexión más

detenida. Desde la guerra de liberación, los indios han progresado enormemente, han aprendido el uso de las armas de fuego y están familiarizados con las maniobras militares, gracias a los casi veinte años de guerras civiles, en un ejercicio casi continuo en la conducción militar regular. En las numerosas batallas perdidas, la mayoría de los que pudieron escapar se han salvado con sus fusiles, que han escondido cuidadosamente. Conocen la preparación de la pólvora a la perfección, ya que fabrican gran cantidad de esta sustancia y la queman en cohetes y petardos en todas sus fiestas. Las materias requeridas las encuentran en abundancia en los ríos de la sierra.

En un pueblo mísero por la frontera de una montaña en el Perú Central, viví en la choza del alcalde por unos días en el año de 1841. En esta choza había escondido 18 rifles con munición. Cuando le pregunté para qué fin tenía estas armas, respondió con una mirada indirecta, torciendo los ojos, que el tiempo para usarlas ya llegaría en algún momento. Detecté de inmediato que mi descubrimiento le fue molesto, lo que se mostró en su comportamiento tan cambiado que preferí abandonar el pueblo y sus alrededores de inmediato. Al ensillar el caballo, noté con una sensación desagradable que mi anfitrión se reunía con dos de sus amigos íntimos y que yo era el tema de su conversación. Al partir me preguntó amigablemente qué camino iba a tomar. Consideré prudente cambiar de rumbo, cuando me había apartado lo suficiente para que no lo notara.

Las autoridades y los mestizos proveerán cada vez más materia explosiva, de modo que solo bastará una chispa para que se incendie todo en llamas vivas. En el mismo instante en que se dé la señal de inicio, los indios de todo el Perú se reunirán inmediatamente bajo la bandera de los rebeldes. Pero creo que solo alguien como Túpac Amaru, con sus imponentes atributos de virtudes físicas y espirituales y descendiente de la tribu de la familia real, puede lograr que esta sublevación llegue a un fin exitoso. Tal hombre seguramente se encontrará en el futuro. ¿Qué medidas de oposición podrá tomar el gobierno, cuyas tropas reducidas consisten mayormente en indios descontentos y listos para abandonar el servicio odiado para poder luchar a favor de sus propios intereses? Aun la ayuda de los barcos de guerra europeos solo podrá mantener el control de algunos puertos de la costa. El primer estallido de revolución probablemente será tan terrible que no dejará tiempo para que se reúnan los criollos y los europeos. ¡Cuán mínima es su cantidad frente a la de los indios!

No puedo determinar si un dominio de los indios en el Perú se mantendrá, pero creo que será tan capaz como el caso del establecimiento de una república de negros en un archipiélago habitado por una de las naciones más cultas de Europa. Un gobierno prudente podría evitar el peligro inminente, pero es una gran calamidad que los dirigentes de la república y sus ayudantes sean tan ciegos como lo eran los españoles, al contemplar al indio con eminente desdén. Los limeños no tienen idea del carácter verdadero de los indios en la

sierra alta, aun los viajeros europeos que por regla no se desvían de la carretera común, tienen un concepto falso de ellos. Para estos viajeros el habitante indio es una criatura imperfecta, digna de desprecio, que nunca alcanzará la conciencia de su fuerza, apenas la de su naturaleza humana. Pero quien tiene la oportunidad de observar a los miles de indios que se reúnen en las aldeas mayores de la sierra para los domingos o las fiestas, nota la seguridad y firmeza en sus actos. Si aún tienen la oportunidad de presenciar la veneración dedicada a los descendientes aún vivos de los incas y sabe que tienen otro gobierno de su estilo al lado del otro impuesto, se adquiere una impresión totalmente distinta y ciertamente más correcta de ellos. Si aún percibe su desconfianza frente a los blancos y los mestizos y escucha sus maldiciones contra ellos bajo el efecto del aguardiente y sus memorias de atrocidades pasadas, contempla temeroso este estallido terrible de un odio poco camuflado y el destino triste que le espera a la población no india del Perú.

El carácter del indio peruano es eminentemente lúgubre. Al juzgar por las descripciones vivas del Perú, dejadas por los escritos más antiguos, esto no siempre ha sido así, pero los 300 años de sometimiento le han estampado este rasgo. Está presente en todas formas de modo sorpresivo, encontrándose en sus cantos, la música, su vestimenta y todos sus enseres domésticos. Los instrumentos favoritos de los indios son el pututo y la jaina. El primero es una gran concha tritón, con la que producen una música tenebrosa en sus bailes fúnebres. En tiempos antiguos fue usada para las celebraciones fúnebres de sus reyes, pero ahora se soplan casi exclusivamente en las conmemoraciones del perdido dominio incaico. La jaina (quena) parece tener un origen más reciente. Se trata de un clarinete sencillo de caña ancha. Su conmovedor sonido lúgubre no se compara con los instrumentos conocidos y tiene un efecto casi milagroso. Cuando una horda de los indios más burdos se pelea en sus bacanales y griterías tumultuosas y se escuchan los primeros tonos severos de la jaina, se apaga todo ruido como por magia, seguido por un silencio absoluto. Todo el grupo, exaltado hace pocos instantes, ahora se queda mudo y escucha con recogimiento la música mágica de la caña sencilla. Hasta los ojos del indio insensible se llenan de lágrimas, lo que normalmente solo lo causa el efecto de la bebida alcohólica y solo los sollozos de las mujeres disturban la música casi celestial. Los sonidos melancólicos de la jaina evocan una ansia indescriptible e indeterminada y dejan una sensación de un vacío inquietante que se mantiene por días, pero siempre se escucha estos sonidos mágicos con ansias renovadas.

Los colores de sus vestidos son todos oscuros, en particular prefieren un azul oscuro, el cual coincide con el color de duelo. Cuando los indios acompañan al difunto a la tumba están encubiertos en ponchos de azul oscuro. Los hombres llevan pantalones cortos de tela gruesa marrón, fijados en la cintura por una correa ancha, una camisa de lana o de algodón y solo raras veces, una chaqueta. En cambio, nunca falta el poncho de lana de alpaca. El

calzado consiste de sandalias de cuero sin curtir, llamadas «llanqui» o «usuta». Están dobladas sobre los dedos y amarradas en los tobillos.

El vestido de las mujeres consiste de una falda de lana gruesa y azul en forma de un saco, también se amarra con una correa ancha (huccau) en la cintura. Las mangas, que no están cosidas a la falda, llegan de la mano hasta la mitad de brazo superior. Desde los hombros casi hasta los tobillos llega una especie de delantal (anacu), que no está amarrado por delante sino a un costado, por regla, el izquierdo. Delante y detrás, llega hasta la parte central del cuerpo. Está tejido de lana delgada, siempre de color negro y se lleva en conmemoración y duelo de los incas. En algunas fiestas las mujeres lucen faldas coloridas (faldellines), cuyos colores chillones están compuestos de un modo bastante desfavorable. A menudo se ve faldas cuya mitad superior es de un color rojo encendido, mientras que la inferior es de un amarillo azufre con frecuencia adornada con flores recortadas burdamente y teñidas en otros colores vivos o con bordados de oro de un gusto poco refinado. Una tela pequeña de lana de fibra larga (mantilla) que se lleva sobre las espaldas, fijándola debajo del mentón con una aguja larga de plata o de una espina de cactus, completa el traje. Las madres envuelven a sus niños en esta tela o en un poncho, las echan sobre sus espaldas y anudan la tela delante de su pecho. De esta manera, cargan a sus criaturas durante todo el día mientras trabajan.

La vida doméstica del indio es carente de alegría en sumo grado. Los esposos viven en forma antisocial y tenebrosa, sus hijos se les acercan con cierto temor y días enteros pasan sin que se intercambie una palabra amistosa entre ellos. Cuando no está ocupado en las afueras, el indio está sentado en su choza, apático y silencioso, mascando su coca y cultivando una calma silenciosa. Más comunicativo que con su esposa se muestra con sus amigos, con los que conversa durante la mitad de la noche en secreto. Pero no se le puede reprochar que trate inhumanamente a su mujer considerándola su esclava, como es el caso en muchos pueblos salvajes.

De igual modo como el indio tiene su gobierno propio, con sus autoridades aceptadas por todos de acuerdo al patrón de la dinastía incaica, al lado del impuesto por la fuerza, son adictos a sus ceremonias religiosas con gran insistencia, al lado de la religión cristiana. Estas ceremonias son heredadas a través de los siglos por la idolatría de sus antepasados. Su religión, por ende, es una mezcla extraña de principios cristianos y formas paganas. Hasta los más prudentes e iluminados maestros de la religión no han logrado separar una de la otra, ya que la propensión profundamente arraigada hacia lo antiguo y la insuperable desconfianza siempre se les va a oponer. La religión cristiana les fue impuesta a los indios a la fuerza, a través de los siglos han conocido a los sacerdotes como tiranos, que usaban la religión como pretexto para las extorsiones económicas más deshonrosas y cuyos actos se encontraban en contraste abiertamente opuesto a sus enseñanzas. Si les obedecen

o los veneran tímidamente, no se debe esto al efecto de los principios cristianos, sino como consecuencia aún existente del gobierno teocrático de los incas, que les estampaba un temor sacro de la religión.

La superstición, presente en alto grado entre los indios, impide una formación más pura de la religión y es difícil de eliminar, ya que recibe su causa del culto anterior y de una extraña mezcla, posterior al rito católico. Quiero presentar algunos ejemplos de este fenómeno. Cuando un moribundo ha exhalado su último aliento, sus parientes le llenan la boca de coca, encienden una vela al lado de él, reúnen todos los enseres de la casa y su ropa y lavan todo en el río más cercano. Luego, visten al muerto con un consagrado hábito de fraile y le cuelgan un saquito con coca, maíz, cebada, quinua y otros frutos, para que tenga semillas de siembra para sus chacras en su nueva vida. En la noche, derraman ceniza sobre el piso del cuarto y cierran la puerta. A la mañana siguiente, al alba, entran nuevamente e investigan el estado de la ceniza con mucha diligencia temerosa, en pos de huellas de pies. Su imaginación exaltada siempre les deja reconocer algunas, que pueden ser de pájaros, perros, gatos o de bueyes o llamas y otros animales. Por el tipo de huellas se define el destino del muerto. Las peores son las de gallinas, ya que indican que el muerto está condenado sin misericordia. Las huellas de las llamas son las mejores, ya que significan que tiene que pasar solo poco tiempo en el purgatorio para poder pasar al paraíso. El sepelio se lleva a cabo del modo cristiano, ya que está acompañado por un cura. Apenas éste se aleja, se le da víveres al muerto para su camino, ya que se le entierra sin ataúd. A menudo vi que uno de sus parientes más cercanos bajaba a la tumba para chancarle la cara con los pies. No he podido comprender la razón de este comportamiento escandaloso. En el día de Todos los Santos, se prepara una mesa en cada casa en la que hubo un caso de defunción durante el año en curso. Se coloca aguardiente, tabaco, coca y los platos favoritos del difunto en esta mesa y se cierra el cuarto herméticamente. Los deudos están convencidos de que el espíritu del muerto vendrá ese mismo día para deleitarse con estos manjares. Nadie come de estos platos no tocados, sino se los suele enterrar sobre la tumba del difunto. La viuda lleva ropa de duelo por su esposo durante 12 meses. En algunas provincias se pone un vestido de novia, sobre el que viste su ropa normal, el día de haber cumplido el año del duelo. Todos sus parientes la visitan en su vivienda, donde ejecuta bailes fúnebres, acompañada por música melancólica. Al acercarse la hora en la que murió su esposo hace un año, tanto el baile como la música se ponen más lúgubres y serios, pero una vez pasada la hora, se le acerca una amiga y le quita su mantilla negra. Al ver este acto vienen corriendo otras. Unas le están desvistiendo poco a poco de su ropa de duelo, siempre bailando, mientras que otras le adornan su pelo con flores hasta que la viuda aparece vestida de novia. En este momento la música cambia a una melodía alegre y toda

la congregación participa en el baile, pasa a la calle y el esparcimiento sigue durante toda la noche, terminando en una bacanal desenfrenada.

La creencia en los medios destructivos, por la magia simpática y por brujos, es muy difundida entre los indios. Por regla, recurren a ellos antes de emprender otro tipo de acción. Un monje en el convento de Ocopa me mostró herraduras, trapos, pelos de mujeres, vacas, zorros y otros, debajo de la vestimenta de imágenes de santos. Fueron dejados por los indios con el fin de recuperar un caballo perdido o una vaca robada, para matar a un zorro ladrón de gallinas u obtener información acerca de la fidelidad de una mujer. Me aseguró que se sacaban estos objetos a diario, pero aparecían siempre de nuevo, pese a los sermones serios. En esta misma ocasión me contó como uno de sus hermanos de oficio fue invitado a celebrar una misa en una aldea cercana, en la que no asistió indio alguno, pese a que normalmente acudían en buen número. Cuando preguntó al alcalde por la causa, éste le respondió, después de vacilar por largo tiempo, que se habían olvidado de colocar un sapo (*rachac*) debajo del Santísimo. Este acto suele llevarse a cabo en secreto, ya que los indios saben muy bien lo impropio de ello.

Llama la atención que los indios se entregan a estas supersticiones aún a costa de sus miembros sanos y hasta de su vida. Fui testigo de uno de los ejemplos más llamativos en el pueblo de Acobamba. En el día de San Antonio los habitantes se reunieron en la plaza. Todos los hombres estaban armados con palos fuertes, que se habían conseguido en la montaña unos días antes de la fiesta. Se repartieron en dos partidos relativamente iguales y comenzaron a combatir con el mayor furor cuando se dio la señal respectiva. Al instante que uno de ellos cayó con la cabeza destrozada, las mujeres se acercaron corriendo para recoger la sangre que emanaba, la rascaron con cuchillos y la conservaron con mucho cuidado. Después de un combate de casi dos horas, cuando ya caían varios muertos y muchos heridos sobre el suelo, se dio la señal de paz y todos los cholos se reunieron para festejar bailando y bebiendo. El fin de este masacre bárbara es uno solo: *conseguir la sangre humana para enterrarla en las chacras y obtener, mediante ello, una cosecha asegurada*. No quiero profundizar este tema, pero mencionaré el modo cómo un indio pretende obtener el favor de la mujer amada. Si su deseo llega a extremos inaguantables, su único medio para aliviar su tortura y favorecer su destino consiste en buscar siete culebras, cortarles las cabezas y mostrársela a su amada resistente. Ante esta señal significativa, aun la joven más terca no osa resistirse más. De esta manera encontramos una superstición poderosa y oscura en casi todas las circunstancias vitales.

Observemos ahora a los indios en su relación histórica natural. Tanto el color de la tez como la estatura corporal, muestran diferencias significativas entre los habitantes costeños, serranos y selváticos. Éstas aun se perciben en provincias particulares y resaltan entre los indios de las cordilleras. Por lo

general el indio peruano es de estatura mediana, más esbelto que macizo, de una fuerza notable, pero más resistente que fuerte. Los indios costeños suelen ser más gordos que los demás, ya que llevan una vida más reposada y están menos expuestos a la escasez.

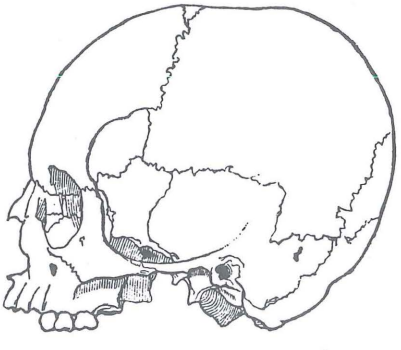
En algunas provincias de la sierra se encuentra un tipo esbelto y alto, sobre todo en el Perú Central; más hacia el sur pierde en estatura pero se vuelve más macizo. Entre los indios peruanos se halla menos una fisionomía nacional que entre los otros, ya que la forma de la cara muestra variantes en casi cada provincia y no muestra rasgos típicos reconocibles con facilidad. En una repetición de la diagnosis de la raza india, se expresaría prácticamente todo lo general que es preciso de señalar. En el color de la tez, en cambio, se muestra una cierta relación constante, de modo que posibilita la diferenciación de los habitantes en tres regiones principales. De acuerdo al grado del frío el color de la piel se torna más oscuro. El indio de la puna se caracteriza por un color marrón rojizo oscuro, que es aún más oscuro entre los costeños, mientras que los indios de los bosques son casi amarillos del color del trigo. Esta diferencia es muy llamativa, lo que se percibe bien al ver a los habitantes de las diferentes regiones en conjunto. Es notable que los cholos de la puna no se tornan más claros cuando bajan a vivir en los bosques. En cambio, los indios amarillos de las montañas adquieren la característica tez marrón oscura, después de pocos años de vivir en la puna. Las mujeres, por lo general, son muy feas de fisionomía indistinta. Su cara es más redondeada que la de los hombres, lo que le da el aspecto de hinchada. Destacan por tener manos y pies pequeños, sobre todo, cuando usan zapatos desde su juventud, lo que ocurre solo excepcionalmente.

Los indios suelen llegar a una edad muy avanzada, pero a menudo ésta se acorta por el exceso del consumo de bebidas alcohólicas. La opinión que sostiene que el mascado de la coca es dañino y lleva a una muerte temprana es incorrecta. Ejemplos de indios con edades de 120 a 130 años, y aún más, que viven en posesión de todas su fuerzas físicas y mentales, no son excesivamente raros[4]. Stevenson menciona también que encontró en el registro eclesiástico en Barranca, que se habían enterrado once indios en el lapso de siete años que vivían conjuntamente por un total de 1207 años, lo cual resulta en un promedio de 107 años para cada uno de ellos. En el valle de Jauja vivía un indio en 1839 que nació en el año de 1697, según el registro de bautizos que me mostró el cura. Según su información este indio no había tomado agua desde hacía más de 90 años, sino exclusivamente la chicha. A partir de los once años de edad había mascado la coca por un mínimo de tres veces al día, mientras que su consumo de carne se limitaba a los domingos, los demás días comía solo maíz, quinua y cebada. Hasta en la edad avanza-

4 *Merc. Per.* Tomo I.V. [T]

da los indios conservan la mayoría de sus dientes y su pelo cabelludo. Es un fenómeno llamativo que éste no se torna blanco, sino solo canoso. El indio referido mantenía aún su pelo negro brillante.

Así como los actuales indios bravos de los bosques se separan en tribus fisonómicamente delimitadas en términos geográficos, los peruanos de las cordilleras y de la costa también se separaban en razas definidas en tiempos anteriores. Con las conquistas cada vez más extensas de los incas, en cambio, se fusionaban paulatinamente. Hay que saber que los incas tenían un sistema para borrar por completo las nacionalidades de las naciones vencidas con el fin de asegurarse su sometimiento de una forma más rápida y segura. Extrajeron el núcleo de las tribus para incorporarlo en sus ejércitos y enviaron colonos nuevos a las provincias conquistadas, introduciendo de este modo su lengua y su religión. Así las tribus, antes claramente diferenciadas, se entremezclaron en tal grado que ya no existían como tales, antes de la llegada de los primeros españoles, cuando el imperio incaico había alcanzado su máxima extensión. No tendríamos noticia de ellas si no tuviéramos, por suerte, las antiguas tumbas con sus cráneos que nos cuentan de su pasado. Por ello, me esforcé mucho durante mi viaje para obtener claves para las relaciones antropológicas de los primeros habitantes del Perú. Pero como no existían tradiciones sobre ellos, tuve que concentrarme en los restos físicos, que cavé con mucho esfuerzo de las tumbas más antiguas. Ellos me dieron hechos más seguros que los que me hubieran dado la historia o la tradición. Según mis estudios, el Perú fue habitado desde los tiempos más remotos por tres tribus grandes, que se diferencian en la formación de sus cráneos. La primera ocupó toda la región costera entre el despoblado de Tumbes y el extenso desierto de Atacama y alcanzó el pie de la cordillera. El cráneo de esta raza tiene la forma de una pirámide truncada

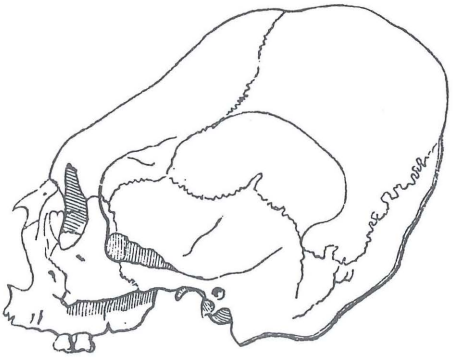


con la base hacia arriba. Su diámetro recto está en una proporción de 1:1 con el transversal. El ángulo facial de Camper mide 77°, la inclinación de la parte escamosa del occipital hacia la horizontal mide 82°, la inclinación del frontal hacia el diámetro recto mide 68°.

En estos cráneos aparecen algunas variantes, causadas por el arte, que se diferencian por localidades. El occipital puede estar aplanado hacia la derecha o la izquierda, de modo que la curvatura de uno de los temporales casi desaparece, al enfatizar la del otro. En muchos casos la parte escamosa del occipital está aplanada en forma regular. Estos aplanamientos, sin embargo, solo son emblemas familiares, ya que en cada entierro solo aparece una de estas variantes, mientras los cráneos de otro entierro a solo unos cientos de pasos de distancia pueden mostrar un aplanamiento diferente. En su juventud inicial, se les coloca planchas de madera en la cabeza en los lugares donde se propone aplanar el cráneo, fijándolas con fajas anchas. Varias bulas papales prohibían este uso de la forma más categórica. Esta deformación artificial no debe confundirse con la forma particular innata de la siguiente raza.

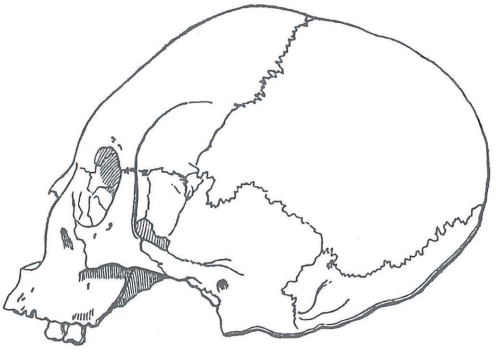
A esta raza la llamo la tribu de los chinchas o yungas; su idioma fue el yunga. Sin mezcla, esta tribu vive aún en algunos valles de la provincia de Yauyos y en algunos pueblos de la costa.

La segunda tribu ocupaba la sierra del Perú Central, sobre todo, los actuales departamentos de Junín y Ayacucho. Los cráneos tienen la forma de un cono inclinado, cuya plana delantera es significativamente alargada. Su diámetro recto está en una proporción de 1:1,5 con el transversal. El ángulo facial de Camper mide 69°, la inclinación de la parte escamosa a la horizontal mide 60°, la del parietal con el diámetro recto es de solo 23°.



Esta tribu, tan destacada, por su formación craneana, la llamo la tribus de los huancas, por la nación brava que habitaba el actual valle de Jauja. Su idioma fue el chinchasuyo. Aún aparece en forma pura en algunas familias del departamento de Junín. Vi al primer indio con este cráneo tan llamativo, entre los trabajadores de la mina cuprífera de Morococha. En la fortaleza de Huichay, en Tarmatambo, en Huari y en Palca, he abierto los entierros más antiguos y encontré cráneos de esta tribu, casi exclusivamente.

La tercera raza ocupaba la extensa meseta peruano—boliviana, al sur del nudo de Azángaro. Los cráneos consisten de una bóveda bastante regular en forma de arco. El diámetro recto está en una proporción de 1:1,3 con el transversal. El ángulo facial de Camper mide 68°, la inclinación de la parte escamosa del occipital con la horizontal mide 55° y la del frontal con el diámetro recto 45°.



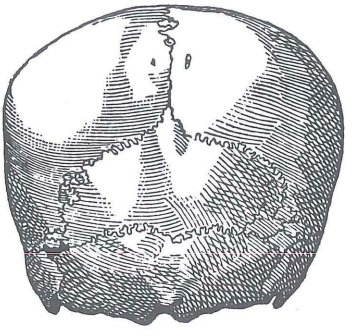
De esta tribu, que llamo los aimaras, siguiendo la denominación de otros viajeros, surgió la dinastía de los incas, que subyugó a todas las demás tribus en el curso de pocos siglos. Su idioma fue el quechua; el de las regiones sureñas, el aimara. En algunas regiones de los departamentos de Puno y Cuzco, en el sur del Perú, esta tribu aún subsiste en su pureza original. Se percibe un parecido llamativo entre los cráneos de los aimaras y de los guanchos de las Islas Canarias. También existen coincidencias extrañas en su modo de enterramiento y en la posición de los cadáveres, aunque estas dos naciones probablemente nunca tuvieron algún tipo de contacto.

Menciono aún una de las relaciones osteológicas más interesantes entre estas tres tribus. Se trata de la separación de la parte escamosa del occipital, por una sutura que aparece nítidamente en todos los cráneos de niños de un año de edad. Más tarde suele desaparecer por el crecimiento, pero su lugar aún se observa como un surco nítido en la mayoría de los cráneos de adultos[5]. En el grabado de madera que se adjunta se ve un cráneo de un niño de entre diez y 12 años con la sutura aún abierta en todo su curso.

Desde la conquista por los españoles, la población del Perú ha disminuido de una forma increíble. Al leer la descripción de los ejércitos disponibles a los incas, como los presentan autores como Xerez, Gómara, Garcilaso y los demás historiógrafos antiguos o al contemplar las ruinas de los edificios gigantescos y las innumerables aldeas y ciudades en toda la extensión del Perú,

5 Notas más detalladas se encuentran en *Müller's Archiv für Physiologie*. 1844, p.107. [T]

apenas se comprende cómo fue posible que este país se despoblara tanto en un lapso de tres siglos. En el tiempo de la conquista no hubo problemas en formar un ejército de 300 000 soldados en un lapso breve y aun establecer otro más de reserva, con una cantidad correspondiente de hombres. Ahora,



el gobierno alcanza con grandes esfuerzos una reunión de apenas 10 000 a 12 000 soldados. Según el censo de 1836, el Perú cuenta con una población total de menos de 1 400 000 hombres, lo que equivale a algo menos de la población anterior del departamento del Cuzco. Lamentablemente, no existen indicaciones ni aproximadas de la población anterior. Aun si existieran, tal cifra sería difícilmente reducida a la del Perú actual, ya que Bolivia y una parte de Buenos Aires y Colombia pertenecían también a este imperio poderoso. Como ejemplo de los alcances de la disminución de los habitantes, quiero mencionar solo los datos proporcionados por el Padre Meléndez[6]. Poco antes de la conquista hubo un total de 30 000 indios tributarios en la parroquia Aucallama, en la provincia de Chancay[7] (entre los 18 a los 50 años de edad). En la actualidad cuenta solo con un máximo de 140 almas, más de un tercio de ellos son mestizos. Toda la costa del Perú, hoy casi despoblada, fue tan densamente habitada que los incas tuvieron que emplear un ejército de 80 000 hombres para vencer al rey chimú en el norte del Perú. Es inconcebible que un reciente y muy descuidado viajero (Meyen), pudo atreverse a sostener que la población del Perú no hubiera disminuido significativamente bajo el gobierno español. Ya vimos cuán importante ha sido en realidad. Ya se ha escrito mucho sobre las causas de esta disminución de los indios peruanos, de modo que no hay necesidad de insistir en ello, pero las mencionaré brevemente. Estas causas se encuentran en las masacres inhumanas y despiadadas de los españoles durante su conquista del país, así como en las muertes voluntarias de los indígenas con el fin de escapar del poder de sus

6 *Tomo I*, p.328, ya citado por Ulloa. [T]

7 El Padre Cisneros indica solo 1 500 000 habitantes para todo el Perú, en el año de 1579, pero comprende en esta cifra solo a los tributarios desde los 18 a los 50 años de edad. [T]

opresores, en la mita, la viruela, la escarlatina y la introducción del aguardiente. Solo la mita, en particular la de las minas, ha costado cuatro veces más las vidas de los indios que cualquiera de las otras causas indicadas. Después de la abolición de la mita la población india se ha recuperado, pero el tiempo es muy breve para poder proporcionar resultados fehacientes, sobre todo por las muchas guerras civiles, que han costado un número muy elevado de víctimas en una población debilitada. Con todo, se puede pronosticar un incremento significativo de la población india en la parte occidental de Sudamérica con la mayor certeza. Un viajero alemán que estuvo en el Brasil por un lapso de tres años, escribe lo siguiente: «La única raza humana para la cual se puede emitir un pronóstico general, basándose en todos los hechos disponibles, es la americana. Este pronóstico que le niega la vida al género humano rojo, vale también para los indígenas brasileños»[8].

Este pronóstico que se ha hecho realidad en toda la América del Norte y en algunas de la parte sur, es demasiado apresurado para los pueblos que tenían un grado superior de civilización en el tiempo de la llegada de los primeros europeos. En consecuencia, no se realizaría para el indio peruano, menos aún por el hecho que las causas que han llevado a la destrucción del indio norteamericano y de los sudamericanos orientales no son aplicables para él.

Cuando inicié este libro quería preparar también un esbozo de la historia más antigua del Perú, pero lo he dejado, ya que esta materia es muy abundante y muy lejana a los esbozos de este trabajo. Me he ocupado con gran interés y con mucha diligencia a este tema durante mi estadía en el Perú. Revisé documentos impresos y escritos a mano, he recogido leyendas y he comparado y analizado a los historiógrafos más antiguos. Este trabajo está relacionado con dificultades extraordinarias y se pondrá más difícil a partir del tiempo de la conquista del Perú hasta el presente. Me he convenci-

8 Von Martius, *Das Naturell, die Krankheiten*, etc. En *Buchner's Repertorium für die Pharmacie*, XXXIII, Heft 3, Separata, p.108. Von Martius escribe en otro lugar (*Die Vergangenheit und Zukunft der amerikanischen Menschheit, Deutsche Vierteljahrsschrift*, 1839): «Se puede constatar literalmente que la civilización europea está matando a los americanos. Parece que no se ha observado aún el caso de una familia de pura sangre americana, que se haya conservado hasta la cuarta o quinta generación en medio de los inmigrantes blancos e híbridos sin que se hubiera desvanecido, prácticamente envenenado, por el aliento de la cultura». Existen, sin embargo, innumerables casos en el Perú que contradicen esta constatación. No solo familias aisladas, sino aldeas enteras se han mantenido puras desde los siglos, rodeadas de mestizos y de blancos. Ya me referí a un caso de ellas en la primera parte, pág. 187, del pueblo de Chilca, a una distancia de 14 leguas de Lima, cuyos habitantes están en contactos diarios con blancos y mestizos, pero nunca se han reproducido con otros que sean de la raza india pura por 300 años. El autor de ambas publicaciones citadas se ha dejado guiar por una idea preconcebida y ha tomado muchas opiniones por realidad general, las que en realidad solo valen para regiones aisladas. [T]

do de que la historia más antigua del Perú es, en gran parte, un cuadro fantasioso, basado en muy pocas evidencias históricas verídicas. Éstas suelen estar adornadas o distorsionadas por cada narrador según su libre albedrío. No se debe confiar mucho en la historia de la última época anterior a la conquista, ya que ésta está basada solo en tradiciones, por lo que abundan los datos más contradictorios. Me quiero limitar a dar unas pocas observaciones sobre los más importantes historiógrafos peruanos. Por lo general, Garcilaso de la Vega está considerado como el más fidedigno. Contó de una secuencia regular de la dinastía incaica, desde su origen hasta su ocaso y proporciona muchos datos interesantes sobre su sistema de gobierno, las guerras, las costumbres, el modo de vida y otros. Pero precisamente este historiador merece la mayor desconfianza, como lo mostraré a continuación. Fue mestizo, hijo de un oficial español y de una *ñusta* (mujer joven de sangre real), por lo que se hizo llamar Inca, lo cual no corresponde a las leyes genealógicas de los reyes peruanos, quienes otorgaban este título solo a los descendientes masculinos de los incas y de sus hermanos, mas no a las de la línea femenina. Nació ocho años después de la conquista y dejó su patria a los 18 años de edad para viajar a España, donde entró en los servicios del Rey y avanzó hasta ocupar el cargo de capitán. En este país escribió varias obras, de las que solo mencionaré la *Historia de los Incas* y la *Conquista del Perú*. La primera, *Primera parte de los Comentarios Reales*, es la fuente principal para todos los que han escrito posteriormente sobre el gobierno de los antiguos reyes peruanos. El propio Garcilaso indica que los materiales que le sirvieron para la elaboración de la obra le fueron comunicados por un tío materno. Si consideramos que los recibió siendo niño, su tío probablemente ajustó sus cuentos a la capacidad aún no experimentada de un niño y que el escritor habrá llenado las lagunas posteriormente según su libre albedrío, se comprenderá fácilmente que semejante crónica no merece mucha confianza. La primera edición de esta obra fue publicada en Sevilla y pertenece a las grandes rarezas bibliográficas, ya que fue confiscada y quemada por el gobierno porque su autor había incluido una profecía guardada en el Templo del Cuzco. Según esta profecía, ya se había vaticinado el ocaso del imperio mucho antes de la conquista, pero con la anotación de que los incas iban a recuperar su trono en el futuro gracias a una nación llamada Inclaterra. Calancha en su *Corónica moralizada* y Herrera en su *Décadas* han retomado posteriormente esta profecía extraña[9]. Pocos años después se volvió a impri-

9 Este lugar reza como sigue: «*Deum ego testor, mihi a don Antonio de Berreo affirmatum, quemadmodum etiam ab aliis cognovi, quod in praecipuo eorum templo, inter alia vacticinia, quae de amissione regni loquuntur, hoc enim sit quod dicitur fore ut Ingae sive imperatores et reges Peruviae ab aliquio populo, qui ex regione quadam, quae Inclaterra vocetur, in regnum suum rursus introducantur*». Llama la atención que Garcilaso publicara esta profecía pese a su gran devoción por los españoles. Hasta ahora no se ha cumplido, pero es posible que se cumpla en el futuro. [T]

mir en Lisboa (1609), y esta edición también es muy escasa, pero hubo otras ediciones posteriores en Sevilla y París.

La segunda obra de Garcilaso describe la conquista por los españoles, de la que fue testigo en sus años de niñez. Si bien ofrece hechos importantes, ha distorsionado otras circunstancias de un modo extremo. El autor, que pertenecía a la línea del Inca Huascar, habla de la manera más violenta e injusta de su hermano Atabalipa y sus adherentes. Por otro lado alaba a los españoles inmerecidamente y, a menudo, distorsiona sus hechos bélicos hacia su favor. Este reproche corresponde a la mayoría de los escritores de su tiempo, ya que la censura de la Inquisición nunca permitía una descripción fiel de las crueldades terribles cometidas bajo el manto protector de la religión.

Hace pocos años se publicó por primera vez, traducido al francés, el manuscrito de don Fernando Montesinos sobre la historia peruana anterior a la conquista. El autor se jacta de haber recogido los hechos históricos más precisos, basándose en tradiciones y cantos, así como de quipus, en el lapso de su estadía de muchos años en el Perú. Con todo ello ofrece una crónica verdaderamente fabulosa. Según sus informaciones, el Perú era el país Ofir y fue poblado por pueblos orientales que avanzaron paulatinamente hacia el este. Registra 97 reyes peruanos, cada uno de ellos con un promedio de 35 años de gobierno. Siguiendo a Montesinos, el imperio fue deteriorado completamente por la inmoralidad y disensiones internas durante mucho tiempo, después de la muerte del 87° inca, Inti Capac Maita Pachacuti. Gracias a su astucia, una princesa, llamada Mama Chiboca, logró terminar este interregno y conseguir el ascenso al trono a su hijo Inca Roca. Enumera once reyes desde Inca Roca hasta Inti Cusi Huallpa (Huascar), que corresponden mayormente a los que indica Garcilaso, pero con nombres totalmente diferentes y descripciones divergentes de sus guerras y leyes. Debido a esta obra de Montesinos se ha producido un caos en la historia antigua del Perú, que probablemente nunca se resolverá. Se deberá seguir incondicionalmente a Garcilaso o a él, ya que es imposible llenar las lagunas de una obra por datos contenidos en la otra.

Pedro Cieza[10] de León, uno de los soldados de Juan Vadillo, ha ofrecido noticias muy valiosas acerca de la historia peruana. Describe la guerra devastadora con un menor grado de prejuicio y de una manera bastante correcta. También merecen mención Fray Marcos de Niza y Alfonso Palomino. Las comunicaciones del Padre José de Acosta son buenas en lo general, pero pecan de injustas y violentas en lo concerniente a la religión.

No existe ni una sola historia correcta y fiel sobre la época del dominio español en el Perú. La obra más correcta que existe sobre el tema son las

10 Tschudi escribe «Chica». [K]

Noticias secretas de América, entregadas por don Antonio de Ulloa y don Jorge Juan al rey Fernando VI, cumpliendo una orden secreta a mediados del siglo pasado y publicadas en Londres en el año de 1826. Éstas ofrecen una aclaración amplia y bastante fiel del estado de las colonias de América en este tiempo. Por desgracia este informe preciso quedó sin consideración alguna, lo cual puede ser una de las causas principales de la pérdida posterior de todas las colonias.

La historia de la guerra de liberación fue escrita de muy pocos autores. Ninguno de estos trabajos es suficiente, ya que en todos ellos las personas y los acontecimientos están distorsionados debido al odio partidario o a la vanidad. Una de estas obras, escrita por un general del partido revolucionario, fue quemada en una plaza pública del Cuzco a causa de sus aseveraciones incorrectas. Algunos autores europeos han investigado esta época, pero en todos ellos se extraña la precisión de los hechos, la captación verdadera de las causas e indicaciones correctas de los lugares involucrados.

Los acontecimientos políticos, desde la independencia de 1826 hasta la actualidad, no se han reunido aún. Los pocos periódicos peruanos, escritos con mucha pasión, son fuentes inseguras e interesadas. Se trata de un trabajo muy difícil, ingrato y, a la vez, triste, escribir una historia de las revoluciones, motines, guerras de invasiones y cambios constitucionales que caracterizó esta época.

Capítulo décimo

El idioma. — Los dialectos. — La corrupción. — Muestras del quechua. — La poesía. — El quipu. — Inscripciones. — Las antigüedades. — Los acueductos. — Las fortalezas. — Las aldeas. — Las viviendas. — Ídolos y enseres domésticos. — Las momias.

De la misma manera como los habitantes primordiales se separaban entre ellos en tribus diferentes debido a su formación craneana, también se distinguían por sus idiomas. En la parte sur del país, en particular alrededor del Cuzco, se hablaba el quechua, ya que era la lengua de la corte y la más extendida, llamada «lengua general» por los españoles. En la sierra del Perú Central se hablaba el chinchaysuyo por los huancas. Los indios de toda la costa, pertenecientes a la tribu de los chunchos, hablaban el yunga[1]; los que vivían en la parte del Perú Central, que corresponde a la provincia actual de Yauyos, hablaban el kauqui y los serranos del noreste del Perú hasta el Huallaga, el lama[2]. Los de la parte alta de Quito, finalmente, usaban el quiteño[3]. Estos idiomas diferentes que pertenecen a una tribu, con la excepción del lama, divergen tanto entre ellos que los habitantes de las diferentes regiones no se entienden mutuamente. Por ello los incas vieron la necesidad de introducir el quechua en todas las naciones vencidas, lo que causó una distorsión de los otros idiomas o dialectos. Ya en tiempos de la invasión de los españoles raras veces se hablaron en forma pura. La corrupción de las lenguas, evidentemente, fue en aumento con la introducción de un nuevo idioma después de la conquista de los españoles. Raras veces los indios formaban nuevos nombres con raíces de su propia lengua para los objetos antes desconocidos, introducidos por ellos al Perú. Para la mayoría de ellos adop-

---

1 Aparentemente, Tschudi se refiere al muchik. [K]

2 Adelung presenta en su panorama de todas las lenguas (véase pág. 84) el calchaquí, hablado en la actual Tucumán, como dialecto del quechua. En realidad es dialecto aimara. El mismo autor comete el error de sostener que el lama se habla en la región de Trujillo. [T]

3 Existen varias gramáticas y diccionarios del quechua, del quiteño y del lama. Del kauqui se conocen solo algunas palabras, del chinchaysuyo tenemos un diccionario sumamente imperfecto escrito por Figueredo y del yunga una gramática con un confesionario y oraciones por Fernando de Carrera que es una obra muy rara. [T]

taron los términos españoles. Solo a causa de este proceso, pero más aún por las interrelaciones estrechas entre los indígenas y los inmigrantes, se perdió la pureza idiomática, lo que se aceleró por el incremento de la influencia de los extranjeros en número de habitantes y superioridad moral. Actualmente el quechua representa una extraña amalgama de todos sus dialectos y del español. Se ha mantenido más puro en las provincias sureñas, pero aún allí está entremezclado con muchas palabras aimara. En el Perú Central predomina el chinchaysuyu y en la costa el español y el yunga. Los indios actuales y los mestizos que se ven en la necesidad de hablar alternativamente el quechua y el español, han corrompido ambos idiomas de tal manera que, a menudo, resulta casi imposible comprenderlos. Parece también que se han formado dialectos propios desde la conquista del Perú, probablemente debido al modo de vida esencialmente cambiado de los descendientes de los antiguos peruanos. Quizá también se debe a que su oído se ha acostumbrado a sonidos más suaves, con el afán de modular lo duro de su propio idioma, por lo cual introdujeron cambios fonéticos arbitrarios, como la *l* suave en vez de la áspera *r* y en vez de la profunda y llena *u*, la redondeada *o*.

La familia de los incas tenía un idioma propio y secreto, cuyo aprendizaje era prohibido para sus súbditos. En la actualidad se ha perdido casi por completo y se han conservado solo unas dos docenas de palabras. Aparentemente se trató de un dialecto refinado del quechua, de algunas palabras, sin embargo, se puede demostrar la presencia de radicales del aimara.

De acuerdo con la mayoría de las lenguas de Sudamérica, faltan algunas consonantes en el quechua, como B, D, F, G, X, Z y CH. La H al inicio de una palabra se pronuncia muy aspirada, de modo que suena casi como una débil CH alemana. Por ello, los españoles suelen escribir las palabras quechua con G en vez de H. La L pocas veces se usa en su forma pura, sino que está pronunciada algo machacada, parecido al italiano *gl*, pero menos fuerte que el español *ll*. De la misma manera, se trata la N al inicio de muchas palabras, que se pueden representar bien por la española ñ, menos correctamente con el alemán ni, como en las palabras «*ñoca*» 'yo', «*ñan*» 'el camino', «*ñuñu*» 'la leche'. Con el fin de presentar un ejemplo del idioma quechua, transcribiré el «Padre Nuestro»:

> «*Yayacu hanacpachacunapican; sutiyqui muchasca cachun; capac cayniyqui; ñocaycacunman hamachun; munayniqui rurasca cachun; ymanam hanacpachapi; hinatac caipachapipas; cunanpunchau tantaçucta cohuaycu; huchaycucta pampachahuaicu, ymanam ñocaycupas ñocaycuman huchallicuccunacta pampachaycu hina; amatac cachatihuaycu huatecayman utmay caycupac; yallintacmi allimanta quespichihuacu. Amen.*»[4].

4 La traducción literal de este texto es como sigue: «Padre nuestros cielos en es; el nombre

Con el fin de demostrar la gran divergencia entre el quechua y el chinchaysuyo, daré algunos ejemplos.

Chinchaysuyo		Quechua
yacu	'agua'	*umu*
pecca	'cabeza'	*uma*
raju	'nieve'	*riti*
quellay	'plata'	*collqui*
rupay	'sol'	*inti*
accha	'pelo'	*chuccha*
yanacay	'compañero'	*maçi*
cayán	'frío'	*chiri*
tita	'gordo'	*racu*
ullini	'mentir'	*llullani*
ocrani	'perder'	*chincachini*
aihuani	'caminar'	*rini*

La lengua quechua estaba más formada en tiempos anteriores y fue enseñada en las provincias conquistadas por maestros especiales de la familia real. En sermones públicos se cuidaba mucho el habla correcta. Ninguno que mostraba deficiencias en este aspecto pudo obtener un cargo público. En ningún otro campo la riqueza del quechua se muestra en forma tan evidente como en los términos de parentesco, cada grado y relación por matrimonio tenía su término propio, de los que quisiera señalar unos pocos.

«*Yaya*» significa 'padre' y «*mama*» 'madre'. El padre llama a su hijo «*churi*», la madre lo llama *cara huahua*, la hija recibe el término «*ususi*» por parte del padre, el hermano dice a su hermano «*huauqueymi*», el hermano llama a su hermana *turi* y entre hermanas se llaman «*ñaña*». De este modo, los tíos y las tías del lado paterno reciben otros nombres que los del lado materno y estas diferencias continúan hasta los miembros más alejados de la familia.

El quechua no se presta muy bien para la poesía, debido a la flexión complicada del verbo y de la contracción pesada del pronombre y del substantivo. Pese a ello fue cultivada mucho entre los incas. Tenían poetas propios, los llamados «*haravicu*», que tenían que componer piezas de teatro en versos, así como poemas heroicos y de amor. Pero se han conservado solo pocos de estos cantos, lo que es de lamentar, ya que serían documentos histó-

tuyo adorado sea; el reino este tuyo a nosotros venga; la voluntad tuya hecha sea, así como cielos en y también esta tierra sobre; cada día pan uno da él a nosotros; los pecados nuestros perdona él a nosotros, así como al pecando a nosotros y nosotros perdonamos de esta manera; no deja él nos en tentación caer, más bien poco a poco libera él a nosotros. [T] Este texto (y otras citas en quechua a continuación) fue corregido por R. Cerrón-Palomino. [K]

ricos de gran valor. Pero precisamente éstos se han perdido casi por completo a causa del afán específico de los españoles, mientras se conservaron los poemas de amor. Los versos suelen ser cortos, raras veces riman, aunque los haravicus se esforzaban mucho en producir una métrica elegante. Usaban la rima sin buscarla, de modo que los poemas suelen ser prosa despedazada. El poema siguiente es una muestra de los mejores, extraído de los papeles del monje Blas Valera y publicada en los *Comentarios Reales*, folio 53 de Garcilaso de la Vega. El tema es un préstamo del mito siguiente: El creador del mundo (*Pacchacamac*) destina una mujer joven de sangre real (*ñusta*) al cielo, para que vierta agua y nieve a la tierra contenidas en una jarra, con lo que se producen los relámpagos y el trueno.

Çumac ñusta[5]	Princesa hermosa
Turallayquim	Tu urna
Puynuyquita	Rompe tu hermano
Paquicayan.	Ahora en pedazos.
Hina mantara	Del golpe
Cunuñunun	Truena y relampaguea y
Yllapantac.	Refucila.
Camri ñusta	Pero, tu princesa
Unuyquita	Tu agua
Paramunqui	Vertiendo haces llover,
Mayñimunqui	Y de vez en cuando
Chichimunqui	Granizo o
Ritimunqui.	Nieve envías.
Paccharurac	Constructor del mundo,
Pacchacamac	Vivificador del mundo,
Viracocha	Viracocha,
Cay hinapac	Al oficio
Churasunqui	Te señaló
Camasunqui.	Y te consagró.

Una poesía curiosa se observa en los *yaravíes*. Se trata de elegías cuyo contenido suele ser amor infeliz o duelo por difuntos. Se trata de cantos, de una o de varias voces, acompañados por música melancólica, que causan una emoción sumamente profunda en los oyentes. Cuando un extranjero escucha el yaraví en quechua por primera vez se emociona profundamente,

5 En la edición de Garcilaso (1609) hay algunas fe de erratas que se mantienen en todas las ediciones y traducciones posteriores. Aquí se los corrigió. Garcilaso también ha separado algunas palabras que tienen que ir juntas como v.g. *Puynuyquita, Paquicayan*, etc. En la traducción el tercer verso está en el lugar del segundo. *Turallayquim* significa tu hermano, *puynuyquita* tu olla y *paquini* es romper. [T]

pese a no entender el sentido de las palabras, por la música especial, ya que probablemente no existe un canto más lúgubre y a la vez suave. Lo que la jaina es entre los instrumentos, lo es el yaraví entre los cantos, ambos son expresiones de un corazón profundamente afligido. Los españoles han imitado los yaravíes en su idioma y existen algunos muy hermosos entre ellos, pero le falta la dulzura oscura que caracteriza a las elegías en quechua. La poesía moderna de los indios es una mezcla casi incomprensible de dialectos quechuas y del español y, por ende, carece de valor casi por completo. En ellos se agrega sufijos quechua a las palabras españolas o se flexiona las palabras quechua de modo español y se descuida las reglas gramaticales de un modo barbárico. Un ejemplo de ello es la estrofa siguiente que forma parte de un canto largo que se escucha con frecuencia entre los indios del altiplano. Un hombre quiere enviar un mensajero a su amada. Para ello escoge un animal de la puna. Éste, sin embargo, regresa a su lugar de estar acostumbrado en vez de acudir rápidamente. En cada estrofa se enfatiza lo característico del modo de vida del animal desobediente.

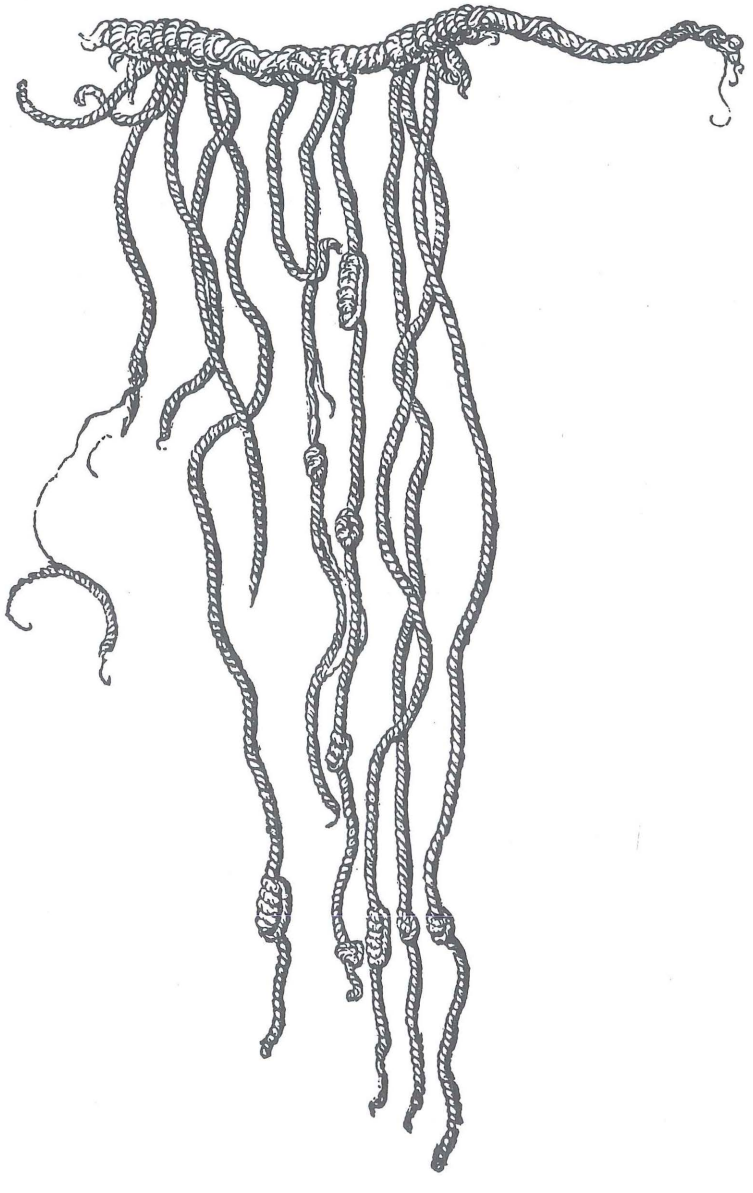
Viscachitatam cachacuni
Vida mía por consuelumpac
Quimana cacacuna Viscachita
Rangra, rangrapi pahuaicachacu.

Quería enviar una viscacha
A mi amada como consuelo,
Pero la viscacha no quería ser mi mensajero,
Sino saltó de roca en roca con mi encargo.

Los antiguos peruanos no tenían letras para representar los sonidos, pero conocían otro modo para materializar sus ideas y atar la palabra. El medio del que se servían eran cuerdas con nudos complicados, los llamados *quipus*. Estos quipus consisten de una cuerda principal, a la que están atadas otras más delgadas. En la cuerda principal solo se encuentran los nudos de la conexión con las cuerdas adicionales. Ésta es mucho más gruesa que las otras y consiste de un hilo doble torcido al que se han torcido dos simples encima del primero. Las ramas (para servirme de esta metáfora) son del grosor del hilo doble del tronco, al que están fijados con un lazo simple; en ellas se encuentran los nudos. Éstos son simples o compuestos, pero entrelazados de la misma manera. El largo de estos quipus es muy variado, a menudo la cuerda transversal mide muchos codos, otras veces solo mide un pie[6]. Las

6 Tschudi usa el término «*Schuh*» que significa 'zapato'. No encuentro la equivalencia de esta medida en castellano. [K]

ramas no suelen medir más de dos pies, pero por regla son mucho más cortas. Encontré un quipu que pesaba unas ocho libras, que presento en un detalle en el grabado adjunto para proveer una idea más exacta.



Las cuerdas suelen tener colores diferentes, cada uno con un significado particular. El rojo significa soldados; el amarillo, el oro; el blanco, la plata; verde significa cereales, etc. Esta escritura de nudos fue un vehículo muy apropiado para cómputos y tablas estadísticas. Cada nudo sencillo significa-

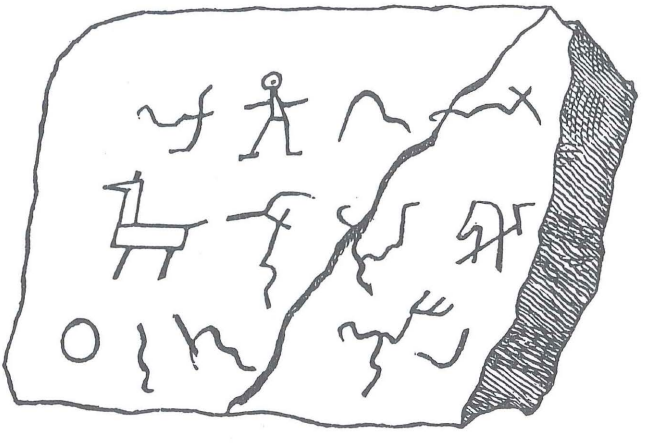
ba diez; cada nudo doble, veinte; cada triple, mil, etc.; dos simples juntos significaban veinte; dos dobles, doscientos. La distancia de los nudos de la cuerda principal era de la mayor importancia, como también la secuencia de las ramas, ya que los objetos principales fueron registrados en las primeras ramas y en la cercanía de la cuerda transversal y el resto en las siguientes.

Este modo de cómputo aún está en uso entre los pastores de la puna. Ellos me lo han explicado de tal manera que puedo leer los quipus con algo de esfuerzo. En la rama suelen registrar los toros; en la siguiente, las vacas, que diferencian en las que dan leche y otras que no pueden ordeñarse. Las ramas siguientes contienen información sobre las terneras según edad y sexo; luego vienen las ovejas en varias secciones, el número de los zorros muertos, la cantidad de la sal usada y, por último, el ganado muerto. En otros quipus se registran las cantidades de leche, queso, lana, etc. Cada tópico está señalado con su color propio y por un hilo torcido de una manera diferente.

De esta misma manera fueron registrados los ejércitos de guerra en tiempos anteriores. En una cuerda figuraban los soldados armados con hondas, en otra los que tenían lanzas, en una tercera los que usaban porras, etc., junto con sus suboficiales y mayores. De esta manera también se hicieron los informes de guerra. En cada ciudad hubo hombres cuya tarea consistía en elaborar los quipus y explicarlos, se llamaban quipucamayocuna (empleados de nudos). Si bien esta escritura era deficiente, los autores empleados durante el auge del reino de los incas tenían gran habilidad en descifrar los nudos, pero raras veces pudieron leer un quipu sin comentario oral. Siempre se requería la noción de que se trataba de censos, tributos, guerras y otros cuando llegaba de una provincia lejana. Para concretar los acontecimientos en la patria más nuclear en los *quipus*, hicieron varias señas en el inicio de la cuerda transversal que solo ellos conocían. También guardaban los quipus siempre en ciertos casilleros, para evitar la confusión, v.g. un quipu de tributo con otro de un censo. Con práctica continua se perfeccionaban hasta poder indicar con estos nudos los acontecimientos principales del reino, como leyes y decretos.

No se ha podido leer los quipus en tiempos modernos, todos los intentos han fracasado. La dificultad en descifrarlos es muy grande, ya que cada nudo señala un concepto y faltan muchos nexos. El obstáculo principal en descifrar los quipus encontrados en los entierros reside en la carencia de indicaciones orales que expliquen a lo que se refieren, lo cual necesitaban aun los *quipucamayocuna*. Aun si se lograra encontrar la clave de esta escritura, el resultado obtenido por ello no sería muy grande, ya que en su mayoría, aparecerían censos de ciudades o provincias, listas de tributo o noticias acerca de los bienes del difunto. Viven aún algunos indios en las provincias meridionales del Perú que están completamente familiarizados con algunos *quipucuna*, cuidadosamente guardados de tiempos antiguos. Pero tratan sus conocimientos en absoluto secreto, sobre todo frente a los blancos.

Parece que los indios peruanos también tenían una especie de jeroglíficos, incisos en piedra y guardados en los templos. Indicios de ellos se encuentran en las obras de varios autores tempranos. A una hora de Huari encontré una laja rota de piedra, en un gran edificio de una aldea destruida de los indios. Llevaba la siguiente inscripción:



y se parece a los jeroglíficos encontrados en México y en Brasil.

Para terminar con mis esbozos de viaje, quiero presentar algunas notas generales sobre los monumentos peruanos y las demás antigüedades, sin el afán de profundizar este tema sumamente rico.

Ya tuve la oportunidad de referirme a una de las obras más grandes y más admirables, el enorme camino militar pavimentado con piedras que atravesaba todo el reino desde el Cuzco hasta Quito, con varios ramales laterales muy importantes. Con este camino se equiparan los magníficos y extraordinarios acueductos, que transformaron los tristes desiertos de arena y colinas estériles en tierra fértil. Huellas de estos acueductos se encuentran en todo el Perú y aún si no se ven los canales, se percibe su existencia por las divisiones de los campos de cultivo que fueron irrigados por ellos. En muchas regiones, donde los valles de la sierra pasan a la puna, se observa un gran número de chacras cuadrangulares, de tamaños bastante equivalentes, cada una de ellas circundada por una muralla de piedras. Hoy en día están cubiertas de gramíneas típicas de la puna y ya no sirven para el cultivo. Campos de este tipo existen p.ej. encima de Tarmatambo en el camino hacia Jauja. Se trata de los llamados «*tapu*», que fueron repartidos entre todos los súbditos del gran reino incaico, para que ellos y sus familias se pudieran alimentar debidamente. Estos campos fueron irrigados por acueductos de gran artificio, pero los españoles los destruyeron, los reservorios se secaban y la tierra se rehusaba a rendir el producto mínimo. Muchos de estos acueductos son sub-

terráneos y ya resulta imposible encontrarlos. En algunos lugares fueron revestidos con ranuras de oro, considerados como presa deliciosa por los españoles.

No menos admiración que estas obras monumentales destinadas al bien común, merecen los enormes palacios, fortalezas y templos de los que subsisten aún restos magníficos. Los muros de estos edificios fueron erigidos por medio de sillares tan finamente trabajados y ensamblados con tal precisión, que no se puede introducir el filo de un papel en la juntura de dos bloques. En los palacios reales del Cuzco y en el Templo del Sol usaron oro y plata como mortero, pero este procedimiento solo refleja un lujo, en los demás edificios, como p.ej. en los baños de Huamalíes en la provincia de Jauja, las piedras están ensambladas con gran precisión y por el gran peso de ellas. Estas piedras alcanzan tamaños muy considerables, llegan a tener ocho a diez pies de alto y también de anchura. No todas tenían forma rectangular o cuadrangular, sino que están cortadas en forma poligonal o esférica y ensambladas con la misma exactitud, lo que muestran las ruinas extraordinariamente interesantes del palacio de Limatambo. Aquí se imponen las preguntas sobre cómo los peruanos antiguos han canteado estas piedras y cómo las trabajaron luego, ya que desconocían las herramientas de hierro. El primer punto siempre me ha quedado enigmático, el segundo me lo explico por el frotamiento de la piedra más suave por una más dura y el pulimento posterior con plantas que contienen silicatos. El transporte de los bloques cortados de las canteras a los lugares de su destinación, así como su levantamiento a alturas considerables solo pudo realizarse por el empleo de miles de hombres, ya que ignoraban máquinas elevadoras.

Las fortalezas de los peruanos antiguos también nos dan una impresión muy buena de su arte de construcción. Estaban rodeadas por murallas y fosas. Las más grandes destacan por la solidez de sus muros, las menores por la dificultad de su ubicación geográfica. Sus accesos, por lo general, eran subterráneos y estaban conectados con los palacios o los templos por galerías secretas, en caso que éstos existían en la cercanía. Estas galerías subterráneas están construidas con mucha precaución. Por regla tienen una anchura de tres a cuatro pies y la altura de un hombre, pero suelen disminuirse de improviso y llevan piedras angulosas en sus costados, de modo que solo permiten un dificultado paso lateral. También se tornan tan bajas que solo permiten el paso al arrastrarse por el vientre. Todo fue calculado para salvar los tesoros de los palacios y templos en las fortalezas y para imposibilitar la persecución, ya que después de cada parte estrecha se entra a espacios amplios para los soldados que podían impedir el paso de todo un ejército. Fuera de los restos de la fortaleza del Cuzco que siguen desapareciéndose cada año, los más importantes son los de Calcahilares y Huillcahuaman, menos interesantes son los de Chimucanchu en Mansiche, cerca de Trujillo, ya que

no se han construido con piedras sino con adobes. La pequeña fortaleza de Huichay, a dos horas de Tarma, defendía el acceso a este valle. Su parte frontal, construida con pequeñas piedras bien ensambladas, cerraba una caverna grande en la que existen muchos compartimentos que servían de depósitos para material bélico y para viviendas de los soldados. En la pendiente empinada del cerro se construyó una fosa profunda, detrás de la cual se erige una muralla flanqueada por tres bastiones. De esta fortaleza conducía un camino que atraviesa el cerro en forma de una galería larga y muy ancha de una hora y media, que lleva hasta Tarmatambo, donde existe un palacio muy grande cuyas ruinas atraen la atención de los viajeros. En esta galería hubo muchas viviendas o depósitos para cereales o asilos para épocas de guerra, como refugio para los habitantes de las aldeas cercanas. Alrededor de esta fortaleza aparece mucho azufre recogido por los huancas, los habitantes del valle de Jauja, usado para la fabricación de pólvora. Ellos han tapado la entrada a la cueva y han destruido la fortaleza de tal manera, que ya no quedará rasgo alguno de esta construcción dentro de unas pocas décadas. Pese a excavaciones que realicé durante varios días no pude ingresar en esta cueva, no obstante la indicación de un indio viejo que conocía bien el lugar de entrada y había ingresado con frecuencia en años anteriores. Cerca de Huichay se observa grietas en los farallones rocosos perpendiculares, en las que hay muros construidos con piedras pequeñas. Resulta incomprensible imaginarse cómo los indios han llegado a estos lugares, si no se supone que habían cavado galerías en los cerros. Parece que estas construcciones les servían de viviendas o de depósitos, ya que a menudo se observa pequeñas ventanas en los muros artificiales.

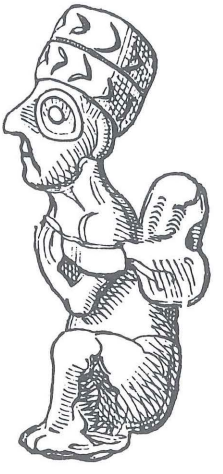
La mayoría de las aldeas antiguas de los indios de la sierra estaban ubicadas en las alturas, sobre colinas, cumbres de cerros o en las aristas de lomadas montañosas, actualmente estériles, ya que carecen de la irrigación artificial que tenían en épocas de su funcionamiento. Casi siempre estaban orientadas hacia el oriente, para que los habitantes pudieran ver a su dios en su aparición en el horizonte. Todos los asentamientos mayores tenían una plaza grande en su centro, donde se llevaban a cabo los bailes. De esta plaza salen calles más o menos regulares en todas las direcciones cardinales. Los tipos de construcción de las casas difieren mucho, se encuentra las chozas más miserables y pequeñas al lado de fachadas de palacios con 20 ó 25 ventanas. En las partes altas, las viviendas particulares son de piedra canteada juntadas con mortero duro de cal; en la costa se construía con adobes, los llamados *ticacuna*. En los departamentos de Junín y Ayacucho he visto las ruinas de grandes aldeas, con viviendas a modo de torres de una construcción curiosa. Cada casa es cuadrangular y tiene un diámetro de seis pies y una altura de entre 17 y 18 pies. Los muros tienen un grosor de uno a uno y medio pies y la puerta se orienta a la mañana o mediodía, de una altura de

apenas un pie y medio, y dos pies de ancho. Después de haber ingresado con mucha dificultad por esta entrada, se llega a un cuarto de una altura de cinco pies y medio, y una anchura correspondiente, sin ventanas. Las paredes son burdas y carecen de decoración, pero por todos lados hay pequeños nichos para guardar enseres domésticos y alimentos. Aún contienen a menudo maíz, coca, ollas, etc. El techo de este cuarto consiste de varias lajas horizontales de piedra, que dejan un espacio libre de una anchura de unos dos pies. A través de este espacio se puede llegar con cierto esfuerzo al segundo, que corresponde al primero y tiene un par de aperturas muy angostas que sirven de ventanas. El techo también tiene un hueco a través del cual se llega a duras penas al tercer piso, cuyo techo sirve de techado para toda la casa y consiste de grandes lajas de piedra. Este cuarto suele ser más pequeño que los otros dos y servía de probable cámara de almacén. Una vez encontré la momia de un niño en uno de éstos. En el primer piso vivía la familia, ya que se nota el lugar que servía de cocina; el segundo probablemente era el dormitorio; casi siempre se encuentra un gran disco de piedra, con el cual se cerraba la apertura de comunicación. Siempre me he sentido muy bien en estas viviendas y encontré allí protección de las tempestades, después de haber arrojado a un zorro o un zorrillo.

A menudo los antiguos peruanos enterraban a sus muertos en las viviendas y abandonaban la choza después. Esto parece haber sido la costumbre en el tiempo de la conquista, en la que muchos indios se suicidaron. Como en las tumbas, se les acompañó con una parte significativa de los enseres domésticos. En muchas de estas casas en las que hice mis excavaciones, he visto el siguiente ordenamiento. Debajo de una capa de tierra de unos dos pies de grosor se encuentra el cadáver bien conservado, a menudo, pero no siempre, en posición sentada. Si se elimina una segunda capa de derrumbe de un grosor parecido, se topa con los enseres domésticos, como ollas de arcilla para la cocina o para contener agua, recipientes de calabazas, instrumentos para la pesca y la caza, armas, etc. Después de este nivel llega un tercero, en el que se hallan los recipientes de oro y plata y los ídolos. Estos ídolos son de arcilla, piedra, madera, cobre o de metales más nobles. Los primeros tienen un interior hueco, son achatados y, a menudo, llevan pintura en sus caras. Los de piedra son de granito, pórfido, piedra arenisca, etc., son macizos y miden varios pies de alto. Los ídolos de oro son siempre huecos, pero sin ninguna huella de su soldadura. Difieren en tamaño, algunos pesan tres cuartos de una libra. Los de plata, en cambio, siempre son macizos. Todos estos ídolos comparten una fisionomía parecida, una cabeza grande y desproporcionada, un gorro extraño, una nariz, a menudo larga y muy curvada, grandes ojos rectangulares y posición parada o sentada. El grabado muestra uno de estos últimos de arcilla de un entierro en una casa de la provincia de Huarochirí. En su espalda lleva una carga, que por analogía

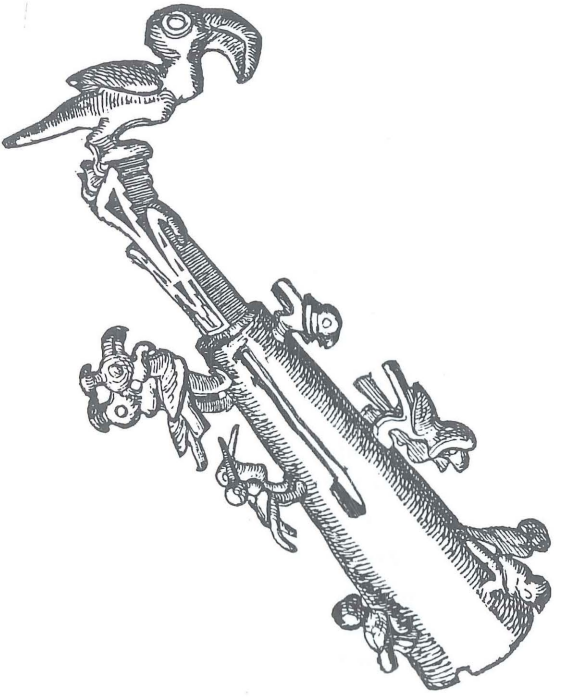
con otros más grandes y más explícitos y parecidos al ilustrado, representa dos niños.





Los contenedores de agua existen en las formas y colores más variados. Los más frecuentes representan figuras humanas sentadas con caras grotescas. Muchas de ellas son muy obscenas, otras son figuras casi irreconocibles de animales o figuras fantasiosas. La mayoría tiene dos aperturas, una para llenarlos y otra para verter el agua. En muchos de ellos se escucha un sonido muy suave, como de flauta, al llenarlo. Estos recipientes que sirven para beber son, por regla, de arcilla roja o negra cuya superficie está pulida. Los del uso diario en las casas son de tamaños diferentes, pero reducidos. Los que servían para almacenar la chicha eran muy voluminosos. He visto algunos que tenían una capacidad de seis baldes de líquido. En algunos de ellos, cerrados con yeso, se ha encontrado chicha de más de 300 años de edad y era muy fuerte. En los recipientes de calabaza se encuentra figuras incisas, por regla, muy extravagantes. No es raro de encontrar vasos grandes y pequeños de oro repujado, en los cuales no se encuentra una sutura soldada al igual que en los ídolos mencionados. Entre las armas merecen mención las hachas de piedra, que tienen una ranura en su extremo más espeso para poder colocarla en un mango y amarrarla con cuerdas. Objetos de adorno como anillos para los lóbulos, la nariz y los labios, collares, agujas, brazaletes y tobilleras suelen ser de oro adornado con conchas coloridas. Los cetros de los incas fueron trabajados de oro con gran artificio, los de los curacas eran de plata, de los caciques de cobre, a veces dorado. Sigue la ilustración del cetro de un cacique, que mide seis pulgadas con una de diámetro. A 1,5 pulgadas de su apertura existe un puente, hasta el que llegaba el palo metido en el cilindro. En el cabezal de la comuna está parado un ave (el segundo

lamentablemente se ha roto). A juzgar por su pico es probablemente una parihuana. Para ésta, sin embargo, el cuello y las patas resultan muy cortos y la cola demasiado larga. En el lado derecho bajan tres pares de pájaros, en el izquierdo en mismo número está subiendo. La primera pareja superior es de tamaño reducido, con cabezas grandes y picos rectos y gruesos. La segunda tiene el doble del tamaño de los primeros y representa claramente lechuzas. La pareja inferior es parecida a la primera, con cabezas gruesas que llevan una cresta; la siguiente representa íbices de la puna (yanahuicu). Sus picos son curvos como ganchos, en su frente aparece una cresta grande y alrededor del cuello lleva un collar ensanchado hacia delante, en forma de media luna. Este cetro interesante fue encontrado en el entierro de un cacique, entre Huacho y Huillcahuaura y pertenece ahora al Señor Consejero Aulico von Hügel en Viena.



Recipientes o ídolos de madera se encuentran pocas veces. Parece que a los indios les resultaba más difícil el trabajo en madera que el de metales o de la piedra. Los peruanos llaman «huaqueros» (del quechua «*huaca*» que significa 'el entierro') a todos los objetos que provienen de entierros antiguos[7].

7 Actualmente, el término «huaquero» refiere a los saqueadores de entierros y el de «huaco», a los objetos hallados por ellos. [K]

Los entierros o huacas son de formas y tamaños diferentes. A veces estaban destinados para contener un solo individuo, en este caso son pequeños. Pero a menudo se trata de mausoleos para familias enteras y alcanzan tamaños considerables. En la costa arenosa no se percibe siquiera una elevación en el lugar donde fueron enterrados los cadáveres. Se los encuentra en filas en las planicies extensas, más al interior, pero aún dentro de la región costeña. A menudo están construidos de adobes en forma de un horno; en la sierra, en cambio, son construcciones de piedra, ortogonales, ovaladas o altas en forma de obelisco. El viajero alemán Meyen vio estas últimas en el altiplano del sur del Perú, cerca del río Chucaña entre Pisacoma y Pichupichu. En su conocida superficialidad, los explicó como monumentos conmemorativos para las victorias de Inca Yupanqui.

Los cadáveres fueron colocados individualmente o en grupos en el centro de las huacas, sostenidos por piedras o cañas con el fin de mantener una posición sentada y con la mirada hacia el poniente. Delante de ellos estaban colocadas dos filas de ollas con quinua, maíz, papas, charqui de llama, etc., cada una de ellas tapada con un recipiente más pequeño. En forma de media luna estaban las ollas domésticas, cuyo hollín en sus bases indica su función, así como vasijas para agua y chicha, tapadas con recipientes para beber. A menudo pequeños sacos, fuertemente cosidos con mazorcas de maíz en su interior, fueron colocados entre el cadáver y las vasijas. Entre estas mazorcas se observa también algunas curiosas de la variedad *Zea rostrata* (*Zea mays* L.), llamada así por Bonafous, que se caracteriza por tener granos en punta. Por primera vez los botánicos se percibían de su existencia por una mazorca de piedra, encontrada en un río peruano en posesión de Rob Brown. Las vasijas y el cadáver fueron tapados con arena fina y por diferentes prendas de vestir, ponchos, mantas, etc., sobre los cuales se echó arena nuevamente. Finalmente, se selló todo con un muro.

Los cadáveres están envueltos en muchas coberturas y tienen el aspecto de estatuas burdas cuando se les saca de sus tumbas. Solo se diferencia una cabeza deforme, las rodillas y los pies. Una fuerte red de paja o fibra sostiene una gruesa estera de junco, en la que está enrollado el cadáver. Al sacarla se encuentra una faja ancha de algodón, en la que está envuelto todo el cuerpo, de abajo hacia arriba y sostiene dos cañas en sus costados o un palo por la espalda o entre las piernas, en el cual está apoyada la cabeza. Si se elimina esta faja, se observa una manta gruesa, de color rojo o colorido que envuelve al muerto por completo. Debajo de ésta aparecen dos telas blancas fuertemente cosidas, al igual que la manta anterior. Al sacar éstas también, aparecen algunos enseres domésticos, vasijas en miniatura, adornos, el huallqui con coca, etc. La mayoría de ellos tienen un adorno en el cuello del que cuelga un ídolo de plata o de oro. La última envoltura normalmente consiste de una tela bastante fina que debe haber sido blanca, pero que adoptó un

tono amarillo rojizo con el tiempo. Como las mantas referidas, ésta se encontraba fuertemente cosida. Después de eliminarla, se muestra el cadáver desnudo, cuya única prenda son dos o tres fajas (*huinchas*) en la cabeza. La superior es una tela abierta, siempre con franjas de color; la inferior es más angosta y más densa, pero suele consistir de fibra, pero más frecuentemente aún, de algodón amarillento. El cadáver se encuentra en posición de cuclillas, sus rodillas están flexionadas contra la cabeza, los brazos flexionados cruzados sobre el pecho, de modo que el mentón se ubica entre los dos puños. Las manos están amarradas y en la mayoría de los casos, fijadas con una cuerda por el cuello con el fin de facilitar la posición obtenida. ¡Esta cuerda ha llevado a la opinión de algunos investigadores de sostener que estos cuerpos se tratan de ahorcados! En su boca está un pequeño disco de oro, plata o cobre. La mayoría de los cadáveres se caracteriza por su conservación muy buena, todas las partes blandas se han disecado, pero los rasgos faciales suelen ser deformados hasta convertirlos en irreconocibles. El pelo, en cambio, siempre está en muy buen estado; las mujeres suelen llevarlo en trenzas complicadas.

Surge el problema de saber si estos cadáveres fueron embalsamados o si se han conservado solo gracias al clima, que favoreció una momificación artificial. Ambas opiniones cuentan con defensores entusiastas. Don Francisco Barrera, el curador del Museo de Historia Natural en Lima, sostiene que hubo hombres especializados para esta tarea, tal como figura en el *Memorial de Ciencias Naturales II*, pág.106. En este lugar describe también el procedimiento. Comenzaron con eliminar el cerebro a través de las fosas nasales, arrancaron los ojos y rellenaron las órbitas oculares con algodón. Luego extrajeron los intestinos, hasta los pulmones y la lengua por medio de un corte en la parte central del tronco. Rellenaron la cavidad del tronco y el cráneo con una pólvora fina, que despide un ligero olor a trementina al extraerla de las momias, pero que se pierde rápidamente en la atmósfera. Untaron la cara, las manos y los pies con una sustancia aceitosa, amarraron el cadáver con fajas hasta que quedaba tieso y luego lo envolvieron en la manera descrita. Este procedimiento, a mi parecer, es solamente un juego fantasioso de Barrera, compuesto a la usanza de los egipcios antiguos, pero que nunca existió en el Perú. En ninguna de las momias conservadas en el museo de Lima se puede detectar el menor rasgo de esta pólvora ni de otro tipo de preservativo, lo que ya anotó el meritorio director de este instituto, don E. Mariano de Rivero (*Antigüedades peruanas*. 1841, pág. 42). He examinado innumerables cadáveres sin que haya logrado encontrar esta pólvora en sus cavidades torácicas o ventrales, aunque sí en los cráneos, donde está concentrada en una masa negra rojiza en forma de tubérculo. En un análisis químico de una de estas muestras que efectuó el Sr. Prof. J. Vogel en Göttingen, no se encontró rasgo alguno de sustancias vegetales, sino, en su mayoría, de grasa del cerebro, lo que es la mejor prueba de la presencia del cerebro que,

por lo tanto, no fue extraído, sino que se secaba dentro del cráneo. Tengo muchas otras evidencias en contra de la existencia de una momificación artificial, pero me limito a mencionar aún una momia de un niño, que regalé a la Academia Imperial de San Petersburgo. En este individuo las costillas se han abierto en su conexión con el esternón, por lo que se ha abierto una parte de la cavidad torácica y ventral, en la que se reconoce claramente la presencia de los pulmones disecados, el corazón, el diafragma y el colón transversal.

En la costa, donde nunca llueve, el sol y la arena seca han secado los cadáveres; en la cordillera lo causan el aire limpio y los vientos extremadamente secos. Estos fenómenos los encontramos aún en las mismas condiciones en la actualidad. El panteón de Huacho[8] y los animales momificados del altiplano son las mejores evidencias de ello. Por esta razón se encuentra solo momias mal conservadas o esqueletos en las regiones donde llueve mucho, pero siempre están en posición sentada. En los lugares de la sierra donde aparece mucho azufre, los cadáveres se han conservado frescos a través de los siglos pese a la gran humedad.

Por indicaciones de Garcilaso de la Vega y del Padre Acosta el arte del embalsamiento fue conocido por los peruanos, pero, al parecer, solo fue aplicado a los cadáveres de sus reyes. Las momias de los incas, excelentemente conservadas, fueron guardadas en el Templo del Sol del Cuzco, cada una de ellas sentada en un trono. ¡Varios años después de la conquista fueron llevadas a Lima y soterradas en un patio del hospital de San Andrés! Es muy lamentable que el fanatismo furioso de los conquistadores españoles haya destruido también estos restos interesantes de los reyes del Perú, que fueron tan poderosos.

Las notas comunicadas en estos esbozos, que se refieren al barbárico sistema colonial de los españoles, muestran siempre el alto grado de obstáculo que representaba su gobierno para el desarrollo libre de los indígenas peruanos y del auge floreciente del país. ¡Ojalá que el futuro del Perú, tan ricamente dotado por la naturaleza, sea más feliz que lo que fueron los últimos siglos pasados y como lo es aún su presente!

8 *Primera parte*, pág. 177. [T]

Glosario

Ación. (Del ár. hisp. *assiyúr*, y éste del ár. clás. *suyur*, pl. de *sayr*, correa). f. Correa de que pende el estribo en la silla de montar.

Agave. (Del gr. *agavé*, term. fem. de *agauós*, admirable). amb. Género de plantas amarilidáceas, de hojas radicales de hasta 3 m de largo y terminadas en punta, grandes y carnosas, dispuestas en rosetón.

Arroba. (Del ár. *ar-robha*, cuarta parte, por serlo del quintal). f. Peso que varía según las provincias, y que en Castilla tiene en 25 libras y equivale a 11 kg y 502 g. En Aragón, peso de 36 libras, que equivale a 12 kg y medio. Según Tschudi equivale a 2,5 libras.

Bauprés. (Del fr. *beaupré*, y éste del b. al. medio *baghspret*, de *bagh*, brazo, y *spret*, barra). Palo grueso, horizontal o algo inclinado, que en la proa de los barcos sirve para asegurar los estayes del trinquete, orientar los foques y algunos otros usos.

Becada. (Del celtolat. *beccus*, pico). f. Ave limícola del tamaño de una perdiz, de pico largo, recto y delgado, cabeza comprimida y plumaje pardo rojizo con manchas negras en las partes superiores y de color claro finamente listado en las inferiores. Vive con preferencia en terrenos sombríos, se alimenta de orugas y lombrices y su carne es comestible.

Betlehemita. Religioso perteneciente a la orden fundada en Guatemala en el siglo XVII por Pedro de Betencourt.

Bocarte. (Del fr. *bocard*). m. Máquina empleada en las fábricas metalúrgicas, para pulverizar el mineral y separarlo de la ganga.

Boleadora. (De *bolear*). f. Instrumento compuesto de dos o tres bolas de piedra u otra materia pesada, forradas de cuero y sujetas con sendas guascas, que se arroja a las patas o al pescuezo de los animales para aprehenderlos.

Borrén. (Del lat. *burrago*, *-inis*, de *burra*, borra). m. Almohadilla forrada de cuero que corresponde a los arzones de la montura.

Bridón. (De *brida*). m. Brida pequeña que se pone a los caballos por si falta la grande. Varilla de hierro, compuesta regularmente de tres pedazos, enganchando uno en otro, que se pone a los caballos debajo del bocado. Tiene cabezada diversa de la del freno, y las riendas van unidas a él.

Cabestro. (Del lat. *capistrum*). m. Ronzal que se ata a la cabeza o al cuello de la caballería para llevarla o asegurarla.

Cabezada. m. Correaje que ciñe y sujeta la cabeza de una caballería, al que está unido el ramal. Guarnición de cuero, cáñamo o seda que se pone a las caballerías en la cabeza y sirve para afianzar el bocado.

Cabestrante. (De or.inc.; cf. prov. *cabestran*). m. Torno de eje vertical que se emplea para mover grandes pesos por medio de una maroma o cable que se va arrollando en él a medida que gira movido por la potencia aplicada en unas barras o palancas que se introducen en las cajas abiertas en el canto exterior del cilindro o en la parte alta de la máquina. Torno generalmente accionado por un motor y destinado a levantar y desplazar grandes pesos.

Capeado. (De capear). Disponer las velas de modo que la embarcación ande poco. Mantenerse sin retroceder más de lo inevitable cuando el viento es duro y contrario. Sortear el mal tiempo con adecuadas maniobras.

Caserna. (Del prov. *cazerna*). f. Bóveda, a prueba de bomba, que se construye debajo de los baluartes y sirve para alojar a soldados y también para almacenar víveres y otras cosas.

Chacón. (Voz imitativa del grito del animal). m. Reptil saurio, de la familia de los gecónidos, llamado por los naturalistas *Platydactylus guttatus*. Es parecido a la salamanqueja y se cría en Filipinas. *Amér.* En el Perú, cacique, jefe indio.

Codo. m. Medida de media vara, equivalente a 418 mm.

Corea. (Del lat. *choré;* del gr. *choreía*). m. Afección nerviosa, convulsiva y con movimientos involuntarios e irregulares espasmódicos, que se acompañan de irritabilidad, de presión y diversas alteraciones mentales; es más frecuente en niños y jóvenes. Es una afección hereditaria y de probable origen reumático.

Crinolina. (Del fr. *crinoline,* y este del it. *crinolino,* de *crino,* crin, y *lino,* lino). f. Tejido hecho con urdimbre de crin de caballo. miriñaque (prenda de vestir femenina).

Desjarretar. (De desjarretar) Cortar las piernas por el jarrete.

Dinero. (Del lat. *denarius*). m. Moneda peruana de plata equivalente a media peseta.

Esculapio. *Mit.* Dios de la Medicina, hijo de Apolo y de Coronis; por alusión a éste, médico, galeno.

Especioso. adj. Hermoso, precioso, perfecto. Aparente, engañoso.

Fanega. (Del ár. *fanica,* saco, medida). m. Medida de capacidad para áridos, cuyo volumen varía según las diversas regiones de España, y que en Castilla tiene 12 celemines y equivale a 55 litros y medio.

Fiacre. (Voz francesa). Coche de punto o de plaza.

Florín. (Del lat. *florino*, moneda florentina marcada con el lino de los Médicis). m. Antigua moneda de plata equivalente al escudo de Españá y usada, especialmente, en Austria y Holanda. Su signo distintivo es una flor de lis. La misma denominación se dió a la moneda de oro mandada a acuñar por los reyes de Aragón copiando los florines o ducados de Florencia, que fueron moneda internacional en la Edad Media.

Gualdrapa. (De or. inc.). f. Cobertura larga, de seda o lana, que cubre y adorna las ancas de la mula o del caballo.

Hebe. *Mit.* Diosa de la juventud, hija de Júpiter y de Juno. Fue escanciadora del néctar de los dioses hasta que en este oficio la reemplazó Ganímedes. Casó con Hércules, cuando éste entró a formar parte del número de los dioses.

Jáquima. (Del ár. hisp. *sakíma*, y este del ár. clás. *sakimah*). Cabezada de cordel, que suple por el cabresto, para atar las bestias y llevarlas.

Lazareto. (Del it. *lazzareto*). Establecimiento sanitario para aislar a los infectados o sospechosos de enfermedades contagiosas. Hospital de leprosos.

Legua. (Del lat. *leuca*). f. Medida itineraria, variable según los países o regiones, definida por el camino que regularmente se anda en una hora, y que en el antiguo sistema español equivale a 5572,7 m Tiene su equilanten marítimo, que se divide en 3 millas y equivale a 5555, 55 m.

Libra. (Del lat. *libra*). f. Peso antiguo, variable según las diversas provincias, y que en Castilla tenía 16 onzas y equivalía a 460 g. La denominación también se aplica a una unidad de peso inglesa (*pound*), que tiene 16 onzas y equivale a 453,6 g. Si pertenece al sistema llamado *avoirdupois*, que es el usado corrientemente, o que tiene 12 onzas y equivale a 373,24 g. Si pertenece al sistema llamado *trov*, que es el que suele usarse para metales y piedras preciosas.

Luis. (Del fr. *louis*, de *Louis* XIII, en cuyo tiempo comenzaron a acuñarse estas monedas.) m. Moneda de oro francesa de 20 francos.

Mefítico. (Del lat. *mephiticus*). Aquello que, respirado, es nocivo, y particularmente si es fétido.

Milla. (Del lat. *millia*, millar). f. Medida de longitud itineraria, que adopta distintos valores según los usos. La milla alemana equivale a 7420,438 m y la española (legua) a 5555,55 m. Tiene un equivalente marítimo que mide 1,851'851" (minuto de meridiano terrestre).

Moxa. (Del jap. *mókusa*, hierba para quemar). f. Mecha de algodón, estopa u otra sustancia inflamable que, con objeto medicinal, se quema sobre la piel. Cauterización de la piel por este medio.

Opalizar. Dar a alguna cosa color opalino.

Peso duro. Denominación dada a la moneda de 8 reales que equivalía a 20 reales de vellón. Se le llamó también peso sencillo, piastra, etc.

Pie. (Del lat. *pes, pedem*). m. Medida de longitud usada en muchos países, aunque con valor distinto. El pie castellano es la tercera parte de la vara, tiene 12 pulgadas y equivale a unos 28 cm; el pie inglés es la tercera parte de la yarda y equivale a 30, 48 cm.

Petrales. (Del lat *pectorale*). Correa o faja que, asida por ambos lados a la parte delantera de la silla de montar, ciñe y rodea el pecho de la cabalgadura.

Pórfido. (Del ital. *porfido*, y éste del gr. *porphyros*, purpúreo; en fr. *porphyre*). *Geol.* Roca dura y compacta, especie de jaspe, formado por una substancia amorfa, por lo común de color obscuro y con cristales de feldespato y cuarzo, que se tiene en mucha estima para decoración de edificios.

Posta. (Del lat. *posita*, puesta, colocada). f. Balín de plomo, algo mayor que los perdigones.

Postigo. (Del lat. *posticum*). m. Cada una de las puertas pequeñas que hay en las ventanas o puertaventanas.. Tablero sujeto con bisagras o goznes en el marco de una puerta o ventana para cubrir cuando conviene la parte encristalada.

Pretil. (Del lat. *pectus, -oris*, pecho). m. Murete o vallado que se pone en los puentes y en otros parajes para seguridad de los transeúntes.

Pulgada. (de pulgar). f. Medida de longitud, duodécima parte del pie (algo más de 23 milímetros).// Medida inglesa de longitud, duodécima parte del pie (algo más de 25'4 milímetros).

Puquio. m. Manantial de agua.

Quincallería. (Del fr. *quincaille*). f. Conjunto de objetos de metal, generalmente de escaso valor, como tijeras, dedales, imitaciones de joyas, etc.

Retranca. (De *retro-* y *anca*). f. Correa ancha, a manera de ataharre, que forma parte del atalaje y coopera a frenar el vehículo, y aun a hacerlo retroceder.

Sahúmar. (Del lat. *suffumare*). Dar humo aromático a algo a fin de purificarlo o para que huela bien.

Simpatético (dativo simpatético). (Del gr. *sympáthesis* por *sympátheia*, simpatía). Dativo en que se considera principalmente el interés que la persona que se halla en ese caso toma en la acción enunciada.

Sinapismo. (Del lat. *sinapismus* y éste del gr. *sinopismós*, de *sínapi*, mostaza). m. Tópico o medicamento externo hecho con polvo de mostaza, y que se utiliza como revulsivo.

Táler. Antigua moneda de plata que valía cuatro pesetas.

Terciana. (Del lat. *tertiana*). f. Calentura intermitente que repite cada tercer día.

Terpsícore. *Mit.* Musa que preside el canto coral y el baile. Se la representa en figura de una joven pulsando una lira con un plectro. Como las ocho restantes es hija de Júpiter y nació también al pie del monte Olimpo.

Toesa. (Del fr. *toise*). f. Antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1946 m.

Ulano. (Del al. *Ulhan*, y éste del turco *oglan*). En los ejércitos austriaco, alemán y ruso, soldado de caballería ligera armado de lanza.

Vara. (Del lat. *vara*, travesaño). f. Medida de longitud, dividida en 3 pies o en 4 palmos.

Verga. (Del lat. *virga*). f. Percha labrada convenientemente, a la cual se asegura el grátil de una vela.

Índice onomástico

Abascal, José Fernando de. 70, 82
Acosta, José de. 418, 436
Adelung, Johann Cristoph. 421
Almagro, Diego de. 72, 275
Amat y Junient, Manuel de. 112
Apasa Túpac Catari, Julián. 403
Arcaín, Francisco (el apellido correcto es Oricaín). 70
Areche, José Antonio de. 402
Arredondo, Esteban. 136
Arriaga, Antonio. 401
Atabalipa. 418
Atahualpa. 392, 398, 401
Atahualpa, Juan Santos. 375, 393, 400, 403
Ayanque, Simón (véase seudónimo Teralla). 89, 109, 131
Barrera, Francisco. 435
Bastidas, Micaela. 402
Beltrán, Pedro. 337, 344
Benavente, Jorge de. 323
Blanchet (timonel del «Edmond»). 43
Blanco Encalada, Manuel. 25
Bolívar, Simón. 78, 264, 292
Bouguer, Pierre. 304
Braun, Otto Phillip. 49, 57, 292
Broussais, François Joseph-Victor. 113
Brown, Rob. 434
Bulnes, Manuel. 25, 51, 53, 56, 109, 313
Calancha, Antonio de la. 74, 417
Calderón de la Barca, Pedro. 376
Camper, Petrus. 412, 413
Canterac, José. 57, 292
Cápac Yupanqui. 172, 180, 181, 183
Cárdenas (gobernador militar de tarma). 395
Carlos V. 74
Carrera, Fernando de. 421
Carvajal y Vargas, Luis Fermín de. 386
Castelfuerte, Marqués de (Armendáriz, José de). 74
Cervantes Saavedra, Miguel de. 88
Chaumette des Fossées, Jean Baptiste. 323
Chávez, Francisco de. 72
Chimu Cancha. 180, 181, 183
Cieza de León, Pedro. 418
Cochrane, Lord. 40, 42, 176
Conde de Liste (Guzmán, Luis Enrique de). 70
Conde de Esquilache (más correctamente Príncipe de Esquilache; Borja y Aragón, Francisco de). 75
Conde de Lemos (Fernández de Castro, Pedro). 70, 287
Conde de Salvatierra (de Sotomayor García, Sarmiento). 73
Conde de San Donas, Alonso. 88
Condorcanqui, José Gabriel (Túpac Amaru II). 153, 401
Cristóbal Colón. 77
Cueto, Domingo. 69
Cusi Titu Yupanqui. 400
Cuvier, Georges. 329
Dampier, William. 33
Darwin, Charles. 36, 37, 149, 214, 215, 216, 248
Defoe, Daniel. 34
Diessenbach, Ernst. 149, 214
Don Quijote. 388
Elías y Carbajo, Domingo. 112, 188, 190
Endlicher, Stephan. 3
Escobar (bandolero). 167
Esculapio. 179

Feijoo, Miguel. 151
Federico el Grande. 88
Felipe IV. 88
Felipe V. 82
Fernando VI. 419
Figueredo, Juan de de. 421
Fuente, Miguel de la. 75
Galvas, Juan María de. 395
Gamarra, Agustín. 7, 8, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 58, 60, 95
Garcilaso de la Vega. 38, 181, 254, 414, 417, 418, 424, 436
Garrial, Juan. 82
Gay, Claudio. 143, 213, 245, 246
Gill, David. 215
Girbal y Barcelo, Narciso. 322
Guarda, Manuel de la. 7, 46
Guise, Martín Jorge. 42
Hänke, Thaddeus Peregrinus. 160
Hatun Apu Cusimancu. 172
Hereza, José. 76
Herrera, Ramón. 54, 56
Herrera, Fernando de. 417
Herrera, Andrés. 323
Huari Capcha. 278, 291
Huáscar. 398, 418
Huayna Cápac. 398
Hügel, Aulico von. 433
Hügel, Clemens von. 266
Humboldt, Alexander von. 44, 143, 148, 150, 152, 175, 252, 287, 363
Huquihuasa. 403
Hurtado de Mendoza, Andrés (Marqués de Cañete). 69
Inti Capac Maita Pachacuti. 418
Inti Cusi Huallpa. 418
Inca Roca. 418
Inca Viracocha. 398
Irriarte, Pedro. 289
Iscue, Francisco de. 163
Jáuregui, Agustín de. 402
Juan Bautista (cónsul portugués). 236
Julián, Antonio. 385
Klee, Eduard. 362, 390
La Condamine, Charles Marie de. 144
Laríos, Cristóbal. 391
Las Casas, Bartolomé de. 400
La Rosa, Gregorio de. 83
La Rosa Asín, Juan de. 136
Las Rosas, Juan Manuel de. 108
Lavalle y Zugasti, José Antonio de. 189
Lefèvre. 149, 213
León (bandolero). 165, 167
Loayza, Jerónimo de. 69
López de Gomara, Francisco. 414
Mac Lean, John. 212, 213, 214, 220, 223, 224, 226, 230, 232, 240
Malaspina, Alejandro. 143
Manco Cápac II. 401
Martínez de Rivera, Diego. 88
Martius, Karl Friedrich Philipp von. 363, 416
Mendoza, José Dolores. 136
Menéndez, Gaspar. 74
Meyen, Franz Julius Ferdinand. 415, 434
Miller, William. 57, 169
Mogrovejo, Toribio de. 115
Monteagudo, Bernardo. 292
Montesclaros, Marqués de (Mendoza y Luna, Juan de). 82
Montesinos, Fernando de. 38, 418
Morán, Trinidad. 50
Muñones, Felipa. 136
Napoleón Bonaparte. 26, 77, 88
Necochea, Mariano. 50, 51, 57
Nieto, Domingo. 49, 50, 51, 52, 54
Niza, Marcos de. 418
Nolasco Crespo, Pedro. 386
Núñez de Rojas, Miguel. 88
Ocampo, Gonzalo de. 66
O'Higgins, Ambrosio. 47
Ojeda, Luis. 70
Orbegoso, Luis José de. 49, 50, 51, 52, 54, 56, 95, 109
Otasua, Francisco. 393
Otero, Francisco de Paula de. 56, 395
Otero, Miguel. 282
Pachacútec. 172, 181
Palata, Duque de la (Navarra y Rocafull, Melchor de). 82
Palomino, Alfonso. 418
Pando, Salvador. 393

Plaza, Manuel. 337, 338
Pezuela y Sánchez de Aragón, Joaquín de la. 71
Pflücker, C. R. 232
Pío V. 74
Pizarro, Francisco. 63, 65, 71, 72, 78, 172, 274, 275, 317, 392, 398, 401
Pomaré. 108
Pöppig, Eduard. 363, 386
Rada, Juan de. 72
Rávago de Riglos, Manuela. 85, 96
Rayo, José. 165, 167, 168
Requena (cura de Huacho). 173, 174, 176
Reyna Maldonado, Pedro de la. 88
Ricacatari. 403
Riva-Agüero, José de la. 49, 54
Rivas, Antonio de. 73
Rivero y Ustáritz, Mariano Eduardo de. 89, 143, 144, 212, 213, 218, 224, 230, 240, 282, 435
Robinson Crusoe. 34
Rodil, José Ramón. 7, 33, 40, 41
Rodrigo, Nicolás. 112
Salaverry, Felipe Santiago. 41, 126
Salazar, Tomás de. 88
Salcedo, José. 287, 288
Salóm, Bartolomé. 40
Sánchez, Antón. 69
San Francisco. 321
San Ignacio de Loyola. 78
San José, Francisco de. 322, 392
San Martín, Tomás de. 74
San Martín, José de. 75, 78
Santa Cruz, Andrés de. 7, 8, 49, 50, 51, 52, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 86, 95, 169, 174, 178, 282
Santa Rosa de Lima. 111, 115
Santo Toribio. 111, 112
Schiller, Friedrich von. 150
Scholz, Francisco Pablo . 143
Scryri Paccha. 398
Selcraig, Alexander. 33, 34
Serna, José de la. 71, 78
Sobreviela, Manuel. 322, 391, 392, 395
Stevenson, William Bennet. 63, 102, 411
Suárez, Isidoro. 57, 292
Teralla (seudónimo de Ayanque, Simón). 111, 131
Toledo, Francisco de. 401
Tomán, Blasio. 375, 387
Tschudi, Johann Jakob von. 63, 64, 153, 180, 192, 197, 202, 204, 220, 262, 267, 272, 329, 343, 418, 421, 425
Túpac Amaru. 397, 401, 402, 403, 404, 405, 406
Ugarte, José. 278
Ulloa, Antonio de. 33, 37, 143, 248, 253, 400, 419
Unanue, Hipólito. 88, 113, 180, 181, 386
Vadillo, Juan. 418
Valdez, Rodrigo de. 64, 404
Valera, Blas. 424
Valle, José del. 401
Vallumbroso, Marqués de. 136
Valverde, Vicente de. 275
Velasco, Mateo Pastor de. 70
Velásquez, Juan de. 72
Villegas, Jerónimo. 82
Villenueve (comándante de «Andromède». 52
Vogel, J. 435
Woodes, Roger. 64
Xerez, Francisco de. 414
Zárate, Agustín de. 72
Zubiaga, Francisca. 85, 95

Índice toponímico

Abancay. 253
Acchahuari. 207, 211, 227, 228
Acho. 133, 134, 135
Acobamba. 213, 375, 410
Aconcagua. 24, 31
Acoyac. 152
África. 97, 98
Alcocoto. 215, 216
Almendral. 24
Altiplano. 197
Alemania. 109, 110, 157, 262, 308
Amancaes. 118, 119
Amazonas. 231, 278
América. 13, 107, 156, 175, 201, 273, 283, 385, 419
América del Norte. 97, 270, 416
América del Sur. 5, 20, 192, 193, 269
Anco. 351, 380
Ancomarca. 246
Ancón. 50, 56, 195
Ancud. 16, 19
Andalucía. 123
Andamarca. 336, 361
Andes. 6, 23, 46, 54, 155, 157, 158, 161, 163, 179, 197, 207, 230, 232, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 257, 267, 277, 303, 323, 325, 327, 330, 356, 363, 375, 376, 377
Angosyacu. 240, 292
Antaichahua. 245, 250, 251
Antarangra. 153, 207, 228, 229, 230, 231, 233, 245, 270
Aporoquiaqui. 392
Apurímac. 239, 241, 336, 345, 347
Arequipa. 25, 52, 57, 88, 151, 152, 245, 246
Arica. 19, 259, 334
Asia. 46, 156
Atacama. 412
Atarjea. 153, 154
Ataura. 404
Ate. 165, 171
Austria. 319
Ayacucho. 56, 71, 193, 211, 239, 248, 260, 280, 311, 320, 380, 413, 430
Azángaro. 244, 257, 287, 414
Azores. 33
Baquíjano. 143
Barbones. 83, 117
Barranca. 180, 411
Bellavista. 35, 43, 47
Bocanegra. 37
Bocarón. 36
Bolivia. 25, 49, 57, 244, 245, 248, 257, 320, 321, 322, 323, 334, 335, 415
Bombón. 257, 277, 291
Bordeaux. 108
Brasil. 230, 236, 356, 416, 428
Bruselas. 398
Buenos Aires. 108, 122, 321, 322, 401, 415
Burdeos. 29, 313
Caballero. 166, 213, 214, 215, 216
Cabalonga. 71
Cabo de Hornos. 11, 24
Cacas. 293
Cachi-Cachi. 240
Cacray. 207, 211, 226, 227
Cádiz. 143
Cajamarca. 151, 274, 287, 320
Cajamarquilla. 322
Callao. 7, 19, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 45, 46, 47, 50, 52, 54, 55, 56, 65, 68, 83, 119, 121, 143, 149, 150, 166, 171, 174, 175, 188, 201, 288, 323

Camotal. 37, 38
Cananchari. 288
Cangallo. 257
Canta. 156, 211, 218, 224, 291
Cañete. 158, 188
Capanegua. 336, 344, 347, 375
Caravayo (el topónimo correcto es Carabaya). 287
Carampoma. 153
Carhuacayán. 213
Carhuamayo. 291, 292, 293
Carhuapampa. 153
Cashapalca. 207, 211, 229, 233
Casma. 7, 43, 180, 215
Castilla. 136
Castro. 13, 14, 15
Castrovirreyna. 288
Cerro de la Sal. 375, 391, 392, 394
Chacani. 245
Chacao. 15
Chacapalca. 253, 258, 315
Chaclacayo. 168, 207, 211, 212, 213, 219
Chachapoyas. 244
Chancay. 94, 150, 155, 167, 173, 182, 183, 184, 185, 195, 415
Chanchamayo. 148, 336, 340, 345, 375, 377, 390, 391, 395
Chiapas. 400
Chichín. 178
Chicla. 207, 211, 226
Chile. 5, 15, 16, 18, 19, 21, 25, 26, 28, 33, 46, 47, 53, 97, 113, 122, 155, 156, 163, 181, 190, 248, 262,
Chilca. 187, 188, 416
Chillón. 35, 134, 185, 214, 215
Chiloé. 5, 7, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 73, 156
Chilpes. 377
Chimucanchu. 429
Chincha. 188, 193, 195
Chinchaycocha. 207, 240, 277
Chinchaysuyo. 156, 188, 421
Chipicani. 245
Chiquián. 122
Chira. 204
Choqueccamta. 335
Chorrillos. 7, 9, 49, 52, 55, 56, 87, 121, 165, 166, 170, 171
Chucuito. 402
Chucaña. 434
Chulluay. 322
Chuntabamba. 395, 396
Cocachacra. 153, 203, 214, 216, 219, 220, 221
Cocharcas. 83
Cochino. 17
Colombia. 73, 415
Colquirirca. 278
Congo. 86, 129, 179
Coquimbo. 26
Cordua. 33
Coromilla, Punta de. 23, 24
Cucao. 15
Cuesta de los Ahorcados. 183
Culluay. 224
Cuncachari. 377, 388
Cuzco. 6, 52, 56, 57, 151, 181, 193, 211, 243, 244, 249, 260, 273, 274, 280, 311, 320, 322, 334, 401, 402, 414, 415, 417, 419, 421, 428, 429, 436
Dunquerque. 11
Ecuador. 77, 180, 244
El Frontón. 36, 44
España. 41, 67, 72, 74, 78, 98, 110, 158, 281, 288, 311, 322, 399, 400, 417
Estados Unidos de Norteamérica. 78
Estatales, Islas. 11
Estrecho de Magallanes. 15
Europa. 6, 12, 19, 29, 33, 34, 43, 49, 58, 78, 80, 81, 88, 89, 93, 97, 102, 107, 124, 152, 155, 159, 175, 189, 190, 195, 213, 252, 254, 259, 261, 262, 281, 282, 283, 286, 287, 306, 308, 310, 311, 321, 323, 333, 350, 370, 385, 406
Falkland. 11
Flores. 33
Francia. 41
Galápagos. 203
Génova. 107
Glarus. 79
Göttingen. 435
Greenwich. 143, 277

Gritalobos. 173, 182
Guadalupe. 64
Guayaquil. 57, 127, 160, 162, 163
Guinea. 317
Haití. 154
Hamburgo. 83, 201
Hauquimarca. 178
Haylillas. 245
Huacho. 130, 159, 166, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 180, 181, 182, 183, 184, 188, 282, 433, 436
Huacullani. 287
Huahuaputina. 245
Huaipacha (véase también Huaypacha). 234
Huaitará. 187, 193, 302
Huajracocha. 245
Hualgayoc. 287
Huallaga. 241, 244, 291, 336, 339, 342, 343, 345, 421
Huamanchuco. 287
Huamanga. 265, 392
Huamantanga. 156
Huamalíes. 334, 429
Huancabamba. 391
Huancané. 292
Huancavelica. 151, 193, 211, 247, 248, 258, 281, 288, 320
Huancayo. 55, 97, 211, 289, 290, 322, 380, 402
Huanta. 310, 320, 322, 336, 351, 379, 380
Huánuco. 160, 283, 291, 322, 333, 334, 380, 385
Huaqui. 292
Huaraz. 215, 291
Huari. 247, 265, 384, 413, 428
Huariaca. 278, 291
Huarmey. 180
Huarochirí. 77, 134, 153, 157, 171, 253, 431
Huascacocha. 207, 211, 231, 233
Huaura. 97, 151, 173, 178
Huayhuay. 237, 265
Huaypacha. 240, 247
Hucumarca. 240
Huichay. 240, 413, 429, 430
Huillacurín. 189, 190
Huillcahuaman. 429
Huillcahuaura. 433
Ica. 128, 151, 154, 158, 160, 164, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193
Idria. 281, 319
Illimani. 245
Inclaterra. 417
Indias. 399, 400
Indias Occidentales. 154
Inglaterra. 33, 41, 159, 166, 212
Iquique. 193
Italia. 159, 190, 323
Islas Canarias. 414
Islay. 57, 194, 259
Jaén de Bracamoros. 129, 370
Jauja. 60, 193, 211, 237, 240, 273, 275, 289, 290, 291, 306, 311, 316, 320, 322, 380, 404, 405, 411, 413, 428, 429, 430
Jesús. 194
Juan Fernández. 7, 33
Juan Simón. 83
Junín. 57, 207, 240, 247, 277, 290, 291, 292, 293, 413, 430
Kassel. 57
Lachay. 182
La Fortaleza. 180
La Habana. 87, 155
La Legua. 47, 143
La Libertad. 154
Lambayeque. 154, 159
La Oroya. 60, 211, 236, 237, 238, 239, 240, 292
La Paz. 58
Laycacota. 288
Lima. 5, 7, 8, 9, 33, 35, 41, 43, 46, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 70, 71, 73, 74, 79, 81, 82, 83, 85, 86, 87, 88, 90, 91, 93, 95, 96, 97, 98, 99, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 133, 134, 135, 136, 139, 141, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 156, 157, 160, 161, 162, 163, 164, 165,

166, 167, 168, 170, 171, 173, 174, 176, 178, 184, 187, 188, 195, 201, 202, 211, 212, 214, 215, 220, 221, 223, 225, 249, 254, 277, 282, 283, 291, 305, 306, 309, 311, 315, 320, 321, 322, 323, 378, 382, 385, 400, 401, 403, 435, 436
Limatambo. 429
Lisboa. 417
Lauricocha. 278
Loa. 173, 197
Lobos. 33
Loja. 244
Londres. 419
Lunahuaná. 158, 188
Lurigancho. 119
Lurín. 9, 37, 121, 155, 157, 165, 171, 172, 187, 274
Madera. 11, 190
Madrid. 67, 73, 88, 131, 136, 138, 151, 288, 379
Magdalena. 165, 170
Malambo. 51
Manila. 79
Mansiche. 429
Marañón. 244, 336, 339, 346, 352
Maraynioc. 208, 375, 376, 377, 391
Mar Brava. 39
Marcapomacocha. 213
Margarita. 194
Martinete. 83
Más Afuera. 33
Más a Tierra. 33
Matucana. 56, 153, 207, 211, 218, 220, 221, 223, 224
Maynas. 236, 322, 391
Mayunmarca. 351
México. 87, 131, 428
Micuypampa. 287
Miraflores. 121, 144, 165, 170
Mirones. 143
Mito. 275
Mollendo. 193
Montserrate. 64, 83
Morococha. 207, 211, 231, 232, 413
Morona. 244
Morro Solar. 34
Munich. 120
Ninacaca. 291
Nueva Guinea. 338
Nueva Zelandia. 338
Obrajillo. 212, 224, 291
Océano Atlántico. 11, 230, 231, 248
Ocopa. 303, 322, 323, 337, 338, 339, 392, 393, 395, 410
Olachín. 277
Omaguas. 339
Pabellón de Pica. 193
Pacaritambo. 393
Pachacámac. 9, 37, 165, 172, 181, 247
Pachachaca. 207, 230, 231, 232, 236, 237, 249
Pacchapata. 375, 377, 378, 379, 388, 390
Pachitea. 336, 337, 343, 345
Pacífico, Océano. 19, 27, 187, 197, 199, 229, 231, 243, 248
Paita. 126
Palca. 375, 376, 378, 395, 413
Palo Seco. 173, 185, 212
Pajonal. 392
Pampa del Diezmo. 213
Pampamarca. 403
Pampa de Sacramento. 244, 336, 340, 346, 375
Panamá. 101, 174
Pangoa. 336, 342, 358, 361, 379, 380
Paraguay. 18
Paramanca. 173, 180, 181
Paramonga (véase Paramanca). 180, 181
Parcos. 248
Paria. 178
Pariarirca. 278
París. 29, 213, 323, 418
Pasamayo. 134, 173, 182, 183, 184, 185
Pasco. 83, 151, 166, 185, 207, 211, 212, 213, 214, 236, 240, 245, 247, 249, 257, 277, 278, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 291, 292, 293, 320, 321, 375, 380, 381, 382, 385
Patagonia. 11
Pataz. 287
Pativilca. 180
Paucara. 248

Paucartambo. 380
Perené. 336, 340, 343, 344, 345, 375, 391
Perú. 5, 6, 7, 10, 14, 16, 18, 21, 25, 26, 27, 33, 36, 38, 41, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 63, 67, 72, 73, 74, 75, 77, 78, 83, 85, 86, 88, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 103, 106, 107, 108, 109, 117, 121, 122, 124, 125, 126, 129, 133, 142, 145, 147, 149, 151, 153, 156, 157, 158, 159, 160, 162, 163, 164, 165, 168, 172, 173, 176, 178, 180, 181, 183, 190, 192, 193, 195, 197, 200, 201, 202, 207, 208, 209, 211, 212, 213, 218, 232, 236, 239, 241, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 257, 259, 260, 266, 271, 273, 274, 275, 277, 287, 289, 291, 292, 295, 303, 304, 305, 306, 308, 310, 311, 321, 322, 323, 324, 325, 333, 334, 335, 336, 338, 343, 344, 347, 351, 354, 375, 380, 386, 389, 391, 393, 394, 396, 397, 398, 400, 401, 403, 406, 407, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 421, 422, 427, 428, 434, 435, 436
Piccho. 402
Pichupichu. 434
Piedra Lisa. 119
Piedra Parada. 207, 228, 233, 245, 249
Piedras Gordas. 185
Pisacoma. 434
Pisco. 76, 77, 187, 188, 190, 193, 195
Pishu-pishu. 245
Piura. 125, 126, 154, 200
Plattenberg. 79
Portollano. 70
Portugal. 88
Potosí. 79, 287
Pucara. 377, 378
Puerta de Guadalupe. 64
Puerta de Maravillas. 63, 212
Puno. 57, 260, 287, 288, 401, 414
Punta Arena. 7, 11, 14
Punta Gorda. 35
Punta de Hormillos. 194
Punta de doña Pancha. 35
Punta Pernal. 35
Punta de las Playas. 35
Punta de Santa Elena. 77
Quillota. 29
Quiquijana. 151, 152
Quito. 273, 398, 421, 428
Quisapongo. 391, 392
Quispicanchis. 151
Rímac. 7, 35, 38, 46, 49, 51, 63, 66, 70, 71, 96, 119, 134, 153, 212, 213, 215, 221, 231
Roma. 323
Rusia. 88
Sabirosqui. 391
Saco. 207, 237, 238, 240
Salamanca. 74
San Andrés. 63
San Bartolomé. 214
San Borja. 244
San Buenaventura de Chavini. 336
San Carlos. 7, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19
San Cristóbal. 119, 144
Sandwich. 77, 169
San Fernando. 287
Sangallán. 193
San Jerónimo de Surco. 153, 207, 211, 213, 216, 219
San Lázaro. 51, 58, 66, 69, 82, 83, 99, 112, 119, 147
San Lorenzo. 7, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 43, 44, 46, 63, 66, 149
San Mateo. 207, 211, 213, 220, 223, 224, 225, 226, 231
San Pedro. 63, 65, 67, 68, 69, 73, 75
San Pedro de Mama. 153, 207, 211, 213, 214, 217
San Petersburgo. 436
San Sebastián. 17
San Teodoro de Pucara. 395
Santa Ana de Colla. 395
Santa Catalina. 63, 82, 83
Santa Clara. 64
Santa Inés. 207, 211, 212, 213
Santa Olaya. 213, 214, 217
Santa Rosa de Quimiri. 392
Santa Rosa de Quives. 218, 219, 291
Santiago de Chile. 25, 29
Santiago (río). 244

Santisteban. 278
Santo Domingo. 37, 67, 74, 115, 116, 172
Sarayacu. 325, 337, 338, 339
Sayán. 178, 183
Sevilla. 95, 417
Socabaya. 52
Soledad, Isla de la. 11
Sorrata (nevado). 245
Sorrata (ciudad). 403
Sorriano. 395, 396
Sudamérica. 15, 28, 29, 35, 38, 40, 41, 43, 57, 63, 67, 73, 74, 142, 148, 248, 257, 267, 323, 337, 343, 348, 404, 416, 422
Suebia. 19
Suiza. 235, 247
Supe. 150, 151, 180
Surco (véase también San Jerónimo de). 153, 159, 165, 171, 207, 211, 212, 216, 219, 220
Surimana. 403
Tacora. 245, 246
Tahití. 107
Tambo de Viso. 153, 211, 223
Tajamar. 51
Tampianiqui. 392
Tapo. 389
Tarallones. 171
Tarapoto. 322
Tarma. 60, 70, 151, 211, 240, 265, 273, 283, 291, 293, 311, 315, 319, 320, 322, 375, 376, 378, 380, 385, 387, 395, 430
Tarmatambo. 413, 428, 430
Tenerife. 11, 190
Tierra del Fuego. 11, 16
Tinta. 402
Titicaca. 244, 292
Trujillo (España). 72
Trujillo (Perú). 150, 151, 154, 165, 259, 421, 429
Tuctu (hacienda). 207, 211, 232
Tuctu (nevado). 245
Tucumán. 122, 321, 421
Tullumayo. 377, 390
Tumbes. 173, 180, 197, 200, 412
Tungasuca. 400, 401, 402, 403
Ucayali. 244, 336, 338, 339, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 352, 375
Uchubamba. 377
Urubamba. 6, 127, 334, 380, 401
Valdivia. 17, 21
Valles. 212, 320
Valparaíso. 7, 19, 21, 23, 24, 27, 28, 29, 30, 33, 34, 95, 107
Velinoé. 15
Veracruz. 107
Vico. 292
Viena. 28, 433
Vilcabamba. 401
Vilcanota. 244
Vilipilli. 15
Viso. 223, 224
Vitoc. 157, 162, 328, 336, 351, 375, 377, 378, 379, 380, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 395, 396
Yanaclara. 237, 247
Yanacocha. 52
Yanayanitiri. 336, 340, 392
Yaso. 218
Yauli. 233, 234, 235, 236, 237, 240, 246, 250
Yauliyacu. 233
Yauyos. 187, 188, 245, 413, 421
Yungay. 7, 49, 56
Zaragoza. 94

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña
Correo e.: tareagrafica@terra.com.pe
Teléf. 424-8104 / 332-3229 Fax: 424-1582
Julio 2003 Lima - Perú

PROXIMAS PUBLICACIONES DEL FONDO EDITORIAL DE LA PUCP

El desarrollo esquivo. Intentos y logros de transformaciones económicas y tecnológicas en el Perú (1979-2000)

Máximo Vega-Centeno Bocángel

La relación de las cosas acaecidas en las alteraciones del Perú después que Blasco Nuñez Vela entró en él

Colección clásicos del Perú

Mercedes de las Casas Grieve

Los principios contenidos en el título preliminar del Código Civil peruano de 1984 (Análisis doctrinario, legislativo y jurisprudencial)

Juan Espinoza Espinoza

Fondo Editorial de la PUCP
Plaza Francia 1164
Cercado de Lima
Feditor@pucp.edu.pe



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2003

